









# LA MEMORIA AMENAZADA



# LA MEMORIA AMENAZADA

RELATOS DE VIDA E HISTORIA SOCIOCULTURAL  
DE PUEBLA DE DON FADRIQUE

Arturo Álvarez Roldán  
Noelia Martínez Casanova  
Sandra Martínez Rossi

Granada, 2008

**LA MEMORIA AMENAZADA**

Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de Don Fadrique

**Dirección de la investigación:** Arturo Álvarez Roldán.

**Trabajo de campo:** Arturo Álvarez Roldán, Noelia Martínez Casanova y Sandra Martínez Rossi.

**Análisis y redacción del libro:** Arturo Álvarez Roldán.

**Fotografías contemporáneas:** Arturo Álvarez Roldán, Noelia Martínez Casanova y Sandra Martínez Rossi.

**Fotografías antiguas:** cedidas por las personas que han participado en la investigación.

**Edita:**

Ayuntamiento de Puebla de D. Fadrique

Avenida Duque de Alba, 6

18820 Puebla de D. Fadrique

Tel: (+34) 958 721011

Fax: (+34) 958 721250

[www.puebladedonfadrique.com](http://www.puebladedonfadrique.com)

**Dirección Editorial:**

Pascal Janin

**Diseño y Maquetación:**

Ediciones Altiplano de Granada, S.L.

Jeffrey Greene

Yeray Pérez Vallejo

**Correcciones:**

Ana Reche Sánchez

**Fotografía de portada:** a la puerta de la Casa de los Patiños

**Copyright de la edición:**

Ayuntamiento de Puebla de Fadrique, 2008.

**Copyright de los textos:**

Arturo Álvarez Roldán

**ISBN:**

Pendiente

**Depósito Legal:**

Pendiente

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534 bis del Código Penal Vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica en cualquier soporte electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones u otros sistemas retribuíbles de información, sin el preceptivo permiso por escrito del editor.



*A nuestros padres:  
María Cruz y Arturo, Pilar y Jesús, Margarita y Marcelo.*



# CONTENIDO

I. Prefacio.....	13
II. Introducción: Memoria, relatos de vida y cultura. ....	19
III. Historias personales	
1. Victorina García Gómez (1912).....	37
2. Eustaquio Sánchez Carbonero (1915).....	43
3. Soledad Gómez Galera (1916).....	62
4. Balbino Sánchez Fernández (1920).....	73
5. Vicente Martínez Martínez (1921).....	89
6. Martín Paz Martínez (1921).....	105
7. Fernando Román García (1921).....	115
8. Maravillas López Roman (1922).....	137
9. Gregorio Navarro Ortiz (1922).....	149
10. Bernardo Crispiniano Navarro Reina (1922).....	159
11. Alejandro Marín Muñoz (1922).....	177
12. Rafael Martínez García (1924).....	197
13. Jesús Sánchez Paz (1924).....	217
14. Eugenio Gómez Dengra (1924).....	231
15. Leonor Tristante Fuentes (1925).....	259
16. Elías García Andreu (1926).....	269
17. Carmen Martínez Martínez (1926).....	279
18. Francisco Robles Sánchez (1927).....	297
19. Bertoldo Gutiérrez Martínez (1927).....	309
20. Juana García García (1927).....	319
21. Balbino Sánchez González (1928).....	333
22. Hilario Marín Romero (1928).....	343
23. Fidel Tristante López (1928).....	359
24. Josefina Navarro Reina (1929).....	371
25. Federico Salcedo Robles (1929).....	387
26. Eulalio García Fernández (1932).....	415
27. Félix García Uclés (1933).....	425
28. Efrén Reina Punzano (1933).....	437
29. Julián Trujillo Egea (1933).....	449
30. Valentín Martínez Montoya (1934).....	467
31. Esperanza Águeda Rodríguez Fernández (1935).....	481
32. Andrés Gómez Nova (1935).....	497
33. José Miguel Moreno López (1936).....	515
34. Gregoria Sánchez Lara (1936).....	537
35. Antonio Román García (1937).....	553
36. María Espinosa Amador (1938).....	567
37. Balbino García Díaz (1939).....	591
38. Jesús Gómez García (1940).....	607
IV. Conclusión: El análisis de la cultura.....	617
V. Referencias bibliográficas.....	635
VI. Glosario.....	641



# PREFACIO

Hay libros que encuentran a su autor, aunque éste no busque su escritura. Este es uno de ellos. El 30 de mayo de 2006, la gerencia del Grupo de Desarrollo del Altiplano Granadino se puso en contacto conmigo, a través del correo electrónico, porque quería que se realizase un estudio antropológico del municipio de Puebla de Don Fadrique. Tras una primera conversación y el intercambio de algunos mensajes más a través del correo electrónico, les propuse llevar a cabo una investigación titulada: “La memoria amenazada: Patrimonio cultural inmaterial de Puebla de Don Fadrique”. El estudio tenía como objetivo recopilar, editar y preservar relatos de vida y fotografías de una amplia muestra de personas de ese municipio que hubiesen nacido antes de la Guerra Civil. Hacía unos meses que un grupo de profesores del Departamento de Antropología de la Universidad de Granada, del que yo era director en aquellos momentos, había propuesto una investigación parecida sobre toda la provincia de Granada a la Diputación Provincial, pero no había podido realizarse por falta de fondos para financiarla. En este caso, el estudio salió adelante. A las pocas semanas me puse en contacto con Jesús Amurrio, alcalde de Puebla de Don Fadrique, y empezamos a hablar del proyecto y de la forma de llevarlo a cabo. A finales de octubre

de 2006, cerramos los detalles del contrato y comenzamos la investigación. El trabajo de campo lo llevé a cabo con ayuda de dos becarias, Noelia Martínez Casanova y Sandra Martínez Rossi, entre noviembre de 2006 y julio de 2007. El análisis y edición de los relatos de vida, así como la redacción del presente libro, los realicé durante una estancia en la Universidad de California, en Berkeley, en los meses siguientes.

El libro comienza con una introducción en la que expongo mis ideas sobre lo que son los relatos de vida, la manera en que pueden estudiarse y su utilidad para el estudio y preservación de la memoria y la cultura. A continuación se presentan los relatos de vida de las 38 personas que han participado en la investigación. Cada una de las memorias personales está estructurada a partir de los temas que el o la informante trató en su entrevista, expuestos en orden cronológico. El libro concluye con una primera propuesta de análisis cultural de los relatos de vida, que tiene como propósito estimular la reflexión y el debate sobre estas cuestiones. En posteriores trabajos espero ir exponiendo más resultados del análisis cultural de la memoria contenida en estos relatos de vida, así como de las fotografías que sirven de ilustración.

Esta investigación ha sido financiada por el Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique a través del Grupo de Desarrollo del Altiplano de Granada, mediante un contrato de investigación suscrito con la Fundación Empresa Universidad de Granada. Agradecemos la confianza que han puesto en nosotros para su realización tanto la gerencia del Grupo de Desarrollo, como Jesús Amurrio, alcalde de Puebla de Don Fadrique. El Ministerio de Educación y Ciencia me concedió una ayuda para la realización de una estancia durante un año sabático en la Universidad de California en Berkeley, durante la cual escribí el libro. Stanley Brandes me acogió y prestó su apoyo durante ese tiempo, algo por lo que le estoy muy agradecido. Asimismo, quiero manifestar mi agradecimiento a la Universidad de Granada, en la que trabajo como

profesor permanente, por haberme dado la oportunidad de llevar a cabo estos trabajos de investigación. Nuestro principal agradecimiento se lo debemos a las personas que tan generosamente han colaborado con esta investigación, permitiéndonos conocer sus memorias. Sin su participación altruista este trabajo nunca habría visto la luz. Iván Parra, Alfonso Marquina, Félix Bravo, Gabriel Gómez, Davydd Greenwood, Juan Gamella y Jesús Fernández-Cano leyeron y me hicieron comentarios útiles de algunas partes del manuscrito durante el proceso de redacción. Les estoy sumamente agradecido por su interés y estímulo.

Este libro está dedicado a mis padres y a los de mis colaboradoras. Durante su redacción, fueron muchas las veces que me acordé de los relatos de vida que había escuchado en mi propia casa y que forman parte de la memoria de la generación de españoles de la posguerra.

**Arturo Álvarez Roldán**

*Berkeley, 22 de mayo de 2008*









# INTRODUCCIÓN: MEMORIA, RELATOS DE VIDA Y CULTURA

*Qué fácil es olvidar cuando no hay ocasiones colectivas para recordar.*  
Laurence Kirmayer, *Landscapes of Memory*.

*La historia siempre empieza cuando hallamos las palabras. (...) Sin palabras no hay memorias, y sin memorias no puede haber "historias acerca de mí."*

Robert R. Archibald, *A Personal History of Memory*.

*Cómo recordamos los acontecimientos pasados tiene un profundo impacto en lo que hacemos y cómo viviremos.*

Jeanette Rodríguez y Ted Fortier, *Cultural Memory*.

## HISTORIA Y ETNOGRAFÍA DE LA MEMORIA

La idea de que es posible hacer historia a partir de los relatos de vida de las personas, pertenece al pasado. Esta manera de entender la historia oral fue la que empleó el *Federal Writers' Project (FWP)* a finales de los años treinta, el siglo pasado, en los Estados Unidos de América para recopilar miles de historias de vida de norteamericanos. Los directores de este proyecto, además de dar trabajo a escritores durante la Gran Depresión aprovechando el empuje del programa de empleo puesto en marcha por la *Works Progress Administration* en ese país, pretendían reunir y publicar esas historias de vida en una serie de monografías temáticas que servirían para dar a conocer el modo de vida de los norteamericanos durante su reciente historia. La paralización del programa, con la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, hizo que la mayoría de las historias no se publicasen finalmente y fueran archivadas en la biblioteca del Congreso<sup>1</sup>. Dos volúmenes representativos de lo que se esperaba que fuesen esas monografías son: *These are our lives*, una colección de historias de vida de sureños, que publicó en 1939 William T. Couch, director de la *University of North Carolina Press* y también director regional del *FWP* en el sureste del país; y *Lay my burden down*, una antología de historias de vida de ex-esclavos, que editó en 1945 el folclorista Benjamin A. Botkin, bajo cuya dirección se recopilaron muchas de las historias del proyecto.

William T. Couch, señaló en la introducción de su libro los principios que lo habían inspirado:

---

<sup>1</sup> Muchos de estos documentos, así como una descripción del *FWP*, se pueden consultar en internet en la web de la Library of Congress. El sitio se denomina American Life Histories. Manuscripts from the Federal Writers' Project, 1936-1940. <http://lcweb2.loc.gov/wpaintro/wpahome.html>

*La vida de una comunidad o de un pueblo está formada por la vida de individuos, que tienen diferentes estatus, realizan diferentes funciones y en general tienen experiencias y actitudes muy diferentes (...). Por ello, parece que un método importante para revelar la vida de la gente sería mediante historias de vida seleccionadas para representar los diferentes tipos presentes entre la gente, con atención proporcionada según la importancia numérica de los diferentes tipos.*

*Al escribir las historias de vida el primer principio tiene que ser permitir a la gente contar sus propias historias. Con todo nuestro discurso acerca de la democracia no parece inapropiado dejar que la gente hable por sí misma (FWP 1939: ix).*

A pesar de que podamos sumarnos a la defensa de los valores democráticos que esta propuesta parece apuntar (Terrill y Hirsch 1978: xx), no podemos suscribir sus presupuestos epistemológicos. Las historias de vida de un libro como *These are our lives*, pueden parecer verosímiles —y así trataron de hacérselo creer sus autores reproduciendo “literalmente” la forma de hablar de las personas que se las contaron, cuando todavía no existían las grabadoras—, pero no lo son. Es cierto que algunas de esas historias sirvieron a los escritores que las recopilaron para aprender la manera de vivir, pensar y expresarse de las personas que entrevistaron. Uno de los ejemplos más conocidos es el escritor Ralph Ellison, quien trabajó haciendo entrevistas para el FWP e incorporó más tarde a su novela *The Invisible Man*, entre otras cosas, la manera de hablar de las personas con las que conversó durante esas entrevistas. Pero, si algo demostró este proyecto, es que las historias de vida que se hacen únicamente utilizando fuentes orales no son ni válidas ni fiables. Los relatos de vida son algo distinto de la realidad histórica que refieren.

Los relatos de vida son una parte importante de la memoria de las personas. Contienen el *recuerdo* que las personas tienen de su vida, en su mayor parte olvidada. En el momento en que optamos por tomar los relatos de vida de la gente como objeto de estudio, estamos abocados a realizar una “etnografía de la memoria” y no a hacer historia. Lo que este libro pretende ofrecer a los lectores es una descripción e interpretación de los relatos de vida de una serie de personas que viven en una sociedad. La vida de esas personas es la materia con la que están hechos sus relatos, pero su significado va más allá de los acontecimientos que narran y está relacionado con la identidad de cada una de ellas y la cultura a la que pertenecen, así como con los condicionantes estructurales del mecanismo que han elegido para almacenar sus recuerdos —las narrativas— y la función social que desempeñan. Las memorias que estos relatos de vida encierran son resultado de un encuentro comunicativo contemporáneo entre los antropólogos y los sujetos con los que han dialogado, y no resultado de un viaje al pasado (Fabian 2002, 2007). Los protagonistas de estas memorias son personas que viven entre nosotros, aunque hayan alcanzado una edad avanzada y acumulado numerosas experiencias. Los “otros” en este caso son parte de nosotros mismos, no sólo porque compartamos la misma cultura nacional y el mismo espacio geográfico, sino también el mismo tiempo. El tiempo del recuerdo es el presente y no el pasado.

Los relatos de vida que aquí presentamos deben ser leídos como autoficción —un género que en la literatura contemporánea utilizan escritores como Imre Kertész, John M. Coetzee o Philip Roth, por citar algunos. La semejanza entre la realidad y la ficción que se da en este tipo de textos puede llevarnos a confundirlas. En este tipo de relatos los hechos narrados no tienen por qué ser ciertos, pero la cultura y las experiencias que les dan sentido y hacen que resulten verosímiles, sí son auténticas. Los relatos de vida, como ha mostrado con tanta transparencia Bruce Jackson en su libro *The Story is True*, son verdaderos no tanto por lo que cuentan, ni tan siquiera por la forma en que se dicen, sino por el hecho de ser narrados. Al contrario de lo que tendemos a pensar, la identidad de la persona que cuenta un relato de vida no es la del personaje que aparece en él, sino la del narrador que relata esa historia. Cuando alguien nos refiere su relato de vida nos está diciendo: “yo soy la persona capaz de contar este relato”. De esta forma, deja al descubierto muchas de las características de su cultura.

## ¿QUÉ ES UN RELATO DE VIDA?

Los “relatos de vida”, también denominados “narrativas”, son algo distinto de las “historias de vida”, aunque mucha gente los confunde. Para escribir una “historia de vida” hay que consultar diversas fuentes de información, en buena parte documental, y prestar atención a la triangulación de los datos. Una “historia de vida” es lo que normalmente se conoce como “biografía”. Por eso, hemos elegido la expresión “historia personal” para denominar el conjunto de textos producidos por nuestros informantes durante las entrevistas personales que mantuvimos con ellos durante el trabajo de campo de esta investigación. Muchos de esos textos son “relatos de vida”.

El análisis de narrativas ha dado lugar a una amplia literatura, que abarca trabajos de lingüistas, psicólogos, filólogos, críticos literarios, antropólogos, sociólogos, folcloristas, historiadores, etc. Las definiciones que se han dado del concepto “narrativa” o “relato de vida” son muy diversas y cada experto pone el énfasis en aquellos aspectos que considera más relevantes para su disciplina. A veces son tan básicas e intuitivas como la que ofrece Robert Atkinson en un libro de introducción a esta temática:

*Un relato de vida es el relato que una persona elige para contar la vida que él o ella ha vivido, contada de la forma más completa y honesta posible, lo que recuerda de ella, y lo que el narrador quiere que otros sepan de ella, generalmente como resultado de una entrevista guiado por otro (Atkinson 1998: 8).*

En otras ocasiones, la definición trata de abarcar y sintetizar los matices señalados por los distintos especialistas, como la ofrecida por Lewis y Sandra Hinchman en la introducción a su compilación de ensayos sobre las narrativas en las ciencias humanas:

*Las narrativas [son] discursos con un orden secuencial claro que conecta sucesos de una manera significativa para una audiencia determinada y de esta manera ofrece visiones acerca del mundo y/o las experiencias que la gente tiene de él (Hinchman y Hinchman 1995: xvi).*

Una narrativa es un relato de acontecimientos pasados dichos por la persona que los ha vivido u observado (no necesariamente de primera mano), siguiendo un orden lineal y desde el punto de vista valorativo del individuo que los cuenta en el momento en que lo hace.

El relato de vida tiene tres elementos constitutivos: el sujeto que lo cuenta, la historia que refiere y la audiencia a la que se dirige. Una narrativa es al mismo tiempo un acto de habla de un individuo, una crónica de acontecimientos pasados y un ejercicio de interpretación por parte de una audiencia, que está formada en primera instancia por el propio narrador y después por todas las personas que escuchan o leen el relato.

Cualquier persona que lea los relatos de vida de este libro pasará a convertirse en parte de los mismos, de la misma forma que las personas que participaron en las entrevistas de esta investigación dejaron de ser sus únicos autores en el momento en que empezamos a editarlos para su publicación. Intentar enjuiciar el pasado a partir de los hechos referidos en estos relatos de vida, sería erróneo. Aunque en este caso no podamos colocar al final del libro el cartel que aparece cuando termina una película diciendo que *todo parecido entre la ficción y la realidad es pura casualidad*, la relación entre los acontecimientos narrados y los hechos pasados es mucho más compleja de lo que aparenta.

## LAS NARRATIVAS COMO EXPRESIÓN Y AFIRMACIÓN DE LA IDENTIDAD DE UN YO

Las personas que relatan su vida llegan a la misma conclusión que Descartes cuando en el transcurso de sus *Meditationes de Prima Philosophia*, acaba descubriendo la certeza de su existencia al reconocerse como *res cogitans*: Estoy contando este relato, *ergo* ese soy yo. Las narrativas son, en primer lugar, la expresión de la identidad del yo que las dice.

Al comenzar esta investigación nos pasó lo mismo que a Renato Rosaldo (1980) y a Julie Cruikshank (1990) cuando se propusieron recopilar historias de vida, él de ilongotes filipinos y ella de ancianas del sur del Yukon en Canadá. Pensábamos que podríamos dirigir las entrevistas de personas mayores que habían vivido en Puebla de Don Fadrique, para producir relatos detallados de sus biografías. Así que, después de recopilar las primeras historias, intentamos que nuestros informantes desarrollaran sus biografías a partir de ellas. El esfuerzo fue inútil, incluso acercándonos con ellos a los escenarios naturales en los que habían transcurrido sus vidas. En ese momento nos dimos cuenta de que al contar sus relatos de vida, las personas tratan de explicar quiénes son y el significado que para ellos mismos tienen algunas de sus vivencias, y no

pretenden describir cómo fue el pasado. He aquí el relato de esta experiencia en forma de narrativa personal del director de esta investigación:

*Tras repasar la entrevista realizada a Federico, se me ocurrió que quizás se podría ampliar su contenido y la exactitud de los relatos, si íbamos con él a Pedrarias —cortijo en el que había nacido y vivido la mayor parte de su vida— y le pedíamos que nos contase más cosas. Mientras conducía el coche, Federico iba recitando palabra por palabra los mismos relatos y con la misma entonación que había escuchado en la grabación. Al llegar a nuestro destino y entrar en la casa donde habían sucedido muchos de los acontecimientos narrados en sus relatos de vida, sentí una emoción parecida a la que Napoleón Chagnon cuenta que experimentó al penetrar por primera vez en una aldea de indios yanomamö en el Amazonas, agarrando fuertemente el cuaderno de notas que llevaba en su bolsillo. Pronto llegó la decepción que da paso a ese estado emocional en el trabajo de campo. Al pedirle a Federico que reviviera algunas de las escenas de los relatos de vida que había contado, lo único que pude conseguir fue una repetición escenificada de lo que ya había dicho anteriormente. Por ejemplo: aquella vez en que, durante unos carnavales, sus vecinas le vieron hablando en la puerta y una de ellas le arrojó un caldero de agua sin que se diera cuenta; a continuación, él cogió un cubo lleno de agua y, saltando al patio de sus vecinas por la parte de atrás de su vivienda, logró introducirse en su casa y echarles el agua.*

Al contar relatos de vida, los individuos se hacen y rehacen socialmente. Una persona encuentra su propia identidad cuando es capaz de repetir algunos de sus relatos de vida ante distintas audiencias. Para saber quién es, debe presentarse públicamente. El yo que aparece en los relatos está al servicio del yo que narra para que éste último pueda reafirmar su identidad. Es algo que conocen muy bien quienes se dedican a la rehabilitación de personas con conductas patológicas, como el abuso de alcohol, las drogodependencias, los trastornos de la conducta alimentaria, las víctimas de la violencia, etc. Para curarse de los efectos traumáticos de la propia vida, hay que aprender a reconceptualizarla y contársela a los demás (Cain 1991). La miseria, el hambre, la enfermedad, la violencia, la desgracia, el sufrimiento, el dolor y la muerte cuando se incorporan a los relatos de vida resultan más humanos, aunque también es cierto que la mayoría de las personas prefieren borrar esas experiencias de su memoria abreviando de esta forma sus relatos.

## LAS NARRATIVAS COMO CRÓNICA DE LA MEMORIA CULTURAL

¿Es posible narrar las experiencias vividas sin deformarlas? La pregunta resulta extraña, incluso absurda, en el presente contexto, pero se la han hecho numerosos autores. Para un grupo de ellos —entre los que se encuentran Roland Barthes (1966), Louis Mink (1978), Hayden White (1980) y Paul Ricoeur (1983)— la expresión “vida narrada” es un oxímoron. La vida no tiene una estructura, y mucho menos lineal. Sin embargo, las narrativas siempre poseen un comienzo, un desarrollo y un final. Al someter el caos de acontecimientos vividos a la organización que confiere

el relato de vida, se produce necesariamente su distorsión. Dicho de otra manera, la vida no puede ser aprehendida por el lenguaje sin deformarla. Una cosa son las experiencias vividas y otra diferente el recuerdo que tiene el individuo de ellas. La manera en que convertimos la memoria en relatos para contar nuestras vivencias a otras personas, puede llegar a ser independiente de ambas cosas. Desde esta perspectiva, la veracidad de la memoria y de los relatos de vida es, cuando menos, cuestionable. No se debe buscar en los relatos de vida la verdad de la historia, ni en ésta las pruebas de la verosimilitud de las narrativas. La solución al dilema al que aboca este planteamiento no se encuentra en la propuesta de Anthony Kerby (1988), para quien los relatos de vida y la realidad vivida tienen una estructura análoga. Estamos de acuerdo con David Carr (1995) en que existe una continuidad entre las narrativas y el mundo real, no porque el sentido común lo diga, sino por razones teóricas.

En las narrativas, el acceso al pasado siempre se hace desde el presente. Los relatos de vida se elaboran y se cuentan una vez que han ocurrido los acontecimientos. Toda narrativa contiene una crónica de las experiencias vividas por el individuo que la dice, en la que él mismo es participante o espectador. Pero los puntos de vista del participante y del narrador no son iguales por razones obvias. Una persona de setenta años que nos habla de su infancia, tiene tras de sí un largo recorrido vital que no tenía el niño o la niña que cuidaba marranos o araba las tierras, de quien nos habla en su relato. De la misma manera, la mujer que perdió un hijo durante uno de sus partos y sobrevivió, y nos cuenta ahora su historia, tenía una perspectiva de la vida muy diferente de aquella a la que llaman hoy en día sus hijas casadas todas las noches por teléfono para confirmar que se encuentra bien y para que pueda hablar con sus nietos.

Las narrativas crean significados. El sujeto que las pronuncia no se limita a reflejar o dar testimonio de lo que recuerda que sucedió, sino que da sentido a las cosas que relata. La pregunta que debemos hacernos es de dónde proceden esos significados, qué es lo que da coherencia a un relato de vida. La respuesta es: la cultura —algo mucho más difícil de transformar para un individuo, en su mente y en su discurso, que la historia. Los relatos de vida de este libro reflejan los valores, las creencias y la forma de pensar compartida de personas pertenecientes a las generaciones que vivieron la posguerra en Puebla de Don Fadrique. Intentar comprender su cultura es lo que proponemos a los lectores de este trabajo, para los cuales algunas de esas ideas resultarán de “sentido común” y otras tan extrañas que les costará creer que estas personas hayan vivido en su mismo país —si son españoles— y haya pasado tan poco tiempo de los sucesos que refieren.

La cultura, tal y como la entiende la antropología, es ese conjunto de principios, normas y valores que otorgan a un grupo una forma de pensar común, que puede acabar reflejada en el comportamiento de los miembros del grupo configurando



formas de acción social<sup>2</sup>. La cultura de los grupos humanos se puede observar en la actitud que tienen hacia asuntos tales como: la distancia de poder entre los individuos, las diferencias entre los roles de género, el miedo a la incertidumbre, las formas de organización social (individualistas o colectivas) y la perspectiva temporal con que planifican y ejecutan sus actuaciones (Hofstede 2001).

Aunque la cultura está estrechamente relacionada con la realidad social, no la determina y los individuos tienen un cierto margen para ejercer la agencia en sus comportamientos. Los relatos de vida, sin embargo, tienden a adecuar la realidad social a los modelos culturales. Esto hace que las narrativas sean un material privilegiado para el análisis de la cultura. No es necesario que los relatos que aquí presentamos reflejen de manera exacta la realidad que describen para ver, por ejemplo, las marcadas diferencias que existían en esa época entre los roles de género y cómo repercutían en las relaciones de noviazgo. La costumbre de llevarse a la novia, un instrumento utilizado por las parejas para formalizar su relación cuando alguna de sus familias se oponía a ella, formaba parte de la misma lógica cultural que se observa también cuando alguno de los informantes narra cómo utilizó esa costumbre para castigar a su novia por iniciar una relación con otro hombre antes de concluir la suya, algo que tiene sentido en ese contexto cultural, independientemente de que los hechos sucediesen de la manera en que son descritos en ese relato de vida.

Las narrativas son, además, parte de la “cultura de la memoria” (*memory culture* o *Erinnerungskultur*) de un pueblo, a saber, mecanismos mnemotécnicos que permiten a un grupo humano desarrollar una identidad mediante la construcción de un pasado común, que se trasmite de una generación a la siguiente. Ahora bien, como ha señalado Fabian, “detrás de un cultura de la memoria bien ordenada puede estar al acecho un ‘cultura de la amnesia’” (Fabian 2007: 103), contra la que conviene estar prevenido. No es nuestra intención contribuir a pacificar la memoria a través del olvido. Las coincidencias en los relatos de vida de diferentes personas de una misma sociedad —como, por ejemplo, ocurre en este libro— pueden producir ese efecto. Pero las discrepancias y, sobre todo, los silencios (lo no dicho) ponen de manifiesto el olvido implícito en todo recuerdo.

Los lectores encontrarán en este libro una parte de la crónica de la cultura recordada de una comunidad. La estrategia que hemos utilizado para producirla ha sido la acumulación de relatos de muchas personas, en lugar de expresar la memoria de unos pocos informantes para sacar todos sus relatos, como han

---

2 Esto no quiere decir que dentro de los grupos humanos todo el mundo piense de la misma forma, de manera homogénea, y mucho menos que todos se comporten de manera congruente con su cultura. Decir, pensar y hacer a menudo son cosas distintas cuando nos referimos a la cultura. Para llegar a conocer el punto de vista de los nativos hace falta algo más que preguntarles por él. Ni siquiera suele producirse un total consenso entre los actores sociales acerca de sus “teorías culturales”, que por definición son explícitas y todos deberían poder explicarlas. Una buena parte de la cultura, lo que la antropología cognitiva denomina “modelos culturales”, está formada por conocimientos compartidos implícitos, de que los nativos no son conscientes o no tienen una idea muy clara de lo que son, lo mismo que las personas que escriben con un teclado o aparcan un coche muchas veces no son capaces de explicar cómo realizan estas acciones.

hecho otros autores (Buechler y Buechler 1981, Frigolé 1998). Hoy en día ya son pocos los que tratan de hacer la historia sociocultural de un grupo humano, seleccionando para ello individuos representativos y solicitándoles que cuenten su vida. “Sin embargo, las vidas de los individuos pueden ser explicadas etnográficamente de manera que las variaciones culturales muestren, mediante la comparación y el contraste, patrones culturales de pensamiento y conducta junto con las experiencias únicas de los individuos” (Climo y Cattle 2002: 24). Los lectores, y no los informantes, son quienes acabarán extrayendo de los relatos, sin darse cuenta, la cultura que les da sentido y esbozando su propia crónica de la misma.

## LAS NARRATIVAS COMO PARTE DE UN ENTRAMADO SOCIAL Y CULTURAL

Las narrativas no son independientes de la acción social, sino parte de ella. La gente cuenta relatos de vida una y otra vez en su vida social; no son, como parece, una mera recapitulación de ella. Cuando se le pide a alguien que cuente su historia de vida, lo que se obtiene es resultado de una práctica social ordinaria. En sociedades como la nuestra todo el mundo es, en mayor o menor grado, un narrador de relatos de vida, si bien es cierto que hay individuos que han practicado más a lo largo de su vida, llegando a ser buenos narradores, y otros con menos experiencia, a los que les cuesta más contar sus recuerdos personales.

Sin audiencia las narrativas no existirían. Nadie cuenta sus relatos de vida sólo para sí mismo. El *storyteller* necesita que alguien escuche sus cuentos y los reinterprete para poder valorar la importancia de su significado. Si no fuese así, los relatos de vida perderían una de sus principales funciones, a saber, establecer vínculos con el mundo y las personas que nos rodean. Pero, para que las narrativas resulten inteligibles, es necesario que existan elementos compartidos entre la cultura del narrador y la de los oyentes, o el deseo de encontrarlos. La lectura de las historias personales de otros, tiene el mismo efecto de retroalimentación sobre nuestra identidad que su construcción. Nos sentimos identificados con algunos de los relatos que escuchamos y rechazamos aquellos que nos producen aversión cultural. Las propias emociones que transmiten los relatos están mediatizadas culturalmente. Algunos relatos nos emocionan, porque consiguen despertar nuestra empatía cultural. Sin ciertos esquemas culturales que hemos aprendido y nos permiten reconocerlas, esas emociones nos pasarían desapercibidas (Schweder 1994).

Los relatos de vida no sólo están hechos con la cultura, sino que forman parte de ella. El flujo de relatos en el seno de la sociedad, hace que algunos acontecimientos narrados pasen a formar parte de las narrativas como hechos. En la Puebla, por ejemplo, todas las personas de una cierta edad saben que antes de que comenzase la Guerra Civil quemaron la iglesia y se produjeron

ejecuciones, pero casi ninguna presencié esos acontecimientos directamente. Los relatos en los que se describen esos sucesos, se han convertido en un discurso social que ha terminado encapsulando en unas pocas imágenes lo que ocurrió durante la Guerra Civil en el pueblo. Los hechos fueron, sin duda alguna, mucho más complejos. Mientras que en la vida encontramos, como decía Barthes (1966), *communications brouillées* (mensajes mezclados) en el orden del discurso social todo lo extraño ha sido eliminado. Lo que queda es el “sentido común” y la cultura.

La presentación en un libro de relatos de vida de muchas personas que han vivido en un mismo espacio y tiempo, ofrece una excelente oportunidad para comprobar cómo las narrativas forman parte de un entramado social y cultural. En un primer momento, el lector puede sentirse tentado a interpretar como una verificación de los datos la repetición de personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ellos. Sin embargo, estas coincidencias expresan en realidad el consenso alcanzado mediante la interacción social, de la que las propias narrativas forman parte. Cuando creemos estar leyendo o escuchando relatos individuales o personales, estamos siendo espectadores de exposiciones de acontecimientos aceptados y aceptables por la comunidad, un juego al que no podemos sustraernos nosotros mismos como audiencia. Es muy probable que más de un lector de este libro, sobre todo si vive en la Puebla, se sienta tentado a seguir utilizando el contenido de algunos de estos relatos para contar sus propias narrativas. La historia oral es una invención consensuada que cumple funciones sociales en el presente (Tokin 1992).

## RECOPIACIÓN, INTERPRETACIÓN Y EDICIÓN DE LOS RELATOS DE VIDA

Las historias personales y los relatos de vida que contiene este libro fueron recopilados durante un trabajo de campo, realizado entre noviembre de 2006 y julio de 2007. El análisis y edición de estos materiales se prolongó hasta marzo de 2008.

En el transcurso del trabajo de campo entrevistamos a 40 personas<sup>3</sup>. Para la realización de las entrevistas utilizamos un guión de historia de vida. La duración media de las entrevistas fue de algo más de dos horas, aunque algunas resultaron más cortas y otras se prolongaron hasta nueve horas. Después de una primera lectura de las entrevistas, volvimos a contactar con algunos de los informantes para grabar en vídeo varios de los relatos que nos habían contado anteriormente. El trabajo de documentación se completó con una recopilación de fotografías personales de los informantes, que digitalizamos y catalogamos.

---

3 Dos personas decidieron retirar sus entrevistas del proyecto antes de su publicación.

Todas las entrevistas realizadas para esta investigación fueron grabadas en audio digital y transcritas literalmente, como paso previo a su posterior interpretación y edición. En total se recopilaron más de setenta horas de grabación, cuya transcripción ocupa más de 2.000 páginas de texto. El registro y la transcripción literal de las grabaciones, a pesar del trabajo que conllevan, son indispensables para editar bien los relatos de vida y una garantía de su fiabilidad.

Leyendo las historias personales publicadas en este libro, uno puede preguntarse qué ha pasado con más de la mitad del texto de las entrevistas. Era ruido, que ha desaparecido al transformar el texto oral en texto escrito. Veamos un ejemplo<sup>4</sup>:

*Entrevistadora:* Y le voy a preguntar una cosa e=: Eustaquio. A mí me han hablado otros informantes también (..) de una muerte que hubo de una señorita de Campillejos y de un... un Guardia Civil de Almaciles que se llamaba Leonel ¿Usted sabe algo de eso? ¿Es verdad lo de la señorita de Campillejos? Supongo que será la misma mujer de la que hablamos.

*Eustaquio:* Claro que es la misma

*Entrevistadora:* ¿Y qué pasó? ¿Es verdad? ¿Qué hay de cierto en eso? ¿Es verdad?

*Eustaquio:* La:: vinieron (.) [tose] el que, que vinieron unos (.) [tose] **vinieron** unos, **unos hombres aquí. Esto fue** (..) pues en, **en el invierno**, vinieron unos hombres aquí y aquí un:: un zagal de aquí, que vive todavía, (.) pues (...) vinieron aquí, ahí que había un cura por aquí, y un zagal de aquí pues fue a:: [entra su hija mayor] [tos] aquel zagal... Esta es hija mía, la mayor

*Entrevistadora:* Ah::, encantada.

*Hija:* Igualmente.

*Eustaquio:* E:: (.) [tose] de:: [tose] aquella mujer=

*Entrevistadora:* =Sí, hablábamos de la señorita de Campillejos. Había un zagal aquí, ¿y qué pasó con él?

*Eustaquio:* El za... **ese zagal (.) le preguntaron que si había un cura aquí** (..) Pues claro, [discute con su mujer] y aquel zagal pues: **“Sí señor, hay un cura aquí”** (.) **Y el zagal pues se fueron con ellos donde estaba el cura, que el cura vivía** al otro lado de la::=

*Entrevistadora:* =De la iglesia=

*Eustaquio:* =de:: No, entonces vivía aquí más para arriba=

*Entrevistadora:* =¡Ah:: vale!=

*Eustaquio:* =**en la casa de la Eduviges**. Era Eduviges la:: [tose] la mujer que tenía el cura.

*Entrevistadora:* La que lo cuidaba quiere decir, la que, la::=

*Eustaquio:* =Sí::

*Entrevistadora:* Era, se llamaba Eduviges.

4 La parte del texto de la entrevista que ha quedado editada en la historia personal aparece destacada en negrita. Significado de los signos de transcripción: (.) (..) (...), micropausas de distinta duración; :: alargamiento de sílabas; = encadenamiento de frases; [] comentarios o solapamientos al hablar.

*Eustaquio:* Se llamaba Eduviges, y la hi... y la hija, una hija que tenía, su:, su sobrina, que le llamaban Eduviges también, (.) que [tose] esa, su tía, le dejó la casa. Pues **llegaron allí aquellos hombres y se lo llevaron al cura (.) y de allí se fueron a Campillejos. En Campillejos se llevaron a la mujer y al [tose] y a un hijo y más para arriba (.)** hay otro que le dicen el [la hija y la esposa hablan al fondo] Campillejos, **el Salaillo**=

*Entrevistadora:* =El Salaillo, el cortijo el Salaillo=

*Eustaquio:* =El cortijo el Salaillo, sí, **que se llevaron otros dos, total se llevaron cinco** y ese mis... porque [titubea] esos cinco se los llevaron **y los mataron aquella noche** =

*Entrevistadora:* = Más abajo =

*Eustaquio:* **En el Porche los Cabreras**

*Entrevistadora:* [En el Porche los Cabreras]

*Eustaquio:* Eso fue verdad.

*Entrevistadora:* Entonces eso es verdad

*Eustaquio:* Eso fue verdad. Lo mismo (.) que... [tose] Eso es verdad que se los llevaron. E.: (.) pero ahora vamos a empezar con mi padre.

*Entrevistadora:* Muy bien.

En la historia personal de Eustaquio, este relato ha quedado así:

Antes de la guerra vinieron unos hombres a Almaciles. Esto fue en el invierno. Le preguntaron a un zagal de aquí:

—¿Hay un cura por aquí?

—Sí señor, hay un cura aquí.

El zagal se fue con ellos donde estaba el cura, que vivía en la casa de la Eduviges. Llegaron allí aquellos hombres y se llevaron al cura. De allí se fueron a *Campillejos*. Allí cogieron a la señora y a un hijo y se fueron más para arriba, a un cortijo que le dicen el *Salaillo*, donde se llevaron a otros dos. En total se llevaron a cinco, y los mataron aquella noche en el *Porche de los Cabreras*

La edición de los relatos de vida presupone su interpretación. En toda narrativa siempre hay un yo queriendo decir algo, una historia que parece tener vida propia y alguien que escucha. Sacar los relatos de vida de su contexto natural para colocarlos en un libro, supone un desafío interpretativo. El antropólogo es un intermediario que debe atender tanto al significado de lo que dice el narrador y de la historia contada, como a la manera en que ambas cosas pueden ser entendidas por los lectores.

Cuando alguien cuenta un relato de vida, quiere que los demás se enteren de lo que está diciendo y por qué lo está contando. Respetar en el texto escrito la forma exacta con que el relato fue dicho oralmente, no es casi nunca la mejor manera de lograr esos propósitos. La reproducción literal de los titubeos, las equivocaciones, las interrupciones, las repeticiones, los quiebros en las frases, las pausas, la fonética, las faltas ortográficas, etc. del habla en la escritura, no ayuda a comprender lo que alguien quiere decir. Hay quienes piensan que todo esto forma parte de la idiosincrasia lingüística de los pueblos, o que añade

pureza a los datos lingüísticos. Nuestra postura al respecto es muy distinta. Lo difícil no es transcribir literalmente lo que dicen los informantes, sino ayudarles para que los lectores les entiendan mejor sin deformar lo que dijeron. Tratar de contar las mismas cosas que se dicen verbalmente en un texto escrito supone un desafío pero, al mismo tiempo, tener la oportunidad de congelar las palabras para poder examinarlas con detenimiento, proporciona al intérprete herramientas de las que no disponen los hablantes en el transcurso de una conversación. La edición de los relatos de vida es un trabajo arduo y laborioso que exige escuchar las grabaciones y leer las transcripciones muchas veces, para ir seleccionando las palabras de los informantes e ir las colocando en un texto que respete el significado de lo que contaron y resulte inteligible para los lectores. Sólo separando el metal de la ganga, o limpiándolo si está *enrobinado* —como les gusta decir a algunos poblados—, es como pensamos que se puede llegar a extraer y mostrar el significado de los relatos de vida, a pesar de los riesgos de pérdida de información que esto pueda suponer en el análisis del discurso. Utilizar nuestros conocimientos académicos para pulir el habla de personas que no pudieron ir a la escuela no devalúa su discurso, sino que lo dignifica y contribuye a poner al descubierto la riqueza lingüística que encierra, descubriendo términos que ya forman parte de la arqueología del habla de otra época.

## LA ESTRUCTURA DE LOS RELATOS DE VIDA

Buscar la estructura de la realidad es una tarea tan fascinante como desalentadora. Después de casi un siglo y medio de vida, son muchos los enemigos de Darwin que hoy se afanan en demostrar que su teoría de la evolución —la estructura que nos habría conducido al lugar que ocupamos en el mundo de los seres vivos— es una entelequia. Lo mismo le ocurre a la estructura de los relatos de vida descubierta y expuesta por el lingüista William Labov a comienzos de los años 70.

Para Labov (1972) la narrativa es una unidad de discurso, cuya estructura está formada por seis elementos: un resumen inicial —opcional— (que sirve para introducir el relato de vida), enunciados orientativos (que describen el lugar, el tiempo, los actores y su situación en el relato), los enunciados propiamente narrativos (la secuencia de acciones ocurridas en el pasado), las evaluaciones del narrador frente a los eventos relatados (que revelan su posición actual frente a ellos), y una coda —también opcional— que indica el final del relato (recapitulando su contenido y conectándolo con el presente y, a menudo, ofreciendo una evaluación global del mismo). Veamos un ejemplo:

*Tuve un cáncer de garganta con cuarenta y siete años, ¡no sé cómo estoy vivo!, en el año ochenta y siete. Me operaron en Granada. Me tiré dos años en Granada curándome de eso pero, en fin, quedé muy bien. Hay muchos que les operan y les quitan el habla. Yo hablo muy bien, bueno, algunas veces me pongo afónico. Yo me encuentro muy bien.*

La persona que cuenta este relato<sup>5</sup> nos dice que tuvo un cáncer de garganta, que se operó, pasó dos años recuperándose y se curó. Añade, además, una serie de orientaciones: que esto sucedió cuando tenía cuarenta y siete años, en 1987, que le operaron en Granada, donde pasó también dos años recuperándose, y que puede hablar, aunque a veces padece afonía. La narrativa aparece en la entrevista inmediatamente después de mencionar a un sastre que se murió de cáncer<sup>6</sup>. Esa referencia es la que actuó como desencadenante del relato. La narrativa está salpicada de evaluaciones acerca de lo que se dice. El narrador se sorprende y congratula de haber superado una enfermedad tan grave y encontrarse bien hoy en día. También alude a la dificultad y el costo del tratamiento, pero considera que el resultado bien vale el esfuerzo que supuso. Compara su caso con el de otras personas que fueron mucho menos afortunadas, ya que perdieron el habla a raíz de la misma operación. El relato finaliza con una coda que conecta los acontecimientos pasados con el presente de manera positiva.

Charlotte Linde ha mostrado lo prometedor que puede resultar el análisis estructural de las narrativas en su libro *Life Stories. The Creation of Coherence* (1993). Esta lingüista, discípula de Labov, distingue junto a la narrativa otras unidades de discurso emparentadas con ella, como la crónica o la explicación, que difieren del relato de vida en alguna de sus propiedades estructurales. Una crónica, por ejemplo, no es nada más que una narrativa carente de evaluaciones del sujeto que la cuenta. Para esta autora lo que caracteriza a las narrativas, es su coherencia, y una de las formas de lograrla es a través de su estructura, que nos permite, entre otras cosas, descubrir relaciones causales donde puede que no hayan existido. El orden del discurso narrativo nos conduce a pensar, en términos *humeanos*, que si algo va después, su causa debe haber sido lo que se encuentra delante: *Post hoc ergo propter hoc*. Las relaciones entre estructura y significado del discurso no siempre son tan directas, y Linde, apunta también la idea de que la cultura compartida por narradores y audiencias juega un papel crucial en el entendimiento de las narrativas.

Pero no siempre es tan fácil descubrir la estructura de las narrativas ni averiguar las relaciones con su significado. Al analizar una entrevista biográfica lo más probable es que hallemos narrativas bien estructuradas, mal estructuradas, otras unidades de discurso con estructuras diferentes (descripciones, explicaciones, chistes, etc.) y relaciones entre las distintas unidades, en las que a veces es posible discernir algún tipo de gramática subyacente, pero otras muchas no. Intentar analizar estructuralmente una entrevista de dos horas es como tratar de analizar sintácticamente novelas como *Las ratas*, de Miguel Delibes, *The Grapes of Wrath*, de John Steinbeck, o *As I Lay Dying*, de William Faulkner. Algunos investigadores lo han intentado y han propuesto de manera tentativa otros modelos de análisis

---

5 Jesús Gómaez García (1940)

6 Dice:

Jesús: =tenía la sastrería el... ese. (.) No me acuerdo cómo se llamaba. Sería Pepe. (.) Sí, me parece que es Pepe como se llamaba. Se murió de cáncer.

estructural. Catherine K. Riessman (1990, 1993), por ejemplo, ha estudiado la distinta forma en que hombres y mujeres divorciados dan sentido a sus matrimonios y a sí mismos en sus narrativas, prestando atención a las características poéticas de su lenguaje. La claridad que se observa en el análisis estructural de las narrativas de autores como Labov o Linde desaparece cuando se buscan estructuras poéticas en toda una entrevista, o porciones amplias de la misma, como hace Riessman. Es cierto que hay fragmentos en una entrevista personal biográfica que a veces no tienen estructura de narrativa, pero parecen un relato de vida, y se pueden buscar razones estructurales que expliquen esa coincidencia, probablemente de forma metafórica. Pero no pensamos que las entrevistas personales en su conjunto puedan responder a la estructura de una narrativa. Los relatos de vida requieren de esquemas simples y pierden su poder de convicción cuando se complican. Prueba de la validez de la estructura mostrada por Labov es que resulta muy práctica tanto para ayudar a los informantes a construir relatos de vida durante las entrevistas, como para organizarlos de manera convincente durante su análisis y edición.

## EL ANTROPÓLOGO-AUTOR Y LA REFLEXIVIDAD DE LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA

Como ocurre en toda investigación antropológica, al iniciar este estudio no sabíamos bien qué tipo de problemas éticos podría deparar. El más controvertido ha resultado ser la autoría de los relatos de vida. ¿A quién pertenecen los relatos de vida, a la persona que los dice o a quien los registra, edita y publica? ¿Es necesario tener una autorización expresa de los informantes para poder publicar sus relatos de vida? ¿Dónde termina el derecho de toda persona que participa en una investigación a que se respete su voluntad y empieza el de los investigadores a poder publicar los conocimientos obtenidos durante su estudio? Estas cuestiones son difíciles de resolver.

Como antropólogo asumo el compromiso profesional de velar, por encima de todo, por las personas con las que trabajamos, garantizando su seguridad y bienestar. Es lo que he tratado de hacer en esta investigación. Lo que no se puede prever son los efectos reflexivos que un trabajo como éste puede tener sobre la propia realidad estudiada.

Todas las personas que han participado en esta investigación han dicho libremente lo que han querido, al igual que otras se negaron a ser entrevistadas cuando se lo pedimos. Nos hemos limitado a reflejar lo más fielmente posible lo que contaron en las entrevistas. Algunas personas se extendieron más que otras. Todos eligieron hablar de algunos temas y consideraron irrelevante comentar otros. Mi papel como antropólogo en este proceso ha sido facilitar la producción de las historias personales.

Ya hemos señalado más arriba que los relatos de vida no son algo individual y que involucran a otras muchas personas. También hemos dicho, que los acontecimientos descritos en las narrativas no se corresponden en ocasiones



con la verdad de los hechos pasados. Por último, hemos dejado claro que el principal interés de estos discursos es la cultura que reflejan, un asunto también colectivo. A pesar de todo, será inevitable que alguna persona se sienta aludida por las historias que aquí presentamos y no esté de acuerdo con su contenido.

Al igual que un individuo manifiesta su identidad al contar un relato de vida, los investigadores mostramos la nuestra cuando publicamos nuestro trabajo. Un libro es una forma de decirle a los demás quién es su autor. La aportación de cada uno de los participantes en una investigación como ésta puede cuantificarse en unas horas de dedicación, muchas veces lo que dura una entrevista. Sin embargo, este libro ha supuesto cientos de horas de trabajo. Ello nos hace responsables de su contenido, pero también nos otorga el derecho de autoría, por supuesto, compartida con todas las personas que han participado aportando sus historias personales. A ellos les pedimos una especial comprensión con el resultado final del trabajo. Que se produzcan diferentes lecturas y reacciones ante el mismo, no tiene por qué ser preocupante. Peor hubiese sido que la memoria amenazada de Puebla de Don Fadrique desapareciera sin dejar ningún rastro, como ocurre en la mayoría de las comunidades.

\* \* \* \* \*

Las páginas de este libro contienen relatos de vida y la descripción de una cultura, no historia en sentido estricto, aunque pueda parecerlo. Esta es la *memoria amenazada*<sup>7</sup> que hemos tratado de rescatar.

---

7 La expresión la han utilizado otros autores antes, con un significado diferente. Tzvetan Todorov tituló así uno de los capítulos de su libro *Les abus de la memoire*, publicado en 1995.



MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
**MEMORIAS PERSONALES**  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES  
MEMORIAS PERSONALES



# VICTORINA GARCÍA GÓMEZ (1913)

Victorina nació en Pincorto, Nerpio (Albacete), el 28 de marzo de 1913. Su vida ha sido larga, y a su edad le cuesta trabajo recordar y elaborar su historia personal. Su padre empezó siendo arriero y luego se convirtió en labrador. Como la mayoría de los campesinos del Altiplano de Granada, su vida transcurrió de cortijo en cortijo. Empezó a trabajar muy pequeña cuidando de los animales y sirviendo en otras casas. No fue a la escuela. Se casó con un labrador al comienzo de la Guerra Civil. Tuvieron tres hijas y un hijo. Desde que murió su marido vive con su hijo, que no se casó. Se considera una mujer religiosa. Sus relatos de vida son cortos, a veces una sucesión de micro relatos. La historia de su hijo Jesús (1940) se incluye también en este libro y complementa lo dicho por Victorina.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en *Pincorto*, en un sitio que se llama Nerpio el día 28 de marzo de 1913.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis padres nacieron también en *Pincorto* en el mismo cortijo que yo. *Pincorto* era un cortijo muy grande, había mucha gente. Ahora ya casi no hay nadie, pero entonces había lo menos siete u ocho familias en poco rodal.

Cuando nací, mi padre era arriero, llevaba una mula o dos e iba vendiendo por los cortijos. Llevaba, en unos corvos en las mulas, aceite, vino... de todo para venderlo. Ese era su oficio.

Mi madre estaba en su casa. También tenía una *miaja* tienda en la casa y vendía, hasta que nosotros ya fuimos más mayores. Vendía vino, aguardiente, de todo lo que había, frutas que traía mi padre, aceite, de todo. Toda la gente que había allí iba a comprarle cosas. Mi padre iba algunas veces a por cosas a Caravaca, a Nerpio, a Santiago... El aceite lo traía de Andalucía.

Fuimos cinco hermanos: tres hembras y dos varones. Yo soy la segunda. No quedo nada más que yo, los otros han muerto.

Me bautizaron en *Pedro Andrés*, una aldea que hay en *Pincorto*. Allí bautizamos también a mi hijo Jesús.

### NO FUE A LA ESCUELA

A la escuela fui muy poco, porque aquello era un cortijo. Allí había un maestro, pero yo fui poco. Yo no sabía nada.

Tampoco ninguno de mis cuatro hijos fue a la escuela. Venía un maestro al cortijo a enseñarles. ¡Cuántas noches le habré dado la cena! Muchas veces tenía que ir con las ovejas para que les diera la lección. Lo que sé, lo aprendí al mismo tiempo que mis hijos. Conozco las letras, pero ya está. Ni aprendí entonces, ni sé nada.

## INFANCIA GUARDANDO MARRANOS

Cuando yo era zagalota, con siete y ocho años, estaba siempre guardando unos marranos que tenían mi madre y mi padre. Crié un potro y muletos.

## ASEO

Antes no había cuartos de aseo como ahora, pero se lavaba la gente de otras maneras, no se criaba roña, no.

En el cortijo aquel de Pincorto, donde vivíamos nosotros, pasaba un río de agua por la misma puerta. Había un embalse de agua. Muchos, en el verano, se bañaban en la acequia, porque había mucha agua allí. Los críos se metían en aquella acequia. Mis hermanos y yo nos metíamos en aquella acequia y nos bañábamos. ¡María Santísima!

Hacíamos el jabón echando aceite y sosa. Le dabas muchas vueltas y luego lo cortabas en pedacicos. También había pastillas de jabón. Mi madre tenía pastillas para vender cuando tenía el puesto.

## LA LOMA DEL ALGUACIL

Cuando mi padre soltó el oficio del arriero, nos fuimos a vivir a la *Loma del Alguacil*, a un cortijo de uno de *Huebras* que se llamaba Antonio. Mi padre tenía un par de mulas y se hizo labrador. Yo tenía ya quince años. Iba muchas temporadas con una tía mía que se llamaba Valeria con un ama a esas casas que le decían *Cara al sol*. A la madre Margarita, la monja, la he criado yo. Estuve mucho tiempo cosiendo con su madre. Ella cosía ropa de hombre para la gente de fuera. Aquella zagala la he criado yo más que su madre, porque estaba siempre conmigo.

## LA HOYA DEL ESTEPAR

Cuando tenía veinte años nos fuimos a la *Hoya del Estepar*. El cortijo era de Marciano y le dábamos su partido.

Allí murió mi padre. Se puso muy malo y murió muy joven. Tenía cuarenta y cuatro años. Mi hermano chico tenía nueve años entonces.

Todos tuvimos que trabajar para ayudar a mi madre. El mayor, que tenía catorce años, iba con las bestias.

## LA GUERRA CIVIL

El día que tiraron las bombas en la Puebla veníamos un tío mío y yo, cada uno con una mula, al pueblo. Le había cagado la mosca en un ojo a mi hermano chico y lo llevábamos al médico. Al llegar al *Viso* nos dijeron:

— ¡Ay!, que han tirado bombas. ¡Volved!, que no se puede llegar al pueblo. Esto, lo otro.

Uno de los que iban huyendo, el sastre, el padre de la Pura, nos dijo:

— ¡Calla!, que yo le curaré el ojo.

Hizo un pegote de masa y se lo puso en el ojo. Nosotros nos volvimos a nuestra casa. A la *Hoya* fue mucha gente y estuvieron allí unos días. Algunos de los que se fugaron estuvieron fugados cuatro años, hasta que terminó la Guerra.

## MARIDO E HIJOS

Conocí a mi marido cuando era chica, porque éramos primos hermanos. Se llamaba Juan Ruperto. Yo tenía veintitrés años cuando me casé. Tuve a mi hija Araceli con veinticuatro. Ya había empezado la Guerra. La tuve en la *Hoya del Estepar*. Mi madre me ayudó en el parto.

A mi Araceli la bautizamos en Nerpio. Tenía tres años cuando la bautizamos. Ese mismo día me casé por la iglesia. Nos íbamos a haber casado cuando estalló Guerra, pero quemaron la iglesia y los curas se fueron. Ya no había curas y nos casamos por lo civil. Luego, cuando ya tenía mi hija cuatro años, tuve que casarme por la iglesia para que un hermano de mi marido se librase del servicio militar. Si no nos casábamos, no se podía librar.

Tuve cuatro hijos: tres hijas y un varón. No tuve ningún aborto. He tenido cuatro en mi barriga y cuatro que han salido. Todos están vivos todavía, los cuatro.

## EL PORCHE DE LOS CABRERAS

Cuando se acabó la Guerra Civil me fui a *Pincorto*, donde vivía mi suegro. Luego nos fuimos a otro cortijo más allá. Ya después nos vinimos al *Porche de los Cabrer*as, donde hemos vivido por lo menos cuarenta años.

Mi marido también era labrador. Teníamos que sembrar, segar... Sembrábamos trigo, cebada, patatas... Había que escavillar las patatas. Mientras mis hijos fueron chicos tuve que hacer de todo. En seguida fueron grandes y ya ayudaron a su padre. Mi hijo es quien más le ayudaba.

Yo no he salido de mi casa. Hemos estado siempre en nuestra casa, trabajando nuestras tierras.

## ALIMENTACIÓN DE LOS HIJOS

A mis hijos les daba de comer pedazos de pan y de tocino. Matábamos un marrano. ¡Hacía cada matanza! ¡Que digan cómo estaba el tocino, el magro, todo! También les daba de comer olla, potajes, huevos —que tenía muchas gallinas—, de todo. Torraba la molla del pan en la sartén para hacer las migas.

De chicos les di teta. Cuando le di a mi hijo Jesús, se me puso un pecho malo y lo perdí. A las dos más chicas las crié con un pecho nada más.

## LA MORDEDURA DEL PERRO

A mi hijo Jesús le mordió un perro en la muñeca. Tendría siete años. Vinimos al médico, que era Don Pepe, y nos dijo:

—Si el perro estaba rabioso hay que vacunarlo. Si no estaba rabioso, pues nada.

Había allí otro vecino y dijo:

—Ruperto, vacunad al niño, que el perro estaba rabioso. Ha mordido a los perros de mi cortijo.

Le pusieron inyecciones en la barriga lo menos diecisiete o dieciocho días. Estuvo sesenta días sin salir a la calle y sin poder mojarse.

Al poco tiempo tuvo el sarampión y estuvo muy malo. Les salió a Jesús y a la Julia. A Inés, que era la chica, no le salió. La Araceli ya lo había pasado.

## CONFECCIÓN DE LA ROPA

La ropa la hacía yo. Compraba un pedazo de tela en el pueblo o a alguno que subía por allá, me liaba y les hacía su ropa. ¡Cuánta ropa habré hecho! ¡Cuántos pares de pantalones habré cosido para mi marido y mi hijo y para fuera!

## RELIGIOSIDAD

He sido religiosa y me gusta. Si ahora no voy a misa muchas veces es porque no puedo. Como no puedo andar, si alguien no me lleva, no puedo ir. A mí sí me ha gustado todo eso. En casa rezábamos. Sí, sí, ya lo creo. Religiosa sí soy. Lo primero que hago en cuanto me acuesto es rezar.

Antes no había tantas cosas religiosas como ahora. La primera comunión no me acuerdo cuando la hice, pero fui a confesar y ya está.

## REUNIONES Y BAILES

En Pincorto no había fiestas. Había bailes y cosas de esas, de ir toda la gente joven y todo eso.

La familia se ha juntado siempre. En esas reuniones comíamos cosas de lo que había en las casas: embutidos, tajadas... de todo. La gente amasaba, había buenas tortas... Llegaban las Pascuas y se hacían muchas cosas de Pascua: mantecados, magdalenas, roscos... de todo.

Antes nos divertíamos más que ahora, de otra manera, pero más que ahora. Yo he bailado mucho. A mí me ha gustado mucho bailar. Cantar no, pero bailar me ha gustado mucho cuando era joven. ¡Cuántos bailes habremos hecho en los cortijos! Mi marido era uno de los que tocaba en los bailes, la guitarra.

Tomábamos una copa de aguardiente, una copa de mistela... Entonces hacíamos mucha mistela en los cortijos. Yo no me emborrachado que me acuerde, pero había también mujeres que se emborrachaban. ¡Ya lo creo! Había dos o tres de nuestro pueblo que les daba por beber y emborracharse. Se ponían muy contentas, a cantar y a bailar.

## LA PRIMERA TELEVISIÓN

Mientras estuve en los cortijos no había televisiones. Antes es que había poca luz. La primera televisión que tuvimos nosotros fue una que trajo mi sobrino Rufino de Barcelona. Había ya bastantes. Verlas, ya las había visto. Mi hijo ya era grande, era mozo.

Había radios, pero de esas chicas. Había alguna grande, pero pocas. Entonces había pocas. Había guitarras para tocar y a bailar.



## LAS BODAS DE SUS HIJAS

Mis hijas se casaron aquí. La boda de mi Araceli fue muy buena. La celebraron en casa. Vino una mujer que había para hacer de comer, y dieron de comer. Las de mis otras hijas chicas las celebraron en un salón en la Puebla, en un salón de los Marines.

Yo no celebré mi boda. Cuando me casé no había curas ni había nada. Habían quemado la iglesia.

## FALLECIMIENTO DE SU MARIDO

Mi marido también murió joven. El tenía sesenta y seis años, y yo sesenta y uno. Estuvo cobrando la jubilación un año. Al año justo de cobrar se murió. Mi hijo ya se ocupaba de labrar.

Cuando murió mi marido, yo ya era mayor. ¿A donde iba a ir? Mis hijas se habían casado ya. Tenían su casa y su vida. Me quedé con mi hijo. Como no ha querido casarse, yo he estado con él y él conmigo. Hemos estado muy bien.



# EUSTAQUIO SÁNCHEZ CARBONERO (1915)

Eustaquio nació en Almaciles el 19 de septiembre de 1915. Es uno de los pocos supervivientes de la generación que combatió en el bando republicano durante la Guerra Civil<sup>1</sup>. La razón es la represión que sufrieron los republicanos tras la contienda. Una buena parte de los relatos de Eustaquio son episodios de dicha represión. Llama la atención los pocos recuerdos que parece tener de la República, un período en el que —según él— los campesinos vivieron algo mejor. En la primera parte de sus relatos describe el sistema de servidumbre que regía las relaciones entre los propietarios de los cortijos y los campesinos que trabajaban en ellos, ya fuesen muleros o pastores. Mediante un contrato, generalmente verbal, los campesinos se comprometían a trabajar las fincas y a pastorear los rebaños a cambio de poder vivir en los cortijos, recibir la aniaga o sustento básico y una parte de los beneficios de las cosechas o de la venta de los borregos. Los únicos que trabajan a jornal eran los segadores, que en muchos casos eran también labradores o pastores. El trabajo infantil no remunerado era algo común en esa época. Para Eustaquio, lo que mejoró la situación de los campesinos durante la República no fueron las colectivizaciones, con las que a veces se muestra crítico, sino que se forzase a los propietarios a pagar por las labores. Eustaquio empezó a trabajar como pastor cuando era niño. A través de sus relatos asistimos a un recorrido por los muchos cortijos en los que se ganó el pan a lo largo de su vida. Luchó en la Guerra Civil en diversos frentes en Andalucía. Estuvo en la batalla del cerro Muriano, donde vio morir a muchos hombres. Al finalizar la guerra lo llevaron a un campo de concentración en Córdoba, donde pasó tres meses. Cuando regresó a Almaciles, se encontró con que su padre había sido encarcelado y condenado a muerte. Al poco tiempo, un vecino le denunció. El motivo fue una disputa sobre las lindes de una finca de su padre y las tierras de ese propietario. Le acusaron de cosas que él no había hecho antes de la Guerra y lo encerraron en prisión veintiocho meses. En el juicio, que tuvo lugar cuando ya se encontraba en libertad provisional, le condenaron sólo a seis meses. Al regresar a su casa su padre ya había salido de la cárcel, pero falleció un día después de llegar a Almaciles desde Astorga. Durante más de catorce años estuvo controlado por los somatenes y la Guardia Civil, teniéndose que presentar en el cuartel cada quince días. Mientras tanto, se juntó con su esposa y empezó a tener su propia familia. Siguió trabajando como pastor en un cortijo, llamado la *Casa del Pino*. Después de nacer su primera hija,

---

1 Son muy pocas las monografías antropológicas sobre España que ofrecen alguna información sobre la vida en los pueblos antes, durante e inmediatamente después de la Guerra Civil. Barret (1974), en su estudio del proceso de modernización de un pueblo aragonés, cuenta algunas cosas que sus informantes le narraron sobre la vida cotidiana en esa localidad durante esos años. La descripción que hace es muy similar a la que ofrece Eustaquio en sus relatos. La monografía de Collier sobre los socialistas de un pueblo de Huelva es el mejor trabajo antropológico que se puede leer para entender este período de la historia de Andalucía, salvando las diferencias que hubo entre los distintos pueblos. La monografía de Mintz (1982) sobre los anarquistas de Casas Viejas en Cádiz es otro trabajo que puede ayudar a contextualizar algunos de estos relatos.

su mujer empezó a tener delirios. Al poco tiempo fue llamado por segunda vez a cumplir el servicio militar en Algeciras, donde estuvo a punto de morir. Dejó la *Casa del Pino* después de que uno de los amos le denunciase injustamente a la Guardia Civil. Al poco tiempo volvió a arreglárselas con el dueño de otro cortijo, la *Casa de Millán*. Paradójicamente fue un hombre rico y de derechas, al que todo el mundo consideraba “muy malo” porque era muy celoso de sus bienes, el que le libró de la obligación de tener que presentarse periódicamente a la Guardia Civil. Recuperó así la libertad y volvió a sentirse hombre. Pasó cinco años en *Millán*. Cuando ya tenía seis hijos decidió volver a Almaciles para que pudiesen ir a la escuela. No deja de ser llamativo que un hombre sin convicciones religiosas atribuya al destino y a la providencia el castigo que, en su opinión, recibieron después las personas que tantos males le causaron a lo largo de su vida.

## HISTORIA PERSONAL

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi abuelo paterno se llamaba Antón y mi abuelo materno Pedro. Mi abuelo Antón estuvo sirviendo en las *Tiesas de Abajo*.

Mi abuela paterna se llamaba Isabel y mi abuela materna Pascuala.

Mis abuelos paternos vivieron aquí en Almaciles en una posada que había antes en la plaza. Los otros vivían en la calle que está aquí detrás.

Hubiese preferido que me llamasen Antón, pero mi madre y mi abuela Isabel no se llevaban muy bien.

Mi padre se llamaba Bernardo Sánchez Reolid. Eran tres hermanos: Eulalio, Bernardo e Ignacio. Mi madre se llamaba Isabel Carbonero Robles.

Yo tenía una hermana mayor que yo, que nació en la *Casa Henares*, en el campo. Cuando yo nací mi padre estaba sirviendo en el *Porche de los Cabrerías*. El dueño del cortijo era el tío Botín, que vivía en *Valdía*. Llevaron a mi madre a la Puebla para que no estuviera sola cuando yo naciera. Otra hermana que tenía a continuación nació en el cortijo *Lande*. Y la otra más pequeña nació en Almaciles.

### CON LAS OVEJAS DESDE LOS CINCO AÑOS

Con cinco años ya me llevaba mi padre montado a *Porche de Silverio* con mi merendilla y mi *botellilla* de agua. Allí yo les abría a los borregos, les echaba de comer, en fin, lo que él me decía. A veces mi padre se venía para Almaciles y yo me quedaba allí acostado en mi pesebre, tan tranquilo, en esos *porches*, lo mismo en el *de Silverio* que en otro que le decían *del tío Cruz*.

### APRENDIENDO A TIRAR PIEDRAS

Mi padre me enseñó a tirar piedras cuando era pequeño. En aquellos tiempos, cuando llegaba la Pascua, las mujeres recogían gallinas de los cortijos. Luego las gallinas se sacaban al cerro que hay al otro lado del pueblo. Cada uno

cogía sus piedras. Cada piedra costaría seguramente un real, una perra chica. El que mataba una gallina, se quedaba con ella. A nosotros nos gustaba tirar. Es que los pastores estábamos siempre tirando piedras. Hoy ya tienen otras maneras, tienen sus perros, llevan sus cosas...

## ESCUELA

Fui a la escuela en Almaciles. La escuela estaba en la calle de la Cruz. En el invierno había tres meses de escuela por la noche. Vino un maestro que le decían Don Evaristo. Empecé a ir a la escuela cuando tenía siete u ocho años. Llegaba, cenaba y me iba a la escuela. Estábamos allí desde las siete hasta las nueve de la noche. Llevábamos la cartilla, el catón o el manuscrito. Cuando supe las cuatro reglas —sumar, restar, multiplicar y dividir— dejé la escuela.

## LA ALMARAZ PARA HACER LAS ESPARTEÑAS

Cuando tenía doce años mi padre compró una *almaz* y me dijo:

—Toma. Hasta aquí te he hecho las esparteñas, pero ahora toma la *almaz* para que cosas tú las esparteñas.

## LA PRIMERA VEZ QUE SE ARREGLÓ DE SU CUENTA

Más adelante me mandó mi padre al campo, a la *Toscana de Abajo*. Él estaba allí sirviendo. Ya nos habíamos quitado de las ovejas e íbamos de nuestra cuenta. Yo estuve allí sólo una semana. Llevaba los marranos, unas pocas cabras que tenía el tío y tres bestias.

El ama del cortijo se llamaba Heliodora y su marido Vicente. El tío siempre estaba acostado. Los zagales le sacaron una canción:

*“Era Simón en el pueblo el único enterrador  
y Vicente de la Toscana un gandul y un maricón,  
que se menea de mala gana”.*

Un día iba montado en la yegua y, al llegar a la acequia de *Bugéjar*, el animal se acostó en el agua y empezó a revolcarse. Salí encenagado. Cuando llegué al cortijo el ama me puso las migas y almorcé. Me dijo:

—Tienes que ir a los *Álamos* a por una fanega de trigo.

Aquella mujer tenía sus padres en los *Álamos*, que está por debajo de *Lóbrega*.

Dije para mí: “Yo, ¿voy a ir así?”.

Cuando me comí las migas, me metí por detrás y me fui a la acequia. Lavé mis pantaloncillos y mi camisoncillo, y tuve que estar en la acequia hasta que aquello no se secó, como es natural.

Cuando llegué, me dijo el ama:

—Muchacho, ve y desapareja la burra.

Creía que ya había vuelto de los *Álamos*.

—¿Usted creía que iba a ir yo encenagado a los *Álamos*? —le dije—. ¡En qué está usted! ¡Haber mandado a sus hijos!

Ya vi cómo se iba a los *Álamos* y me fui para allá. Había que ir primero al *Condado*, que estaba por el otro lado de la acequia.

Llegué al *Condado* y me dijo uno, que era sobrino de Heliadora:

—¿Tú de dónde eres muchacho?

—Yo de Almaciles —le contesté.

—¿Y de quién eres hijo?

—Del pastor que tiene Vicente.

—Pues si quieres, vente conmigo.

A otro día era sábado. Dije:

—Heliadora, que voy a mudarme.

—Muchacho, si tu padre viene siempre de veintiún días —me contestó sorprendida.

Total que me dije: “Yo me voy esta noche a Almaciles, hablo con mi padre y con lo que él me diga pues...”

Llegué a Almaciles y me dijo mi padre:

—Muchacho, ¿a dónde vas?

—Me he venido porque ha estado hablando conmigo Gregorio el del *Condado* y me ha preguntado si me quiero ir con él. Me da seis reales de paga al día. Pero tiene que ser con una condición: Si quiere usted que me vaya con Gregorio, tengo que dormir de noche con las bestias.

Y así me arreglé yo de mi cuenta, con permiso de mi padre. Tenía trece años. El que quería servir tenía que ir con las ovejas a los cerros desde primeros de marzo hasta octubre. Se dormía en el aprisco. Allí hacíamos una choza buena, aunque yo conozco aquí algunos que dormían al aire libre. Se morían de frío y se calabán.

Por las tardes cenábamos y, así que oscurecía, se iba el mulero. Yo me quedaba a dormir allí con las bestias. El mulero estaba a aniaga y él me daba de comer a mí. Cada mes el amo le daba su hatería, lo que podía comerse ese hombre en un mes: una fanega de trigo, dos arrobas de patatas, un cuarterón de aceite<sup>2</sup>,...

Cuando llegaba al cortijo a otra mañana, almorzaba y me acostaba en la cuadra. Aquel verano el Gregorio ese tenía de mulero en el cortijo un hombre que no tenía hijos. La mujer de ese hombre unas mañanas hacía migas, otras unas patatas fritas y para cenar hacía otra cosa.

El día de la Piedad<sup>3</sup> aquel hombre se fue y vino de mulero uno de la Puebla que le decían “Cinturio”.

---

2 “Hasta el pimiento molido había que exigirlo. Yo estuve en un sitio en el que el amo me dijo:

—Aquí todo el que venga a mi casa tiene que hacer pleitas.

—Pues si quiere usted que yo haga pleitas cuando venga aquí —le dije—, me tiene que dar además un cuarterón de esparto todos los meses para las esparteñas”.

3 El 8 de septiembre, el día de Nuestra Señora de la Piedad, era el día en que los muleros se ajustaban, cambiaban de amo o de lugar de trabajo.

Ya encerraron las bestias y me daban nada más que la peseta. Pero con la peseta mi padre se traía dos fanegas de trigo en su borriquilla y quedaban seis pesetas. En aquellos tiempos una fanega de trigo valía doce pesetas. Por lo menos se podía vivir. Por lo menos teníamos pan.

Por las mañanas yo iba a mi casa y le contaba a mi padre que tal, que cual.

—¿Pero te tasa el pan? ¿El pan te lo da ella o te lo cortas tú? —me preguntaba.

—Eso yo —le contestaba.

Yo llegaba al *piazo*, hacía una lumbre y venga a torrar pan. De merienda me echaban a lo mejor una sardinilla de esas arenques. Otro día me daban una naranja o tres higos. Si me daban aceitunas de merienda, me echaban tres aceitunitas. En fin, aquello era comer pan solo. Había que pasar el día con eso.

Estuve guardando las ovejas allí hasta los quince años. Luego me dediqué a recoger esparto robado mientras que llegaba la siega, porque lo que cría Dios en la calle debiera ser de todos. Pues yo me gobernaba treinta o cuarenta arrobas de esparto y para la feria me iba a Santiago la Espada y me traía patatas, nueces, habichuelas, de todo, con lo que había sacado del esparto.

## LOS RICOS

Los más ricos de aquí estaban contados y los más malos también. El tío Ramón era el capitán. Había otro que le decían Marcialico. El tercero era el tío Pavero. Y el cuarto el tío Paulino. Esos cuatro hombres se juntaban y si no era uno el alcalde era otro.

El jefe de la banda era Don Sebastián Esteller, de la Puebla. La mitad del campo era suyo. Su hermano era el que cobraba el consumo. Llegaba diciendo:

—¡La contribución!

Como no pudieras pagar, te embargaban. Venían unos hombres con unos carros y se llevaban hasta las sillas.

Me acuerdo de un día que tuve que ir a pagar la contribución —lo poco que yo fui, porque la contribución y todo lo pagaba ya la mujer. Llegó Marcial con cuatro perras en el bolsillo —la mitad del campo era de él— y dijo:

—Voy a tener que ir...

—Si quiere usted pagar —le dijo el fisco, el administrador— vaya usted a por ellas, que falta le hace.

La cosa estaba muy jodida. Cuando llegaba la primavera, los ricos se juntaban y decían:

—¿A cuánto vas a pagarle este año a los segadores?

—A duro o a seis pesetas —acordaban entre ellos.

Si estabas sirviendo era igual. Yo mismo con ese hombre, me daba seis reales porque tenía que dormir de noche con las bestias, si no sólo me daba una peseta. Y así sucesivamente. Los críos, los paveros y los marraneros, estaban por la comida. Y encima, si se descuidaban, el padre decía:

—Si ves que tal, arrímale.

Mi padre me dio las órdenes de otra manera. Me decía a mí otro compañero, que éramos del mismo tiempo:

— ¡Anda!, que como se te metan los borregos, ¡madre mía!, el tío Francisco...

El tío Francisco tenía abajo la *Casa del Pino* y arriba otro cortijo, que le decían los Tornajos. Allí había un huerto y, muchas veces, cuando veía venir al tío por el camino para arriba, dejaba que los chotos se subieran en la parata a ver si me llamaba la atención.

Otra vez me pasó que fui a un sitio y los animales tenían hambre y se metieron en un *piazo* sin que me diese cuenta. Total, que a uno le tiré una piedra y lo dejé cojo. A otra mañana tenía que pasar por el cortijo, y me dijo:

— ¿Qué le pasa a ese?

— Que le di una pedrada ayer y lo dejé cojo.

— ¡Hombre!, ten cuidado, que tal.

¿Por dejar cojo a un borrego me iba a pegar a mí el tío? ¡Que va! Mi padre me enseñó a tirar piedras también para defenderme.

## LOS RICOS SIEMPRE SE COMEN A LOS POBRES

Mi padre pidió un dinero aquí a uno en Almaciles, que era familia del tío Pavero, para comprar ovejas. Estuvieron arreglando las cuentas, pero lo engañaron, porque el abogado que llevaba el negocio no quitó las ovejas muertas ni las que habían vendido. Mi padre no se dio cuenta y después tuvo que pagarlo con las ovejas que nosotros teníamos. Teníamos entonces cien ovejas nuestras. Nos embargaron los animales, pero la casa y los dos *piazos* los teníamos asegurados, porque nos avisó gente que sabía. Yo tendría doce años cuando aquello. Nos pusimos todos a servir en mi casa. Mis hermanas se fueron a la *Casa Henares* y yo a la *Casa del Pino*.

## LA REPÚBLICA

Después, cuando la República, se vivió de otra manera, estábamos una *miaja* mejor. En el tiempo que duró la República, del '31 al '36, los ricos tenían que pagar por la fuerza a los obreros. La República enviaba a los labradores a las fincas. A uno le mandaba dos hombres y a otro, que era más rico, le mandaba más. Al principio los amos no querían pagarles. Pero tuvieron que hacerlo, si querían que trabajaran para ellos. Ya no podían seguir haciendo como antes. Aunque decían que éramos tontos, no éramos tan tontos, no. Nos hacíamos los tontos.

A los muleros les pusieron cabezaleros. En cada cortijo había un cabezalero: en *Pedrarías*, en la *Zarza*, en los *Cerricos de Arriba*, en los *Cerricos de Abajo*, en fin, estaba el campo entero así. El cabezalero era el que mandaba a la gente del cortijo. Él también tenía que trabajar, no era como el amo que está en su casa. Yo eso lo veía muy mal hecho. Eso no era natural, porque mandar manda el amo en lo suyo. Si yo quiero guardar ovejas, si quiero ir con fulano, voy, y, si no quiero, pues no voy. Cada uno debe de mandar en lo suyo.

Cuando empezó la Guerra, las cooperativas pusieron sus tiendas donde estaba antes el cuartel. Tu ibas a por lo que fuera allí: aceite, de todo. En fin, que era el gobierno. Todos aquellos fueron luego a la cárcel y a algunos los fusilaron. De aquí de Almaciles fueron dos.



## EJECUCIONES ANTES DE LA GUERRA

Antes de la Guerra vinieron unos hombres a Almaciles. Esto fue en el invierno. Le preguntaron a un zagal de aquí:

—¿Hay un cura por aquí?

—Sí señor, hay un cura aquí —les respondió.

El zagal se fue con ellos donde estaba el cura, que vivía en la casa de Eduvigés. Llegaron allí aquellos hombres y se llevaron al cura. De allí se fueron a *Campillejos*. Allí cogieron a la señora y a un hijo, y se fueron más para arriba, a un cortijo que le dicen el *Saladillo*, donde se llevaron a otros dos. En total se llevaron a cinco, y los mataron aquella noche en el *Porche de los Cabrerías*.

## INICIO DE LA GUERRA

Empezó la Guerra. Cuando bombardearon la Puebla mi padre estaba trabajando cocinando matas: romero, espliego... Ya le pagaban un jornal por hacer ese trabajo. Aquella gente trabajaba ya en la República.

Toda la gente se fue del pueblo. Yo me fui aquí muy cerca, al *Porche Genaro*. Allí había *piazos* y estaban segados, así que las bestias tenían donde comer. Estaban todos esos cerros llenos de gente. La familia de mi mujer se fue a una rambla muy honda que hay ahí abajo. El pueblo se quedó solo.

Cuando ya pintó el día, cogí mis burras otra vez y me fui a mi *piazo*. Yo madrugué, les eché sus aparejos a las burras y me fui a por dos cargas de mies, que era lo que tenía. Al pasar eso del *Cacarín* para allá, en la curvas esas, me encontré un camión chico en el que venían de la Puebla a volar el puente para que no pasaran los milicianos. Me dijeron:

—Tiene usted que volverse que vamos a derribar el puente.

—Sí, mire usted, ahora cuando... —les dije, y me fui a cargar otra vez mis bestias.

No sabían que hay un camino que da la vuelta por arriba, por el *Portugués*.

## SERVICIO MILITAR

Al poco de estallar la Guerra fuimos a la Puebla cuatro con idea de ir voluntarios. Uno de ellos era Bernardo el de la “Chica”, que murió este año pasado. Llegamos a la Puebla y los que mandaban entonces habían dejado el pueblo y se habían ido de juerga a comer y a beber a costa del prójimo —cosas que no se deben hacer, vamos, creo yo. Total que fuimos allí a una tienda, tomamos unas copillas y nos volvimos a nuestras casas.

Al año siguiente nos tocó hacer el servicio militar a los de la quinta del '36. El día 14 de marzo<sup>4</sup> salimos de Almaciles treinta y siete. Llegamos a Murcia, fuimos donde teníamos que presentarnos y nos dijeron:

—Fulano de tal, usted para Almaciles. Mengano, usted para Almaciles...

Total, que nos vinimos cuatro, todos los que nuestro apellido empezaba por la letra “s”. A mí me tocó esa suerte y a Teodoro el “Mochuelo”, que todavía vive. De la Puebla había más.

4 De 1937.

Estuvimos aquí tres meses. En junio nos llamaron para que fuésemos a Murcia a hacer la instrucción y ya, claro, a la guerra. De Murcia nos trasladaron a la provincia de Badajoz y de allí a Andalucía. Pasé la Guerra en varios sitios en Andalucía, siempre en el bando republicano. Tenía el carné de la Unión General del Trabajadores desde los catorce años.

Estando en la Guerra fue cuando empecé a escribir a mi mujer.

## “EN LA GUERRA TODO ES POLVO Y DINAMITA”

Como dice el refrán: “En la guerra todo es pólvora y dinamita”. Los fascistas tiraron bombas arrasantes, que estaba prohibido. Todo lo que había alrededor lo quemaban. Eso fue un crimen. Los rojos no tiraron bombas de esas.

Muertos he visto muchos, muchos. Porque es que el que llegaba, llegaba atontado, por muy listo que fuera. Si estás viendo que te están tirando proyectiles y estás debajo de los peñones, ¿para qué asomas la cabeza?, ¿para ver si los ves venir? Si tienes metida la cabeza, ¡mantente ahí, jodido!, aunque tengas que estar debajo de tierra, que así no te matan. Pero, claro, como estábamos gente de todas clases.

En el cerro Muriano hubo muchos muertos, muchos muertos, porque para eso nos enseñaron la instrucción. Pasaba todos los días.

Estando allí, un día me levanté y le dije a un gerente pequeñico que había:

—Basilio, ¿qué pasa?

De repente se escuchó: Pa, pa, pa, pa, pa, pa, pa. Me tiré al suelo y rulando, rulando bajé abajo donde, por mucho que tiraran, ya no me daban. ¡Más vale correr que esperar a que te den!

## EL ENCARCELAMIENTO DE SU PADRE

Cuando llegó la Guerra metieron a mi padre de alcalde en Almaciles. La gente nueva se había ido, así que metieron a los viejos. Yo le escribí desde el frente, diciéndole: “Quítese usted de alcalde, que usted es un viejo ya”.

Cuando se terminó la Guerra, fue cuando se armó el cenagal. A mi padre lo metieron en la cárcel. Primero lo llevaron a Huéscar. Allí coincidimos en la cárcel. Nos metieron en una ermita que había a las afueras de Huéscar, en la carretera que sale para las Santas. Le decían la ermita de la Victoria. Las mujeres sólo estuvieron allí dos o tres noches. Luego se las llevaron abajo a la cárcel verdadera.

Al salir de la ermita a la derecha había un *piazo*. Ponían a los centinelas alrededor del *piazo* y allí nos echaban, igual que animales, a mear y a hacer nuestras necesidades, porque es que no teníamos donde orinar siquiera.

Allí fueron tres veces los de Almaciles y la Puebla a lincharnos. Estamos vivos porque los que había allí eran soldados y tenían que defendernos a los que estábamos dentro.

De Huéscar nos llevaron después a Baza. Luego a mi padre lo llevaron a Granada y, de ahí, a Astorga.

Una hermana mía se enamoró de un fascista, que era somatén, y se casó con él. No nos ayudó ni a mi padre ni a mí. Ni siquiera fue a vernos a la cárcel en Huéscar.

De Astorga vino mi padre con otro de la Puebla que le decían “Agripín”. Era cuñado de los Calzas. Aquel hombre era aceitero y tenía, por encima de Lóbrega, un cortijo que le dicen *Buenavista*. Salieron de Astorga para acá y mi padre, cuando llegó aquí a su casa, a otro día se murió y el Agripín aquel cuando fue a la Puebla. ¡Si venían muertos ya! No hubo ni un amigo para recibirlo, con tantos amigos como tenía mi padre, porque era un hombre como son los hombres, no de zagaleos ni nada de eso. De pastor era el número uno aquí en Almaciles. Él llevaba las ovejas y, en cuanto fuera dos o tres días con ellas, se lo comían. Lo que no había. Llegaba a un *piazo*, ponía su manta en medio y las ovejas se estaban allí mientras él se iba a aquellos cortijos.

Todos los que tenían de cuarenta años para arriba murieron en las cárceles y, al que no se moría en la cárcel, le *daban careo* para que se muriera en su casa, que fue lo que le pasó a mi padre.

### EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

El día 2 de abril del '39 terminó la Guerra. Nos llevaron a un campo de concentración en la provincia de Córdoba.

Como dicen: “Del agua vertida, la mitad recogida”<sup>5</sup>. Estuvimos en un campo de concentración que no tenía vallas. Estábamos todos sueltos. Por las mañanas pasaban lista y por las tardes también. Hacíamos nuestra instrucción. Lo pasamos muy mal quince días, porque una latilla de sardinas para dos hombres sanos, aquello, ni comía el uno ni el otro. Luego ya empezaron a dar rancho de ese fuerte con tocino. Murieron muchos por causa de la panzada que se dieron. Lo que pasa es que la vida hay que buscársela. No había comida, pero en aquellos *piazos* había hierba, unos ajos porros que los criaba la tierra. Los cocíamos en las latas de las municiones. Como estábamos sueltos, también cogíamos aceitunas de los olivos. Como teníamos el dinero de la paga, le dábamos la ropa a las mujeres para que nos la lavaran. A ellas les venía bien y a nosotros también. Por eso digo que tuvimos suerte.

A los tres meses de estar allí me mandaron mi salvoconducto para que viniera.

### REGRESO A ALMACILES

Cuando llegué al pueblo mi padre estaba en la cárcel, ¡con pena de muerte! Me enteré cuando llegué. En mi casa sólo había mujeres. A mi hermana mayor le habían matado el marido.

Fui a casa de mi mujer. Sus padres estaban deseando que fuéramos novios. Ella estaba sirviendo en *Casa Marcial*.

Tenía que presentarme por la mañana, al mediodía y a la noche a Falange Española, porque era rojo, de esos que no se muerden el labio. Si quería ir a labrar, tenía que ir a Falange Española.

5 Lo que Eustaquio quiere decir es que, a pesar de haber perdido la guerra y ser enviado a un campo de concentración, tuvo suerte porque el campo al que le tocó ir era abierto.

Mis padres tenían un *piazo* yendo para la Puebla, al pasar la *Tejera*, en el viso ese que hace para la huerta. Lo tenían sembrado de trigo. Tuvimos suerte y recogimos un cosechón de ochenta fanegas. Lo segamos entre mi hermana más joven y yo. Yo les decía en Falange:

—Mire usted, tengo que ir a labrar. Madrugo y vengo por la mañana temprano. Pero si vengo a mediodía, echo el día en el camino.

Pero, nada. Tenía que ir tres veces.

## LA CÁRCEL

Nosotros teníamos un *piazo* de tierra al lado del cortijo la *Tejera*. El dueño de ese cortijo y de otro que hay más abajo era uno que le decían el tío Tejero. Una mañana me lo encuentro en el Goterón<sup>6</sup> y me dice:

—Buenos días.

—Buenos días —le contesté.

—La parata que ha hecho tu padre allí —en el *piazo* de tierra que teníamos pegando a lo suyo—, vas y la derribas.

—Mire usted, si ve que la parata está en lo suyo, pues lo mismo hace un celemín de tierra para usted que para mí. Deje usted la parata y el agua se queda ya recogida —le dije.

¡Vaya, la que me esperaba! A las cinco del día siguiente estaba yo pensado: “Mañana voy a estar tan a gusto, que ni voy a tener que madrugar ni nada”. Al otro día era la Piedad. Pasé la noche en la cárcel.

Había terminado de echar la basura en el campo y a las cinco o por ahí venía montado en mi burra con otra detrás. Me asomé a la plaza, me paró un guardia civil y me dijo:

—Haga usted el favor de bajarse y véngase conmigo al cuartel.

—Déjeme que vaya primero a mi casa. Allí no hay nada más que mujeres.

Puede usted venirse conmigo si quiere —le dije.

Fui a mi casa, dejé las burras y me fui al cuartel.

¡Me pegaron un palizón! Había dos guardias. Me acusaron de cosas que yo no había hecho.

Luego me llamó el juez —que no era juez, que era uno de la Puebla que estaba estudiando y lo colocaron en Baza. Se llamaba José. Me llamó y me dijo que había ido a *Pedrarias* y le había pegado fuego a una ermita que había allí, que había requisado todo el grano del cortijo de *Pedrarias*, que había quemado la iglesia de Almaciles, que había intervenido en la quema de la iglesia de la Puebla...

Todo eso era mentira. Lo que hicieron en la iglesia de la Puebla fue muy poca cosa y la iglesia de Almaciles no se quemó. Metieron todos los santos en la sacristía, taparon todas las puertas y echaron paja en la iglesia. Cuando llegaba el domingo, que no había que ir a trabajar, allí mismo hacíamos la instrucción.

En fin, el tío hizo allí su papel y yo le dije:

---

6 Un lugar próximo a la plaza mayor de Almaciles.

—Usted tiene ahí dos soldados apuntándome. Si me matan los soldados, firmaré eso. Pero si no, no lo firmo. Usted lo cambia como sea. Ponga que soy rojo, que sí lo soy, no lo puedo remediar.

Así que me sobaron bien, me llevaron a Huéscar y luego a Baza. Mientras estuve en Baza fue cuando murió mi padre.

Estuve en prisión veintiocho meses y medio. A los dos años pedí la libertad provisional. Hablé con uno de los presos de allí, que estaba de escribiente, para que me ayudara a pedirla.

Me contestó:

—Sí, hombre.

Le dije a mi hermana, una de las veces que fue a llevarme de comer:

—Cómprame un papel de esta manera, que voy a pedir la libertad provisional.

Y la pedí.

A los cuatro meses me dieron la libertad. Cuando me *dieron careo* me junté con mi mujer<sup>7</sup>.

## CÓMO SE JUNTÓ CON SU MUJER

Mi mujer estaba sirviendo y yo tomé celos con un mulero que había en el cortijo en que estaba. El 14 de mayo, que era el día de la Ascensión, me la llevé y nos vinimos a mi casa.

Tuvimos también mala suerte con eso, porque a otro día vino el alcalde y me trajo la citación para el juicio. Si el alcalde me lleva el papel la víspera del día de la Ascensión, no me caso. Vamos, en aquella época ni pensarlo. Porque es que yo no sabía si iba a la cárcel otra vez, si vendría de Granada o no.

Era sábado y el correo no pasaba. A las tres de la mañana pillé mi camino por el campo a montarme en el tren para ir a Baza al juicio. Allí se quedó ella sola con mi familia.

Llegué allí y se celebró el juicio. Me sacaron seis meses. Como estuve veintiocho meses preso, el capitán que fue mi abogado le dijo al jurado:

—Y los otros veintidós meses, ¿quién se los paga a este hombre?

Allí no replicó nadie una palabra.

Después del juicio me tuve que venir andando desde Baza. Estábamos en las afueras de Baza esperando a que pasara algún coche y se presentó un tío con pescado. Estaban allí también un veterinario y un guardia civil, a los que conocía, y un zagal de Orce. Montamos en el camión pero, al llegar a las primeras cuestas, se escacharró. Seguimos andando y nos encontramos a un tío que iba con su mula y su carrillo para Cúllar. Llegamos a Cúllar cuando oscurecía. Desde allí seguimos el zagal de Orce y yo hasta llegar cerca de Huéscar. Entonces él se fue para Orce y yo seguí por la carretera hasta aquí.

A los seis años de estar viviendo juntos nos echamos las cruces. Ya teníamos tres hijos. Me casé por los cincuenta duros que daban por cada zagal todos los meses. Me dijeron:

7 Ana María Rosillo Robles.

—Muchacho, tú ya tienes tres zagales —los mismos que pagaban—. ¿Qué haces que no te casas?

Estábamos en el *Burrezo*. Bajamos andando los cinco, los tres zagales y nosotros dos. Primero fuimos a casa de mi madre y después a casa de mi suegra. De allí fuimos a la iglesia, comimos y para el *Burrezo* otra vez. Ese día hubo en la iglesia por la mañana un bautizo, la boda y un entierro. ¡Ah!, y unas monjas que venían en el correo de la Puebla se bajaron también a tomar la comunión.

## PRIMERA HIJA

Cuando nació mi Isabel, el veintiocho de febrero<sup>8</sup>, estaba guardando ovejas en la *Hoya de los Carboneros*. Me había metido de pastor con la gente de la *Casa del Pino*. Llegó el amo Miguel, y me dijo:

—Ha estado aquí el tío de tu mujer y ha dicho que ha tenido una niña.

Dejé las ovejas y me fui a ver a mi hija.

A los dos días de dar a luz se le fue la cabeza y se volvió loca. Veía a los santos y decía:

—¡Ay, qué gloria!, que si tal y que si cual. No ves qué flores.

Estuve diez días espatarrado encima de ella porque si no se levantaba de la cama. Ella tenía veintiún años. Muchas veces tenía que llamar a su padre, cuando le entraban los nervios. Para descansar yo un poco le ataba las manos con mi correa. Me daba lástima, pero algo tenía que hacer para poder descansar una *miaja*. Como estaba así, no tenía leche y tenían que sacar a la zagala por ahí buscando mujeres que estuvieran recién paridas. ¡Algunas veces se presentan las cosas muy feas!

## OTRA VEZ A LA MILI

Entonces me llamaron para ir a la mili de Franco. El día 14 de marzo tuve que dejar a la mujer y a la zagala en la cama para ir a Algeciras. Ella ya estaba mejor por las medicinas que le habían dado.

A los tres días de estar en Algeciras, salimos un día y me tuvieron que traer. La sangre la tenía podrida, se me había ido congelando por dentro. Aquellos días que estuve espatarrado encima de mi mujer había hecho un tiempo muy malo y estuve helado de frío. ¡Por poco me muero! Gracias a que los médicos eran buenos. Me dieron unas angustias y eché unos chorros de sangre podrida. Dije: “¡Ya verás tú!”. Pero no me pasó nada.

## LA BURRA Y LOS CABLES DE LA LUZ

Otra vez me pasó otra cosa. Habían estado segando los señores con una máquina, y al pasar cortaron los cables de la luz que iban a Almaciles. Yo fui después con una burra al *piazo* a recoger una cebada. Cargué mi burra, salí para

8 De 1942.

abajo —yo iba con mi ramal cogido—, cuando se cayó la burra. “¡Leche, la burra se ha caído!”. No se movía. No se levantaba. Yo no sabía lo que pasaba. Luego vi que estaba muerta. Le quité los haces de cebada y cogí el aparejo, cuando sentí así al lado mío, debajo de mí, los cables de la luz: “Zzzzzzzzz...” Llevaba unas esparteñas, pero la suela era de goma. ¡Qué fuerza no me daría Dios, o quien fuera, para tirar del aparejo y arrancárselo! Llevaba una buena cincha y se partió por medio del tirón que di. Así que por eso digo que he tenido suerte por un lado, pero por otro es que he sido muy abandonado.

## LA CASA DEL PINO

Llegó el día San Isidro<sup>9</sup> y los amos se habían ido. Eran cuatro hermanos. El padre había muerto ya. Había sido un año de mala cosecha y los animales tenía mucha hambre. Yo llevaba ahí ocho años y medio con ellos, así que no le iba a decir al ama: “Mire usted que el día de San Isidro quiero ir a mi casa”. Pero la víspera de San Isidro vinieron los hijos. Éramos dos pastores: yo iba de borreguero y otro con las ovejas —uno de la Puebla que tenía de apodo el “Espartero”. Habíamos dormido en la calle como hacíamos siempre, pues íbamos de noche a esos cerros y a las nueve o las diez de la mañana llegábamos al cortijo y almorzábamos. Llegamos y estaba el amo allí. Yo pasé para dentro primero y el otro se quedó cerrando la puerta.

—¿Dónde habéis estado, que ya es tiempo de ir a mudarse?<sup>10</sup>. Yo quiero ir mañana a San Isidro—le dije.

—Pues bueno —me dijo Emilio, el que mandaba<sup>11</sup>.

A otro día nosotros encerramos las ovejas y los borregos. El otro me preguntó:

—¿Las encerramos o les damos careo?

—Las encerramos y así están más seguras —le contesté.

Así que llegó su hora, las apartamos y cada uno nos fuimos con nuestro hatajo, los borregos a un sitio y las ovejas a otro. Pasamos por el cortijo ya bien de noche. Serían las diez de la noche cuando pasé por la puerta del cortijo para subir a los *Tornajos* a encerrarlas. Allí había más anchura. Después fui a Almaciles. Llegué a las doce de la noche.

A otro día vino a mi casa un tío de mi mujer, que le decían Mariano el “Cacharro”, y preguntó:

—¿Dónde está Eustaquio?

—Acostado —le respondió mi mujer.

—Ha estado Emilio en mi casa y ha dicho que hay pastores que parecen de primera clase pero son de última, de dejarse el ganado encerrado.

Se fue y no me despertaron. Estaba cansado y tenía ganas de descansar.

9 San Isidro Labrador se celebra el día 15 de mayo. Se hace una romería a la ermita del santo situada a unos dos kilómetros de Almaciles.

10 “Cada quince días podíamos irnos a nuestra casa a mudarnos. Íbamos el sábado por la tarde, el domingo estábamos en nuestra casa y a otro día vuelta al negocio”.

11 “Eran cuatro hermanos. Uno estaba estudiando y no quería saber nada. De los otros tres, uno llevaba el manejo de la casa, otro era el que llevaba el manejo de las ovejas y el otro lo de sembrar, para mandar a los mozos a sembrar donde tuvieran que ir y a los tractoristas, que entonces ya había tractores”.

Cuando me levanté a comer, mi mujer me dijo:

—Ha estado mi tío Mariano y ha dicho que ha venido Emilio y le ha contado que iba a ir al cuartel a dar parte de vosotros por haber dejado las ovejas encerradas.

En fin, ya sabía yo que la Guardia Civil era la que iba que intervenir.

Total que comí, me cambié de ropa, —yo estaba preparado para irnos a San Isidro—, pillé mi camino y me fui a la *Casa del Pino*. Llegué y me dijo:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —le contesté—. Prepáreme usted la cena para la noche.

Junté las ovejas con los borregos y aquella noche me fui por allí. A otra mañana llegó el tío y me dijo:

—¡Echa las ovejas para abajo!

Les di un silbido y salieron para abajo. Cuando llegamos al cortijo a comer las migas le dije:

—Prepare pastor, que me voy.

Cumplía la víspera de San Juan<sup>12</sup>.

Luego vino otro hermano, Miguel, que estaba estudiando. Se pensaba que me iba a convencer para que me quedara. A mí lo que me cayó mal fue lo de la Guardia Civil. Si no quería que nos viniésemos los dos el día de San Isidro, debía haberlo hablado, habernos dicho que nos fuésemos uno un día y al siguiente el otro, en lugar de ir al cuartel.

Estuve catorce años y medio allí.

## EL CORTIJO *MILLÁN*

Fue combinación que un familiar de los amos de la *Casa del Pino*, Don Pepe Jiménez, que era de Huéscar, quería echar ganado y fue allí. La mujer de ese hombre era prima hermana del padre de los hijos del amo de la *Casa del Pino*. Aquellos le dijeron:

—Pues mira ha pasado esto y esto. De aquí se van dos pastores...

Pilló cada uno su burra y vinieron a donde yo vivía en Almaciles. Hablamos del terreno. Yo lo conocía una *miaja*. Total, que nos arreglamos. A los pastores nos daban la aniaga: dos arrobos de patatas, un celemin de garbanzos, una fanega de trigo y un cuarterón de aceite todos los meses.

Cuando ya quedamos en el día, le dije:

—Mande el tractor a Almaciles para llevar todas las cosas.

Y eso hizo. A primeros de septiembre nos fuimos.

Como tenía que presentarme cada quince días en el cuartel, cuando llegué el día catorce, le dije:

—Don Pepe prepare usted el pastor para mañana porque tengo que ir a Almaciles.

—¿A qué vas a Almaciles?

---

12 El 24 de junio. Ese día los pastores se "arreglaban", cambiaban de dueño o lugar de trabajo.



—Porque tengo que ir cada quince días ¿No lo sabía usted?

Sí lo sabía. Me dijo:

—Si quieres, te vas con tus ovejas esta tarde y mañana, cuando vengas, el señorito José Manuel —uno de sus hijos— te lleva a Almaciles. Mejor irás con José Manuel en la moto.

Vinimos en la moto aquí a Almaciles. Primero fuimos al cuartel. Me presentó:

—Aquí está fulano de tal.

Al salir le pregunté al señorito:

—¿Usted se queda aquí, José Manuel?

—Sí, me voy a quedar aquí —me dijo.

—Yo es que voy a ver a mi madre.

Vine, subí a ver a mi madre, y me despedí:

—¡Ala!, me voy, que tenemos que irnos al cortijo otra vez.

Yo no sé lo que le dijo a los civiles de Almaciles ni a los somatenes, pero ya no tuve que volver a presentarme. Don Pepe me dio la vida y la libertad, me quitó una carga. Me quedé en la gloria. Ese año ya pude ir a segar a Totana<sup>13</sup> sin tener que pasar antes a ver a los civiles. Estuve yendo a Totana seis años. Había que hacerlo para buscarse el chupete medio regular.

Decían que era el tío más malo que había en Huéscar. Le habían matado dos hermanas, que las cosas se dicen como son, y a eso no hay derecho, ya puede ser fascista, socialista, comunista o lo que sea.

Cuando me arreglé con él me dijo:

—Pastor.

—¿Qué pasa, Don Pepe?

—Usted tenga mucho cuidado, que si lo denuncian los vecinos porque se meten las ovejas en lo suyo, lo tendrá usted que pagar. Yo no quiero saber nada.

Si iba uno al cortijo y le pedía permiso para coger aliagas, se llevaba todas las que quería; pero, como lo hiciera sin su permiso, iba al juzgado. Allí que no se te ocurriera coger un melón, un tomate o una manzana. Si te veía, la tenías con él. Y hacía bien en defender lo suyo. Pero nosotros caímos muy bien allí. ¡Qué adelantas con cogerle al amo un tomate o una manzana! Yo, cuando iba a los manzanos, me llevaba a los zagales y unos cestos y, antes de echar las ovejas allí, recogíamos las manzanas y les decía:

—Tomad, llevádselo a Don Pepe o a su mujer.

Los animales se los cuidaba bien, les echaba de todo. Luego el hombre vendía los borregos, llegaba y me decía:

—¿Cuántos borregos has vendido, pastor?

—Pues mire usted en la libreta —le contestaba.

Él los contaba: tantos. ¿Qué valían los borregos? Diez mil duros o cinco mil duros.

—Pues tómalos, que son tuyos —me decía.

En otros sitios, si estabas sirviendo, le tenías que pedir al amo mil duros para que te diera mil pesetas. Para pagar eran muy malos. Vendían los borregos, se guardaban el dinero y en vísperas de San Juan era cuando arreglaban las cuentas.



1. Eustaquio y su mujer Ana María.

Estuvimos tres años allí, hasta que fueron a nacer los mellizos. Entonces nos vinimos a Almaciles. Me dijeron que nos quedásemos allí, que ya nos ayudarían como fuera. Pero aquí estaban mi madre, mi suegra, mis hermanas, que podían ayudar a mi mujer si la cosa se complicaba. Entonces me puse con otro dueño a servir.

En el mes de marzo —no se le hizo tarde— el hijo de aquel hombre llegó a los *Cerricos de Arriba*, que era donde estaba sirviendo. Preguntó:

—¿Dónde está el pastor fulano de tal?

—Esta mañana ha salido para arriba. Eche usted por ahí para arriba que tiene que estar en esos caminos, más para acá o más para allá —le dijeron.

Cuando se le echa un rato a las ovejas ya, en el mes de marzo, el sol calienta. Estaba comiendo cuando llegó. Sentí alguien en una moto y en seguida apareció.

Estuvimos otros dos años más allí y luego nos fuimos a Almaciles. Nos vinimos para que mis hijos pudiesen ir a la escuela. Había maestro en *Bugéjar* pero, si estaba lloviendo, no podían ir y en invierno tampoco. Al tener ya cinco, nos tuvimos que ir de allí, si no todavía estaríamos allí mi mujer y yo.

## “QUIEN A HIERRO MATA, A HIERRO MUERE”

El manijero que yo llevaba estaba segando con una hija del tío Tejero. Los somatenes, cuando llegaba el verano, iban por los campos mirando a ver qué había y qué no había. Esa gente estaba nada más que para vigilar. El hijo del tío Tejero era uno de ellos, y se ve que su padre le mandó razón para que fuese donde su hermana cuando estábamos segando allí. Pusieron la mesa para comer, y me dijo:

—Eustaquio.

—¿Qué pasa, Alfonso? —así se llamaba.

—¿Sabes por qué estás aquí? Porque yo fui y te saqué.

—Muchas gracias, hombre —le dije.

¡A los veintiocho meses!, que yo no me metí con ellos ni por una cosa ni por otra. Nada más que por la parata me tiré veintiocho meses allí.

Dicen que “quien a hierro mata, a hierro muere”. Pasado el tiempo ese hombre fue a Granada. No sé dónde se metería, pero en ninguna cosa buena pudo ser. Se lo encontraron muerto en la calle. Tenía otro hermano y se le pegó fuego... Porque es que el tío ese, el viejo, había quemado a uno ahí en la *Loma de Arriba*, el cortijo que hay un poco más abajo del pueblo. Allí entraron tres tíos y mataron a uno que tenía dinero —lo mataron por eso— y lo quemaron. Primero lo sentaron en unas trébedes hechas ascuas y, así que cantó, lo mataron, lo acostaron en la cama y se fueron llevándose el dinero. Lo tengo muy bien apuntado todo. Salvo de cáncer, de muerte natural no ha muerto ninguno.



# SOLEDAD GÓMEZ GALERA (1916)

Soledad nació el veintitrés de abril de 1916 en Puebla de Don Fadrique. Su bisabuelo fue propietario de la *Casa Moya* y adquirió un bloque de viviendas en la Puebla que se conoce como la *Casa de los Patiños*. Soledad heredó algunas de esas propiedades y ha vivido toda su vida en una de las viviendas de la *Casa de los Patiños*. Su padre fue comerciante. La situación económica de su familia siempre fue desahogada. Tiene un hermano y una hermana. Los tres fueron a la escuela, pero ninguno amplió luego sus estudios. Sus relatos de vida hablan sobre todo de su juventud. Describe cómo se vivía entonces en el pueblo, donde apenas había luz eléctrica pero la gente se reunía en las casas para divertirse contando cuentos. Las relaciones entre hombres y mujeres son el centro de atención de varios de los relatos, en los que se muestran las estrictas normas de conducta que regían las mismas. Una mujer no podía ser vista con un hombre a solas, si no estaban casados. Soledad añade algunos personajes públicos nuevos al repertorio que aparece en otras historias personales: comerciantes —entre los que se encuentra su propio marido—, una estanquera, un político local que se suicidó, un sastre, un médico, un cura, etc. Se casó con un primo hermano después de la Guerra Civil, tras un largo noviazgo con el que su padre no estaba de acuerdo. Tuvo una hija. Las apariciones de fantasmas, que ella misma presencié y explica, añaden una nota de realismo mágico a la descripción que hace de Puebla de Don Fadrique en la primera mitad del siglo XX.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el veintitrés de abril de 1916 en Puebla de Don Fadrique, en la plaza Arriba, detrás de la posada de Bienvenido, en la casa que tiene balcones.

### FAMILIA DE ORIGEN

A mis abuelos por parte de mi padre no los conocí. Mi abuelo se llamaba Juan José Gómez Romero.

A mis abuelos maternos sí los conocí a los dos. A mi abuelo siempre le han dicho Juan Galera. Tenemos un cortijo más arriba de San Roque, que le dicen el cortijo Juan Galera. Mi abuelo tenía tres hijas. Partió los bienes entre ellas y, cuando estas murieron, pasaron a los nietos. Éramos seis nietos. Cada uno tiene su parte. La casa del cortijo tenía nueve habitaciones y yo tengo tres, porque era mi parte.

Mi padre se llamaba Mariano Gómez Sánchez y mi madre Pilar Galera Millán. Ambos eran de la Puebla.

Éramos tres hermanos: mi hermana Milagros —que vive en Madrid desde hace cuarenta años—, mi hermano Juan José —que todavía vive en el pueblo— y yo. La mayor soy yo. Después viene mi hermano —le llevo cuatro años y medio— y luego la más pequeña, que tiene setenta y ocho años.

Mi hermana era la más consentida y más mimada. Se casó con uno que se llamaba Joaquín, hijo de la Concha. Era muy célebre. Te echabas una panzada a reír con él. Se hizo policía y se fueron a vivir a Madrid. Cuando se murió, lo trajeron aquí a enterrar. Se dejó un hijo con dieciséis años y una hija. La hija está allí. Ya tiene cuarenta y dos años y no se ha casado.

## LA CASA DE LOS PATIÑOS

La casa en la que vivo era de mi bisabuelo Juan José Gómez Romero, el abuelo de mi padre. El vivía en la *Casa Moya*. Toda la *Casa Moya* era de mi bisabuelo. Entonces compró esta casa<sup>1</sup>. Tenía caballos y fue a vender uno o dos a Madrid. Con aquel dinero compró la casa. Le costó siete mil quinientas pesetas. Luego la repartió a los hijos. Cuando murieron los hijos pasó a los nietos. A mi padre le tocó una de las cuatro casas, la de arriba. Cuando tenía cinco años nos vinimos aquí. Todos los que vivíamos aquí éramos familia. Yo llevo en esta casa ya ochenta y cinco años. Mi hija nació aquí.

## ESCUELA

Empecé a ir a la escuela con unos cinco añillos o así y salí con doce o trece, más o menos. Fui a la escuela normal. Cuando se terminó la escuela, no pasamos a Huéscar ni cosas de esas. Hacías la escuela aquí y se terminaba. Teníamos *Enciclopedias*. Allí iba todo: geografía, geometría, historia, matemáticas... En un libro se llevaba todo a la escuela. A lo primero teníamos cartillas: Cartilla primera, segunda, el abecedario...

Luego estuve en una escuela de una tía de Eladía que era soltera. Entonces ponían escuelas particulares en las casas. Se llamaba Basiliisa Rodríguez Arjona. Era maestra de escuela. Había otra mujer que enseñaba. Se llamaba Eugenia. Esa no tenía carrera. Su hermano era carpintero y ella vendía las cajas de los muertos. Yo procuraba hacer siempre todo muy bien, porque en seguida te cogía y te llevaba a una habitación en la que tenía los ataúdes. Los niños nos asustábamos mucho.

## POBRES, GITANOS Y MOROS

Entonces no estudiaba casi nadie. El que estudiaba era de dinero. No había tanto dinero como ahora. Hoy hay más libertad y más cosas malas que están pasando. Entonces había mucha normalidad, la gente parece que era de otra manera, estaba muy normal todo, pero había poco dinero. Ahora, el que más y el que menos tiene para comer y para vivir un poco. Entonces los pobres no se quitaban de la puerta, llamaban a la puerta continuamente. Nosotros no éramos ricos pero tampoco éramos pobres, teníamos para comer y para que nos sobrara de comer. Entonces venía uno, te daba lástima y tenías que darle.

<sup>1</sup> La Casa de los Patiños. Es una casa señorial del s. XVI. El edificio está dividido actualmente en cuatro viviendas [Fotos 1 - 4].

Siempre se le daba. Venían algunos gitanos, pero nada más que venían de esa raza. De otras razas, como ahora moros y de los otros, aquí no venían entonces, no, no, no, no, no.

En una guerra hace montones de años, me contaba mi abuela que vinieron los moros y se apoderaron de España y se vieron negros para echarlos. Decía mi abuela que echaban aceite hirviendo por las ventanas para matarlos. Yo le decía:

—¡Pues ya habría aceite!

—Pues en toda Andalucía y por todo alrededor —me contestaba mi abuela.

Se vieron negros para echarlos. Ahora me parece que no los vamos a echar tampoco tan fácilmente.

## SU HERMANO

El maestro de mi hermano le dijo a mi padre:

—Este niño con muy poquito se saca la carrera. Con un poquito que te gastes, por donde va, tiene la carrera en la mano.

—Yo tengo tres y tienen que estudiar los tres o ninguno. Yo los admiro por igual, son iguales los tres —le contestó mi padre, que también era raro.

Dijo que para darnos estudios a los tres necesitaba él mucho dinero y no podía. Y no lo hizo. Pero mi hermano era tan listo que aprendió mucho y ha estado aquí llevando la contabilidad en muchos sitios. Había en la calle del convento unas que tenían fincas —se llamaban las Piñeras. Él le llevaba la contabilidad a esa familia y a otras. Luego se hizo agente comercial y más tarde puso un almacén de vinos. Él ha vivido así. Tiene tres hijos y una hija. Mi hermana que vive en Madrid, tiene dos hijos.

## EL TRABAJO DE SU PADRE

Mi padre era comerciante. Estaba de encargado en la tienda de Antonio Molinero. Tenía cinco o seis dependientes: Ignacio Sola, los dos hermanos de Antonio Navarro el “Confitero”... Allí se vendía todo tipo de géneros. Había también un departamento de perfumería. Dentro había un almacén que se perdía la vista.

Luego ya se cansó de estar allí, porque era un señor que quería que la que entrara no se fuera sin comprar. Los muchachos trabajaban todo lo que podían, pero cuando una mujer no quería comprar, no se podía hacer nada. Total que ya mi padre se cansó de aquello, porque reprendía mucho a los otros. Mi padre parece que hasta iba a enfermar, estaba agotado. Así que dijo: “Me separo y pongo una tienda solo, un comercio de tejidos”. La puso en la parte de abajo de la casa de Mari Nieves, la mujer de Antonio el “Mochuelo”. Ahí puso mi padre un comercio de tejidos grande. Venían muchos viajantes. Yo era ya mayorcica y le ayudaba mucho.

## UN MUNDO SIN LUZ ELÉCTRICA, PERO LLENO DE CUENTOS

Yo no fui a trabajar nunca a ningún lado. Cuando estaba soltera le ayudaba a mi madre con las cosas de la casa y, luego, cuando me casé, hacía lo mismo en mi casa. No había todo lo que hay ahora. No teníamos ni luz eléctrica. Entonces tenía el padre del Leonardo la fábrica de luz de las Santas y los motores seguramente no valían. Eso daba una luz tan chica que no se veía nada. Estuvimos así un pilón de años, pagando y sin luz. No teníamos radio, no teníamos frigorífico... nada. Entonces nos dedicábamos a juntarnos gente joven y contar cuentos, refranes, chistes, trabalenguas, ¡yo qué sé! Yo hacía de todo. Todas las canciones que se sentían, a lo mejor en la banda de música o a alguien que venía cantando una canción de cualquier lado y se extendía por el pueblo, me las aprendía. Me acuerdo de muchísimos cuentos:

*De Santa María vengo,  
de cumplir una promesa,  
y ahora que vengo santo,  
dame un abrazo Josefa.*

O este otro:

*Estando en Valladolid  
me acordé de tu retrato,  
solamente porque vi  
una morcilla en un plato,  
que se parecía a ti.*

## LA MUJER DEL ESTANCO

En frente de la iglesia había un estanco. Era de los abuelos de Angelín Morante. Ella se llamaba Sebastiana y tenía Parkinson, movía mucho la cabeza por aquella enfermedad. Tenían unos paqueticos de papel de fumar para liar el tabaco. La gente iba a comprar papeletas de aquellas. Cuando llegaba alguna mujer a comprar..., no, su marido, que entonces las mujeres no fumaban, le decía:

— ¿Cómo lo quiere: Pay-Pay o Bambú? — moviendo la cabeza.

Y la gente joven se reía.

## LAS MUJERES NO PODÍAN SALIR SOLAS

Yo tenía una prima hermana, Carmen, que se quedó con un añico sin madre. Ella, la madre de la Dorita y yo íbamos a casa de mi abuela. Nos juntábamos las tres e íbamos al cortijo a ver a mi abuela. Íbamos algunas veces, pero solas no, en aquellos tiempos solas no, alguien nos llevaba o lo que fuera. A lo mejor iba una persona mayor o iba mi madre. Solas no salíamos a ningún lado. Aunque tuvieras novio. No salías a ningún lado sola. El novio no podía cogerte una mano, porque lo metían en la cárcel. Aquello era un delito muy grande, y ahora fíjate lo que pasa, ¡madre mía!



## LOS NOVIOS A LOS QUE SE LES HIZO TARDE

Antes era otra vida. Ahora hay más libertad, muchísima más. Mira, por ejemplo, la que tenía un novio no podía salir sola a ningún lado con el novio. Si se atrevía a ir con el novio a algún lado o con amigas o lo que fuera y al oscurecer no estaba en su casa, ya no la recibían en su casa, ya se había ido con el novio para siempre. Te voy a contar un caso.

Una muchacha de aquí del pueblo se puso novia con otro muchacho y se fueron juntos y pasaron una noche en casa de un vecino que tenían amistad. Les dijo:

—Venid a mi casa, que sois jóvenes y novios, y estamos aquí.

Era por la Navidad. Fueron allí y empezaron a hablar y a reírse, pero se alargó, se alargó y, cuando echaron mano, eran la una o las dos de la mañana. Ella temblaba de tener que volver a su casa. En aquella reunión estaba el cura del pueblo, que luego los acompañó a sus casas, y les dijo:

—No tengáis cuidado que yo iré y diré lo que ha ocurrido. No va a pasar nada.

Fueron a casa de la muchacha y el cura le dijo a su padre:

—Mire usted, ha pasado esto y esto y esto.

—Usted se va a mandar a la iglesia —le respondió el padre de la muchacha—, pero en mi casa mando yo. Esta se ha ido esta noche con el novio y se la tiene que llevar, quiera o no quiera. Aquí no entra.

## LOS PRETENDIENTES Y EL CONSEJO DE SU MADRE

Yo tuve cinco, seis o siete que me querían. Me dijo mi madre:

—Niña, tú haz lo que quieras, pero hasta que no tengas veinte años no te debes de poner novia, porque en esta edad se está que no se sabe lo que se quiere y, cuando no se sabe lo que se quiere, todo sale mal. Así es que tú no seas tonta.

Me lo decía muchas veces. Ahora hay hijas que les dice eso la madre y no hacen caso. Pero yo sí le hacía caso a mi madre.

Yo he tenido cuarenta novios. Se paseaban por la calle para acá, para allá, para el otro lado. Yo me sentaba en el balcón a coser, a bordar —yo bordaba en bastidor, o cosía, o hacía ganchillo, todo eso me entretenía— el rato que tenía libre, y pasaban, ¡uf! Otros me escribían una carta por correo interior. El cartero llegaba a la puerta y le costaba trabajo cuando tenía que subir. Uno que vivía abajo, le dijo al cartero:

—Cuando tengas una carta para arriba, nosotros se la pasamos —él, si estaba, y, si no, lo hacía su hermana.

Pero no nos la pasaba. Las que eran para mí se las quedaba. Las rompía y las echaba a la lumbre. Me tenía echado el ojo, pero nunca me dijo nada, jamás.

## POLÍTICA, VERGÜENZA Y SUICIDIO

Ese tenía un primo hermano llamado Daniel. Era político, muy político, estaba en el ayuntamiento. Entonces no era como ahora, que se meten en el ayuntamiento, ganan lo que sea y hacen malo o hacen bueno, pero no les da por hacer ninguna cosa mala. A aquel le dio vergüenza porque obraron en el

ayuntamiento viejo y le dijeron que se había traído unas puertas y no sé qué, le achacaron aquello, se avergonzó y se colgó. Los dos eran primos hermanos de mi padre.

## FANTASMAS

En el invierno se hacían castillos en la calle. Yo salía con la Leonor, una de las hijas del sastre. Nos juntábamos los muchachos mayores y arrancábamos por ahí bojas y leña. Llevábamos cada uno una cuerdecilla y hacíamos un hacecico, nos lo echábamos a cuestras y lo traíamos. Hacíamos un montón y luego el castillo. Como ellas tenían el taller y en él había muchas oficiales, nos juntábamos muchas. Las oficiales tenían cada una su silla para coser en el taller. Se las bajaban y las ponían alrededor del castillo.

Una vez era ya la una o las dos de la mañana y estábamos unos cuantos allí sentados —sus hermanos mayores estaban con nosotros—, cuando vimos un fantasma por la punta arriba de la cuestra que va para la iglesia. Un fantasma es un hombre que lleva una cosa muy alta —no sé si eso será de madera finica— que forran con tela blanca o negra. Se lo ponen en la cabeza. Yo no había visto en mi vida ninguno. Aquella noche, a las dos de la mañana, estábamos sentadas cuando por la punta arriba de la cuestra vimos bajar aquello. Nos asustamos y subimos corriendo a su casa. Su padre y su madre estaban acostados. Nos escondimos cada una como pudimos. Yo me metí debajo de la cama de su padre y su madre, que estaban acostados. Su padre dijo:

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

Entonces, su padre, que era ya mayor, tenía ya setenta años, nos dijo:

—No os asustéis, porque vosotros no entendéis de eso ni lo sabéis.

Resulta que uno, que era algo del ayuntamiento, estaba durmiendo con una ahí arriba. Entonces no querían que se supiera. Lo sabría algún amigo, como por ejemplo éste que nos lo contó. Y se ponía aquello para disimular. ¡Ya ves tú si iba a disimular!

En los carnavales también salía algún fantasma. Lo mismo que salían las máscaras o una comparsa, pues salían a lo mejor un fantasma o dos.

## EL CARNAVAL Y LA ORQUESTA DEL MÉDICO

A mí me gustaba vestirme en el carnaval. Me vestía con mis amigas con refajos bonicos, mantones de Manila, cosas así. Unas iban vestidas de hombre, otras de... Me vestía con ellas mucho, con la Leonor y con la Esther —la madre del Santillos, que es muy amiga mía.

En el carnaval salían unas carrozas preciosas. Una vez hizo una carroza el abuelo de Fabio el farmacéutico. Él era médico y le gustaba mucho tocar la guitarra, el laúd, la bandurria, un violín, ¡qué sé yo! Formaban una orquesta preciosa. Hará cincuenta o sesenta años. Hicieron una carroza preciosa. La adornaron con cintas de colores y con muchas flores. Tocaban unos tangos preciosos y cosas bonicas. Había uno que era cartero, que eran

dos hermanos y vivían en la calle del convento hacía por la puerta de Pepe Torres. En el verano, como no había otra distracción en el pueblo, la gente se paseaba por allí. Ellos tenían el balcón abierto y aquella orquesta tan *bonica*. Nada más que por oír la música, se paseaban por allí montones de gente. Aquello estaba muy bien.

## EL MAESTRO PIZARRO

Pizarro era vecino mío. Vivía enfrente. Su mujer venía aquí todos los días y yo iba a su casa. Eran de Córdoba los dos. Vinieron con un circo y se quedaron aquí. Se alojaron en la posada del padre de mi cuñado Joaquín. Luego empezaron a buscar casa. Vivieron en la calle de Abajo y desde allí se vinieron aquí a la casa que está enfrente. Éramos vecinos. Estuvo muchos años ahí. Era el maestro de música. Luego lo hicieron municipal. Teníamos una amistad qué para qué. En las matanzas ella venía siempre aquí y yo iba a su casa. Todavía nos hablamos por teléfono. Seguro que ahora para la Navidad me llama. Él murió aquí, en la misma casa.

## SU MARIDO

A mi marido lo conocía desde que tenía cinco o seis años. Nosotros vivíamos arriba y mi marido<sup>2</sup> abajo. Él se quedó con cinco años sin padre ni madre. Se quedaron cinco hermanos. En aquellos tiempos los familiares más cercanos los recogían. Mi padre tenía una hermana y a ella le tocó esta casa. La hermana no tuvo hijos y lo recogieron a mi marido. Él se crió abajo y yo arriba.

Cuando ya fue mayorcico, con once años o así, se fue a trabajar de carpintero a la fábrica de Don Miguel, una aserradora, con otro de aquí del pueblo que se llamaba Samuel. Estuvo ahí mucho tiempo.

Luego estuvo de carpintero, con uno que se llamaba Don Julio, en un cortijo que se llama las *Herrerías*. Estuvo allí dos o tres años. Luego vino y se fue al campo de Caravaca, y estuvo otros dos o tres años. Él estaba de allá para acá. Estuvo varios años fuera. Luego volvió.

Él era muy célebre. Era educado para hablar, pero le gustaba la gente joven. A lo mejor había un corro e iba y le gustaba pasar un rato o les decía cualquier cosa. Yo, como entonces no pensaba en nada, no me enfadaba. Yo estrenaba un vestido y decía:

—Mira que vestido más bonito. Me gusta.

Y si no le gustaba:

—¿Por qué te lo has puesto?

Como familia que éramos. Así estuvimos mucho tiempo. Él iba y venía, se paseaba con la que quería por ahí. Nos hablábamos como familia.

---

2 Jesús Galera Gómez, Jesús el “de la Casa de los Patiños”.

## NOVIAZGO

Luego ya vino la Guerra y se los llevaron a mi hermano y a él. Mi hermano tenía diecisiete años y él era mayor. Entonces, me acuerdo bien, la víspera los Reyes, el día cinco, me puse novia con él. Se ve que pensó: “Tanto tiempo queriéndola y ahora me voy a la guerra. ¿Y si me pasara algo en la guerra”.

Un día estaba yo allí en el corredor, subió y me dijo:

—Nada, que ha tocado de irse. A ver, ¡qué se le va a hacer!

—Verás como no os va a pasar nada —le dije, dándole ánimos.

—He pensado que por qué no tomamos una relación nosotros. Ya sabes que... Aunque no te he dicho nunca nada, habrás visto que yo te he mirado, como familia, pero con mi idea, ¿no? Así es que, por si me pasara algo, ¿por qué no tomamos...?

—Mira, te voy a decir una cosa —le dije—. Yo sí la tomaría, pero que sepas que no soy como aquellas que tú has tratado. Porque tú has tratado con fulana y con mengana y con la otra y con la otra, y has hecho todo lo que te ha dado la gana, todo lo que has querido. Yo ha sido aquí en mi casa, como lo ves, y no he conocido otro chisme. Así es que, si me vas a respetar siempre y va a ser una cosa en condiciones, lo hacemos; pero si no, piénsatelo.

Amorró la cabeza, le dio vergüenza, porque a él le gustaba la marcha por ahí. Total, que quedamos así.

—Pero ahora a ver a dónde van a venir las cartas —le dije—, porque si vienen abajo las cogerá tu hermana.

—No. Te las mandaré a casa de una amiga y ella te las dará —me dijo.

Y así pasó. La amiga era una mujer algo mayor y vivía sola.

Total que se fue y la primera carta que me escribió, cuando llegó, vino desde Almería diciendo que estaban en el hotel *Claveles*. Dije: “¡María Santísima!, en la guerra y en el hotel *Claveles*. ¡Eso no puede ser de ninguna manera! ¡Ya me está engañando!”. Rompí la carta y no le contesté siquiera.

A otro día tuvo carta su hermana, que vivía abajo. Como éramos familia, nos hablábamos. Ella subía y yo bajaba. Nos citó en el patio a toda la familia y nos dijo:

—He tenido carta de mi hermano.

—¿Y qué dice? —le preguntamos con lástima.

—Que está en el hotel *Claveles*, que han llegado a un hotel que se llama así.

Y ya sí me lo creí.

Estuvimos escribiéndonos casi todo el tiempo de la Guerra. Cuando ya estaba casi para venir, en la última carta, me dijo:

—Me parece que nos van a dar el alto y vamos a ir, pero que sepas que estoy harto de hacer el primo.

Mi padre decía que era primo hermano suyo y le hacía todo lo que fuera, pero para otra cosa no.

## EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

La Guerra se terminó y cada uno tomó por donde pudo. Mi marido vino pronto de la guerra. Fue de los primeros. Pero a mi hermano y a Don Francisco, el veterinario, los cogieron y los metieron en un campo de concentración. Estuvieron un mes. No les dejaban escribir ni nada. Ya nos enteramos del sitio en que estaban, en un pueblo de aquí de Andalucía, más para acá de Granada —no me acuerdo ahora mismo el nombre. Mi padre y mi madre se fueron allí en un carro pequeño con una mula que tenían. Tuvieron que ir al ayuntamiento y allí les hicieron un aval de buena conducta de mi hermano. Si no llevabas un papel escrito del ayuntamiento con la clase de persona que era, se quedaba allí para siempre —algunos se quedaron. Tenían que ir los papeles en buenas condiciones para que los dejaran salir.

La hermana del veterinario vino a mi casa y le dijo a mi padre:

—Mi marido está allí con su hijo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Mi padre le explicó que había que ir al ayuntamiento a por el papel.

Aquello era un sitio grande. Había por lo menos ocho mil hombres. Estaban allí medio muertos, llenos de piojos, unos bichos chiquitines que picaban mucho —en aquella época teníamos todos. Les daban una lata de sardinas pequeña para no sé cuántos, tres o cuatro. Estaban medio muertos, muy mal, muy mal. Mi padre llegó allí y un portero le dijo que de allí no salían. Entonces le presentó el papel y le dijo:

—Presénteselo usted a la policía.

Lo presentó y ya le dijeron:

—Pase usted —y pasó mi padre.

Mi madre había llenado un mantel grande de comida, de todo lo que pudo, porque pensó: “Estarán rabiando de hambre”. Mi padre extendió el mantel allí y acudieron cuarenta, pero ninguno podía comer, porque llevaban muchos días sin comer y el estómago... Estaban ya *enmalladicos* y con una miseria, muy mal, muy mal.

Los sacaron de allí a los dos, porque llevaban los papeles muy bien arreglados y los trajeron para acá. En Galera, en las cuevas de Galera, se pusieron muy mal. Entonces, había una cueva abierta y fue mi padre allí. Les dijo la mujer que pasaran:

—Tengo un cocido, pero no se les debe dar mucho. Yo tengo un hijo que ha pasado lo mismo. Les voy a sacar en una tacica una gotica de caldo para que se la beban poquito a poco.

Les dieron un poquito de caldo allí, se espabilaron un poquito y volvieron otra vez camino para acá en su carrico. Ya llegaron aquí. ¡Madre mía!, venían muy mal, muy mal, muy mal. Entonces, como no había bañera, ni había cuarto de aseo, ni había de nada, mi madre calentó agua en una caldera y en una habitación que había sola, arriba, subió a mi hermano, lo entró allí, lo bañó, lo arregló, le echó colonia, lo puso en condiciones, le puso su pijama, su cama como un altar y lo acostó. Estuvo allí, por lo menos, veinte días acostado recuperándose. Inmediatamente mi padre llamó al médico, Don Antonio Zarco, que dijo:



1. 2. 3. 4. Casa de los Patiños



—¡Hijo mío, pues gracias que no te han matado! ¡Si esto es una ruina! ¡Gracias que no te han matado!

Le mandó unas cosicas para alimento y así fue saliendo.

Aquello fue un desastre, la Guerra. Hay quién pasó muchas calamidades. Nosotros no, oye, teníamos muchas cosas en mi casa escondidas en la cámara. La casa es grande y tiene muchos escondites. Teníamos aceite de sobra, harina, de todo teníamos de sobra. Entonces cuando segaban, los segadores ataban los sembrados con ramales y de eso había un montón y debajo de aquello teníamos sacos de harina escondidos. Registraban las casas. Al que era político y le tenían idea lo registraban más, hasta incluso se lo llevaban a Huéscar a la cárcel. Pero al que no, el que había sido siempre buena persona, le daban una *miaja* de registro, poquito. Registraban en un sitio y yo, que tenía veintidós años, a lo mejor les decía:

—Mire usted aquí también, si quiere.

Luego me regañaba mi padre:

—¿Para qué les das esa libertad? Si se hacen la idea de hacerlo, lo encuentran.

Pero yo sabía que no. Ellos decían:

—No, no es necesario.

Y allí estaba todo: a lo mejor seis o siete fanegas de sacos de harina.

## DESPUÉS DE LA GUERRA

A mi hermano, cuando terminó la Guerra, le cogió la mili. Mi marido se libró porque tenía un poquito del corazón. Ya nos pusimos novios y estuvimos unos años.

Yo he vivido en la gloria cuarenta y dos años.





# BALBINO SÁNCHEZ FERNÁNDEZ (1920)

Balbino nació el 28 de febrero de 1920 en Puebla de Don Fadrique. Es hijo de una familia de campesinos. Fueron tres hermanos. El pequeño falleció durante la Guerra Civil. Fue a la escuela hasta los doce años. Allí se hizo amigo de un grupo de niños que más adelante formaron parte de Acción Republicana. Se peleaban a pedradas con los niños del Pedroche, donde él vivía, más próximos al Partido Socialista. Su infancia transcurrió durante la República. Vivió los acontecimientos previos a la Guerra Civil (los asesinatos de un guardia civil, la quema de la iglesia, etc.), así como el comienzo de la guerra (el bombardeo, la huida a la sierra, etc.). Fue reclutado en 1938 para ir a la guerra y estuvo en diversos frentes. Participó en los ataques de Sierra Trapera, donde muchos soldados murieron helados. El término de la Guerra le cogió en Antequera. Pasó un mes en un campo de concentración en Higuera de Calatrava. Al regresar a la Puebla estuvo un tiempo en Falange, hasta que lo arrestaron por irse a bailar durante una de las guardias. Tuvo que ir a la mili por segunda vez. Estuvo destinado en Algeciras cuatro años en un destacamento de artillería antiaérea. Llegó a ser cabo primero. Antes de que terminase la mili, su padre falleció. Le habría gustado reengancharse en el ejército, pero volvió a su casa para hacerse cargo de las tierras de su padre. Se casó con veintisiete años. Tuvo cuatro hijas. Al no tener hijos varones que le pudiesen ayudar con las faenas del campo, decidió hacer un cursillo de arboricultura para luego trabajar sembrando y podando árboles. Muchos de los almendros que hay plantados en la Puebla los trajo él del vivero donde obtuvo el diploma de capataz agrícola. A finales de los sesenta fue dos veces a la vendimia a Francia. La situación económica empezó a mejorar en los años sesenta. Se compró un tractor, con el que ya podía labrar sus tierras. Sus relatos están cargados de detalles e informaciones sobre cómo fue la vida durante la posguerra en la Puebla. Balbino es un hombre de profundas creencias religiosas. Es hermano mayor de la Escuela del Santo Cristo, hermandad en la que ingresó en 1948. Participa en todos los rituales religiosos de la hermandad y contribuye a su preservación.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en el 28 de febrero de 1920 en la calle Cal y Canto en Puebla de Don Fadrique. Tengo ochenta y seis años.

### FAMILIA DE ORIGEN

Conocí a mis abuelos. Uno, que era Balbino como yo, el padre de mi padre, y el de mi madre, Santiago. Me recuerdo de verlos, pero yo era muy pequeño.

Mis padres se llamaban Ángel y Eusebia. Eran de la Puebla. Éramos tres hermanos. Yo era el más pequeño. El mayor murió en la Guerra y otro se fue a Barcelona y murió en Sabadell el año pasado.

Yo me casé en la Puebla y he hecho toda mi vida en el pueblo. Hemos sido labradores en unos piujarillos de tierra.

El cortijo de la *Huelcázar* había sido entero de mi bisabuelo. Después los hijos lo partieron y cada uno tenía unas partecillas, veinte o veinticinco fanegas de tierra. Nosotros tuvimos allí una parte. Teníamos que gastar una hora de camino andando para ir allí al cortijo para dos *piazos*. Los vendí y compré aquí en el llano unos *piazos*. En la *Soledad* tengo un trozo de tierra, otro en las *Balbúas*, otro en los *Cerramaores* y otros dos trozos cerca de las *Pocicas*.

En el cortijo de la *Huelcazar* no vivió nada más que un tío mío, uno que se quemó. Me acuerdo que estaba en *La Montés* cuando fueron diciendo:

— Tu tío el...

Fui, subí y allí en la lumbre no había nada más que la mitad del pie. Todo lo demás estaba quemado.

## ESCUELA

Estuve en la escuela hasta los doce años. Empecé a ir a la escuela cuando tenía seis años, que es cuando podías valerte una *miaja*.

Mis maestros fueron Don Luis y Don Eloy. Don Luis era de este lado de Murcia. Era muy bueno, pero se tuvo que ir. Tuvo una *miaja* con Joselín, un hijo de Lucas Morante —que entonces era escribiente y administrador del ayuntamiento con Don Pascual Arias. Este bajó y le pegó. Don Pascual Arias era uno de los pudientes, cuñado de los Bañones, de los más ricos de aquí. El otro, aunque fuera maestro, aquí no pintaba nada y tuvo que irse.

Entonces vino Don Eloy, que era de la provincia de Almería. Aquel maestro era fuerte, pero con nosotros se portaba bien. Cuando el maestro ha sido malo, es porque quería que aprendieras. Si hoy reconoces eso, es porque era un buen maestro. Me acuerdo que fue el primero que empezó a hacer unos exámenes todos los sábados. Nos sentaba en los bancos y empezaba a preguntarnos. Te hacía tres preguntas y si, no las sabías, entonces te ibas para atrás y el otro iba para delante. Lo hacía para que los zagales tuvieran una *miaja* de idea y esas cosas. Era muy buen maestro.

Las escuelas estaban donde está ahora el hospital para abajo, dos salas que había. Cuando hicieron las escuelas nuevas, aquel año me quitó yo.

## COMUNIÓN

Hice la comunión con ocho o nueve años, que es cuando entonces se hacía, cuando sabías leer y escribir algo para aprenderte el padre nuestro, el credo y todas aquellas cosas. Todos los jueves había doctrina, que se llamaba. El cura era el que te daba la doctrina, el que te enseñaba todo eso. Entonces la Puebla tenía más habitantes que hoy, así que íbamos bastantes<sup>1</sup>.

1 “Al terminar la Guerra fue cuando hubo la desbandada, que se fue tanta gente, según las estadísticas. La Puebla llegó a tener diez mil quinientos habitantes en aquellos tiempos. Luego empezaron los tractores, toda la maquinaria y ya no hacía falta tanta gente. Así que se fueron todos a Barcelona”.

## LA REPÚBLICA

Con eso que eras de derechas en el tiempo de la República, mientras estuvieron los socialistas, hubo sus cosas<sup>2</sup>. Con Eugenio el de la Conrada, que se dio el tiro, el marido de la Pura, con Hilarillo, con todos esos fui yo a la escuela. Hacíamos una peña. Entonces íbamos a Acción Republicana, que estaba al lado de la casa que tiene Antonio el “Mochuelo”. Nos juntábamos a jugar al dominó y para tener una rivalidad con el Partido Socialista, que estaban en la Casa del Pueblo en el ayuntamiento viejo. De la gente del Pedroche puede que fuera el único que podía bajar aquí, porque estaba con ellos. La gente del Pedroche no podía bajar, por la rivalidad de los zagales. Nos liábamos a pedradas.

Después se ha visto que estábamos en un error, porque bien está respetar la religión y todas las cosas, pero los obreros no deben estar con los partidos de los ricos. Yo he reconocido después que con ellos no podías hacer nada, porque ellos tenían mucho dinero y nosotros no hacíamos nada más que abrugarlos para que estuvieran en el mando siempre.

## CÓMO MATARON A LEONEL

Hubo unas elecciones el 16 de febrero<sup>3</sup> que ganó el Frente Popular. Entonces fue cuando empezaron a quemar iglesias y a matar curas y todas esas cosas. Aquí quemaron la iglesia. Dicen, no sé, yo no estaba allí, que fue por lo siguiente. Entonces enviaban a los obreros que había sin trabajo a las casas. A cada señorito le mandaban un obrero o dos, los que les pertenecían, y a casa de Don Fidel le enviaron tres o cuatro. El mayoral que tenía era un sargento retirado de la Guardia Civil, y aquel hombre dijo que no los admitía, que cuando necesitara obreros los buscaría él. Entonces aquel hombre llamó a la Guardia Civil. Los obreros se quedaron allí porque en la Casa el Pueblo les habían dicho:

—Estaos en la puerta, que veréis como tiene que pagaros el jornal.

Fue la Guardia Civil y los echó de allí y, cuando volvieron al cuartel, enfrente de la puerta de Don Conrado, fue cuando mataron a Leonel —que también había ido con nosotros a la escuela.

## EL DÍA QUE QUEMARON LA IGLESIA

El día que quemaron la iglesia fue el día de la Ascensión<sup>4</sup>. Tengo una tía que vivía en *Casablanca* y bajamos a celebrar el día. A la noche, cuando ya nos vinimos, al pasar por el *Capricho* salió una mujer y dijo:

—No entréis al pueblo que hay jaleo, que han quemado la iglesia.

Entonces nos volvimos otra vez al cortijo *Casablanca* con el carro. Desde *Casablanca* —que se veía la carretera de Huéscar— vimos entrar todos los camiones que vinieron de Granada con la Guardia de Asalto.

2 “Si los bienes los tiene una persona, porque se los ha agenciado heredando o como sea, nadie tiene por qué quitárselos. Que tengas envidia, eso ya es asunto de cada uno”.

3 De 1936.

4 El 22 de mayo.

## INICIO DE LA GUERRA

Aquí en la Puebla, cuando estalló el movimiento, subió la Guardia Civil y Don Evencio, que era teniente retirado del ejército, se hizo alcalde. Pero el día dos de agosto vinieron las fuerzas del lado de Murcia, tiraron cuatro o cinco bombas y tomaron el pueblo. Dicen que en la avioneta que las tiró venía un hijo del “Moreno”, que estaba en aviación y conocía el pueblo, porque las tiraron en sitios estratégicos: una cayó en la calle Abajo, otra en el cine Liberator —que también lo derribaron— otra en los huertos y otra en las eras de Román. Nosotros estábamos trillando en las eras del Ángel. Mi padre y mi hermano mayor estaban con el carro acarreado la mies y mi otro hermano y yo teníamos extendida la parva para echar las mulas y empezar a trillar, cuando vino el avión, unas rayas rojas y tal. Tiró las bombas y en seguida todo el mundo se fue a esos calares. Entonces me dijo mi hermano:

—Baja y le dices al padre que nosotros nos vamos para el calar.

Echaron un jamón y pan para ir allí, pero cuando bajé a decírselo, en el llano había un camión que tenían los “Macheros” con mucha gente para ir a volar el puente de Almaciles —que no era volarlo, ni mucho menos, sino una tontería, arrancar los maderos de los laterales del puente y ponerlos atravesados, que lo mismo que nosotros los pusimos los podían quitar los otros. Total que me dijeron:

—¿Te vienes Balbino?

—Pues vamos —contesté.

Y me fui a Almaciles en vez de avisar a mi familia. Luego, cuando volvimos de allí, tuve que ir a buscarlos donde estaban.

A otro día desde esos calares nos fuimos a nuestro cortijo, la *Huelcázar*. A los dos días volvió mi padre a ver lo que había pasado, y ya seguimos otra vez con la faena.

Los guardias civiles que vinieron cuando quemaron la iglesia murieron luego todos en la Hoya de Baza, en un pueblecillo. Allí los mataron a todos. Había también veintiséis o veintisiete de lo de la quema de la iglesia en la cárcel en Granada en el momento de la sublevación. Algunos a lo mejor no habían hecho nada y fueron a la cárcel. Estaban allí hasta que aquello lo arreglaran. Pero como estalló el movimiento, los mataron a todos. No quedaron nada más que dos.

Con la gente que entró mi padre se había portado muy bien, porque allí en la calle Cal y Canto, donde yo nací, era toda gente muy pobre —aserradores de aquellos que se iban a la sierra—, y muchas veces llegaba la Pascua y mi padre les daba al menos media fanega de trigo a todos los vecinos aquellos para que hicieran las cuatro tortas, lo que es la celebración. Se las echaba y decía:

—Bueno, luego para el verano cuando seguemos...

Luego eso se lo pagaban.

## EN LA GUERRA

Yo estuve en la guerra en el treinta y ocho, cuando me llevaron con diecisiete años a la fuerza. Movilizaron a la quinta del cuarenta y uno, y entonces fui a la guerra en el bando republicano. Estuve con el XXIII cuerpo de ejército en muchos sitios. Además estuve en muchos frentes.

Cuando me fui, como no teníamos casi experiencia, nos mandaron a unos puestos de control para relevar a unos carabineros. Nosotros no teníamos nada más que pedirles las hojas de ruta a los camiones y todas esas cosas. Mi nombre verdadero de pila es Basilio. (El santo del día en que nací era Basilio, pero me pusieron Balbino porque mi abuelo se llamaba así). Allí casi nadie me decía Balbino, pero un día llegué y alguien me llamó:

—Balbino, ¿qué tal?, ¿estás bien?

—Pues sí, tal —le respondí.

Era un comisario, de aquí de la Puebla. Total que se fue y no me dijo nada. Pero a otro día vinieron dos soldados de la 80ª Brigada a por mí. Me dijeron:

—Lo tenemos para que nos guarde de los fascistas y es usted uno de tantos.

Entonces me echaron a un batallón disciplinario, que iba a todos los ataques. Estuve en Porcuna, Lopera, Villa del Río, Sierra Trapera... Cuando estuve en Sierra Trapera, que estuvimos cinco días corriendo, iba conmigo uno que ha muerto hace muy poco, Pepe el “de las rojas” y me dijo:

—Vamos a quedarnos aquí Balbino.

—Mira, tú quédate que no te voy a decir ni media. Tú quédate donde quieras, pero yo, para que molesten a mis padres, como me da exactamente igual, no me quedo; y menos entregarme a los moros —que eran los que entonces estaban allí.

Si me pasaba, iban a molestar a mis padres. Además, la mayor parte de los que iban en vanguardia de los nacionales eran moros.

Tuve mucha suerte. Me cayeron muchas bombas muy cerca. Me ponía boca abajo. Nos decían que nos tumbásemos panza abajo para que no brillara la chapa que llevábamos y nos metiéramos un palo en la boca, para que cuando tiraban las bombas no te reventaran.

Mi hermano estuvo en Madrid. Murió en Madrid en el Puente de la Reina.

## LOS ATAQUES DE SIERRA TRAPERERA

Estuve en los ataques de Sierra Trapera, cuando la ofensiva que se hizo en Tózar, Limones y todo eso de la provincia de Granada, cuando se helaron tantos en Sierra Nevada, en la Alpujarra. Entonces yo estaba allí con ellos. Íbamos a tomar Motril. Decían que se iba a tomar Motril por lo alto de Sierra Nevada. Subimos para la sierra lloviendo y desde la venta de las Tondas para arriba ya fue nevar. Cuando llegamos a lo alto de la sierra de Lújar las mantas, en cuanto hacías un movimiento, se quebraban porque estaban heladas. Cuando llegamos a lo alto, aquello fue un desastre. Allí se helaron yo qué sé. Había un batallón de transmisiones, que eran todos valencianos. Meter a valencianos en la Sierra Nevada el 17 de enero, pues se quedaron helados. Había veces que íbamos por allí y veías cuatro o cinco que se habían echado las cuatro o cinco mantas en socaire y estaban todos muertos.

En el batallón estaríamos seguramente mil tíos. Pero allí nos juntamos muchos más, porque se juntó la brigada del campesino, otra brigada y el XXIII cuerpo de ejército que estaba en Guadix, al que pertenecía yo.

De comer nos daban rancho frío. Te daban un bollo grande, una lata de sardinas o de carne —lo que más daban era carne congelada, que decían que era carne de búfalo—, un puñado de higos o pan de higo. Ese era el rancho que había.

## EN EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN

Estuve en un campo de concentración en Higuera de Calatrava, en la provincia de Jaén, tocando con Córdoba. En el campo de concentración vi el hambre y lo mala que es.

Terminé la Guerra en Andújar, en la provincia de Jaén. Cuando llegamos allí nos preguntaron:

— ¿Ustedes de dónde son?

— De la Puebla de Don Fadrique — contesté.

— ¿Tiene alguien que lo avale?

— No.

— Pues entonces al campo de concentración.

¿En Andújar me iban a conocer a mí de la Puebla? No tenía a nadie que me avalara.

Luego nos dieron para pedir salvoconductos, para que te mandaran un salvoconducto de casa. Pero estábamos allí, en Higuera de Calatrava, catorce mil tíos, que se dice pronto. Se subía un teniente de regulares, un moro, a la mesa aquella a dar los nombres y lo sentías pero, de que ibas, el tío se hartaba de tener el pasaporte aquel en la mano y se bajaba de la mesa. Recibí hasta cinco pasaportes de aquellos. Ya vieron que aquello era imposible de repartir así y entonces lo hicieron de otra manera.

El pueblo estaba entre las dos líneas y allí no había ni casas, nada más que una habitación que había quedado medio derribada y otra en la que estábamos metidos. En la iglesia del pueblo estaba la comandancia, donde estaban los jefes de la zona nacional. Los demás estábamos en todo el pueblo aquel con una alambrada fuerte que pusieron. Por las mañanas cuando nos levantábamos y bajábamos a una fuente que había allí, una alberca y unos olivos grandes, había cuatro o cinco colgados, todas las mañanas.

Allí estuve un mes, hasta que llegaron y me dieron la libertad.

## LAS GUARDIAS DE FALANGE, EL BAILE Y EL CORTE DE PELO

Cuando llegué a mi casa ya me habían apuntado a Falange los amigos. Nada más llegar empecé a hacer guardias. Una vez estábamos de guardia Alejandro Marín y yo. Llevamos a los presos a su casa, dejamos los fusiles en mi casa y nos fuimos de baile a San Antón, a casa de la Antoñita. Alguien nos vio. Estábamos de baile cuando llegaron el Eugenio, Pepe el médico, el Santos y el Ignacio Sola, que eran los jefes de la Falange. Nos preguntaron:

— ¿Dónde están los presos que había?

Nos cortaron el pelo a Alejandro Marín y a mí, y nos tuvieron en la cárcel, pero no con los presos, arrestados. Y se acabó la Falange.

## SERVICIO MILITAR

Con Franco tuve que volver a hacer la mili en el año cuarenta y uno. Estuve cuatro años en Algeciras. Nuestro regimiento era de artillería antiaérea y estaba de guarnición en Zaragoza, pero nos llevaron a Algeciras porque entonces en el Peñón de Gibraltar con la II Guerra Mundial había mucho movimiento. A las baterías antiaéreas nos llevaron al cerro del Camorro. Allí emplazaron las piezas de artillería [fotos 4-6]. Para bajar al pueblo había unos dos kilómetros de distancia.

Estuve dos años de cabo primera. Fui de la primera promoción que hubo. Durante la Guerra Franco había hecho sargentos provisionales, y había muchos que no sabían ni hacer el parte, no sabían leer ni escribir. Nada más los había hecho porque los había necesitado. Cuando terminó la Guerra los pasó por una depuradora para hacer un ejército reglamentario. Le dio facilidades a aquella gente para ingresar en la Guardia Civil, en forestales o en alguna cosa de esas. Entonces se quedó el ejército sin plantilla, sin oficiales ni suboficiales y fue cuando hizo los cabos primeros. Yo soy de la primera promoción que hubo de cabos primeros.

Cogí un puesto de cabo primero más que nada para coger el rancho. Entonces se pasaba mucha hambre. Nuestro regimiento estaba en Zaragoza en el cuartel de Palafox. En Algeciras estábamos nada más que un grupo destacado. Nadie hacía caso de nosotros porque no pertenecíamos al cuerpo de ejército que había aquí en Andalucía.

Estuve en la academia aprendiendo todas las clases de aviones que había. Hice la academia en Tablada, Sevilla. Me hice cabo primero y estuve de telemetrista. Teníamos un telémetro y cuando pasaban los aviones sabíamos a la altura que iban, a qué velocidad y todas esas cosas. Teníamos que apuntar los aviones y los barcos que pasaban por el Estrecho.

## REGRESO A LA PUEBLA

En el cuarenta y cuatro terminé la mili y volví a la Puebla. Cuántas veces me diría el capitán que por qué me venía. Tuve la instancia de la Guardia Civil aprobada, porque era cabo primero y llevaba más de dos años. Pero mi padre había muerto. Nosotros teníamos un par de mulas y las tierras. Uno de mis hermanos había muerto en la Guerra y el otro estaba ya casado. Entonces seguí yo con las faenas de la casa: labrar sembrar, recoger y todas esas cosas.

## BAILES Y RESPETO

Entonces las fiestas eran más sanas que las de ahora. Hoy no van nada más que a las discotecas. Entonces nos juntábamos los cuatro amigos y decíamos:

—Vamos a hacer esta noche unas migas, un baile y tal.

Y pasábamos la noche.

Antes había mucho más respeto. En mi casa siempre ha habido respeto. Mis hijas me han respetado. En las nietas ya veo yo otras cosas. Mis nietas las

veo que han venido a las cuatro o las cinco de la mañana. Eso en mi casa nunca ha pasado. Ahora las cosas están de esta manera y la vida no la vamos a volver para atrás. Hay que dejarla siempre que siga su curso. Si vamos a pensar los mayores que los jóvenes hagan lo que nosotros hemos hecho, estamos muy equivocados. La vida hoy ha dado otra forma y la gente tiene otra forma de divertirse muy diferente a nosotros, sea mejor o sea peor. Creo yo que sea mejor, porque quieres que la vida siempre vaya a mejor.

## TABERNAS

El “Cojo de Málaga” tenía la taberna y en el cine estaba el Higinio.

Antes se juntaban cuatro y decían:

—Vamos a bebernos un litro vino —con cuatro garbanzos torrados. ¡Jo'er!, el “cojo de Málaga” ponía unas patatas cocidas con ajo...

En fin, siempre ha habido gente que le ha gustado las tabernas y ha ido. Pero yo nunca he bebido vino.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

A mi mujer<sup>5</sup> la conocí una vez que vine con permiso de la mili. Me faltaban dos o tres meses para terminar. Antes había tenido cuatro o cinco novias. Ya senté la cabeza. El noviazgo fue muy bien porque, cuando a los padres les gusta el pretendiente, les interesa el noviazgo, hacen más los posibles. Yo entraba en su casa. Estuve dos años de novio.

## BODA

Nos casamos el 14 de diciembre de 1947. Recién casado cogí un pulmonía que me tiré más de un mes en la cama.

En la boda se juntaba la gente y había uno que iba repartiendo mistela o licor, café o aguardiente con dulces o garbanzos torrados. Luego venía la torna, que entonces no iban nada más que los cuatro familiares. Se mataba un borrego, lo que fuera, y entonces se hacía comida. Se hacía un día en casa de la novia y otro en la del novio, torna y retorna.

Yo ya había comprado una casa en la calle el Cinto. Así que después de la boda nos fuimos a nuestra casa.

## LA VIDA DESPUÉS DE CASARSE

Cuando me casé mi madre todavía vivía, pero murió al poco tiempo. Mi padre murió con cincuenta y nueve años y mi madre con sesenta y cuatro o sesenta y cinco.

Mi mujer tuvo cuatro hijas. A los doce meses vino mi primera hija. Asistió a mi mujer la Juanica, la madre de Joaquín Callejas.

---

5 María.



Luego ya compré la casa de Don Francisco el veterinario, en la calle Soledad, porque la primera era muy pequeña, no tenía nada más que un dormitorio y cámaras. Para que no durmieran las crías en las cámaras compré la de Don Francisco. Esta casa ya tenía siete dormitorios, la cocina, el patio, una cochera grande..., en fin, ya era grande.

Mi mujer tenía que subir al caño a por agua todos los días y, cuando iba a lavar, le dejaba a su madre las crías y se iba al prado o a la fuente del Piojo a lavar.

Entonces había la luz de los Macarios, pero tenías que ver muy bien para ver la bombilla y lo demás con un candil.

La cocina era de leña. Los días que no tenías que labrar ibas con unas mulas y te traías una carga de leña. Teníamos siempre encendida una lumbre, porque no había estufas.

Cuando ibas a trabajar tenías que levantarte dos o tres veces a echarle los piensos a las mulas, para que luego estuvieran todo el día labrando. A lo mejor a las dos o las tres de la mañana les echabas un pienso y te acostabas. A la hora o así te levantabas otra vez y les echabas otro pienso, hasta la hora que te levantabas. Entonces les echabas el último mientras almorzabas.

Las mulas tenían su cuadra, una casa que estaba sin apañar. Otras veces la gente, para que no les robaran los animales, tenían la puerta de la cuadra en la cocina. Entonces los animales tenían que pasar por la cocina.

## ARBORICULTURA

Mi capricho hubiera sido tener hijos. A remate la agricultura tuve que dejarla porque tenía cuatro hijas. Mis hijas eran pequeñas y a la mujer le daba miedo ir con las mulas porque se había criado con las cabras con su padre pero no con las mulas. Me ponía a trillar y daba una vuelta y otra y otra y otra y otra... [foto 1]. Para segar tenía que buscar gente, pero todo lo demás lo hacía yo. Yo sabía que no podía seguir con la agricultura, porque mis hijas eran zagalas y no iba a ponerlas a labrar, no era propio de mujeres. La mujer en el campo trabajaba cuando se escavillaba y se escardaba. Antiguamente la hierba se quitaba con los escavillos y los cardos con la escardera. Y ya dije: “Esto no puede ser”.

Tuve que buscármelas de otra manera. Entonces hice unos cursillos de arboricultura en Úbeda<sup>6</sup>, en San José de los Propios, que tengo un diploma de capataz agrícola [foto 2]. En el tiempo de poda de los árboles llegaba la ocupación. El dueño me llamaba para arreglar los árboles y yo buscaba a dos o tres que iban conmigo. Fui a Castril muchas veces a injertar y a enseñar a gente a injertar. Cuando íbamos con Jesús el “Machero” a *Casa Vieja* nos llevaba en su coche y por la tarde iba a recogerlos.

---

6 En 1956.

## LA VENDIMIA EN FRANCIA

Dos años fui a la vendimia a Francia. Eran veinticinco días lo que se echaba. Entonces la diferencia del dinero allí era grande al cambio, te traías unas perras. Salía mucha gente a la vendimia de Francia. Nos pagaban el viaje de ida y vuelta. Para entrar allí lo primero que te hacían era un reconocimiento médico y, si tenías algo, te volvían para atrás.

Los primeros que empezaron a ir, al venirse hablaban con el patrón y les decía:  
—El año que viene me traes cinco.

Cuando llegaba el tiempo, se ponían en contacto y mandaban los pasaportes para que hicieran los contratos de trabajo.

Yo fui con Jesús el de Justo, el Ángel y otros cuatro. El dueño, su mujer y dos hijas que tenían, que estaban estudiando, trabajaban también con nosotros. Dormíamos en una casilla muy pequeña que tenía el dueño en la orilla del pueblo. La comida nos la hacíamos nosotros. De noche, cuando volvíamos, cocíamos los garbanzos, y a otro día nada más teníamos que echar las patatas. Si hubiéramos salido a bebernos el vaso de vino o la cerveza, no hubiéramos traído perras ningunas a nuestra casa, porque los bares de allí eran carísimos. Vino teníamos porque el patrón nos daba todos los días dos litros por persona. El que quería lo bebía y el que no se lo pagaban luego a precio de bodega. Yo no lo he catado nunca porque no me ha gustado.

Eso fue en el cincuenta y ocho y cincuenta y nueve. Entonces España estaba muy mal, muy mal, muy mal. Desde el treinta y nueve, que terminó la Guerra, hasta el sesenta el país fue para atrás. A Francia salíamos, a lo mejor, cien o doscientas personas del pueblo. A Alemania se fueron menos, quince o veinte. Todo el que iba se traía unas perras y ya se podía permitir el lujo de salir a la taberna, comprar algo u obrar en la casa.

## EL TRACTOR

Vendí las mulas y me compré un tractor. Mientras que con las mulas tenía que estar quince o veinte días labrando mis tierras, con el tractor salía y en dos días lo hacía todo y el resto del tiempo lo tenía libre. Llegaba al trozo que tengo en la Soledad, que coge seis fanegas, y me tiraba seis o siete días labrando con las mulas. Con mi tractor en medio día me venía con el *piazo* labrado. Tenía esos seis días para echarlos en otros sitios. No echaba jornales con el tractor.

## FIESTAS

Las fiestas de más importancia en aquellos tiempos eran la feria, el carnaval y la Pascua, que son fiestas de más de un día. Antiguamente llegaba el día del Señor o el día de Santiago, que era cuando estábamos en la era con toda la faena y no se trabajaba. Hombre, algunos lo hacían, pero quedaban muy criticados. Les decían:

—Pues no tendrá días para hacerlo, ha venido a hacerlo en el día tal.

En los carnavales se hacían las tortas fritas y la gente se disfrazaba. Las máscaras salían diciendo que si no me conoces, que si tal, y venga a darte con el cepillo o con lo que llevaran. Arriba en la placeta de la Concepción, ¡uy!, aquello se ponía siempre lleno de gente con la cara tapada, más que en la plaza.

La navidad ha sido de juntarse la gente y comer. Era difícil que entraras a una casa y que no te convidaran en seguida a cuatro roscos y la copa de anís o de mistela.

Me acuerdo de ir con el carro a las Santas. Se juntaba la familia para hacer el arroz y echar el día allí. Venías de las Santas y se les hacía aquí la procesión. Cuando se encerraban todo el mundo se iba a su casa.

## EL VINO Y LAS PELEAS

Aquí antes había muchas cepas y se hacía vino del país. En la *Higueruela* había unos rodales grandes y en la *Molineta* también. Cuando abrían el vino del país había muchos jaleos. Se iban a cavar viñas y les daban uno o dos litros de vino. Por la noche, cuando venían, se bebían el vino que les habían dado y, en cuanto se chispaban, empezaban a decirse unos a otros que si le había dicho esto que si le había dicho lo otro. La mayor parte de los disgustos salían cuando estaban calientes. Mientras estaban trabajando no había ninguno. Hubo muchas peleas por el vino.

## ALMENDROS

La gente empezó a sembrar almendros. Se hicieron los cursillos de los almendros, que ya he dicho, por medio del Estado, y todo el mundo empezó a poner árboles. ¡Madre mía, anda que no se pusieron árboles!

En San José de los Propios, en Úbeda, el dueño tenía un vivero de, a lo mejor, diez o doce hectáreas de vivero. El cortijo era del Marqués de las Claras. Aquel permitió que el Estado hiciera los cursillos en su finca, porque nosotros le arreglábamos todos los árboles gratis —era muy poco lo que nos pagaban. Cuando ya nos vinimos, nos dijo que si sabíamos de alguien que quisiera comprar árboles nos daba veinticinco céntimos por árbol que vendiéramos. Yo traje muchos camiones de árboles aquí. Si traía cien árboles, me quedaban cien reales sin trabajar nada.

## RELIGIÓN

Yo soy religioso. Mis padres han sido religiosos, pero la vida iba de otra manera. Yo he ido todos los domingos a misa, mi padre eso no.

Soy el hermano mayor de la Escuela de Cristo. Soy el más viejo de los que quedan allí. Entré en la Escuela de Cristo en el año cuarenta y ocho. Llevo ya sesenta años y pico. Esta escuela sigue los principios de Cristo. Cada jueves de cuaresma tiene una meditación. La de la muerte dice:

*Considera cristiano la verdad de tu vida y la incertidumbre de la hora de tu muerte, pues si todo es así, no pongas en peligro tu salvación y para esto repite las palabras del sabio que dice: “¡Oh, muerte, qué amarga es tu memoria para el que tiene su descanso en las cosas de este mundo!”.*

Al comulgar, se dice:

*Considera cristiano cómo tu redentor dejó en el Santísimo Sacramento del altar su cuerpo y sangre para sustento de su alma, procura encender tu fervoroso deseo para poder participar de los maravillosos efectos de este divino manjar y con humildad pide a Dios continuamente: “El pan nuestro celestial dánosle Señor”.*

Somos setenta y dos hermanos. Hay una tabla de doce que están en espera de que muera uno para entrar otro. El secretario es el que lleva las cuentas. Yo fui secretario un tiempo. Cuando se fue el tío Sebastián entonces me quedé. Pero es una cosa que necesitas mucho tiempo y yo no lo tenía. Entonces entró mi primo Aurelio el “Chaparro”. El secretario tiene dos vocales, que son los que presiden la mesa. Otros dos se ponen al lado en el altar mayor donde está el Cristo. Dos están en la puerta con una calavera. Al salir se tiene que besar la calavera y te dicen: “Acordémonos de la muerte hermano”.

Todos los jueves nos reunimos en San Antón y se saca la disciplina. Se dice el Miserere:

*Miserere mei, Deus,  
secundum magnam misericordiam tuam.  
Et secundum multitudinem miserationum tuarum,  
dele iniquitatem meam.<sup>7</sup>*

Puede que no lo sepa nada más que yo una *miaja*. Ya se me va olvidando mucho porque no se canta. Ahora han sacado unas estrofas más pequeñas en castellano.

Siempre ha habido setenta y dos Escuelas de Cristo y setenta y dos hermanos, lo mismo que la corona de Cristo tiene setenta y dos espinas. Muchas escuelas han desaparecido. Hace más de veinte años nos llevaron a un concilio, que fue cuando se autorizó a la mujer para que pudiera dar la comunión. Nos nombraron de todas las escuelas y fuimos a la Almudena a Madrid. De aquí fuimos Guillermo el “Gordo”, mi primo Aurelio y yo. Sería en el año sesenta y cinco o sesenta y seis. Allí todas las mañanas, antes del ser de día, nos levantábamos a tomar la comunión, todos los días. Fueron de las escuelas de Sevilla, Orihuela, Tíjola... Esta última ya no es una escuela

---

<sup>7</sup> Sigue: *Amplius lava me ab iniquitate mea: et a peccato meo munda me. Quoniam iniquitatem meam ego cognosco: et peccatum meum contra me est semper. Tibi soli peccavi, et malum coram te feci: ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum iudicaris. Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum: et in peccatis concepit me mater mea. Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi. Asperges me hyssopo, et mundabor: lavabis me et super nivem dealbabor. Auditui meo dabis gaudium et laetitiam: et exsultabunt ossa humiliata. Averte faciem tuam a peccatis meis: et omnes iniquitates meas dele. Cor mundum crea in me, Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis. Ne projicias me a facie tua: et spiritum sanctum tuum ne auferas a me. Redde mihi laetitiam salutaris tui: et spiritu principali confirma me. Docebo iniquos vias tuas: et impii ad te convertentur. Libera me de sanguinibus, Deus, Deus salutis meae et exsultabit lingua mea justitiam tuam. Domine, labia mea aperies: et os meum annuntiabit laudem tuam. Quoniam si voluisses sacrificium, dedissem utique: holocaustis non delectaberis. Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum, Deus, nos despicies. Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua sion: ut aedificentur muri Jerusalem. Tunc accetabis sacrificium iustitiae, oblationes et holocausta: tunc imponent super altare tuum vitulos.*

numérica. Los apuntan cuando son pequeños. Los estatutos de nuestra Escuela dicen que mientras no haces el servicio militar no se puede entrar de hermano. Se puede estar de pretendiente, pero no se puede entrar. Don Manuel, el cura, fue hermano de la escuela, y muy bueno. Yo también soy hermano de la Virgen de los Dolores.

## DOS ACTITUDES DISTINTAS ANTE LA VEJEZ: AHORRO Y PENSIONES

Nuestros padres eran muy diferentes a nosotros. Aquellos hombres no pensaban nada más que en ahorrar para la vejez. Hoy nosotros no pensamos en eso, porque sabemos que, en cuanto tienes los sesenta y cinco años, tienes tu paga y entonces te sobran todas las tierras. Yo lo mío, todas mis tierras, le dije a mi yerno:

—Tú hazlas como quieras. Yo no quiero saber nada.

Yo tengo suficiente con mi paga, porque tengo una paga buena. Mi mujer cobra y yo también. ¿Para qué quiero más?

Me habría gustado que mis padres hubiesen dicho:

—Este tiene facultades para que estudie o que sea tal.

Y hubieran puesto un medio, vamos, una *miaja*. Pero todo era nada más que para ahorrar los cuatro *piazos* de tierra.



**1. Balbino trillando en las eras de Román.**



**2. Entrega del diploma de capataz agrícola.**



**3. Carlillos, Domingo, Balbino y Regino el "del jabalí".**



4. Campaña del 8.03.1942.  
*Balbino aparece a la derecha.*



5 Adrián Ramírez y Balbino Sánchez. *Algeciras, 12.03.1942*



6. Con una Ametralladora de 12 mm. *Balbino a la derecha.*





# VICENTE MARTÍNEZ MARTÍNEZ (1921)

Vicente nació en Almaciles el 5 de septiembre de 1921. Su padre fue un pastor que, al enviudar de su primera mujer, volvió a casarse con la que sería la madre de Vicente. Tuvieron dos hijos y tres hijas, la más pequeña de las cuales falleció de gripe. Vicente empezó a trabajar sirviendo en el cortijo la *Loma* cuando tenía siete años. Allí conoció a un sacerdote, Don Fortunato, hermano del amo del cortijo, que luego fue asesinado durante la Guerra Civil en Hellín (Albacete). Durante la Guerra trabajó de pastor en Almaciles y en el molino de *Lóbrega*. La Guerra y la posguerra fueron épocas de penuria y sufrimientos. Metieron en la cárcel a su madre. Tras la Guerra empezó a trabajar con su padre en el campo. Por las noches iba a la escuela a aprender a leer y escribir y a hacer cuentas. Se casó con veinticinco años en 1946. El primer año vivieron con sus padres. Luego se trasladaron a una casa en Almaciles, donde permanecieron nueve años. La vida en el campo comenzó a mejorar a partir de mediados de los años cincuenta. Estuvo trabajando unos meses de electricista en Palma de Mallorca, oficio que se le dio bien. Pero la mayor parte de su vida fue agricultor. Cuando empezó la maquinización del campo, en los años sesenta, se compró un tractor, al que luego siguieron otros y una cosechadora. De forma simultánea se produjo la modernización de la sociedad, uno de cuyos primeros iconos fue la radio. Vicente ha sido un hombre creyente. Fue miembro de la Hermandad de San Antón muchos años. Poco a poco fue descreyendo de los curas. Sin embargo, algunos de sus mejores amistades han pertenecido al clero. Sus relatos ofrecen numerosos detalles de la vida cotidiana en la Puebla y las transformaciones que fue sufriendo a lo largo del siglo pasado. Describen bien cómo vivía y pensaba la gente de su generación. Vicente es un hombre humilde, servicial y agradecido, que se ha volcado toda su vida en su familia. Muestra una gran comprensión y tolerancia hacia los demás y piensa que cada persona debe encontrar su propio camino de acuerdo con su propia conciencia. Igual que le ocurría a él cuando se paraba a escuchar a un hombre hablando por la radio, da gusto sentarse a su lado y prestar atención a lo que cuenta.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en el año 1921, el día 5 de septiembre de 1921 en Almaciles, en la calle Nueva, nº 12, que está detrás de la iglesia. Ya no existe la casa.

### FAMILIA DE ORIGEN

No llegué a conocer a ninguno de mis abuelos.

Mi padre<sup>1</sup> era de un sitio que le dicen los *Odres*, que está encima del *Moral*, habrá unos 5 kilómetros escasos. Mi madre era de Cañada de la Cruz<sup>2</sup>.

---

1 José Martínez.

2 Murcia.

Mi padre tenía un hermano. Se casaron los dos y tuvieron la desgracia de que las mujeres se les murieron de lo mismo, de sobrepardo. Entonces no había asistencia de médicos y se morían muchas mujeres al dar a luz. A mi padre le quedó un hijo y se le murió. A mi tío le quedó otro hijo y no se le murió. Entonces cada uno se volvió a casar con otra mujer.

Entonces estaban sirviendo y venían a mudarse, a cambiarse de ropa, cada veintidós días —ya ves cómo vendrían. Mi tía fue una *miaja*..., en fin, que no fue limpia y, mientras mi tío estaba por allí, dormía con otro. Mi madre era de otra manera y mi tía le tomó manía, empezó a decirle a mi madre “puta”, en una palabra, y la puta era ella. Mi madre tenía genio y venía de una familia pobre. Así que se vinieron a Almaciles huyendo de los *Odres*. Mi padre estaba de pastor. Pasó el tiempo y mi primo se hizo mayor. Una vez de las que fue a mudarse —que estaba sirviendo también— entró a su casa, sintió ruido en la habitación de arriba y subió. Su madrastra estaba acostada con otro que no era mi tío. Entonces mi tío la dejó y se vino aquí con mi primo y dos hijas que tenía. Mi madre<sup>3</sup> estuvo tres años lavándoles y arreglándoles la ropa a todos. Ellos prosperaron bastante aquí, compraron muleros y todo. La mujer aquella, mi tía, se quedó allí sola, desamparada. Un día vino y estaban las muchachas jugando, las pilló y se las llevó. Estoy hablando de hace noventa años. De seguidas, pues lo que pasa, mi tío cogió a la familia y se fueron todos otra vez. Y el que más puso, más perdió, que vienen muchas excelencias en la vida, que algunas veces se tiene humanidad y se debe de tener, pero algunas veces va en contra tuya.

Ya nosotros seguimos aquí la marcha.

Mi padre era pastor y mi madre ama de casa, pero no como las amas de casa de ahora. Nos dejaba en la cama a nosotros y se iba a coger al monte matas, dos o tres arrobos de espliego o de madre selva. Lo cogían, se lo echaban a cuestras y lo llevaban a la romana. Nos dejaba en la cama y, cuando venía —a lo mejor eran las once de la mañana y se había ido una hora antes que fuera de día—, nos recogía, estuviéramos como estuviéramos, y hacía la *miaja* de almuerzo. Ese era el oficio de mi madre. Mi padre fue pastor siempre.

Mi hermana mayor se llamaba Antonia. Después vinieron Francisco y Severina. Mis padres me tuvieron a mí aquí y a una hermana más pequeña, que se murió. Le habían puesto Socorro. Hubo una epidemia de gripe y se murió. En muchas casas entraba la gripe y no quedaba nadie. Entonces prohibieron meter a los difuntos en la iglesia cuando los llevaban a enterrar. Los dejaban en la puerta de la iglesia, en la calle. Tampoco llevaban a los muertos a hombros. Se cogió miedo. Muchas casas en aquella época se cerraron.

Luego mi madre crió a una cría chica de aquí de Almaciles, que se murió su madre también de sobrepardo. La crió porque entonces pagaban. Te daban la cría para que la criaras y el padre pagaba más o menos. Pero se encariñó y, cuando se hizo mayor, no se iba de mi casa, aunque aquella familia estaba más acomodada. Mi madre ya hace que se murió alrededor de treinta años y ésta mujer vive y todavía le trae flores todos los años. Lo que hace el roce del cariño. En mi casa hacían una comida reconocida<sup>4</sup> —no

---

3 María de la O Martínez.

4 “Una comida reconocida es sacar algo que resplandezca en la mesa. Entonces la comida era el ajo de harina, las migas, cosas de esas, un caldo. Entonces ni te comías un pedazo de carne. Ahora te comes lo que te apetece. No había nada más que un plato para comer. Hacían el cocido, lo alojaban en su plato y allí comíamos todos”.

como ahora que son todas reconocidas— y ella era la primera que venía. Llegaba el día de fiesta, supongamos el día de San Antón, y ese día hacían patatas fritas y le echaban una tajada de tocino para adorno —una tajada nada más—, y esa era la comida reconocida.

## ESCUELA

En el cortijo Félix tenía a sus hijos —Don Germán, que luego salió cura también, Don Jesús, que todavía vive y es cura, y Jaime, que es el mayor, que se iba con el cura— con un maestro. Yo pasaba por donde estaban dando la lección, pero no podía ni mirar ni entretenerme, porque me *rencillaban* si me paraba allí. Yo no pude ir a la escuela. Luego, cuando me recogí en mi casa a trabajar ya en firme, como el Estado no pagaba a los maestros, de noche, de las diez a las doce de la noche, había dos horas que nos daban clases. Ya tenía yo veinte años. Allí aprendí un poco en la escuela. Durante la Guerra una hermana mía, la Severina, estuvo de moza con una maestra y de noche me iba yo allí y una hermana de la maestra me daba lecciones también. Aquello se me pegó mucho. Sé leer y escribir. Me quedé en dividir por dos cifras. Después yo me he obligado, porque he tenido aquí mi negocio de mulas. Yo llegué a llevar labrando hasta tres pares de mulas en el otoño y dos con tinas. Tenía un hombre trabajando conmigo todo el año —entonces se ajustaban por un año. Me obligaba porque necesitaba hacer mis cuentas. Yo con las cuentas me apaño bien a mi manera.

## NO HABÍA TIEMPO PARA JUGAR

Entonces no había tiempo para jugar. Los ratos que teníamos nos tenían picando esparto para hacer bozos para las mulas y trabas para trabarlas. El trabajo estaba siempre por delante.

## LA PRIMERA VEZ QUE FUE A SERVIR

Me fui a servir cuando tenía siete años a un cortijo que le dicen la *Loma*. Allí vivía Félix Arias. Tenía un hermano que era cura y estaba destinado en el Palmar, en la provincia de Murcia.

A mí me dijeron que iba a ir de alcalde a la *Loma* y fui ilusionado. Mi hermana Antonia estaba sirviendo allí. Cuando llegué me dijo:

—Hombre, has venido ya. Entonces éste es el nuevo alcalde.

—Sí, vengo aquí a hacer de alcalde —le dije.

Tenía siete años. Vino Félix y me llevó con él. Abrió la puerta de la *marranera* —habían siete u ocho marranos— y dijo:

—Tú serás alcalde de los marranos.

Me quedé... En fin, ahí empecé a cuidar los marranos.

## DON FORTUNATO

En la *Loma* conocí al hermano de Félix, Don Fortunato Arias, que iba a veranear todos los veranos allí. Se hizo muy amigo mío. Estaba en el Palmar. Era un cura extraordinario, de los que no había y de los que no hay. Venía al cortijo y

le gustaba comer con los mozos. Entonces no podíamos comer con los amos. A mí me echaban aparte de ellos. Me echaban lo que sus hijos —que tenía cinco o seis— se dejaban. Nos lo ponían a otro que había más chico que yo y a mí, y nosotros tan conformes. El cura era muy aficionado a los animales. Trajo una jaula con pájaros de todas clases: un pavo real, gallinas de Guinea... Yo venía con dieciocho o veinte mulas a darle agua a las bestias al abrevadero. En el camino había muchas langostas. Llevaba un tubo de esos de las cañas de la escoba y lo llenaba. Él me estaba esperando allí y me abrazaba. El cura me daba cariño, que vale más que el dinero. Yo todos los días le traía aquello y le gustaba. Bendecía la mesa y no comía con sus hermanos, su cuñada y otros dos curas que venían con él, comía con nosotros y de lo que comíamos nosotros. Decía misa y yo era el que tocaba en misa. Teníamos un cencerro muy grande. Yo lo puse en una ventana y le daba: *pum, pum*. En el verano se paraban las mulas de trillar y de todo y todos iban a oír misa. Después cada uno se iba a su trabajo. Los otros curas no hacían nada más que estar sentados en un sillón de mimbre —lo estoy viendo. Cazaban palomas y yo iba corriendo a llevárselas, pero no me daban nada. (El otro cura me daba cariño). Se ponían gordos porque se comían la magra. Yo estaba deseando que vinieran, porque lo que ellos no querían —el tocino— era fruta para mí.

## DE PASTOR A ALMACILES

De la *Loma* me vine a Almaciles a servir de pastor con otro, el padre de la Davida. Me fui de la *Loma* en el año '36, que fue cuando estalló la Guerra Civil. Me vine a Almaciles porque hubo una *miaja* de disgusto allí conmigo. Uno de los mozos que tenía Félix me pegó. Vine y le dije a mi padre lo que me había pasado, y mis padres me recogieron. A otro día de eso, estábamos más arriba de la *Loma* segando —era verano—, cuando llegó un coche, se paró a kilómetro del cortijo y se liaron a darle tiros al cortijo. A un caballo que tenían atado a la reja le quebraron una pata. Todo eso lo estuvimos viendo nosotros.

## COMIENZO DE LA GUERRA

Estando guardando en Almaciles tenía que cruzar la carretera con los borregos. Allí había mucho silencio, no pasaban coches, aquello daba miedo. Una tarde llegó un coche. Yo no había cruzado todavía la carretera. Salí corriendo con los borregos para abajo. Se bajaron dos hombres del coche gritando:

—¡Niño, niño, niño!

No hice caso. Me monté en una yegua y me vine al pueblo. A esa hora ya habían aventado y estaban recogiendo en las eras. Les dije:

—Mirad los camiones cargados de gente con escopetas.

Tiraron por detrás y se fueron todos huyendo. No quedó nadie en el pueblo.

Al día siguiente, yo volví, pasé los borregos, les di agua y enseguida me fui para abajo. Me cogieron en medio del puente, se bajaron y me dijeron:

—Pero niño, si nosotros no le hacemos mal a nadie. ¿Por qué te vas huyendo de nosotros? ¿Quién hay en el pueblo?

—Pues, mire usted, ahí no hay nadie. La gente se ha ido toda huyendo y yo me voy con mi familia que está ahí en un bancal.

Entonces no hice más que llegar al pueblo, fui a donde estaba una hermana mía, cogí a mi sobrina, echamos dos jamones en la yegua y nos fuimos donde

estaban ellos segando. Nos fuimos a un *cerrico* que hay enfrente del pueblo a observar. Vimos como se metieron en el pueblo todos los camiones aquellos con gente, llegaron a la plaza y se estuvieron ahí. Después empezaron a salir. Se llevaron al alcalde en los camiones a Caravaca, al castillo. Del otro lado, de la Puebla, venían fuerzas también para Almaciles. Cuando salieron los camiones se liaron ahí a tiros y ahí empezó la fiesta que, si no los vuelven, aquí en la plaza de Almaciles se habían juntado los que había de la parte de Granada y los otros, y hubiera habido muchas muertes, porque la guerra seguramente es así, una vez que se enfrentan unos a otros no miran nada más que a matarse. Así empezó la Guerra para nosotros.

## EL ASESINATO DE DON FORTUNATO<sup>5</sup>

El obispo trasladó al Don Fortunato del Palmar a Hellín. Si hubiese estado en el Palmar cuando fueron a buscarlo, no lo habrían matado, porque se habría tirado el pueblo, rico, pobre, rojo o negro. El cura no cerraba la puerta de noche de su casa, estaba abierta. Entonces había muchos mendigos, gente que no tenía, y se metían en casa del cura de noche, allí dormían. Se llenaba la casa todas las noches. Le daban mucho, pero lo repartía todo. En fin, lo trasladaron a Hellín y allí no lo conocía nadie. Fueron unos milicianos a la pensión donde estaba preguntando si estaba allí Don Fortunato Arias. La de la pensión les dijo:

—Mire usted, yo no sé que haya aquí ningún Fortunato Arias.

Pero, entonces salió él —el cura— y dijo:

—¿Buscáis a Don Fortunato Arias? Pues soy yo. ¿Para qué me queréis?

—Para matarlo.

—Aquí estoy dispuesto a lo que usted quiera —le dijo a uno.

Entonces lo cogieron de la pensión —eso me lo contaron a mí—, se lo llevaron y lo mataron. Todavía les preguntó:

—¿Cuál es el que me va a matar?

—Yo —respondió uno.

Y le dio un reloj de oro que tenía, que se lo habían regalado a él. Le dijo:

—Pues, toma, para que tengas un recuerdo mío.

Dichoso reloj que ya no anduvo más. Luego con el tiempo, la familia me parece que recogieron el reloj. La historia, vamos, no terminó, porque según dicen lo quieren poner en los altares.

## EL ASESINATO DEL PÁRROCO DE ALMACILES

Al párroco de Almaciles, que fue el que me bautizó, también lo mataron antes de empezar la Guerra. Llegaron unos milicianos preguntando si había por aquí algún cura. Estábamos en la plaza. Otro muchacho que tenía dos años menos dijo ignorantemente:

—Sí, aquí hay un cura.

Y fuimos a acompañarlo a su casa, que ahora tiene un letrero en la puerta que dice “casa Eduvigés”.

5 El sacerdote al que se refiere este relato se llamaba Fortunato Arias Sánchez y era originario de Almaciles. Cuando sucedieron los hechos acababa de ser nombrado párroco en Hellín. Fue detenido y ejecutado la madrugada del 11 al 12 de septiembre de 1936 en un lugar conocido como la Cañada de los Pozos junto a la carretera de Pozohondo en Hellín (cfr. Carrión Íñiguez 2004).

Se llevaron al cura. Lo tuvieron toda la noche montado en un camión haciendo injurias con él. Lo llevaban desnudo. Fueron ahí a un cortijo y se liaron a tiros. Todavía están los balazos en la entrada del cortijo. De allí se fueron a un sitio que le dicen *Lóbrega*. Más allá hay un molino, que le dicen “el molino de la garganta de *Lóbrega*”, ahí al lado de la Puebla. Allí lo mataron y lo dejaron, como matan a un gato, en la orilla de la carretera. Luego bajaron al molino a que les hicieran unas migas. Bajaron llenos de sangre. El molinero que había se asustó, le dio un infarto —se ve que estaba débil— y se murió.

## LA DETENCIÓN DE SU MADRE

Nosotros también pillamos una parte buena de la Guerra. Un día mi madre estaba segando y llegó una compañía aquí al pueblo. Registraron el pueblo, casa por casa, y se llevaron todo lo que pillaron. Teníamos tres o cuatro gallinas y los huevos que ponían los guardábamos. En mi casa había cuatro docenas de huevos. Yo no podía comer huevos, porque empezaban a salirme granos. Cuando vino mi madre de segar se la llevaron a la cárcel. Cuando vi que arrearon con ella, corrí detrás y dije que por qué se la llevaban, que la culpa de los huevos era mía, que me llevaran a mí. Me dio un culatazo y me tiró ahí al suelo. Esa era la vida de entonces. Estuvo en la cárcel en Baza, en la carretera de Caniles, ocho meses. Le llevábamos comida, lo que podíamos pillar nosotros aquí. De aquí a Huéscar íbamos andando y allí salía un cochecillo para Baza.

## EL ENFRENTAMIENTO CON LOS GUARDIAS

Ya me alistaron para llevarme a la guerra y fui a la cárcel a despedirme de mi madre. Tenía diecisiete años. Llegué a Huéscar y había otras siete u ocho mujeres esperando para tomar el coche, que iban con el mismo viaje. Estando allí llegó una pareja de guardias y me dijo:

—Oye, ¿qué llevas ahí en el talego ese?

—Está mi madre en la cárcel y, como sabrán ustedes, a la quinta del '42 nos han alistado para irnos a la guerra, así que voy a verla no vaya a ser que me maten y ya no la vea —les dije.

—Pues tenemos que intervenirle eso —me dijo uno de ellos.

—Pues no creo que deban intentarlo, porque a mí me da lo mismo que empiece ya la guerra aquí o que sea después. Si usted tiene pantalones toque eso, que ya sabe, o me mata o lo mato.

El tío se quedó blanco. Miró al otro y dijo:

—Vámonos.

No me tocaron el talego, ni los de las otras. Si me llega a tocar el talego hubiera tirado a matar al tío, pero no, se tiraron por detrás. Yo me asusté. Las mujeres me levantaron para arriba dándome besos. Decían:

—¡Gracias a usted! ¡Gracias a usted!

Entonces era la vida muy dura y muy mala.

## FIN DE LA GUERRA

Al final no me llevaron al frente. Se acabó pronto la Guerra y ya no me llevaron. De mi quinta se llevaron a los que habían nacido de enero a marzo. Yo, como nací en septiembre, ya no me llevaron a la guerra.

Durante la Guerra pasamos unos años muy malos y, después de que se acabó, desde el '39 hasta el '50, para reponernos de todo aquello, se pasó mucha necesidad, mucha hambre y muy mal.

## EN EL MOLINO DE LÓBREGA

Durante la Guerra, después de trabajar de pastor en Almaciles, estuve sirviendo en *Lóbrega* en un molino. Yo era inteligente —aunque no deba decirlo— y en el molino me miraban como si hubiera hoy sido hijo de aquel matrimonio. De noche echaban las camas, unas cabeceras buenas, en el suelo. El ama tenía un crío chico y se despertaba. Muchas noches se levantaba, iba allí y me decía:

—Aquí te traigo al niño, que no duerme nada más que cuando viene aquí contigo.

En fin, que me miraban así. En *Lóbrega* estuve un año en tiempo de guerra. Después me recogí, porque fue mi padre. Allí me compraron ropa. Me tenía que mudar cada ocho días y ducharme. Lo primero que hizo el ama fue comprarme una muda y me dijo:

—Aquí hay que lavarse —y me enseñó un chorro de agua.

Ella llevaba una toalla y una pastilla de jabón —que yo no la había olido nunca. Me dio jabón y me dijo:

—Esto lo tienes que hacer todos los domingos.

Como allí me compraron ropa y eso, yo tardaba en ir a mi casa a mudarme. Ya, un día fue mi padre, me recogió y me dijo:

—¿Es que has perdido el calor de la casa?

¡El calor de mi casa! Allí tenía yo el calor de mi casa. Me recogió y ya enfrenté la vida yo aquí en mi casa. Le dije a mi padre:

—Usted me ha recogido de allí y yo no sirvo más. Trabajaré en la casa.

A raíz de aquello cogimos más tierra, echamos mulas. Yo ya me dediqué a ayudarle a mi padre. No había camiones. Fui yo con el carro con esparto hasta Águilas, a Caravaca... Eso empecé a hacerlo después de terminar la Guerra.

## LOS BAILES

Entonces se hacían bailes. Con una guitarra se tocaban malagueñas, seguidillas... Cuando se terminaba de bailar, teníamos que irnos los mozos para un lado y las mujeres para el otro. No nos dejaban estar juntos. Cada una se iba con su madre. Había más madres que hijas. Había cinco o seis corros distintos: los del Pedroche, que son los de allá arriba; los de aquí para abajo, la Esterilla; y los del centro, que siempre decían que eran los ricos. Los pobres no entraban al baile de los ricos pero, desde luego, a los ricos no les dejaban entrar en el baile de los pobres.

## CORTEJO

Empezábamos a pretender a las mozas por las tardes, porque estábamos trabajando todo el día. Las mozas procuraban salir con un cántaro a la fuente de la plaza. Nosotros estábamos al cante, salíamos allí y la acompañábamos a su casa. Si tenías una *miaja* de confianza, te estabas allí. Pero otras veces decía:

— ¡Ay!, que viene mi padre.

Y te ibas antes. No a todos les admitían que estuvieran en la reja.

Estuve tres años de novio con una antes de mi mujer. No me casé con ella porque yo era pobre y ella quería un rico. Entonces no era como ahora, no se ponían novios cuando se querían. El dinero lo ponían por delante.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Conocí a mi mujer<sup>6</sup> porque ella era de un cortijo que le dicen la *Merced*, de donde es Fidel<sup>7</sup>, que son primos hermanos. Su cortijo y el de él estaban al lado. Yo era amigo de Fidel.

Tendría veintidós o veintitrés años cuando la conocí. Luego ya me obligaron a hablar con mi suegro, que aquello era duro, decirle a mi suegro:

—Mire usted, que me quiero casar con su hija.

Decir esas palabras, “me quiero casar con su hija”, era duro, era el peor momento.

Fuimos al cortijo y, claro, ellos lo esperaban, porque ya lo sabían, se lo había dicho ella. Yo entonces hice lo correcto y le dije:

— ¿Quiere usted, abuelo, un cigarro?

Le dabas tabaco y ya empezabas a hablar:

—Mire usted, estará usted viendo que estoy viniendo a ver a la Leonor

—Sí.

— ¿Usted me da permiso para poder hablar con ella?

—Sí, hombre, tal.

Nosotros nos entendimos. Lo único es que quise yo casarme antes por las circunstancias de la vida, y me dijo mi suegro:

—Si te esperaras que pasara el verano, nos vendría mejor.

—Pues sí, ¿por qué no me voy a esperar? —le dije.

Yo quise casarme antes por la edad que tenía, veinticuatro años. Le dije a mi padre:

—Debería usted señalarme algún sueldo, aunque fuera pequeño.

Yo con idea de no pasar como todos. Es que tenía uno que casarse y pasar un año con los padres, y yo no quería traer a mi mujer a mi casa; quería ganar y, así me hubiera agenciado para gobernarme una casa, casarme e irnos a nuestra casa. Mi padre me contestó:

—Ahora sí que te voy a registrar todas las noches los bolsillos.

Todo el dinero que se ganaba en mi casa, lo ganaba yo, porque eran dos ancianos ya. Todo lo que compró mi padre, unos *piazos* de tierra y todo eso, lo gané yo. Cuando me dijo aquello le respondí:

—Pues mire usted, si quiere casarme, puede usted ir a hablar con la familia de mi novia y me casa, pero yo no me estoy más soltero de esta manera.

Entonces ya lo hicieron y dijeron que cuando pasara el verano. Me casé el día 11 de octubre de 1946, con veinticinco años.

## BODA

Nos casamos en la iglesia de Almaciles. Vinieron con un carro y cogieron a la novia y a la familia —entonces se hacía con carros. Nos fuimos al cortijo y allí había una mujer dedicada para hacer la comida de la boda. La boda se celebró

6 Leonor Tristante Fuentes (1925). Su historia personal también se recoge en este libro.

7 Fidel Tristante López (1928). Su historia personal también se recoge en este libro.



en el cortijo. Hicieron una sartén de arroz y otra de estofado con carne. Se solía dar unos dulces al terminar. Así eran los banquetes de boda entonces.

Cuando me casé me vine a casa de mis padres. Me casé en viernes y me estuve un día en el cortijo de mis suegros. Luego se vinieron mis suegros y mis cuñados a mi casa, donde se dio una comida

La noche de bodas fue en el cortijo de sus padres. Allí estuvimos dos días. Estábamos sentados hablando en familia y, sin decir nada, ella se levantó y se fue al dormitorio. Yo me quedé solo hablando allí. Luego me fui detrás. Cuando llegué ella se había desnudado y había apagado la luz. Me tuve que acostar a oscuras.

## SU PRIMERA CASA

El primer año lo pasamos en mi casa con mis padres. Luego mis padres me compraron una casa aquí en el pueblo y nos fuimos a vivir a la calle de la Cruz, detrás de la iglesia. La casa tenía la cuadra y dos dormitorios nada más. Arriba tenía dos o tres cámaras donde echábamos el grano y la paja. Abajo había una cocinica y tuvimos que hacer una acequiecica pequeñita de greda en el suelo. Nació agua en la cuadra y teníamos que estar toda la noche sacando cubos de agua para tirarlos. Yo ya pensé y le hice una acequiecica desde la cuadra. Estábamos sentados allí y pasaba el agua.

## EL PARTO DE SU PRIMERA HIJA

Tuve dos hijas y un hijo: la mayor, María de la O, José, y otra que se llama Servina, que es la chica.

Mi hija mayor nació en el cortijo la *Merced* a los nueve meses de casado, el 18 de julio de 1947. Vivimos en la casa de la calle la Cruz y, cuando fue a dar a luz, mi mujer se fue con sus padres. Yo llevé a una mujer y a mi madre. Cuando vino el parto, se presentó la niña de culo. Dijo la comadrona:

—¡Virgen Santísima!, viene bien, viene bien —mientras miraba al techo.

Mi madre tenía un nervio y ya le dijo:

—Felisa, no estás viendo que no es así, que lo que presenta la niña es el culo

Entonces me llamó a mí:

—¡Vicente pasa!

¡Cuándo había visto yo una faena de aquellas! Yo estaba asustado vivo. Ya fui y me dijo:

—Cógela de los pies.

La cogí, tiré de ella para arriba y se le volvió el parto. Entonces ella metió la mano y buscó un pie. Encontró un pie y después el otro. De forma que mi hija María nació al revés. Si mi madre no toma aquella decisión, se habrían muerto mi mujer y mi hija. Estábamos en un cortijo y no había ni coche, ni teléfono, ni nada. Aquello las salvó.

## EL NACIMIENTO DE SUS OTROS HIJOS

El segundo, mi hijo, nació a los tres años en la casa de la calle la Cruz. Vino mi madre y, entre mi madre y yo, la asistimos. Vino de primera el parto, no pasó nada. Luego a los diez años vino mi Servina. Ya vivíamos aquí y nació en

esta casa. Fuimos los mismos parteros<sup>8</sup>. Es que mi madre era decidida. No era partera, pero el médico que había aquí en el pueblo lo llamó para que le ayudara a que nacieran sus hijos —que tuvo cuatro. Se llevaban muy bien. La tía María iba y le ayudaba a Don Pedro a tener a sus hijos. A una, que se ha casado ahora le puso Estrella porque nació de noche. Salió el médico al patio cuando dio a luz a la niña y le dijo a mi madre:

—Ya sé el nombre de la niña. He salido al patio y lo primero que he visto: una estrella.

Claro, si miró para el cielo y era de noche, había muchas.

## LA SEGUNDA CASA

En la primera casa estuve nueve años y estuvimos otro en casa de mis padres. Luego nos vinimos a vivir aquí.

Esta casa es como un cuartel, es muy grande<sup>9</sup>. De aquí para allá eran cuadras. Llegué a tener aquí ocho o nueve mulas. Entonces teníamos pajera. Había una agujero donde está el aseo ahora y ahí estaba la pajera. Echábamos la paja arriba y caía ahí. En la cochera había un gallinero. Después lo cambiamos a la parte de atrás. Ahora lo mudamos otra vez y lo hemos puesto en la cochera.

Entonces no había aseo ninguno<sup>10</sup>. Estaba la cuadra y las mulas tenían mucha basura. El aseo que teníamos era que hacíamos un hoyo en la basura y hacíamos nuestras necesidades allí.

## ALIMENTACIÓN

Teníamos gallinas y marranos. Yo mataba dos y tres *chinos* para el arreglo de mi casa. Entonces se tenía en las casas la matanza y garbanzos, que sembrábamos y recogíamos, y patatas, que comprábamos en cantidad. Con aquello casi no se iba a la tienda a comprar nada.

Se hacían migas, ajo de harina y la olla todos los días con un trozo de *chino*, el espinazo, y los niños se criaban. Yo no sé cómo no se morían todos. Cocían una patata —la sacaban de la olla—, la machacaban, la cogían con el dedo y se la daban a los críos.

## EL TRABAJO DE ELECTRICISTA EN PALMA DE MALLORCA

Me fui a Palma de Mallorca a trabajar. Mis hijas eran chicas cuando me fui. Estuve tres meses en Palma de Mallorca. Me coloqué en una empresa de la luz que le decían “La Cobra”. Allí yo era muy apetecido. Llegábamos los obreros en un camioncillo y ninguno se quería bajar. Yo iba el primero a todo: entregaba las herramientas, las echaba al camión, encendía la luz, en fin, todo. El encargado que iba con nosotros simpatizó conmigo, y ya me dijo:

8 Su mujer comenta: “Mi madre no tenía valor para eso. Entonces se morían muchas mujeres. Les daba el parto, no podían tener el crío y se iban con el crío. Se morían muchas”.

9 Su mujer comenta: “Arriba tiene cuatro cámaras, el doble de esta habitación cada una, y un dormitorio”.

10 Desde mediados de los cincuenta hasta los setenta aproximadamente.

— Vicente ya no vas a picar más, porque te vas a quedar en mi puesto — de encargado de los obreros.

Hacíamos la instalación eléctrica en el campo. Estuve tres meses en un sitio que le dicen Campos del Puerto. No tenían luz eléctrica todavía.

Ya me dediqué por allí, cuando tenía tiempo, a eso. Un día pasé por un comercio y se quedaron a oscuras. Dijo el dueño:

— ¿Qué será?

— Si usted quiere, le echo un vistazo — le dije.

— Se ha fundido un plomo — comentó.

— Esto se lo arreglo yo.

— ¡No me diga usted que lo puede arreglar!

— Sí, esto es darle un toque.

Quitó el plomo, me ocultó una miaja para que no me viera, cogió el hilico del plomo y le puse otro. Se quedó iluminado y me dijo:

— ¡Madre mía, es usted un talento!

De allí para adelante todos los días tenía yo oficio. Allí le daban con cal a las casas y las instalaciones antes iban todas por fuera. La cal quemaba el trapo que llevaban los cables por fuera y las instalaciones tenían muchas averías. Me decían:

— ¿A ver qué le debemos a usted?

— No me debéis nada — les respondía.

Pero me pagaban más que si hubiera cobrado.

Tuve que dejar aquello y venirme. Una sobrina mía había comprado en Alcantarilla tres pisos pequeños y tenía tres bajos comerciales. Ellos estaban en Francia y me dejó de encargo comprar aquello. Tuve que venirme para hacer las escrituras. Yo tenía aquí mi faena en la agricultura, y en la agricultura me he jubilado.

## SU PRIMER TRACTOR

Yo siempre he trabajado en la tierra. Un año ya vendí las mulas — me dejé nada más que un par de mulas — y compré un tractor. Con él hacía lo mío y me avisaban para echar horas de labrar.

Lo difícil fue empezar. Antonio el “Mochuelo”<sup>11</sup> fue quien me enseñó a conducir. El tractor se lo compré a su padre, se lo cambié por un par de mulas. Fui a las Tiesas, donde vivía, lo compré, con el remolque y todos los artes, y me dijo:

— ¡Ala!, vámonos.

Yo no me había acercado nunca a un tractor. Le dije:

— ¿Cómo voy a conducir?

— Que sí — me dijo.

Total, que me senté allí. Iba nivelando yo aquello por el camino y él iba al lado en el guardabarros. Llegamos a un sitio donde hay una rambla que le decimos la *Garganta*, pisé el embrague y lo paré.

— ¿Por qué te paras? — me preguntó.

— ¿Por qué? Por ahí no pasará nunca con el tractor — le repondí.

— No.

11 Antonio Román García (1937). Su historia personal también se recoge en este libro.

Así que lo pasó él y yo seguí. Vine a mi casa y ya hicimos el trato de que se estuviera ocho días a enseñarme. El mozo que yo tenía lo mandé a su casa en su puesto, porque él no tenía transporte. Me vendieron aquel tractor y compraron otro y mulas, en fin, apaños. Mandé el mulero que yo tenía. Le dije:

—Mira, te tienes que ir allí, a ver si me enseña Antonio a conducir.

Entonces empezó el infierno. El mulero estuvo allí un día o dos parado, pero al que hizo tres lo mandaron a trabajar. Se vino y me dijo:

—He pensado que te vayas tú al cortijo, que me enseñe a mí Antonio y yo después te digo a ti.

—Aquí hay un inconveniente —le dije—. La cama que yo tengo es de matrimonio y os vais a juntar dos y mi mujer y no vais a coger. ¿Tú te crees que os voy a dejar a dos hombres aquí en mi casa y yo me voy a ir?

Entonces se disgustó y se fue.

## LA AVERÍA DEL TRACTOR

Un día fuimos a trabajar al campo con el tractor. Vinimos una *miaja* más tarde para llevar los animales con el tractor, pero a un kilómetro de aquí se engrasó una bujía —aquel tractor andaba con petróleo— y andaba muy poco. Se hizo de noche y mi mujer salió corriendo delante del tractor diciendo:

—¡Y este es el adelanto!

A otro día lo llevé a la Puebla al garaje. Cuando llegué, los mozos que había allí quisieron reírse de mí por la avería. El amo, uno que le decían “Pequeño”, los puso de vuelta. Dijo:

—Este es más listo que todos vosotros juntos.

Él miró allí, quitó la bujía y me dijo:

—Ya te puedes ir.

Padeciendo con cosas que desconoces.

## EL AVANCE DE LA MECANIZACIÓN

Después que compré una máquina para segar. La máquina aquella segaba y ataba al tiempo. Cómo estaría la vida, que a mi hijo pequeño, José, lo dejaba que durmiera en el *piazo*, porque no nos fiábamos de que no quemaran la máquina. Los segadores se lo tomaron muy mal.

Poco a poco fuimos aprendiendo y progresando, aunque nos gastamos mucho dinero en maquinaria. Yo he tenido uno, dos, tres, cuatro tractores. Después ya me jubilé y mi hijo José tiene una maquinaria de lo mejor que hay aquí en Almaciles, labra todo lo que yo labraba y todo lo que se presenta.

## LA RADIO

Me acuerdo de cuando llegaron las primeras radios. El primero que la tuvo fue Marcial, el alcalde, que era pariente nuestro. Hablaba uno que le decían el padre Rodríguez, e íbamos a sentirlo por una ventana en la radio. Veníamos de labrar y nos sentábamos ahí en una baldosa para sentir a aquel hombre explicarse. Fue la primera radio.

Un día vino uno que venía vendiendo radios y me dijo:

—Vicente me tienes que comprar una radio y tal.

—Mira que...

—Que sí, traigo algunas.

Las traía en una burra, a lo mejor traía dos o tres radios. La trajo y la puso encima de una silla. Aquel andaba con pilas, un transistor de aquellos. Lo puso allí y enseguida empezó a cantar aquello. A todo esto vino mi madre. Lo saludó, porque era muy conocido:

—¿Cómo está Jesús?

Se metió para adentro, para el dormitorio, y no dijo otra cosa. Cogió los almohadones de la cama y le dije:

—¿A dónde va usted?

—La radio entra por ahí y yo me voy por aquí a la calle —me contestó.

—No madre, se va la radio. ¿Cómo se va a ir usted de mi casa? —le dije.

El caso es que a ella le gustaba sentirla, se iba a sentirla donde el vecino, pero dijo eso. Le dije al que la traía:

—Mira, llévatela. Te la habría comprado, pero ya estás viendo.

Más tarde la compré. El transistor aquel me lo llevaba yo y lo tenía por ahí.

Si en esa época coges un transistor de esos, te vas al monte y lo metes en una mata de esas que hay, en un enebro, sin que nadie lo supiera, habría pasado por ahí gente y no se habría arrimado. Habrían sentido al tío cantar la música y se habrían ido corriendo. Allí no se habría arrimado nadie. Así estábamos entonces de adelantados.

## LA TELEVISIÓN

La primera televisión también la tuvo Marcial, el alcalde, que era de los más pudientes que había. Su mujer era prima hermana de mi mujer, nada más que ella era rica y nosotros pobres. Pero nos llevábamos muy bien. Yo iba mucho a ver la televisión allí. En el pueblo había tres o cuatro. Hoy la tiene todo el mundo.

## RELIGIÓN

He sido más religioso que soy. Yo las cosas las digo como son. He estado en la Hermandad de San Antón un pilón de años. Tenías que solicitarlo en la hermandad y entonces en las juntas lo hacían constar: fulano de tal ingresa a ser hermano nuestro.

Hice la fiesta de la hermandad dos veces, porque mi compañero fue y expuso sus razones, que tenía la mujer embarazada y a lo mejor le cogía, como le pasó. Le dije:

—No te preocupes, que si tengo yo que enfrentar eso otra vez lo enfrento.

Y yo la hice. Se hacía una fiesta muy buena. Había una fe muy grande en la iglesia. Seríamos cuarenta o cincuenta hermanos aquí. Nos juntábamos en las novenas, en las que se le hacían a San Antón, a las Ánimas, a San José...

En fin, que en la iglesia estábamos todos metidos mucho, aquello marchaba. En la Semana Santa, cuando se moría el Señor se hacía la ceremonia, y lo guardábamos. Estábamos dos allí permanentemente, de día y de noche<sup>12</sup>.

## LA CONFESIÓN

Hacía cinco o seis años que no iba a confesar y un día —era el domingo de Pascua— me arranqué y fui. Cuando me arrodillé, me abrazó el cura, que era el padre rector del seminario mayor de San Torcuato de Granada<sup>13</sup>, y me dijo:

—Qué ganas tenía de que vinieras, Vicente.

Me sorprendí y le dije:

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo me llamo Vicente?

—El cura me ha ido señalando —me dijo

A mí eso me ha fastidiado mucho. Cada uno debe hacer lo que su conciencia le diga o lo que quiera. En fin, empecé mi confesión y lo primero que me dijo fue:

—Diga usted sus pecados.

—Yo no sé si será pecado o no lo que voy a decir: que no creo en los curas.

—El único que ha venido a confesar aquí y ha dicho la verdad ha sido usted. Ya sabe que tiene aquí a un gran amigo —me contestó.

Yo pensé que iba a decir que estaba diciendo un disparate. Pues no señor. Así que le dije:

—Mire usted, pues puede que vaya por allí, porque tengo que ir a Granada —mi hija estaba mal de las anginas y teníamos que ir allí unos días para ponerle unas inyecciones.

—No sentiría más en el mundo, Vicente, que vayas a Granada y no te llegues por el seminario donde estoy.

Fuimos a Granada y le dije a mi María:

—Vamos a subir nosotros, que nos ha dicho que vayamos.

Total, que cogimos el autobús y subimos los dos. Íbamos medio asustados. Llegamos allí y tenían su portero con su traje de gala. Le dijimos:

—Mire usted, tenemos interés en hablar con el padre Miguel Martín, que nos ha invitado.

—Esperen —nos dijo.

Fue y avisó a otro, que nos pasó una *miaja* más adentro. Luego ya vino otro y nos pasó a una habitación. Dijo:

—Espérese usted aquí que ya vendrá él.

Cuando llegó, nos abrazamos. Nos dijo que era una satisfacción porque habíamos ido allí y nos enseñó el seminario.

Nosotros estábamos en una pensión en la calle San Juan de Dios. A otro día, vino el padre a la pensión con medio queso y cerveza a pasar un rato. Ya invité yo a uno que era hijo del médico, y nos juntábamos con el cura allí todas las tardes. En la pensión cambió cómo nos trataban. Nos echábamos la siesta

12 Durante las novenas y en la Semana Santa los hermanos hacían guardia en el sagrario todos los días turnándose cada hora. Su hija recuerda que los hermanos portaban una especie de vara en la mano y se sentaban por pares como custodia del sagrario.

13 Don Miguel Martín.

y después hacíamos la cama. Después de que nos empezó a visitar el cura, ya vino la criada de la pensión y nos la hacía. Nada más que porque estuvo el padre Miguel Martín a visitarnos. Es la tradición que traía la vida de antes. Hoy no creo que sea así, con esa etiqueta de decir: “yo soy y tú no eres nada”.

## EL HAMBRE DE LA DIABETES

Hace más de veintidós años que me jubilé. Estuve bien hasta los setenta y cinco años. Entonces me dio un ataque de azúcar y me cambió la vida. Soy diabético. Tengo que ir con cuidado con la comida. Cuando lo tengo todo, tengo casi que pasar hambre muchas veces, no puedo comer. Así es la vida.

## AYUDANDO A SUS HIJOS

A mí me molesta el tabaco y no voy al bar a que me echen el humo del tabaco. Me quedo en mi casa. Ayer o anteayer estuve con Fidel un rato en la plaza, pero no busco la plaza ni busco eso. Yo busco nada más mi casa. Le ayudo mucho a mi José, principalmente, que tiene la maquinaria. Él ahora está en Ciudad Real. Se ha ido y se ha llevado la mujer y mi nieto. Están allí segando. Antes iba y aquí se quedaba el tractor. Lo que tenía que hacer, si algo le quedaba de labrar, como yo sabía hacerlo, pues se lo hacía. Cuando llegaba la siega, si no podía esperarse la siega a que él viniera, yo metía la máquina. En fin, le ayudaba. A mi María, como ellos estaban en Palma de Mallorca, pues también les ayudaba con las tierras que tenían aquí. No me he dedicado nada más que a ayudar a mis hijos. Yo al bar no entro. En casa le ayudo a mi mujer. Si vamos a hacer la cama, me levantó y a hacer la cama. Vicente está ahí al lado para ayudarla. Si va a hacer otra cosa se lo digo. Yo no me dedico a ninguna cosa y no tengo vicio ninguno.

\*\*\*\*\*

Os estoy muy agradecido por haberos acordado de mí. En lo que pueda ayudaros lo haré con mucho gusto. Somos lo que somos y no podemos ofrecer lo que no somos.





# MARTÍN PAZ MARTÍNEZ (1921)

Martín nació el 11 de noviembre de 1921 en Puebla de Don Fadrique. Su madre enviudó cuando era pequeño y se volvió a casar. Martín tuvo un hermano y una hermana. Empezó a servir de pequeño, primero cuidando marranos y después como pastor. El primer cortijo en el que sirvió fue *Campillejos*, donde pasó nueve meses. Después lo llevaron a las *Hoyas*. Uno de los días que estaba cuidando los cerdos, pisó un cable de la corriente eléctrica que iba por el campo y sufrió una fuerte descarga. Tardó meses en recuperarse en un hospital. Luego volvió al mismo cortijo, donde vivió nueve años. Cuando comenzaron las colectivizaciones, al inicio de la Guerra Civil, se fue de pastor a los *Patillos*. Durante la Guerra hizo la instrucción, pero al final no tuvo que ir al frente. También se libró del servicio militar después de la Guerra. Volvió nuevamente a trabajar como pastor. Tuvo un conflicto con el dueño de las ovejas y dejó de servir con él. Se casó a los 28 años. Su mujer era seis años más joven que él. Tuvieron siete hijos, pero se le murieron tres. Como no podía vivir con lo que ganaba trabajando en el campo, se fue de emigrante a Francia. Estuvo trabajando dieciocho años como temporero en la recogida de hortalizas, en la vendimia y en una destilería en Francia. Hace unos años tuvieron que hacerle una operación de laringe y colocarle un aparato fonador para poder hablar. Martín es una persona locuaz y con muchos relatos que contar, pero el aparato dificultó que pudiera hacerlo en una entrevista larga como la que mantuvimos, parte de la cual además quedó sin registrar porque se terminó antes la cinta de vídeo.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 11 de noviembre de 1921 en una calle cerca del caño de la balsa en Puebla de Don Fadrique.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis padres se llamaban Segundo Paz Molina y María Martínez López [foto 1]. Cuando era niño, de nueve meses, me quedé sin padre. Mi madre se casó otra vez de segundas. Éramos dos hermanos y con el otro marido tuvo una hija. Así que fuimos tres.

Antes era típico hacer las cencerradas. Cuando uno se casaba otra vez, de segundas, salía la gente con cencerros a la puerta de su casa y entonces, si el hombre era bueno, los convidaba.

Mi padraastro era arriero del molino. Se encargaba de llevar la fanega de harina o de trigo desde el molino al campo o al pueblo en burras o en carros.

Mi madre, cuando yo tenía cuatro o cinco años, se encargaba de llevar el pan a las casas desde el horno de las *Cuatro Esquinas*. A veces también traía las masas del pan desde las casas al horno.

## CÓMO EMPEZÓ A SERVIR

Entonces la vida estaba muy mala. Había mucha falta, mucha hambre. A los seis años y medio me fui a guardar cerdos. Me llevaron en medio de un chaparral. De momento se me perdieron todos buscando bellotas. Yo me quedé solo llorando. A la semana me mandaron a mi casa.

Después vino un hombre buscando a mi hermano para llevárselo a *Campillejos* y, como no estaba, me llevó a mí. Me llevó por la carretera adelante de Murcia engañado. Me decía:

—Ahí está, ahí está.

Así hasta que llegamos a *Campillejos*. Iba con el ganado. Me mandaban guardar los borregos. En el verano se quedó él en la era ayudando y yo me fui con el ganado. Se metió una nube y cayó un rayo. Yo estaba debajo de un peñón. Se lió a caer piedras y piedras para abajo. Cuando pasó, vinieron y ya me fui con ellos. Les dije:

—Ha estado un hombre rulando *piedrones*.

Y era lo que había caído del rayo.

Allí me trataban muy mal, de comer y de todo. Allí eran muy ruines, malos, no me daban de comer. No comía bien nada más que cuando iba el novio de la hija. Esa noche me echaban más. Me decían:

—Niño, ¿quieres más?

Pero, fuera de eso, por el día cuando iba con los borregos me daban una sardina, una naranja, pan poco. Allí estuve nueve meses. En el campo han sido muy malos, muy roñosos. Nos trataban como animales.

## EL ACCIDENTE CON EL CABLE DE LA LUZ

De allí me fui al cortijo de las *Hoyas*, con el tío Sebastián. Allí ya me daban de comer bien, porque en la sierra siempre han dado bien de comer. Me daban un duro todos los meses. Allí estuve nueve años.

Me quemé con un cable eléctrico que iba a dar luz a un cortijo que se llamaba *Rosales*. Allí, en la línea que había, ponían todos los deshechos y siempre había cables en el suelo. Una mañana saqué los marranos y, al pasar por el camino, había un cable pelado. Los marranos iban delante. Uno hizo, ¡tas!, se dio la vuelta por en medio y se quedó allí chillando. Cuando lo vi, pasé a ver si le podía quitar el alambre de la corriente. Al pasar, ¡madre mía!, se me cayó una albarca, que eran entonces de goma. Se cayó, me quemé y me dio miedo. Salí corriendo donde estaban las bestias, más allá. El marrano se quedó allí. Entonces cortaron la corriente y el marrano se espabiló. Se le quedó una señal todo alrededor. Yo ya tomé miedo y, cuando llegaba allí, tiraba por fuera. Pero el día 12 de agosto había otro cable. No lo vi, me enganchó las piernas y me hizo nueve heridas por todo el cuerpo. Ni respiraba por el costado. Me trajeron a la Puebla y ya empecé a curarme. Estuve nueve meses panza arriba dándome leche con una ampolleta. Tuve otra vez que enseñarme a andar poco a poco. Me curé y me fui otra vez allí.

## PASTOR EN LOS PATIÑOS

Ya llegó la Guerra y me dijo el hijo mayor:

—Martín, han entrado las colectividades y te tienes que ir de aquí.

Entonces me fui de allí. Había muchas colectividades, pero no pagaban nada y aquello no me gustaba. Mi padre y mi madre se fueron a *Casablanca*. Yo me coloqué de pastor. Me daban diez pesetas. Iba a los *Patiños*. Había una colectividad, pero yo no entré. Mi familia estaba en *Casablanca* y yo en los *Patiños*. Cada tres semanas solía ir al pueblo a cambiarme de muda. Estuve dos años y pico.

## CÓMO LE SALVÓ LA VIDA AL AMO

Entonces fueron allí donde estaban los de intendencia a por los borregos. Al amo de la finca, como era ganado suyo, pues no le gustó y se puso..., ¡coño! Los que iban preguntaron:

—¿Quién es este?

—Este es el amo de la finca, del ganado —les dije.

Uno de ellos cogió un cargamento de la pistola y dijo:

—Lo voy a emparedar.

Entonces me fui por una orilla y le dije al amo:

—Florencio —se llamaba así—, váyase usted de aquí que lo matan.

El hombre se escondió.

La mujer y las hijas eran santas, buenas. Luego se metieron las dos hijas a monjas. A su padre lo metieron en la cárcel en Huéscar. Teníamos bastantes borregos, y yo todos los miércoles mataba uno. El jueves, la mayor —que era muy guapa, muy buena— llevaba a Huéscar la carne y yo iba con ella. Todos los días me echaban la merendera. Todos los hermanos eran chicos y yo comía y jugaba con ellos.

## LA INSTRUCCIÓN

Yo soy del '42, pero me vine a aprender la instrucción aquí al pueblo. Nos daban instrucción los guardias de asalto, pero no nos daban nada. Estuvimos seis meses haciendo instrucción. Éramos tantos que no nos daban nada. Lo único que hacíamos era romper ropas haciendo deporte. Una mañana salimos por la carretera de Huéscar con un guardia de asalto, que era muy bueno, mandaba muy bien. Pero aquella mañana, salimos y dijo:

—¡De vuelta!

Nada.

—¡Media vuelta!

Nada.

Ya nos vinimos andando sin instrucción al cuartel, que estaba en la casa de al lado del convento. Llegamos y dijo que nos iban a formar consejo de guerra porque no habíamos obedecido.

Ya, por últimas de aquello, le dijimos:

—Mire usted, nosotros tenemos que ganar para comer, y aquí ni nos pagan ni nos dan nada. ¿Qué hacemos?

Entonces el cabo de asalto dijo:

—Bueno, como ya han aprendido la instrucción, vengan cada quince días para que no se les olvide.

Y así estuvimos.

Se llevaron a la guerra a la quinta del '41, que la llamaban “la quinta de biberón”. Después llamaron el primer reemplazo de mi quinta, pero yo, como era de los más jóvenes, no fui. Nos quedamos los más jóvenes.

## SE LIBRÓ DE LA MILI

Después de la Guerra no fui a la mili por la lesión que tenía en la mano derecha por culpa del cable de la luz. Normalmente la gente se libraba por tener una enfermedad, por ser corto de talla o por ser hijo de madre viuda.

## COGIENDO LEÑA PARA LOS “CONSTANCIOS”

Después de la Guerra me dediqué a llevar leña a los “Constancios” para que cocieran el yeso. Ellos traían la piedra, la molían con un rulo y un macho, y ese yeso lo usaban para hacer las casas.

## EL HAMBRE DE LA POSGUERRA

Durante la posguerra, como había tanta hambre, me comía la pulpa de la remolacha deshecha y tartas de salvado y de cebada. Es que no había otra cosa.

## CÓMO LE QUITARON LAS BORREGAS QUE LE HABÍA DADO EL AMO Y LUEGO SE LAS DEVOLVIERON

Cuando terminó la Guerra junté todo el ganado que había en el campo, unas borregas que me había dado el amo aquel que le salvé la vida. Pero llegaron a las *Casas de Don Juan* y me las quitaron, lo único que me había quedado de la Guerra. Aquello me cayó fatal. Pensando, a otro día me presenté en la comandancia, que estaba fuera del pueblo. Llegué y le dije al centinela:

—Guardia,...

—Métase usted enfrente, y yo le llamaré —me dijo.

Me fui a la escalera de enfrente y al poco me llamó. Entré y me dijo el alférez:

—¿Qué deseaba usted?

—Mire usted, yo los tres años de Guerra he podido ahorrar esto pasando muchas faltas, y ayer me las quitaron.

—¿Usted se fía de mi palabra? —me preguntó.

—Sí, señor —le contesté.

Entonces mandó llamar dos veces al jefe y le dijo:



1. **Padres:** Segundo Paz Molina y María Martínez López.

—¿Usted ha hecho esto? Pues antes de veinticuatro horas tiene que entregar a este señor sus borregas.

El jefe, que era Pascual Cruz, me llamó y me dijo:

—Coge las que quieras.

## OTRA VEZ DE PASTOR

Mi vida es una historia muy larga. A los pocos días me volvió a llamar el Pascual y me dijo:

—¿Te quieres venir conmigo a trabajar?

Yo tenía que trabajar, que ganar para comer. Así que me fui con él.

Tenía una señora de cuna, buena, guapa, las hijas eran todas buenas, pero él era un... La mujer era una gran señora, de cuna, y la engañó. Ya me fui allí. Entonces hacían las migas con harina de la ración, malas, el pan mal, nada. Había que comer con la mano metida en el bolsillo, patatas, garbanzos, alubias, de todo eso. Pero nada. Carne había. Ellas, como eran tan buenas, me echaban unas merenderas de carne, pero sin pan. A mí no me gustaba. Estuve una temporada allí trabajando. Por la noche dormía en el restrojo en la era. Había muchas víboras. Por la mañana me levantaba, sacudía los haces y caían las víboras. Tuve la suerte que no me picó ninguna. Salían chapadas en la parva.

Estuve todo el verano y me dijo:

—¿Quieres quedarte de pastor?

Tenía seiscientos animales. Como era de intendencia, cogía las ovejas y las echaba a su finca. Estábamos dos. Un día nos dijo:

—Tenéis que enseñar cada uno a un manso —un animal para llevarlo, que hacía lo que le mandabas.

Llegó el día del esquila y dijo el Pascual:

—Vamos a ver los mansos, lo que habéis hecho cada uno.

La mía estaba bien enseñada, la mansa era un primor. La otra nada más que se asomó por la puerta dio dos voces y se fue corriendo. Entonces le dijo al otro:

—Eres un gandul. Me estás estorbando. No vales para nada.

Yo hacía todo lo que me mandaba. Tenía dieciocho años. Yo era el mayoral del ganado. A él le gustaba mucho comprar y vender, engañar a la gente. A mí me decía:

—Martín, cuando me vaya yo, si vale algún ganado, la señorita quiere que tú lo compres —pero yo no me fiaba.

Me hacía un trato, pero no me pagaba. Así estuvimos dos años.

## LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO

Entonces se perdió algún ganado. Estuvimos venga a buscarlo, pero no lo encontramos. Ya, viendo que no lo encontrábamos, fuimos al pueblo. Estábamos tres, el mulero, el capataz y yo. Sospechábamos que se las habían llevado y en algún sitio las habían matado. Ya asomó el tío y —tanto como me apreciaba y me quería— me dijo:

—Martín, a mí me han cortado las ovejas y a ti te corto yo el cuello.

Yo me quedé... Me entró un miedo que para qué. Cogí la almaraz —una punta con la que se hacían las esparteñas— y me la metí en el bolsillo. Yo estaba ya con miedo. Pensaba: “Este tío me mata pero, cuando se vaya a acercar, le meto la almaraz”.

Ya le dije que no contara conmigo para el año siguiente. A partir de entonces todo fue como la seda. Todas las mañanas, cuando daba careo a las ovejas, venía y me decía:

—¿Qué quieres?

—No quiero nada —le respondía.

La señorita me llamó, como era tan buena y a mí me quería mucho. Yo estaba allí con ellos de estraperlista. Cargaba las burras de tabaco verde, venía al pueblo y lo vendía. Ya me llamó la señorita y me dijo:

—Martín, lo que no le dé el amo se lo doy yo.

—Mire usted, yo estoy hartado, me voy —le dije.

—El Señor me ha mandado esta cruz y usted no tiene por qué llevarla —me dijo la señora, que era señora y educada.

Y allí se acabó. Nosotros seguimos, por las hijas, siendo amigos, con los yernos, con todos. Pero allí se cortó todo. Se acabó.

## LAS MUJERES DE LA VIDA

Aquí, en el pueblo, había mujeres de la vida. Casi siempre, el que tenía perras iba y dormía con una. Se disfrazaba de fantasma y, como a la gente le daba miedo, así no lo veían. Algunos que iban se buscaban la ruina por las enfermedades venéreas. Entonces se llamaban purgaciones, chancro y sífilis. Las mujeres que las tenían las cogían y se las llevaban al hospital. Yo vi a uno en Granada que el pene se lo hicieron cascós. Cuando un hombre infectaba a su mujer se decía que “cagaba a la mujer”.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Conocía a mi mujer desde que era chica. Éramos vecinos, pero yo no le había hecho caso. Ya nos hicimos mayores y me fijé en ella, era muy guapa. Yo tendría unos veintisiete años y ella veintiuno. Cuando se hizo mayor murió su madre y entonces se vino de moza a la casa de Marciano Romero. Yo en los bailes hablaba con ella y veía que ella también me quería. Estuvimos sesenta años juntos, entre el noviazgo y el tiempo de casados. Murió hace cuatro años, en marzo.

## LA BODA

Nos casó Don Manuel, el párroco de la Puebla, el 22 de diciembre de 1949. Hicimos la boda, el refresco, en la casa de Marciano, en la plaza. Luego ya nos fuimos los dos solos. Entonces las novias iban al altar vírgenes todas, bueno, casi todas. Mi mujer sí lo era, de lo que estoy muy orgulloso [foto 2].

La primera noche la pasamos en la calle Entremuros. En aquel momento era costumbre que te dejaran en el dormitorio una botella de mistela y dulces. A otro día, por la mañana, te llevaban chocolate para desayunar.

Aquella era una casa muy pequeña con dos plantas. A veces teníamos gallinas y conejos y engordábamos un cerdo. Nos calentábamos con leña en la lumbre porque entonces no había estufas. También teníamos pavas y quinqués —que iban con gas— y candiles —con aceite. En la plaza había un surtidor para llenarlas, que después fue una gasolinera. En esa casa estuvimos dos o tres años. Después ya nos pusimos nuestra casa aparte en la calle el Agua.

## HIJOS

Al año o al año y pico vino el primer hijo, estando Don José de médico. Murió en el parto por una lesión en la cabeza que le causaron los forceps. Murió después de sacarlo. Al año o más vino mi Maruja. Entonces estaban mi madre y Alfreda, la partera. Después tuvimos un niño pero también murió. Los siguientes fueron Carmina, Martín y Julio. Con Julio mi mujer tuvo una hemorragia que no se le cortaba.

Entonces no había Seguridad Social y pensé en hacerme un seguro en Murcia pagando, pero solo era para casos graves.

A los médicos —igual que a los barberos, herreros, carpinteros— antes se les pagaba la iguala, en metálico o en trigo, normalmente en agosto.

## EMIGRACIÓN

En el campo pagaban poco y tarde. Así que pensé qué podía hacer y me fui a la emigración. Ya tenía cuatro hijos, y tres más que se me murieron. Entonces, me fui a Francia. Mi contacto fue un hombre que iba a Francia. Por medio de él me arreglaron los papeles y los contratos.

Fui a Marsella tres años<sup>1</sup>. Salía de la Puebla en primavera. En Marsella trabajé en el ajo y en el tomate. Echaba entre doce y catorce horas. Los contratos que nos hacían eran de siete meses y llegaba a traerme medio millón de pesetas. Antes de irme dejaba la casa preparada de todo para que a mis hijos no les faltara de nada. Mi mujer se quedaba asistiendo a una señora mayor.

Fui ocho años a la vendimia y diez años a una destilería para sacar alcohol del orujo en Carcasona. Allí trabajábamos mucho, hasta 22 horas. Yo trabajaba en las calderas. Sudábamos como perros. La ropa, cuando nos la quitábamos, se tenía tiesa. Nos quedábamos deshidratados de tanto sudar.

## POLÍTICA

A mí no me ha gustado nunca la política. Yo, mi casa, mi marcha de vida y los políticos cada uno que se apañe.

---

1 Desde 1961 a 1964.





2. Foto de boda.



# FERNANDO ROMÁN GARCÍA (1921)

Fernando nació en Almaciles el 24 de diciembre de 1921. Su padre se casó después de enviudar con otra mujer que también era viuda. Cuando nació, Fernando tenía un hermano y una hermana fruto de los matrimonios anteriores de cada uno de sus padres. Su madre falleció durante el parto de su hermana, cuando él tenía cinco años. Su hermana falleció con quince años y su hermano lo hizo combatiendo en el frente durante la Guerra Civil. Su padre, después de enviudar por segunda vez, se juntó con otra mujer, pero no tuvieron más hijos. De manera que Fernando quedó como hijo único. Su padre fue aceitero antes de la Guerra. Procuró que sus dos hijos aprendiesen a leer, escribir y hacer cuentas, ya que él era analfabeto. Fernando empezó a trabajar con diez años cuidando las ovejas de su padre. Estuvo poco tiempo de pastor, porque su padre las vendió poco antes de comenzar la Guerra. Fernando es un buen cronista. Le gusta fechar los acontecimientos vividos e identificar los lugares y los personajes que aparecen en sus relatos de vida. Un buen ejemplo lo tenemos en la descripción que hace del desarrollo de la Guerra en Almaciles, en la cual aparecen casi todos los principales acontecimientos que han quedado registrados en la memoria colectiva de la comunidad. Su padre delegó muy pronto en él la responsabilidad de labrar sus tierras. En 1942 fue a cumplir el servicio militar. Estuvo sirviendo en Sevilla y en Zaragoza. Describe este período de su vida como un viaje en el que poco a poco fue aprendiendo el funcionamiento del ejército y se hizo un lugar dentro del mismo: fue asistente de un teniente coronel, tuvo una novia e hizo amistades. A diferencia de la mayoría de las historias personales de este libro, Fernando no señala ningún aspecto negativo de la mili. Incluso se hizo un tatuaje en esa época. Cuando regresó de la mili, reemprendió el trabajo en las tierras de su padre y en otras que arrendó. Conoció a su mujer mientras iba por los cortijos con unos amigos cantando serenatas a las muchachas. Su noviazgo duró dos años, en el transcurso de los cuales también mantuvo otras relaciones de noviazgo de manera simultánea, algo que era habitual entre los mozos. Se casó cuando iba a cumplir 28 años. Tuvieron un hijo y una hija. El primer embarazo de su mujer fue muy malo y en el parto tuvo una hemorragia que puso en riesgo su vida. Fernando se considera trabajador, legal y consecuente con sus principios. Desconfía del clero y de los políticos, de quienes piensa que sólo buscan su propio beneficio. Es creyente, pero no religioso.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 24 de diciembre de 1921 en la calle la Fuente, en Almaciles. Mi madre se puso de parto antes de la misa del gallo, según me contó una vecina que vivía enfrente —que eran muy devotos a la hermandad de San Antonio Abad, que es el patrón de aquí— y la ayudó. Entonces había una comadrona aquí que es la que las asistía, la tía Ana María. Me bautizaron en la iglesia de San Antonio Abad, aquí en el pueblo.

## FAMILIA DE ORIGEN

Mi padre se llamaba Pablo Román García y mi madre Petra García García. Mi madre era viuda y mi padre también. Mi padre llevaba un hijo<sup>1</sup> y mi madre llevaba una hija [foto 1].

A mi padre le dieron una cencerrada muy grande. Me acuerdo de dar cencerradas a viudos que se han casado. Se les tocaba con latas, cencerros, cornetas...

Mi madre después de tenerme a mí tuvo un zagal, que murió seguramente con un año o dos. Yo era muy chiquitín. Luego mi madre se volvió a quedar embarazada. La niña nació muerta y en aquel parto fue cuando mi madre murió.

Mi hermana, al morir mi madre, como no era hija de mi padre, se fue con mi abuelo, Eustaquio García (mi abuela se llamaba Juana)<sup>2</sup>. Yo tendría unos cinco años. Mi padre, mi hermano y yo nos quedamos en la casa.

Luego mi padre se juntó con una tercera<sup>3</sup>. Esa mujer estuvo en mi casa como madrastra. Continuó con nosotros diez años después de morir mi padre, hasta que se murió.

## EL TRABAJO DE SU PADRE COMO ACEITERO

Mi padre empezó a trabajar de aceitero antes de la Guerra, en 1915. Empezó a ir por aceite a la parte de Hornos<sup>4</sup>, y estuvo yendo mucho tiempo.

Cuando mi padre trabajaba, salía de aquí a las nueve o las diez de la mañana, iba a la loma del Pedregal y a otro día venía, porque aquello era libre. Mi padre trabajó en el aceite libre. Ese aceite mi padre lo vendía a su parroquia en el campo. De la *Casa Henares* para arriba, el aceite era nada más que el de mi padre. Lo daba fiado todo el año y luego en el verano recogía fanegas de trigo. Mi padre tenía dos zafras de chapa: una grande de veinticinco o treinta arrobas, y otra que le cogían diez. Cuando llegaba el verano las tenía llenas de aceite, porque le avisaban todos los parroquianos que tenía —el tío Antonio de las *Tíasas*, el tío Pedro, el de Bartolo, en *Bugejar*... A lo mejor, llegaban y le decían al pastor o al mulero:

—Acércate a casa de Pablo y dile que nos traiga aceite.

Entonces mi padre cargaba de ahí y no tenía que ir en pleno verano a Hornos.

Mi padre y mi madre hicieron así su *miaja* de fortuna. En los años que estuvieron casados compraron la casa y unos bancales de tierra muy buenos.

Cuando mi madre murió<sup>5</sup>, mi hermano ya se quedó encargado de ir a por el aceite. Mi padre dejó de salir porque se juntó con mi madrastra, la Josefa. Mi hermano fue el que llevó el negocio hasta que se fue a la Guerra. Después yo seguí yendo algunas veces, pero ya de estraperlo. Nos quitaron dos cargas de aceite en

1 "Mi hermano me llevaba once años a mí".

2 "Mi hermana murió con 17 años".

3 "La mujer que estaba junta con un hombre, por ejemplo como mi madrastra, que no había pasado por la iglesia, o la mujer del sacristán, la Dolores, esas no podían entrar a la iglesia. Tampoco se podía ir a la iglesia en mangas de camisa. Si no ibas con tu chaqueta, no podías entrar a la iglesia. Entonces las mujeres no podía ir sin medias a misa".

4 Jaén.

5 Aprox. en 1915.

Beas<sup>6</sup> a mí y a otro de Almaciles. De Almaciles iba Jesús y de la Puebla Gerardo el “Aceitero”. Iban también el “Gordo” Amadeo y uno que *remanecía* de aquí, que era Pedro el “de la colonia”. Íbamos los cinco a cargar de noche, porque había que andar de noche, y nos cogieron. Se ve que dieron unas mujeres el cante y nos pilló la Guardia Civil en la punta arriba de Beas. Nos detuvieron, nos recogieron las cargas y nos tuvieron un día o dos allí. Luego nos devolvieron las pilas vacías.

Quando volví a mi casa —a los cinco o seis días— dijo mi padre:

—¡Aquí se ha terminado el aceite!

Yo ya tenía diecinueve años, cerca de veinte.

## SITUACIÓN DE SU FAMILIA ANTES DE LA GUERRA

Aquí en mi casa no faltaba de comer, porque mataban un cerdo o dos y había comida para comer bien: tocino, morcilla, longaniza... Porque mi padre tenía un oficio muy bueno y tomó unas fuerzas grandes. Empezó con un burro y cuando la Guerra ya teníamos cuatro mulas. Cargaba las cuatro mulas en Hornos con aceite y bajaba al campo a vender.

## COMERCIANTES

Por los cortijos iban comerciantes ambulantes. El más típico era uno de Alcantarilla<sup>7</sup> que le llamaban Avilés. Llevaba un carro con dos mulas cargado de cosas de comer: bacalao, sardinas...

## LA ESCUELA

Fui a la escuela hasta los diez u once años. Con esa edad me echó mi padre un puñado de ovejas. Empecé a ir con siete años. Se empezaba con seis o siete años. La escuela estuvo primero aquí abajo, por debajo del cuartel de la Guardia Civil, donde se celebraron las elecciones del 14 de abril del '31. Luego la pusieron arriba, sobre el cerro a la salida del pueblo, para los zagales. Las niñas se quedaron en la escuela de abajo.

Don Evaristo era el maestro de los zagales y Doña Encarnación la maestra de las niñas. El padre de Don Evaristo era de izquierdas y él también. El alzamiento nacional les pilló aquí. El padre, que hacía de médico entonces en el pueblo, tuvo que vivir en la posada que había en la plaza. El hijo tenía su casa en la escuela.

La escuela era una habitación muy larga, con muchas mesas y en cada mesa había dos muchachos. El maestro enseñaba las cuatro reglas. Cogía el puntero, señalaba en el mapa de España y nosotros teníamos que decir cuáles eran los ríos principales, su nacimiento, por dónde se conducían, a dónde desembocaban... También había que decir los mandamientos referentes a la iglesia. Teníamos la cartilla, el manuscrito y una pizarra para hacer las cuentas. Lo echábamos todo en una bolsa que llevábamos —la llamaban el “ropero”.

6 Beas de Segura, Jaén.

7 Murcia.

Mira si estaría la vida atrasada, que tenía que bajar un zagal de los que más sabían, de los mayores, a mirar al reloj de la plaza para que el maestro diera la salida, porque él no llevaba reloj —ni el maestro ni nadie. Así que eran las doce nos daban careo. Por las tardes otra vez hacíamos lo mismo.

También estuve con un maestro particular que me buscó mi padre, el tío Santiago, el tío “Sordo”. Le daba todos los meses un jarro de aceite, que valía tres pesetas, para que me enseñara. Me crujía<sup>8</sup> para que tomase interés. Me decía:

—¡Aceitero, que me da tu padre un jarro de aceite todos los meses...!  
—y me daba en las manos.

Mi padre tenía interés en que estudiásemos. Él era completamente analfabeto. A mi hermano, que me llevaba once años, le puso también un maestro particular para que le enseñase. Mi hermano les hacía las cuentas a todos los aceiteros que iban con él, porque no sabían.

## LAS OVEJAS DE SU PADRE

Con diez u once años mi padre me echó un puñado de ovejas. Estuve con ellas hasta el día de San Juan, el 24 de junio del '36. Entonces echó cincuenta ovejas a medias con el tío Salomé y las otras las vendió. A mí me llevó a mi casa para tomar otra vida. Él quería que tomara otro oficio. El suyo, por ejemplo, u otra clase de oficio, pero pastor no. Mi padre no quería que yo fuera pastor.

En todos los cortijos se crearon colectividades agrarias. Tenían un cabezalero, que era el que mandaba. Entonces mi padre le dijo a Salomé:

—Yo mis ovejas no las meto en colectividad.

Las habíamos quitado el día de San Juan y en noviembre o por ahí, un día me dijo:

—Baja, ve al *Porche de Sixto*, que ya se lo he dicho a Salomé, y apartas las ovejas.

Las saqué, me las traje y las tuve por aquí unos días. Entonces vino uno de Almaciles —Eulalio, que estaba en *Capillejos*— una noche y le dijo:

—Pablo, ¿me das las ovejas a medias y me las llevo?

Entonces pilló y se las llevó a *Campillejos*, y allí las tuvimos.

El 18 de julio explotó la Guerra. Mis padres tenían ya tierras y yo las labraba con dos pares de mulas que teníamos entonces. Mi padre, cuando tenía quince años, me dio las riendas de todo lo que había que hacer. Había que ir a la Puebla a hacer el C1, que lo hacían los labradores para dar cuenta de lo que sembraban y recogían. Luego estaba el almacén del trigo, que había que llevar el cupo. Todas esas cosas mi padre las delegó en mí.

Mi padre cayó malo. Se tiró siete u ocho meses en la cama malo y fuimos vendiendo las ovejas. Cuando se acabó la Guerra, las ovejas se habían terminado.

## LA GUERRA CIVIL

El día 18<sup>9</sup> por la mañana vino un municipal de la Puebla, que le llamaban el “Tuerto patera”, a recoger gente de aquí del pueblo para cortar el puente y que no pasaran las fuerzas rojas que venían en caravana de la provincia de Murcia. Pero así que le dijeron que las fuerzas estaban en la Mojonera, pilló portal y se

8 Me pegaba.

9 El día del levantamiento militar que dio lugar a la Guerra Civil, el 18 de julio de 1936.

las tocó para la Puebla huyendo, porque si lo pillaban, como era municipal de los nacionales en el ayuntamiento de la Puebla de Don Fadrique... Los guardias civiles de Almaciles se fueron a la Puebla y allí se montaron en un camión para ir a juntarse con los de Huéscar. Toda la gente del pueblo se fue y se hospedó en cortijos en la sierra, temiendo la llegada de las fuerzas de los rojos, que aparecieron el 18 a las cuatro de la tarde. El día 19 por la tarde vino un avión de los rojos bombardeando, y una de las bombas cayó en el guardabarros del camión en que iban los guardias civiles. Las fuerzas rojas iban persiguiéndolos. Cuando llegaron a un cortijo, por unas alamedas que se metieron, los cogieron y los mataron a todos. Eso me lo contó a mi un guardia que quedó, que estaba casado con una de Almaciles. Se llamaba Francisco Pérez Olivencia y era hijo del primer cabo que hubo en el cuartel en Almaciles. Así que se normalizó la cosa, nos vinimos al pueblo y ya hicimos nuestra vida en zona roja.

Después de todo aquello montaron aquí su comité<sup>10</sup> y pusieron un economato. Estaban de tenderos uno que le decían “Pisabonito”, que era de la Puebla, y otro que le decían “Santos”, el del Antonio el “Tortas”. Había que ir con la cartilla de racionamiento para que aquella gente te diera el suministro. Uno que había estado de casillero en la *Casilla* y estaba casado con una de aquí que la llamaban la Felipa el “Tortas”, se quedó de alcalde. Se llamaba Francisco Revelles. Aquel fue un hombre que sujetó mucho a ciertas personas, que si los hubiera dejado sueltos hubiera habido aquí muertes. Cuando le tocó a su quinta, la del ’30, se lo llevaron a la Guerra. Entonces pusieron de alcalde a uno que le decían Esteban el “Peterre”. Aquel estuvo hasta que se lo llevaron. Era de la quinta del ’18. Luego se metió el padre de la Eugenia, el tío Bernardo<sup>11</sup>, y ese ya terminó la Guerra.

Cuando ganó la Guerra Franco, vino aquí una compañía de militares y se hospedaron en el cuartel de la Guardia Civil un poco de tiempo. Las fuerzas nacionales, una compañía entera, entraron por la calle Abajo cantando el himno y marcando el paso.

## LA MUERTE DE SU HERMANO DURANTE LA GUERRA

Mi hermano [foto 2], cuando la Guerra, se lo llevaron —era de la quinta del ‘31— y estuvo en el frente en los ataques de Brunete<sup>12</sup>, provincia de Madrid.

10 Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, el nuevo gobierno retomó la reforma agraria dándole un mayor impulso. Pero cuando realmente se aceleró el proceso fue a partir del comienzo de la Guerra, el 19 de julio de 1936. Hasta entonces los campesinos habían ocupado algo menos de un millón de hectáreas. Sin embargo, en marzo de 1938, según el Instituto de Reforma Agraria, las expropiaciones llegaron a 5.692.202 hectáreas en todo el territorio nacional (cfr. Malekafis 1970, Tuñón de Lara 1985). Al principio de la Guerra Civil, un comité revolucionario se hizo cargo del ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique —según han señalado varias personas en este libro—, al igual que ocurrió en la mayoría de los pueblos en que había afectos a la C.N.T. y a la U.G.T. Estos comités sustituyeron a las corporaciones municipales y dispusieron las primeras incautaciones de tierras, herramientas y productos. Las tierras incautadas fueron entregadas a los sindicatos de campesinos, quienes organizaron colectividades (véase Brenan 1943: caps. VI, VII y VIII, Peirats 1976: caps. IX y X; Lorenzo 1969; Martínez Allier 1976: cap. 3). Para la organización del trabajo de las colectividades en los cortijos se nombraron cabezaleros. Estos trabajaban como los demás campesinos. La mayoría de las colectividades no tenían establecido horario determinado de trabajo. Lo corriente era trabajar desde la salida a la puesta del sol y en base a seis días a la semana. Las colectividades formaron cooperativas, grandes almacenes, para abastecerse. El abastecimiento familiar en el caso de Puebla de Don Fadrique se realizaba mediante una cartilla de racionamiento.

11 Padre de Eustaquio Sánchez Carbonero, cuya historia personal aparece también en este libro.

12 Ofensiva republicana que tuvo lugar entre el 5 de julio y el 25 de agosto de 1937 en el frente de Madrid.

Desde allí se lo llevaron a la provincia de Teruel en la brigada 98. En la provincia de Teruel iba con uno de la Puebla que le decían Alfonso, del cortijo *Grande* del campo de la Puebla, y ese lo vio morir. Yo hice amistad con este hombre y un día le dije:

—Alfonso, yo tengo un reconcomio por mi hermano...

—No tengas ninguno, que lo mataron así. Estábamos metidos en unas riscas, saqué la cabeza y vi a las fuerzas nacionales, las de Franco, subir y le dije: “Antonio, somos ocupados, las fuerzas de Franco nos pillan”. Nada más que hizo sacar la cabeza, cuando vino la bala que lo mató.

Así fue la muerte de mi hermano, Antonio Román Marín, en un pueblo de la provincia de Teruel que se llama Aliaga.

## EL SERVICIO MILITAR

Cumplí veinte años en diciembre, y el día 13 de mayo de 1942 me fui al servicio militar. Salimos de Almaciles con un carro —el carro del tío “Conejo”— y las maletas a la Puebla. Allí nos montamos en un camión con los de la Puebla y nos llevaron a Baza. Íbamos muchos de Almaciles, porque la quinta del ‘42 estaba entera<sup>13</sup>. En Baza nos dieron careo y ya esperamos un tren que subía de Murcia —que le llamaban el “murciano”— para ir a Granada. El día 13 de mayo en la noche llegamos a Granada. La caja de reclutas estaba en el cuartel de San Jerónimo. Estuve en Granada hasta el día 23. Desde allí nos iban destinando. Por la tarde se subía un alférez a un balcón en San Jerónimo y decía:

—Estos que se van a nombrar van destinados al regimiento tal en tal sitio.

El día 23 por la tarde, después de estar tres o cuatro días nombrando, dijo:

—Estos que se van a nombrar ahora van destinados al regimiento de artillería número 61 en Sevilla. A las nueve de la noche tienen que estar en la estación, que salen para Sevilla.

A las nueve de la noche cogimos nuestras maletas de la posada en la que estábamos hospedados en Granada y nos fuimos a la estación. Nos montamos en el tren y llegamos a otro día a las cuatro de la tarde a Sevilla. Pedro Rodríguez González, de la Puebla, estaba conmigo.

Total, que llegamos a la estación y en seguida asomó un sargento con una pancarta que decía: “Todos los que estén destinados al 61 de artillería, que vengan aquí”. Cuando llegamos allí leyó una lista:

—Fulano, fulano, fulano, fulano...

Y así que nos nombró a todos los que estábamos, dijo:

—¡Vámonos!

Entonces cogimos los tranvías, que salían de Sevilla para Guadaíra<sup>14</sup>, a las cuatro o las cinco, con un sol que rabiaba, el día 24 de mayo del ‘42. Al llegar nos pusieron delante del cuerpo de guardia y en seguida el oficial de guardia empezó:

—Usted a tal batería, usted a tal batería, usted...

13 “La última quinta que fue a la Guerra fue la del ‘41”.

14 Alcalá de Guadaíra.





1. Fernando con su madre, su hermano y su hermana.



2. Su hermano con un compañero en la mili.

Y nos fue destinando a las baterías. Cada batería éramos 90 ó 100 hombres, y cada tres baterías formaban un grupo, que lo mandaba un comandante. A mí me tocó a la primera batería con el teniente Don José Bayo Bermúdez. Al coronel de regimiento le llamaban Don Rafael Calderón Durán. En Sevilla estuve 18 meses, y después a las quintas del '42 y del '43 nos destinaron a Zaragoza. En Sevilla estuve muy bien. Si no me hubieran pasado de Sevilla, habría estado encantado porque hasta me puse novio con una, Cecilia Rodríguez, muy apañada.

En Sevilla me coloqué de asistente de un teniente coronel. El primer jefe de un regimiento es el coronel y los segundos son los tenientes coroneles, que hay dos. Luego hay comandante de grupo, capitán de la batería y así va por escala. El caso es que había un muchacho de la quinta del '39 que se iba con permiso de tres meses y estaba de asistente con el teniente coronel. Se ve que estaban buscando uno para sustituirlo y entonces saltó uno y le dijo:

—Mira a ver si uno que hay ahí en el váter, que está de baja, sirve para el puesto.

No sé por qué tenía yo la baja. Estaba en la batería de destino entonces, ya me habían trasladado de la primera batería de Don José Bayo Bermúdez a la batería de destino. Entonces, cuando volví del váter, entré y me dijeron:

—¿Tú eres Fernando Román?

—Sí —respondí.

—¿Y tú tendrías inconveniente en venirte de asistente con el teniente coronel de León?

—Yo no.

—Pues por la mañana te pones la mejor ropa que lleves, te limpias bien las botas y los *leggins*<sup>15</sup>, vamos y te presento la casa, la plaza de abastos donde tienes que comprar el pescado —todos los días en la misma pescadería—, dónde tienes que ir a por el pan, a intendencia...

También estuve a la disposición de dos niñeras que tenían, de dos mozas de servicio que tenían el teniente coronel y su madre.

Cuando tomé posesión iba por las mañanas, le limpiaba los *leggins*, se los subía al dormitorio, abría la puerta y preguntaba:

—¿Da usted su permiso?

—Sí.

—¡A sus órdenes mi teniente coronel!

Le dejaba el café en la mesilla, me bajaba y ya me quedaba a disposición de las mozas. Me mandaban cosas de las que yo tenía que hacer y cosas de ellas, y me decían:

—Si se enterara el teniente coronel...

—Al teniente coronel no le interesa nada de eso. Vosotras, lo que os haga falta, me lo mandáis —les dije.

Total, que ya me dice una día una de ellas (que era extremeña y tenía una hija en Extremadura, y yo le escribía las cartas para su hija):

—¿No tiene ropa de paisano?

---

15 Botines militares.

—Yo aquí no tengo ropa de paisano —le contesté.

—Porque vistiendo de paisano, te dan tu pase y puedes ir al cuartel cuando quieras. Una tarde de estas salimos y compramos un mono de esos que esté bien. Yo te lo arreglo y ya no tienes que ponerte la ropa de militar [fotos 6 y 7].

Entonces iba a carros de combate, que estaban Pedro Rodríguez y uno de Almaciles que le llamaban Marín Robles, que estaba de ranchero. Muchos días comía allí y por la tarde salía con Pedro y estábamos por ahí.

El teniente coronel tenía unos pisos y yo tenía que cobrar el alquiler de los pisos. Me dieron el nombre de las calles y los pisos. Yo iba y lo cobraba todos los meses, le entregaba el dinero y me daba cinco duros.

Si no me llegan a trasladar, me hubiera quedado bien situado. Yo llegaba a las nueve o las diez de la noche y tenía mi ración.

El 13 de noviembre de 1943 nos trasladaron a Zaragoza, a las diez de la noche, que por eso no me llevé yo la dirección de mi novia Cecilia. Estábamos cenando en el comedor, salió el capitán de cocina y nos dijo:

—Todos los que sean de las quintas del '42 y '43 que preparen las maletas que nos vamos para la estación, que se van destinados para Zaragoza.

Aquella tarde había estado con la Cecilia pero, como no sabía que nos iban a trasladar, me fui sin su dirección y ya no tuve contacto con ella para nada.

Una tarde habíamos salido Cecilia y yo a dar un paseo por Sevilla y nos echamos una foto juntos. Esa tarde me dijo:

—Para qué me ilusionaré yo, Fernando, sabiendo que tú, cuando te licencies, te has de ir y no te has de acordar de mí.

Y yo le dije:

—Tú no te preocupes que, cuando yo me licencie, te vienes conmigo —cosa que yo no podía hacer.

¿Cómo lo traigo a mi padre yo aquí una mujer? Pero es lo que pasa con los militares.

Cuando llegamos nosotros destinados a Zaragoza, el coronel que encontramos allí había estado destinado antes en una pirotecnia militar que hay en Sevilla, en San Bernardo. Un día explotó un polvorín y, a consecuencia de aquello, lo quitaron de la pirotecnia y lo mandaron al regimiento aquel. Cuando llegamos nosotros de Sevilla —que fuimos lo menos doscientos o trescientos de las dos quintas— aquella tarde se formó un traqueteo de cantes y de palmas. Aquel coronel, que vivía dentro del cuartel, le decía a la mujer:

—¡Fíjate cómo han venido mis *paizanos*! ¡Qué bien se nota que están aquí mis *paizanos*!

El día de la patrona de artillería, Santa Bárbara, que es el 4 de diciembre, allí se hacían unas sesiones. Unos hacían de cantores, otros de futbolistas, otros de toreros... Pedro Romero González, que era de Huéscar, y Segundo Román, se apuntaron de toreros. Yo le dije a este último:

—¡Segundo, no sabes dónde te has metido!

Él cogía una sábana y hacía: ¡uah! Cuando salió a la plaza y vio el toro, ¡que eran grandes!, arreó y se cayó cerca de la barrera. Tuvieron que salir y recogerlo, y ya no hubo Dios que lo echara a la plaza.

6. En la mili con dos compañeros.



7. Vestido de paisano en la mili.



Se apuntaron al cante dos: uno que le llamaban Manuel Bejarano y otro que le decían Alejandro Figueroa. Manuel Bejarano le cantó una copla al coronel que decía así:

*Me encuentro muy orgulloso  
en mi regimiento de artillería  
con mi coronel Don José Sánchez García.  
Pero cuando suena el Moncayo  
me acuerdo de mi Andalucía,  
que sin ella no me hallo.*

El Moncayo era un cerro que había enfrente y hacía mucho frío. Zaragoza es muy fría, y, cuando sonaba el Moncayo, los andaluces estos de Málaga y por ahí que iban, se morían del frío. Yo no, porque estaba más acostumbrado, pero los malagueños se ponían allí cara al sol y, cuando llegaba la hora de pasar lista, y decía el sargento de semana:

— ¿De dónde viene usted?

Contestaban:

— Del sol del botiquín.

Todos venían del sol del botiquín.

A otro día de cantar la copla, metieron a Manuel Bejarano en el botiquín para recoger las cartillas y se acabó para él tener que hacer guardias.

Había otra canción que cantaban los que habían ganado la Guerra y decía:

*En otros tiempos nosotros  
con los moros guerra tuvimos para civilizar,  
y los moritos, que han sido agradecidos,  
de los marxistas nos vienen a salvar.  
¡Viva la Guardia Civil!  
¡Viva el tercio de irregulares,  
el valiente requeté,  
y el ejército y Falange,  
General Yagüe y el gran Queipo de Llano,  
todo el que tuvo viveza en la hermandad!*

En Zaragoza estuvimos veinticuatro meses perteneciendo al cuartel. Cuando la Guerra de los alemanes<sup>16</sup>, que vinieron a las fronteras de Francia, nos llevaron a San Sebastián, a un pueblo que le llaman Beasain. Estuvimos destacados en un campamento debajo de un castaño entre Beasain y Lascano. A Lascano llevé yo un paquete de uno de la Puebla, a un hermano de Pepe el “Vitorino”, que estaba en Hendaya, en la frontera con Francia. Llegamos a la tarde y nos dieron de comer en el pueblo, en Beasain, y cuando yo entré y cogí el plato, uno de Huéscar, que le decían el “Talento”, me llamó:

— ¡Poblato, no te vayas!

16 Se refiere a la II Guerra Mundial.

Entonces, al decir “poblato”, estaba el hermano del Pepe el “Vitorino”, y fue hacia mí y me preguntó:

— ¿Es que tú eres de la Puebla?

— Yo no. Yo soy de Almaciles, pero pertenezco a un pueblo que le dicen la Puebla de Don Fadrique.

— Yo es que soy de la Puebla.

— ¡No diga usted!

— Sí, y conozco de Almaciles al sacristán, al suegro de la Mónica y a varios de su tiempo. Yo vivo en Lascano.

Total, que me dieron permiso estando allí y me dijo un día:

— Acércate a la Puebla y saludas a mis hermanos. Yo con las mismas fui, que entonces vivía Callejas, el guardia, que estaba casado con la Juana, la partera, y me dijeron:

— ¿Tienes inconveniente de llevarle un paquete a mi hermano a Lascano?

— Yo no.

Me prepararon un paquete, estuvimos convidándonos y le llevé el paquete a Lascano. Cuando llegué a la estación, estaba el brigada allí:

— Hombre, Román, ¿ha cumplido ya el permiso? — me preguntó.

— Sí — le contesté.

— Pues vete para allá, que vamos a dar las botas y el vestuario — nos lo daban cada seis meses.

Me fui con el paquete a casa del hermano de Pepe el “Vitorino”, y ya se empeñaron en que comiera allí con ellos. Tenía dos o tres hijas y un hijo que iba con camiones a Barcelona. Total, que fui tarde y me arrestó el brigada — Don Ramón Álvarez Tirado, se llamaba.

Nos bajamos a los seis meses. A los trece días de aquello, nos montaron otra noche en el tren y nos llevaron a Jaca, provincia de Huesca. Estuvimos otros seis meses destacados ahí: tres meses en Jaca y tres meses en el fuerte Coll de Ladrones, en los Pirineos. En el 1944, cuando el nevazo gordo de Almaciles, estábamos nosotros en el fuerte Coll de Ladrones. Después de aquello nos bajaron a Zaragoza y ya nos licenciaron.

El 13 de noviembre del ‘45 llegué a mi casa. Pasaba el correo por la Venta, no entraba a Almaciles, subía de Caravaca a Huéscar por las tardes. Venía conmigo el “Talento”, que era de Huéscar y habíamos estado todo el tiempo de la mili juntos. Cuando llegamos a la Venta — siempre salía el cartero a recoger las cartas del correo y había cuatro o cinco personas allí buscando combinación para irse a donde fuera — se asomó el “Talento” por la ventanilla del correo y dijo:

— Aquí lo tenéis, ya no lo veo, ya no me lo llevo más.

Porque estuvimos los dos juntos fuera veintidós meses, él en la cuarta batería y yo en la quinta, en el mismo grupo.

## TATUAJES

Los tatuajes me los hice cuando vine de permiso de la mili de San Sebastián. Nos los hizo uno de Loja, José Fernández Rosúa, que llevaba tinta china y unas agujas con unos hilos. Era un artista. Me pintó el ancla de un barco y una culebra. La F y la R es mi nombre. Eran las dos o las tres de la mañana y veníamos cuatro o cinco en el vagón, todos con permiso del mismo regimiento, de San Sebastián para Madrid, por Burgos. Me acuerdo que íbamos por Burgos cuando me venía pintando esto. Lo pintó pinchando para que saltara la sangre y se introdujera la tinta. Cosas de jóvenes.

## LA DIVISIÓN AZUL

De la Puebla fueron a la División Azul el padre del farmacéutico, Fabio, y el hermano, Conradito, que era policía secreta. Nosotros, en el cuartel, estuvimos a punto de que también nos llevaran a algunos. La División Azul existió en el tiempo en que estuvimos en el servicio militar, y mandaban a las baterías gente diciendo que tenían que salir cuatro o cinco por batería para completar las plazas en la División Azul. Hasta que no se completaban los voluntarios, estábamos pensando que nos iban a llevar. Me acuerdo que salía un oficinista y decía:

—Tranquilidad, tranquilidad, que el reemplazo lo han cubierto ya voluntarios.

Eso fue estando en Sevilla. Luego, en Zaragoza, fue ya en las fronteras.

## LA VUELTA AL PUEBLO

Cuando vine del servicio, mi padre tenía un par de machos muy buenos y ya me dediqué a labrar ajeno y en lo mío [foto 8].

Ahí, donde están todas esas casas que hay a la salida del pueblo para el cementerio, tenía una era que le llamaban la era grande, y era donde se jugaba al fútbol. A mí me gustaba mucho jugar. Cuando venía de labrar, como mi casa tenía una puerta de cuadra, metía las mulas en la cuadra con las colleras y con las mantas, sin que mi padre se tomara cuenta, y me iba a jugar al fútbol.

## LA TABERNA ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA

Antes de la Guerra había un casino en la plaza, que tenía unas escaleras por la calle de atrás. Allí no entraban nada más que el cura, los pudientes, la Guardia Civil, esa gente. Por fuera había *casinujos* para los más pobres.

Después de la Guerra, cuando Paquillo tenía el bar en la plaza, unos entraban arriba, otros entraban abajo, donde querían. Y para juntarse, pues siempre hay amistades. Tenías, por ejemplo, dos o tres amigos, y con aquellos llegabas, te bebías tu botella de vino y luego te venías a tu casa. Yo era raro el día que no me bebía tres o cuatro vasos de vino: por la mañana, a mediodía, antes de comer, y a la hora de acostarme, antes de cenar. Ahora, a cenar a mi casa venía a mi hora siempre.



8. Acarreando paja.



9. En la vendimia en Francia.



## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Un día se juntaron tres o cuatro que iban a echar música a casa de las novias [foto 4], y me dijeron:

—¡Vente con nosotros!

Y ya pues me engalieron y nos fuimos al cortijo *Lande*. Nos liamos a echarle música allí. Luego se levantó su madre, que ya casi venía el día, salió y dijo:

—No os vayáis, que voy a hacer unas migas y vais a almorzar aquí —porque era una mujer que le daba de comer a todo el mundo.

Los que iban conmigo, uno se metió por un lado a la cuadra, el otro por otro..., hasta que hicieron las migas. Yo, en vez de meterme, me quedé hablando con ella en la puerta, en las baldosas de la casa.

Yo no llevaba interés con ella [foto 3]. No la conocía. Nada más que pasó así. Pero ya empecé a hablar aquel día con ella. Luego, como su hermana, la Josefa, vivía aquí, venía a casa de su hermana y empecé a hablar con ella poquito a poco, hasta que nos pusimos novios. Una vez que ya formalizamos el noviazgo, iba los domingos y los jueves al cortijo. Estaba hablando con ella hasta las once o las doce de la noche, y su madre allí haciendo de tripas corazón. Cuando terminaba de hablar con ella, me venía. A lo último ya me decían que durmiera allí y me quedaba a dormir en el cortijo. Estuvimos dos años de novios.

En el verano salía por la tarde. Mi padre se quedaba en la era con otro que contratábamos, que le decían Francisco el “Huérfano”, y yo iba el jueves y el domingo al cortijo de mi mujer. Una tarde bajé y estaban un grupo de mujeres sentadas a la sombra —estaba también una tía mía, que la llamaban Rufina, allí con ellas. Cuando pasaba por su lado, saltó mi cuñada María Eusebia, que estaba casada con uno que le llamaban el “Conejo”, y dijo:

—Que no se piense la tía Tamborga —mi suegra— que ese es conejo, que ese es liebre corrida.

Porque yo llevaba ya una faena de novias, y tenía en esos momentos más de una.

## BODA

Para la boda tuve que buscar un camión para llevar a la gente —que entonces no había camiones, ni coches, ni nada. Traje un camión del Entredicho<sup>17</sup>, de los “Carreras”. A mi padre y a mí nos llevó el hijo de Francisco el “Mochuelo” en un coche negro que tenían ellos. Los compadres fueron una hija de un tío mío y su marido. Antes de casarse, iban los padrinos y los padres del novio a casa de los padres de la novia. El novio no iba. Los suegros no se conocían hasta el día que iban y ponían la fecha de casamiento. Mi padre y la Josefa fueron al cortijo de mi mujer y les llevaron una *pedimenta*<sup>18</sup>, que le decían: unos daban dinero y otros un regalo. Mis padres dieron dinero.

17 Murcia.

18 Pedida.

Yo ya había contado con su padre. Había hablado con él y le había dicho que quería casarme con su hija. Yo tenía ya casi veintiocho años —los cumplía en la Pascua, y nos casamos en noviembre<sup>19</sup>— y ella veintiuno.

Nos casó Don Fortunato. Estaba recién venido de cura a Almaciles. La nuestra fue la primera boda que hizo.

Ella llevaba un vestido negro, que se lo cosió una modista que había aquí, con su teja<sup>20</sup> y una blonda. Yo fui con un traje azul marino, que me lo cosió el padre de las sastras —que una se ahogó en una balsa. Siempre me ha cosido la ropa él.

Lo celebramos en el cortijo. Mi padre le compró unos pavos al tío “Villaflores” y mi suegro mató chotos.

Aquella noche, como se había muerto una hermana de mi suegro ese mismo día, ya no pudieron hacer el baile de boda en el cortijo. Entonces la gente se bajó a la *Tejera*, donde vivía un cuñado de mi mujer, y allí formaron el baile.

La primera noche la pasamos en el cortijo de mis suegros, en una habitación que tenían con los muebles que habían comprado. La primera noche, pues ya sabes lo que pasó<sup>21</sup>. Se quedó seguramente embarazada la primera noche. A otra mañana, su madre nos entró el desayuno a la cama. Viaje de novios no había entonces.

A los siete u ocho días hicimos la tornaboda. Fue un amigo mío, que trillábamos juntos, con un carro con sus campanillas a por nosotros y los padres de mi mujer, y nos llevó a mi casa a comer. Cuando fuimos a la tornaboda, nosotros ya nos quedamos en casa de mis padres. Mi padre se puso mal y murió al poco tiempo. Estaba mal de los bronquios.

## LOS ARREGLOS

Yo tenía las tierras de una señora de aquí —que su marido era el alcalde siempre, que era íntimo amigo de Don Miguel Bañón—, que tenía bastantes, y las mías. Las tenía al tercio. Como yo tenía un puigar de tierras mío y las suyas eran muchas, entonces mandé llamar a mi cuñado Francisco, que estaba en casa de mi suegra, para que se viniera del cortijo *Lande*. Le dije:

—¿Quieres la mitad de las tierras de Eduardo, que me las ha dado a mí? Si las quieres, las partimos para ti y para mí. Yo me quedo con la mitad y tú con la otra mitad. Con las suyas y las mías tenía ya para sembrar setenta fanegas.

Los tratos se solucionaban casi siempre en los bares<sup>22</sup>. No había contrato.

19 El 26 de noviembre de 1949.

20 Peineta que por su forma y dimensiones recuerda una teja.

21 Su mujer comenta: “Entonces íbamos vírgenes. No decían nada los padres, había un respeto. De eso no se hablaba”.

22 Su mujer comenta: “Entonces las mujeres no iban a los bares. Entonces las mujeres eran esclavas. Nada más que estaban para trabajar y criar los hijos en la casa y se acabó. Nosotros llevábamos ocho o diez mujeres con hoces segando en el cortijo Lande. También iban a recoger espliego, madreSelva... Lo llevaban a las calderas que había para sacarle las esencias. Cuando llegaba el invierno, y ya no había de eso, iban a coger esparto, y sin comer, que entonces no tenían que comer. Y, por la noche, a algunas el marido les daba una paliza. En esos Pedroches había muchos que les pegaban unas palizas que para qué, les daban mala vida. Las llevaban a coger esparto y ellos iban montados en el burro y ellas andando. Entonces se aguantaban las palizas. Se lo aguantaban todo y no se divorciaban. Ahora, cuando ven una cosa así, ya no aguantan las mujeres. Se separan y hacen bien. Ahora no aguantan.”.



3. Su mujer Carmen y su cuñada Soledad.



4. Grupo de amigos con instrumentos.



5. Fernando con su hijo Pablo en la plaza de Almaciles.

## EMBARAZOS DE SU MUJER

Mi mujer se quedó embarazada y tuvo un embarazo malo<sup>23</sup>. Se le metió la manía de que el agua del pueblo no era buena y entonces tenía yo que ir y traerle un jarro de agua del pozo del cortijo, ¡que era la más mala que había en todo el mundo! Tenía que ir a traerle un jarro de agua para que bebiera, porque el agua de aquí la había aborrecido. Ya ves tú, ¡cuándo es la mejor agua que hay!, que yo no la bebo, ¡eh!

La asistió en el parto la tía Isabel del Carbonero. A las paridas las hacían caldo de puchero de gallina. Las daban caldo porque quedaban flojas de sangre.

Cuando la Petra<sup>24</sup> estábamos de matanza. La Petra nació el 15 de noviembre por la noche, a las cuatro de la mañana. Estaba aquí su hermana, la Antonia<sup>25</sup>.

¡En aquellos tiempos cómo estaba la vida! Tener el hijo y a los tres años tener la Petra, y *fini*, como dicen los franceses. Esa no es vida de matrimonio.

## EL MAL DE OJO, LA MUJER DEL BARBERO Y SUS NEGOCIOS

Rezaban el mal de ojo, pero eso era mentira. Lo mismo que eso de que se metía el sol en la cabeza y te ponían una sartén con el agua hirviendo en lo alto de la cabeza. Te ponían un paño para que no te quemaras y te ponían eso. Aquí había una mujer que estaba casada con un barbero que vivía aquí al lado, Domingo. Decía el marido:

—A mi casa no viene ninguna más con hijos de mal de ojo, porque mi mujer se pone mala.

Era porque venía una y no le daba. Lo que quería era que le cobrara cuando viniera a curarla. Aquello era mentira todo, aquello no era nada. Ese barbero era el que me cortaba a mí el pelo. Cuando ya llegó, que se quedó viejo y le dieron una miaja de paga porque no había cotizado, cogió miedo y me dijo:

—No le voy cortar el pelo nada más que a dos o tres de aquí, de Almaciles.

A ti —somos muy amigos, jugamos mucho al tute aquí en el bar, jugamos siempre de compañeros— te lo cortaré, pero no te cobraré nada.

—Si no me cobras nada —le dije—, se ha terminado.

23 Su mujer lo describe así:

“Tuve un embarazo malísimo, estuve muy mal, tenía unas angustias... Las vecinas nada más que volcaban el cocido, ¡me daban unas angustias! No podía comer, estuve muy mala. Yo estaba muy hinchada, tenía albúmina. Estuve todo el verano en la era ayudándole a éste y por las tardes venía con la piernas hinchadas. De las piernas para abajo estaba toda hinchada como un bota. Entonces no íbamos al médico. Te quedabas embarazada y no ibas al médico, como los animales. Cuando tuve a mi hijo tuve un derrame que, cuando se dieron cuenta, corría la sangre debajo de la cama —y el colchón era de lana. Estuve muy mala, me quedé muy floja. Estuve en nada de morirme. No llamamos al médico. Gasté más de cuarenta días para recuperarme. Se quedó una hermana mía aquí conmigo cuidándome. Mi hijo nació ocho o diez días antes de mi cuenta y salió muy flojico. No quería coger el pecho, que yo tenía mucha teta (hasta veintinueve meses le di)”.

24 Su segunda hija.

25 Su mujer comenta:

“Estábamos salando el tocino en la cámara, porque ya habíamos hecho la matanza, cuando dije:

—¡Ay!, Antonia, ¡que me ha dado un dolor muy malol, ¡que paro esta noche!

—¡No me digas!

¡Lechugas!, “no me digas”. Que me bajé y me metí en la cama y la tuve a las cuatro de la mañana. La tuve en media hora, dos o tres dolores y saltó”.

Una tarde estábamos sentados ahí en un banco que había a la par del bar y me dice:

—Fíjate que pelo llevas. Ven que te lo corto.

—No —le dije.

Entonces fue cuando empecé a ir a cortarme el pelo al barbero de la Puebla.

¿Sabes por qué no quería cobrarme nada? Porque entonces tenía gallinas, conejos..., tenía huerto allí abajo. No me cobraba nada, pero luego con regalos cobraba más.

## FIESTAS

El día de San Isidro, el 15 de mayo, se celebra mucho en Almaciles. Ahora el cura lo combina para que se celebre en sábado. Ese día hacen romería a la ermita de San Isidro. En San Antonio Abad, el 17 de enero, que es el patrón, hacen misa y procesión. El día del Señor también lo celebraban mucho, hacían misa y procesión.

Ahora hacen otra fiesta en el mes de agosto, el dieciocho o veinte, cuando ya la gente se reconcentra de las máquinas, porque hay muchos con máquinas cosechadoras, se llena la plaza. La Puebla viene entera. Viene un conjunto a tocar dos o tres días. Son unas fiestas que han montado hace poco tiempo. Hasta traían muchas veces una vaquilla, que ya no la traen.

## LA FE Y LOS CURAS

Yo soy creyente, pero no religioso. Quiere decirse que yo en los curas no creo, porque no van nada más que a su apaño, como todos los políticos. Yo creo en Dios. Yo creo que hay un algo, ¿porque quién mantiene la vida? Todo está raso y de momento se pone nublo, ¡que venga un político y que quite la niebla y que no llueva! La política es igual que lo de los curas. Aquí ha habido dos o tres curas y se han hartado de sacar dinero para dejárselo a los sobrinos, para dejárselo a los hermanos y eso. Ese es el procedimiento de los curas que ha habido aquí.

Una tarde vinieron las monjas<sup>26</sup> y me dijeron:

—Tienes que ir a misa, a la iglesia, que esta tarde hay no sé qué, no sé cuántas y tal y cual.

—Yo voy a la iglesia —les contesté—, pero no confieso.

—Bueno, lo que usted quiera, Fernando, si eso no es obligatorio —me dijeron.

Toda la gente pasó por el cura y por las monjas que estaban echándoles aquello en la frente y tal, y yo me quedé solo. Mi mujer luego me criticó:

—Has hecho el ridículo, que tal y que cual.

26 Dos monjas con voto de pobreza que viven en la Puebla y se dedican a visitar a enfermos y a dar catequesis a los niños.

Llevaba sin confesarme seguramente desde que me casé. Empecé a pensar y digo: “Bueno, yo, que no tengo nada, ni debo nada, ni tengo por qué guardar, voy a confesar”. A los pocos días estaba sentado en el banco, cuando pasó la monja, la Angélica, y le dije:

—Angélica, he pensado ir a confesar. En ese momento llegaba el cura y le dijo la monja:

—Don Andrés, este hombre ha dicho que quiere confesar.

—Bueno —me dijo—, ¿quiere usted confesar en la sacristía, que allí hay una silla y se puede sentar, o en el confesionario?

—Mire usted que le digo —le contesté—, yo tengo que confesar en el confesionario, que me vea toda la gente del pueblo, que sepan que yo no tengo inconveniente de llegar al confesionario.

Porque yo no he robado, he sido muy fiel, muy legal, muy trabajador y muy de mantenerme continuo en mi sitio para todo en la vida. Por ese motivo tengo relaciones con Ambrosio, tengo relaciones con Fabio... Todos los médicos que vienen, en seguida, a los cuatro días me conocen, porque no soy chapucero. Entonces me dijo el cura:

—Pues bueno, cuando salga te voy a meter en el confesionario. Entonces yo entré, me senté en una laja que había al lado del confesionario y, así que llegó, me acerqué y me santigué.



10. Fernando y Carmen.





# MARAVILLAS LÓPEZ ROMÁN (1922)

Maravillas nació en Puebla de Don Fadrique el 10 de diciembre de 1922. Sus padres regentaron la posada de la plaza Arriba, un lugar de encuentro de vecinos, comerciantes, guardias civiles, maestros y funcionarios. Tuvieron nueve hijos, pero seis fallecieron a edad temprana. De su infancia tiene recuerdos de la escuela y de la vida en la posada. Narra algunos de los sucesos que tuvieron lugar en la Guerra Civil y en la posguerra. Conoció a su marido tras la Guerra y se casó en 1945. Tuvo tres hijos. Durante unos años vivieron en Topares (Almería), pero luego regresaron a la Puebla, donde han residido en varias casas. Su marido acabó heredando el oficio de herrero de su familia, que luego traspasó a uno de sus hijos. Falleció en 1993. Maravillas es una mujer con una profunda fe religiosa, que le transmitió su madre desde que era niña. Ha trabajado toda su vida para sacar adelante a su familia.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en la Puebla, en los Pedroches, en la placeta<sup>1</sup>, por donde vivía Pepe Cancú. Me bautizaron aquí en la iglesia parroquial. El día diez de diciembre cumplo ochenta y cinco años.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi padre<sup>2</sup> era de Cehegín<sup>3</sup>, era ceheginero. Mi madre<sup>4</sup>, de soltera, vivía en la posada de la plaza Arriba, tenía una tienda allí. Mi padre puso un depósito de vino allí —traía vino de Cehegín—, se enamoró de ella y se casaron.

Mi madre vestía en el verano con su refajo, su chaquetica metida así, su toquilla de lana pelo de cabra de esa que se decía. En el invierno llevaba su toquilla de abrigo y su pañuelo a la cabeza.

Tuvieron nueve hijos y se les murieron seis de ataque a la meningitis<sup>5</sup> [Foto 1]. Yo no los conocí, porque mi hermano<sup>6</sup> y yo éramos los más pequeños de los nueve [Foto 2]. Me acuerdo de un hermano mío, de los mayores, que tenía once años y yo era pequeña. Salió con un burro que tenía mi padre a darle agua al caño de la iglesia, por donde la casa de Doña Petra, y lo tiró. No se hizo herida ninguna, pero se dio seguramente por dentro y a las veinticuatro horas se murió.

---

1 Plaza de la Concepción, conocida como plaza de Pepe Cancú.

2 Salvador López.

3 Murcia.

4 Deogracias Román.

5 Sólo sobrevivieron su hermana Antonia, su hermano Salvador y ella.

6 Salvador.

Mi madre murió con setenta y seis años y mi padre con setenta y dos. Mi hermana Antonia<sup>7</sup>, la pobre, que le cortaron una pierna por diabética, también murió más joven, de setenta y cuatro años o por ahí.

No conocí nada más que a mi abuelo Francisco, el padre de mi madre. Lo conocí ya viejo. Cuando se iba a levantar yo le daba la mano para que se levantara. Él estaba ya muy torpe.

## LA ESCUELA

Primeramente fui a Ediviges, una mujer ya vieja. Las primeras letras las aprendí allí.

También fui a la escuela de la Basilisa, pero luego ya me cambiaron a la escuela nacional. La Basilisa era una escuela de paga y la maestra era Doña Luisa Gutiérrez Yagüe, de Madrid. En el mismo pupitre que estaba yo, estaba la María de Balbino. Era listísima para la escuela y para bordar porque, entonces, por las tardes teníamos costura para bordar. Me sacaba las cuentas todos los días. En esta escuela había niños y niñas juntos, pero en la escuela nacional no, las niñas estaban en un lado y los maestros con los niños en otro. En el recreo nos juntábamos. De la escuela nacional se fue Doña Luisa y vino una maestra de Almaciles, Doña Alfreda. Nosotros sacamos canciones:

*Se nos va Doña Luisa y se viene Doña Alfreda,  
y no queremos ninguna almacileña.*

Desde muy chiquitina leía yo muy bien. Mi madre se engrandecía. Era el cine mudo, y mi padre, como no atinaba a leer bien los títulos porque los quitaban muy pronto, me acuerdo que me llevaba al cine para que yo se los leyera.

Mi hermano Salvador, que era menor que yo, estuvo yendo a un hombre que vino desterrado aquí de Barcelona. Le decían el tío “Pipirrana”. Era un hombre muy listo, muy listo. Le dio clases a los Marines. A todos los que les dio clases se les notó. Ese hombre iba por los cortijos. Mi hermano también fue a la casa de un hijo de don Tomás Cano. Este le enseñó esta poesía:

*¿Es pecado besar?  
Pregunta la hermosa niña,  
que se acerca a confesar.  
Y el cura, que es un bendito,  
le dice muy bajito:  
¿A quién quieres besar?  
¿A tu padre, a un hermano?  
A un mozo galán, que está prendado de mí.  
¿Tú lo quieres?*

---

7 Nació en 1911.

*Con locura.  
¿Él te ama?  
Me lo ha jurado.  
Pues si es amor verdadero,  
bésalo que no es pecado.*

Allí la aprendió él y luego la aprendí yo.

## LA VIDA EN LA POSADA

Cuando yo era muy *pequeñica*, se bajaron mis padres a la calle Barroeta<sup>8</sup> y tuvieron allí posada<sup>9</sup>. Tenían contratistas con alquitranes. Venían *carreros*<sup>10</sup> de Águilas<sup>11</sup> —en carros de mulas— y venían hombres de Santiago<sup>12</sup> con bestias cargadas con pellejos de esos de alquitrán. Mi padre tenía en el patio un vacío muy grande. Vaciaban el alquitrán y los que venían de Águilas llenaban los barriles con alquitrán de aquel que tenía allí mi padre en el bar. Teníamos mucho trájín y pupilos para comer.

En mi casa se juntaban a veces los guardias. Había un guardia, que también comía allí, Emilio Molina, que sabía cantar muy bien. Venía el “Cerlitas” con la guitarra, otro con una bandurria, se juntaban allí y cantaban.

Cuando me iba a la escuela, el administrador de correos y el maestro de música tomaban la casa como de ellos. En una habitación más adentro tenía yo en un cajón todos mis papeles de la escuela. Una vez estuvieron viendo mis dibujos y, cuando volví, me dijo Don Luis:

—Dibujas bien.

Entonces sacó un libro él para enseñarme los dibujos. Él iba pasando las páginas y yo miraba. De repente, dije:

—¡Ay!, mi madre.

La conocí. Es que se sentaba de noche con su rosario en la mano, su pañuelo a la cabeza, su toquilla y, como trabajaba tanto, él, mientras ella dormía rendida, la retrataba.

Había también una maestra de escuela comiendo en casa de mi madre. La maestra les enseñó a bailar. Don Luis era muy alto, tenía unas piernas muy largas y decía mi madre:

—Si lo vieras cuando bailan, con esas piernas tan largas.

No, no aprendía, no.

Una noche se acostó. No sé qué le hicieron a la maestra. Mi madre le tenía la cama en su habitación —porque a las personas jóvenes las tenía bien vigiladas. Entraron a pedirle perdón, porque uno de ellos cogió el gato y metió las patas en la ensalada de lechuga. ¡Hacían cada cosa!

8 Conocida como la calle Abajo.

9 Posada de la Deogracias.

10 Carreteros.

11 Murcia.

12 Santiago de la Espada, Jaén.

En la casa donde estuvo correos, en la calle Abajo, vivía Joaquín Pérez y también Natividad, la hermana de Calisto el sastre. Como entonces ni había televisión ni teníamos radio tampoco, iban todas las noches a mi casa y leían un libro muy grande de no sé qué historia. En fin, que nos llevábamos muy bien. Otra mujer muy mayor, la tía María Jesús, que vivía allí, iba también todas las noches a mi casa a la posada a trasnochar. En fin, que los vecinos iban allí.

## FIESTAS

Lo que era muy hermoso entonces era la feria<sup>13</sup>. Ahora no, pero entonces había unas ferias muy grandes, porque eran cosa de bestias y de animales. Venían de muchos sitios y trataban. Entonces había unas ferias muy buenas.

Las demás fiestas eran igual que ahora. La Semana Santa<sup>14</sup> también era muy buena entonces y la entrada de Santas<sup>15</sup> igual. Por la Soledad había una fiesta<sup>16</sup> que le tiraban piedras a los gallos, pero yo no fui nunca.

## LA GUERRA

Yo tenía catorce años en el '36. Son recuerdos malos. A mi casa<sup>17</sup> vinieron guardias civiles huyendo de Caravaca<sup>18</sup>, de Huéscar, de Galera, para poder entrar a Granada. Cuando estaban en Guadix, uno de ellos fue el que dio el cante y los mataron a todos. Es que, cuando pegaron fuego a la iglesia, mandaron más guardias. Como mataron a Leonel, a un guardia civil, e hirieron a otro, entonces mandaron refuerzos de Madrid, cuatro guardias. El soltero tuvo suerte, lo mandaron a Granada, todavía no había empezado la Guerra. Los otros tres estaban casados. Uno de ellos le decía a mi madre —como ya le habían pegado fuego a la iglesia y no había misa ni nada:

—Le he dicho a mi niña que oiga dos misas, una por mí y otra por usted.

Luego se fueron huyendo todos los guardias civiles y los mataron antes de entrar a Granada.

Cuando le pegaron fuego a la iglesia<sup>19</sup>, mi hermano Salvador era el monaguillo. Cuando mataron a Leonel en la calle Abajo, nosotros lo vimos tirado en la baldosa desde la ventana de la cámara de mi casa. Mi madre se creía que era mi hermano:

13 Se celebraba entre el 15 y el 20 de octubre. A ella concurrían gentes de muchos lugares. Durante la feria se comerciaba con ganado, sobre todo mular.

14 Durante la Semana Santa se hacían algunas procesiones y los oficios propios de esas fechas con gran recogimiento.

15 Se refiere a la romería y la fiesta de las Santas Alodía y Nunilón. Aunque su día es el 22 de octubre, se solía celebrar el lunes de Pentecostés, en primavera. Ese día subían las Santas de Huéscar a la ermita de la Sagra. Allí pasaban de las autoridades y hermandad de Huéscar a las de la Puebla. Por la tarde se bajaban a la Puebla. Al llegar eran recibidas por las autoridades y el cura y, a continuación, eran llevadas en procesión por las calles del pueblo hasta la iglesia.

16 La fiesta de Nuestra Señora de la Piedad, que se celebraba el 8 de septiembre. Ese día los muleros acordaban cambiar de dueño o de lugar de trabajo para el siguiente año o continuar con el mismo. Por la tarde, junto a la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, ponían un pollo o gallo a cierta distancia y le tiraban con piedras o con una escopeta. Se tiraba en función de lo que se pagaba. El que conseguía matar al pollo, se quedaba con él. También se rifaban melones y sandías.

17 A la posada.

18 Caravaca de la Cruz, Murcia.

19 En mayo de 1936.

—¡Al salir de misa le han tirado, al salir de la iglesia! —decía mi madre.

Pero no. Le pegaron fuego a la iglesia estando dentro los monaguillos, saltaron por la sacristía y se fueron a los huertos de detrás. A Leonel lo mataron.

Al cura de Almaciles, Don Adrián, que era un hombre ya viejo, dicen que lo metieron en un cajón como pudieron y lo llevaron como que era una radio: le pinchaban para que cantara. Luego lo mataron.

El día que tiraron las bombas nos fuimos huyendo, todos menos mi padre, que se quedó en la posada porque se metieron todos los guardias de Almaciles y metieron los caballos en la cuadra de la posada. También cogieron cosas de la iglesia y del cuartel, y las guardaron en la posada. Nosotros nos fuimos a los yesares aquellos, en una cueva. Desde ahí veíamos el aeroplano venir y tirar bombas. Yo decía:

—¡Mi padre, lo han matado!

Estuvimos toda la noche llorando.

En la calle Abajo cayó una bomba y no explotó. Pusieron unos palos para que no pasaran coches ni nada. Estuvo mucho tiempo allí metida, hasta que luego unos soldados echaron agua alrededor, la sacaron y la explotaron por ahí. En el cine Liberator tiraron otra bomba.

Algunos guardias se entregaron. Les quitaron la ropa de guardia civil y les pusieron un pañuelo rojo al cuello, los vistieron de otra manera. Había un brigada que estaba de puesto por la provincia de Murcia y todas las noches ponía la radio en zona nacional, aunque eso no se podía hacer. A otro día, cuando venía a tomar el desayuno, nos decía: “Ya van por tal sitio”, “ahora echan por aquí”, “mañana toman Málaga” o lo que fuera. No se equivocaba.

Una mañana vino el pobre muy cabreado, porque fue la madrugada que mataron por *Lóbrega* a varias personas: a un hermano de Doña Petra; de *Campillejos* a una mujer ya mayor, que estaba soltera, y a otro hombre; a los tíos de Aguirre... Cuando vino el brigada a desayunar estaba..., ¡madre mía!, de ver lo que habían hecho.

¡Las guerras...! ¡Dios quiera que no venga ninguna otra!

## LA POSGUERRA: HAMBRE, RACIONAMIENTO Y ESTRAPERLO

Mi madre tenía una ficha de panadera y amasaba pan. Le ayudaba yo, porque no era con máquinas, como ahora, era a puños. Todos los días me subía a cerner la harina.

Cuando se acabó la Guerra, como estaba la cosa tan escasa, querían que amasaran el pan con salvado. A mi madre le daba lástima y en un cedazo que tenía le daba un poco para que la hoja grande se quedara. Decían las mujeres del pueblo:

—¡Como el pan de la Deogracias...!

El que estaba de encargado de eso ponía verde a mi madre porque le quitaba la hoja grande al salvado del pan. Mi madre lo hacía para que se lo comieran mejor. Era muy caritativa. Si tú vieras. Amasábamos y empezaba un pan en el mostrador a pedazos. ¡Porque había mucha hambre! Bajaban algunos

críos, con unas caras de hambre, derechos a la puerta de la posada, porque sabían que les daba. Empezaba un pan y, cuando lo terminaba, empezaba otro. Les daban la harina racionada, pero había estraperlo. Había panaderas que estraperleaban la harina que les sobraba. Mi madre no. Detrás de un pan habría otro y repartía a todos los pobres.

Los que iban a por el pan tenían su cartilla, sus raciones. ¡Madre mía, cómo estaba entonces! Eso fue cuando se acabó la Guerra, había mucha hambre.

## JUVENTUD

¿Sabes lo que hacían los jóvenes? Por la noche se juntaban en un sitio, tocaban el acordeón y formaban un baile. No eran bailes de ir como ahora.

Me acuerdo que había una mujer, cuando yo moceaba, subiendo por la cuesta para San Antón, la tía Francisca, y vino una sobrina suya. Hacían muchos bailes en aquella casa. Una noche estuve yo en aquel baile, aunque yo he ido a pocos bailes. Me pretendía un hijo de Segundo Hoyos, que tenían la *Montés* —entonces era yo muy jovencica. Era un excelente muchacho. Me han pretendido personas buenas. Llegó al baile, pero no se pudo acercar, porque el Morante, el Luquitas —hermano de José Luis Morante y del Ángel— se sentó a mi lado. Yo no sabía bailar y allí estuvimos los dos de conversación en el baile.

## NOVIAZGO

A mi marido lo conocí<sup>20</sup> cuando acabó la Guerra<sup>21</sup>. Nos juntábamos las muchachas, y los muchachos también se juntaban. Me acuerdo una vez al final del paseo de las Santas, en la placeta, que había una cruz de los caídos. Estábamos parados y él no hacía nada más que mirarme. Yo veía que me miraba continuamente. No le dije a nadie nada, pero pensé: “Éste va detrás de mí”. Una noche —cuando vino el Padre Isaías, que trajo el cuadro del Perpetuo Socorro— salí de la iglesia y sentí pasos detrás de mí. Era él. Era feo, pero por dentro era muy guapo, era muy buena persona. Como sabía sus referencias, que era bueno, le dije:

—Ya lo pensaré.

En fin, me puse de novia con él. Estuvimos de novios un par de años, porque me llevaba seis años. Estaba yo saliendo a la puerta a hablar con él, cuando un día mi padre se asomó y dijo:

—Si es broma, se ha acabado. Pero si es en serio, ya sabes lo que hay —que tenía que pasar a la casa.

Y pasó dentro.

Ahora hay más libertad, pero antes... Mi hermana Deogracias vivía en la misma acera, junto al convento, y yo en la posada. ¿Me iba a dejar mi madre ir a mí sola con el novio a casa de mi hermana? Ni salir con él. Se vigilaba más.

20 Francisco (1915-1993).

21 Lo conocí con 18 años, pero no fue su novia hasta los veintiún años.

Por cierto, cuando el nevazo gordo<sup>22</sup> teníamos leña, pero escaseó y a mi padre se le puso el capricho de echar una pava —mucho paja— en la chimenea. Yo estaba con *pesambre*<sup>23</sup>, de ver que iba a venir el novio y mi padre había echado aquella noche aquello. Habíamos puesto la mesa para cenar, cuando entró él y dijo mi padre:

—Vaya, tenemos a la niña con *pesambre* porque he echado...

—Yo no me había dado cuenta de eso, nada más que de la mesa —comentó él.

## LA BODA

Nos casamos en enero<sup>24</sup>. ¡Madre mía, qué frío hacía aquel día! A los dos o tres días cayó un nevazo... Llevaba un vestido con *picunelas* negro. Me acuerdo que la Elia, que era peluquera, me peinó y me puso unas florecillas en el pelo.

Las bodas eran de otra manera. Primeramente, antes de ir a la iglesia, regalaba la gente su regalo. Se ponía la novia con una mesica y una bandeja. Iban entrando e iban dejando el regalo. Por cierto, yo no me había pintado nunca y aquel día, cuando me arreglaron, me pintaron los labios. El primero que entró a soltar el regalo fue el novio y detrás los compadres. Cuando me vio dijo:

—¿Quién ha mandado eso?

Entonces se hacía la boda y la tornaboda a otro día. La comida era en casa de la novia y, a otro día, en casa del novio. A la tornaboda no iba tanta gente como a la boda, pero sí los familiares más próximos.

La primera noche nos fuimos a una casa en la calle de la Cruz, una casa que hay con dos balcones, que era de mis padres. Aquella noche no teníamos nada para beber. Cuando luego, a otra mañana, nos levantamos, al lado de la pata la cama habían puesto una botella con mistela.

## CASAS Y TRABAJOS

Allí puse yo mi casa, pero nos duró poco<sup>25</sup>. Nos fuimos a Topares<sup>26</sup>, porque él trabajaba allí. Había un señor allí que tenía un taller de carpintería y tenía gente trabajando. Él había ido allí antes temporadas, no de continuo. Pensamos irnos y nos fuimos. Estuvimos muy a gusto. Era cuando estaba el médico aquel que era tan listo, un médico muy bueno.

En Topares estuvimos viviendo ocho o nueve años y después ya nos vinimos a la Puebla. Primeramente me vine a la casa de mi madre, pero de seguidas nos fuimos a vivir a una casa que hay enfrente de la carpintería de Pedro. Luego, desde allí, nos fuimos a una casa que tenía mi suegra en la calle Huéscar. Hemos corrido por muchas casas. Eran de alquiler.

22 Comenzó a nevar la Nochebuena de 1944.

23 Pesadumbre.

24 Enero de 1945.

25 De 1945 a 1946.

26 Una pedanía del municipio de Vélez-Blanco, en el norte de Almería. Allí vivieron desde 1946 a 1954.

También viví en una casa que hay cerca del convento. Ya teníamos la máquina de tejer. Con ella hacíamos unas cosas preciosas, porque es de punto fino. No es de esas de lana recia. Trabajábamos para la calle: hacíamos chaquetas y cosas de punto. Él ya trabajaba aquí en la fragua con su padre, de los “Chimeneas”. Luego ya compraron la fragua —donde está Salvador ahora— a Pepito, el de Florencio, y trabajaban ahí mi marido y sus dos hijos [Foto 3].

## HIJOS

Los hijos se tenían en la casa. Venía una comadrona, la madre de la Juanica. Se llamaba Alfreda. No había los adelantos de ahora, eso de irse a Baza y esas cosas. A algunas mujeres les costó la vida. Cuando llegaba el mes de agosto, sentíamos la campana que tocaba de otra manera. Cuando eran niños, decíamos:

—Ya hay enterrico, ya se ha muerto un niño.

Estaban todo el verano malos y en el mes de agosto morían de no tener la asistencia que tenían que tener.

Tuve pronto mis tres hijos. Con el mayor, Rosendo<sup>27</sup>, me vine a tenerlo a casa de mi madre en la Puebla. Me asistieron mi madre, mi hermana Antonia y la Alfreda. Me quedé con mi madre un tiempo<sup>28</sup>. Con mi Deogracias<sup>29</sup> vivía en Topares cuando nació. Con el chico<sup>30</sup> vivía aquí en la Puebla.

A las recién embarazadas les ponían un puchero, el caldo, para hacer teta, y por las mañanas chocolate. Me acuerdo una mañana que me echó mi hermana un tazón de sopas, cuando asomaron mi suegra y mis cuñadas. Me dio vergüenza que vieran el tazón de sopas que me iba a comer.

Otra mañana, era un viernes, le dije a mi madre:

—Mamá, hoy voy a vestir yo al niño —porque entonces a los críos chicos les ponían muchos jaleos (el empapador, la *ramella*, una fajica para el ombligo,...), y yo no sabía vestirlo, era la primera vez que iba a hacerlo.

Pusimos una buena lumbre, la ropa estaba allí preparada, cuando llegaron las mujeres de Almaciles —todo Almaciles venía a parar a la posada el día de mercado. ¡Madre mía!, la tía Dorotea, la de la “Molata”, la otra. Se sentaron todas, y yo, que era la primea vez que iba a vestirlo, me puse acelerada.

Entonces no había potitos. A mi Rosendo lo crié en Topares y yo le di lo que me decían las otras. ¡Si era el primero que tenía! Le hacía papillas de harina tostada, patatas asadas, etc. También le ponía el pecho. A mi Deogracias le compraba leche condensada *La Lechera*. Le echaba un poco en un vaso, le añadía manzanilla y se bebía sus biberones. La crié muy bien con la leche condensada. Entonces es que no había esas leches que hay ahora. A mi Rosendo no le llegué a dar, creo que no le di la alimentación que debía. Las papillas de harina tostada, ¡ya ves lo que alimenta eso!

27 Rosendo (1947).

28 En ese período, además de recuperarse y recibir los cuidados de las mujeres de la familia, aprendió de ellas a cuidar al niño: cómo vestirlo, alimentarlo, etc.).

29 Maravillas.

30 Salvador (1954).



## LA LUZ ELÉCTRICA Y LA TELEVISIÓN

Había luz eléctrica, pero era una luz muy mala. Además, la daban cuando ya empezaba a oscurecer, que de día no había. Por cierto, el marido de mi hermana era el electricista, Delfino. La luz venía del salto de agua de las Santas. Me acuerdo de estar haciendo molde en casa de mi madre, en cinta, a la luz de un quinqué, de lo mala que era la luz.

La primera televisión donde se vio fue en *La Montés*<sup>31</sup>. La de mi cuñado Cecilio, que vivía en la casa de la Sacra, la “Cascarillas”, también una de las primeras. Eran en blanco y negro, entonces no eran en color. Cuando las radios decía yo:

—Con el tiempo veremos en las radios a la gente cuando habla.

Y luego, mira, no fue en las radios, fue en las televisiones.

## LA ENFERMEDAD DE SU MARIDO

Francisco, tenía cuarenta y cinco años cuando enfermó de los bronquios. Estuvo muy malo con fatiga. Trabajaba el pobre con la fatiga y todo. Fuimos a Granada a un médico muy bueno, Don Nolberto González de Vega y le mandó gimnasia respiratoria, que era: coger un vaso de agua, *estoser* muy fuerte, aspirar, *estoser* y tomar un *traguillo* de agua, aspirar para dentro, *estoser* y otro *traguillo* de agua. Siempre que íbamos le preguntaba:

—¿Sigues con la gimnasia? —porque era muy bueno.

## RELIGIÓN

La comunión la hice ahí en la iglesia parroquial. Tendría ocho años o nueve<sup>32</sup>, pequeña, porque mi madre era muy cristiana. Mi madre me cosió el vestido, no había entonces tanta tontería como hay ahora.

El rosario lo rezo todos los días. Toda mi vida he sido muy religiosa, porque lo aprendí de mi madre y lo siento de verdad. La fe es una cosa muy hermosa y el que no la tenga, eso se pierde, porque se vive muy a gusto teniendo fe en Dios y viendo que te protege, ¡de verdad! José María Pemán escribió el siguiente poema:

*Bendito seas señor  
por tu infinita bondad,  
porque pones con amor  
sobre espinas de dolor  
rosas de conformidad.  
No quiero que mi cantar  
mi pena se transparente,  
quiero su sufrir y callar  
no quiero darle a la gente  
migajas de mi pesar.*

31 Uno de los bares más antiguos del pueblo.

32 En 1930-1931.

*Tú solo Dios y Señor,  
tú que con amor me hieres  
tú que con inmenso amor  
pruebas con mayor dolor  
a las almas que más quieres.  
Yo solo quiero contar  
mi secreto padecer  
a quién lo ha de comprender  
y lo puede remediar.  
Bendito seas Señor,  
por tu infinita bondad.*

Me gusta comprar todos los años el taco del almanaque, porque tienen unas cosas preciosas. En el último vino una oración de un hombre de Pamplona ya viejo. Me costó trabajo, pero barriendo y haciendo las camas la he aprendido:

*La fe, celeste promesa  
se llena de sutil fragancia  
que desde mi tierna infancia  
a Jesucristo confiesa.  
Dentro del alma va,  
impresa la llevo en mi corazón,  
es un divino agujón  
que está calvado en mi pecho  
y aunque el sendero sea estrecho  
es la fe mi salvación.  
A pesar de haber cumplido  
más de ochenta y cuatro años  
no pueden los desengaños  
hablar de haberme vencido  
nunca fui un descreído  
ni un cristiano desleal.  
Ya en la pila bautismal  
me infundió el sagrado rito  
la fe, ese don gratuito  
un regalo celestial.*

## UN SUEÑO POR CUMPLIR: VER EL MAR

No he visto nunca el mar. Francisco y yo nunca fuimos, como él estaba delicado. Daban viajes de estos que dan y nunca dijimos de ir. Estuvo mi Salvador en Cartagena haciendo el servicio militar y podíamos haber ido los dos. Me voy a morir sin ver la mar.



**1. Familia** > Francisco (hermano), Deogracias (madre), Salvador (padre), Francisco (abuelo materno), Esclofé (hermana), Antonia (hermana), Esclofé (abuela materna), Maravillas (en brazos), Rufino (tío), Soledad (tía), Francisco (primo).



**2 (Izquierda).**  
Maravillas y su hermano.

**3 (Arriba).** Su marido con uno de sus hijos en la fragua.



# GREGORIO NAVARRO ORTIZ (1922)

Gregorio nació el 4 de enero de 1922 en Puebla de Don Fadrique. Su padre fue pastor como él. Su madre trabajaba en el campo y limpiando casas. Tuvo dos hermanos y dos hermanas. Su hermano mayor murió en la Guerra Civil y su hermana mayor falleció también siendo joven. Empezó a trabajar con diez años, primero cuidando marranos y más tarde de pastor de ovejas, oficio al que dedicó toda su vida. Durante la Guerra Civil vivió de primera mano el proceso de las colectivizaciones. Dejó de arreglárselas con los amos de las ganaderías, a quienes se las expropiaron, y pasó a tratar directamente con un Consejo de administración que representaba al gobierno. Se casó en 1947 y tuvo dos hijas. Su vida ha sido un periplo a través de numerosos cortijos hasta que llegó a *Lóbrega*. Allí pasó los últimos cuarenta años de su vida laboral antes de jubilarse. La mitad de ese tiempo residió con su familia en el cortijo. Fue testigo del proceso de modernización de la agricultura a partir de los años sesenta y de la emigración que ocasionó, pero ambos acontecimientos no le afectaron personalmente. Al contar sus relatos de vida empleó un tono cómico e irónico, y fueron muchos los momentos en que no pudo contener la risa como, por ejemplo, cuando pronunciaba la expresión “alcalde de los marranos” o describía su “carrera profesional”.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 4 de enero de 1922 en Puebla de Don Fadrique en la calle Toledo N° 12. Tengo ochenta y cuatro años y voy a hacer ochenta y cinco.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos vivieron en el *Burrezo*. Mi abuela paterna, la única abuela que he conocido, murió con noventa y siete años. Murió en el treinta y siete. No había estado mala en su vida. Estando mi padre malo, fue el médico a mi casa a verlo y mi abuela estaba allí. El médico era Don Antonio el Zarco. Le dijo mi abuela:

—Sabe usted que tengo yo noventa seis años y no he visto una pulga en mi cuerpo, ni un médico, ni pizca de nicotina —que no se había purgado en la vida.

—Pues poco han comido los médicos ni los boticarios con usted —le dijo el médico.

Mi padre se llamaba Juan José Navarro García y mi madre Celedonia Ortiz Galera. Mi padre murió con sesenta y un años. Era pastor en la *Casa de la Virgen*<sup>1</sup>. Mi madre trabajaba limpiando casas. Mi madre llegaba el verano e iba a segar, a escardar o a lo que había que hacer. La vida del campo era muy aperreada, porque cuando iban a escardar ganaban una peseta. Estaban todo el día escardando para una peseta.

1 “El dueño era el tío Gregorio Marín”.

Fuimos cuatro hermanos: dos varones y dos hembras<sup>2</sup>. Yo era el más pequeño de todos. Ya quedo yo solo. Mi hermano trabajaba de pastor. Mis hermanas trabajaban en el taller de Calixto el sastre, en la casa de la Pura. Allí tuvo su padre el taller toda la vida y mis hermanas iban a coser allí.

## JUEGOS

Entonces no había tantos caprichos como ahora. Jugábamos con unas cajas pequeñas de mixtos, que ahora no existen. Tenían unos santos pintados en las dos caras. Jugábamos con una tejuela a darle a los santos. También jugábamos a las bolas y a *regular* las rulas de goma o de hierro con un gancho en la carretera. Cuando empecé a servir con diez años el juego se acabó.

## COMUNIÓN

Hice la comunión con ocho años con Don Manuel Cánovas. La comunión no era como ahora. Sólo íbamos los que hacíamos la comunión. Después de hacerla cada uno se iba a su casa y ya está. Íbamos vestidos corrientemente, con lo que tenías. Todas las mañanas íbamos a la iglesia a la doctrina. Don Manuel hacía una doctrina todas las mañanas a las once y nos daba unas estampas. La asistencia que nos daba la guardábamos. Todos los domingos nos daba una asistencia de aquellas. Luego, a remate, hacía un regalo de juguetes. El que más asistencias tenía, más juguetes le daba, muñecos y cosas de esas.

## ESCUELA

Fui a la escuela hasta la edad de doce años. Estaba a temporadas. Echaba una temporada en el verano y luego me venía en invierno a la Puebla e iba a la escuela. La escuela estaba donde el hospital. No había nada más que dos maestros titulares: Don Luis y Don Juan Ramón. Eran buenos. Entonces, lo que pasa es que había más respeto que ahora. No nos podíamos mover. Los maestros tenían una palmeta encima de la mesa y el que hacía algo, de seguidas, lo llamaban, le ponían la mano y le daban con la palmeta: *pam*. Había más respeto que ahora. Todos los días, cuando ya íbamos a salir, cantábamos la tabla de multiplicar. Los chicos aprendían de los grandes. Entonces aprendías las cuatro reglas, a leer y a escribir. Algunos que iban más adelantados aprenderían algo más, pero lo más corriente eran las cuatro reglas. Entrábamos a las nueve y salíamos a las doce. Por la tarde empezábamos a las tres y salíamos a las cinco.

---

2 “La más pequeña de mis hermanas tuvo diez hijos. Uno se le murió antes de irse de aquí. Lo enterramos el día tres, el día que bajaban las Santas. Tenía catorce meses. Le quedaron siete y, después de irse a Barcelona, tuvo tres, dos zagalas y un zagal”.

## ALCALDE DE LOS MARRANOS

Empecé a servir con diez años. Con diez años fui a la *Hoya* de alcalde. El *marranero* era el alcalde. Después fui a la *Casa de la Virgen* también de alcalde. Fui a la *Casa de la Virgen* ganando tres duros al mes. Estuve allí un año entero. Venía cada quince días de muda, a vestirme.

El primer año, cuando estaba en la *Casa de la Virgen*, una noche uno de allí me dijo:

—Vamos a sentir las noticias esta noche a las Santas. ¿Te quieres venir?

—Vamos —le contesté.

Había un cura en las Santas permanente, el año entero, que era de Pontones. Nos montamos en una mula y fuimos a las Santas a sentir la radio que tenía el cura.

## CARNAVAL

Nada más me vestí un año de máscara en el carnaval. Me vestí de Jesús Nazareno. Tenía diez u once años. Nos juntamos tres o cuatro vecinos y nos vestimos. Yo llevaba una túnica y unas borlas colgadas. Llevaba la cara tapada con una careta. Entonces salían muchas máscaras. Tropezabas con un coro de mozas o algo y decías:

—Que no me conoces, que no me conoces.

Era más divertido porque, como ibas con la cara tapada, les dabas el follón todo lo que querías, te ibas y no te conocían.

Las tortas fritas se hacían el martes.

## LA GUERRA CIVIL

Cuando estalló la Guerra tenía catorce años. A mi hermano el mayor se lo llevaron a la guerra y lo mataron. Murieron muchos en aquella guerra. Pasa lo mismo ahora con esa que tienen ahí liada<sup>3</sup>.

Vino un aparato bombardeando el pueblo. Yo estaba en la *Casa de la Virgen* cuando sentí las bombas: *bom, bom, bom*. En el cine *Liberator* tiraron una y lo partieron. Tiraron otra en la fuente, debajo del cañete. En la calle Abajo tiraron otra que no explotó. Tiraron tres o cuatro bombas. Entonces la gente se fue a dormir al campo. Se desalojó el pueblo y se fueron a las sierras. Unos se fueron al *Jardín*, otros para la *Casa Moya*... por si venía la aviación. Durmieron al raso.

La Guerra vino porque el ejército se partió: unos se fueron con Franco y otros con Negrín. Por eso formaron la Guerra en España, españoles contra españoles. Fue muy malo.

Se llevaron a mi hermano en el treinta y ocho, y la Guerra se acabó en el treinta y nueve. Un año después se acabó. Estuvo en Castellón. Escribió una carta nada más y al poco tiempo vino la baja.

Nosotros vivíamos en la zona roja. De Guadix para acá me parece que era la zona roja. Granada la tenían los nacionales. En zona roja no había Guardia

3 En Irak.

Civil, sino Guardia de Asalto. Hubo un cuartel de militares en la plaza Arriba. Había un sargento, un teniente, en fin, que era de militares. Todas las noches hacían guardias en la intendencia, a la salida del cementerio, en las puertas de Caravaca... Siempre había una pareja haciendo guardia de noche. En cuanto veían a uno de noche, le echaban el alto y le preguntaban adónde iba o no iba.

El parte de Guerra lo daban todas las noches. En el pueblo tenían radio y todas las noches daban las noticias, el parte. Pero nosotros, en los cortijos, no nos enterábamos de nada.

Yo no soy político, ni me ha gustado la política tampoco. La política no me ha gustado nunca.

## SE LIBRÓ DE LA MILI

A la mili no fui, me libré por ser hijo de viuda. Como era el más pequeño, me libré. Yo hubiera ido de veintiuno. En el ayuntamiento nos midieron la talla y el pecho que teníamos. Me midió el “Barbas tristes”, que era el que llevaba entonces aquello. Como yo había puesto la exención por hijo de viuda, me libré. Mi padre murió el primero de mayo y la Guerra estalló el 18 de julio.

## EL TRABAJO DURANTE LA GUERRA

Durante toda la Guerra yo seguí trabajando igual. Cuando explotó estaba en la *Casa de la Virgen*. Ese año, cuando llegó San Juan, me fui a las *Cabañuelas* de pastor. A partir de entonces ya fui siempre pastor. Después estuve en los *Mirabetes*, que están más arriba. Luego estuve en la *Venta de la Fuente del Puntal*, en el *Pinar* de los Bañones, en el *Espinar del Pino* —en Nerpio, Albacete— y, cuando vino a acabarse, en la *Casa Moya*. En el treinta y nueve me fui a la *Casa Moya*.

## LOS ARREGLOS CON EL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Durante la Guerra el Consejo de Administración se hizo amo de todo el ganado, las ovejas eran todas suyas. Se arreglaba uno con el Consejo. Ellos nos daban la comida y el sueldo. Las ovejas eran del tío Áureo Gómez, el padre de Sebastián Gómez —ese era el capitán más fuerte que había— y de Don Manuel la Cruz, el abuelo de Manolete. Esos dos eran los ganaderos más fuertes que había y, al estallar la Guerra, el Consejo les requisó las ovejas y las tierras. Luego, cuando se acabó la Guerra, se llevaron otra vez el ganado los dueños<sup>4</sup>.

Con las tierras hicieron cooperativas. A lo mejor en un cortijo se metían tres o cuatro y lo hacían ellos. Los dueños se recogían a su casa y ya está. Muchos que había en el pueblo, que no habían visto un par de mulas en su vida, se metieron en las cooperativas a labrar y a llevar la tierra.

4 “Los capitalistas más fuertes eran el Áureo Gómez, Don Manuel la Cruz y Dativo, que vivía en Lóbrega también. Había que llamarlos de usted. Con los Bañones había que quitarse además la gorra para ir a hablar con ellos. Se creían que eran el Conde de Romanones”.



Cuando me fui de la *Casa de la Virgen* me arreglé directamente con el Consejo. Fui a las *Cabañuelas* ya con el Consejo. Después estuve en los *Mirabetes*, en la *Fuente del Puntal*, en la *Fuente la Puerca*...

El Consejo tenía sus encargados comisionistas, que iban dando vueltas por los cortijos donde estábamos. Cada semana o cada quince se daban una vuelta para ver si necesitábamos algo.

## LA VIDA DE PASTOR

En invierno corrientemente me levantaba al salir el sol, a las ocho de la mañana. Lo primero era comerse las migas. Después iba al trabajo. Así que comía las migas, le daba careo a las ovejas. Había que llevarlas al campo y estabas todo el día, si llovía como si no llovía, en el campo con ellas. Entonces no se usaban los perros de ganado. Les tiraba el silbido y se volvían. Los perros de ganado hace unos treinta o treinta y cinco años que vinieron.

## HACER LAS ESPARTEÑAS

Entonces no había nada más que alpargates de cáñamo. Los primeros zapatos me los puse yo cuando tenía veinte años.

Había que hacerse el calzado con esparto. Primero se picaba el esparto y después se hacían las esparteñas. Primero se hacía la suela y después se cosían. Te duraba quince días un par de esparteñas. Cada quince días necesitabas unas, así que no podías parar. Estaba uno siempre haciendo esparto.

Luego vino la goma y ya la goma duraba más. Cuando vinieron las *Chirucas*, llevaba ya treinta años haciendo esparteñas.

## LOS VIAJES CON EL GANADO

He corrido mucho. En verano bajaba al mercado de Caravaca<sup>5</sup>. Salía de Caravaca y venía andando, matando hormigas, a la Puebla. Con diecinueve años o veinte años. Echaba tres días. También íbamos a Alcantarilla. Gastábamos nueve días con el ganado para ir a Alcantarilla andando. Había correos<sup>6</sup>, pero valía tres duros venir en el correo de Caravaca a la Puebla. Por ahorrarme los tres duros, porque a otro día no iba a tener trabajo, me venía andando.

## LA TIENDA DE ANTONIO MOLINERO

Entonces la tienda de Antonio Molinero Rebollo, el abuelo del “Magdalenas” era la más fuerte. Pepe Torres estaba allí con el abuelo del “Magdalenas” de dependiente. Era sobrino de Antonio.

5 Su mujer comenta: “Venían los marchantes, compraban unas ovejas y las llevaban ellos”.

6 Trenes.

## BARES

La cerveza entonces se la bebían los maestros de escuela, los médicos y toda esa gente, los que tenían más dinero. Los pobres bebían poca cerveza, ninguna. Algún vermut, sin aceituna, un vaso de vino, pero sin tapa.

Entonces había pocos bares. El bar de la Bolteruela ha existido siempre, el del “Cortezas”. Es que el primer nombre de la Puebla fue la Bolteruela, en el mil quinientos veinticinco. Era nada más que una veintena de casas. La Casa de los Patiños es la casa más vieja que hay. Lo leí en un libro.

## EL NEVAZO

Cuando cayó el nevazo, en el cuarenta y cuatro, estaba trabajando en la *Casa Moya*. Duró cuarenta días. Bajábamos a por pienso aquí a la Puebla a casa de la tía Vicenta. Uno se echaba tres celemines, el otro se echaba media fanega, lo que podía cada uno, e íbamos andando a la *Casa Moya* con el pienso a cuestas, con un nevazo que había de medio metro. Íbamos con las esparteñas. El esparto era caliente, aunque estuviera mojado. La goma dura mucho, pero es fría y se escurre en la nieve. El mejor calzado para la nieve eran las esparteñas.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Conocí a mi mujer en la *Casa Moya*. Ya se había acabado la Guerra. Yo estaba de pastor allí y ella de moza. La había visto antes aquí en el pueblo en casa de una prima mía, que era prima hermana mía y prima segunda de ella. Se murió un primo hermano mío en el *Rincón de San Antón* y nos vimos. Aquel día no hablamos, nada más que nos vimos. Yo me fui preguntándome quién era ella y ella quién era yo.

Pasó un año o dos y ya fue cuando coincidimos en la *Casa Moya*. La vi y dije: “Tú tienes que ser para mí, tienes que ser mi novia”. Ella iba a por agua, siempre estaba yendo para acá o para allá, y la veía. Ya empezamos a tirarnos los tejos.

En la *Casa Moya* había cuatro viviendas. Entonces en los cortijos había mucha gente, estaban todos los cortijos habitados, todos.

## MUERTE DE SU HERMANA

Mi hermana, la mayor, murió en el cuarenta y siete, antes de casarme yo. Se dejó cuatro hijos. Tenía treinta y seis años. Se mató en un accidente de coche en Barcelona con un sobrino mío. Fueron a buscar niscalos y, al regresar, cayeron por un barranco.

## BODA

Nos casamos el día 17 de octubre de 1947. A los cuatro años vino la primera hija. Nada más que tenemos dos hijas: Mari Carmen y Rosario. Tenemos seis nietos y cuatro biznietos.

Cuando nos casamos, yo ya estaba trabajando en *Lóbrega*. Me bajé en el cuarenta y cinco a *Lóbrega* y nos casamos en el cuarenta y siete. Compramos una casa en la Puebla. Ahí estuvimos doce años hasta que murió mi suegra en el sesenta. Vendí aquella y nos vinimos donde vivimos ahora. Eran dos casas y mi suegra tenía una. Yo me quedé con la parte de mi suegra y compré esta otra.

## LÓBREGA

Poco antes de morir el amo de *Lóbrega*, José María, me dio la hatería, la aniaga<sup>7</sup>. Me llevé la familia allí a *Lóbrega*. En el sesenta murió mi suegra y nos fuimos a *Lóbrega* en el sesenta y uno. Allí estuvimos más de veinte años.

Estábamos cuatro familias allí a la hatería. Allí estuvo también de tractorista Efrén<sup>8</sup>, el “Pichón”. Había también otro pastor. Cuando se fue el Efrén, vino su hermano el Miguel. Estuvo de tractorista también allí.

Vivíamos allí. Iba Emeterio con el carro vendiendo y otro que venía de Huéscar, que se llamaba el “Peinado”. Cuando iban, las mujeres compraban lo que les hacía falta para la semana. El panadero de Almaciles bajaba todos los días. También iba el “Cascarillas”. Todos los años mataba dos *chinos* chicos, de menos de diez arrobas. Yo vivía bien allí.

Mi hija mayor estuvo yendo a la escuela con Doña Petra en la Puebla antes de irnos al cortijo. La chica fue a la escuela en el cortijo con un maestro que iba por los cortijos.

Me tiré cuarenta años seguidos en *Lóbrega* hasta que me jubilé. Estuve veinte años con el padre y veinte con el hijo, cuarenta años. Ya me jubilé y nos vinimos aquí.

## CÓMO MURIÓ EL DUEÑO DEL CORTIJO

El padre murió de la siguiente forma. Tenían una junta en el ayuntamiento para el agua todos los que regaban: Alejandro Marín... Total, que fue a la junta y se puso malo allí. Lo cogió Alejandro Marín, lo llevó a su casa, se metió en la cama y, cuando llegó la noche, estaba muerto. Tenía sesenta y cinco años cuando se murió.

Los hijos los tenía bien enseñados a trabajar desde pequeños. El Juanito y el Paco, cuando tenían diez años, trabajaban con las bestias y en el campo todos los días. Luego, cuando se murió su padre, como sabían trabajar, siguieron con la faena para adelante. Si no hubieran estado enseñados a trabajar, hubieran ido a la ruina. Pero, como estaban enseñados a trabajar, siguieron con la marcha de la finca y salieron para adelante.

7 “Nos daban la comida del mes: Una fanega de trigo, un cuarterón de aceite, dos arrobas de patatas, un celernín garbanzos, en fin, el avío para el mes”.

8 Efrén Reina Punzano (1933). Su historia personal se incluye en este libro.

## EL CAMPO ANTES Y DESPUÉS DE LA INTRODUCCIÓN DE MAQUINARIA

Antes de venir la maquinaria se hacía todo a brazo, por eso había trabajo para la gente. Llegaba la siega en el verano y tenían que segar a mano. En *Lóbrega* venían cuarenta tíos a segar, cuarenta segadores, y se tiraban un mes segando. No había máquinas para trillar. Se trillaba con mulas. Primero había que segar, luego acarrear la mies a los cortijos con carros, después tender las parvas, trillarlas con las mulas y aventarlas a brazo. Para eso se necesitaba mucha gente. Pero fue venir la maquinaria, y se acabó todo.

Al venir la maquinaria fue cuando vino la emigración. Tuvieron que irse por ahí, a donde pillaban, a Barcelona, a Lérida... Yo tengo nueve sobrinos en Lérida y otros tres en Barcelona. Yo no me fui porque tenía trabajo.

## AMIGOS

Mis amigos se han muerto todos. Llevo contados ya veinticinco muertos de mi quinta, de mi tiempo, veinticinco muertos. Uno de los más amigos que tenía de la infancia era el Pedro, el de la historia de los carnavales. Sus padres vivían en la calle la Casica y yo en la calle Toledo. Esa gente vivía de la agricultura. Su abuela era la tía Antonia de *Porcuna* y tenía tierras en *Porcuna*. Luego, al morir su abuela ya, cogieron las tierras de *Porcuna* y se fueron allí.

## RELIGIÓN

Yo no soy religioso. Venía al pueblo de Semana Santa en Semana Santa.

Don Cayetano iba a *Lóbrega* a decir misa. Unas veces iba de día y otras de noche. Íbamos a misa y, así que decía la misa, nos liábamos a jugar a las cartas, al julepe. Todas las noches, cuando acababa la misa, nos juntábamos en una casa a jugar al julepe.



1. Gregorio.



2. Su madre: Celedonia Ortiz Galera.



3. Gregorio y Juana, 4 de enero de 1948.



# BERNARDO CRISPINIANO NAVARRO REINA (1922)<sup>1</sup>

Bernardo Crispiniano nació en Puebla de Don Fadrique el 20 de agosto de 1922. Su padre era herrero. Fue el tercero de cinco hermanos. Aunque su padre quería que sus tres hijos varones trabajaran con él en la fragua, sólo uno lo hizo. Bernardo, después de volver del servicio militar, que hizo en Torrejón de Ardoz, empezó a trabajar en correos como cartero. Describe la Guerra Civil y la posguerra como períodos en la vida del pueblo en los que se cometieron injusticias y se pasaron calamidades. Por el contrario, tiene un grato recuerdo de su juventud, una etapa de su vida en la que se divirtió mucho. Tenía un grupo de amigos con los que organizaba fiestas y bailes. Formaron una orquesta. Se casó con veintinueve años, después de haber tenido —según él—, numerosas novias. Algunos de los relatos que narra dejan muy claro cómo eran las relaciones entre los géneros y los valores en los que se fundamentaba el noviazgo. Asimismo, se aprecia con suma nitidez cómo el patronazgo y el clientelismo regían toda la vida social: el servicio militar, las relaciones laborales, el gobierno municipal, la vida comercial y financiera, las relaciones con los profesionales (notarios, médicos...) e, incluso, el ocio. Llama la atención que mencione tan poco a la Iglesia y a los curas en sus relatos, pese a haber ser sido monaguillo y las estrechas relaciones que la Iglesia mantuvo durante esa época con Falange Española, organización a la que estuvo vinculado.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 20 de agosto de 1922. Tengo ochenta y cuatro años y medio. Nací en la calle Huéscar N° 12 en Puebla de Don Fadrique. Me llamo así porque un tío mío, un hermano de mi padre, se llamaba Bernardo Crispiniano.

### FAMILIA DE ORIGEN

No conocí a ninguno de mis abuelos. No tuve esa dicha.

Mis padres se llamaban Rosendo y Julia. Eran de aquí. Mi padre tenía una fragua. Era el maestro que mejor hacía las hachas.

Fuimos cinco hermanos: Francisco, Piedad Gumersinda, Bernardo Crispiniano, Josefa y Cecilio.

### ESCUELA

La escuela estaba donde está ahora el ambulatorio. Estaban de maestros: Doña Alfreda, Doña Paquita, Don Federico, Doña Irene... Lo que sé, me lo enseñaron en la escuela.

---

1 La historia de su hermana Josefina Navarro Reina (1929) también se incluye en este libro.

En la escuela había un caño con su balsa y todo. Al entrar subíamos la escalera. Me acuerdo que al entrar el maestro, Don Luis, se ponía allí y nos decía:

— ¡Ale!, las manos.

Nos daba con el llavín, ¡pas!, y decía:

— A lavarse las manos.

Me quité de la escuela con quince años.

Más tarde, cuando me presenté a oposiciones de Correos, fui a la academia de un amigo unos meses.

## SACRAMENTOS

Me bautizaron, hice la comunión, me confirmé y me casé en la iglesia de la Puebla. También fui monaguillo.

## LA GUERRA CIVIL

Tenía catorce años cuando empezó la Guerra. La cosa ya se venía venir. Aquí se armó la revolución. Estaba en la calle un señor, Don Fidel González Olivares, el abuelo del señorito Manolo —que era..., en fin, no un *cacicón*, no— y se formó un jaleo, un jaleo, un jaleo, un jaleo, y de ahí salió la pelea. Esa noche fue lo más malo. Leonel, un guardia civil, había ido a casa de un amigo y, al bajar al cuartel, se formó un tiroteo en la puerta de la iglesia, en la calle Abajo, y lo mataron. Aquella misma noche fue cuando pegaron fuego a la iglesia. Nosotros, los monaguillos y todo el que pudo, saltamos una parata que había en el patio de la iglesia y salimos al campo. Mi madre llegó a casa a las dos de la mañana y me dijo:

— A ti a lo mejor te limpian.

Así que me fui con ella.

En esos momentos debía ser el alcalde Calisto Rioja, el padre de Pepe Rioja, que vive enfrente de la iglesia. O quizás lo era Felipe Sastre, el suegro de Guillermo Marín. El cura era Don Manuel Sánchez Cánovas. No lo mataron, lo echaron. Murió en Huéscar. Después lo trajeron y está enterrado aquí en el monumento ese que tiene la cruz.

Las cosas cada vez se fueron poniendo peor, hasta que estalló la Guerra. Aquí tiraron bombas. Cayó una bomba donde está mi hermana Josefina, porque el cuartel estaba más abajo.

Durante la Guerra, cuando mandaban los socialistas, metieron a muchísima gente en la cárcel y fusilaron a unos cuantos. Los sacaron al Viso<sup>2</sup> y ahí los fusilaron, entre ellos a dos tíos de Aguirre, los fusilaron a los dos. También mataron a una mujer de Almaciles. Se dice que le cortaron los pechos, pero eso habría que verlo. Al sacristán, Teófilo Martínez Lapaz, y al médico, José García Castillo, los trajeron los rojos —los caballistas— andando descalzos de la sierra.

---

2 Esa zona se la denomina el “Cerro de los muertos” debido a los fusilamientos que hubo en ella.



Los republicanos , cuando venían de permiso de la guerra, cantaban:

*Si me quieres escribir,  
ya sabes mi paradero,  
en el frente de Teruel,  
primera línea de fuego.*

Fue una guerra muy mala. En el frente había padres, hijos, tíos... Eso fue terrible. Durante la Guerra no se pasó hambre, pero cuando se terminó fue el hambre más mala que se ha podido pasar aquí. Había pan de ración. Decían:

*¡Viva Franco, que nos da pan blanco!  
¡Muera Negrín, que nos da pan de serrín!*

Después de la Guerra en el pueblo ya mandaba Franco. Se formó el *Frente de Juventudes*<sup>3</sup>. Yo fui jefe de centuria, para enseñar la instrucción y cosas de esas.

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili con veintidós años o así, después de la nevada [fotos 5 y 6]. Tuvimos que ir con bestias a Huéscar. Al llegar allí, me presenté y me dijeron:

—¡Hombre, ya está bien!, ¿no?, ¡ya está bien!

—Mire usted, es que ha pasado esto y esto —les expliqué.

—Sí, sí, si estamos informados. Vaya usted a la barbería a que le corten el pelo.

Pum, pum. Me lo cortaron al cero por no haberme presentado a tiempo. ¡Si no se podía ir! La nieve caía del tejado a la calle. No podías decirle a nadie buenas tardes, porque no lo veías. Cuando se quitó..., vamos, no se quitó del todo, sino que vino un brigada a hacer la visita al cuartel de la Guardia Civil y dijo:

—Lo mismo que yo he venido, vayan ustedes.

Entonces, nos llevaron con caballerías a Huéscar. De allí fuimos a Granada y después a Madrid. Fuimos juntos Pepe Rioja, uno que se llamaba Honorato y yo.

Aquello era grandísimo. Había muchos militares y muchos paisanos trabajando. Estuve de forjador con un maestro. Allí entraba un coche malo por una puerta y salía nuevo por la otra. La llamaban “primera base móvil”. Aquello no era un cuartel, eran pabellones. No tocaban la trompeta para llamar a comer. Golpeaban el disco de un coche, ¡pom, pom, pom!, y sabíamos que era la hora de comer.

Estuve muy bien. No hice guardias. Hacía sortijas para la novia. El carpintero te hacía una maleta y tú le hacías una sortija para su novia, pero con vista, no fuera el sargento y te viera. Mi maestro era mudo, ¡era listísimo!, un buen forjador. Me decía que, si venía el sargento, el me tocaba para avisarme.

3 De Falange Española.

**1. Carnaval.**



**2. En las Santas**

*Crispiniano, "el Sastre", Bienvenido, sus mujeres, hijos y amigos.*



**3. Crispiniano en el cortijo Don Diego con compañeros de correos y su hermano.**



En la mili no pasé hambre, porque el sábado bajaba a Madrid hasta el lunes. Había que estar en el cuartel el lunes cuando pasaban lista. Allí tenía un paisano, un vecino de mi quinta, que era ranchero. Allí tenía la teta de María. Volvía de Madrid con mi macuto cargado hasta la semana siguiente. Todavía vive su mujer. Me parece que está en Cúllar o en Galera. Lo pasé muy bien, muy bien, muy bien.

Mi padre me tenía lástima. Teníamos un pariente que era coronel, Diego de la Cruz, del cortijo *Jardín*, y mi padre me dijo:

—Ve a ver al paisano, ve a ver al paisano.

—Papá —le contestaba—, que yo estoy aquí muy a gusto, que estoy en una base con un maestro que es una eminencia.

—Bueno, pero ve a verlo —me repitió.

Yo no quería ir porque el tío era muy... —me lo decía todo el mundo. Pero, en fin, fui a verlo un sábado. Todavía no había jurado bandera. Estábamos todavía en el período de instrucción. Me acerqué a su casa —sabía la calle dónde era—, subí —parece que estoy viendo el pasamanos dorado—, llamé y salió la moza:

—Muy buenas. ¿Está Don Diego la Cruz? —pregunté.

—No señor, no está aquí.

—Mire usted, vengo a verlo. Dígale que ha estado aquí el hijo de Rosendo, el herrero.

De repente oí:

—¡Pasa, pariente!

Tenía el dormitorio al lado y estaba allí. Él tenía dicho a la moza que...

—¡Pasa, pariente! —repitió.

Pasé y yo, como si fuéramos paisanos, le dije:

—Muy buenas, ¿cómo está usted?

—Bien y tal. Bueno, ¿qué?, ¿dónde estás? —me preguntó.

—En la base de Torrejón —le contesté.

—¡Hombre!, ¿conocerás al capitán Cartagena? —me dijo.

—Pues, claro que lo conozco —le respondí.

—¡Yo voy ahí muy a menudo! —me comentó—. Entonces estás en el período de instrucción.

—Pues, sí señor —le dije.

—Hombre, sabrás presentarte a un general o a un cabo o a un sargento, ¿no?

—Pues, claro, sí que sé —le contesté.

—A ver si sabes hacerlo. Sal ahí.

Salí y volví a entrar:

—Con su permiso —le dije.

—Adelante.

—Se presenta el recluta Bernardo Navarro Reina.

—¡Muy bien!, ¡muy bien!, eso es. Siéntate.

¡Me cago en la madre que te parió!

Un día lo veo de lejos con el capitán Cartagena. Digo: “¡Leche, si es mi pariente. ¿Cómo podría encontrarme con ellos?”. Me di la vuelta, cogí por una esquina y me crucé con ellos.

—¡Hombre, pariente! —me saludó—. Cartagena, éste fue el que te recomendé, ¿estamos? —le dijo al capitán.

—Está, muy bien —respondió Cartagena.

—¿Qué fiesta viene ahora en el pueblo? —me preguntó a mí.

—La Virgen Santa —le contesté.

—¡Qué!, ¿hay mucho trabajo? —me dijo Cartagena.

—Sí, señor —le respondí.

Total, que no pasó nada. Pero a la hora de la comida escucho al cabo que grita mi nombre :

—Bernardo Navarro Reina.

—¡A sus órdenes! —contesté.

—Tome, el pasaporte para irse de permiso.

¡Un mes!, ¡un mes! Era así.

Yo hice el período de instrucción allí. Llegamos, nos formaron y nos dijeron:

—Vamos a ver, supongo que aquí habrá alguno que haya estado en el Frente de Juventudes. El que haya estado que levante la mano.

Estábamos tres: dos de Granada y yo.

—Bueno, vosotros ya sabréis alguna instrucción de afiliar a los *flechas*<sup>4</sup> —nos dijo.

Total, que el sargento empezó a nombrarnos:

—Vamos a ver, usted —Rafael Rodríguez Gijón, se llamaba—. Nada. Antonio Pozo Blanco. Vale, muy bien. Bernardo Navarro —yo me estaba quieto—. ¡Ah!, amigo, sí, señor, usted sí, este sí, este sí. Bueno, desde mañana ya sabe que estaré aquí con usted a ver si sabe. ¡Vamos, si usted tiene que reengancharse aquí en el ejército, hombre!

No me reenganché por la cosa esa de “mi pueblo”, “mi padre”, “mi novia”, “mi tal”, que si no, yo me reengancho. El ejército me gustaba mucho.

Luego vino el teniente. Yo ya sabía lo que tenía que hacer. Los formé y , cuando llegó a mi altura, grité:

—¡Firmes, ar! ¡A sus órdenes, mi teniente!

Estuve tres años en la mili, menos tres meses, tres años en el mismo sitio, ya no me despegué de allí. Estuve muy a gusto allí. Y con mi comandante, que me dio el mes de permiso, mejor. Mi padre estaba tan contento. Me dijo:

—Ves, ¿no te lo decía?

## CÓMO SE HIZO CARTERO

Mi padre era un hombre muy trabajador y quería que sus tres hijos trabajaran con él en la fragua. Las dos niñas, mis hermanas Josefina y Piedad, trabajaban aparte, eran modistas. Pero, claro, aquello no daba para todos. Yo dije: “Esto no es para mí”. Mi padre me tenía una lástima grande. Decía:

—El chico. Éste no va a poder tirar del martillo, no sé qué, no sé cuánto.

Total, que mi hermano Cecilio, que era menor que yo, dijo:

—Yo, ¿sabes a dónde me voy a ir? Al garaje de Manolo a aprender.

4 Miembros de la sección juvenil de Falange Española.

—Pues yo tengo que tomar otro camino, el que sea —dije.

Durante la Guerra, el tiempo que mi hermano estuvo en la guerra, pasaba por casa el cartero, y yo le decía:

—Ésa carta es allí. Esa otra allí. Ésta a la vuelta, en el número dos.

Y a otro día otra vez, venga. Un día me dijo el cartero:

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí —le contesté.

Así empecé en correos. Se terminó la Guerra y yo seguí en correos<sup>5</sup>. A los veintisiete años me hice cartero rural. Después de hacer la mili fue cuando ingresé en correos. El administrador de correos, para que me dieran el puesto en propiedad, me preguntó:

—¿Tienes relaciones con el alcalde?

—Sí, es amigo mío.

El alcalde era Don Miguel Bañón [foto 4]. Le dije:

—Mire usted, pasa esto y tal.

—Nada, no te preocupes. Esto lo hacemos nosotros.

Total, que hicimos un chanchullo y se mandó a Granada. Concedieron un puesto de cartero y me nombraron a mí. Don Miguel me dijo:

—Bueno, ¿te ha salido eso?

—Muy bien —le dije.

—Pues nada, me alegro.

—Don Miguel, tal...

—Nada, hombre, nada.

Yo repartía en el pueblo. A *Reolid* no iba, ni muchísimo menos. Por allí pasaba el cartero rural, que iba por el campo. En el *Santo Ángel* repartía el cartero del barrio del Ángel...

A mi primo Miguel<sup>6</sup> le dije:

—Va a haber una plaza en la *Toscana*, ¿te interesa?

—Si lo hubieras dicho antes —me contestó.

—Mira que tengo otro, pero te lo digo a ti porque estás acostumbrado a ir con tu bicicleta a afeitarse por ahí y de paso...

—No, yo no.

Entonces se lo dije a mi amigo Morante:

—Ángel, hay esto y no lo dejes.

—¡Cómo lo voy a dejar!, ¡ni mucho menos! —me respondió.

El cartero que había se iba a jubilar y, dos meses antes de jubilarse, le pasó un sueldo y empezó a salir a repartir.

Teníamos un uniforme de cartero, una especie de guerrera, pero casi nunca nos lo poníamos. Nos lo poníamos cuando venía la inspección. Nos avisaban de Granada diciendo:

5 “Correos entonces estaba donde está la antigua farmacia, en la calle Ramón y Cajal, más abajo del Sindicato. Enfrente estaba la tienda de Pepe Cancú”.

6 Miguel Martínez Reina, esposo de Carmen Martínez Martínez.

—Mañana va paquete.

Y ya sabíamos lo que era.

El Morante, que era muy vivo, para justificar que allí había mucho servicio, escribía cartas a personas de la *Toscana*, para sacarlas si venía la inspección. Había otro cartero en *Bugéjar*, que tenía que enlazar con Morante. Él traía el correo de *Bugéjar* y el suyo para el pueblo. Morante se hizo allí el amo.

## LA VISITA DEL INSPECTOR

Le hice un favor —vamos, una obligación— al administrador de correos, Elmiro García López, que murió hace seis o siete meses. Era un buen amigo mío. Nos denunciaron —uno del pueblo, quien fuera—, porque él se iba a Caravaca a la fiestas y yo me quedaba de jefe. A él por irse y a mí por alcahuete, a los dos.

Un día salí a repartir. El otro cartero estaba de vacaciones. Yo salía a repartir por los alrededores antes de abrir la oficina. Cuando llegué a la oficina, había allí un señor. Al coger las llaves para abrir, sacó su cartera: “Don fulano de tal, subinspector provincial de Albacete”. No era de Granada, porque entonces habrían mandado “paquete”. Se me cayeron los palos. ¡Menudo paquete se formó! Menos mal que, cómo dicen, “el que fue cocinero y luego fraile, bien sabe lo que pasa en la cocina”. Eso pasó conmigo allí.

—¿Y el jefe?, ¿dónde está? —me preguntó.

—No está —le respondí.

—¡Cómo que no está!

—No, señor, no está.

—Pero, ¡cómo que no está! —volvió a repetir—. ¿O es que usted lo quiere ocultar?

—¿Yo? Yo no quiero ocultarlo. Ésta es su vivienda, así que usted suba.

—¿Y cuándo vendrá? —me preguntó.

—Ah, yo no lo sé, a mí me ha dicho: “Voy a hacer una operación de banco”.

Ellos estaban autorizados a salir a hacer cartillas y tal. Pero él no había salido a hacer cartillas, se había ido a las fiestas de Caravaca.

—Bueno, usted va a hacer el favor de darme, si sabe... ¿Usted es cartero oficial o auxiliar? —me preguntó.

—Cartero urbano —le respondí.

—Muy bien. ¿Sabría usted darme lo que yo le pida?

—Usted hable por su boca, que yo le daré todo lo que me pida.

—Deme el balance de ayer. Deme usted la última imposición en la Caja Postal.

—Tome usted.

—¡Está usted empapado! —me dijo.

—Oiga, mire usted, estoy sin desayunar. Mi casa es aquella. Voy y, enseguida, vuelvo.

—Enseguida se va usted.

Sabía que no me iba a dejar salir, porque hubiera llamado al jefe. Pero todo tiene apañío en la vida. Entonces llegó el cura, Don Cayetano, y vio el panorama.



4. Autoridades civiles y eclesiásticas detrás de los cascaborras. Don Miguel Bañón, el obispo, Don Manuel (sacerdote a la derecha del obispo) y Don Antonio Rodríguez (sacerdote a la izquierda de Don Miguel)



5 y 6. Nevazo en la Puebla

—¿Me da el correo? —me preguntó.

—Ahora mismo —le respondí.

Fui a la mesa, cogí un papel y escribí: “Llame a Elmiro. Inspección”

—Tome usted —le dije.

Ya no necesitaba ir a desayunar.

—¿Y dónde ha ido el jefe? —volvió a preguntarme el inspector.

—Ya le he dicho a usted antes que no lo sé. Si lo supiera, le diría: “Se ha ido a tal sitio y puede venir dentro de una hora o media hora”.

Al cabo de un buen rato, apareció el administrador. En lo que le dieron mi mensaje, cogió dinero, le dieron un papel firmado por otro e hizo el viaje, pasó más de una hora. Entró y dijo:

—¿Se puede? —con lo curiosos que son los de Caravaca.

—Adelante —contestó el inspector.

—Crispi, toma. Cuenta este dinero —me dijo.

Cogí y lo conté: pa, pa, pa...

—Si no me he equivocado, hay un millón de pesetas —le dije.

—Sí, lo mismo. Déjalo en la caja.

No pasó nada. Hablaron entre ellos y el inspector le dijo:

—No te voy a pedir ningún papel. Ya me los ha dado él —refiriéndose a mí—. Es un señor funcionario.

—Por eso lo tengo aquí, porque es muy buen funcionario —le dijo Elmiro—.

Si no, no me hubiera ido.

—Usted es un buen funcionario —me dijo el inspector—. No le puedo pedir más. La visita ya la he hecho.

Antes de que regresara el administrador, había revisado la caja. Me preguntó:

—¿Y la llave de la caja?

—La tengo yo.

—¡Ah, sí!

—No ahora. Yo llevo la caja y no pasa nada en esta oficina, nada, en absoluto.

Abrí la caja y dijo:

—Pues aquí falta dinero.

—Aquí no falta dinero —le dije.

—¡Cómo que no!, si en el balance dice que debe haber esto y no está.

—Es que vino un buen cliente y, como el banco estaba ya cerrado, le di el dinero que había en la caja.

—¡Ah!, ¿es ese es el cheque que le ha dado...? Bien, bien.

Más tarde trasladaron a Elmiro a Caravaca. Cada vez que iba a verlo allí, me decía:

—Crispi, cuéntale a esta gente lo que hiciste conmigo.

—Que tengo mucha prisa —le decía.

—Si tienes prisa, te aguantas. Vamos a tomar un café

Les contaba el caso y decían:

—Si no lo veo, no lo creo. Elmiro, ¿esto fue verdad?



—¡Cómo!, ¿que si fue verdad? ¡Y tan verdad! —les respondía.

—Pues le rezarás al santo todos los días.

Si lo pillan, lo desguazan. Envidias que hay en la vida y mala leche.

Todas esas cosas.

## EL ROBO DEL SERENO

En la calle Ramón y Cajal tenía su tienda Pepe Cancú. El hombre iba a dormir a su casa, pero a otro día, cuando volvía, notaba que pasaba algo. Decía: “Aquí han tocado. Parece que han tocado el dinero”. A otro día: “Esto no me gusta”. Total, que ya hizo su contabilidad y dijo: “En efecto. ¿Quién será?”. Fue a la Guardia Civil y les dijo:

—Mire usted, pasa esto.

—¡No me diga!

—Llevo un tiempo detrás, hasta anoche mismo, que dije: “ya no más”.

—Bueno, ¿sabe usted lo que vamos a hacer? Vamos a ir la pareja allí con usted a ver si esta noche va.

Y, en efecto, fue. Era uno de los serenos.

Antes había dos serenos. Iban por las calles y decían: “Ave María Purísima, las siete, sereno y nubló”. Llevaban su pica para andar y tenían una llave que abría las puertas. Aquella noche el sereno entró con su llave dentro de la tienda de Pepe Cancú, a oscuras.

—¡Alto! —le gritó la pareja.

—¿Y eso por qué? —les dijo

—¿Cómo que por qué? —dijeron los guardias.

—Yo he oído gente aquí y mi obligación es ver lo que pueda pasar —les contestó.

Mira si fue el tío listo, pero no le valió. Lo pillaron.

## CÓMO SE DIVERTÍAN

Nosotros pasamos una juventud muy buena, aunque sin un duro. Éramos un grupo de amigos: Manolo el “Pinoto”, Bienvenido, Moisés, el “Sastre”, el Calisto, sus hermanos, mi hermano, Jorge y yo [fotos 1, 2 y3]. Quedamos tres: Bienvenido, Pelayo y yo.

Teníamos una orquesta. El “Sastre” tocaba el saxofón y yo la batería. ¡El “Sastre” era lo más grande que había en la *Puebla*! Los instrumentos eran del ayuntamiento. La batería fuimos a comprarla a Murcia.

Nos divertíamos mucho y sin un duro. Echábamos música a nuestras novias. Íbamos a cualquier sitio y se juntaba mucha gente para bailar. Entonces no había otra cosa. Decíamos:

—¡Venga, vamos a hacer unas migas!

Y hacíamos unas migas.

—¡Vamos a hacer tortas fritas!

Pues tortas fritas.

El día de San Antón, por ejemplo, íbamos los novios, las novias y los amigos a por bojas para hacer el castillo<sup>7</sup>. Decíamos: “¡El que no traiga renta, no se calienta!”. Hacíamos patatas asadas, bailes... Me he divertido mucho.

## NOVIAS

Esta es una profesión<sup>8</sup> muy buena para las tías. Me gustan mucho, ¡a morir!, un vicio, como el que es borracho, igual. He tenido novias muy buenas.

Mi primera novia fue la Josefina. Éramos zagales, muy jóvenes. Luego tuve otras. Cuando me fui a la mili tenía una novia muy apañada y muy guapa pero, claro, el Crispi no venía y ella tenía falta de novio, así que dijo: “Estoy harta”. Cuando me fui, su familia me despidió llorando. Ya estaba en familia y bien metido, aunque a mí me gustaba más en la puerta que en la casa, porque allí en la puerta era otra cosa.

Me fui a la mili y nada, muy bien. Pero un amigo de la panda me escribió: “Amigo Crispi: pasa esto, he visto esto, esto, esto”. Por debajo cuerda estaba escribiéndose con otro. Vine de permiso, y yo iba a correos a ayudar. Un día llegó una carta del otro novio. Las cartas no venían a nombre de ella, sino a nombre de una prima. Se las daban a la prima y ella sabía quién era. Total, que dije: “Bueno, te acordarás de mí o no soy un tío”. Mi padre me dijo:

—Crispi, Crispoli, no quiero verte de la plaza para arriba, ni un paso.

—No te preocupes —le contesté—, que no se reirán de mí. ¡Esa no se ríe de mí por la madre que me parió!

—No te digo nada, que no se rían de ti —me dijo mi padre.

Junté a mis amigos y les dije:

—Señores, voy a hacerle esto.

—¡No me digas! ¡Muy bien hecho! —me animaron.

—Me esperaréis en la placeta de la Cava, que pasaré con ella por allí.

Fui a hablar con ella y le dije:

—¡Vámonos! ¿Te vienes conmigo esta noche? Te vienes y ya novia. ¿Te vienes?

—¿Y si no nos dejan entrar en tu casa?

—¡Cómo que no! Mi padre me deja a mí entrar allí, hombre, ¡vamos!, si no ya buscaré casa, tú no...

Aquella noche llegamos a la placeta y los otros estaban en vilo. Dije:

—Señores, ya está aquí el circo. Aquí está mi señora novia, que es una sinvergüenza. Ahora que pille y se vaya a su casa.

La acompañé un poco y le decía:

—¡Eres una tal, una cual! ¡A/a, a tu casa!

Yo soy de las personas que el querer, es el querer. Y ésa tenía más razón de ser, de respetarme, porque hubo mucho que hacer, hubo mucho, y hoy estoy tan contento. Esto lo sabe todo el pueblo.

7 Hoguera.

8 Cartero.

Un tío suyo bajó a mi casa y me dijo:

—Venía a que le dieras las fotografías, no sé qué, no se cuántos.

—Cuando me entregue a mí ella las mías, yo le entregaré las suyas.

Usted no se preocupe.

Su padre, que me quería con locura, me dijo:

—Eso que has hecho, que tal, que no sé qué.

—¿Usted se acuerda un día que estaba golpeando la puerta? —le dije.

—Sí, me acuerdo.

—Entonces estaba yo dentro con su hija.

Así mismo se lo dije, para que supiera que lo había hecho con una justa razón, porque yo allí era ya un hijo más, era de la familia. Estuvimos mucho tiempo de novios. Esa no se reía de mí, porque era una..., ¡coño! A ver si encima iba a tener que llorar yo. La que tenía que llorar era ella. Yo no me había portado mal con ella. Su madre, la misma noche que me la llevé, pasó y yo estaba con ella. Al final se fueron de aquí.

Entonces no había esa maldad que hay, eso no. Había un respeto. Las mujeres tenían que estar muy en su sitio. Ibas a un baile y no podías sacar a una que tuviera novio. Te decía:

—No bailo.

Si bailaba, estaba condenada. Si discutían, ella se iba con otro y ya está. Pero eso de poner los cuernos antes de tiempo, ni hablar, nada de eso.

Después tuve otra novia muy guapa, guapísima, pero no me iba mucho y también la dejé.

Mi mujer<sup>9</sup> fue la última. Estaba cosiendo en casa del “Sastre”, en casa de mi amigo. Ahí cosían y yo la veía. Nos llevamos seis años de diferencia. Empezamos a hablar en la puerta de su casa. Como yo tenía fama de mujeriego, su familia no quería. Una vez estábamos hablando y le dijeron:

—Entra, que es un sinvergüenza.

—Por decirlo, ahora te vas a quedar aquí —le dije yo.

—No, no. Por la reja —me dijo ella.

—No hay reja que valga. Ya habrá tiempo de rejas —le dije yo.

Luego entré en su casa. Estuvimos cuatro o cinco años de novios.

## BODA

Me casé el día 25 de diciembre<sup>10</sup> por la tarde, en plena Pascua. Me casé con veintinueve años y ella entonces tenía seis años menos. Nuestra boda fue como se hacían entonces, en familia. No estaba la vida para tirar, esa es la verdad.

Pasamos la noche de bodas en una casa que tenía yo de alquiler en la calle Huéscar. “El que se casa, a su casa”. Mis padres por la mañana nos trajeron chocolate.

9 Marciana Valcárcel Aguirre (1928)

10 Se casó el 25 de diciembre de 1951.

## OTROS TRABAJOS

Estuvimos tiempo en la casa de la calle Huéscar de alquiler. Después hice la casa en la que vivimos ahora. Hace cuarenta y tres años que tengo esta casa. De cartero ya estaba en otra posición. También llevaba un banco. Un amigo mío puso en la plaza una sucursal del Banco Español de Crédito de Caravaca. Yo repartía el correo y llevaba mi carpeta con las letras. Iba al comercio y decía:

—Toma, la letra, la cuarta.

Les llevaba la contabilidad a los Marines. Estuve muchos años trabajando, muchos años. He trabajado mucho. Les he dado carrera a mis hijos, he comprado un piso en Murcia e hice esta casa. Eso no se hace robando, se hace trabajando mucho. Iba a casa de los Marines a trasnochar por un duro. Ahora, con el duro compraba mi mujer un kilo de carne de esos de categoría. Cuando hice la casa, pagaba a los albañiles todas las semanas. Me dijo el maestro, el “Chanarro”, un hermano de Isidro:

—Crispi, eres el primero que ha pagado todas las semanas.

Me costó hacer la casa doscientas mil pesetas de aquel tiempo. Me llovían los regalos. Uno me traía piedra, otro cemento, los carpinteros me hacían una cosa... Porque yo había hecho con todos los clientes lo que había podido. Hasta el notario me hizo la escritura gratis.

## EL NOTARIO QUE LE HIZO GRATIS LA ESCRITURA DE SU CASA

El que me hizo la escritura era muy amigo y de la panda. Estábamos un día en *La Montes*, llegó y nos dijo:

—¿Soy incompatible con ustedes?

—Don José, señor, siéntese usted, hombre —le dijimos.

—Es que, miren, me gustaría hablar con ustedes un día tranquilamente.

Dicen que se pasan una vida estupenda, que no sé qué, que hacen ustedes migas, que hacen ustedes no sé cuánto. Y, bueno, me gustaría ser uno más. Bueno, ¿aquí quién es el capitán?

—Crispi, que es el mayor —dijeron todos.

—Bueno, pues nada.

Sacó el talonario de cheques y escribió: “Páguese al portador mil pesetas” —mil pesetas en aquellos tiempos, ¡mucho cuidado!

—Bueno, Don Antonio, para el domingo, ¿vale? —le dije.

—Vale.

Fuimos a Huéscar, a *Bancalejo*. Compramos en Huéscar el pescado —también pusimos nosotros dinero. Después nos dijo:

—He sido más feliz que la reina de Inglaterra. Lo he pasado divinamente.

Hasta otra, que se prolongará muy pronto.

Cuando llegó el momento en que tuve que hacer la escritura, se lo dije. Me dijo:

—Búscate dos testigos que firmen.

Uno fue Fermín, que también era buen amigo.

En fin, terminamos de hacer la escritura y le dije:

—¿Qué le debo?

—Me debes estos papeles que hay aquí —me contestó—. Cógelos, toma.

Era que rifaban el marrano de San Antón. Entonces se echaba por el pueblo un marranillo para el día de San Antón. Pasaba por las puertas de las casas y la gente le daba de comer. Luego lo rifaban.

Contó las papeletas:

—Uno, dos, tres,... —hasta diez papeletas—. Diez duros me debes —me dijo

—Tome.

—Así que ya sabes —me dijo—, estamos en paz. ¡Que nos toque el marrano, eh!

—Si no nos toca —le dije—, ya compraremos de ese tierno, bueno.

Era estupendo, muy bueno, muy buen amigo. Era uno más. Lo dijo él: “Yo quiero ser uno más”.

Otro día estábamos en *La Montes* y llegó el notario ya tarde. Vino el camarero, Germán, y le dijo:

—Don José, ¿qué va a tomar usted?

—Lo que tienen estos hombres —le contestó.

El camarero le puso un vaso y le dijo:

—¿Y de aquí? —señalándole la tripa.

—¿De aquí? Yo como en mi casa —le contestó.

Lo dejó listo. El otro lo trataba de comilón. Él era el notario.

## EL ENCUENTRO DE PACO ZARANDA CON EL JOVEN NOTARIO

Después vino un notario muy joven. Era un crío. Un día le dice al oficial que tenía, que era muy amigo mío:

—Oye, me puedes presentar a este señor —refiriéndose a Paco Zaranda<sup>11</sup>— para que lo conozca.

—Sí, sí señor. Cuando usted quiera.

Con que llega una mañana Paco Zaranda a la notaría, entra y dice:

—¿Da usted su permiso?

El notario ya sabía que iba a ir muy mal vestido.

—Pase, pase —le contestó el escribiente—. Don Antonio —dijo dirigiéndose al notario—, este es el señor que usted quería conocer.

—¡Hombre! —el notario lo saludó—. Mire usted, lo he llamado porque me gustan los contratos que hace usted. Están muy bien hechos. ¡Sí, señor, muy bien hechos! Sólo quería saludarle. Nada más que era para eso.

11 “Paco Zaranda era un señor que se dedicaba a hacer los contratos de compra-venta de propiedades”.



7. Bernardo y Marciana.

—Pues, mire usted, como aquí hay muy pocas casas que tengan escritura, entre ellas la mía, ya que estoy aquí quisiera pedirle que me haga la escritura de mi casa.

—Mañana mismo me trae usted los datos y la hacemos —le dijo el notario.

Le hizo la escritura y Paco Zaranda le dijo:

—¿Qué le debo a usted?

—Nada, ¡hombre! —le contestó el notario—. En algo se tiene que conocer que somos compañeros.

Y no le cobró nada.

Los notarios piden la partida de nacimiento para cualquier cosa que tengas que hacer y pasan por correos. Yo le llevaba los giros de las partidas y todo lo que pedía. Me decía:

—Crispi, llévate el dinero y hazme un reparto, que no tengo tiempo para atenderte.

Lo que sobraba me quedaba de propina para mí. Don Antonio Torrente Secorum. Era así. Un niño.





# ALEJANDRO MARÍN MUÑOZ

## (1922)

Alejandro nació el 24 de febrero de 1922 en Puebla de Don Fadrique. Es un hombre emprendedor y con una profunda fe religiosa, al que le ha gustado vivir. Fue testigo durante su infancia y primera juventud de las luchas de poder que hubo antes, durante y después de la Guerra Civil. Sus primeros relatos muestran una galería de personajes locales de aquella época: el médico y su esposa, el maestro, el secretario del juzgado, algunos milicianos, el cura, así como varios miembros de su entorno familiar o vecinal. Su padre tenía una sombrerería y fue encarcelado al comienzo de la Guerra. Describe con bastante detalle cómo se hizo cargo de la tienda de su padre y la fue transformando progresivamente en uno de los comercios locales más prósperos, el bazar San José. Se casó con treinta años. Entonces puso su propio negocio y empezó a formar una familia. A través de sus narraciones podemos ver también cómo eran las relaciones entre hombres y mujeres, así como los lugares y tiempos en que podían establecerse. Otro de los temas que aparece en varias de las narraciones es la enfermedad y las formas de curarla.

## HISTORIA PERSONAL

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi tatarabuelo por parte de madre tenía comercio de hierros. Vendía hierros. Iban a Calasparra a traerse en un carro el hierro, que venía de Cartagena. Gastaban dos días para ir y dos días para venir.

No conocí a ninguno de mis abuelos. Los abuelos por parte de mi padre habían muerto antes de nacer yo. Mi abuelo materno se tuvo que ir a América, por las rivalidades de la política, tres meses antes de que naciera mi madre. Había aquí entonces un cacique del pueblo y la tomó con mi abuelo. A los tres meses de irse, mi abuela dio a luz a mi madre y murió en el parto. Mi madre se quedó sin padre y sin madre. Un tío abuelo mío, que estaba soltero, la recogió.

Este tío abuelo vivió con nosotros toda la vida. Se llamaba Alejandro igual que yo. Murió a los noventa y tres años. Cuando yo tenía unos diecisiete años, dormía en la misma habitación que él para llevarlo al servicio y para limpiarlo, pues el hombre ya no se podía valer. ¡Tantas veces lo tuve que limpiar! De mi casa no conocía a nadie más que a mí. “A mi Alejandro”, decía. Él creía que estábamos en casa de mi madre, en una posada y me decía:

—Alejandro, ¿has pagado a la posadera? Hay que ver qué buena es, qué bien se porta con nosotros.

Y ya una noche el *pobretico* murió. Lo tuve que lavar y vestir yo, porque mi padre estaba entonces en la cárcel por las cosas de la Guerra. A mi hermana le daba reparo. Así que lo tuve que hacer yo todo.

Mis padres eran maravillosos, eran divinos. Mi padre era comerciante. Tenía nada más que zapatos y sombreros. Murió a los sesenta y cinco años, porque le hicieron una operación de estómago y, por causa de la operación, tuvo una embolia en una pierna y se la tuvieron que cortar. Fue una cosa malísima. Era un hombre muy religioso y nos educó muy bien. Quizá al peor que educó fue a mí.

Hemos sido siete hermanos: tres mujeres y cuatro hombres. Han muerto tres y quedamos cuatro. El más pequeño ha sido el mejor de todos. Para mí ha sido un hijo. Mi madre me decía:

—¡Venga!, mece a Pepito —que le llamaban, y todavía le llaman con setenta y dos años que tiene, Pepito Marín.

Y yo lo mecía. Yo lo crié, más que como hermano, como si fuera un hijo. Además, es buenísimo y muy inteligente.

## JUEGOS

Cuando era niño jugábamos a las bolas, a las canicas que se llaman ahora. También jugábamos a los trompos, al *pitole*, al salto a la bacalada, a la pelota...

Antes los juguetes nos los hacíamos nosotros mismos. Yo tenía un amigo que era muy habilidoso. Era el número uno para eso. Mi padre tenía un comercio de calzado y sombreros, y con las cajas de sombreros se las llevaba y hacíamos un carro. Hacíamos los caballos que iban tirando del carro.

Cuando tenía diez o doce años, mi padre hizo de una caja de la leche condensada un carrito: a una cajita, que no era muy grande, le puso unas ruedas. Cogía a mi hermano pequeño y lo paseaba en el carrito. Una de las veces iba tirando con él, sacó la mano y se le chafó el dedo pequeño. Todavía se le nota, y ya tiene setenta y tantos años.

## DON CONRADO, EL MÉDICO

El médico, Don Conrado, era el abuelo del farmacéutico que hay ahora. Ese hombre llevaba un sombrero de aquellos que iba retorcida el ala. Iba siempre con su sombrero y su bastón. Me acuerdo yo de verlos pasar con su señora por mi casa. Nosotros vivíamos en la plaza, a la entrada. Allí teníamos la tienda y la casa. Como vivíamos en la planta de abajo, mi padre sacaba sillas para mi madre y para él, y siempre ponía una o dos más. Nosotros éramos pequeños y nos sentábamos en la acera. Allí pasábamos un rato. Me acuerdo de estar yo en la acera ahí sentado y pasar Don Conrado con su señora Doña Celestina. Se trajo una granadina. Ella era una preciosidad, ¡qué guapa!, ¡qué graciosa! y ¡qué de todo! Don Conrado era un hombre muy serio. Pasaba, se quitaba el sombrero y decía:

— Buenas noches.

— Buenas noches, Don Conrado. ¿Quieren ustedes sentarse y tomar un trago de agua del porrón? —le decía mi padre.

— Sí, vamos a sentarnos —decía Doña Celestina, porque él era muy tieso.

Se sentaban y estaban allí hablando un rato. Aquello era la gloria.

## DOÑA CELESTINA, LA MUJER DEL MÉDICO

Doña Celestina iba todos los días por la mañana a misa y, al salir de misa, se pasaba por la tienda:

— Buenos días — saludaba.

— Buenos días, Doña Celestina — le decíamos.

Cuando la veíamos nos daba una alegría, porque era la gloria. ¡Qué educada y qué cariñosa!

— ¿Qué habéis traído nuevo? — nos preguntaba.

— Pues mire usted, hemos traído esta colonia.

— ¡Ay!, mira qué bonita.

— Y vea usted qué medias hemos traído.

Le enseñábamos todo lo que había, más que para que comprara, para que no se fuera. Y, al despedirse, decía:

— Bueno, pues otro día pasaré por aquí.

— Hasta que usted quiera, Doña Celestina.

A los pocos días volvía. Vamos, casi todos los días nos hacía una visita. ¡Qué mujer más graciosa! Tenía ese habla andaluza tan bonita.

## LA CARRERA DE CINTAS DE ORCE

La tienda de mi padre era de calzado y se vendía poco. La gente se hacía alpargatas. Los zapatos se compraban cuando venían a confesar, y un sombrero lo mismo, un sombrero se lo compraban ya en la Semana Santa o algo de eso.

Mi padre tenía un sombrero negro y un traje negro y en todos los entierros, sea de quien fuera el entierro, se ponía su traje negro y su sombrero negro. Toda la gente iba con sombrero. ¡Había un respeto a esas cosas que para qué! Ahora la gente va hablando de cualquier cosa y de cualquier manera.

Como la tienda no daba, mi padre iba a la feria de Orce todos los años. Por llevarnos y traernos en un carro con dos mulas, nos cobraban doce pesetas. Yo ya iba con él con siete u ocho años. Por cierto, con nueve o diez años iba yo a la feria allí, en fin, y pedí una bicicleta prestada porque hubo carreras de cintas. Estábamos allí tres o cuatro días, porque mi padre tenía allí un taller, y le dije yo que a ver si pedía una bicicleta a alguien. Pidió la bicicleta, salí en la corrida de cintas y me llevé la de la miss del pueblo. Aquella noche bailé con ella. Estaba de novia con uno que después fue veterinario y ha sido muy amigo mío. Me vio bailar y anda que no disfruté. Hoy, cuando veo a mis nietos, que tienen ya diecinueve años y vienen aquí y se aburren, yo los mataba. Yo les digo:

— ¿Pero a vosotros no os da vergüenza, con las chicas que hay por ahí?

El malagueño, que es más gracioso que todo, me contesta:

— No, no, estas a mí no me gustan.

— Tú es que tienes más miedo que...

Yo iba a cualquier sitio y me echaba una novia. Fui a Alcantarilla, estuve allí dos días, y me eché allí una novia que se llamaba Dolores Marín Romero, igual que mi mujer. Cada vez que iba allí ya tenía con quien estar. Pero ahora la gente no tiene alegría ninguna, ni tiene fe tampoco. Los hijos que se crían con fe,

aunque la Iglesia sea mala, que tienen fe en una cosa, esos tiran para adelante como sea. Pero ahora les da lo mismo ir a misa, ir al sermón o bailar. ¿Qué se puede esperar de esa gente?

## DON MANUEL, EL CURA

Aquí tuvimos un cura que me amargó la vida. Yo he sido siempre muy religioso, desde que era pequeño. Pero me gustaban mucho las niñas y, claro, me tocaba el pito con mucha frecuencia. Entonces, iba a confesarme y el cura me preguntaba:

— ¿Cuántas veces?

— Tres —le respondía.

— Bueno, pues reza tres rosarios.

Claro, yo salía de allí y me iba a jugar con los niños y apuntaba, “tres rosarios”, para que no se me olvidara. Yo no he querido nunca deberle a nadie y menos al de arriba. Y, en fin, tres rosarios y tres rosarios... Así hasta que junté veintiséis rosarios. Ya no vivía yo. Así que un día cogí veintiséis garbanzos, me subí a la cámara y en el balcón de la cámara empecé pin, pin, pin, pin, un garbanzo, otro garbanzo, otro garbanzo, toda la mañana garbanzos, toda la tarde garbanzos, hasta los veintiséis rosarios. Así pasé yo la vida, amargado. Yo le pedía a Dios, hincado de rodillas, que me castrara, que me quitara a mí eso, porque yo no quería pecar. Y el cura venga a mandarme rezar. Hombre, no hay derecho a que le hiciera eso a unas criaturas, amargándoles la existencia.

## DON ALFREDO MIRANDA, EL SECRETARIO DEL JUZGADO

Antes de este Don Manuel hubo otro cura, que se llamaba Don Manuel Asensio. Vivía en la plaza y tenía dos sobrinas de veinticinco y veintiocho años, ya mayores, que no se casaban por viejas. Las sobrinas se reían de toda la gente del pueblo. En medio de la plaza había un café. Llegó uno que se llamaba Don Alfredo Miranda, que vino de secretario del juzgado. Traía un ricardito de aquellos, un sombrero de paja tieso, elegante. Llegó el hombre, se sentó allí y pidió café. Se quitó el sombrero y lo puso en el velador. Le sirvieron su café y las dos niñas empezaron a reírse de él desde el balcón de su casa. Hacían lo mismo con todos los niños que iban allí y, como eran las sobrinas del cura, nadie les decía nada. Don Alfredo se levantó, entró en el servicio, se sacó la picha y se puso el sombrero delante al salir, para que no lo vieran. Volvió a sentarse y, cuando las niñas volvieron a reírse, se quitó el sombrero. A partir de entonces, cuando lo veían cerraban el balcón y se metían para dentro.

Don Alfredo era un fresco, muy sinvergüenza. Tenía una o dos queridas. La mujer era hermana del cura de Huéscar. Eran gente muy rica de aquí de Huéscar. Todo sucedió en el tiempo en que los socialistas estaban aquí mandando. Vino él de secretario del juzgado y los puso a todos firmes. Por cualquier cosa los empapelaba. Venga multas. Los tenía jodidos a todos. Cómo lo llevarían de jodido, que tres del partido socialista dijeron:

— A este hay que quitarlo de en medio —y echaron a suerte a ver quién lo mataba de los tres.

Le tocó a uno que era practicante y barbero. Entonces cogió a uno que era carnicero, de aquí del pueblo, y le pagó para que lo matara. Don Alfredo iba casi todos los días con otros a comer o merendar al Coco, que era de uno que se llamaba Rufo, y volvían andando. Un día, al regresar por la tarde, le estaba esperando el carnicero achantado detrás del trigo que había sembrado en la finca *San Ginés* y, al pasar por allí, le pegó dos tiros en la espalda y se la hizo bicarbonato. Lo llevaron a Caravaca y estuvieron sacándole plomo, ¡yo que sé el tiempo! Bueno, al final no se lo cargaron.

## DON ELOY, EL MAESTRO

Los primeros maestros que tuve siendo niño fueron gente de aquí del pueblo, que sabían leer, escribir y hacer las cuentas.

Ya después vino un maestro joven, Don Eloy Martín Carmona. Me acuerdo de la primera lección que nos dio. Fue de historia de España. El hombre llegó y dijo:

—Bueno, como es la primera vez, hoy vamos a dar una lección de España.

Nos quedamos todos maravillados de lo que era España, de que había que ser buenos españoles...

Era un hombre bueno, discreto y muy recto. Sabía, pero nos tiraba de las patillas. Cuando algún niño hacía alguna cosa mala, decía:

—¡Fulanito, veinte líneas y a su sitio!

Entonces tenía que escribir veinte líneas de la libreta.

Todos los sábados teníamos exámenes. Nos examinábamos los unos a los otros. Empezaba por la punta de atrás. Cada uno le hacía tres preguntas al niño que tenía delante o al lado, y éste le hacía a él otras tres preguntas. Así hasta llegar al primero. Un día el examen era de gramática, otro de matemáticas, etc.

Estudiábamos todos los días. Yo no tenía nada más que una enciclopedia: *La Enciclopedia* de Dalmáu Carles, que era de primero, segundo y tercer grado. Yo estudié en esos tres libros<sup>1</sup>. En la enciclopedia vienen todas las materias tan bien explicadas, que quien alcance el grado superior, lo puedes dejar solo porque se defiende. Hombre, no tiene cosas del otro mundo, porque claro... Mis hijos han estudiado los dos. Mi hijo hizo la carrera de geólogo y mi hija es médica. Cuando habían ya hecho el bachiller, mi hijo todavía me hacía preguntas sobre cualquier cosa y yo se las contestaba. Me decía:

—Papá tal... —de lo que sea.

Bueno, al lado suyo no sé de nada, como es natural.

## EL DÍA EN QUE DON ELOY DIO REFUGIO AL “MORENO” EN LA ESCUELA

Antes de la Guerra, aquí había una Casa del Pueblo. Allí se juntaban todos los socialistas. Cuando tenían una reunión, tiraban un cohete. Cuando tiraban dos cohetes, toda la gente del pueblo —sobre todo los que no eran

<sup>1</sup> Dalmáu Carles, José. 1932-1936. *Enciclopedia cíclico-pedagógica*. Grado elemental, Grado medio y Grado superior. Gerona: Dalmáu Carles, Pla, S.A. Editores. Hemos encontrado ediciones de 1932 del volumen de grado medio, de 1934 de grado elemental y de 1936 del grado superior.

socialistas— cerraba las puertas, porque aquello era la ruina. Y cuando tiraban tres, se formaba una de mil demonios. Cogían con la garrota y al que pillaban le pegaban cuatro garrotazos.

Un día estábamos en clase con Don Eloy, cuando oímos ruido fuera y entonces entró un hombre. Se llamaba Ángel “el Moreno”. Era carpintero y amigo de Don Miguel Bañón. El pobre hombre llegó y se metió chorreando sangre en la escuela. Había un pilón de gente corriendo detrás de él. Le habían dado una paliza al pobre hombre. Nosotros nos tiramos todos abajo asustados. Entonces Don Eloy salió, porque iban a entrar allí, y dijo:

—Aquí no entra nadie, esto es un organismo y tendréis que pasar por encima de mí. El que entre aquí, mañana va a presidio porque voy a dar parte. De ahí para allá pueden dar las voces que quieran, pero aquí en la escuela no entra nadie.

—Entonces que salga ese —gritaron.

—Este señor no tiene por qué salir. No viene nada más que a refugiarse.

Allí no entró nadie. ¡Digo, iban a entrar! Don Eloy era un caballero y un tío que no veas. Era un socialista, un hombre de izquierdas.

Entonces es que había follones de esos todos los días. La Guardia Civil estaba en Almaciles, y venían con los caballos todos los días. Antes de la Guerra hubo un tiempo muy malo.

## LA PAREJA DE SOCIALISTAS

Los socialistas que había aquí eran muy revolucionarios. Había uno que era un capo muy grande. Era malo con todos, hasta con los socialistas. No me acuerdo del nombre. Tenía nombre de matón. Había otro chiquitín, que también iba todas las noches a la casa del pueblo. El primero llegaba y le decía al pequeño:

—Anoche estuve con tu mujer, me acosté con tu mujer —le insultaba malamente.

Los otros se reían. Todo el mundo le temía. Ya, una noche, el *chiquitillo* le dijo:

—Eso me lo dices tú aquí delante de la gente, pero no me lo dices a solas.

—¿Cómo que no te lo digo yo a ti a solas? Eso cuando quieras —le respondió el grandullón.

—Vente a las puertas de Caravaca —donde está la variante que tira para Caravaca— a ver si me lo dices allí.

Llegaron a las puertas de Caravaca, y el grandullón le pegó un tortazo al pequeño. Pero éste llevaba un revólver en el calcetín, lo cogió, le pegó un tiro en la cabeza y ahí lo dejó. Estuvo tres años en la cárcel, pero todo el pueblo se alegró, todo el pueblo, porque le temían todos. Lo que él decía era lo que iba para delante.

## CÓMO METIERON EN PRISIÓN A SU PADRE

Al empezar la Guerra, la Guardia Civil tomó el pueblo. Mi padre había estado aquí en el pueblo casi dos años haciendo la vida corriente con los rojos —que decían entonces. Mi padre jamás se metió en nada, nada en absoluto. Él

no ha sido ni de lo del ayuntamiento, ni de lo demás. Fue apolítico. Su tienda, sus hijos, su mujer y nada más. Mi padre era muy buen hombre. Y, de la noche a la mañana, se llevaron un camión de gente de aquí, porque entró otro alcalde del comité, un hombre que era bardado e iba arrastrado por el suelo. Le llamaban “el Arrastrado”. Un hombre muy malo, muy malo.

A mi padre le quitaron las tierras —a mi padre y a toda la gente. Una mañana llegaron unos milicianos a mi casa. Yo estaba todavía acostado porque eran las nueve o cosa así. Entraron allí con las escopetas y gritaron, mientras nos apuntaban:

—¡Ven, levántate! —estábamos todos asustados.

Y se lo llevaron. Cogieron un camión y se llevaron a toda la gente. El *pobretico* estuvo nueve meses en la cárcel. Yo iba de aquí a Huéscar a llevarle de comer. Iba y venía andando. Me tiraba cincuenta kilómetros andando, con diecisiete años. En fin, eso lo trae la guerra. Después hicieron cosas peores con los otros.

Después de que metieron a mi padre en la cárcel, uno me dijo:

—Vete, Alejandro, que te van a meter en la cárcel también a ti.

Entonces me fui a Santiago de la Espada<sup>2</sup>, a casa de una familia. Allí me daban de comer y de dormir y yo me iba con él a trabajar en el campo a ayudarle. De vez en cuando venía aquí. En fin, que aquello era una ruina y después fue más ruina todavía, que nosotros pasamos, pero los otros han pasado más que nosotros. Después, cuando vinieron los nacionales, metieron a gente en la cárcel, que era gente muy buena, que no tenían que haberla metido.

## ISIDORA Y LA FANEGA DE TRIGO

En mi casa pasamos mucha falta de pan, sobre todo cuando mi padre estuvo en la cárcel. Para llevarle de comer, había falta. Un día fui a la casa de la abuela de mi mujer, la tía Isidora [foto 2]. Todavía no estaba yo de novio con ella, ni mi hermano se había casado con la nieta. Aquello era un molino. Teníamos la amistad esa que se tiene en los pueblos, nada más. Fui con una mula. Llegué y estuve un rato allí. La Isidora me quería a mí para la otra hija mayor. Pensaba que mi mujer era muy joven para mí. Estuvimos allí hablando un rato. Total, que le dije:

—Mire usted, Isidora, que venía a ver si me vendía usted —como tenían un molino— cuatro o cinco kilos de harina, para llevarle a mi padre.

—Sí, hijo mío, sí, claro que sí.

—Cárgale una fanega de harina —le dijo al mozo que tenía.

—No, no, yo una fanega, no, no, que no, ni yo tengo dinero para pagarle a usted una fanega, que no —¿cómo le iba a pagar a esa mujer una fanega de trigo, si eso valía una fortuna?

—¿Cómo que no? Sí, hijo mío, sí, llévatela —y el mozo la cargó.

—Bueno, pues dígame usted lo que vale.

No recuerdo lo que valía, pero supongamos que yo llevaba diez o doce. Me diría:

2 Jaén.



1. Dolores en brazos de su abuelo Isidoro y su hermana Candelaria.



2. Madre de Dolores y sus abuelos.



3. Bazar San José.



- Bueno, te pondré ocho duros.  
— No, no, que eso no... — yo no quería traérmela.  
— De ninguna manera — me dijo —, si ese es el precio suyo de tasa. Hijo mío, a ti no te voy a cobrar precio de estraperlo. No, llévate — una fanega de harina. Isidora, ¡qué buena que era!

## FIN DE LA GUERRA Y EXCARCELACIÓN DE SU PADRE

A los nueve meses terminó la Guerra y echaron a mi padre. Nos cogió a mi hermano y a mí y nos dijo:

— Ojo con meteros con nadie, que a mí me han tenido...

— Es que a ti te han tenido preso — le dijimos nosotros.

— A mí me han tenido y ya he salido. Vosotros dejad a la gente y no os metáis con nadie, ni habléis de política. No hagáis daño a nadie — en fin, que era un hombre bueno.

Durante cinco o seis meses yo tuve una rabia. Estaba yo paseándome en la plaza con un amigo y vino uno de los que metieron a mi padre en la cárcel y me dijo:

— Hola, Alejandro.

— Quitate de mi lado, que tú eres un sinvergüenza — le dije.

— No seas así hombre, que ayer salí a la calle. Me han echado de la cárcel, he llegado y en mi casa no tenemos nada que comer. Mira a ver si tú me puedes dar algo.

Llevaría dos o tres pesetas. No llevaba más. Cogí el poco dinero que llevaba y se lo di:

— Anda, vete, que no te vea.

Yo no he sido... Nosotros no hemos sido... Y mi padre era mejor que nosotros cien veces.

## LOS SUICIDIOS DE LOS FALANGISTAS

Un primo de mi mujer era falangista. Era muy buena persona, pero un hombre muy exaltado en ideales. Después de la Guerra empezaron a mandar que si los requetés<sup>3</sup>, que si esto, que si lo otro, y Franco le quitó fuerza a la Falange. Don Miguel Bañón, que era el alcalde, lo tenía metido en el sindicato, pero por lástima. Un día el *pobretico* llegó y se pegó un tiro delante de la mujer y de las dos niñas que tenía. ¡Lo que trae la política! Era un hombre muy inteligente, muy listo, de cultura buena, y un día llegó y se mató. Otro que también estaba en el mismo sindicato, Don Miguel lo aburrió un poco y también se colgó.

## CÓMO SE HIZO CARGO DE LA TIENDA

Cuando tenía unos veinte años, estuve preparando unas oposiciones a policía secreta en una academia. Yo no tengo estudios, nada más que los primarios.

Mi hermano el mayor se hizo maestro de escuela. El plan de mi padre era hacer maestro al mayor para luego, con lo poco que él ganaba y lo que ganara

3 Cuerpo de voluntarios que, distribuidos en tercios, lucharon en la Guerra Civil en defensa de la tradición religiosa y monárquica.

mi hermano, poder dar carrera al siguiente —que era yo—, y así sucesivamente con todos. Pero ya empezó a enfermar y no estaba en la tienda. Entonces entré yo en la tienda y la fui ampliando hasta hacer el Bazar San José [foto 3], unos almacenes muy grandes en los que había de todo.

## CÓMO AMPLIÓ EL COMERCIO

Mi padre y yo íbamos de compras a Albacete y Valencia. Nos llevábamos cincuenta mil pesetas o por ahí, y con ese dinero traíamos varias cosas. Porque mi padre, si no llevaba dinero, no compraba nada. Hasta que en uno de los viajes le dije:

—Pero papá, ¿qué vamos a hacer aquí con esto? Apenas da para vivir.

Y me contestó:

—Si es que yo no entiendo de las otras cosas, de ferretería... —no teníamos todavía ni ferretería ni nada.

Yo tenía entonces diecinueve o veinte años. Fuimos a Albacete. Allí estaba Fontecha y Cano, una tienda importante, medio Albacete era de ellos. Yo ya había hablado otras veces con él. Esta vez le dije:

—Mire usted, nosotros es que tenemos esto —le conté nuestra vida—, pero aquello no da de sí. Vender, se vende todo lo que llevamos enseguida. Pero dinero no tenemos para comprar. Mi padre me ha dado cinco mil duros, y yo quiero comprar todo lo que haga falta.

—Bueno —me dijo—, vamos a ver a Don Alejandro —Franco iba a la finca de Don Alejandro a cazar.

—Mire usted, que yo no llevo mucho dinero.

—¡Vente conmigo!

Me cogió con el brazo, me llevó, y dijo:

—Oye, mira, traigo este amigo, Dale lo que te pida y se lo giras. Le das tiempo. Si no te paga alguna cosa, vienes a mí y yo te lo abonaré.

De esta manera me traje telas para la tienda. ¡Hombre, tampoco me traje un disparate!

La ferretería era en Valencia. Hice lo mismo:

—Mire usted, que yo quiero comprar ferretería, pero a mí no me conocen ni conocen a mi padre.

Cogió el teléfono y dijo:

—Mira, va Don Alberto Marín, que tal y cual. Dale lo que necesite.

Compré una pila de ferretería.

Después me fui a Manises a comprar loza. Entonces aquí no había. No quedó nada con tres años de Guerra. Aquí no había ni un orinal de aquellos de barro, ni había platos, ni había nada de nada. Cuando vi los precios aquellos tan baratísimos, compré un pilón.

Todo vino en un camión grande. Venía todo facturado a destino. Mi padre se enteró cuando llegó la mercancía. Lo facturaron estando yo allí. Nos mandaron un camión grande, que a lo mejor cargaba diez o doce mil kilos. Lo descargaron en la puerta de la tienda. Cuando lo vio mi padre, el *pobretico* enfermó. Se puso a decir:

—¡Madre mía, qué ruina! ¡Madre mía, qué ruina! ¿Pero cómo vamos a pagar todo esto? —valía entonces, a lo mejor, ochocientos mil pesetas, y

estaba acostumbrado a ir con cincuenta mil—. ¡Esto es una ruina! Esto no se puede... Esto tienes que... Vamos a escribir ahora mismo a las casas diciendo que aquí está la mercancía y tal, que esto tal.

En fin, se puso hecho una fiera conmigo.

—Bueno —le dije—, vamos a destapar esto y a vender, que verás cómo vamos vendiendo y, con lo que vamos vendiendo, vamos pagando.

Conforme fuimos destapando la mercancía, se fue vendiendo. Yo me acuerdo mucho de los orinales porque, a medida que los íbamos destapando, decían:

—¡Uy!, orinales. ¿A cómo valen? —como entonces no había.

Y yo, por ver si aquello se pagaba, pues decía a lo mejor al doble de lo que habían costado —claro, aquello tenía gastos también. Y, venga, uno y otro y otro. La gente pasaba y preguntaba:

—¿Cuándo vas a destapar los platos?

—Dentro de un rato —les contestaba.

Los platos lo mismo. Esto, lo otro. Aquello se vendió de momento.

Todo aquello pues se vendió y quedó mercancía. A los tres meses lo habíamos pagado todo, y todavía quedaban allí cuatrocientos o quinientas mil pesetas en género.

Le dije a mi padre:

—Ves, ya está todo pagado, y se ha vendido la mitad de todo. Lo otro, pues exactamente igual.

Mi padre el *pobretico* cogió las llaves de la caja, se las sacó y me dijo:

—Toma, desde ahora tú eres aquí el jefe y yo soy el dependiente. Era muy bueno.

La cosa salió bien, bien, bien. La tienda pasó de pequeña a grande, y ha estado hasta hace poco igual que yo la dejé, bien amueblada y bien arreglada.

## EL BAZAR SAN JOSÉ

Cuando mi padre tenía la tienda, la casa que habitábamos nosotros ocupaba la mayor parte. Pero al entrar yo empecé a tocar los tejidos, la porcelana, la ferretería y todo eso, y la tienda se quedó pequeña.

Al morir mi padre, nos quedamos con el comercio los tres hermanos. Mi hermano, el que me sigue a mí, estaba en Jaca<sup>4</sup> en el ejército, y el otro hermano era pequeño. Cogí y tiramos la casa entera y la hicimos toda grande.

Mi padre tenía en perspectiva hacerlo pero, como estaba enfermo, me decía:

—No, vamos a dejarlo, Alejandro, que yo es que no tengo ganas.

## SU TIENDA

Dos años después de morir mi padre, me casé. Tenía treinta años<sup>5</sup>. Mi hermano volvió de la mili. Con el pequeño me llevaba muy bien, pero el otro se creía que todo es jauja. No es que se portara mal, pero se puso en un plan. El creía que era muy inteligente. El creyó que porque él estaba soltero, yo estaba aparte de la cosa. Yo vi que sobraba. Entonces había una tienda un poco más

4 Huesca.

5 En 1952.

abajo, a unos diez metros, que era un bar, y lo traspasaban; y me quedé yo con el traspaso [fotos 4-7]. Mi madre, la *pobretica*, que era muy buena, al ver que me iba a ir, me dijo:

—Mira, Alejandro, esto es de los tres. Si quieres irte por cualquier cosa, vete, y si te va bien la cosa, pues te quedas, pero si no te va bien, te vienes aquí.

—Sí, pero yo voy a empezar a ver —le contesté.

Entonces, me fui, y me fue muy requetebién, muy bien, muy bien, muy bien. Puse una tienda más pequeña. Yo tocaba los comestibles y alguna cosa de porcelana. Era una especie de supermercado. La tienda mía subió para arriba y he estado muy contento. Seguramente he ganado más dinero que cada uno de ellos. Compré aquí bastante tierra y puse muchos almendros. Llegué a juntar cinco mil almendros. En fin, me defendí bien, sí, me fue bien, gracias a Dios.

## LA INSUFICIENCIA CARDÍACA Y EL INFARTO DEL MÉDICO

La mili no la hice. Mi cuñado era teniente y estuvo toda la Guerra con el capitán médico de Baza. Estuvieron juntos toda la Guerra. Cuando yo tuve que ir a hacer el servicio militar, le dijo a mi padre:

—Vamos a ver si Alejandro no va.

Yo fui allí y me dieron por auxiliar, auxiliares. Yo andaba mal y, entonces, me dijo:

—Que diga que está mal del corazón o algo de eso.

Yo estaba bien, bien, bien. Fui y dije que estaba mal del corazón. Me hicieron un reconocimiento, no sé qué, no sé cuánto y tal. Total, que me dieron por auxiliares. Pero yo empecé a pensar: “Cuando a mí me han dado por auxiliares, esto es que me pasa algo” —y se me metió en la cabeza que yo tenía algo. Así que fui a Granada con mi hermano Máximo —el mayor— a ver a un médico que se llamaba Blasco Reta. Me vio y me dijo:

—Sí, usted tiene una insuficiencia mitral. Usted no puede tomar esto, no puede lo otro.

En fin, me puso un régimen. Eso fue con veintidós o veintitrés años. Estaba yo soltero. Yo he sido muy estricto para los regímenes. Como me había dicho que no tomase esto, que no tomase lo otro, pues yo no tomaba esto ni tomaba lo otro. Empecé a adelgazar. Un día fuimos tres amigos a San José —está a quinientos pasos, al terminar la variante, un paseillo que hay— y, al venir para acá, ya no podía andar, no podía, y me tuvieron que traer cogido.

Fuimos otra vez a Granada, y me vio un amigo de mi hermano que era médico. Habían estudiado juntos en Granada y eran amigos.

—¿A qué has venido? —le preguntó.

—A traer a mi hermano para que le vea Blasco Reta.

Nos fuimos a ver a Blasco Reta, que era un tío guapo, alto y tal. Llegamos allí, me asomé a la puerta y dije:

—¿Y el doctor?

—El doctor se ha muerto —me respondieron.

Se había muerto de un infarto. Pensé: “¡Madre mía!, cuando este tío se ha muerto, ¡qué va a ser de mí!”. Cuando llegamos y me preguntó el amigo de mi hermano:



4. Mostrador de la tienda de Alejandro Marín.



5. (Izquierda) Su sobrina María en el interior de su tienda (1-8-1959).



6. (Derecha) Antigua tienda de Alejandro, en 2007.



7. Tienda de Alejandro Marín.

—¿Qué...?

Ya le conté la vida:

—Mire usted, yo, no sé qué, tal y cual —le conté la cosa.

Era un hombre campechano y me dijo:

—Tú, ¿por qué no vas a tomar? Tú toma lo que quieras, ¡hombre!, si estás bueno. ¡Vamos a tomarnos una cerveza!

—No, yo no..., cerveza no puedo tomar.

—¿Que no puedes tomar?

Nos pusieron allí unos aperitivos.

—A ver, ¡venga!

Me tomé los aperitivos y me bebí la cerveza.

—¿Vas a hacer lo que yo te diga?

—Sí —le contesté.

—Bueno, pues todas las medicinas que te mandaron —le dije lo que tomaba, el yodo ese que me había hecho polvo el estómago— vas a tirarlas. Tú no tienes nada.

Y como me dijo que no tenía nada, me dije a mí mismo: “Si él lo dice, será verdad”. Me vine a mi casa y, tengo ya ochenta y cuatro años y todavía cojo un cerro a ritmo. Bueno, un cerro no, porque ya no pueden las piernas, pero...

## REUNIONES

La gente no es más feliz cuando lo tiene todo, que cuando no tiene nada. Yo me acuerdo cuando se juntaba toda la gente del campo aquí, que venían a confesar y llegaban y se juntaban, o cuando nos juntábamos nosotros. Habíamos tenido una juerga hacía ya seis meses y, cuando nos juntábamos, nos decíamos los unos a los otros:

—¿Te acuerdas del arroz?,

—¡Madre mía, qué arroz hicimos!

Recordábamos aquello con una ilusión.

Ahora la gente no tiene ilusión, no le gusta nada, no es más feliz. Hoy la gente joven no es más feliz de lo que fuimos nosotros, ni muchísimo menos. Estos no se acordarán de su juventud cuando sean viejos, como nosotros nos acordamos de cosas insignificantes.

## LOS BAILES DE CARNAVAL EN *LA MONTÉS*

El baile de carnaval se hacía en *La Montés*. Era el café más grande, un salón muy bueno. Allí hacíamos los bailes. Yo organizaba casi todos, o sea, llevaba gente. El baile lo hacía el dueño del salón, que era el que se llevaba el dinero. Yo iba a las casas de las chicas a hablar con las madres para que las dejaran venir al baile allí al salón.

—Mire usted... —les decía.

—Bueno, pues mira, vale, siendo tú, pues sí, que vaya —me contestaban.

Así nos llevábamos a todas las chicas allí al salón. A mí me respetaban las madres, me querían mucho, y las hijas. ¡Lo que disfrutaba de ir bailando y ver que todas me miraban! Yo disfrutaba con cosas de esas. Era muy presumido. Me gustaba que me miraran.

## LOS BAILES, EL “PITO DE MARÍN” Y LAS MIGAS

Se hacían bailes casi todas las noches. Casi todas la noches nos juntábamos. Entonces había hambre. La gente tenía hambre. Yo llegaba, veía una casa y decía:

—Oye, ¿por qué no hacemos un baile?

Yo tenía un gramófono, que le llamaban el “pito de Marín”. Preguntaban:

—¿Con qué han bailado?, ¿con qué música?

—Con el “pito Marín” —decían.

Yo iba y decía:

—Bueno, esta noche vamos a hacer unas migas

Nos juntábamos tres o cuatro: uno, que tenía la harina, la ponía; yo llevaba el aceite para hacer las migas; el otro tal. Llegábamos allí y hacíamos unas migas y, claro, todo el mundo a comer migas. La gente lo pasaba bien. Hacíamos migas casi todas las noches que íbamos de baile. Llevábamos algún litro de vino. Las viejas se tiraban allí. Las madres no faltaban cuando había migas. Había una hermandad y una cosa que era hermosísimo.

## MERETRICES Y QUERIDAS

Aquí en el pueblo había por lo menos tres o cuatro putas y de Huéscar vinieron otras dos. O sea que aquí había más putas que en Valderrubio. Luego, de las que no eran putas oficiales había muchas. Cada uno tenía sus amigas y sus cosas, con mujeres casadas, con todas las que pillaba.

Yo estaba en la tienda y llegaba una mujer y me preguntaba:

—Oye, ¿te han traído medias de esparto?”

—Pues sí —contestaba

—Oye, si me dieras unas fiadas. Ya te las pagaré.

—Tómalas —le decía.

Se las llevaban y luego había negocio.

Aquí había muchos planes, pero muchos, muchos.

## EL ENCUENTRO DE FRASQUITO CON LOS MUNICIPALES

Mi bisabuelo, el abuelo de mi padre, se llamaba Frasquito y mi bisabuela me parece que se llamaba María. Frasquito tenía querida y todas las noches iba y se acostaba con ella o estaba allí con ella hablando y, cuando se cansaba, se volvía a casa. Mi abuelo era un hombretón y mi abuela dicen que era muy pequeña. Una noche ella se hizo la enferma:

—¡Ay, que estoy muy mala! Frasquito, no te vayas, no te vayas hijo mío, que ya sabes cómo están las cosas, que los municipales a todos los que son de

tu partido... —no sé qué, no sé cuanto.

Los liberales habían ganado las elecciones y él era conservador. Supongo que lo sería, porque en mi familia todos han sido conservadores.

—No, hija mía, si yo vengo enseguida —le dijo él.

—¡Madre mía, mira que dejarme sola!

Así que cogió y se fue. El hombre llegó a casa de la querida y se metió para dentro. Mi bisabuela se vistió con la ropa de mi bisabuelo, cogió una garrota y se fue para allá. Se preparó, y al rato salió mi bisabuelo

—Bueno, ya me voy —le dijo a la querida.

Salió y, como la puerta era baja y tenía que agacharse para poder salir, al hacerlo mi abuela le pegó en el pescuezo un *zamporrinazo*. Cayó al suelo y mi abuela se lió a palos con él. Después salió corriendo y, al llegar, se vistió y se escondió en la cama. Cuando entró mi abuelo, ella empezó a dar voces:

—¡Ay, qué mala estoy! ¡Ay, Dios mío!

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! —empezó a decir él.

—¿Qué te pasa, hijo?, ¿qué te pasa? —le preguntó mi abuela.

—¡Ay, los municipales!

Y ya no salió más. Eso fue mi bisabuela.

## EL AMOR DE SUS PADRES

Mi padre ha estado siempre muy enamorado de mi madre. Mi padre se llamaba Alberto y mi madre Dolores, y siempre se dirigían el uno al otro:

—Albertico, mira...

—Dolorica, mira...

Mi padre salía siempre con mi madre de paseo, a todos los sitios iban juntos. Y lo criticaban por eso, porque siempre iba con mi madre y no tenía querida. Entonces aquí todos los hombres tenían querida, el noventa por ciento. El que tenía posibilidad, tenía su querida. La querida era la mujer de otro cualquiera, no era una soltera. La gente pudiente, los que comían todos los días, todos esos hombres tenían querida.

## CÓMO SE CASÓ

Mi mujer es hermana de mi cuñada. Mi hermano mayor se casó con una hermana y yo me casé con la otra. Son Marines también. Mi mujer se llama Dolores Marín Romero y yo Alejandro Marín Muñoz. La conocía desde que era pequeña. Nos llevábamos como familia, porque éramos vecinos relativamente. Iba a su casa, a veces, con mi hermano y comíamos allí. Ellos venían a nuestra casa y también comían en ella. Yo con mi mujer tenía amistad, pero no la miraba como a otras que me gustaban, que se dejaban tentar. A mí las mujeres me han gustado con locura. Yo tenía aquí tres o cuatro, una por un lado y otra por otro. Tenía mi buen negocio. Mi mujer era muy buena y siempre estaba en la novena, y a mí no me gustaban esas cosas. Ella era de Acción Católica. Ya ves si era de la Acción Católica, que un día nos juntamos en casa de una vecina suya, cuando



todavía no éramos novios, nos pusimos a bailar allí —yo también era de Acción Católica, era el secretario— y me echaron a la calle. A ella no sé si la echarían. Así que dije:

—¡A tomar por saco los católicos estos! Si son mas sinvergüenzas y más malos que el demonio. Echarme a mí porque he bailado.

Yo he sido muy religioso de joven y nunca me ha costado rezar un par de credos. Tengo mucha fe, mucha fe.

Pero yo ya tenía treinta años y me dije a mí mismo: “Pero, bueno, ¿que voy a hacer yo? ¿Voy a estar siempre así, de golfería? No, no.”

Yo sabía que mi mujer era buena, más que buena, muy hacendosa, muy trabajadora. Era una mujer para casarse con ella. Así que le dije:

—Bueno, ¿qué?, ¿quieres que nos casemos? —pero así.

Ella se puso colorada y me respondió:

—¿Pero cómo, tal y cual?

—Sí, sí —le dije—. Si tú quieres, esto lo ponemos ya en serio.

Nos pusimos y al año nos casamos. Cuando me casé, me quedé como un perrico cuando lo atan. A mí me gustaban más la juega, las mujeres, jugar dinero y todas esas cosas. Aquí había negocio para juntarse con mujeres. Iban a buscarme a mí a la tienda. Después de casarme, me quité de todo. Ya mi mujer se quedó embarazada y tuvimos un niño. Cuando yo vi el hijo ese, ¡madre mía de mi alma!, ¡yo qué sé cómo la quise!, ¡qué cambio dio en mí la naturaleza!, de ver yo el hijo, de pensar: “¡Madre mía!, si al niño este le pasa algo, si a mi mujer le pasa cualquier cosa, ¿qué voy a hacer?”. Y así empecé a quererla, a quererla... Hace cinco años hicimos las bodas de oro y entonces es cuando vi lo que yo quería a mi mujer, la ilusión con que me casé con ella otra vez. Yo a mi mujer la quiero, ¡vamos!, la quiero como se merece ella, no como se merece, mucho más.

## CURANDEROS

Un día estuvo mi hijo en la recogida de las almendras. Entonces las cogíamos con unos fardos igual que la aceituna. Se echaba en sacos. El tractor iba recogiendo los sacos y dos o tres hombres iban cogiendo cada uno por un lado. Cogió mi hijo un saco y, al echárselo, lo tiró y dijo:

—¡Ay, ay!

Se quedó con el cuello así, mal, mal mal.

Cogimos el auto y nos fuimos a mi casa. Estaba allí mi hija, que es médica.

—¡Ay!, tal y cual —decía mi hijo.

Y mi hija tocándole allí por un lado y tocándole allí por otro y buscándole. Nada.

Así que dijo mi mujer:

—¿Sabes dónde deberas de ir? Al tío... —ya no me acuerdo del nombre, ¡tan bueno como era el *pobretico!*

Total, que fuimos. Ya eran las diez o por ahí. Tocamos, abrió la mujer y dijo:

—Hola, Alejandro. ¿Qué?, hijo, ¿qué?

—Mire usted, que pasa esto. Mire usted como está Alberto y mi hija no lo ha podido curar. Venimos a ver a su marido.

El hombre estaba muriéndose. Tenían allí la lumbre que había cuatro ascuas. No calentaba nada. Era gente muy pobre. Muy pobre y muy buena. Me dijo él:

—¿Qué?

—Pues, mire usted, que tal o cual —le cuento la cosa.

—Ay, hijo mío, yo es que estoy muy malo y no puedo, Alejandro, no puedo.

—Bueno, es que yo no sabía que estaba usted tan malo. Perdóneme usted.

—Pero, espérate hijo mío, espérate un poco.

El hombre se levantó como pudo, le cogió la mano así para atrás.

—No puedo subirla. Súbesela tú todo lo que puedas —me dijo a mí.

Se la subí yo todo lo que pude.

—Súbesela más, más.

—¡Ay, que me haces daño! —se quejó mi hijo.

Entonces le dio un golpe, que no sé cómo pudo dárselo, porque estaba muriéndose —se murió a los tres o cuatro días. Se quedó como nuevo.

Al llegar a mi casa dijo mi hija:

—Yo eso no me lo puedo creer.

—Que sí —le dije yo.

—¿Y cómo lo ha hecho? —me preguntó.

—De esta manera.

Y le expliqué lo que había hecho.

Ese era bueno. Había otra mujer en Cañada de la Cruz que también era muy buena. Llevaban de aquí a la gente allí. Aquella mujer conocía todos los huesos por el tacto, porque estudios no tenía ninguno. El hijo dicen que tiene gracia también.



**8. Dolores y Alejandro con su primer hijo**



**9. Alejandro Marín en Sevilla** durante un viaje con un grupo de amigos. La foto fue tomada el 17 de marzo de 1963. El era representante de piensos.



**10. Alejandro Marín, Eugenio Sánchez, Salvador Gómez, Isidro Rodríguez y César Arias.** La foto fue tomada en casa de Paco "el del camión" aproximadamente en 1962.



# RAFAEL MARTÍNEZ GARCÍA (1924)

Rafael nació en la *Casa de Henares* el 11 de diciembre de 1924. Muy pronto su familia se trasladó a un cortijo próximo, los *Ratones*. Su relato de vida es una cadena de infortunios que va superando. Su madre murió cuando él tenía dos años y su padre volvió a casarse. Tuvo dos hermanos mayores. El de en medio murió con nueve años a causa del sarampión y el mayor falleció durante la Guerra Civil. Sólo pudo ir a la escuela unos meses, en los que aprendió a leer, escribir y las cuatro reglas. Empezó a trabajar siendo niño y muy pronto tuvo que realizar faenas agrícolas propias de adulto. Su padre quedó inválido justo antes de empezar la Guerra. Durante la cosecha de 1936, su hermano mayor tuvo un accidente con una máquina con la que estaba trabajando y él tuvo que sustituirle. Al poco tiempo empezaron las colectivizaciones en el campo y les confiscaron la cosecha y los animales que tenían. Durante ese período tuvo varios incidentes con los milicianos. En esa época reclutaron a su hermano mayor para ir al servicio militar y un par de años después murió en el frente. En 1945 le tocó a él cumplir con el servicio militar. Primero estuvo en Almería y luego en la provincia de Gerona. Durante la mili trabajó como practicante. En aquella época todavía había algunos maquis en las montañas junto a la frontera con Francia. Cuando se licenció, regresó al cortijo de sus padres y se casó. Tuvo cuatro hijos. Tres de ellos nacieron en el cortijo *Casa Blanca*. Cuando sus hijos empezaron a ser mayores se trasladaron a vivir a Puebla de Don Fadrique, para que pudiesen ir a la escuela. Allí nació su última hija. Durante algún tiempo se dedicó a comerciar con ovejas hasta que tuvo la oportunidad de adquirir una posada. Tuvo que pedir préstamos para comprarla y arreglarla. El negocio prosperó y pronto logró pagar sus deudas. Pero se lesionó una pierna en varios accidentes y se quedó cojo. Durante varios años consultó a distintos médicos pero, en lugar de mejorar, algunos de los tratamientos que le pusieron fueron empeorando su salud. Al final le operaron en Barcelona y quedó bien del pie. Continuó con el negocio de la posada y emprendió algunas otras empresas. Compró una cosechadora con otro vecino, y uno de sus hijos trabajó con ella hasta que acabaron comprándola. Rafael se considera una persona creyente y devota. De carácter emprendedor, su comportamiento siempre ha estado en consonancia con las normas sociales de la época en la que ha vivido.

## HISTORIA PERSONAL

Tengo ochenta y dos años. Nací el 11 de diciembre de 1924 en la *Casa de Henares*.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos y mis padres, toda la familia, eran de aquí de la Puebla. Ellos corrieron por varios sitios, pero en la finca en que yo nací, en la *Casa de Henares*, estubo mi padre<sup>1</sup> de labrador treinta y cinco años.

---

1 Pedro.

A mi madre<sup>2</sup> no la conocí. Yo tenía dos años cuando murió mi madre —murió todavía embarazada. Entonces había pocos medios. Al enviudar mi padre quedamos tres hijos. Yo era el tercero, el menor.

Me bautizaron en la parroquia de la *Toscana*. Allí me confirmaron también. La comunión la hice en *Bugéjar*, en una ermita, el día de la Encarnación<sup>3</sup>.

Mi padre se volvió a casar cuando yo tenía ya tres años. Me enseñaron a decirle “madre” a su segunda mujer<sup>4</sup>, y ella fue mi madre hasta que murió. Nos llevábamos muy bien.

Mi hermano, el que había en medio, el segundo, murió a los nueve años con sarampión y con picor. Luego, el otro, que era cinco años mayor que yo, murió también en la Guerra. Quedé yo solo.

## TRAVESURAS DE LA INFANCIA

De crío hacía uno algunas cosas, ¿verdad? Una vez estaba una gallina de esas cluecas con sus pollos en una corraliza. Yo tenía tres o cuatro años repelados y estaba jugando por allí. La clueca tenía quince o veinte pollos, muchos. Defendiendo a los pollos, se me tiraba. La até con un cordel a un capazo para que no brincara la muralla que había de parata. Me senté en el baleo, cogí un látigo y les pegué. Maté cinco o seis pollos. Quería que la gallina tirara del capazo aquel para arrastrarlo como si fuera un carro. Mi madrastra me quería y no quiso pegarme. Pero había una criada en la casa, una moza de servicio, y ella sí me pegó.

Otra vez me mandaron con mi abuela<sup>5</sup>, la madre de mi padre. Vivía en otro cortijo más abajo, los *Ratones*, que era suyo y fue donde nosotros vivimos después<sup>6</sup>. Está a un kilómetro del otro. Todavía vivían mis dos hermanos. Yo tenía entonces cinco o seis años todo lo más. Un día, por lo que fuera, me acordé de mis hermanos y me fui al cortijo de arriba, donde estaba mi hermano mayor con las bestias. Mi padre se había ido de viaje y había mandado a mi otro hermano llevar la caballería donde estaban todas las bestias. Tenía dieciocho o veinte caballerías en un trozo de terreno más guardado, donde crecía la hierba. Mi hermano mayor cogió unas hierbas grandes y me tapó para que el otro no me viera y no se lo dijera a mi padre. Pero el otro le preguntó:

— ¿Qué tienes ahí? ¿Qué tienes ahí?

Hasta que por últimas me descubrió.

Entonces gobernaron entre los dos que me fuera otra vez con mi abuela escondido detrás de la caballería, para que mis padres no me vieran. Pero mi padre me vio, salió al camino y me zurró. Menuda palicica me dio con la correa buena, la grande. Estaban lavando en la acequia de *Bugéjar*, que está a trescientos metros, y al verme (pues tenía que pasar por allí, porque había un puente y no podía brincar la acequia), gritaron:

---

2 Eleuteria.

3 El 25 de marzo.

4 María.

5 Antonia.

6 “En Los Ratones había una posada, una taberna, un carpintero, un herrero. Allí se hacían arados, se hacían carros... La tartana que mi padre tenía la hicieron en ese cortijo”.

—¡Si es Rafaelico!, ¡si es Rafaelico!

Intentaron cogerme, pero no pudieron. Me fui a casa de mi abuela y allí me senté suspirando. Una vecina, que se llamaba Lucía, le dijo a mi abuela:

—¡Antonia, su nieto está llorando o suspirando ahí sentado en el escalón! Abrió y le conté lo que me había pasado.

## MAESTROS

Tenía mi padre un mulero —se llamaba Pedro Barrunto— que sabía un poco, y le dijo:

—Tú, que sabes leer un poco, ¿por qué no te dedicas a enseñar a los críos, en vez de estar labrando? A lo mejor ganas más así. Por lo menos, llevarás mejor vida.

Total, que el hombre hizo caso a mi padre y empezó a darnos lecciones a unos pocos. Estuvo allí medio año o así. Luego no sé que le pasó al maestro, que se fue. Iba de un cortijo al otro. Estaba una hora con uno, otra con otro... Él tampoco sabía mucho: las cuatro reglas, lo primero.

Después de este hombre, estuve yendo otro medio año o así a la escuela en la *Toscana*, donde había una maestra. Tuvimos un manuscrito, *Tesoro de las escuelas*<sup>7</sup>, y una gramática. El manuscrito aquel era de cartas, de cosas de esas. Después ya tuve que aprender solo o con mi padre. Aprendí las cuatro reglas —sumar, multiplicar y dividir... —, empecé a dar lecciones de memoria, hacía problemas, cosas de esas.

## TRABAJO EN EL CAMPO

Empecé a trabajar a los seis o siete años ayudando a mi padre con los pavos. Cuando murió mi hermano, me recogí en casa de mi padre e iba con las bestias. Mi otro hermano empezó a labrar algunos ratos, porque empezábamos a labrar muy jóvenes.

En el año treinta y cinco, que hubo muy buena cosecha, compró mi padre una máquina *gavilladora* que iba arrastrada por mulas. Los segadores nada más que tenían que atar, en vez de segar con la hoz. La máquina segaba y soltaba gavillas —pisabas una palanca que tenía y soltaba las gavillas—, y cuatro o cinco personas iban atando la mies.

En el campo entonces se segaba todo a mano con la hoz, a brazo de hombre. En cualquier finca se necesitaban a lo mejor veinticinco o treinta personas segando veinte días o un mes. Había obreros que iban a todo eso. Se les daba la comida. Se les daban las patatas y ellos se hacían de comer, menos el cocido, que se comía al mediodía. El pan se les daba hecho y, claro, había que amasar casi todos los días. Se necesitaban, a lo mejor, que te voy a decir, treinta kilos de pan. Por eso había criadas en la casa, cuando no había muchas hijas. Mis padres tenían una moza de servicio —entonces se llamaba criada.

<sup>7</sup> *Tesoro de las escuelas*. Obra que contiene una esmerada selección de la italiana Juanito, por Parravicini. Y además un texto original acerca de la *Historia Sagrada*, de la *Historia de España*, *Conocimientos útiles e inventos modernos*. Madrid: Saturnino Calleja Editor, 1905. Puede consultarse en: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01482296434582884122257/index.htm>

## LA CRIADA Y EL NOVIO TARTAJOSO

Me acuerdo de una de las criadas, que se echó un novio que era tartajoso. La madre de la criada también era tartajosa. Eran de Topares<sup>8</sup>. Se ponían a hablar y yo, como él tartajeaba, no entendía. Salían allí —había unas parras en la puerta, unos árboles y un poste para mantener aquello— y hablaban. Yo me ponía detrás y, como no entendía lo que decían, me reía de ella. Siempre ponían una silla entre los dos, para guardar las distancias del noviazgo, no fuera a probar a tocarla —eso estaba entonces muy prohibido. Aquella se fue con el novio. Su madre decía tartamudeando:

—¡Lastima de mi hija!, que me la va a estropear ese tartamudo por esos barrancos.

## EL ACCIDENTE DE SU HERMANO

Ya vino la Guerra y aquello nos trincó. Cuando vino la Guerra mi padre estaba ya paralítico. Cambió el pie derecho con el brazo izquierdo —la fogosidad de la sangre o lo que fuera, que le dio— y, claro, se quedó bastante inválido para trabajar. Ya no pudo labrar.

En la cosecha del treinta y seis, mi hermano se mareó mientras iba segando con la máquina, cayó, las ruedas le pescaron el pie y se lo chafaron. Mi hermano estaba asegurado. Mi padre pagaba en la mutualidad, en el Instituto Nacional de Previsión, el seguro por un mulero, por mi hermano y por él. Mi hermano tuvo que ir al médico, hacer papeles y cosas de esas. En fin, estuvo ocho o diez días. Mi padre tenía un mulero para labrar, para acarrear la mies y todo eso, pero necesitaba otro para la máquina. Los segadores, que eran de Cehegin<sup>9</sup>, empezaron a decir:

—Rafael vale para la máquina. Rafael vale —yo tenía entonces once años.

Así que eché una semana más o menos, que quedaba de siega, trabajando como una persona mayor.

## LAS COLECTIVIZACIONES DURANTE LA GUERRA

En octubre —fue por la feria— del treinta y seis, fue gente de la Puebla a los campos decomisando lo que había almacenado en las cámaras. Todavía no se había vendido nada. Estaba la cosecha de ese año entera. De la cosecha del treinta y cinco quedaba la mitad, por lo menos en casa de mi padre. Había una harinera entonces en Murcia, que se llevaba del campo de la Puebla casi todas las cosechas con carros de aquellos de tres o cuatro mulas. Fueron al cortijo de mi padre los hombres de catorce familias, de catorce casas, y lo decomisaron todo, incluidas las bestias. Mi padre tenía dieciocho o veinte: tres yeguas de cría, cuatro pares de mulas para trabajar,... Dejó de ser el amo de todo eso. Las ovejas las tenía con otro ganadero vecino, a cuenta de los pastos que había en

---

8 Almería.

9 Murcia.





1. **Padres** > *Pedro Martínez Mateos y Eleuteria García García.*



2. **Rafael a caballo.**

el cortijo. La cosa vino así y hubo que acatarla. Mi hermano entró en aquella colectividad con diecisiete años. Como había bestias para recría —muletos chicos con dos meses, con seis meses o con un año, con dos años, hasta tres años en que empezaban ya a trabajar—, necesitaban una persona para conducirlos. Como vieron que yo aprovechaba para aquello, me metieron a mí también con doce años en la colectividad.

Estuvimos los dos trabajando con esa gente como jornaleros en lo nuestro lo que quedaba del treinta y seis y el treinta y siete entero. Nosotros no podíamos decir: “Esta caballería es mía”. Eso era un peligro grande. Ellos, mientras hubo grano en las cámaras, para trabajar poco y comer, estuvieron a gusto. Ellos cogían allí y, ¡venga!, cargaban el carro de trigo y lo llevaban a la Puebla a venderlo a las tiendas a cambio de arroz, carne, vino, coñac, en fin, a cambio de cosas de esas. Traían el carro cargado de trigo para la Puebla y lo llevaban cargado de comida y bebida para el cortijo. Así aguantaron hasta que se acabó el trigo. Cuando ya no quedaba nada en las cámaras, empezaron a irse. Allí éramos todos como amigos. No hubo disgustos ni hubo nada. Aquello fue a la ruina, pero no hubo nada personal. Allí no se ofendió a nadie. Yo he estado después aquí jugando en *La Montés* y bebiendo un vaso de vino con esos señores, si ha sido menester.

## LOS MILICIANOS Y LA PISTOLA

En esa época, que yo tenía doce años e iba con las bestias, me pasó algo muy feo, pero lo perdoné. Fueron tres señores, que entonces les decían milicianos, y se llevaron un caballo del vecino de otro cortijo de al lado. Eran algo *borruchos*, con muy poca cultura. En fin, cogieron el caballo, le echaron la montura y salieron por allí. Claro, en cuanto se montaron salió el caballo —un *caballaco* de aquellos— dando botes. El caballo pasó por la parcela donde yo tenía las bestias. El tío llevaba una pistola, de Guardia Civil, y al pasar se le cayó el peine de la pistola.

A los dos o tres días vinieron buscando la pistola y me preguntaron. Yo había encontrado el peine al pasar por allí con las bestias y les dije:

—He encontrado esto.

—¡Cómo!, ¿no has encontrado la pistola? —me preguntaron.

—No, no he encontrado la pistola —les contesté.

—¡Cómo que no! Tú no lo quieres decir —al decir esto me soltaron un par de guantadas.

—No la he encontrado —les volví a repetir.

En fin, me obligaron y me maltrataron un poco. Pero aquello pasó. Luego ellos encontraron la pistola por otro lado. Aquello se le echó tierra y ya está. Luego ya ves si quedaríamos amigos y perdonados que, cuando ya estaba casado, un hijo de aquellos de las guantadas estuvo segando en mi casa una temporada y comiendo en el mismo plato, como amigos.

## SEGUNDO INCIDENTE CON LOS MILICIANOS

Cuando se fueron y nos dejaron allí, partieron la mitad de la tierra para mi hermano y la otra mitad para mí. La tierra no era nuestra. Era la finca que trabajaba mi padre. La gente se fue porque no quedaba ya nada en las cámaras para comer. No llovió y no se recogió la cosecha que ellos mismos habían sembrado. Así que, cuando se fueron, me goberné un poco de trigo —no me acuerdo de dónde— y sembré. Eso fue en el treinta y siete, y la cosecha se segaba en el mes de julio del treinta y ocho.

Un día, como aquello no valía para segar, metí las bestias. Aparecieron dos de los milicianos de la pistola y vieron las bestias en el trigo. Pues ya la tuvimos otra vez. Me cogieron y me echaron por delante de los caballos para llevarme a la cárcel, porque no había avisado. Yo tenía entonces trece años. Me dijeron:

—Tenemos que ir al pueblo. Tenemos que meterte en tal. Tenemos que tal.

—Bueno, pues nada —les dije.

Yo iba delante de los caballos andando. Íbamos dialogando. Yo no podía hacerles la contra en nada. Eso hubiese sido de tonto, porque podrían haber cogido la pistola y dejarme allí mismo. Con aquella gente no se podía hablar, no les podías discutir nada. Cuando ya llevábamos unos tres kilómetros o por ahí —íbamos por el *Cerrico de Casa Blanca*, cerca de la carretera de María—, me dieron careo. Acordamos que yo quitaba las bestias, no las echaba más, y ellos buscarían gente que cogiera el trigo para ellos. Volví para mi casa y mis padres me preguntaron:

—¿Qué ha pasado?

—No me han hecho nada. Nada más que llegaron allí me dieron careo. Desde ahora no voy a meter las bestias ahí —les dije.

Pasó un día, otro, una semana, dos... Fue gente —había hambre— pero, en cuanto lo veían, como no valía la pena, se iban. Entonces ya me dieron permiso para que las bestias se comieran aquello para labrar otra vez la tierra.

## EL ARRESTO DE SU PADRE Y DE SU HERMANO

A mi padre y a mi hermano los tuvieron presos en la cárcel en el ayuntamiento viejo<sup>10</sup>, en una habitación que hay debajo de las escaleras. Fue porque, cuando iban a ingresar a los quintos del cuarenta para ir a la guerra, el nombre no coincidía bien. Los tuvieron allí veinticuatro o cuarenta y ocho horas, no me acuerdo exactamente. Les dieron careo pronto. En fin, eso no fue nada. Pero estuvo en nada que murieran asfixiados aquella noche al quedarse dormidos, porque les metieron un brasero para que no pasaran frío. Estaban con otro de Almaciles o dos. Mi padre, como estaba malo, no se pudo acostar. Él, asentadito, asentadito, vio que los otros ya no dormían bien, entonces avisó y despertó a todos los que estaban durmiendo.

10 Actual museo etnográfico.

## LA MUERTE DE SU HERMANO EN LA GUERRA

A mi hermano lo llevaron a la Guerra a los pocos meses. Tenía dieciocho años. Cuando se llevaron a mi hermano yo tenía trece años. Me quedé solo en la casa para llevar todo el baluarte. Mi hermano estuvo en dos o tres sitios. Murió con veintiún años. En fin, todo eso fue muy duro.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL CAMPO DE AVIACIÓN

En medio de esto, encima tuve que bajar quince días con un par de mulas a trabajar en un campo de aviación en las *Casas de Don Juan*, que querían hacer los rojos. Estuve trabajando allí con el rulo haciendo el campo de aviación.

## FIN DE LA GUERRA

Después se acabó la Guerra y la cosa se normalizó. Fue una época dura, pero la pasamos y, bueno, se ha perdonado.

## LOS CONEJOS

En aquellas fincas teníamos una ventaja. La historia de eso es también buena. Mi hermano y yo, antes de la Guerra, echamos conejos en el huerto ese que digo de las gallinas. Echamos unos conejos caseros y por allí cerca había conejos del monte. Durante la Guerra, los caseros salieron y se cruzaron con los otros. ¡Qué cantidad de conejos había! Como no se podía tirar un tiro —¡cómo ibas a sacar una escopeta!—, criaron mucho. Cuando se terminó la Guerra, tapábamos unos cuantos agujeros y matábamos treinta y cinco o cuarenta, los que fueran, en un rato entre los tres vecinos. Luego nos los repartíamos. Los segadores, cuando venían en el verano, como había tantos conejos, era raro que no cenaran conejo. En el cortijo, tirábamos el cesto del pienso de las mulas a la placeta, disparábamos al montón y matábamos tres, cuatro o cinco de un tiro.

Toda esa vida he llevado desde muy joven.

## EL HONOR DE LAS MUJERES

Cuando tenía diecisiete o dieciocho años, cuando el luto de mi hermano se acabó<sup>11</sup>, me eché una novia —no novia, hablaba con una muchacha de *Bugéjar*. A mi madrastra, la verdad, se ve que no le gustaba mucho. Una noche —era el día de San Antón— veníamos el mulero y yo de labrar a dejar las mulas. Les quitamos las colleras, les echamos de comer y, entonces, pasé a un dormitorio a lavarme y a cambiarme de ropa para salir después de cenar. Un par de noches

11 “Entonces estábamos por lo menos dos, tres o cuatro años de luto. Yo era muy joven y no iba de negro, pero mis padres sí. Para mi madrastra era un hijo que había muerto”.

a la semana —por lo menos el jueves y el domingo— teníamos costumbre de hacer baile en un lado o en otro. Al pasar a lavarme, venían mis padres y los sentí discutir por el asunto de la muchacha. Mi madrastra decía:

—Es que no los he parido yo, pero los quiero como si los hubiera parido.

Entonces mi padre salió y me dijo:

—Nos habrás sentido a la madre y a mí hablar algo de ti.

—Sí —le contesté.

—Pues vete esta noche y, si tienes que ir dos o tres más, vas, pero retirándote de ella para que quede en buen lugar y tú también —para que ella no perdiera honores de los que tenía.

A mí me enseñaron eso. Yo hablé con ella algunas veces. Hablaba por la ventana, entraba a la casa, pero ya está. Estuve hablando medio año con ella, pero con su respeto correspondiente a lo que se debía, a lo que se usaba entonces. Después, como yo quedé en buen lugar con sus hermanos, con su familia, era un amigo.

## LA TABERNA

Una noche que había un baile en la casa de la familia de ella —una fiesta que hubo—, acudió gente bastante mayor que yo —con cinco o seis años más— y me dijeron:

—Hombre, Rafael, mira, queremos entrar ahí y tal y, en fin, si tú no vienes con nosotros...

Es que allí había una *miaja* taberna y, claro, pues si yo iba con ellos, la abrían. En fin, empezamos a beber, a beber, a beber, y aquella noche no pude venir a mi casa porque nos chispamos y tuvimos que dormir allí en un molino. En unas cuadras tuvimos que dormir todos.

## INICIO DE LA MILI: VIATOR, ALMERÍA

En marzo del cuarenta y cinco me fui a la mili. Estuve en muchos sitios. Empecé en Viator, en Almería. Allí juré bandera y me hicieron soldado de primera. En Viator comíamos en la calle, en el suelo, porque no había comedor. Allí nos juntamos, en aquellos tiempos, cinco quintas. Había hombres que ya habían pasado la Guerra, hombres que de segundas tuvieron que hacer otra mili en otro ejército. En fin, que llevaban, a lo mejor, cinco años o seis y luego tuvieron que repetir, gente con mucha experiencia. Aquello era una miseria grande, porque allí nos comíamos las cáscaras de las habas, que las echaban en las calderas con una horca de hierro de aquellas que gastaban para las basuras. Las echaban enmohecidas, extendidas ya. Los gajos se los comían en Almería o donde fuera y allí iban las cáscaras. No las podías tirar. Como comíamos en expansión, en lo alto de la tierra, en el campo, en una explanada, pues había mucha arena y, algunas veces, hacíamos un hoyo en la arena y enterrábamos aquello. Otras veces había que comérselas. Los movilizados que había, los viejos, sí se las comían. Nosotros nos aguantábamos un poco, porque llevábamos algo de la casa—algún pan, alguna cosa—, pero aquello allí duraba, a lo mejor, quince o

veinte días repartiéndolo mucho, si no te lo quitaban porque, claro, el que tenía hambre buscaba lo que fuera. Así que algunas veces había que comerse las cáscaras también. Dormíamos encima de unas colchonetas y con dos mantas, una abajo y otra arriba. El colchón era una manta.

## EL TRASLADO A GERONA

En fin, aquello pasó pronto, hasta jurar bandera —dos meses y medio o tres. Después nos embarcaron y nos llevaron a Rosas, Gerona. De allí nos llevaron a un pueblo que se llama la Escala y nos pasaron de un regimiento a otro. Total, que llegamos allí. Yo llevaba un fusil ametrallador de primer tirador. Luego, allí me dieron un mortero. Pero ahí estuve pocos días porque, de seguidas, una noche pidieron un practicante, y yo a mi padre le había puesto inyecciones. Total que fue eso, los amigos que yo tenía por allí me dijeron:

—Preséntate tú, preséntate tú —uno.

—Anda, pues tú sabes... —otro.

Fui a la oficina, me hicieron un examen y a otra mañana me hicieron que fuera al botiquín a hacer unas prácticas. Me aprobaron y ya solté el mortero aquel —que me quedé muy a gusto. Me dieron un macuto de socorro y una pistola. Estuve veintisiete meses de practicante en el botiquín.

En las fronteras aquellas hubo una temporada, un mes o así, que estuvimos destacados. Eso fue en Vilajuiga y Garriguella, que estaban allí cerca, en la frontera, a tres o cuatro kilómetros de Francia. Había unos ingenieros trabajando en fortificaciones en las montañas, en la sierra, y tuvimos allí una compañía —ochenta o cien tíos—, porque iba a venir un general —el general Esparza. Tuvimos que ir a hacerle como guardia, antes de que él viniera, un mes antes. Nos pusieron a trabajar en carreteras, en fortificaciones para los cañones, para la maquinaria de guerra. Íbamos a la montaña a trabajar y, claro, yo tenía que ir también por si pasaba algo.

En un traslado de esos, de la Junquera a Figueras —hay veinticuatro, veinticinco kilómetros—, fuimos andando en ayunas. Nos dieron una copa de coñac de desayuno. Algunos muchachos, que llevaban los fusiles ametralladores —que pesan siete kilos o por ahí—, se desmayaban y yo tenía que ir. Se me ocurrió quitarle el fusil ametrallador a uno de Huéscar, que se llamaba Pedro, y cargármelo encima de las bolsas para ayudarlo, para que descansara un poco. Pero los jefes que iban montados en caballos, dando para allá y para acá, me vieron y me gritaron:

—¡Eh!, eso no se puede hacer.

Tuve que darle el fusil. Se quedaron desmayados ocho o diez en la carretera. Aparecieron a las dos o tres horas, después de nosotros. Ya habíamos comido. Los arrestaron y los metieron en un pelotón de castigo en el patio —ellos hacían su servicio y en las horas de descanso les metían en el patio y los obligaban a correr. El cuartel nuestro era un convento de monjas. Estaba vacío y nos metimos allí. Eso fue en la Junquera.

## EL COMPAÑERO DE HUÉSCAR

Este muchacho era hijo de un guarda de Huéscar, un obrero, personas buenas, y a mí me daba lástima. Y, claro, como yo era practicante, entonces hablé. En aquellas idas y venidas compraron unos cuantos borregos y se fueron dos o tres de pastores a la montaña con ellos. Un gastador, que iba en la punta de delante, era el que hacía de jefe con los borregos, para ir matando alguno para comer los fines de semana o algún día de fiesta. En fin, administraron aquello, porque antes había ido mal y, claro, necesitaban un carnicero. Yo me acordé del muchacho de Huéscar y les dije a mis jefes que conocía a uno que sabía —aunque en realidad no sabía. Como yo me había criado en el campo y había matado ya algunos corderos para gastarlos en la casa, alguno que se había visto malo, en fin, cosas de esas, pues sabía cómo hacerlo. El muchacho me dijo:

—Es que yo no...

—Tú no te preocupes —le dije yo.

Donde yo tenía el botiquín había tres habitaciones y una ventana grande que daba al patio de la cocina. Había un patio grande y una cochera donde tenían las calderas, y pegado a aquello estaba donde comía el batallón. Total que le dije:

—Mira, Pedro. Temprano, antes que se levanten a hacer el café, que traigan aquí los borregos que se vayan a matar: uno, dos o los que se vayan a matar. Yo no necesito salir a la calle. Por la ventana paso al patio y me meto donde los cocineros.

Así que me levanté unas cuántas mañanas a ayudarle a que aprendiera, hasta que ya él no necesitó mi ayuda. Claro, luego, muchas veces el mejor bistec que había del borrego, lo asaba y me lo pasaba por la ventana. Allí mejoramos todos: hubo permisos, hablábamos con alguna muchacha de allí...

Aquello era muy chico —era un pueblecillo como Almaciles o más chico— y había cinco compañías del ejército. Como estaba en la frontera y había aduana, había también unos cien policías y guardias civiles. El marido de la Eladía, que se llamaba Paco y es familia de los de la gasolinera, estaba de policía en ese pueblo. Por cierto, tenían unas motos muy grandes y muy buenas, unas Sanglas.

## EL MAQUI

Una mañana de niebla cogieron a un maqui en la montaña. No me acuerdo del nombre. Aquel maqui tuvo una historia grande.

La carretera va entre dos montañas y el pueblo está abajo. Ahora han quitado la carretera aquella y han hecho otra variante para pasar a Francia o a Italia. Entonces, en lo alto de cada montaña había un torreón y un puesto de guardia en cada uno. El pueblo estaba en medio, en el hondo. Pasaba un río pegado al pueblo.

El maqui se presentó y le echaron el alto. Lo cogieron y le gritaron:

—¡Suelta el macuto! ¡Suelta eso!

No lo registraron bien. El tío, a la hora o dos de estar allí, dijo que tenía ganas de hacer sus necesidades. Cogió un soldado el fusil y le llevó a hacer sus necesidades. El otro llevaba un par de pistolas por dentro de los pantalones. Se desabotonó, sacó la pistola, se volvió hacia el soldado y le quitó el fusil y las balas. Menos mal que no mató al soldado, por lástima. El soldado, llorando, le dijo:

—Hombre, que a mí me fusilan, que a mí tal. Anda, vete si quieres, pero no me mates.

Total, que le vació el fusil, las cinco balas que llevaba. Con el descuido y el despiste nada más que había cogido el fusil, no llevaba las cartucheras. El maqui esturreó las balas por allí, le tiró el fusil y se fue. El soldado recogió las balas del suelo, le metió al fusil una o dos y tiró. Los compañeros entonces salieron a ver qué pasaba.

—Que se ha escapado —les dijo.

En fin, salieron los cinco o seis que había en busca del maqui. Lo vieron por allí y les hizo frente. Uno de los militares le dio en la mano derecha y la pistola se le cayó, pero pudo cogerla y se defendió con la mano izquierda. Como iba echando sangre, se metió en el río, los despistó y se les escapó.

Pasaron cuatro o cinco días —exactamente no me acuerdo— y una noche, después de tocar silencio, se presentó aquel hombre vestido de militar, herido, con los cordones de las botas liadas en eso, aquello viejo, podrido, ya medio en gangrena. El carácter no era de militar. Yo pensé: “Señor mío, esto no es...” Pero no dije nada más que:

—Siéntese.

Empezó a decirme que si habían ido con un camión a por leña, que si no sé qué... Aquello lo tenía pegado, viejo. Hasta el cinturón lo llevaba en el brazo. Yo pensaba: “Esto no puede ser. Esto no es natural”. Como yo tenía allí unos arcones con vendas, medicinas, agua oxigenada, en fin, el infiernillo para hervir agua, lo puse de espaldas a la puerta principal, me asomé por la ventana y le eché una voz al centinela, que estaba a unos cinco metros o así de la ventana. Le dije en voz baja:

—Avisa al capitán o al sargento de guardia. Avisale, que hay aquí uno del que no me fío. Que vengan y me ayuden como sea a ver esto lo que es.

El capitán vino con dos militares y la pistola en la mano. Cuando el maqui se dio cuenta, tenía la pistola en el cogote. Yo estaba delante con la mano cogida curándolo. Se le caía a pedazos, se le veían los huesos. Lo acabé de curar y el capitán le preguntó que dónde estaba la pistola. El tío dijo que la pistola estaba en unos pinos. Pensó: “Ahora, al ir a buscar la pistola, me escapo otra vez”. Pero el capitán ya no lo soltó. Allí se formó un lío aquella noche. El tío me amenazó y dijo que me iba a matar.

En mi regimiento éramos cuatro compañías, pero había otra a la que dábamos de comer en nuestro batallón. El corneta de esa otra compañía era el que le había suministrado la ropa de militar al maqui. Aquello se aclaró luego. Se ve que eran conocidos, cómplices de alguna historia. La pistola se la había llevado el corneta y la había metido en su cama. La tenía debajo de la almohada. De allí sacaron la pistola que llevaba el tío.



Al maqui se lo llevaron al hospital a Figueras, lo encamaron y lo curaron. Al mes o así estaba ya curado. Él iba todos los días al aseo, como es natural. Empezó a ver aquello y a hacer sus planes. Un día fue al váter, tiró de la ventana, la arrancó y salió por allí. Se fue por los tejados y ya no lo volvieron a ver. Tenía dos centinelas a relevo en la habitación. Siempre había por lo menos un centinela. Viendo que no salía, el centinela avisó. Él había atrancado la puerta por dentro. Cuando abrieron, el tío ya se había pasado una hora por ahí brincando a donde fuera. Luego nos enteramos que el tío había estado en África en la mili. Había estado metido en el ejército. También supimos que tenía una novia en Cuba y que lo habían devuelto de un barco que se iba para Cuba. El tío se ve que tenía una historia.

## LAS MIGAS

Vine de permiso la primera vez a los dieciséis meses de irme de mi casa. No querían darme permiso, porque los jefes decían que me necesitaban allí. Por últimas enganché un mes de permiso y me vine para la Pascua. Me pasó una cosa. Mis padres habían estado en la boda de un vecino, y mi madrastra me tenía guardado para cuando viniera un bizcocho o dos de la boda.

Al irme me llevé tres panes grandes, de cinco o seis libras, en un saco y diez o doce kilos de chorizos fritos con su pringue metidos en una lata. Entonces se compraban en el campo unas latas grandes de gas para los candiles. Las fregaban con sosa y las apañaban. Como eran de veinte litros, las cortaban, le empalmaban otra vez sus asas y las dejaban más chicas. En esas latas se guardaban los chorizos y los embutidos para el verano, para dar de merendar, entre la comida y la cena, a la gente en el campo. Por lo menos en casa de mis padres sacaban por la tarde embutidos de aquellos y un porrón de vino, y merendaba la gente para seguir trabajando después. Eso se hacía casi al ponerse el sol, mientras se encerraba el grano. En una lata de esas, que cabían diez o doce kilos de embutidos fritos con su pringue, me los llevé.

El hogar del soldado y el botiquín estaban tabique por medio. El del hogar del soldado era un cabo de Iznalloz, Antonio Oriana. Habíamos sido compañeros toda la mili. ¡Madre mía!, hicimos unas migas allí con el pan, el pringue y los chorizos. Al hogar del soldado entraban todos, hasta los oficiales algunas veces. Comimos casi todos. Le pegamos un *zumbión* bueno a la merienda. En fin, pasé la mili, desde luego, ya de últimas, bien, bien, bien, gracias a Dios.

## FIN DEL SERVICIO MILITAR

Cuando llegó la hora de licenciarnos, los demás embarcaron allí para venir a Almería. A mí, como estaba donde estaba, me hicieron un pasaporte para no tener que montarme en el barco porque, cuando fui para allá, en el barco me mareé y no quería volver en barco por si acaso me volvía a pasar. Al final llegué un día antes a mi casa que los que iban en barco.

Me tiré treinta y un meses en la mili. Estuve veintisiete de practicante y tres o cuatro más antes. Si me hubiese reenganchado habría ascendido, como

es natural, a oficial y con el título de practicante. Pero, ¿y mis padres, que no tenían más hijos que yo? Mi padre había comprado alguna tierra más y se había recogido a lo suyo, a su tierra propia, que luego tuve yo y después se la he repartido a mis hijos.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Antes de irme a la mili empecé a hablar con mi mujer un poco, una *miajilla*, no de noviazgo, como amigo. Mi mujer tenía diecinueve años, un año más que yo. Mi mujer se llama Agustina y tiene tres hermanas más. Se ponían a jugar a la pelota en su puerta. No se fiaban mucho de mí. La chica no decía nada, pero las otras y su madre —que en paz descanse— estaban siempre:

—Agustina esto. Agustina a los pollos. Agustina no sé qué —porque no se fiaban mucho de mí.

Así que lo dejé. Dije: “¡Bah!, bueno, ésta...”

Luego se casó una prima suya y mi mujer fue a la boda. Coincidimos allí y nos juntamos otra vez. Al año o así de eso me casé con veinticinco años repelados.

## LA BODA

Nos casamos el día ocho de julio del cuarenta y nueve en la *Toscana*. Aquella noche vinimos a la Puebla, a la calle Barroeta, y estuvimos ahí en vez del viaje de novios. Estuvimos ahí una semana aproximadamente.

## MUERTE DE LOS PADRES

Al principio vivimos con mis padres. Lo que pasa es que eran ya muy mayores y murieron al año y pico de casarnos. Mi madrastra murió al poco tiempo. Casi me casé de prisa por eso. Me parece que fue aquel otoño, porque ellos se llevaban mes y medio o dos meses el uno del otro. Ella estuvo mala, pero mi padre murió de repente. Había ido yo a por leña y el carro tenía los *palones* —unos palos grandes que le poníamos al carro por delante, por detrás y por los lados para que abriera más por encima para echar más leña. Salió mi padre a ayudarme a quitarle los palones para meter el carro en el chozo, en la cochera. Yo no le noté nada. Le quitamos los *palones* al carro y él se fue a la casa. Era ya otoño, en noviembre, y hacía un día de sol. Mi hijo mayor tenía tres o cuatro meses y estaba en la cuna. En la misma habitación había un sofá al entrar a mano derecha y el niño estaba en el otro lado, en la otra pared a la par de un armario, unos estantes que había a cada lado de la chimenea. La mujer, una criada que tenía mi padre, se había juntado con las vecinas y estaban allí haciendo punto. Mi padre se metió en la casa y yo me quedé con las vecinas. Entonces me dijo mi mujer:

—Asómate a ver si llora el niño.

Me asomé y vi al niño durmiendo. A los diez minutos entró la moza de mi padre, se asomé también a ver al niño y sintió a mi padre roncar. Lo meneó y ya vio que no es que estuviera durmiendo. Salió a la calle, nos avisó y entramos todos. Estaba muriéndose.

## HIJOS

Nosotros seguimos allí. Hemos criado a nuestros cuatro hijos en el campo. Tuvimos dos varones y dos mujeres. El primero está casado con la “Pericha”, con la de Pedro, sobrina de Pepe Rioja. La segunda es la mujer de Manolete. Se llevan casi cuatro años. Manuel es nieto mío. El otro hijo mío, el chico, es Moisés. La otra hija, la Aurora, se casó con uno que era tratante de ganado y vive en la parte de Murcia. Se ha quedado viuda ahora. Esos son los cuatro que han nacido en mi casa. El mayor y los dos siguientes nacieron en el cortijo *Casa Blanca*, en el campo. Había una mujer en Bugéjar que se dedicaba a atender los partos, en fin, que no tenía título pero hacía eso. La Aurora nació en la Puebla.

## CAMBIO DE RESIDENCIA Y DE TRABAJO

Viviendo y trabajando en el campo, he estado hasta el año cincuenta y seis o por ahí. Los críos ya iban siendo mayorcicos y allí no había maestros. Así que pensé venirme a vivir a la Puebla. Me vine a la calle Barroeta para que ellos estudiaran algo. Mis tierras se las dejé a un pariente. Le dejé dos mulas para que trabajara y sacara una renta. Las otras las vendí. Le dejé las tierras, el apero de los carros y la casa. Viví en la calle Barroeta cuatro años o cinco y los críos iban a la escuela. Me dedicaba algo a la compra y venta de ovejas. Compraba un manojo de ovejas y las daba a medias: la mitad de los borregos para mí y la otra para el que las tenía.

Ya me dijeron que vendían la posada, donde vivo ahora, en la plaza. Se lo dije a mi mujer:

—Mira, esto. Me fastidia porque ahí trabajan las mujeres. Hay que trabajar mucho. Pero con eso podríamos darles a nuestros hijos...

Así que me entrampé un poquillo y compré la posada. Me costó cuatrocientas mil pesetas. Yo no tenía nada más que doscientas entonces. Contaba con unas ovejas que tenía por ahí a medias, pero dinero en metálico no tenía casi un duro. Me gasté otros veinte mil duros en la obra que hice. Total, quinientas mil pesetas. No tenía nada más que doscientas y trescientas en trampas. Pero me metí en la posada y se me dio bien. El nombre de posada no me gustaba mucho, parecía una cosa antigua. Llamé al “Barbas Tristes” y me hizo un croquis. Ya, con la obra que hice, mandé el croquis a Granada echando la solicitud para fonda, y le cambié el nombre: “Fonda Martínez”. Trabajando mucho, al año pagué mi trampa de trescientas mil pesetas y costé mi casa. Y así seguí.

## LA COJERA

Tuve una desgracia cargando un camión de leña en el pinar. Fue un día de lluvia. Víctor llevaba el camión. Tenía dos hombres buscados, pero me fracasaron. Cargamos el camión mi hijo mayor y yo. Víctor me echó también una mano. De pisar el camión, esto y lo otro, me hice daño en el pie izquierdo. Además, yo hacía tres matanzas en mi casa para la fonda. Engordaba unos cerdos en una cuadra grande. En una punta comían y en la otra dormían. Para evitar los olores

había que limpiarlos. Una noche fui a cambiarlos y, al llegar, se espantaron los cochinos por algún gato, alguna rata o por lo que fuera. Salí corriendo haciendo “fu” para que volviesen. Había broza en el suelo, se me enganchó y tropecé. ¿A dónde fui a parar? Al poste. Me lesioné un poco el pie izquierdo.

Fui a un médico, a otro, a otro... No se sabía lo que era. Yo estaba pagando el sello de la Seguridad Social de autónomo en agricultura. Al pasarme del ramo de agricultura al de industria, me quitaron la Seguridad Social. Así que tuve que solicitar de nuevo todo el papeleo como industria. Luego me vino aprobado la de industria con el mismo número que había estado pagando antes. Pero, claro, estuve un tiempo fuera de la Seguridad Social. Fue en el bache de mi enfermedad y tuve que costearme todo. Hasta en eso tuve la mala suerte.

Fui a ver a Don Manuel Clavel, que era en Murcia. Estuve yendo ocho meses. Me anunció una operación, pero no me operaba nunca. Al ver que no me operaba, me disgusté con él. Le dije un día:

—Mire usted, Don Manuel, que...

Me enteré de uno, un tal Marciano, que había operado en Granada a una mujer que vivía aquí en la plaza, la dueña de la casa donde vive la Julita la “Loba”<sup>12</sup>. Por mediación de ella, fui a ese médico. Estuvo en nada que me matara, porque me mandó un tratamiento de medicinas tan fuerte que, si no llego a ser joven y fuerte... Me dejó la sangre sin glóbulos rojos. Isaac me ponía las inyecciones. Cuando era en los brazos, me las ponía yo. Eso fue en el año setenta. Me tiré tres años y medio andando con dos muletas. Tuve que dejarlo. Lo llamé por teléfono y le dije:

—¿Qué me pasa, que me mareo?

Me cambié con otro catedrático de la universidad de Granada, que se llamaba Don Domingo Salvatierra Ríos. Ese me dio ánimos, pero nada más. Entonces fui a Badajoz a otro médico, Zafra. Me gasté muchas perras. Fui a Almería a otro médico. Viendo que no mejoraba, volví a Murcia.

Entonces, unos médicos, que eran cazadores y venían a mi casa, me dijeron:

—Vente con nosotros, que te veamos.

Fui un par de veces. No me cobraron nada. Yo les regalaba algunas veces la comida aquí. Me dijeron que no había esperanza. Les dije de ir a Madrid y me dijeron:

—Mira, vete a tu casa. Un día te dolerá más, otro menos...

Yo no vivía bien, así que me dije: “Leche, para no vivir, yo me voy a...”

Mi hijo terminó de hacer la mili y a los quince días o por ahí se fue a ocupar su puesto en teléfonos. Se fue a la provincia de Gerona, a la Costa Brava. Yo tenía familia que se había ido a Barcelona, primos. Total, que dije: “Me voy a Barcelona”. Nada más que me quedaba ir a Barcelona para el pie. Allí me dijeron que me operaban y que quedaba bien. Me hicieron una operación para cortarme hueso y analizarlo. Se me había abierto el tobillo, y el hueso se había dañado. Rozaba hueso con hueso, porque tuve derrame de sinovia. Analizaran todo aquello y me hicieron la operación grande. Estuve dos meses en el hospital de San Pablo en Barcelona. Me dijeron que soltaba las muletas y aquí estoy.

---

12 “Esa casa se la donaron los dueños —que no tienen hijos— al obispado de Guadix. Ella se la compró al obispado. A la dueña de esa casa la operaron de la espina en Granada”.

Me dejé seiscientas mil pesetas en Barcelona, además de otras seiscientas o más que me había gastado aquí entre unos médicos y otros. Tuve un bache, que si no es por la fonda...

## HIJOS

Los hijos me salieron malos estudiantes y los puse a trabajar. El primero se colocó en teléfonos. A Moisés no le gustan los estudios. Estuvo yendo a Huéscar y las notas no eran muy buenas, porque era un granuja y se iba por aquellos parques, por allí, por donde fuera. Total, que pensé: “¿Qué voy a hacer con un hijo así?”. Se me ocurrió entrar en sociedad con el Manuel Barreras y compramos una máquina cosechadora. Vendí la casa de la calle Barroeta —la de mis padres— para pagar la trampa de Barcelona, y compré un tractor para que mi Moisés labrara. Despedí al labrador que había en el cortijo. Le recogí otra vez las tierras y metí a Moisés, con diecisiete años, en la faena del cortijo. No tenía carné todavía. Cuando trabajaba por aquí con la máquina, iba sin carné. Aquello le gustó y se le daba bien. Iban a Huebras<sup>13</sup> a segar. Pedí la máquina para pagarla en tres años. Vino la cosa bien y la pagué en dos. Saldé mis cuentas y a trabajar. Luego, el Barreras cambió la máquina a los de la casa de la máquina en Albacete, y yo se la compré por la mitad de menos perras a los mismos tíos. La compré con lo que me dieron por mi parte. La tuve dos o tres años más y la cambié. Ya es de Moisés solo. Mi parte se la regalé a Moisés porque había sido el que la había ganado. Dimos aquella máquina y algunas perras como entrada de la que tiene ahora. Yo fui dejándole algunas perras que iba ganando por ahí, y se apañó la cosa.

## RELIGIÓN

Siempre he sido algo religioso. En el año sesenta y dos entré en la Hermandad del Santísimo. Con los curas me llevo bien. Salgo a ver a los enfermos. Vamos y hablamos un rato con ellos.

En la iglesia de la *Toscana* también fui de la Hermandad del Santo Cristo. Eso fue ya de casado. Allí fui uno de los mayordomos, de los jefes. Entonces era jovencillo. Los blandones que hay allí —todavía habrá alguno— tuve que ir a por ellos a Huéscar con la tartana. Tuve que pasar la Pascua allí, yendo a pedir de casa en casa para la Hermandad con músicos y con cosas de esas. El dinero que sacábamos era para la iglesia de la *Toscana*. Hacíamos bailes de noche donde nos pescaba. El año que nos tocó fui a Almaciles. Yo conocía gente de Almaciles que sabía tocar bien la guitarra y cantar los aguinaldos. Son trovadores y músicos buenos.



3. Los Ratones 2007.



4. *Casa de Henares* 2007.



5. *La Toscana* (2007). *Iglesia y cementerio.*





# JESÚS SÁNCHEZ PAZ

## (1924)

Jesús nació el 19 de marzo de 1924 en Puebla de Don Fadrique. Sus padres fueron agricultores. Tuvieron seis hijos. Él es el menor. Su madre murió cuando él tenía catorce años. Pasó su vida en el cortijo *Casa Blanca*. Hizo el servicio militar en el cuartel del Pardo, cerca de Madrid. Gracias a una recomendación, le nombraron soldado de primera y su paso por el ejército resultó más llevadero, a pesar de que en la posguerra había mucha hambre y se pasaban muchas calamidades en los cuarteles. Conoció a su mujer en el cortijo de *Barrás* antes de irse a la mili. A su regreso retomaron el noviazgo y se casaron en 1949. Tuvieron un hijo y una hija. Pasó toda su vida trabajando en el campo y domando y vendiendo mulas para labrar, cuando éstas eran necesarias para hacer las faenas del campo. Poco a poco fue ahorrado y pudo hacerse con tierras propias. Ya mayor le dio un dolor en las piernas a causa de la aterosclerosis y le tuvieron que operar. Se jubiló y su hijo se hizo cargo de sus tierras. Sus relatos de vida, narrados de manera clara y coherente, se centran en temas como el trabajo, el ahorro y el matrimonio, en torno a los cuales muestra muchos de los valores de su generación.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el día de San José a las cinco de la mañana, el 19 de marzo de 1924, en la Puebla. Me lo dijeron mis padres. Eso no se me olvida a mí.

### FAMILIA DE ORIGEN

A mis abuelos no los conocí. Cuando yo nací, ya se habían muerto. A mi madre la conocí poco también. Se murió cuando yo tenía catorce años, en el año treinta y ocho, en plena Guerra. Me parece que tenía cincuenta y un años. La llevamos a Cañada de la Cruz, que había allí una mujer que decían que curaba. Murió seguramente de cáncer. Lo que pasa es que entonces no se sabía nada.

Mis padres eran de aquí de la Puebla. Mi padre se llamaba Julio y mi madre María. Mi padre era agricultor y mi madre trabajaba en la casa. Entonces las mujeres iban poco al campo. Hombre, algunas ayudaban, pero mi madre no. Tenía bastante con los hijos, hacer la comida para el mulero y para el pastor... Cuando yo nací mis padres tenían una finca arrendada en las *Casas de Don Juan*<sup>1</sup>. Yo nací en la Puebla, pero ellos vivían en las Casas. Allí había ocho o diez familias. Aquello era muy grande. A los dos o tres años de nacer yo, en el año veintisiete, se fueron a *Casablanca*<sup>2</sup>, a una finca que era del amo de Calasparra<sup>3</sup>.

1 "Al treinta y siete por ciento. De cien fanegas, treinta y siete para el amo".

2 "Había cuatro vecinos, cuatro fincas".

3 Murcia.

Era una finca de dos pares de mulas, grande y de riego. Julio y yo sembrábamos un año patatas, otro habichuelas, otro panizo, lo que daba Dios. Allí he pasado toda mi vida hasta que me retiré.

Yo era el más chico de seis hermanos: tres varones y tres mujeres. La primera se llamaba Julia. Vivió en las *Casas de Don Juan*. Luego se fue a Huéscar. Su marido compró una posada en la punta del paseo y allí estuvo de posadera. Se murió hace tres años con noventa y cuatro. Luego se murió otra con treinta y tres, que vivía en Caravaca. Se casó con uno de Caravaca. Tenía dos hijos pequeñicos: el mayor tenía cuatro años y el chico no andaba todavía. Se murió de cáncer. La llevaron a Madrid, la operaron, pero murió. Otro de mis hermanos, que vivía en Huéscar, también se murió hace treinta años. Tenía ya setenta años. El otro se llamaba Pepe. Quedamos dos: la más chica de las tres mujeres, que tiene ochenta y nueve años, y yo, que voy a cumplir ochenta y tres. Esos dos quedamos nada más.

## ESCUELA

Con cuatro años, empecé a ir a la escuela de la *Toscana*, que había una maestra que se llamaba Doña Carmen, que era de Granada. Iban mis hermanos a la escuela y la maestra les decía:

—Traéroslo, traéroslo.

Como la *Toscana* estaba cerca, con cuatro años me llevaron. Estuve yendo cuatro años. A los cuatro años la maestra se casó con uno de la *Toscana* vieja. Estaba soltera, era ya mayor, tenía cuarenta años. Entonces vino una maestra joven. Antonio Egea, el de la farmacia, se enamoró de ella. Era un zagalón. Iba allí con la moto y estaban juntos. Pero al año se fue la maestra a Granada y ya no hubo más maestra en la *Toscana*. Entonces fue uno de Topares, que no era maestro, con una burra, a dar clases a los zagales a los cortijos. Ese fue el que me enseñó a mí a leer y a escribir. Se llamaba Pedro Aliaga Mateos. Una vez me hizo una cuenta de multiplicar. Yo gastaba tiempo y no la sacaba. Al rato me dijo:

—Pero, ¿cuándo vas a sacar la cuenta?

Se la enseñe y le dije:

—Parece que está regular.

No estaba bien y me dio una guantada en la cara. Dijo:

—Eso de regular no es nada. Se dice: bien o mal.

Iba una noche a *Lóbraga*, otra venía a *Casa Blanca* y así. Estuvo yendo tres o cuatro años.

## VIDA COTIDIANA EN EL CORTIJO

Cuando tenía seis o siete años yo ya estaba guardando borregos. Entonces no había consentimientos. Mi hermano Pepe y yo éramos los dos más chicos. Cuando mi madre vivía, hacía un arroz, un potaje, lo que fuera y nos ponía el plato allí a los dos chicos en una mesa para comer. Ella nos ponía un cálculo

de lo que teníamos que comer, y teníamos que comérmolo todo. Si no nos lo comíamos, a la noche teníamos que hacerlo. Te ponía la madre eso, y eso tenías que comer. No es como ahora, que dice el crío:

—No, yo no quiero comer. Yo no quiero comer guisado.

Y a cada uno tiene que hacerle la madre una cosa. Entonces no. Los chiquitillos comíamos lo que comían los padres y todos, fuera un potaje, un arroz, lo mismo. Como éramos chicos, en vez de comer en la mesa con todos, comíamos en una mesa chica.

Entonces comíamos todos en el mismo plato, en mi casa y en todas las casas. Si hacían un arroz, nos lo comíamos en la sartén. Cada uno comía por su lado y ya está. Había un porrón para beber agua.

Dormíamos juntos. Mi hermano chico y yo dormíamos juntos casi siempre y mis hermanas lo mismo. No había anchura en los cortijos, ni en ninguna parte, para dormir cada uno en una cama. A lo mejor había dos o tres dormitorios y, si había muchos hijos, tenían que dormir juntos. Las niñas dormían separadas de los niños. Cuando te acostabas no veías mujeres desnudas, ni hermanas, ni nadie. Cada uno dormía en su sitio.

Las necesidades ibas a hacerlas al gallinero, a la marranera, o detrás del cortijo. Había una buena zafa y te lavabas. En un lebrillo te ponías y te lavabas las piernas, el cuerpo... Pero baño, ducha y eso no había nada. Te mudabas cada doce o quince días, no como ahora. Así hacía todo el mundo. Si tenías un mulero, a los quince días iba a mudarse. Se estaba un domingo y a otro día, lunes, volvía al trabajo.

De comer, gracias a Dios, en mi casa hemos comido siempre bien. En mi casa se mataban un par de marranos bien grandes y bien hermosos y, si eran más chicos, tres o cuatro. Criabas los marranos, los engordabas con cebada, panizo... Cuando tenían un año, matabas los marranos de doce a quince arrobas. La carne estaba buena. No como ahora, que matan un marrano, hacen chorizos y a los dos días están *chapados*. Están criados artificialmente, no valen. ¡Con razón tenemos que morirnos antes de tiempo!, aunque hay viejos viviendo viejos, pero eso ya no es vida. A mí la gente nueva me da lástima. Esto no puede seguir así mucho. Los viejos ya tenemos las carrera hecha, ¿pero los nuevos dónde van a parar?

## LA MENSTRUACIÓN DE LA MUCHACHA

La vida es una historia. Cuando mi madre se murió, la pobre, se quedaron dos hermanas mías, la Felicidad y la Sagrario. Juana<sup>4</sup> la “Sarapia” estuvo con ellas un verano ayudándolas. Como había segadores tenían mucho trabajo. Ella tenía doce o catorce años. Un día estaba en la cámara —no sé qué estaba haciendo— y le vino la regla. Puso todo aquello de escándalo. Yo era chico, pero me acuerdo. Lo dijeron mis hermanas. ¡Madre mía, qué susto se llevó la pobre!

4 Juana García García (1927). Su historia personal se incluye también en este libro.

## CONFISCACIONES DURANTE LA GUERRA

A mi padre le quitaron los rojos —que les decían entonces— cien ovejas, dos pares de mulas y lo menos ochocientas fanegas de trigo que teníamos ahorradas en el cortijo. Las vendieron y perdimos todo. Se hicieron los amos de todo. Jacinto, que se llamaba el cabezalero que hubo en *Casa Blanca*, era el amo de todo.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Conocí a mi mujer en *Barrás*, más acá de Topares<sup>5</sup>, en un cortijo. Un día nos enteramos que había baile y fuimos cuatro zagales de aquí al baile. Mi mujer de joven era guapa. La conocí allí y la saqué varias veces a bailar. Me gustó y nos pusimos novios.

Venía un hombre de María vendiendo con una burra aquí, y pasaba por allí. Le dije:

—¿Pasa usted por el *Pozo la Zarza*? —estaba al lado de las *Cañadas*.

—Claro que voy—me contestó.

—Pues dígame usted a la Rufina, que viven allí sus padres, que el domingo voy a verla —esto fue en vísperas del domingo de carnaval.

—Sí, yo se lo diré.

El domingo de carnaval me monté en mi bicicleta y fui a verla. Cuando llegué no estaba allí, porque resulta que tenía una hermana mayor casada que vivía al lado de Topares, en un cortijo que le dicen el *Gamonar* y se había ido allí. Una vecina me dijo:

—Mal viaje traes hoy.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque sé que vienes a ver a la Rufina y no está aquí.

—¿Pues dónde está?

—Está en el *Gamonar*, que ha tenido su hermana una hija, y está allí con ella.

—Pues voy allí con la bicicleta.

Pensé: “Voy, hablo con ella, duermo en casa de mi hermana —mi hermana Sagrario vivía allí, en la *Casa Ortega*, hacía tres años que se había casado— y mañana me vengo a *Casa Blanca*”.

Así lo hice: fui y estuve allí un par de horas hablando con ella, porque ya era tarde. Como arredeé tanto con la bicicleta —el viaje era tan largo— llegué ya cuando quedaba una hora de sol. Pero hablé con ella y, nada, nos pusimos novios.

Le dije:

—Mira, me gustas tanto que no puedo aguantar sin verte. Te quiero mucho. Te he tomado cariño.

—Bueno. Si tú eres hermano de la Sagrario, que está casada con Pedro —me comentó.

—Claro. Pues nada, vamos a arreglarnos —le propuse.

5 Almería.

Estaba su hermana. Estuvimos ahí un par de horas hablando y nos pusimos de acuerdo para vernos de vez en cuando. Luego me fui a casa de mi hermana a dormir. Quedamos en vernos cada quince días, un domingo sí y al otro no, porque todos los domingos era muy a menudo.

Estuvimos de novios un año. Pero ya, al irme al servicio, me dijo que ella no iba a estar de novia así:

—Yo, para que te estés dos años por ahí, ¿voy a estar yo escribiéndote? Eso no. No te voy a escribir. Si cuando vengas de la mili te acuerdas de mí, entonces nos arreglamos.

Total, que ya dejamos el noviazgo. Teníamos dieciocho o diecinueve años.

## SERVICIO MILITAR

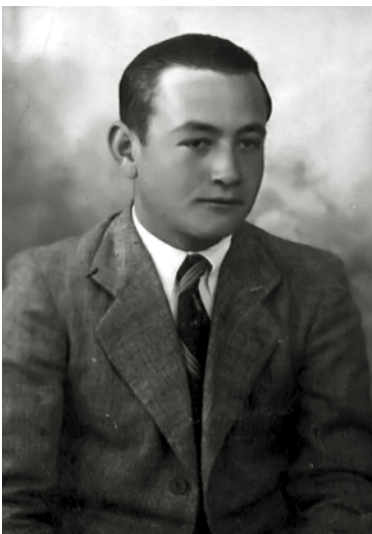
Yo hice la mili en el año cuarenta y cinco<sup>6</sup> y me tocó ir a Madrid, donde estaba Franco, en el Pardo. Entonces estaba la vida muy mala, había hambre allí y aquí. No había nada. Nos daban un bocadillo pequeño para comer las veinticuatro horas. Mi padre, como fue concejal con Diego de la Cruz, que era de aquí de la Puebla pero vivía en Madrid, se ve que se lo dijo. Entonces llegó y me llamó para que fuera un día a Madrid a su casa, porque el Pardo está a diez kilómetros de Madrid. Fui a su casa, comí allí y me preguntó si había jurado bandera. Le dije:

—No, no hemos jurado bandera. Juramos pasado mañana, el primero de mayo.

Y, claro, me enchufó. Fue allí y algo les diría a los jefes este Diego la Cruz, porque cuando juramos bandera, me llamaron a una oficina y me dijeron que iba a ser soldado de primera. Me dieron una tirilla, la puse en el gorro, ahí en la chaqueta: soldado de primera. Como la compañía eran tantos —estábamos quinientos—, había unos pasillos muy largos, tres pasillos con una cama a un lado y otra a otro, una abajo y otra arriba. No hice más trabajo que llamar a dos para que limpiaran un pasillo, después otros dos para limpiaran el otro pasillo y después otros dos para el otro. Ese fue mi trabajo. No hice ninguna guardia. Estuve a gusto, con hambre, pero en fin.

Por las mañanas en tres horas hacíamos la limpieza y, como ya no tenía nada que hacer, entonces me iba a Madrid, que estaba cerca. En Madrid comíamos plátanos, que había muchos plátanos entonces, y de eso vivíamos. Entonces había mucha hambre. Ya ves, cuando llegamos, estuvimos cuarenta y dos días durmiendo en el suelo en la compañía en el Pardo. Estábamos quinientos o seiscientos en la compañía, muchos, y no cogíamos. Teníamos la maleta de almohada y la media manta que nos dieron en Guadix, que dormimos en un pajar una noche porque no teníamos donde dormir, poníamos media manta abajo y media encima y los ladrillos de cama. Así estuvimos cuarenta y dos noches durmiendo en el Pardo. Eso no era vivir. Nos daban en un plato una *miaja* de guisote con agua, nada. Yo no sé cómo vivíamos. Yo tuve mucha suerte. Uno de Cúllar tenían sus padres una posada y mi padre iba a Cúllar todos los años a

6 “Eran de mi quinta: Eugenio Dengra, Rafaelillo el “de la posada”, Máximo el “de los escalones”, Antonio de Hoyo, Bernardo Romero, Teodoro el de Lóbrega, Ángel el de los Cerricos, otro de Bugéjar... Lo menos treinta fuimos de aquí. Fue el año que cayó el nevazo gordo. Salimos el 14 de marzo”.



1. Jesús cuando tenía 18 años.



2. En el servicio militar. 2 de abril de 1947.



3. Jesús con el par de mulas con que ganó el primer premio de la feria de la Puebla en 1944.



4. Jesús a caballo frente a la puerta de Cosme durante la feria de la Puebla en 1945.

la feria a vender mulas, e iba a la posada. Nos hicimos amigos. Él se colocó con el cura que había allí para decir misa y le daban muchos permisos. Iba de vez en cuando a su pueblo y se traía la maleta llena de jamón. En cuanto venía, me decía:

—Ven, vamos a abrir la maleta a ver lo que traigo.

De lo que traía, me daba y comía lo mismo que él tenía. Se llamaba José.

En el Pardo decían misa todos los domingos, y yo fui más de un domingo a misa allí. No dejaban entrar a todo el mundo, pero yo no sé por qué me enchufé e iba los domingos allí a misa. Estaba Franco allí.

Estuve veintinueve meses, pero estuve ocho o nueve meses de permiso. Un mes de trabajo y otro mes de permiso. Así pasé yo la mili.

## REANUDACIÓN DEL NOVIAZGO CON SU MUJER

Cuando vine de la mili en agosto, resulta que se casó mi hermano Pepe con la Enriqueta. La boda fue en Vélez Blanco. Allí nos vimos en la iglesia. Yo iba con una que vivía en *Casa Blanca* —se llamaba Gabriela— que me quería, pero yo no la quería. Estaba allí a mi lado en la iglesia. La pobre Rufina debió de pensar: “Ya lo he perdido, ya me lo han quitado”. Yo, como la vi que era muy guapa y estaba ciego, loco por ella, no hice nada más que venir a mi casa y a otro día cogí el papel, pin, pin, pin, y le escribí una carta:

*Soñada<sup>7</sup> Rufina:*

*Dudarás.*

*En efecto,*

*estoy desesperado en amor.*

*Los vínculos que unen*

*no pueden borrar de mi imaginación*

*tan grato recuerdo...*

Le escribí la carta. Pero sus hermanas la rompieron, porque no querían que se casara conmigo. Entonces le escribí otra, y después otra. La última ya no se la rompieron. La boda de mi hermano fue el día 15 de agosto, y yo le escribí para últimos de agosto y en septiembre. Ya me contestó a la última y nos arreglamos. En noviembre empecé a ir y a otro año nos casamos.

## BODA

Nos casamos el dieciocho de noviembre de 1949. Resulta que el día de Santiago, el veinticinco de julio, se murió mi hermana, la que vivía en Caravaca, la Mari Carmen, la *pobretica*. Y, claro, ¡cómo nos íbamos a casar al mes siguiente! Ya fui a María, hablé con el cura y se lo dije. El cura que tenía que venir a casarnos a Topares era de María, que pertenece a las *Cañadas*. Además, hacía tres meses que también se había muerto el padre de ella. Así que atrasamos la

7 “Decía soñada porque, desde la primera vez que la vi, no puedo borrar de mí la imagen de aquel recuerdo”.

boda de septiembre a noviembre. En noviembre nos casamos y nos fuimos a vivir a *Casa Blanca*. Nos casamos en María, en la *Cañada de Cañepla*.

De mi familia fueron mi hermano y la Enriqueta, que hacía un año que se había casado —ellos fueron los padrinos—, mi padre y mi hermana Julia. Cuando terminó la ceremonia, montamos en el coche que nos llevó allí y volvimos a *Casa Blanca*. Allí la moza que tenía mi padre hizo la comida.

## HIJOS

El primer hijo vino a otro año, en julio. Nació en el cortijo de sus padres, en el *Pozo la Zarza*. Cuando nació la asistió una mujer que vivía en las *Cañadas* que hacía eso, una comadrona. Yo estaba en *Casa Blanca* y vinieron a llamarme. Tuve que venir a por Don José el médico —tenía ya coche y fuimos con el coche— para que la asistiera. Estuvo allí quince o veinte días y luego nos vinimos a *Casa Blanca*. La hija vino cuatro años después.

Nada más tuvimos esos dos. Mi mujer me dijo:

—Mira, en mi casa hemos sido diez hermanos, y yo no quiero tener tantos hijos. Con dos me apaño. No tenemos más.

—Nada, no te preocupes que no tendremos más. Yo procuraré arreglar la cosa para no tener más —le dije.

Hacíamos, como se dice, lo del amor cuando teníamos gana, pero de hijos nada. Ya procuraba yo de leadear la cosa para no tener hijos. Ella no quería tener diez hijos como su madre.

## JUBILACIÓN DE SU PADRE Y CÓMO SE HIZO CARGO DEL CORTIJO

A los cuatro años de estar en el cortijo, ya se fue mi padre a Huéscar. Como yo era el último de los hijos —ya estaban todos casados— me quedé ahí en la finca, que era del amo de Calasparra. Fuimos allí y se lo dijo mi padre al amo. Contestó:

—Sí, que se quede él.

Mi padre se retiró y se fue a Huéscar, por estar cerca de mi hermana Julia, que era la mayor, aunque él tenía su moza, la Anita, que era de la Puebla.

Cuando mi padre se fue a Huéscar y yo me quedé en la finca, sembramos remolacha. Estuve sembrando remolacha lo menos diez años. Sembraba mucha. Tenía ciento veinte mil o ciento treinta mil kilos de remolacha. Había que escarbarla. Iban mujeres de aquí de la Puebla —veinte o veinticinco mujeres— a escarbarla, a arreglarla, en fin, a trabajar mucho. Había que regar de día y de noche. Tenía mulero y cada semana teníamos veinticuatro horas de agua, un día y una noche nos tocaba. El mulero no iba a estar las veinticuatro horas regando. Él regaba y yo también. Muchos años, en noviembre, que no llovía para sembrar, teníamos que regar de noche y el agua se helaba en la haza, iba con *reguillos*.

No pensábamos nada más que en trabajar y venga trabajar todos los días.



## CÓMO DOMABA MULAS Y LAS VENDÍA

Mi padre tenía cuatro o cinco yeguas, criaba muletos, y yo me dedicaba a labrar y a domar mulas. Mi padre sabía eso y nos enseñó.

Una vez le compré a Dativo, el de *Lóbrega*, una mula que tenía tres años. Yo tenía otra igual, que era negra. Se les escapó con el trillo y se resabió. Yo subí y se la compré en siete mil pesetas. Entonces, el mulero que tenía y yo le pusimos las anteojeras, le atamos bien el ubio y así la tuvimos quince días, porque se liaba a brincar y no había manera. No le echábamos cebada, nada más que granzones. A los quince días se quedó mansa. Esto fue en septiembre. Entonces le echamos cebada y venga cebada. En octubre, el día 22, que es la feria de Cúllar, la llevé con la mía, y me dieron treinta y dos mil pesetas por las dos. Me gané nueve mil pesetas en dos meses.

El año que se fue mi padre y ya me quedé en el cortijo, en el '54, me faltaba una mula para labrar —me hacían falta dos pares. En la feria de Cúllar compré una mula treintena<sup>8</sup>, para labrar. ¡Salió más cocera! Para echarle un *garbillo* de paja había que pasar por el lado de otra, porque si no te pegaba unas patadas que te mataba. Una cosa disparatada.

La tuve labrando todo el año. A los cuatro o cinco meses de que la había domado, le dije a mi pobre mujer:

—Mañana le voy a echar el aparejo a la mula, las aguaderas y los cántaros.

Me voy a montar en ella y voy a ir a por una carga de agua.

—¿Para qué vas a hacer eso? Para que te derribe y te mate —me dijo.

—No me mata, no, la tengo ya domada —le contesté.

Le eché la faena con las aguaderas y los cántaros, me monté en ella en la puerta y, pin, pin, pin, fui a la acequia. Llené los cántaros de agua en la acequia de *Bugéjar*, me monté y volví. Cuando me bajé en la puerta le dije a mi mujer:

—Has visto que no me ha derribado ni me ha matado.

Se echó las manos a la cabeza y dijo:

—Lo creo porque lo veo. Si no, no lo creería.

Un año compré un muleto también en la feria de Caravaca —los primeros años de tener casa— y era muy bueno. Me costó tres mil pesetas en la feria de Caravaca. Al año siguiente, cuando tenía un año (ya ves tú, tenía lo menos ocho dedos, grandísimo, y no valía para trabajar porque no tenía tiempo, porque hasta que no tenían dos años no podías engancharlos, y tenía un año) le dije a mi pobre mujer:

—¿Sabes lo que estoy pensando? Que le voy a arrancar las palas al muleto mañana.

—¿Para qué?

—Ya ves tú, le arranco las palas —esto era en agosto— y para la feria de Cúllar, lo llevo y lo vendo como treinteno que vale para labrar, y verás si gano dinero. Porque el año que viene no tengo compañero para engancharlo a labrar, que es muy grande.

—Haz lo que quieras —me dijo mi mujer.

8 Con treinta meses.



5. Jesús toreando. Alrededor de 1960.

—Eso voy a hacer.

A otra mañana, entre el mulero y yo le pusimos el acial y con las tenazas de herrar le arranqué las dos paletas. Esto fue en septiembre. Quería justificar como que era treinteno, que ya valía para trabajar. Le adelanté un año de vida.

En octubre lo llevé a vender a la feria. Estaba sin palas y no tenía sangre ni tenía nada. Aquello estaba cicatrizado. Llegó un tío que venía de la Mancha —hay buena gente allí para comprar mulas buenas— y me preguntó:

—¿Es usted el amo del mulo este?

—Sí señor —le dije.

—¿Lo vende usted?

— Claro que lo vendo. Lo he traído para eso.

—¿Cuánto quiere usted?

—Deme usted doce mil pesetas —le dije.

— Parece que se ha pasado usted un poco. Yo le voy a dar diez.

—No, no se lo doy —le contesté.

Entonces, como llevaban un corredor para arreglar el trato, el corredor nos llamó:

—Traiga usted la mano —nos dimos la mano—. Vamos a ver si es usted hombre de palabra. En once mil pesetas, ¿está vendido, es suyo, o no?

—Suyo es. Para que vea que soy joven, pero soy hombre de palabra. Suyo es —le dije.

Y me las dio. Me costó tres y me dio once. Gané ocho mil pesetas. Cuando vine, entré y le dije a mi mujer:

—Toma, Rufina, aquí tienes. Mira las palas si me las han pagado bien.

Me abrazó y dijo:

—Jesús en la vida, Jesús en la muerte, mi Jesús para ahora y mi Jesús para siempre.

Me quería mucho.

Anda que no gané dinero yo con las mulas, que no vendí pares de mulas. Todos los años domaba un par labrando todo el año con ellas. Las cebaba y a otro año las vendía. Entonces domaba otras más chicas, las enganchaba todo el año, y así.

Ahora tengo cerca de doscientas fanegas de tierra, que las compramos mi pobre mujer y yo hace ya veinte años. ¿Con qué? Con lo que ganamos, y entonces no se ganaba tanto dinero, estaba la vida peor que ahora. Mis suegros —que yo sólo conocí a mi suegra, porque mi suegro ya se había muerto cuando yo me casé— vivían ahí al lado de las *Cañadas*, en un cortijo, que era de ellos. Tenían doscientas y pico fanegas de tierra de secano. Nosotros trabajamos, ganamos dinero y lo ahorramos. A los ocho o diez años de estar nosotros casados, una cuñada mía que vive en Madrid dijo que nos vendía la tierra, treinta fanegas, y se la compramos. A otro año, otra hermana que vive en Madrid dijo lo mismo y se la compramos también. Eran diez hermanos: siete mujeres y tres hombres.

## FIESTAS

Teníamos pocas fiestas. Cuatro o cinco veces al año había fiesta y no se trabajaba: en Semana Santa, en Navidad, el día del Señor, el día de la Virgen de agosto, el día de Santiago, poca cosa. Para la feria veníamos algún día a la Puebla. Eran unas ferias de categoría. Te juntabas con el uno y con el otro y te divertías.

## RELIGIÓN

A misa no iba como ahora, no se podía. Íbamos a misa a la *Toscana*, porque venía un cura de Almaciles, Don Adrián. Venía todos los domingos a dar misa a la *Toscana*. Como estábamos cerca, a poco más de un kilómetro, íbamos a misa los domingos a la *Toscana*, pero no como ahora. ¿Cómo iba a ser religioso si no podíamos?

## JUBILACIÓN

Se ha padecido mucho, pero vivir hemos vivido a gusto. Yo en mi casa he vivido a gusto. Íbamos a la feria de Huéscar. Estaban mis hermanos allí casados, la Julia y Santiago, en fin, nos juntábamos. A Vélez íbamos algunas veces. Su madre tenía allí una casa y mi mujer tenía hermanas casadas allí. Dos cuñadas viven en Madrid. Están casadas: la mayor de todas y otra que es más chica que mi mujer. Otra, Laura, se fue a Buenos Aires. Se casó con uno de Vélez Blanco. El marido tenía un tío allí que no tenía hijos y decían que era rico. Se casaron y se fueron allí con el tío. Tiene dos hijos y dos hijas y viven allí. Otra se casó y vive en Totana. Otra en Vélez. Tenía un hijo y una hija. El hijo vino al baile una noche a

María y, al ir para allá, tuvieron un accidente y se mató. Iban tres, los otros no se mataron. El que llevaba el coche era vecino de Vélez. Mi cuñado, para no verlo —que era tan amigo de su hijo— compró un piso y se fueron a Murcia. Él murió hace diez años.

Yo he vivido siempre en *Casa Blanca* hasta que me retiré. Me dio la baja el médico. Ya estaba mi hijo casado. Él lleva las tierras.

Empezó a dolerme la pierna izquierda. Entonces fui a Granada y me dijo el médico:

—Tiene usted claudicación intermitente<sup>9</sup>, no le circula la sangre. Hay que operar.

—Pues, nada —le contesté.

Era en vísperas de Pascua. Me dijo:

—Cuando pasen las Navidades, se viene usted y le operamos.

El día cuatro de enero me llamó. Fui yo solo. No se vino ni mi mujer ni nadie. Estuve allí un mes, menos unos días. El veintiocho de enero me operaron de la pierna. Me rajaron la rodilla. En fin, estuve seis meses bien. A los seis meses empezó a dolerme la izquierda y la derecha. Fui otra vez a Granada y me dijo el médico:

—Mire usted, yo no soy Dios para operarle y que se quede usted bien. Usted piense que es la enfermedad del escapatate. Usted va andando por la calle, le duele, se para, mientras ve el escapatate, se le quita y sigue usted su marcha. Y no deje usted de andar todos los días dos kilómetros.

Eso hago, andar dos kilómetros todos los días: uno por la mañana y otro por la tarde. Voy a misa, para allá, para acá y me los ando tan a gusto. Me duele cuando ando, pero no tanto. Ahora voy a San Antón, que los martes dice la misa el cura allí. He subido varias tardes. Para subir la cuesta tengo que pararme cuatro o cinco veces, porque me duele. Sin embargo, para bajar no.

---

9 Dolor en las piernas causado por aterosclerosis (endurecimiento de las arterias) en las extremidades inferiores.



6. Jesús con sus nietos.



# EUGENIO LÓPEZ DENGRA (1924)

Eugenio nació en Huéscar el 12 de febrero de 1924. Ha pasado casi toda su vida trabajando en distintos cortijos en la sierra. El apodo con el que es conocido, *Chorrea*, es el nombre del último cortijo en el que vivió. Como la mayoría de los campesinos de su generación, empezó a trabajar siendo niño. En su relato se aprecian las dificultades que los campesinos andaluces tuvieron que afrontar para sobrevivir en la primera mitad del siglo XX. Su vida estuvo amenazada por el hambre, las enfermedades, la explotación y la guerra. No fue a la escuela y aprendió a leer y a escribir de modo autodidacta. Sin embargo, Eugenio es un buen narrador. Desarrolla minuciosamente la estructura de sus relatos, que están cargados de orientaciones y valoraciones. Muchas veces llama la atención el léxico que emplea para describir sus vivencias. Por ejemplo, cuando utiliza el término “arrebol” para referirse al color de las nubes al atardecer, que vio el día en que una avioneta bombardeó varias localidades del Altiplano granadino durante la Guerra Civil. Muchas de esas palabras han ido dejando de ser utilizadas por las nuevas generaciones, a medida que las experiencias a las que se refieren han ido desapareciendo con el paso del tiempo. Se casó a los diecinueve años con Marciana, y tuvieron su primera hija poco antes de tener que ir a la mili. Eugenio pasó dos años y medio en Madrid cumpliendo el servicio militar. En las historias que cuenta acerca de este período de su vida, describe los abusos de poder y las arbitrariedades que se cometían en el ejército, el hambre que padecía la tropa y el desconcierto en el que estaba sumida la vida en los cuarteles. Tras regresar de la mili, continuó trabajando en varios cortijos y ampliando su familia. Tuvieron otras dos hijas y un hijo. A lo largo de su vida, Eugenio ha estado cerca de la muerte en varias ocasiones: cuando cogió el tifus de niño, durante la Guerra Civil y en un accidente que sufrió pocos meses antes de jubilarse. En sus narraciones aparecen representados los distintos grupos sociales que había en la comunidad: propietarios, aparceros y jornaleros. Describe cómo eran las relaciones sociales entre ellos y los valores en que se sustentaban. La forma de explotación de los cortijos, mediante contratos de arrendamiento al tercio, favorecía una relación de patronazgo entre los aparceros y los propietarios, que casi siempre vivían fuera de la comunidad. Entre vecinos y familiares eran habituales las relaciones de ayuda. Los jornaleros ocupaban el estrato más bajo en la pirámide social, que se invirtió al final de la Segunda República, durante un breve período en el que los jornaleros tomaron el poder.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el día 12 de febrero de 1924 a las doce de la noche en los *Morales*, un cortijo de Huéscar. Me bautizaron en la parroquia de San Clemente.

## FAMILIA DE ORIGEN

Mis padres eran de Huéscar los dos. Mi padre<sup>1</sup> nació en las *Higueras*<sup>2</sup>, que era propiedad de mi abuelo. Mi madre<sup>3</sup> nació en el cortijo *Malaño*.

Mi abuela materna se llamaba Calista Galera Dengra [foto 1] y mi abuela paterna Cipriana Román Sánchez. Mi abuela era viuda y se casó de segundas. Mi abuela paterna murió en su casa, en las *Higueras*, y mi abuelo —el padrastro de mi padre— también murió allí. La madre de mi madre murió en casa de mis padres, en el *Alamillo*, y mi abuelo materno también.

La primera casa en que vivió mi padre fue en los *Morales*. El amo le dio una poquilla tierra y mi abuela, que estaba cerca, les ayudaba si faltaba algo. Mi padre siempre vivió en fincas arrendadas.

Después nos vinimos a un cortijo que se llama el *Corral*, en el que tenía mi abuela una casa. Allí estuvimos mis padres y yo dos años nada más. A los dos años nos fuimos a otro cortijo que se llama el *Alamillo*, y allí vivimos treinta y seis años. Era de Don Tomás López Carbonero, un Catedrático de Granada.

Éramos cinco hermanos. Yo soy el mayor y le llevo a mi hermana Gregoria dieciocho meses, a la otra, Marcela, más o menos dos años, a Ramón seis años, y a la más chica, que es Dolores, dos o tres años.

## EL MULO *COCERO*, EL AMA DE CRÍA Y LA CABRA.

Cuando mi madre dio a luz en los *Morales*, tenía mi padre unos mulillos y un mulo *cocero*<sup>4</sup>. Fue a Huéscar a por cosas que necesitaba y el mulo venga a dar coces, venga a dar coces. Mi madre se asomó a la ventana —donde yo nací era una casa por alto—, y estaba mi padre pegándole al macho, que era muy malo. Mi madre se asustó y se le retiró la teta. Entonces me llevaron mi padre y mi abuela a Huéscar, que había allí un ama de leche que se dedicaba a criar. Pero la señora aquella se ve que no me gustó, y mandó razón para que fueran a recogerme. Entonces, el ama de los *Morales* —que eran ricos—, Doña Manuela, la abuela de Don Manuel Rodríguez, le dio a mi padre una cabra. Mi abuela nos recogió a la cabra y a mí, y nos llevó a las *Higueras*. Pero yo siempre tenía mucha hambre. Venía una gitana y, si llevaba un crío, le daban un poco de pan y tocino, y ella me daba de mamar.

## TIFUS

A la edad de siete años me dio el tifus, y a mi hermana Marcela también. Nos llevaron a Huéscar a casa de mi abuelo, el padre de mi madre. Estuve tres meses acostado en la cama boca arriba y me daban lo que tenía que tomar. No había nada más que un médico en Huéscar. Se llamaba Don Pedro Villanueva,

1 Juan Gómez Román.

2 Situado a lado de *Los Morales*

3 Dolores Dengra Galera.

4 Coceador.



el dueño del cortijo de *Lóbrega*. Les dijo a mi padre y a mi madre:

—Llévalo al cortijo porque se muere.

Me llevaron al cortijo. Así no tenían que estar dejando a los otros chicos solos en la casa y faltando al trabajo en los cortijos. Los dedos y las piernas se me quedaron engarrotados y perdí el habla una vez.

En esto vino otro médico, que le decían Don Francisco Carrión. Echaron mano de él y me cambió las medicinas. Dijo:

—Llévalo al cortijo, le vigiláis la fiebre y le vais a dar unas copas de romero cocidas. Llenad una botella y dadle el agua. Dadle un terrón de azúcar para engañarlo.

Yo me arregosté<sup>5</sup> a aquello y, mientras mi madre iba a por el azúcar, si me dejaba la copa, la tiraba. El romero es muy bueno para los resfriados, para la fiebre, para todo; pero está muy malo.

## CÓMO APRENDIÓ A LEER Y ESCRIBIR

Yo tenía mucho interés en aprender, lo que más a escribir. Cogía el libro que fuera y copiaba las letras. Hacía la letra de molde para poner Eugenio. Me encontraba un periódico o un papel escrito tirado y decía: “¡Si yo supiera!”.

Hasta que ya, por fin, fue un maestro por los cortijos. Se llamaba Paco Zaranda. El pobre había sido escribiente del ayuntamiento. Lo hacía por no pedir. Iba todas las semanas una vez a dormir por la noche. Iba y dormía en este cortijo esta noche, a la noche siguiente iba a dormir a ese otro, y así hacía su recorrido uno a uno. Si en el cortijo había dos niños, pues enseñaba a dos.

Cuando él fue, yo ya sabía la cartilla y el catón de los niños. Lo aprendí guardando los borregos un día. Estaba lloviendo y, como iba tapado con una manta, lo cogía tapado, lo abría y, ¡ala!, me aprendía de memoria: “Juanito era un niño muy guapo, muy amigo de sus amigos, tenía una cometa, la tiraba muy alta”<sup>6</sup>. Eso lo aprendí yo aquel día.

Con siete y ocho años, acompañaba a mi madre a Huéscar para ayudarla. Iba a la imprenta, compraba libros y ese mismo día los leía. Todavía me acuerdo de ellos, eran libritos chicos —a lo mejor valían dos o tres perras chicas.

## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR

Ya con siete años, me iba con los pavos. Cuando nacen los centenos, como les gustan mucho las yemas, se metían. Mientras les daba por aquí, se volvían por allí. Así hasta que me tiraba a la tierra baldado, me quedaba sin fuerza.

Con trece años empecé a trillar. A mí no me ha comprometido el trabajo, ni el sueño. Mi padre iba a Huéscar y me llevaba a todo. En el cortijo, en el

5 El significado que atribuye a este verbo es justamente el contrario que tiene.

6 Seguramente se refiere al inicio de la introducción del *Tesoro de las escuelas*, libro que Rafael Martínez García (1924) cuenta en su historia personal que utilizó en la escuela: “Juanito era un niño muy aplicado y muy bueno, por lo cual le querían mucho sus padres y sus compañeros y el señor maestro, quien le trataba con mucha distinción, haciéndole ocupar en la clase los puestos de honor”.

tiempo de la siembra, en que había que madrugar mucho, mi padre se levantaba temprano. Mi madre más, mi madre no dormía. A mí no hacía falta que me llamara nadie para cuidar de las mulas. Pero algunas veces, no había hecho nada más que echarles de comer a las mulas y acostarme, cuando mi madre se levantaba y decía:

—¡Eugenio, levántate y ve a echarles a las mulas!

Me daba una *pesambre*<sup>7</sup>, y le decía:

—¡A mí no me llame! Cuando vaya yo a labrar, yo me acuesto con mi cuidado. Eso no lo hacían todos los zagales.

## LA PRIMERA COMUNIÓN

Cuando hice la primera comunión, yo tendría nueve años. Fuimos mis dos hermanas y yo a la ermita de San Clemente —a esa parroquia pertenecíamos los *Morales*, el *Rincón* y las *Higueras*. Nos echó mi madre una buena bolsa de merienda. Fuimos, confesamos, nos salimos allí a la orilla de la iglesia, nos sentamos, nos comimos aquello y nos vinimos al cortijo. Fuimos y vinimos andando.

## CÓMO SE HIZO PASTOR

El ganado lo tenían los amos y, cuando iba a empezar la Guerra, ellos —que se ve que sabían por donde iba el hilo—vendieron las ovejas. Le dijeron a mi padre y a un vecino que si les interesaban los pastos del cortijo —vivían en un cortijo llamado *Molina*. Dijeron que sí. Le dieron al vecino ochenta ovejas a medias y a mi padre cien. Teníamos que llevarlas a esquilas donde estaban ellos y partir los borregos. Nosotros participábamos en la mitad de lo que quedaba de cría. Ya que empezó la Guerra, fuimos a esquilas las ovejas a *Molina*, partimos los borregos y nos dijo el amo que, si nos interesaban los pastos, él vendía sus ovejas —las mismas que teníamos nosotros. Nos tocaron algunas borregas y mi padre compró unas pocas, en total sesenta. Ya tenía yo nueve años. Mi padre no había tenido ganado nunca hasta que las tomó. Teníamos un pastor pero, como eran tan pocas, se fue el pastor a los *Morales* y, desde allí, se lo llevaron a la Guerra. No escribí ni una carta siquiera. Era de la quinta el '30. Total, que le dije a mi padre:

—Padre, no busque usted pastor que yo las guardo.

—Tú que vas a...

—Que sí.

Llegó un tío mío, hermano de mi padre, que vivía en las *Higueras*, y dijo:

—¿Quién te las va a guardar, Juan?

Y salté yo más...:

—¡Yo!

Dijo mi tío:

—¡Apañado estás con ellas y ellas contigo!

A mí se me metió aquello —soy muy ideoso— y fue para adelante hasta que me fui al servicio. Comprábamos un año una fanega de tierra en Huéscar, otro año un muleto, en fin.

7 Pesadumbre.



**1. Familia materna.** Agustina Dengra (tía), Domingo Dengra (abuelo), Canuta (bisabuela), Concepción Dengra (tía), Calixta Galera (abuela), Dolores Dengra (madre).

## LOS MILICIANOS Y EL CURA DE CARAVACA

Yo no estuve en la Guerra, pero eso es mejor no recordarlo, porque yo vi aquí muchas calamidades, aunque luego en la mili fue peor.

Un día fueron al cortijo de mis padres unos milicianos con un hurón y escopetas. Empezó a nevar y le dijeron a mi padre:

— Venimos a dormir aquí, Juan.

— ¿Y para qué preguntan? Sí, hombre —les dijo mi padre.

Ya habían dormido alguna otra noche que habían subido a cazar.

— Mata una oveja, Juan —dijeron.

— Anda y trae una oveja —me ordenó mi padre.

— ¡Una que sea buena! —añadieron ellos.

En fin, yo fui y traje la más malilla. La mataron allí, la soplaron<sup>8</sup> y nos la comimos entre todos. Además, nos la pagaron. Muchas veces los milicianos iban a un cortijo y se llevaban un borrego, trigo o un gallo y no lo pagaban. Pero a nosotros nos pagaron la oveja.

Ellos llevaban una arroba de vino atada con una soga. Así que empezaron a beber vino y a cantar. Uno, que era albañil, era el que mandaba en Huéscar y había matado a los ricos. Lo contó todo allí. Con ellos iba un guardia de asalto. Se sentó en un rincón con su gorro un poco torcido. Ellos cantaban y tocaban las coberteras y el almirez. Pero el hombre aquel nada más que tocaba las tenazas. Le dijo mi madre:

— ¿Usted no canta?

— No, es que le saco un ritmo a esto —le contestó, disimulando.

Era el cura de Caravaca vestido de guardia de asalto. Se fue de donde lo conocían y vino a parar a Huéscar.

Un día, al acabarse la Guerra, fue mi madre a Huéscar a comprar las cosas para el cortijo. Se compró unos alpargates y, mientras se los probaba sentada en un taburete, entró un caballero, se quedó mirándola y le dijo:

— Señora, yo la conozco a usted.

— Pues yo, como no me diga usted, no lo conozco —como ya iba de paisano.

— ¿Usted se acuerda una noche que nos comimos una borrega en su casa, que íbamos de caza con unos hurones?

— Sí, de eso me acuerdo.

— ¿Usted se acuerda que iba un guardia de asalto?

— Sí.

— Pues ese era yo. ¡Qué gentecilla aquella, eh!

— Pues sí. Lo que contaron allí no tenían que haberlo contado o, mejor dicho, no debían haberlo hecho.

— Pues yo soy el cura de Caravaca, que me apunté a la Guardia de Asalto para guardar el pellejo, e iba con ellos.

8 Para quitar con más facilidad la piel a la oveja era costumbre soplarla por el ano para que la oveja se hinchara.

## EL BOMBARDEO DE LA PUEBLA

El agosto del '36, no sé la fecha exacta<sup>9</sup>, vino un avión dando vueltas. Yo estaba allí en un campo donde me he criado —*Matas de los Morales*— y vi un avión negro encima de Huéscar dando vueltas. De repente sentí *burum-burum* y me asusté —tenía doce años. Le di a las ovejas para arriba, cogí las mulas que estaban en un restrojo, que habíamos terminado de quitar los haces, y les di careo. Me había dicho mi padre:

—Por la mañana te subes las ovejas y las mulas.

A las diez o diez y media empezó el calor. Ya me iba a ir, pero vino el pájaro aquel, ¡pas! Por ahí toda la sierra arriba se sentía lo mismo que en Huéscar. En la *Puebla* tiraron tres bombas y en Huéscar no me acuerdo bien, pero debieron tirar cuatro o seis. Las iban tirando por fuera del pueblo para asustar. Aquí mataron a una vieja, por ahí, por San Gregorio. En fin, yo eso no lo vi, pero lo dicen aquí en la *Puebla*, los mayores lo saben. Me habían echado mi cena para dormir en el rastrojo con las ovejas y, cuando vi el avión aquel, las pillé, las eché a un cerro y me fui a dormir a casa de mi abuelo a las *Higueras*.

A otro día vino un avión dos veces, por la mañana y por la tarde, viendo si habíamos puesto banderas blancas. Por la tarde se fue de aquí por los *Morales* a Castril, ya oscureciendo. Se puso una arrebolada por las sierras de Castril, que parecía sangre.

La noche que fui a casa de mi abuelo, a las *Higueras*, vino una familia de Huéscar, que él era escribiente del ayuntamiento —de media tijera, no eran ricos, capital no tenían nada más que la casa, que era suya. No querían poner la bandera, la señora no quería ponerla. Ya mi padre se enfadó y le dijo:

—¿Pero qué quiere usted, que tiren una bomba aquí y nos maten a todos?

En un palo que teníamos para el horno, ató una sábana —sus manos parecían abanicos atando cordeles al trapo aquél— y , cuando asomó la avioneta de Huéscar para arriba hacia el cortijo, la sacó.

Total, que aquella tarde ya subieron milicianos, los segadores de Huéscar —llevaban un sombrero de paja y le habían atado muchas cintas coloradas. Iban recogiendo en todos los cortijos las escopetas o lo que había —llevaban un manojo de escopetas al hombro. Mi madre salió a esconder la escopeta y la metió en una sabina, pero llegaron al cortijo ellos y mi madre a la vez.

—¿De dónde viene usted? —le preguntaron.

—De esconder la escopeta —respondió, por el miedo.

—Nos lo imaginábamos, cuando la hemos visto venir. ¿Dónde la ha escondido?

—Allí, en aquella sabina. Pero es de esas que se cargan por la boca —que no era de cartuchos—, y no sé si está cargada o descargada.

Bueno, mandaron a dos, le pusieron una cosa en la chimenea y allí pegaron un cebollazo y al hombro. Desde allí se fueron a las *Higueras*.

9 Puede que fuera el 12 de agosto.

## DON RUFINO

Las bombas las mandó tirar uno de aquí, que era de San Roque. Resulta que los amos viejos de San Roque se pelearon, y uno de los hermanos le negó su parte al otro. Entonces, un hijo del que se quedó sin la parte de San Roque, cuando tenía diecisiete años, se fue a Rusia voluntario y allí acabó haciéndose capitán de artillería. Él fue quien mandó tirar las bombas en la Puebla, en Huéscar, en Castril y en Orce. Él mandó la avioneta aquella a ver si había banderas una tarde, y a otro día ya estaba con las fuerzas comunistas en Baza hacia Huéscar. Se llamaba Don Rufino Esteller Bañón.

Una vez se lo conté yo eso al amo de *Chorra*. Fueron a pasar el día al cortijo. Estaba yo trillando y sacó Marciana un plato de jamón y pan.

—¿Quieren que les quite la ropa de las camas de las hijas, las mudo y descansan? —les dije.

—No, no, que traemos unas hamacas y mira que sombra tan buena hay allí. Nos fuimos a la sombra.

—¿Qué hace usted? —me preguntaron.

—Trillando, que el verano está pasando y, como no hace aire, va esto retrasado.

—Suelte las mulas y métalas donde usted quiera, donde usted tenga costumbre, que vamos a pasar el día. José María —que era el administrador—, baja al pueblo y trae bebida y fruta, que mira esta señora... ¿Cómo arregla usted los jamones?

—Nada más con sal y colgarlos al tiempo de ley —le contesté.

—¡Está estupendo!

Me fui con ellos y les conté ese cuento. Estaban la señora en una hamaca de esas y él sentado en una silla.

—¿Cómo puede usted saber todo esto? —me preguntó.

—Es muy sencillo, Don Antonio. Es que yo serví en ingenieros, y los ingenieros hacíamos la guardia en la prisión provincial de Carabanchel, y este hombre estaba allí preso. ¡Tantos que mató Franco por la política que no habían matado a nadie y, sin embargo, a aquél no lo mató! En fin, que este hombre estaba allí y era el amo de la cárcel. Había dos tapias muy altas y una alambrada por fuera. Donde hacía esquina la alambrada, había una caseta y estaban el motor de la luz y el agua. Él era el que daba la corriente del agua y de la luz. Su mujer venía todos los días de Madrid y le traía de comer o guisaba allí en un hornillo que tenía y se estaba todo el día. Él de noche se iba con los que estábamos entre las alambradas y las tapias.

—¡Don Rufino que, si viene el oficial de servicio, ya verá usted! —le decíamos.

—No te pasa nada. Tranquilo, que no te pasa nada. Toma un puro —tenía puros.

—Mira, los domingos que no tengáis servicio —nos decía a cuatro de la Puebla que estábamos allí—, en vez de ir a otro lado, venid aquí a la caseta. Yo tengo ahí tabaco, cerveza y hasta bocadillos.

A mí me dio miedo, pero algunos fueron. Estaba José María Reina Punzano<sup>10</sup>, “Pichón”, que tenía un año más que yo. Ese no sé si bajaría. Pero

10 Hermano de Efrén Punzano Reina (1933), cuya historia personal se incluye en este libro.

había otros dos, Gerardo y Cesáreo “el Campanero”, de aquí de la Puebla, de mi quinta, que sí bajaron. También nos dijo:

—Si el día que os licenciéis no tenéis vida, yo tengo un taller de hormigón en Madrid con veinte empleados. Si no tenéis vida, hacéis por hablar conmigo que os doy trabajo.

Dijo Don Antonio, este de *Chorrea*:

—¡Sí, sí, sí. Está usted bien enterado! Bueno, usted ya ha acabado. Pues ahora le voy a decir yo que aquel señor era primo hermano de aquí de la señora —yo estaba harto de saberlo, ¡si me lo había dicho él!, primo hermano de Don Pedro Bañón, el de San Roque, y de la hermana, que era Doña Adoración—. Pero ahora le voy a decir yo lo que usted no sabrá: que ese señor, oscureció una noche allí, vino una avioneta, se montó y no hemos vuelto a saber nada de él. Nada, nada, nada.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Conocí a Marciana [foto 2] cuando éramos muy niños, unos *zagalotes*. Yo era un *jarramantas*. Tenía tres o cuatro novias. Ella vivía a unos quince kilómetros de mi cortijo y las otras estaban a un kilómetro.

En primavera, mis padres y yo sacábamos el ganado por la dehesa de las Santas. Allí la conocí. Me llevaban el hato a otro cortijo, al *Mortero*, y ya, cuando la conocí, le dije a mi padre:

—Lléveme usted el hato al *Marchante* —que es el nombre del cortijo donde vivían ellos.

Así nos fuimos conociendo. Se reían de mí porque yo era un *pastorzujo* y no hacía nada más que picar esparto en una piedra que había delante del cortijo para hacerme las esparteñas. A otro año, que volví a ir, ya empezamos. Por el día estaban excavando garbanzos. Así que comían las ovejas, yo iba a ayudarles. Siempre tenían allí un escavillo parado. Y así me fui valiendo.

Ella me decía que no, que no, que éramos muy nuevos, que su padre, que su madre... Así que le dije:

—Pues, voy a decírselo a tu padre.

¡Yo qué voy a decirle a su padre! Me habría muerto de vergüenza. Éramos muy jóvenes.

## LA BODA

Estuvimos tres años de novios. Nos casamos con diecinueve años en las Santas. Estaba entonces un cura que había aquí muy viejo, Don Manuel. El día que acordamos, fuimos por la tarde. Dijo que subiéramos y subimos a tomarnos los dichos. Ya estábamos juntos. Salimos de paseo los tres hablando y al final dijo:

—Vosotros os queréis, ¿no?

—Sí, Don Manuel.

—Entonces, qué más vamos a hablar. Venid por la mañana.

Nos casamos al mediodía. Hubo también otra boda u otras dos, que

estaban ya juntos. No pudimos hacer una gran celebración, porque la familia de Marciana estaba de luto. Tenía un hermano del '38 que había hecho la mili y, cuando se acabó la Guerra, se lo llevó Franco de segundas y murió en el servicio. Estuvimos los compadres y nosotros. Mi madre mató una pava y ellos mataron algún conejo. Comimos y se acabó.

Después de echarnos las bendiciones estuvimos de allá para acá, en su casa y en la de mis padres, a temporadillas. Ella estaba más tiempo en casa de sus padres. Era otra clase de cortijo, allí todo estaba recogido. Donde más trabajaban era ajeno, en el monte ajorrandando pinos y pelando. Nosotros, como teníamos ovejas, mucha tierra y nada más que una yunta, pues no dormíamos. Yo seguí la costumbre de madrugar de mis padres.

La primera hija llegó el 29 de marzo del '44. Fue el año en que cayó el nevazo en la Pascua.

## LA INCORPORACIÓN AL SERVICIO MILITAR

El día 12 de febrero cumplí los 21 años y el día 10 de marzo me fui al servicio. Fui a despedirme de mi suegro al *Marchante*, pisando más nieve que tierra. Marciana se quedó allí con sus padres y la niña.

Hice la mili en Madrid [foto 3]. Yo no había salido nunca. Casi toda la quinta de Andalucía del '45, a la que pertenezco, se quedó en Aranjuez y en Madrid. Salimos de Huéscar en el camión de Germán y nos dejó en Baza. A las diez estábamos en Baza, y aquella noche, a las ocho, salimos en el tren. Yo no sabía sacar el billete para montarme en el tren. Fuimos a Guadix y allí pasamos cinco días. De allí salimos para Baeza. Entonces ya empecé a ver yo cosas. Un padre fue a darle un beso al hijo cuando iba a subirse a un vagón de los animales. Un sargento se le acercó y le pegó un puntapié al pobre viejo, que fue a parar dos metros más allá. Dijo:

—¿Es que no ha tenido usted lugar de besar a su hijo en su casa?

En ese momento pensé: “Ya voy yo viendo algo”.

Llegamos tarde a Baeza, y nos dieron de cenar habas cocidas, los gajos nada más. ¡Aquello echaba una peste a ahumado! En Guadix nos habían dado dos barras de pan. De allí nos llevaron a Madrid. Llegamos a Atocha de noche y nos dejaron en la estación sentados en la maleta. Decíamos: “¿Pues qué será? ¿Pues qué será?”.

Entonces vinieron y nos dijeron:

—El cuartel donde vamos está a ocho kilómetros. Si queréis poner seis pesetas cada uno, viene un camión, y si no, tenemos que ir andando. Pero vais muy cargados, lleváis mucho y se os va a hacer duro.

Pues nada, dimos las seis pesetas. Luego resultó que el camión era del cuartel. El dinero fue para los cuatro que habían mandado a por nosotros.

Llegamos al bar del soldado y nos dijeron:

—Venga, escribid cada uno lo que sepáis.

Eso era para ver cómo estábamos cada uno. ¡Vaya lío! Yo llevaba el tintero, un bloc, los sobres, todo, en mitad de la ropa, en la maleta llena de comestibles. Todos íbamos igual.



De allí nos llevó el cabo Sánchez al comedor y nos dieron un huevo frito y un tenedor a cada uno, ni más pan ni más nada. Nos comimos el huevo y al cuartel. Ya estaban las camas preparadas —las camas eran tres tablas, un banquillo y encima un colchón de paja. No estaban juntas. Entre medias de dos veteranos había una; entre medias de tres, otra... Nos acostamos y se puso un veterano —que, por cierto, estaba a la par mía— a eructar. Salió un cabo primera, que estaba de semana, con una escoba —las escobas tenían el rabo de palo—, y empezó a saltar de una cama a otra —se empinaban algunas tablas de las camas—, dándole a cada veterano con la vara de la escoba en la cabeza —nada más que a los veteranos. Pensé: “¡Vaya, lo que hay aquí!”

Ya ves, pues, lo que nos esperaba. Es que había cabos allí que llevaban ocho años de mili y ya estaban envenenados. Nos dieron mucho castigo. Muchos dicen que no les han dado una guantada en la mili. Eso es mentira. Hoy a lo mejor no, pero entonces cobramos todos. Íbamos a hacer gimnasia y teníamos que andar por la tierra sin hincar las rodillas, con la punta de los pies y las manos. Llegaba el instructor y nos echaba el zapato en los riñones para que fuera la panza contra el suelo, pero sin que lo tocara.

## EL INCIDENTE CON EL CABO PAQUILLO

Esto no debería contarlo, pero bueno. No había jurado todavía bandera. Una tarde salimos del comedor. Era mayo y daba el sol en los cristales. Acabábamos de cenar y teníamos que salir formados del comedor a la compañía. Había doce compañías de más de cien tíos. Cuando salíamos al campo, daba miedo. Íbamos en tres filas. Yo iba en la fila del medio y a mi lado iba un cabo, que dijo:

—¡Venga, marcad ese paso!

Me quitó el gorro y se lo dio a uno que iba detrás. Al quitarme el gorro, miré hacia atrás. Entonces el cabo metió el pie entre los dos que iban junto a mí, y me arreó un puntapié:

—¿No sabe usted que en la formación no se vuelve la cabeza?

Yo, como iba de los cerros del *Alamillo*, le di con el puño cerrado en el carrillo izquierdo y se lo reventé —al cabo Paquillo, que era más pequeñote que yo. Le di un puñetazo, y no sé cómo sería para salirle sangre negra. De ahí en adelante, los cabos y los instructores me llevaron a la compañía dándome empujones. Pasó lista el sargento y dijo:

—¡A ver, esos dos que han reñido, que den un paso al frente!

Fue un bribón, porque... Te voy a explicar. Salió el cabo y salí yo. Se puso el sargento delante de mí y dijo:

—¿Cómo ha sido esto?

—Vera usted, mi sargento —le respondí—. Me ha quitado el gorro y se lo ha dado a un veterano y, al ir a cogerlo, me ha dado un puntapié y me ha dicho que en la formación no se volvía la cabeza. Entonces, perdóneme usted, me he llenado de furia y le he dado.

—¿Le ha dado usted así?

Me pegó tres hostias más *boniquillas*: dos en un lado y una en el otro.

—¡Pasen a mi despacho! —nos ordenó.



2. Eugenio y Marciana, su esposa.



3. Eugenio durante el servicio militar.

En la compañía había una habitación para el sargento y el furrier.

—¡Hínquense de rodillas! —nos dijo.

Nos hincamos de rodillas.

—¡Se den la mano derecha! ¡Tienen que ser los más amigos de la compañía!

— Lo somos —dijo el cabo.

—¡Tienen que ser los más amigos de la compañía! —volvió a repetir el sargento.

Pero yo no abrí la boca. “Si me matan, que me maten” —me dije a mí mismo.

Salimos de allí y yo dije: “A mí me estorba la cama y me estorba todo”.

Y me acosté debajo de las tres tablas, en el suelo. Yo estaba frito, porque es cierto que yo le pegué a un superior el puñetazo, pero el tío bribón por qué no dijo al cabo que buscara el gorro y me lo devolviera. A otra mañana tuve que ir a una vieja que vendía de todo (cintos, gorros...) a comprar otro. ¡Nueve pesetas me costó un gorro nuevo!

Aquello me convirtió en un héroe, me hizo muy grande. Cuando juré bandera, me trasladaron a otra compañía. Caí como un hambriento en una fuente de sopas. Cada día que pasaba era mejor.

## EN LA PRISIÓN PROVINCIAL DE MADRID

Yo fui a ingenieros y caímos en una compañía de hacer obras, para derribar esto, para derribar lo otro, pico y pala. De allí me trasladaron después a una de explotación<sup>11</sup>.

Con la compañía de ingenieros estuvimos seis meses en la prisión provincial de Madrid haciendo guardias<sup>12</sup>. Íbamos cien: 95 soldados, los cabos, un teniente y un sargento. Madrid era una lástima. Cuando nos daban de comer en la calle, las criaturas iban con una latilla de sardinas de kilo y medio y un alambre a ver si sobraba algo. Les echaban una gota del caldillo aquel. Si comíamos en el comedor, allí no dejaban entrar a nadie. Pasábamos mucha hambre. Había mal rancho y poco. Luego ya licenciaron dos quintas y aquello se fue apañando. De sobra no había, pero estábamos mejor. En los seis meses que bajé a la prisión de Carabanchel, me tocó una vez hacer la guardia en la principal del cuartel y dije: “¡Señor, que no me toque más!”. Ninguno queríamos. Yo fui seis meses nada más, pero el regimiento mío estuvo más tiempo.

Un mediodía se juntó allí un corro de mujeres, zagales y hombres mayores con unas latillas de las sardinas con el alambre, una mijilla de caldo, un pan pequeño partido en tres cruces, una manta, una almohada, en fin, cosas para los presos. El cuerpo de guardia donde estábamos era una barraca tejavana. En la prisión había un altavoz e iban nombrando a los presos. El teniente se paseaba delante de la puerta. Al nombrarlos, las mujeres iban con la manta aquella, la latilla y el pan, apretando para adelante para darles lo que traían. Yo cogía el mosquetón y echaba a las mujeres para atrás, diciendo:

11 La unidad de explotación era de ferrocarriles.

12 Estuvo destinado en servicios de seguridad en penitenciarías.

— ¡Por favor, por favor, atrás!

A mí se me caía el corazón. Los presos que podían salir, lo hacían con un carro en el que traían lo que les habían dado el día antes, y se metían lo que les llevaban ese día. Pero cuando salían con la lata vacía, una cabecera, una almohada y una manta, las mujeres empezaban a dar gritos y a rular por allí, se tiraban, los viejos lo mismo, porque sabían que los habían matado ya. Aquello fue gordo. Allí se veían muchas calamidades. Todas las semanas mataban a presos allí mismo, en el campo de Carabanchel. Los mataba la infantería<sup>13</sup>. Me alegro de que me tocara servir en ingenieros y no en infantería.

## EL SERVICIO DE FERROCARRILES

A los seis meses de estar en la mili, a mí, que no había hecho nada más que labrar y guardar borregas, me pusieron a trabajar con unas máquinas del tren. Había tres máquinas: dos pequeñas, para ir al trabajo, y una grande. El sargento jefe del tren me hizo enganchador. El tren venía con un gancho que trae para enganchar los vagones. Yo esperaba con una clavija de hierro agarrada y, cuando venía el gancho, lo encajaba. Un día le dije al sargento jefe:

— Mi sargento, yo me he criado guardando borregas y esto me limpia.

— No. Tú hinca la espalda en el vagón que tienes por detrás y, cuando venga la clavija, no despegues la espalda del vagón — me respondió.

Yo me metía en medio y, al llegar las plataformas, pues si eran catorce vagones, ya ves la fuerza que traían.

Todavía me acuerdo de aquel sargento. Un día me dio un libro grande y me dijo:

— ¿Tú podrías aprenderte esto de memoria?

— Yo sí — le respondí.

Era un librito chico, pero gordote, de las señales de la locomotora. Me lo aprendí de memoria.

Un día estábamos tratando de darle la vuelta a la máquina chica. Había una base con dos carriles en medio que giraba. Metíamos la máquina ahí y le dábamos media vuelta. Estábamos dieciséis y no conseguíamos darle la vuelta a la máquina. Uno se escapó por aquí, el otro se escapó por allí. Nos quedamos sólo unos pocos y el sargento. Al final logramos darle la vuelta a aquello. Pusimos la máquina como tenía que estar para trabajar aquella tarde, y le dije:

— Mi sargento, mire usted cómo llevo esto — el libro que me había dejado.

— A ver, a ver — empezó a darle a las señales de la locomotora—. ¡Lo llevas muy bien! Esta tarde vamos a Leganés a por un viaje de carbón.

Fuimos y de ahí en adelante estuve tres meses seguidos de guardafrenos<sup>14</sup>.

13 Se calcula que tras la Guerra Civil se produjeron unas 150.000 ejecuciones, la mayor parte entre 1939 y 1941. A partir de entonces se produce un descenso en el número de ejecuciones, pero hay repuntes cuando se producen situaciones de riesgo para el régimen, en 1943 con la caída del fascismo en Italia y en 1945 con la derrota definitiva del Eje y el fin de la Guerra en Europa con el triunfo de las democracias (Sabin 1996: 231-233, citado en Gracia García y Ruiz Carnicer 2001: 48). En este último año es cuando Eugenio presencié los acontecimientos que relata.

14 Le ascendieron a guardafrenero.

## EL INCIDENTE CON EL SARGENTO “A MÍ NO ME MIRE USTED”

Más tarde tuve que hacer otros tres meses de telefonista —y ahora no sé el número de mi teléfono. Tuve que ir a Leganés a una estación militar.

Una noche me tocó imaginaria —consiste en estar toda la noche despierto, guardando a los otros. Éramos diez soldados, un cabo y un sargento. El sargento era el jefe de estación. Tenía su cuarto para dormir y cerca había una puerta donde estaba el cuarto del teléfono. Estaba yo con mi fusil guardando el destacamento y al tanto del teléfono cuando, de madrugada, sonó el teléfono. Era el jefe del tren —el que me dejó el libro de las señales. Hacía mucho aire y oía al sargento: “Gua, gua, gua, gua...”. Me dijo:

—Dengra, ¿qué te pasa esta mañana que parece que estás almorzando sopas?

—Mi sargento, pasa lo que sea, porque yo lo siento a usted igual.

Entonces salió el sargento del cuarto. Era un tío gallego mala sombra. Le llamábamos “A mí no me mire usted”, porque siempre decía: “a mí no me mire usted”. Salió con la mano *esturreada* para darme una guantada y dijo:

—Dengra, ¿es que está usted sordo?

—Sí, señor, mi sargento.

lba a darme pero, como tenía el fusil, con el armamento no me podía pegar —es la ley.

—¿Está usted sordo? —repetió.

—Sí, señor, mi sargento.

—¿Y de qué le *remanece*?

Yo no me acordaba del tifus ni puñetas, pero con el miedo le dije:

—De cuando tenía siete años que tuve el tifus, las calenturas del tifus.

—¿Y cómo no le examinaron al entrar a filas?

—Sí, mi padre solicitó la exención y fuimos, pero...

Claro, yo era sordo, pero le estaba contestando a todo. Así que le dije:

—Aquí me habla usted y le entiendo. Pero, si sale usted a la puerta, lo siento hablar, pero no entiendo lo que me dice.

Total, que cogió el teléfono y se puso a escuchar: “Gua, gua, gua”.

—Coja usted el mosquetón y las cartucheras y salga a recorrer la línea —me ordenó.

Fui, vi dónde estaba la avería, volví y le di la novedad.

—¡Cabo, vaya usted a buscar a los electricistas!

Total, que no pasó nada. Pero la hostia no me la quitó nadie. Una hermana del rancho —que se ve que la pobre estaba desperdigada pidiendo— venía de vez en cuando y comía con su hermano en el mismo plato, cuando estaba otro sargento. Pero una vez vino estando este sargento al mediodía. Me llamó:

—¡Cuartelero! ¿Quién es una señora o señorita que ha subido al destacamento?

—¡Ah, sí!, es una hermana del “Barquillita”, que de vez en cuando viene y come con su hermano. Se ve que la pobre...

—¿Y usted no sabe que a un cuartel no puede entrar nadie?

Entonces sí me la sacudió.

## EL SARGENTO ALGIMIRO

Los últimos tres meses estuvimos con un sargento que era igual que nosotros. Íbamos al cine. Podíamos ir dos o tres, pero yo no fui ninguna vez. Yo sólo pensaba en Marciana y en mi hija Carmen, que tenía ocho meses cuando me fui al servicio. El sargento se ponía mi ropa, porque de sargento no podía ir. En fin, que nos llevábamos como si hubiéramos sido todos soldados.

Cada tres meses estuve con un sargento distinto: el sargento Castaño, el sargento “A mí no me mire usted” y el sargento Don Algimiro Rajó García, que ese era igual que nosotros o más despistado.

## LOS REGALOS AL TENIENTE PAGADOR

En el servicio nos pagaban algo. Una vez que vine con permiso, le llevé una lata de sardinas bien limpia con dos kilos y medio de miel al teniente pagador. Se la llevé a un hojalatero a Huéscar para que le pusiese su tapa con estaño. Fui a donde vivía en Madrid. Llamé a la puerta y se asomó una moza —la hija o la mujer, no sé.

—Un soldado —comentó ella al abrir la puerta.

—Que pase —dijo el teniente desde dentro.

Entré, lo saludé y le di la lata.

—¿Esto qué es? —me preguntó.

—Pues no sé lo qué habrá echado mi madre ahí —le contesté.

Al poco tiempo, vine con permiso otra vez. Estaba ya en Leganés. Allí descargaban mucho vino de Manzanares para repartirlo a Madrid. Había tres camiones todo el día llevando vino a las bodegas. Les ayudábamos y nos daban vino. Todas las semanas llenábamos tres veces una cubeta que teníamos para pelar las patatas. Me goberné una bombona y le subí una cuartilla de vino al teniente —de aquel no había bebido él nunca seguramente. Como no tenía otra cosa, robé un manojete de cebolletas tiernas, las metí en una bolsa y se las llevé con el vino un domingo. Llegué y lo mismo.

—Dile que pase —estaba en su oficina.

—¿Qué? —me preguntó cuando entré.

—Nada, que estoy en Leganés, he venido de permiso, esta tarde he podido escaparme y le traigo esto.

—¿Cómo te va en Leganés?

—Pues ya ve usted, muy bien, nosotros solillos, como una familia.

—¿Y eso qué es?

—Como sabe usted, allí descargan fudres de vino y le he traído un poco.

—Yo ya no estoy en Carabanchel. Ahora he ascendido a capitán y estoy yendo a Cuatro Caminos.

—¡Enhorabuena, mi capitán! —le dije.

—Allí ahora tenéis un teniente que se llama Don Antonio Manrique Alonso.

Me dio una carta para Don Antonio Manrique Alonso. Un día que subí a administrar, le pregunté al furrier por él. Me respondió:

—Está en la oficina, pero ahora no pases. Acéchalos en el patio cuando salga.

Se la di y le hizo muy poca gracia. La miró mientras andaba y me la devolvió.

—¿Quiere usted alguna cosa? —me preguntó.

— Nada —le respondí.

A los tres meses, otra vez me dieron permiso. En los veintinueve meses y tres días que estuve en el servicio tuve cinco permisos, un mes cada vez.

## LA VIGILANCIA EN LAS CORRIDAS DE TOROS

Cuando terminé en Leganés, a nuestra compañía le tocó de cocina y me estuve seis meses en ella. Hubo tres invitaciones. El día de la patrona de otros regimientos, invitaban a cuatro de cada compañía y a un cabo de todos los cuarteles vecinos para ir a los toros —hacían toros a beneficio de cualquier santo. Yo fui a la plaza de Carabanchel tres veces. Decía el sargento:

—A ver, fulano y fulano y fulano... y el cabo tal, se arreglen el traje de paseo en tantos minutos y se presenten a mí.

Pues, ¡jala!, corriendo, si no estábamos afeitados.

—¡Mi sargento! —nos presentábamos.

—Venga —decía.

Salía delante de nosotros. Los cinco lo seguíamos. Nos sacaba a la principal y allí había un camión con más soldados de otros cuarteles.

—¿A dónde vamos? —les preguntamos a los otros.

—No sabemos nada.

Se paraba el camión en la puerta de la plaza de toros de Carabanchel. Entonces ya sabíamos a donde íbamos<sup>15</sup>.

Yo fui dos veces a la plaza de Carabanchel y vi torear a Manolete. Otra vez fui al cuartel de aviación, que estaba junto con el nuestro. Allí compraban becerros y los torearaban los jefes. Hacían la plaza con camiones.

## EL SERVICIO EN MAYORÍA

Antes de licenciarme me metieron, el brigada y el furrier de ordenanza, en mayoría, en la oficina de los jefes gordos, donde se llevaban las cuentas del cuartel.

Un día fue y me preguntó el furrier:

—¿Tú sabes cómo es el tratamiento de cada uno?

—Sí, sí lo sé. Lo malo es que se hayan quitado la gorra o la *sahariana* —le contesté.

En fin, que fui, ¡y tuve una suerte! Yo iba en traje de paseo con mi correa y el machete colgado. Duré allí seis días. Se lió a llover el primer día. Seis días *enteréticos* lloviendo y mis pies no paraban. Llegaban y me decían:

—¡Trae el periódico, trae esto o lo otro! —en fin, yo era el enlace<sup>16</sup>.

Lo peor era la prueba de lo que íbamos a comer a otro día, que antes tenía que llevarla. Había que llevar dos platos en dos bandejas muy bien presentadas.

15 Hacían servicios de vigilancia en los espectáculos taurinos.

16 Ordenanza.

Me dijo el rancharo mayor —que tenía cuidado de no cargarlos mucho:

—Tú no mires a los platos, no pienses nada más que en tus pies.

Y me salió la cuenta.

## EL SERVICIO DE VIGILANCIA DE PUENTES Y LA SIEGA DE LA CEBADA DEL ESTANQUERO

En Madrid estuve 25 meses. Luego nos llevaron a guardar puentes del ferrocarril en Andalucía<sup>17</sup>. Allí estuve cuatro meses. En cada puente dejaron cinco soldados y un cabo. Yo estuve en la provincia de Jaén, en Baeza y Begijar.

Una mañana fuimos uno de Loja<sup>18</sup> y yo a llevar el parte a Begijar al sargento, que estaba hospedado allí en un estanco, y nos dijo:

—A ver, necesito dos que sepan segar. Este hombre —el estanquero, que tenía también un bar— tiene una cebada y hay que segársela. ¿Vosotros sabéis segar?

—Yo sí sé algo, sí —le contesté.

—Yo no he segado nada más que hierba. Cereales no he segado —dijo el otro.

—Pues nada, por la mañana hay que segarle a este hombre la cebada.

—Pero no tenemos hoz, mi sargento —dijo el de Loja.

—Ya os gobernará este hombre una hoz, como tú dices —señaló el sargento.

Fuimos varios días. Por la mañana íbamos, segábamos la cebada que podíamos, la atábamos y, al mediodía, volvíamos al destacamento a comer. Estaba cerca, a un kilómetro de distancia. El estanquero nos daba un bocadillo y una botella de cerveza —unas que había color miel con el cuello muy largo de tres cuartos de litro o así. Cuando terminamos de hacer el trabajo, nos dijo el sargento:

—¿No tenéis trabajo por ahí?

—Sí, trabajo sí hay —le dijimos.

—Id y decidle a los otros y al cabo, que he dicho yo que os vengáis a trabajar.

Los otros no querían. Se quejaban de que ellos tenían que quedarse guardando el puente mientras nosotros ganábamos dinero. Así que les dimos tres pesetas y nuestro suministro. Venían sus padres —tres eran madrileños— y se llevaban el arroz, las lentejas y el aceite. Nosotros comíamos donde íbamos a trabajar. Había otro que era de Getafe. Ese, el pobrecillo, cuando estábamos en el cuartel, se iba cuando le parecía, y una hermana que tenía soltera lo traía enseguida:

—¡No se metan con él! Cuando se vaya, yo lo traigo —nos decía.

A los dos meses y medio, relevaron al cabo que había en el puente Calatrava. Tuve que irme allí de cabo interino casi dos meses, y muy mal.

17 Estuvo destacado en la vigilancia de vías. Era época de "maquis".

18 Se llamaba José Espinosa Martín.



## FIN DEL SERVICIO MILITAR

Me licenciaron el 15 de agosto del '47. En vez de ir a Huéscar, regresé a Madrid. Al salir allí para ir a vigilar los puentes, no nos permitieron traer nada más que un macuto con la ropa, una lata de sardinas y un chusco que nos dieron. Yo dejé la maleta en casa de la lavandera. Me daba lástima perder lo que había dejado y fui a recogerlo.

## VUELTA AL TRABAJO EN EL CAMPO

Cuando vine de la mili, seguí trabajando con mi padre. Vivíamos cerca de mis padres, a un kilómetro, y yo iba mucho a ayudarle. Estuvimos tres años, casi cuatro, al reparo de la familia. Mi mujer me ayudaba, segaba como un hombre. ¡Es que quedamos muy mal de la Guerra! Unas veces segaba en lo de mis padres, y otras se iba a ayudar a su padre. Allí segaban ella y sus hermanas. Luego nos fuimos al Rincón, a una casa que había sido de mi abuela, y estuvimos allí siete años. Mi tía no nos cobró nada, pero yo la ayudaba con las faenas del campo.

Mi padre me dejó un trozo de tierra y yo lo labraba. Mi suegro me dejaba las mulas dos o tres días. Mi tío, un hermano de mi padre, si iba a Huéscar y se llevaba la burra, me dejaba las mulas. Los vecinos también. Por donde he ido he tenido muy buenos vecinos. Para los zagales de los vecinos, yo era su *papa*. Iba a Huéscar y me salían al camino. Llevándose bien con los vecinos y con el perro de los vecinos, cabes en todas partes.

## LA TORMENTA QUE ARRUINÓ LA COSECHA

Un día llovió. Me asomé. Había parado de llover y hacía una mañana estupenda. En todos los bancales había un par de mulas. Me senté en una piedra mirando a mi *piazo*. Allí no había nada. Dije: “¡Virgen del Saliente, si yo gobierno una yunta, vacas, burras, burros o mulas para valerme, voy a hacerte una visita en cuanto pueda!”

Como no había otra cosa, fui a casa de mi suegro a ver si tenía las mulas paradas. Él tenía dos pares: uno ajorrando madera y el otro sembrando. Yo había comprado un burro y tenía una vaca nueva —cuatro mil pesetas me costó, con tres meses que tenía. Me dijo mi cuñado:

—Bueno, yo he visto labrar a una bestia y a una vaca.

—Y yo también —le dije.

—¿Por qué no coges la vaca, y con ella y el burro...? —me sugirió.

—Eso venía pensando yo todo el camino, pero no he querido decírtelo.

¿Pero, qué dirán los vecinos?

Total, que aquella tarde fui a probarlos. El burro era una buena bestia. La vaca era nueva, pero tenía más fuerza. Había habido un carpintero en mi casa para hacerle unas cosas a mis hermanas y, con las herramientas, hice unos aperos para el burro y la vaca. Sembré las nueve fanegas de cebada y dos más de centeno. Aquellas fanegas, casi todas me las echaron cobrándome tres celemines<sup>19</sup> de cada una.

19 1/3 de fanega. La fanega de trigo equivale a 42-45 kg. La fanega de cebada a 32-35 kg.

Bueno, ya íbamos a tener la cosecha, cuando se formó una nube y lo barrió todo, todo. Teníamos una choza en el *piazo* y nos metimos en ella. El viento se llevó la vaca. Yo había traído una carga de agua y el burro cogía en la choza, pero no quiso meterse y se quedó con el culo afuera. Le eché por encima una manta, pero todo lo que asomaba se lo quitó la nube, el pelo y todo. Es que era mucho aire, muchas piedras y mucho agua. Había un gitano con un vecino mío en un *piazo*, que había hecho siete haces y, cuando fuimos para arriba, no quedaba ni trigo, ni rastrojo, ni caña, ni los haces. Aquello lo picó todo. El agua se llevó todo. Volvimos al cortijo. Como era un cortijo grande, allí habían acudido a resguardarse todos los gitanos que habían venido a la siega. Al vernos, salieron todos al camino diciendo:

—¿*Sus ha pasao argo*, hijos míos? ¿*Sus ha pasao argo*, hijos míos?

Una historia, una película.

## EL AÑO EN QUE FALLECIÓ SU PADRE

El año de la tormenta perdimos el grano y la paja. Nos quedamos sin la *miaja* de pan que teníamos para el año y el alimento para los animales. Entonces me puse a coger esparto para la romana. Se cogía el esparto para hacer ropa. Subía un hombre de Huéscar a pesarlo con una romana y lo pagaba por arrobas —una arroba eran once kilos y medio. Yo me lié a coger esparto para mí y para mi casa, porque el que cogía antes —aunque estábamos aparte— era para la casa de mi padre. Además, los miércoles hacía dos cargas de leña y el jueves bajaba, las vendía en Huéscar y me traía el aceitillo, en fin, lo que faltaba para la casa. Así fuimos saliendo adelante.

En septiembre de ese año murió mi padre<sup>20</sup>. Me compró Marciana un traje de pana negro y una pelliza. Al faltar mi padre, el amo me dio el cortijo a mí. Yo no podía hacerme cargo, pero me dijo:

—Vienen todos los días a pedirme el cortijo, pero no tengo ganas de ver caras desconocidas. He pensado una cosa. Si no puedes, te voy a ayudar. Yo pongo la simiente y el abono lo pagamos entre los dos, y lo que haya, para los dos. Pero tienes que vender los burros esos y comprar un par de mulas —yo tenía ya dos burros, porque había vendido la vaca y comprado otro burro.

Total, que vendí los burros —casi los regalé—, con muchas penas compré un par de mulas buenas fiadas —que al final pagué— y me dio el cortijo.

## FERRARIO

Después nos vinimos a un cortijo de los Villalobos de Orce: *Ferrario*<sup>21</sup>. El amo era general de brigada. Estuvimos allí diez años<sup>22</sup>. Yo trabajaba por mi cuenta: de tres fanegas de trigo, una era para él y dos para mí.

Yo a los Villalobos no los conocía, pero pregunté donde vivían y fui. Vivía la madre y una hermana que tenía soltera. Me dijo la señora:

20 Falleció el 19 de septiembre de 1950, con 58 años.

21 Huéscar.

22 Desde 1959 hasta 1969.

—¡Ay!, es que yo se lo he dado todo a mi Antonio. Ya no mando nada. Lo único que puedo hacer es escribirle a usted una carta cuando vaya a venir mi Antonio al cortijo.

Total, que la mujer se lo dijo a su hijo.

—Ha venido un muchacho de Huéscar, me ha pedido el cortijo y hay que respetarlo.

Don Antonio envió la carta a un vecino de *Ferrario*, pero él no me la dio, porque quería meter a un hijo. Sin embargo, yo me enteré cuando venía el amo. Subí por la *Piedra del Letrero*<sup>23</sup> a las Santas y le dije a mi suegro:

—Mañana viene Don Antonio a *Ferrario*. ¿Quiere usted subir conmigo?

—Es que a esa gente no la conozco. Una vez les estuve apañando las colmenas y no me dijeron ni gracias.

Y mi suegra dijo:

—¡Sube con él, hombre!

Total, que subimos al cortijo —estaba a un kilómetro y medio o más. Cuando llegamos allí, atamos la mula que se llevó mi suegro —porque él estaba ya viejecillo—, y me dijo:

—¡Mal viaje traemos!

Había lo menos siete esperando. Estaba el hijo del que se había quedado con la carta. También el labrador que había habido antes en el cortijo... Estaban esperando acostados en la hierba a que llegara el amo —esto fue en el mes de junio y había hierba. Todos iban a lo mismo: Uno a pedirle la guardería, porque el amo había despachado también al guarda; otro a pedirle la tierra; otro a pedirle si podía ser pastor —tenía doscientas cabras y doscientas ovejas. Estábamos una pila de familias allí. Al ver mi suegro aquella parva de hombres, dijo:

—No me gusta esto.

Total, que después de estar allí un buen rato, asomaron en el coche el amo y el administrador —Don Rafael Jiménez. Nos saludaron:

—Buenos días.

—Buenos días —contestamos.

Se metieron en la casa y no salían. Todos nos quedamos allí igual que cuando habíamos llegado. Unos estaban sentados, otros recostados, y mi suegro y yo estábamos de pie junto al cerezo, en el extremo del jardín, hablando. Entonces, se asomó Don Rafael a la puerta, nada más que la cabeza, y me hizo una seña. Le dije a mi suegro:

—Nos han llamado.

—¿Pero estás seguro?— me preguntó.

—¡Sí, sí! —le contesté.

—¡A ver si no ha sido a nosotros!

—Sí, ha sido a nosotros.

A Don Rafael yo ya lo conocía. Entramos. El general estaba sentado y el que habló fue Don Rafael. Dijo:

—Bueno, de lo que pretendes, tienes el cortijo a tu cargo, pero tienes que dar los barbechos hechos.

23 Es un punto estratégico próximo a la Ermita de las Santas, dentro del término de Huéscar, relacionado estrechamente con el fervor religioso que profesan a sus patronas, Alodia y Nunilón, compartidas con Puebla de Don Fadrique.

El amo no dijo ni media.

—Los barbechos no los voy a poder hacer —le contesté— porque estoy segundo siete cargas de cebada.

—Pues ven y haz lo que puedas. El abuelo te ayudará también algo —me dijo.

—Bueno, ¿y el contrato qué? —le pregunté.

—Hoy no tenemos tiempo de hacer el contrato. Pregúntale al de la *Fuente de las Yeguas* —que era el de la carta—, y el mismo trato que tiene él, vas a tener tú.

Estuve diez años allí y, de contrato, nada.

## LA VISITA A LA VIRGEN DEL SALIENTE

Estando en *Ferrario* ya goberné cuatro mulas buenas, así que fuimos a hacerle la visita que le había prometido a la Virgen del Saliente<sup>24</sup>. Dejamos a los zagales en *Ferrario* —los mayores ya eran grandes— y cargamos una fanega de trigo y su saco de pan. Cambié una fanega de trigo por panes chicos y bollillos en la calle de las tiendas en Huéscar, para repartírselo a los pobres en la fiesta. Yo ya había estado allí antes dos veces con mi madre y mis hermanas, y había muchos pobres pidiendo: unos con los brazos o piernas cortados, otros ciegos...

Nos fuimos una tarde que había luna, la víspera del día de la Virgen. Los coches llegaban a la ermita, pero allí no había anchura para pasar. Entrabas y a los dos lados había muchos pobres pidiendo sentados en una piedra. Llegamos a la ermita y pusimos el hato. Cogí mi saco de pan y me puse allí, un poco más allá de la placeta de la ermita:

—¡Pan para los pobres! —grité.

Se tiraron como borregos a comer. Se asomó el guarda a la placeta:

—¿Qué es lo que pasa ahí?

—Es que he traído pan para los pobres —le dije.

—¿Es que en su pueblo no hay pobres?

El guarda formó una cola, que si no me matan allí. Casi me revientan pisado. A la Virgen le di diez pesetas y nos vinimos. En el camino, aquí en el campo la Puebla, nos encontramos con un tractor que venía hacia abajo de noche. Vimos la luz y nos paramos para que pasase el tractor. Al llegar el tractor enfrente de nosotros, también se paró.

—¿Quién hay ahí? —gritaron.

Fuimos para allá y era una prima mía que vivía en una cueva en Orce —Pacocha, se llamaba—, que venían de otra cueva que se llama la cueva de los Azulejos.

—¡Venid al cortijo! —dijo.

—No, que llevamos muchas mulas —contesté.

—¡Vamos, venid con nosotros!

—No. Es que hemos dejado a los chicos solos en el cortijo. Venimos de la fiesta del Saliente, que hemos ido de promesa. No, nos vamos.

24 El Santuario de Nuestra Señora del Buen Retiro de los Desamparados del Saliente se encuentra situado en el término municipal de Albox (Almería). En él se alberga la conocida como Virgen del Saliente, imagen dieciochesca que goza de gran devoción popular en las comarcas próximas tanto de la provincia de Almería como de las cercanas. El día 8 de septiembre se celebra el día de la Virgen del Saliente, y en la víspera se iniciaba la peregrinación al santuario.

Se quedaron disgustados, pero nos fuimos. Más arriba, en *Botardo*, nos encontramos un restojo de cebada, que habían segado. Atamos una mula, a la otra le dimos careo y allí nos acostamos. En *Fuencaliente* teníamos dos bancales de tierra sembrados con panizo y huerto. Allí cogimos pepinos, y antes del mediodía ya estábamos en *Ferrario*.

Cumplimos la promesa. Las mulas ya las llevábamos pagadas, gracias a Dios.

## POR QUÉ SE MARCHÓ DE *FERRARIO*

En *Ferrario* necesitaba siete hombres para segar, y me echaban doce o quince días de siega a doce duros. Cada año me pedían más. Así que le dije al amo que me dejara la finca al cuarto —la tenía al tercio, dos fanegas de trigo para mí y una para él— y que me diera un par de vacas para que ayudaran a las mulas a labrar. Me dijo que no porque, si lo hacía, todos los labradores querían que hiciese lo mismo. Entonces, cogí y me fui a Murcia a pedir *Chorrea*. El amo, Don Antonio Sabater, era médico capitán. Estaba casado con una hermana de Don Pedro Bañón y vivían en el *Palmar*.

Quando volví, llegué a *Ferrario* con la mula y le dije al guarda:

—Tenemos que hablar de algo.

—¿Qué? —me preguntó.

—Le dice usted al amo que si no hay nadie para hacer los barbechos, que los hago yo y, si tiene alguien que los haga, mejor para mí, porque me voy.

—Muchacho, ¿adónde te vas? —me preguntó.

—A *Chorrea* —le contesté.

—Pues yo se lo diré.

## INTERCAMBIO DE FAVORES CON EL AMO DE *FERRARIO*

El día que nos íbamos a marchar de *Ferrario*, estaba Don Antonio de vacaciones en el cortijo. Todas las mañanas iba a las diez a la fuente de las palomas. Después de recoger las últimas cargas —nos trajimos toda la carga en las mulas, teníamos cuatro mulas y una burra—, me acerqué a la fuente y me hice el encontrado.

—¿De dónde se viene? —me preguntó.

—He ido a dar una vuelta por ahí a ver el aljibe, porque resulta, Don Antonio, que esta tarde ya nos vamos.

—Bueno —me dijo.

—Lo que quiero decirle es que yo no tengo dinero, pero me tiene usted de la mano para lo que necesite de mí.

Pues bien, antes lo serví yo, que él a mí. Él tenía veinte chotos sementales grandes para doscientas cabras, y se los quitaba todos los años. Un año no encontró el guarda donde meterlos. Corrió todas las sierras, todos los cortijos, todos los ganaderos, pero nada. El día de las Santas bajó el guarda y, al vernos, juntamos el hato y las agüeras suyas para merendar. Nos quedamos los dos solos y me dijo:

—Me veo en un compromiso más grande.

—¿Qué le pasa, Don José? —le pregunté.

—Tú ya conoces al amo. Cuando dice una cosa, hay que hacerla. Tenemos veinte machos, —veinte chotos sementales— y he ido al *Chaparral*, al *Escribano*, a las *Cabañuelas*... y nadie los quiere.

Me quedé parado y le dije:

—Por verse usted en ese apuro y por ser de Don Antonio, puede cogernos y llevarlos a la *Hoya del Estepar* por la mañana, o cuando usted quiera.

—¿Es que tú puedes tenerlos? —me preguntó.

—Sí.

Los llevó a mediados de junio, y ahí estuvieron dos meses. Luego se los llevó mi zagal el día de la Virgen de agosto, y Don Antonio le dijo:

—Dile a tu padre que venga.

Así que fui un día y le dije:

—¿Qué quería usted, Don Antonio?

—Ajustar la cuenta de los machos —me contestó.

—Hubiera venido yo a traerlos, pero este año tenía mucho trabajo. La cuenta está ajustada —le dije.

—¡No, hombre, no!

—Que está ajustada —le repetí.

Se subió para arriba, bajó, me metió un puñado de dinero en el bolsillo y dijo:

—Ahí va un regalillo para el Antonio —mi hijo.

—No será cosa de...

—¡No, hombre no!, un regalillo —eran seiscientas pesetas para nuestro hijo [foto 4], en fin, el regalo era para él.

Luego tuvo mi yerno un accidente en Elche. Lo atropelló un soldado. No querían pagarle por el accidente. Lo llamé, pues tenía sus señas de Madrid, y me dijo que me hiciera con los datos del accidente. Le dije que no había manera. Entonces nombró un policía y apareció todo. Le pagaron la indemnización y le dieron una pensión, que sigue cobrando.

Él no esperaba aquello de mí de ninguna manera, y luego a mí se me presentó lo otro.

## CHORREA

Después de *Ferrario* estuve diez años en otro cortijo en la Puebla, llamado *Chorrea*<sup>25</sup>. El cortijo de *Chorrea* tenía dos cuartos en la planta de abajo: en uno dormían las muchachas, y en el otro nosotros. Arriba tenía dos cámaras que utilizábamos para colgar la matanza, para secar las almendras o para colgar fruta.

En *Chorrea* había doce mil almendros y los tomamos a medias entre el dueño, Don Antonio Sabater, y yo. Luego le pregunté al amo que por qué no echaba unas ovejillas, y me contestó que veinte nada más. Me cobraba dos mil pesetas por los pastos. Eché veinte ovejas, pero las fui creciendo. Compré pastos por ahí y fui juntando.

Por fin, compré Guillermo el cortijo y me preguntó el amo qué quería yo. Le dije:

—¿Yo? Dos años para buscar mientras otro sitio.

—Pues este hombre firmará un contrato, como que tiene que aguantarlo a usted dos años con el mismo trato —me dijo.

Pero, así que cogió la baraja, yo le estorbaba allí y nos marchamos.

25 En *Chorrea* estuvo de 1968 a 1978, hasta cumplir 54 años.

## ÚLTIMA ETAPA: LA PUEBLA

Desde *Chorrea* nos bajamos a la Puebla. Teníamos una casa muy cerca del bar que hay al salir del cementerio, cerca de la plazoleta. Luego se la vendimos a mi hermana. Vino un hijo de la Concha —el ama de la posada de la calle Toledo<sup>26</sup>— y dijo que por qué no nos íbamos con su madre y vivíamos con ella en la posada, que estaba sola —ellos vivían en Madrid. Yo tenía esas ovejas y un par de mulas, y me dijeron que podía encerrar las ovejas allí. ¡Menuda majada había allí! Le dábamos dos mil pesetas de alquiler y por los pastos, que tenía ella unos bancalillos por ahí. Estuvo muy a gusto con nosotros y nosotros con ella.

Yo iba a labrar donde me llamaban y mi zagal se iba con las ovejas. Otro día iba él a por leña y yo iba con las ovejas. Las vacaciones las teníamos cuando queríamos. Si había fiesta, yo me iba con las ovejas y él iba a la fiesta. A mí las fiestas no me han gustado, ni el juego.

Más adelante compré una casa en la calle el Cinto. Como se fue mi hijo al servicio, vendí una mula y me quedé con una sola, porque me daban más las ovejas que labrar por ahí donde me llamaran. Ya fui vendiendo las ovejas hasta que me quedé con pocas, porque estaba pagando el seguro —he pagado cuarenta y cuatro años. Mi mujer no estaba apuntada. Entonces hablé con Pepe “el Jamonero”— que era el jefe del sindicato. Dije:

—Bueno, si mi mujer no ha trabajado nada más que en la casa conmigo. ¿Por qué no le firmo yo?

—¿Cuánta tierra tienes? Si tienes tres hectáreas, sí vales —me dijo

—Pues sí, tengo tres hectáreas —le contesté.

Entonces la apuntó de autónoma. Pagábamos veinte mil pesetas entre los dos y no ganábamos ninguno nada. Me faltaban chotos y ella se lió a coser zapatos y trapos. En fin, fuimos saliendo.

Nuestros hijos se fueron casando, nos quedó la más chica. Estuvo haciendo jerséis con una que se llama Mercedes, que tenía máquinas y hacía chaquetas. Se fue a Francia con mi hijo —que ya había venido del servicio— y volvió. Pero se ve que alguno le gustó allí y, al poco tiempo, se fue con él y con él sigue. Las otras dos hijas, una vive en Denia y la otra en Barcelona. El chico vive en Hellín<sup>27</sup>.

## EL ACCIDENTE EN LA SIERRA

Me jubilé dieciocho meses antes de cumplir los sesenta y cinco años. Tuve un accidente en la sierra: me aporraceé la pierna y me rompí tres costillas —una se me introdujo en el pulmón izquierdo. Me vi muy mal. Era de noche. Estaba solo, no tenía más compañía que un mulo. Había otro pastor, pero se venía todas las noches. Tenía su yerno un coche, e iban y venían. Yo me quedaba allí solo.

El día quince de agosto, me di el porrazo. Me quedé que ni cogía aire, ni lo podía expulsar. A la media hora me cogí a una bojilla que había en una

26 La posada de Ángel.

27 Albacete.



4. Eugenio con su abuela y su hijo Antonio.



risquilla y me arrastré. Eran las tres de la madrugada. Ya empecé a coger aire —me hacía mucho daño. Cuando empezó el sol a subir, pensé: “Si me quedo aquí, me ahogo —por el sol, las moscas y los tábanos que había”. Solté el mulo y me bajé a *Bancalejos*. Bajé mal. Si aliviaba, me acaloraba y, si no, estaba siempre en el mismo sitio.

Llegué a *Bancalejos*, metí el mulo —le solté la cincha y el aparejo no se lo pude quitar, lo volqué al suelo y allí se quedó— y cerré la puerta. Allí vivían dos viejos. La hija tenía un coche, pero no estaba. Me dijeron:

—¿Pues no vino usted el otro día con el hato? ¿Es que se va otra vez?

—Sí, voy a dar una vuelta —les contesté.

Mi nieto estaba trabajando por allí haciendo una balsa y venía a comer a la Puebla a mediodía, porque tenía un coche. Así que pensé: “Los voy a asustar. Así que me voy adonde está mi nieto”. Pero cuando llegué a la carretera ya no podía andar, y me acosté allí, que hay un puente. Entonces pasó el que vivía en *Viana* con una motillo:

—¿Qué haces ahí? —me preguntó.

—Pues es esto —le contesté.

—Pues sabes que ha subido Constancio con material al *Cortijo Nuevo*.

Estará al bajar —me dijo.

En esto sentimos el camión, lo paró:

—¡Súbete, súbete!

Sí, ¿súbete? Me tuvieron que subir entre los dos al camión. Don Antonio<sup>28</sup> me mandó pastillas y diez días acostado. Pero ese mismo día me tuvieron que llevar a Baza. Allí me hicieron pruebas y encontraron el duende. Me operaron y estuve allí nueve o doce días. De aquello me curé, pero esta pierna se me quedó con poco juego. Se me engancha.

28 Médico que ha estado muchos años en Puebla de Don Fadrique, hasta finales de los noventa.



# LEONOR TRISTANTE FUENTES (1925)

Leonor nació el 25 de abril de 1925 en el cortijo de La *Merced*, en Almaciles. Su padre fue pastor y campesino. Tuvo seis hermanas y un hermano, que murió joven de una enfermedad. Al no haber más varones en la familia, ella y sus hermanas tuvieron que ayudar a su padre en las faenas del campo, trabajo que normalmente realizaban los varones. La mayor parte de sus relatos son simples comparaciones entre cómo eran antes las cosas y cómo son ahora. No abunda en detalles: la vida era dura, apenas había para comer —sobre todo durante la posguerra—, el pueblo era mayor (había médico, cura, escuela, Guardia Civil, etc.), se celebraban las fiestas y rituales, había una gran solidaridad dentro de la familia... El laconismo con el que describe todo esto, contrasta con la profusión de detalles con la que relata lo que le ocurrió a un cura, a quien ayudó su familia, cuando lo persiguieron los milicianos durante la Guerra Civil. Conoció a su marido cuando tenía diecinueve años en las fiestas de Almaciles. Se casaron tras un año de noviazgo. De él destaca que era muy trabajador. Estuvieron unos meses viviendo en casa de sus suegros hasta que alquilaron una vivienda en Almaciles. Su marido trabajó toda su vida como labrador. Un año después de casarse tuvieron su primera hija. Tres años más tarde tuvieron el segundo hijo y, diez años después, una tercera hija. Leonor ha sido una mujer que ha ido a misa toda su vida y participado en los rituales de la religión católica: procesiones, novenas, Semana Santa, etc.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 25 de abril de 1925 en el cortijo la *Merced*, que está muy cerca de Almaciles, pero ya no vive nadie. Me bautizaron en Almaciles.

### FAMILIA DE ORIGEN

A mis abuelos por parte de madre no los conocí. Mi abuelo paterno se llamaba José y vivía muy cerca de nuestro cortijo. Él vivía solico en su casa. ¡*Pobretico* mi abuelo José! Le gustaban mucho las ovejas. Mi tía María —la madre de Fidel<sup>1</sup>— y nosotros le llevábamos la comida cada uno un día. Tenía una cocina. Al lado de abajo del fuego tenía una cama y allí dormía. Tenía una camarica para tener el pienso de sus ovejas. Él era muy viejo y yo era chica. Me acuerdo que mis hermanas iban a llevarle de comer. Yo tenía cinco o seis años. Muchas veces mis hermanas no querían que fuera con ellas.

—*Mama* —decían—, que no se venga la Leonor, que es muy follonera. Pero yo me iba detrás de ellas.

---

1 Fidel Tristante López (1928). Su historia personal también está incluida en este libro.

Mi padre se llamaba Basilio Tristán Fuentes [foto 1]. Se crió también en la *Merced*. Su madre murió y se criaron cinco hermanos. No tenía nada más que una hermana. Cuando tenía catorce años —se me ponen los pelos de punta— a la muchacha le mordió un perro rabioso —entonces muchos perros cogían la rabia— y le tuvieron que dar medicinas para que no se muriera. Se quedaron ellos solicos con su padre.

Mi padre tenía seis hijas y un hijo nada más —bueno, después tuvo otro, el más chico. Se dedicaba a labrar y tenía ganado. Se le murió el hijo y se quedó con seis hijas. Entonces se morían aquí muchos hijos cuando tenían dieciocho años, porque cogían una enfermedad y no tenían cura. Como tenía ganado, tuvo que quitarlo, porque él tenía que labrar.

Mi madre se llamaba Servina Fuentes. Se crió en Almaciles. Estuvo siempre delicada. Se puso pajiza como la bayeta y estuvo así muchos años. Casi no podía comer. Decían que era ictericia y que los camisones de las personas que estaban trabajando yendo al monte eran buenos para eso. Se los daban y los llevaba ocho días, pero nada. Murió con setenta años de un cáncer. Era un cáncer en el hígado y lo echó todo por la boca antes de morir. Mi padre era mayor, pero todavía duró años. Estuvo en el cortijo con mis hermanas.

## CONFIRMACIÓN

Me acuerdo de la confirmación. Mi madre me montó en mi burra y me llevó a Almaciles. Yo tendría ocho o diez años. Todavía tengo guardadas las bragas que me hizo mi madre, unas bragas con una *miajica* de pata y una puntilla. Tenía una sobrina en Almaciles y me llevó a su casa. De allí fuimos a la iglesia. Me junté con otras cuantas criaturas como yo, y nos confirmamos. Esa fue toda la ceremonia.

## ANTES Y AHORA

Fui poco a la escuela. Teníamos un maestro que *remanecía* de la Puebla. No nos enseñó nada ni a mí ni a mis hermanas. En Almaciles había escuela, pero había muchos zagales. Entonces en cada casa había una docena de zagales. Las escuelas no eran como ahora. Hasta los seis años no se iba a la escuela. Esa era la vida. Hemos pasado mucho.

Había gente de cuartos, que tenían fincas. Había un ama, que era de Madrid, y tenía seis o siete fincas. Tenía sus labradores, y aquellos labradores ya vivían de otra manera: tenían sus derechos, tenían sus pastos para sus ovejas...

Aquí había médico, pero entonces los médicos no valían nada. Hoy los médicos son médicos, pero entonces los médicos eran peor que un pastor. En Almaciles entonces había médico, había civiles, había alcalde, había municipal. Entonces había curas y hacían sus novenas. Ahora no ha quedado nada.

Antes se celebraban mucho las fiestas. Hacían su buena matanza y se juntaban las familias. La Semana Santa era muy religiosa. El día de San Antón hacían unas procesiones, que aquello era divino. Después de la procesión,

se hacían sus novenas. En San José, lo mismo: hacían su procesión y sus novenas. Nochebuena era la fiesta más importante. Hacían su buen aguinaldo. Pero ahora todo eso se ha perdido.

Entonces estaban las familias muy unidas. Hoy ya de eso no queda nada, porque las familias se *esturrean*, se casan y se van por ahí. Yo tengo seis nietas —una es de Almaciles— y no viven aquí: las casadas porque tienen sus carreras y las solteras porque están estudiando. Así es que me queda un nieto aquí.

Antes había más respeto. Los primos se querían mucho, los hermanos se querían mucho, se apreciaban mucho. Yo he celebrado mucho con los hermanos de mi padre. Mi tía María Jesús vivía en el *Romeralejo* y la Nochebuena había que pasarla en su casa. La noche del reventón había que pasarla también en su casa. Una de las últimas veces, llegó la noche del reventón y mi madre tenía un estofado. Vino mi tía María Jesús y le dijo mi madre:

—Mira, yo tengo mi estofado puesto y no me voy a ninguna parte.

—Sí, ya lo creo —le dijo mi tía—. Traigo mi burra y mis aguaderas. Echa la olla en las aguaderas y nos vamos y nos lo comemos allí.

Y así pasó. Mi tía María Jesús, ¡madre mía!, ¡qué lástima!

La noche del reventón era para el carnaval. Como mi tío chico tenía ganado, a las tres menos dos decían:

—He matado un borrego en el porche de fulano. Vamos, lo asamos y nos lo comemos.

Entonces, iban todos los hermanos y los hijos, y allí se hacía su francachela, una buena lumbre y carne asada. Entonces no había más amigos que los hermanos.

## COMIENZO DE LA GUERRA

Cuando estalló la Guerra, nos fuimos a un cortijo y estuvimos allí ocho días. El pueblo estaba desocupado, porque a los que cogían los mataban. De abajo venían camiones. ¡Qué te voy a decir! La Guerra fue dura.

## EL CURA FUGADO

En tiempo de Guerra, que eso no es para contarlo, pasamos tres años muy malos.

Mi madre tenía dos o tres hermanas y, por desgracia, se murieron jóvenes y se quedaron sus hijos. Una de ellas tenía un hijo, que estudió y salió para cura<sup>2</sup>. Una noche se presentó en nuestra casa. Le buscaban para matarlo. Su padre se había vuelto a casar y tenía más hijos. Mi padre no tenía hijos. Le dijo:

—Hijo, yo no puedo hacer nada más que, si quieres, ampararte aquí en la casa.

—Pues me quedo —le dijo—. Yo no puedo ir a Almaciles, no pueden saber dónde estoy —porque a los curas los buscaban y los mataban.

—Pues hijo, yo, si te quieres venir aquí, ¿qué quieres que te diga?  
—le dijo mi padre.

2 José.

Total, que se vino. Era verano. Mi madre le dejó su dormitorio con su cama. La habitación tenía una ventanica que daba a la parte de atrás del cortijo. En caso de que los milicianos llegaran —con los caballos en cinco minutos podían estar allí— y los viese venir, como detrás del cortijo había monte, podía escapar.

Estuvo ocho meses en mi casa. Su padre le llevaba comida. Mis hermanas iban a lavar —que había un lavadero— pero, como él llevaba una blusa de marchante y ropa que mis padres no tenían, a veces se volvían del lavadero sin lavar porque no podían.

Un día salieron los milicianos. Llegaron al cortijo y preguntaron:

—¡Qué!, ¿y el cura?

Mi padre estaba haciendo un capazo, en el que cogían siete fanegas de trigo, para salar el tocino. El capazo estaba boca abajo. Le dieron un puntapié al capazo, porque era grande y pensaron que el cura estaba debajo.

—No, no hemos visto al cura —les contestó.

—Si nos han dicho que el cura está aquí —dijeron.

—Pues habrá estado aquí, pero nosotros no lo hemos visto —dijo mi padre.

Se pusieron a buscarlo, tira para allá y tira para acá —el cura estaba detrás del cortijo en el monte—, hasta que uno dijo:

—Pues lo llevamos a usted a la cárcel.

—Lo que vosotros queráis —les dijo mi padre—. Si supiera donde está el cura... Pero, como no lo sé, pues ya está.

Se lo llevaron a Almaciles y, cuando iban por la cañada, le dijeron:

—Entonces, ¿no nos dices dónde está el cura?

—No sé dónde está el cura. Si no, se lo diría —les respondió.

—¿Ha sentido usted que en *Campillejos* matamos a una? Pues fuimos nosotros, y le vamos a dar a usted cuatro tiros.

Mi padre, como era viejo, les respondió:

—Pues, mirad, me vais a quitar poca vida, porque yo ya soy viejo.

El que se lo dijo, después se fue a la *Loma* detrás de un guardia civil, pero no dio con él.

A mi padre lo tuvieron todo el día en la cárcel, en la iglesia, a él y a otros muchos. Al oscurecer les dieron careo y se fueron. Cuando llegaron mis padres, el cura estaba allí, y les dijo:

—Yo me presento.

—Pues mira, yo tengo entendido que es para matarte, José —le dijo mi padre—. Si no quieres presentarte, no te presentes.

—Sí, yo me presento —dijo él.

Entonces le dijo mi padre:

—Mira, vamos a hacer otra cosa, José. Me voy contigo y en la *Esperilla*, que vive un tío mío —y era de los rojos—, hablamos con él a ver la explicación que nos da.

Fueron y les dijo:

—Mira, vamos a ver a Esteban, el alcalde, a ver lo que nos dice.

Fueron y el alcalde se prestó como una bella persona. Le dijo:

—Mira, te quieren matar José, y yo no puedo hacer nada más que decir que no te he visto. Tú toma el camino que quieras, hijo mío, pero ya sabes para lo que te quieren.

Entonces bajaron y se fueron al cortijo. Le dijo mi padre:

—Mira lo que vamos a hacer, José. Vamos a *Romeralejo* —otro cortijo que había más arriba, donde vivía una hermana suya—. Allí hay dos de Cañada de la Cruz fugados. Te unes con ellos y te estás en la sierra. Cada quince días bajabas a mudarte y a llevarte merienda, y ya está.

¡Así echamos tres años! ¡Tres años!, que se dice muy pronto. Estuvo en la sierra con dos de Cañada de la Cruz. Algunas noches bajaban a *Aguas Blancas*.

## FIN DE LA GUERRA

Cuando terminó la Guerra, había mucha gente fugada: hombres que habían ido a la mili, habían escapado y se habían ido a la sierra. ¡Tres años! ¡Cuánto sufrimos nosotros! ¡Cuántas noches llegaban los milicianos a la puerta con unos zambombazos que daban con las patas de los caballos que llevaban:

—¡Qué!, ¿no han visto al cura? —preguntaban.

—No, no hemos visto nada —respondíamos.

—Pues nada.

¡Siempre en el aire! La noche que bajaban a mi casa, ¡madre mía de mi alma! A mí y a mi chica no nos dejaba mi padre estar allí, porque éramos todavía chicas. Pero teníamos unas escaleras y había una gatera, y por allí sentíamos toda la conversación.

El día que terminó la Guerra, se juntaron veinte en aquella zona para presentarse. Mi padre les dijo:

—¡Madre mía de mi alma!, ¡madre mía de mi alma!, mira que si no se ha terminado la Guerra y os quieren para mataros.

—No, —ellos tenían muy buenos informes y muy buenas noticias— la Guerra se ha terminado —dijeron ellos.

Salieron de mi casa diciendo:

—¡Arriba España! ¡Viva Franco, que estamos salvados!

Eso no se me olvidará en la vida.

## LA POSGUERRA

Nosotros seguimos con nuestro ganado y las tierras que teníamos y ya está. Sobras no teníamos, pero hambre tampoco pasamos. Nuestro campo era de secano, pero se criaban almendras y bellotas, que entonces eso lo aprovechaban mucho. Teníamos cerdos. Vendíamos cerdos porque teníamos *chinas* para criar. En fin, mi padre tenía sus ovejas, cogía cuatro fanegas y nos apañábamos con aquello. Se criaban conejos, pero era para venderlos. Mi madre tenía muchas gallinas y llevaba los huevos a los mercados a la Puebla. En la Cuaresma guardaba los huevos y llevaba a lo mejor veinte docenas de huevos, porque allí los pagaban más caros. Mucha gente hacía

lo mismo. Con lo que ganaba, venía y compraba el camisón, la camiseta, los calcetines, las mudas... a José el “Cojo” [foto 1], que era primo hermano de mi madre y tenía una tienda en Almaciles.

Mi padre, en el otoño, se iba a recoger esparto, porque teníamos tierras que tenían bastante esparto y entonces valía. Cogía sus cargas de esparto, se iba a la sierra y lo cambiaba por patatas. Entonces se hacían esparteñas y muchas cosas de esparto. Iba a Góntar<sup>3</sup>, que se criaba mucha aceituna, llevaba su esparto y se traía su arreglo de aceitunas para todo el año. Y así la gente pobre, nos apañábamos.

Yo y mis hermanas trabajábamos en el campo ayudando a mi padre a segar, en la era y cuando había que ir a recoger esparto.

## NOVIAZGO

Está feo que yo lo diga, pero no me han faltado novios. Con diecinueve años me puse de novia con mi marido. Nosotros veníamos a Almaciles de fiesta —porque el cortijo estaba cerca— y así conocí a mi marido, Vicente<sup>4</sup>.

Él era muy trabajador, ¡madre mía! Me acuerdo que un día mi madre y mi padre, en fin, estaban echados en el cortijo y estaban hablando. Yo estaba en el dormitorio y por una ventana los estaba sintiendo. Él ya iba detrás de mí. Tenía un carro con el que llevaba esparto a Águilas todas las semanas. Llevaba un viaje de esparto él, y otro el compañero que tenía. Otras veces era de carbón, porque entonces hacían aquí mucho carbón. Mi madre decía:

—El zagal es muy trabajador, ¡eh! Tú fijate —que ellos tenían sus tierras y labraban sus tierras— el carro que han comprado y todas las semanas van a llevar el esparto.

Echaban una semana en el viaje para ir a Águilas, soltar el esparto y venirse, ¡una semana!

Estuve muy poco tiempo de novia. Él iba los domingos y se acabó, porque tenía que trabajar. Teníamos un sofá en mi casa. Él se sentaba en el sofá y yo también. Mi madre, mi padre y mis hermanos —los que quedaban— estaban al lado de la lumbre. Eso era todo. La mujer tenía que tener vergüenza. Si no, la consideraban una fulana y la trataban como a una puta, aunque no lo fuera. No era como ahora, ¡madre mía!, que las mujeres disfrutan, y está bien. Ahora se van con los novios y se están por ahí. Van a casa de la suegra y tienen una confianza, como si fuera su madre. Yo me casé y no había entrado en casa de mi suegra. Ni a la ventana te asomabas. Iban a casa de la suegra cuando ya se iban a casar. Entonces iban a pedir a la novia, y se saludaban. Pero antes no, no pasaban ni por la puerta de la casa del novio. Costumbres tontas, pero aquello era lo que se estilaba.

3 Nerpio.

4 La historia personal de Vicente Martínez Martínez (1921) se incluye también en este libro.



## BODA

Me casé con veinte años el día once de octubre<sup>5</sup> en Almaciles, en la feria. Me casó el cura Pavero<sup>6</sup>.

Me casé con un vestido negro —que entonces se estilaba el vestido negro— y una teja con un velo. Los compadres fueron al cortijo en su carro y nos vinimos todos a Almaciles. Entonces los compadres eran de la familia del novio. Una hermana y un cuñado fueron los compadres.

El banquete fue en mi casa. Mi madre hizo en su casa el banquete de todos los hijos que casó. Había una mujer en la Puebla que guisaba. Te traías la cocinera, y hacía de comer. Entonces a lo mejor iban cincuenta o sesenta personas a la boda. Mataban animales y hacían de comer. Esa era la boda. En mi casa así pasó.

La noche de bodas dormimos en la casa de mis padres. Allí estuvimos tres o cuatro días. Después fue la tornaboda: fueron mis suegros y los compadres a por nosotros, bajó mi familia y comimos en su casa todos juntos.

Quando nos vinimos con mi suegra, yo no tenía casa todavía y estuvimos nueve meses en casa de mi suegra. Los novios estaban en casa de los padres y éstos les daban de comer. Trabajaban con los padres, y lo que ganaban allí se quedaba metido.

## HIJOS

Luego ya nos gobernamos una casa en Almaciles y nos vinimos a vivir a nuestra casa. A los nueve meses tuve a mi María y a los tres años a mi José. Mi suegra me asistió, porque aquí no había parteras, ni había nada. Pasaron diez años para tener a mi Servina, que ya no teníamos idea de tener más. Ahora se toman cosas, que están durmiendo tres años con uno y no se quedan embarazadas, pero entonces no había nada. Así era la vida.

## TRABAJO DE SU MARIDO

Mi marido labraba tierra y se dedicaba a llevar con su carro esparto, carbón, lo que salía. Yo le ayudaba en el verano con la faena. Luego echó un tractor y labraba ajeno<sup>7</sup>.

## LA VENDIMIA EN FRANCIA

Yo fui muchos años a la vendimia en Francia. Mis hijos ya eran grandecicos. Al principio, mi marido se quedaba con ellos aquí, porque tenía faena. Luego se dedicó a ir conmigo. Hemos ido bastantes años a la vendimia. Yo tendría treinta

---

5 De 1945.

6 Antonio.

7 Trabajó durante veinte años el cortijo de Doña Elvira.

y cinco años o por ahí cuando iba a la vendimia. Iba mucha gente. La gente pobre iba toda a la vendimia. Nosotros teníamos nuestros contratos y, cuando llegaba la vendimia, nos escribían e íbamos.

## RELIGIÓN

Yo religiosa, muy religiosa, no he sido, pero rebelde tampoco. En mi juventud he ido mucho a la iglesia. Decían muchas novenas, hacían muchas procesiones... En la primavera, que era cuando más novenas hacían —en San José, en San Antón—, como vivíamos cerca, al segundo toque salíamos del cortijo y cuando daban el último, estábamos allí. Sentíamos nuestra novena y de seguidas nos volvíamos al cortijo.

Aquí hubo un cura que se lió a llevarse monjas y por poco se lleva a todas las del pueblo. La mayoría se salieron y se casaron. Pero todavía quedan aquí algunas monjas.



**1. Familia de Leonor** > *Basilio Tristante (padre), Servina Martínez (madre), Emilia, Maravillas, María Teresa, María Jesús, Leonor y Gloria (hermanas), Pepe el "Cojo".*



# ELÍAS GARCÍA ANDREU (1926)

Elías nació en Cañada de la Cruz (Murcia) el 26 de septiembre de 1926. Sus padres eran agricultores. Siendo todavía pequeño, sus padres se fueron a vivir al cortijo el *Duque*, en Puebla de Don Fadrique. Allí transcurrió la mayor parte de su vida. Fue el mayor de cinco hermanos. Casi no fue a la escuela. Un maestro que iba por los cortijos le enseñó a leer, escribir y hacer cuentas. Siendo adolescente empezó a trabajar cuidando el ganado y labrando con las mulas. Hizo el servicio militar en Valencia. Allí estuvo al servicio personal de un teniente coronel, lo que le proporcionó una situación cómoda, con muchos permisos y otros favores. Mientras estaba en la mili, conoció a su mujer y empezaron una relación de noviazgo. Al poco tiempo de regresar del servicio militar, se casaron. Vivieron en el *Duque*, donde tuvieron cuatro hijos. Su hijo mayor empezó a trabajar con él en el campo. A partir de los años sesenta, empezaron a mejorar sus condiciones de vida. Más adelante compró su primer coche, electrodomésticos, maquinaria... Sus hijos e hijas se fueron casando y haciendo su propia vida. Una de ellas tiene una pescadería y otro un comercio en Huéscar. Hace dos años le dio una trombosis, de la que se fue recuperando lentamente. Tiene dificultades para recordar, de ahí que sus relatos estén llenos de lagunas y a veces de lapsus, que hemos corregido para su edición. La manera como narra su vida es muy parecida a la de otras personas que aparecen en este libro, aunque centrada en cortijos y redes sociales y de parentesco diferentes.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 26 de septiembre de 1926 en Cañada de la Cruz y allí me bautizaron.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos y mis padres eran de Cañada de la Cruz. El cortijo de Cañada de la Cruz tenía cinco casas. Mis abuelos se llamaban Esteban y Beatriz. Se criaron en la tierra. Mi abuela se murió cuando yo tenía un año. Tuvieron cuatro hijos y una hija: mi padre, Emilio, Faustino, Esteban y Esperanza.

Mi padre se llamaba Pedro y mi madre Angelita. Se conocieron en Cañada de la Cruz. Él tenía veinticuatro años y mi madre tenía veintiuno, de eso sí me acuerdo, vamos, que me lo dijeron mis padres. Luego se fueron a vivir al *Duque*. Yo tenía diez o doce años cuando nos fuimos de Cañada de la Cruz y nos vinimos al *Duque*.

Mi padre se murió con sesenta años. Yo tenía treinta o treinta y un años. Ya me había casado y tenía mi chiquillito chico. Vivíamos en el *Duque*. Mi madre tenía cerca de ochenta años cuando murió.

En Cañada de la Cruz la casa tenía tres dormitorios, la cocina para comer y una cuadra que había para las bestias. Mis abuelos vivían al lado.

Tengo tres hermanos y la hermana: José María, Ángel, Emilio y Águeda. A mi madre se le murió un hijo a los cinco o seis meses de nacer. Yo soy el mayor de todos. Mi hermano José María tiene dos años menos que yo. Al más chico, Emilio, le faltan tres años para cobrar la pensión, para tener los sesenta y cinco. Mi hermana y Estaban están cobrando también. Mi hermana se lleva tres o cuatro años con el chico.

## JUEGOS

Cuando éramos chicos, con ocho o nueve años, en Cañada de la Cruz jugaba con los zagales a pelearnos y todo eso. Nos íbamos por ahí a hacer daño, desastres nada más. Luego mi padre me decía:

— ¿Dónde has estado?

## ESCUELA

Estuve unos días yendo a la escuela en *Cañada de la Cruz*, pero cuando nos fuimos me quitaron. Al maestro le decían Don Rafael.

Nosotros nos dedicábamos nada más que a la tierra, a las ovejas y a todo eso. Sé escribir y hacer cuentas. Yo hacía las cuentas y escribía —escribo muy bien. Pero a la escuela no fui. Cuando estábamos en el *Duque*, había un maestro que iba por el campo. Nos juntaban en una casa y entonces nos enseñaba. Luego se iba aquél y, a lo mejor, venía otro que hacía lo mismo. Todos los meses le pagábamos.

## LA GUERRA

A mi padre se lo llevaron a la Guerra, porque le tocó. Él era de la quinta del catorce. Se fue con uno de Cañada de la Cruz que era socialista. También se llamaba Pedro. Mi padre era de derechas y el otro socialista. Los mandaron a hacer la mili al lado de Murcia. Estuvo tres meses. Luego le dieron careo y se vino. Nosotros teníamos ganado y vinieron los socialistas con caballos y un coche colorado a llevarse las ovejas y los borregos. Pero llegó el Pedro ese, que era el caporal, y dijo:

— De ese ganado no cojáis nada.

Y no se llevaron ningún borrego. Luego mi padre le dijo:

— Toma un borrego. Cómetelo.

Llegaba un pobre —de esos que tenían nueve y diez hijos, que estaban pasando hambre— y le decía:

— Toma un borrego y comedlo para la Pascua.

Y se lo daba. Con mi padre no se metían para nada.

## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR

Yo tenía diez o doce años cuando empecé a trabajar, a ir con las ovejas, a labrar la tierra con las mulas, todo eso. Trabajábamos mucho. Nos levantábamos a las seis o las siete de la mañana. Estábamos trabajando todo el día, hasta

anochecer. Así todos los días. No teníamos fiestas. Teníamos que guardar los días de fiesta más señalados: el día del Señor, San Pedro... Mis hijos ya han hecho la vida de otra manera.

Mi padre me quería mucho. Yo iba con las mulas, porque teníamos el ganado también. Cuado tenía quince años, yo ya iba con las mulas y él no me tenía que decir nada. Yo le echaba a mis mulas de comer y él no quería saber nada. Yo me acostaba al lado de las mulas en la cuadra que teníamos, dormía allí al lado. Me acostaba y, cuando era la hora, me levantaba a dar de comer a las mulas, a lo mejor a las tres de la mañana. Tenía cuidado de levantarme. Mi padre me decía:

— ¡A ver si te vas a dormir!

Entonces no teníamos relojes. Cuando era la hora, me levantaba y les echaba. Y, cuando ya empezaba a pintar el sol, me iba a labrar con mis mulas. Luego ya, a últimos de abril, necesitábamos otro par de mulas para labrar e iba mi hermano. Mi padre cogió un pastor para que fuera con las ovejas.

## EL CASTIGO DE SU PADRE LA VEZ QUE REGRESÓ AL AMANECER

Una vez me fui toda la noche y vine cuando iba a salir el sol. Tendría veinte o veintiún años. Estuvimos bebiendo y cabeceamos una *miaja*. Total, que se nos hizo de día. Cuando llegué al cortijo mi padre tenía las mulas amarradas en la puerta, con su collar ya puesto para irse a labrar. Me dijo:

— ¿Qué haces? ¡Vaya unas horicas de venir. ¿Qué horas son estas de venir aquí? Ya la hemos liado. ¡Ala!, quítate la ropa y ponte, que te vas a labrar ahora mismo.

Me tuvo labrando hasta las doce, que fue cuando comimos. Me podía haber dicho:

— Anda, ve y acuéstate. ¿Por qué no has venido a la una o las dos para acostarte un rato, que te había dicho que cuando vinieras te acostases, que yo les echaba a las mulas?

Pero, como me estuve toda la noche, me dijo:

— Ahora te vas a labrar.

Ese fue el castigo.

## SUS HERMANOS

Los chicos eran más revoltosos, y mi padre algunas veces les pegaba. Pero mi hermano y yo estábamos más sujetosos.

Mis hermanos trabajaban con las ovejas y labrando. Mi hermana ayudaba a mi madre. Nosotros trabajábamos todos los días.

Mi hermana estaba muy consentida, pero trabajaba mucho. Le compraban de todo lo que quería: zapatos, trajes... Le decían:

— Vamos al pueblo.

Se la llevaban y le compraban lo que quería.

Nosotros la queríamos mucho. Ella y mi madre nos lavaban la ropa y lo tenían todo muy bien arreglado. Nosotros íbamos en condiciones. En cuanto veían que llevábamos un pantalón o una chaqueta rota o sucia, nos decían:

—Quítate esa y ponte la otra.

Y la lavaban, la arreglaban, muy bien.

## COMIDAS

Por las mañanas tomábamos las migas. A las nueve o las diez, comíamos nuestras migas. Que estábamos en la casa, bien; que no, pues mi madre o mi hermana cogía la burra que teníamos, nos llevaba nuestras migas y comíamos en el *piazo*. Estábamos unos labrando y otros con las ovejas.

Algunas veces nos echaban la merienda. En un taleguillo nos echaba pan, chorizo, un pedazo de tocino, un pedazo de magra..., lo que pillaba.

A la noche nos juntábamos todos a cenar. Hacían ensalada con habichuelas, un potaje, la olla, andrajos, lo que pillábamos. Había que comer de todo, todos juntos y en el mismo plato. Los que eran más chicos, les echaban en un platillo más chico. Los cubiertos eran la cuchara y la navaja.

Mi madre amasaba en el cortijo. Hacía cuatro o cinco panes gordos.

Los días más señalados hacían un arroz con carne o *cosuchas* más reconocidas y comíamos fruta.

Matábamos dos o tres *chinos* grandes, que pesaban diez o doce arrobas. Nos juntábamos los cinco hermanos y mis padres.

## POBREZA

Nosotros teníamos de todo para comer: patatas, *chinos*, gallinas, conejos... Pero había mucha gente pobre que pasaba hambre. Iban a los campos a buscar patatas, de todo lo que pillaban. Iban a pedir por los cortijos. Uno les daba media barrilla de pan, otro unas patatas... De cada cosa les daban una *miaja*.

## COMERCIO

Mi padre era el que administraba el dinero. Si mi madre iba a comprar algo, le daba dinero. Teníamos pollos, gallinas, conejos, de todo. Iban carreros por el cortijo vendiendo vino... de todo. Unas veces les daban dinero y otras conejos o pollos —porque teníamos muchos pollos, treinta o cuarenta.

## ROPA

Para trabajar me ponía unos pantalones de pana viejos. Tenía un traje fino, que me ponía cuando tenía que ir a algún sitio. Había un sastre que hacía la ropa.



## SERVICIO MILITAR

Fui al servicio cuando tenía veintiún años. Lo hice en Valencia. Estuve dos años. Un mes sí y otro no, venía a mi casa. Estuve con un teniente coronel. Tenía dos caballos: uno para él y otro para mí. Vine unos meses antes de cumplir, porque me dio un permiso el teniente coronel. Me dijo:

—Vete y te tiras un mes.

Cuando pasó el mes, me dijeron que no volviera.

Estuve muy bien con él, ¡María santísima! Me acuerdo que le llevé un pernil. Yo comía en su casa. Yo le limpiaba las botas y el caballo. Estábamos dos en la casa. Cuando iba uno, el otro se venía.

Algunos, que eran muy sinvergüenzas, se juntaban con tías de esas que estaban por ahí. Luego se ponían malos. Algunos se *esturreaban* por ahí y hacían tonterías y cosas de esas, sí, ya lo creo, y bien que les costaba, se ponían malos.

## CÓMO EMPEZÓ A FUMAR

En la mili también bebían algunos y se emborrachaban. Yo no bebía, ni tampoco fumaba. Ni fumaba ni bebía. Tabaco no fumaba entonces. A lo mejor me daban una cajetilla y la tiraba, no hacía caso. Entonces nos pagaban cincuenta céntimos y nos daban una cajetilla de tabaco. Yo me la metía en el bolsillo. Encendía un cigarro y, a lo mejor, lo tiraba entero. Luego vine y es cuando empecé a fumar una *miaja*. Cuando estaba de novio, echaba mi cigarro. Hasta que acabé fumando. Me fumaba un paquete todos los días. Luego estuve malo y estuve cuatro o cinco meses sin fumar. Pero me he arregostado otra vez. Ahora fumo, todavía fumo.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Cuando estaba en la mili ya hablaba con mi mujer, la Remedios. Me puse de novio con ella en el *Duque*. Ella vivía en el mismo cortijo.

Por las tardes, así de noche, nos juntábamos en las fiestas y algún domingo. Iba a su casa de noche a hablar con ella. Iba después de cenar, estaba un rato —una hora o dos horas, no podía pasarme más de la cuenta— y me marchaba. Así estuvimos dos años.

Teníamos que andar más derechos que... No nos dejaban... Estábamos juntos, pero sin arrimarnos mucho. No nos dejaban los padres de ella. ¡Eran más listos! Lo único que, a lo mejor, cuando nos invitaban a ir al baile, algunas veces nos juntábamos y nos dábamos un abrazo. Pero cuando llegaba a la casa, ¡qué va!, había que ir más derecho que... No te podías pasar. Cualquiera tocaba allí nada, ¡digo! Y, si íbamos de baile a *Bugéjar* —que decían misa y hacían baile y se juntaba la gente—, teníamos que tener cuidado. Teníamos una *miaja* de respeto. Ahora ya no, ¡María santísima!, la gente joven hace todo lo que quiere. Enseguida se juntan, se lían ellos con ellas. Entonces había un respeto. Te juntabas con ella y te casabas. Pero antes no podías hacer nada, no te podías mover.

## BODA

Me casé estando en el *Duque*. Yo tenía veinticinco años cuando me casé y mi mujer diecinueve. Nos casaron bien casados en la *Toscana*, que iba el cura. Luego nos juntamos en el *Duque*, allí pusieron de comer y comimos.

## HIJOS

Tengo cuatro hijos: dos hijas y dos hijos. Mis hijos viven aquí, menos el chico que vive en Huéscar, que tiene una tienda allí.

Mis hijos fueron aquí a la escuela, pero luego no siguieron estudiando ni en Huéscar ni en Granada. Saben para defenderse. Estuvieron en la escuela hasta que tuvieron trabajo.

## EL TRABAJO DE SUS HIJOS VARONES

Tuve un pastor ocho o diez años. Luego ya mis zagales se hicieron más grandes y dejaron de ir a la escuela. Entonces hacíamos todo el trabajo nosotros. Yo guardaba las ovejas y mi Ángel labraba.

Mis zagales me querían a mí mucho. Estaban muy a gusto. Yo tenía mi tractor y me iba a labrar. Mi Ángel, que era el más grande, se venía conmigo. (El otro no ha trabajado en el campo. Algunos días guardaba las ovejas, pero estaba más consentido). Yo me quedaba con las ovejas y él labraba. Nos juntábamos casi todos los días, yo con las ovejas y él labrando. Despaché al pastor. Dije: “Esto lo podemos hacer nosotros”. Así ganábamos más. Al pastor tenía que pagarle.

Mis hijos trabajaban menos y se iban de fiesta. Mi zagal se iba y volvía cuando se ponía el sol. Como le di un coche, iba y venía al cortijo a la una o las dos de la noche. Él, como se arregostó con su coche y tenía su carné, iba y venía cuando quería. Más tarde se compró su coche.

Cuando mi hijo se casó, se metió en una casa que tenía yo aquí. Le di yo una casa. Él compró una máquina cosechadora para segar. Algunos días venía a ayudarme algún rato, pero él tenía su máquina, segaba y ganaba.

## EL TRABAJO DE LAS MUJERES

Mi mujer no trabajaba, estaba en la casa y mi hija también. La otra iba a la escuela.

Yo tenía unos borregos encerrados y había que echarles de comer. A lo mejor, iba mi mujer o mi Angelita —que ya era mayor— a ayudarme, a llevarles agua, a echarles de comer, a fregar. También iban a lavar la ropa a la acequia que está más abajo del *Duque*. Iban en el coche, lavaban y se volvían. Cuando los borregos no tenían agua, cogían tres o cuatro bombonas, las llenaban de agua allí, mi mujer y la chica se quedaban lavando, y mi Angelita subía el agua para echársela a los borregos. Trabajaban mucho. Yo estaba por ahí y el otro también.

## ADMINISTRACIÓN DEL DINERO

Yo le daba el dinero a mi mujer. Le decía:

— Toma, escóndelo por ahí.

Cuando me hacía falta, que tenía que ir a algún sitio o algo, iba y cogía.

Luego le decía a mi mujer:

— Oye, que he cogido dinero.

El dinero lo administraba yo para comprar cosas de comer y ropa, y pagar todos los meses.

## MÉDICO

Al principio íbamos al médico a Topares<sup>1</sup>, a uno que le decían Don Juan. Unas veces íbamos nosotros y otras venía él al cortijo.

Luego ya vinimos a la Puebla. Había dos médicos: uno que le decían Don Pepe y otro que no me acuerdo ya cómo le decían. Le pagábamos una fanega de trigo al año al médico para que nos atendiera. Más tarde ya tuvimos que pagar con dinero, lo que ellos querían. Entonces cobraban poquillo. Ahora ya tenemos eso<sup>2</sup> que nos dan para ir al médico, que no te cuesta nada.

## ELECTRICIDAD

En Cañada de la Cruz había una luz muy chica, una campanilla que apenas daba luz. Aquí en el cortijo no teníamos luz eléctrica. Teníamos un quinqué de petróleo muy grande.

## TELEVISIÓN

Me acuerdo que cuando estábamos en el cortijo del *Duque*, compramos una televisión pequeña. Comprábamos una batería y la poníamos. Cuando se gastaba, íbamos y la cambiábamos. Cada uno teníamos la nuestra, menos dos que no tenían. Unas veces íbamos a un lado y otras a otro. Nos juntábamos y comíamos. A lo mejor, nos juntábamos a cenar dos o tres vecinos y nos pegábamos unos lotes que...

## COCHES

Primero tuve una furgoneta. Mi hija cogía, la llenaba de ropa y se iba a lavar con ella a la acequia. Después quité la furgoneta y compré un Diane<sup>3</sup>. Como los zagales querían venir todos a la Puebla, compré un coche.

---

1 Almería.

2 La Seguridad Social.

3 Citroën Diane 6.

## POLÍTICA

Mi padre fue de derechas toda su vida, pero él no se metió en nada. Yo sigo también con la misma tendencia política, pero tampoco me meto en nada. Yo no me meto con nadie. Nada más que yo me voy con mi padre a la derecha y ya está.

Uno de mis hijos es también de derechas y mi yerno es socialista. Su padre y su hermano son también de derechas, ya ves.

## JUBILACIÓN

Yo llevo ya jubilado desde los sesenta y cinco años, y tengo ochenta. Mi mujer también cobra pensión. He pagado toda la vida por los dos.

Tengo una vivienda muy hermosa aquí en la Puebla. Era del médico, de Don Pepe, una casa muy hermosa y grande, parece un hospital.

Estoy apuntado a la hermandad. Todos los meses vamos una vez.

He ido a muchos viajes: a Granada, a Sevilla, a Málaga... Unos que nos han costado dinero y otros que no. ¡María santísima!, yo qué sé los lugares que he corrido. Ya no corro, llevo dos años que ya no corro.

Tuve una trombosis. Me tiré dos meses en mi casa y otros diez o doce días en el hospital. Me quedé una *miaja*..., pero ya me he espabilado.

Aquí en la Puebla se está bien. Aquí hay una gente muy buena. Aquí no hay mala gente en el pueblo.

## SUS HIJOS HOY

Una hija y un hijo míos tienen la pescadería. Tienen dos furgonetas de esas grandes y van por Almaciles, por la sierra, por todos los sitios a vender el pescado. Mi otro hijo está en Huéscar. Tiene una tienda.

Mi otra hija tenía una fábrica con mujeres cosiendo ropa. Tenía diez o doce mujeres trabajando allí. Tenía lo menos ochenta o cien máquinas en un habitación muy grande. Pero, cuando murió su marido, lo quitó todo. El marido de mi hija la pequeña se murió de un mal de esos. Tenía cuarenta y ocho años. Tiene una muchachilla con diez años y el otro que tiene seis.





# CARMEN MARTÍNEZ MARTÍNEZ (1926)

Carmen nació en Puebla de Don Fadrique el 24 de octubre de 1926. Es la tercera de cinco hermanos, uno de los cuales falleció siendo niño. Nació en una familia humilde. “Éramos —afirma ella— muy pobres, pero decentes”. Le gustaba mucho la escuela, pero no pudo estudiar. Tras la Guerra Civil pasó a formar, con otras niñas del pueblo, parte de un grupo de la Sección Femenina, que realizaba actividades culturales y religiosas. Le gustaba mucho participar en las representaciones teatrales que hacía este grupo y recitar poesías. Todos sus hermanos empezaron a trabajar cuando eran niños: su hermano Pepe, como peón, su hermano Jacinto, como mozo, y su hermana Amparo, ayudando en un cortijo a sus tíos. Ella, sin embargo, nunca trabajó fuera de su casa, donde ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos. A los quince años conoció a Miguel, de quien se enamoró. Dejó el grupo de teatro porque él no quería que siguiera con las representaciones. Se quedó embarazada con 20 años, estando todavía soltera. Antes de dar a luz, Miguel tuvo que ir al servicio militar. Ella tuvo que afrontar sola parte del embarazo y el nacimiento de su primera hija, en una época en la que todo eso estaba muy mal visto. Al regresar de la mili se casaron, aunque inicialmente su padre no quería dar su consentimiento —necesario en aquellos tiempos para que una mujer pudiese contraer matrimonio. Poco a poco fueron formando su hogar. Su marido siguió con el oficio de barbero. A cambio de afeitarse y cortar el pelo a los campesinos por los cortijos, éstos les daban una parte de trigo anualmente. Tuvieron cinco hijos. Perdió otro en el último embarazo. Todos ellos comenzaron a trabajar a edad temprana. Las dos hijas y uno de los hijos estuvieron empleadas algún tiempo en la aserrería de Don Miguel Bayón. En los años 60 todos emigraron a zonas turísticas o industriales para trabajar en la hostelería o en fábricas. Uno de los hijos regresó después para continuar con la barbería. Carmen siempre ha sido una mujer alegre, a quien le gustaba acudir cuando era joven a los bailes y las reuniones que se hacían —por ejemplo, para deshojar el maíz— o disfrazarse en los carnavales. Pero también ha sido una mujer religiosa, a la que le gusta ir a misa todos los días. Su madre le transmitió la fe religiosa, enseñándole a rezar e ir a misa desde muy pequeña e inscribiéndola en la Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús. De su madre aprendió varias prácticas de sanación, tales como: rezar el mal de ojo, rezar de carne cortada o pasar a los críos por la zarza. Apoyada en su fe religiosa, ha ejercitado algunas de ellas. Carmen ha sido una mujer que ha luchado por sacar adelante a su familia en unas condiciones duras y difíciles, —como ella dice— “sufriendo, haciéndose mayor, pero sin perder su alegría”.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 24 de octubre de 1926 en la calle Pie de Hierro en la Puebla de Don Fadrique.

## FAMILIA DE ORIGEN

Mi padre se llamaba Miguel Martínez Tornel y mi madre María Martínez Sánchez. Fuimos cinco hermanos. El mayor es mi Pepe. Luego, mis padres tuvieron otro antes que yo, pero se murió. Yo soy la tercera. Luego vienen mi hermana Asunción y mi hermano Jacinto [foto 2].

Tenía yo seis años o siete cuando murió mi abuela materna, Clotilde. Mi abuelo se llamaba José [foto 1]. A la otra abuela y al otro abuelo no los conocí. La última vez que vi a mi abuela fue cuando vinieron tirando bombas en la Guerra Civil, que me escondió debajo de la cama, que me recuerdo que para qué:

—Aquí nos escondemos a ver si pasa mientras eso —me dijo.

## EL DÍA QUE PEGARON FUEGO A LA IGLESIA

El día ocho de mayo<sup>1</sup>, el día que se le pegó fuego a la iglesia, aquel mismo día hice la primera comunión. Yo tenía entonces nueve años. Al salir de la iglesia empezaron a decir:

—Vamos a San José de merienda —entonces tenía yo de maestra a la Basilisa.

Nos fuimos a San José. Sentimos allí los primeros tiros y nos vinimos corriendo. En la calle Abajo —la calle Barroeta— mataron al Leonel, un guardia civil. Ya no nos dejaron salir en toda la tarde a la calle. Fue cuando los rojos le pegaron fuego a la iglesia y todas esas cosas.

## POBRES PERO DECENTES

De chiquitilla conocí yo el mimo y la alegría que me tenía mi familia, mi hermanos, todos. Éramos muy pobres, pero decentes. Aunque éramos pobres, nos codeábamos con gente también de mucha... Yo siempre me quería juntar con niñas que fueran más que yo. La María Ceferina era para nosotros, que voy a decir, una señora, bueno, rica en aquellos tiempos. Luego tuvo una posada y a nosotros nos apreciaban mucho. Era amiga de mi madre y nos daba mucho de comer también, no te pienses que no. Sus hijas para mí eran como mis hermanas, de bien que nos llevábamos.

## INQUIETUD POR APRENDER

Era una empollona de la escuela, de primera clase. Por donde iba, siempre era la primera de todas las clases. Y aprendía mucho, claro. Como era muy pobre y esas cosas, si me daban algún regalo, a lo mejor me regalaban unos alpargates o me regalaban algún manuscrito. Me regalaron *La pequeña Juanita*, y mis padres siempre me decían:

—¡Ale!, ponte de pie Carmen y lee, que vean, que vean.

Y casi, a lo mejor, me hice más famosa de la cuenta por leer tan bien y escribir y de todo. Mis padres se ponían muy contentos de ver que toda la gente les decía que yo era muy lista para la escuela y todas esas cosas.

1 De 1936.



Claro, yo no pude tener estudios, porque mi padre era aserrador y mi madre ama de casa. No había fondos para estudiar. Y yo siempre me he quedado con esa lástima, que me fui haciendo más mayor y más envidia tenía. A mí lo que me gustaba era estudiar.

## EL GRUPO DE LA SECCIÓN FEMENINA<sup>2</sup>

Luego ya fui con trece años, cuando ya se terminó la Guerra Civil, pues como quemaron la iglesia y rompieron todos los santos y se quedó absolutamente sin nada, entonces Doña Valentina Prieto formó un grupo de niñas de la Sección Femenina y trajimos al padre Jesús de Nazareno. Hicimos también el retablo. Fuimos a Huéscar con el grupo —era un teatro— y yo salía de vieja en la obra de teatro que hacíamos, bailando —también bailé—, diciendo una poesía, de todo lo que me sacaba.

Mi padre no quería que yo fuera artista. Ya ves tú, que entonces tenía yo trece años. Algunas veces no quiso ir a verme en el teatro. A mi madre sí le gustaba. Enseguida decía:

—Carmen, cuenta lo del teatro, que sienta esta mujer cómo lo haces.

¡Digo!, mi madre se ponía contentísima, ya ves, contentísima de ver que yo desarrollaba.

Entonces ya, cuando trajimos el padre Jesús de Nazareno y todas esas cosas, nos empinamos un poco. Hacíamos rifas para ayudar a la iglesia. Ensayábamos en casa de Doña Valentina. Había niños también. Isaac el “Jabonero” era mi marido en la obra. La Candelarica, esta que viene de Murcia tan elegante, era mi hija. Emilio, el sobrino de Doña Petra, era mi hijo. Las muchachas decíamos una poesía. No, le dije la buena ventura, porque ellos se iban peleando, y yo le decía, en el papel que estaba haciendo:

—Estaos quietos.

Y, entonces, la muchacha le dijo:

—¿Quieres que te diga la buena ventura y me dejas quieta?

Entonces, le dije la buena ventura:

*¿Te la digo, resalado?  
Déjame que te la diga,  
que tienes patillas de alambre  
y ojillos de siempre viva.  
Alárgame ya esos cinco  
y escucha tu profecía,  
y en el nombre del Señor  
y de su Sagrada Familia,  
que me muera de repente  
si te digo una mentira.  
Estas rayas de tu mano  
son síntoma de ruina,  
pero no temas que el manto*

*de la Virgen te acaricia,  
y el que se acoja a ese manto  
buena suerte le cobija.  
Vas a tener cinco novias  
en menos de cinco días,  
que pasarán como pasan  
las oscuras golondrinas,  
sin dejar rastro ni huella  
en tus ardientes pupilas.  
A ti te hace tilín  
un morena bravía,  
más fina que los corales  
más dulce que la arropía.  
¿Pero te vas, so roñoso,  
sin darme una perra chica?  
¡Anda ya, so desgachado,  
que te coma la polilla,  
que te líen para dormir  
en sabanas de ortigas!  
¡Permita Dios que te piquen  
alacranes de las tripas,  
y que te salgan sabañones  
en mitad de la coronilla!*

Eso era cuando yo era chica. Tendría ya unos trece años, más no era. Si ellos eran muy chicos.

En el mes de mayo, el día de la Virgen, decíamos una poesía en el convento, que había aquí un convento. Cada niña aprendía una poesía, y yo todavía me sé la que yo aprendí cuando era niña. Nos comprábamos ropa nueva y todo para lucir: un vestido de percal, que entonces se le decía a la tela. Ibas muy limpia, con tu lazo. Los jerséis me los hacía mi madre con lana, con los *moldes*.

## VIVIENDA

Mi casa era muy chica: había una entrada y al final un patio grandón —eso cuando yo era chica, que me acuerdo. En el patio había flores. Sembrábamos flores, *alcendras* —de esto que echa mucha olor—, alhábegas, todas esas cosas. Poníamos una tabla en el patio y poníamos las macetas. No era una casa con ventanas grandes ni nada. Tenía una ventana chica y la puerta de la calle, y por arriba la cámara y el tejado. Era muy chica. Como éramos muchos, no había dormitorios para todos. En la misma habitación había dos camas. En la cámara, si no tenías habitaciones, podías poner una cama para dormir. Si tenía chimenea, se encendía también la chimenea en la cámara. Pero si no, pues se podía poner una cama. Allí se colgaba la matanza también.



1. Abuelos maternos: José y Clotilde.



2. Su hermano Jacinto en la mili.



3. Su marido Miguel durante el servicio militar vestido de paisano.

## MATANZA

La matanza siempre se empezaba a últimos de noviembre, y ya hasta la Navidad se hacía. En algunas casas, que eran matanzas muy grandonas, buscaban mujeres para hacer los chorizos, hacer las morcillas y todas esas cosas. Pero el que tenía gente en su casa, pues no iba a pagarle a una mujer para hacerlo, porque entonces todas las mujeres sabían hacer cosas. Siempre las madres, las más mayores hacían las cosas. Si estaba la abuela, pues la abuela.

## TRABAJO

Yo no trabajé nunca, no eché ni un día de jornal en ninguna parte. Yo no aporté nunca ni con una triste peseta si quiera para ayudar a mi casa, ni de pequeña ni de mayor. He sido muy tonta, porque no he aprovechado mi inteligencia de haber hecho algo en este mundo. He sido yo un poco así, dejada, para decir: “Hay que hacer esto”. En la casa, ¡hombre!, estaba ayudándoles a mi madre y a mi hermana en lo que hacía falta. Se le daba a los fillos a las casas, para poner un fillico blanco, porque no había ladrillos. Le daba mucho a los fillos para me dijera la gente:

— ¡Anda, mira qué curiosa!

Fregábamos los suelos porque eran de yeso. Barríamos para dejar la puerta de la calle limpia.

Mi hermana Asunción, sin embargo, se fue con mis tíos una temporada para ayudarles, porque ellos no tenían hijas, nada más que hijos. Ellos vivían en la *Guijarrilla*, en un cortijo en Nerpio<sup>2</sup>, por la sierra. Para la familia era una boca menos. Yo me quedé en casa todo ese tiempo.

Mi Pepe ha estado desde que era pequeño con los albañiles, siempre, y mi hermano Jacinto también, de *pinchi* con unos capataces que venían aquí. Iban a donde los mandaban, a por agua o a un sitio de esos así, como si fuera un mozo.

## NOVIAZGO

En el teatro estuve hasta que ya empezaron a gustarme los muchachos, porque el novio no quería que bailara y eso. Con quince años ya no trabajé más en el teatro. Mi primer novio fue Miguel Martínez Reina, hijo de un barbero, el que fue mi marido. Tenía otros pretendientes, pero me tiraban los piropos muy feos. Me decían:

— Estás más seca que la espalda de un violín.

Como entonces se usaba de llevar buena pechera, pues yo era muy alta y una mujer... ¡Hombre!, no era de las guapas guapas, pero *feona* tampoco. Me tiraban los piropos siempre muy feos, porque tenía poco pecho. Pero mi marido me hizo tilín y yo lo conseguí. Casi lo busqué yo a él más que él a mí, porque me gustaba

---

2 Albacete.

mucho. Mi marido es que era muy guapo. Vivíamos tabique de por medio. Yo no me acostaba ninguna noche sin asomarme por la ventana y, desde mi casa, yo veía la suya. Ha estado aquí, al lado mío, toda la vida. Su padre era barbero y él también fue barbero. Tenían la barbería aquí en la Puebla [fotos 5 y 6].

Yo esperaba que él me hubiera besado antes del día que me besó. Porque, ¡claro!, mientras no me lo dijo, pues yo estaba sufriendo de decir: “Es que este no me quiere cuando no me dice todo esto”. Porque no me había dicho cosas. Era un poco tímido. Yo era un poco más alegre y, claro, el que quiere una cosa, pues lo va consiguiendo poco a poco. Yo veía que a él le gustaban otras más, pero yo lo conseguí. Y, luego, lo que pasó: antes de tiempo vino la cigüeña. Me quedé embarazada con veinte años. Antes de que él se fuera a la mili, ya tenía mi hija once meses. La gente no esperaba de mí que yo hubiera salido con barriga. Porque es la pura verdad, no se esperaba aquello. La primera hija fue una niña. Le pusimos Carmen, igual que yo.

## FORMAR CASA

Miguel se fue a la mili [foto 3] y me tuve que quedar con la niña a *repollo*<sup>3</sup> de mi padre y de mi suegro. Me quedé con mis padres y mis suegros, pues ahí sin jornal, sin trabajar, para que me dieran de comer nada más.

El día que él vino de la mili, fue para mí la alegría más grande. Yo no sabía ya lo que hacer. Cuando vino licenciado —estuvo año y medio en la mili— formamos entonces nuestra casa [foto 4], en la misma casa, arriba en la cámara, que había una chimenea. Hacíamos de comer para él y para mí y para la cría. ¡Era *bonico*!

Yo ya estaba cansada de estar viviendo en una cámara y sin tener porvenir ninguno ni nada, así que buscamos una casa de alquiler. Pagábamos una peseta diaria por el alquiler: al cabo del mes, treinta pesetas. Lo primero que hacíamos, antes de que el dinero se agotara, era ponerlo aparte para pagar la casa. La casa era de Florencio Gómez el “Verdugo” —le llamaban así porque decían que daba muy mal de comer a la gente que tenía en el campo. Nos fuimos a vivir a esa casa, y allí me nació otro hijo<sup>4</sup>.

Entonces buscamos ya otra casa más grande. Él ya hizo igualadas en el campo. Se iba al campo a cortar el pelo y a afeitarse, y luego, al cabo del año, le daban una fanega de trigo por las veces que bajaba. En el campo vivía mucha gente. Había muchos cortijos, había labradores. Él bajaba todas las semanas en bicicleta a cortarles el pelo y a afeitarlos. Corría todo el campo en bicicleta. Allí, así, nos hicimos de cinco hijos. Tuve seis, pero uno no nació vivo. La primera, Carmen, se llevaba casi cuatro años con el segundo, Jesús. La tercera, María Amparo, nació a los dos años y medio. El cuarto, Miguel Ángel, a los dos. Luego tuve a Paquita. El último nació muerto.

Yo no puedo contar nada más que bueno del Señor. A mí me ha protegido mucho. He tenido cinco hijos y no se me ha puesto ninguno nunca malo, ni unas

3 Al cobijo.

4 Jesús Martínez Martínez.



4. Boda de Carmen Martínez y Miguel Martínez. 11.12.1947.

tristes anginas ni de nada. No he necesitado dar biberón a ninguno. A ninguno le he dado biberón. He tenido la suerte de tener mucho pecho y los he criado a todos. El que tenía más posibilidad de darle biberón o darle leche condensada, le daba.

## LIMPIEZA

La limpieza siempre la hacíamos con jabón y lejía. Hacíamos jabón con bicarbonato de sosa. Los jaboneros hacían aquí la lejía. Íbamos a lavar al prado en el río. Yo me llevaba allí mis hijos y me los traía con la ropa lavada y puesta. Y el más chiquitín, cuando estaba criando, pues mi abuelita Amparo<sup>5</sup> me lo tenía.

## HIJOS

Jesús tenía catorce años y dijo que a él no le gustaba la barbería. Dijo de irse a Palma a trabajar en el tiempo de los hoteles —de abril hasta octubre. Pasó allí sus penas. Se fue con un cuñado mío, Teófilo, que trabajaba allí. Se puso a trabajar y al pobre aquello no le gustó. ¡Cómo le iba a gustar, si tenía catorce años y era la primera vez que había salido de su casa! Le ponían la comida y no quería de nada. Mi cuñado me escribió diciendo que no podía hacerle comer de nada. Yo tenía un sufrimiento que para qué. Me dijo que fuéramos a Valencia a por él, para mandarlo y que se viniera solo. Entonces, yo, para que se hiciera

5 Se refiere a su suegra Amparo.

hombre, le escribí con lágrimas en los ojos diciéndole que los hombres se tenían que hacer hombres pasando penas, y que se había salido de la casa porque él no quería ser barbero como su padre, y que tenía que hacerse hombre; que no iba a por él —en contra de mi gusto, ¡cómo se puede pensar que una madre deje a un hijo! Él se pensaba, claro, que íbamos a ir por él. Ya se hizo fuerza allí y se hizo *metre*<sup>6</sup> de primera clase. Aquí se colocó un poco tiempo en la aserradora de Don Miguel Bañón. Pero a él no le daban casi nada de dinero y no quería eso. Por eso, decidió irse con mi cuñado a Palma. Ha estado allí hasta que la familia se ha casado y se han ido allí. Ahora viven aquí en la Puebla.

La María Amparo también trabajaba en la aserradora de Don Miguel Bañón, y la Carmina también. Carmen también trabajaba en la aserradora con la madera poniendo tablillas para hacer cajas, cargando camiones, todo lo que le mandaban. Aquí no había otra cosa para trabajar. Iban mujeres y hombres. Se marchaban a las ocho de la mañana y venían a comer. Después se volvían y venían por la noche. Nada, para no ganar nada, porque no ganaban nada. La primera semana ganó la Carmina, con doce años que tenía, catorce pesetas.

Miguel Ángel no trabajó allí. Tampoco le gustaba la barbería. Estuvo en Gerona una temporada con mi hija la mayor. Quería colocarse allí, pero se acordaba del pueblo y también se vino. Con diecisiete años se lo llevé su hermano Jesús a Mallorca y todavía está en Ibiza, con los años que tiene ya, cuarenta y siete. Está en el mismo sitio. Él tiene su casa aquí. Se va en abril y viene en noviembre.

La más chica, la Paquita, abrieron aquí una fábrica de coser pantalones y estubo trabajando con uno que le decían Martín, en la Venta en la carretera de Caravaca. Así que ya fue más mayor, que quería más dinero —como todas las personas quieren para hacerse su ajuar y sus cosas— pues, como mi hijo estaba en Ibiza, se fue allí a trabajar en el hotel. Allí se echó tres o cuatro temporadas para hacerse su ajuar y casarse.

## BAILES

Lo único que disfruté, fue en el tiempo del baile cuando éramos más jóvenes, otra cosa no. Íbamos a por leña para encender los castillos<sup>7</sup>. En diciembre, el día de Santa Lucía<sup>8</sup>, íbamos todos los mozos y mozas a coger bojas, hacíamos castillos y jugábamos. Hablabas con los muchachos o con el que te gustaba, y ya está. Sacaban patatas y las asaban en los castillos. Sacaban chorizos y los asaban. Se hacían sus cuervas con vino, azúcar, plátano, naranja y agua. Aquello, pues disfrutábamos.

Los veranos nos dedicábamos a pasear para arriba y para abajo. Los bailes los hacíamos en las casas. Decían:

—¿Esta noche queréis que bailemos en casa de mi madre?

Se llevaban el acordeón y bailábamos allí unos cuántos muchachos.

6 Maître.

7 Hogueras.

8 El 13 de diciembre.

—¡Ale, pues ya se ha terminado! —y cada uno se iba a su casa.

Otras veces nos llevaba de aquí, en un carro del agua tirado por mulas, una amiga que tenía acordeón y nos íbamos a las casas en los cortijos a hacer baile. Íbamos allí a bailar al cortijo y nos hacían migas antes de venirnos por las mañanas. Estábamos toda la noche bailando y *esparfollando*<sup>9</sup>, quitándonos los pellejos a las panochas, al panizo. Se aprovechaban esos bailes para hacer aquello y trabajar. Lo pasábamos a gusto. Había algunos que eran muy graciosos y hacían juegos, como una comedia pequeña, o contaban algún chiste o alguna cosa así. Los chistes eran muy verdes. Yo qué sé:

*Había una vez un padre y una madre y, claro, no tenían camas y los niños con ellos en la cama. Claro, del trajín de la noche se cayeron los niños al suelo. Y entonces dicen:*

*—Agárrate, Juanico, que ya están el papá y la mamá como anoche.*

Cosas de esas, así, para disfrutar, y ya te reías y pasabas el tiempo. Esa era la vida.

## CARNAVALES

Luego venían los carnavales, que eso sí me dejaban. Me dejaran o no me dejaran, me vestía. Siempre era la campeona de todos los carnavales. ¡Es verdad!, yo siempre he tenido mucha fama para los carnavales. Eso sí me gustaba mucho, pero de guapa, no. Yo no me vestía nunca de guapa. Yo era con la cara tapada. Le decías a la gente:

—Que no me conoces, que no me conoces, que no me conoces.

O cogías un cepillo y les limpiabas la chaqueta. Cogías un plumero y se lo pasabas por la cara. *Cosuchas* de esas, así, picaresca, una *miaja* de nada.

Yo no he salido nunca en comparsas. Pero siempre ha habido personas que han salido en comparsas. La suegra de la Rufina ha salido en muchas comparsas en aquella época. Yo es que era un poco... Para ser lo traviesa que era, no me dejaba salir a ninguna parte mi padre. Ya ves, con la edad que tengo, 80 años, no he ido en mi vida el día de las Santas<sup>10</sup>, para su fiesta en mayo. Nunca en la vida me han dejado ir.

## RELIGIÓN

Toda mi vida desde chiquitilla he sido muy religiosa. No podía ir a una misa de lucir, a las doce, y me iba a la misa de la mañana, que era a las siete. A misa de doce, a cosa de lucir, yo no podía ir porque no tenía ropa como a mí me gustaba ir. Pero la misa no me la he perdido, teniendo más hijos o teniendo menos. Siempre estaba cosiendo para mis hijos, haciendo jerséis, lavando, yendo al prado —tenía que ir con ellos al prado. Había también una misa a las diez de

9 Deshojando las mazorcas de maíz.

10 Se refiere a la festividad dedicada a las patronas de la Puebla de Don Fadrique —Alodía y Nunilón—, que se celebra los días 23-25 de junio.





5. Barbería. Al fondo: Teófilo Martínez afeitando. *Octubre de 1947.*



6. Barbería. Jesús Martínez afeitando. *Enero de 2007.*

la mañana, decían que esa era la misa mayor. Luego estaban la misa de doce y otra a las siete de la mañana. Luego, cuando el concilio, la de las siete de la mañana la cambiaron por la tarde, aprobaron aquello de quitar la primera.

La religión a mí se me metió después de la Guerra Civil, cuando Franco. Trajeron los santos y, en fin, ya se nos metió más la misa, porque nos obligaban a todos los de la escuela. ¡Hombre!, yo antes también era religiosa. En fin, yo casi me incorporé de que hice la comunión con nueve años.

Mi madre era muy religiosa. Cuando venían misioneros o algo, enseguida decía:  
—Vamos, hermosa, que nos tenemos que ir a misa —y nos íbamos las dos.

Rezábamos el rosario también las dos al oscurecer. Mi madre era la que me inculcaba las oraciones y todas las cosas de la religión. Pero yo ya seguí mi trayectoria hasta el día de hoy, que no me he dejado nunca una misa.

Mi padre no. Mi padre tenía un corazón de oro, ¡qué te voy a decir!, caritativo, que nos dejaba algunas noches sin terminar de cenar por si entraba algún pobre y le daba la cena. Caritativo, que para qué. Pero creer en las cosas de los curas... En la religión del señor sí, en la doctrina. De los sacerdotes decía que eran malos, que eran esto, que eran lo otro. Él no creía nunca en lo que hablaban. A él se le había metido esa manía de que los curas tenían que trabajar para ganar el pan, y no le gustaba mucho ir a misa por eso. Mi padre nunca iba a misa. ¡Hombre!, si se presentaba, por ejemplo, alguna de un muerto o alguna cosa para cumplir, sí. Pero él una obligación de saber que era domingo y había que cumplir con ese precepto, nunca. Ahora bien, acostarse sin rezar, ninguna noche. Rezaba sus tres Ave Marías y decía:

—¡Ale, Señor, hasta mañana! ¡Guárdame mi cortijo y mis hijos!  
—siempre decía todo eso.

Tenía mucha fe en Dios. Creyente sí era, pero practicante no.

## HERMANDADES

Yo de toda mi vida he sido hermana del Corazón de Jesús, desde chica, desde que me apuntó mi madre. Es una hermandad de coros que hacían del Corazón de Jesús. Por ejemplo, cuarenta mujeres que hubiera, pues, si había tres celadoras, cada una se quedaba con unas pocas y nos daban unas intenciones —unas estampas que se llamaban intenciones— con lo que venía el domingo y se leía. El día que tenía que irse a misa, los nueve primeros viernes de mes, las hermanas tenían que comulgar. Luego, para julio, que es el Corazón de Jesús, se sacaba el santo a la calle y se hacía una procesión con los escapularios puestos con una cinta a cada lado. Después ya se formó la de la Soledad. Esa ha sido hace poco. Lo de la Soledad hace poco, pero lo del Corazón de Jesús tenía yo seis años cuando me apuntó mi madre.

La Hermandad de las Ánimas es de hace quinientos y pico de años. Eso ya lo contaba mi madre —yo era más pequeña—, que había aquí un convento en la Calle de San Francisco. El convento se llamaba también de San Francisco y eran franciscanos lo que había. Como no les llegaba el sustento con las misas que daban, entonces formaron como una ronda con una virgen, que todavía existe aquí, de salir por las calles y pararla de puerta en puerta para que le dieran una limosna. Todavía sigue eso. De ahí viene la tradición de la Hermandad de

las Ánimas. El dinero se lo daban a los franciscanos, para ellos comer o meter gentes pobres que pasaban por aquí. Luego vinieron unas monjas y ya a mucha gente de los pobres —pobres que había también— los admitían ahí. Las monjas los cuidaban. La tradición de los *cascaborras* y de los *inocentes* salió de ahí. Van con la virgen, la paran en cada puerta y dicen:

—¿Qué quieres que te toque?

—Esto o lo otro —les responden.

—¡Ale, pues tanto vale!

Se lo pagas y luego ese dinero, la Hermandad de las Ánimas lo echa para beneficio de aquí de la Puebla de Don Fadrique. Cada año o cada tiempo salen nuevas directivas de los que están encargados.

## FORMAS DE SANAR: MAL DE OJO

Yo sé rezar de *mal de ojo*. Muchas veces me dicen que eso es casi pecado. A mucha gente no le rezo porque me da miedo. Yo nada más que es pedirle al Señor una oración, que otra cosa no hago. Hay gente que dicen que si le echan aceite, que si esto, que si lo otro. Yo no. Yo solamente es hacerle unas cruces en la cabeza, rezarle al Señor para que se le quite eso y ya está. Eso lo puede hacer cualquier persona, aprendiéndolo en Viernes Santo. Tú no eres quien le quitas el mal. Tú se lo dices, pero puede tener otra clase de mal y también se lo puede quitar el Señor. La oración que se le dice es:

*Antes el mal fue visto que viniera Cristo,  
muera el mal y viva Cristo,  
que así lo manda nuestro Señor Jesucristo.  
En el nombre de la Santísima Trinidad,  
hágase Señor tu Santísima voluntad,  
de que le quites a este pobrecito el mal.*

Entonces rezas por cada vez que digas eso un credo por las cinco llagas del Señor, y es el Señor el que se encarga de quitarle lo que tenga. Si tiene angustias, si tiene... ¡Que yo no lo miro que es una enfermedad de mal de ojo! Yo le rezo porque viene malo. Yo algunas veces hago un novenario a algunas personas, algunas veces que están más decaídas por lo que sea. Como mejoran, pues casi creo en eso.

Yo conocí a muchos médicos aquí o iba cualquiera y le decía:

—¿A lo mejor es que tiene mi hijo mal de ojo?

El médico se reía, como eso no es... Pero el mismo médico tenía hijos y a quien sabía rezar de mal de ojo, también le llevaba al crío para que le rezaran. ¡Hombre, que se mejoraba la gente por lo que fuera!

## FORMAS DE SANAR: SACAR EL SOL

También dicen que *sacan el sol* de la cabeza y todas esas cosas. Eso no he llegado a aprenderlo. Se le ha metido el sol en la cabeza, no tiene nada más que angustias y el médico no sabe lo que es. Dicen que con eso se les quita. Eso no he llegado nunca a verlo.

## FORMAS DE SANAR: REZAR DE CARNE CORTADA

De *carne cortada* también he rezado como mi madre decía. Pones una sartén con un plato de Níjar, que sea de barro. Llenas la sartén de agua y la pones al fuego. Pones una cruz de romero y una navaja en el agua —una navaja de cuerno, las cachas que sean de cuerno. Entonces te persignas, rezas el Señor mío Jesucristo y le pides que, si puede ser, que le quite el mal a esa persona. Ella te tiene que decir dónde le duele. Si es de un golpe, si se ha dado un golpe en una pierna o en una rodilla, o donde tenga el dolor. Entonces dices:

*Aquí está Dolores Romero (el nombre de la persona), del lado derecho, o de las costillas derechas, o de la rodilla (donde le duele).*

*Aquí está Dolores Romero de carne rúida, de carne cortada, de carne machucá.*

*Cruz de romero, cacha de cuerno, saca a Lázaro el mal y le quitas a esta pobrecita el mal, que le pase el Señor a Lázaro el mal.*

A mí eso me da risa, porque cómo va a consentir que el Señor le pase mal a Lázaro, el pobrecillo. Yo lo aprendí así, que no sé lo que es. Es que no lo entiendo, en una palabra. Entonces, rezas cinco Padres Nuestros —un Padre Nuestro por cada vez que reces— y lo apartas de la lumbre y lo pones en el poyo. En el momento que tú retiras la sartén, toda el agua se ha metido debajo del plato. Y ya hasta otro día.

## FORMAS DE SANAR: PASAR LOS CRÍOS POR LA ZARZA

Mi madre *pasaba los críos por la zarza*. Si yo algo sé, es por mi madre. ¿Quién te va a enseñar eso? Hoy hay mucha gente que se ríe de esas cosas. Antes un niño, cuando se quebraba del ombligo, pues creía mucho la gente que, pasándolo por la zarza y rezando la oración, se mejoraba. Abrían el tallo de la zarza —una zarza que fuera gordica para que al niño no le pasara nada en el cuerpo, para dárselo al que estaba en el otro lado— y decían una oración. Esa oración yo no la sé. Se daban el crío y lo pasaban muchas veces, así que rezaban. Tienen que ser personas que nazcan en el día de su santo. El día de San Juan, un Juan. Hacían barro y lo daban por todo el tallo de la zarza. Mi madre se llamaba María y hacía el barro. Lo cubrían y tapaban con lana, y la cerraban para que los animales no la tiraran. Al cabo de un tiempo —cuarenta días, doce días, veinte días— miraban al crío y había mejorado, se había quitado la *quebrancia*<sup>11</sup>. Eso también lo hacían los antiguos. Yo he asistido muchas veces a ver eso.

## MADUREZ

Mi vida ha sido de satisfacción y de alegría. Aunque tenga cinco hijos, he hecho cuatro bodas muy bonicas. Te da mucha alegría en tu corazón ver que has formado una familia y esa familia ha aumentado, ya hay más gente. Pero para hablar ya con tu hijo, ya tienes que tener tú una medida para que no haya

11 Quebranto.

disgusto con las otras familias, tienes que ir, ¡yo que sé cómo decirte!, con más pie, que no puedes tú hablar como eres siempre, tienes que tener conocimiento de una persona. A tu hijo cómo le vas a contar, siendo buena persona: “Mira lo que tu mujer me ha hecho a mí”, para meterle cizaña para que tengan disgustos. Yo, si me han hecho algo, no se lo he contado a mis hijos nunca, a ninguno, y los tengo todos casados. El segundo se casó con una de Huéscar pero, aunque no seamos del mismo pueblo, ha sido exactamente igual. Es que no me he disgustado con nadie nunca. Es que es verdad, es que yo no me he disgustado con nadie nunca. Si me han hecho algo, me he callado.

Cuando se casó la mayor, todos los días llorábamos en la comida porque se había ido de la casa. Todavía sigue llamándome de noche, todas las noches, para decirme:

—Mamá, las escaleras. Mamá, ¿te has tomado la leche?

Todos se preocupan por mí. Tengo dieciocho nietos, algunos ya con treinta y cinco años, y yo me llevo bien con todos, y con las vecinas, que yo no me he peleado nunca con nadie.

Con mi marido, si alguna vez he discutido o alguna cosa no me ha gustado, a mí siempre me queda la satisfacción de que me tomaba parecer para las cosas y después hacía lo que quería. Pero yo le daba parecer de las cosas. He tenido siempre lástima porque él no me ha celebrado nunca. Nunca me ha dicho un mimo de esta clase:

—¡Qué cerebro tienes, qué inteligencia.

Siempre he sido yo más bien quien se lo decía. Reconozco que antes que mi marido, eran mis hijos —eso es de verdad. Y yo decía:

—Pero, bueno, si antes que mis hijos no hay nadie. ¿Por qué lo quiero yo al él tanto, si a mí no me toca nada?

Ya, conforme hemos sido mayores, que nos han invitado a un sitio, pues hemos ido; a otro, pues lo mismo. Así se ha pasado el tiempo hasta que ya el Señor se acordó de él, y ya me quedé sola. Y ya, pues unas veces lloras, otras veces ríes, pero tienes que tener conocimiento que si le ha tocado a él irse antes, ¡qué vamos a hacer los demás! Aguantar y sufrir. Ya está.

Me gustaría ir a la Virgen del Pilar de Zaragoza, que me voy a morir y no la voy a ver, y vestirme de sevillana. Me ha quedado mucha lástima en mi corazón, porque he tenido mucha envidia de un vestido de gitana.



7. Teófilo Martínez, su hija Paquita y su esposa Amparo.



8. Boda de su amiga Angelina D. Manuel (cura), Antonio (novio), Juaniche el "potage" (padrino), Loli (madrina), el "chuzo (monaguillo).



**9. Inauguración de la iglesia** Pepito Marín, Bernardo Crispiniano, D. Cayetano (párroco de la Puebla), D. Antonio Fernández (alcalde), D. Rafael (párroco de Almaciles, con gafas de sol), Teófilo Martínez (sacristán).





# FRANCISCO ROBLES SÁNCHEZ (1927)

Francisco nació en Almaciles el 24 de mayo de 1927. Pasó la primera parte de su vida en el horno de pan que sus padres tenían en Almaciles. La muerte temprana de su padre le obligó a tener que empezar a trabajar cuando todavía era niño, junto a su hermano mayor, ayudando a su madre en el horno. Por este motivo, apenas pudo ir a la escuela ni recibir instrucción. Recuerda la Guerra Civil como un período difícil, en el que mucha gente pasó hambre. Cuando tenía 23 años, se llevó a su mujer y poco después se casó con ella. Entonces dejó el horno y se fue a vivir al cortijo de sus suegros. Más tarde se trasladó con su familia a Almaciles, donde residen actualmente. Trabajó de labrador, segador, recogiendo esparto, como temporero en la vendimia y, durante muchos años, de guarda forestal en cotos de caza privados. Fue miembro de la Hermandad de la Ánimas y participó como músico y *cascaborras* en la cuestación que esta hermandad hace tradicionalmente durante las Navidades. También formó parte del grupo de coros y danzas de la Sección Femenina que, en 1959, ganó el concurso provincial y nacional de bailes regionales, y años después hizo una exhibición en el programa “Directísimo” de Televisión Española. Fue concejal del Ayuntamiento por el Partido Andalucista en una legislatura, aunque sostiene que no tiene ninguna vocación política. Al jubilarse empezó a trabajar con esparto, adquiriendo una gran habilidad en la fabricación de esparteñas y otros objetos que tradicionalmente se hacían con este material. No es un narrador de historias. Sus relatos son breves y, en muchas ocasiones, simples apuntes deicticos. No obstante, al reunirlos surge su historia personal.

## HISTORIA PERSONAL

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos maternos se llamaban Eugenio Robles Reinón y Dolores Sánchez [foto 3]. Mi madre era hija única.

A mis abuelos paternos no los conocí. Mi padre, cuando era joven, estuvo labrando ahí en esos campos. Luego, cuando se casó con mi madre, se fue al horno. Trabajaba allí, iba a por leña para cocer el pan. También iba a labrar, teníamos un par de mulas. Mi padre se murió de cuarenta y tres años. No hice la mili, porque mi madre se quedó viuda. Mi hermano también se libró. ¡Entonces se guardaba luto muchos años! Hoy no, hoy ya no. Pero antes, ¡María santísima!, mucho tiempo, mucho tiempo<sup>1</sup>.

Recuerdo que, poco antes de morirse, mi padre me dio con algo que tenía en la mano y mi madre le dijo:

—No le pegues al zagal, que lo va a tener de recuerdo toda la vida.

<sup>1</sup> Su mujer comentó durante la entrevista que cuando murió su padre tuvo que llevar un pañuelo en la cabeza mucho tiempo.

¡Es que ya estaba muy malo!

Mi madre murió cuando estaba cortando uvas en Francia. Ella tenía setenta y cinco o setenta y seis años. Duró más tiempo que mi padre.

Somos cuatro hermanos: dos varones y dos mujeres. Mi hermano es mayor que yo, me lleva seis años, y mis hermanas son menores. Cuando mi hermana nació, yo sólo tenía tres años. Ninguno estudiamos. El único que ha salido con estudios en la familia, ha sido un hijo de mi hermano, que es cura —cantó misa hace poco. Todos nosotros trabajamos en el horno, hasta que nos fuimos casando. Conforme nos casamos, fuimos poniendo cada uno nuestra casa.

## LA VEZ QUE EL BURRO LE QUEBRÓ UNA MANO

Siendo yo muy pequeño, me acuerdo que teníamos un bancal ahí abajo con árboles y estábamos haciendo —estaban haciendo, porque yo era muy pequeño— una casa detrás de la iglesia. Además de las mulas, teníamos un borriquillo y mi abuelo me llevaba muchas veces con el burro a por agua. El burro era muy rabioso, cantaba más que... Ese día, yo no sé por lo que fue, si es que pasó alguna burra o algo, pero se puso al vuelo y yo iba montado. Me pegó un porrazo y me quebró una mano. Esa casa luego la acabaron y la vendimos.

## LA ESCUELA

A la escuela fui poco. No llegué a aprender a leer así bien aprendido. El maestro era Don Evaristo. Muchos días faltaba porque tenía que ir a trabajar. Como mi padre murió, mi hermano y yo teníamos que ir a por la leña todos los días. Algunos días teníamos que ir dos veces al monte con las bestias.

## EL TUMOR DE SU HERMANA MENOR

Con mi hermana más chica estuvimos yendo, ¡yo qué sé los años!, a Topares<sup>2</sup>, porque le salió un tumor en una pierna. Por cierto, se ha quedado coja. ¡Yo qué sé las veces que fuimos allí montados en bestias y andando!, que hay lo menos veinte kilómetros o más de aquí a Topares, a que la viera un médico, porque aquí no había. Hombre, aquí había un médico, pero es que tenía poco..., no era muy entendido. Estaba aquí, pero eso.

## JUEGOS

Cuando era niño, hacíamos una rayuela en la calle y jugábamos a la pata coja. Después, cuando éramos jóvenes, íbamos todos los zagales detrás de la iglesia, que había un montón de basura de las bestias, y nos liábamos a dar saltos y volteretas allí. Como estaba la basura, no nos hacíamos daño.

---

2 Almería

Jugábamos al *pitole*<sup>3</sup>. Aquí en la plaza jugábamos a la *burraca*. Nos poníamos en una ventana y se subían cuatro, cinco o más, todos los que podían. Unas veces me ponía yo y otras veces ellos. Cuando estábamos todos así cogidos, nos caíamos al suelo. Otras veces te ponías agachado y te ponían las manos y saltaban por lo alto.

## PRIMERA COMUNIÓN

Para hacer la comunión ibas a la iglesia y fuera. Entonces no era como ahora. Tomé la comunión en Almaciles. Aquí ha habido cura siempre. Entonces estaba ese que se llevaron y lo mataron. Después han venido el cura Pavero, Don José —que era de aquí también— y Don Antonio —este que había en La Puebla, que era de Huéscar—, Don Rafael —de Huéscar también— y Don Andrés —de Huéscar también. Este que está viniendo aquí no sé yo si es de Huéscar, o de Castilléjar. Han venido muchos curas.

## EL HORNO DE PAN

En el pueblo había dos hornos para cocer el pan aquí. Nosotros teníamos uno y cocíamos el pan para todo el pueblo. Nos avisaban, e íbamos a por los tableros con las masas y los traíamos al horno. Llevábamos las tablas en la cabeza. Se cocía el pan y se llevaba otra vez a la panadería para que lo vendieran.

Nosotros estábamos siempre en el horno. Vivíamos allí. La casa tenía seis o siete habitaciones. Mis padres dormían en una habitación, mis hermanas en otra y ni hermano y yo en otra. Había una cocina grande, donde estaba el horno y poníamos las tablas con el pan.

Mi madre se levantaba antes de amanecer para preparar el horno. Era la que llevaba todo el jaleo. A las siete de la mañana ya estaba barriendo el horno, para que nos levantásemos y fuésemos a por el pan. De estar siempre en la boca del horno, la vista se le estropeó mucho.

Una vez bajamos mi madre y yo a por un tablero de una fanega<sup>4</sup> —de un saco de harina. El tablero tenía unos tres o cuatro metros de largo, y lo llevábamos en la cabeza entre los dos. Ella iba detrás y yo delante. Llevábamos los panes crudos al horno. Como estaba la calle tan mala, se me fue el pie y nos caímos. El tablero fue al suelo y yo me di de cara contra las losas. Vivía el médico allí y tuve que entrar a que me curara. ¡María santísima, es que era una fanega de pan!

3 En la historia de Andrés Gómez Nova (1935) se describe este juego.

4 Una fanega de trigo pesaba aproximadamente 44 kilos.

## COMIDAS

Nosotros aquí la costumbre que teníamos era comer todos en un plato grande con una cuchara. Comíamos andrajos<sup>5</sup>, ajo<sup>6</sup>, migas, potaje<sup>7</sup>, aletría<sup>8</sup>, de todo eso. Empezamos a comer, como hay que comer, tarde.

## EL HAMBRE EN TIEMPO DE GUERRA

En el tiempo de Guerra nosotros no pasamos falta. Como estábamos en el horno, al menos teníamos pan. Había una familia, ¡que esos sí estaban los pobres...! Ella tenía cuatro hijos y una hija, y su marido estaba en la cárcel. Mi madre y ella se llevaban como hermanas. Mi madre le decía a ella “mi Josefica” y ella le decía a mi madre “mi Cecilia”. Dormían en mi casa. Ella tenía que ir todos los días a Huéscar andando, a llevarle de comer a su marido a la cárcel. Los hijos se quedaban en el horno y me ayudaban cuando iba a por leña. Ellos no pasaron mucha falta porque estuvieron en el horno con nosotros. Pero había otras familias, ¡María santísima!, que pasaron mucha hambre.

## LA MUERTE DEL CURA DE ALMACILES Y DE LA SEÑORITA DE CAMPILLEJOS

Me acuerdo que se llevaron a un cura que había aquí —que vivía por debajo de donde vivíamos nosotros— y a una mujer —una señorita— de más allá de la Puebla, de *Campillejos*. Dicen que los mataron ahí, debajo de la Puebla, en un sitio que se llama *Puente Hierro*.

## CÓMO SE REFUGIARON EN LA SIERRA CUANDO ESTALLÓ LA GUERRA

Cuando empezó la Guerra, nos fuimos a dormir a los cortijos de esos cerros. Nos metimos en un sitio que le dicen la *Umbria*. Había una caseta y nos metimos ahí apelonados, ¡que no cogíamos! Estuvimos allí dos o tres días. Nuestros padres venían aquí al pueblo a comprar para comer. Después ya nos vinimos aquí al pueblo.

Aquí venían los milicianos de ahí de la Puebla —aquí y a los cortijos— con caballos y, al que cogían así que tenía una *miaja*, se lo llevaban o lo mataban o hacían lo que se presentaba.

## RELACIONES ENTRE LOS JÓVENES

Nos juntábamos toda la juventud en las casas y pasábamos las noches enteras bailando. Las madres estaban al lado. No podías hacer nada. Se bailaban seguidillas, jotas, malagueñas. Se nos hacía de día bailando.

5 Guiso de masa de pan, patatas y hierbabuena.

6 Plato elaborado con harina de pitos o almortas, agua, sal, ajo y aceite.

7 Guiso hecho con legumbres, verduras y otros ingredientes.

8 Fideos.



1. Esposa: María Jesús Robles Jódar.



2. Madre (de pie a la izquierda), tío y tías de su esposa María Jesús.



3. Padres (de pie) y abuelos (sentados) de Francisco.

Con la que te presentabas, te liabas a hablar con ella. Salíamos a la calle a pasear para arriba y para abajo. Pasear era lo que hacíamos.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Como vivíamos muy cerca, mi mujer [foto 1] y yo nos conocíamos. Y ya, pues nos liamos. Mi madre y su padre eran primos hermanos. Nosotros somos primos segundos. Entonces esto se daba aquí, y también se casaban los primos hermanos. Le llevo cuatro años a ella. Estuvimos dos o tres años de novios<sup>9</sup>. Todas las noches íbamos a las casas, una noche en una casa y otra noche en otra, y estábamos casi hasta el amanecer. Una vez nos juntamos por lo menos seis o siete ahí detrás de la iglesia, en una casa que no vivía nadie: un hijo del médico que es de mi quinta, otro de las *Ramblas* y otro de *Pedrarias*... Compramos un pollo o dos y los guisamos. Uno cogió una buena borrachera. En varios sitios hemos ido y hemos formado unas buenas.

## CÓMO SE LLEVÓ A SU MUJER

A mi mujer me la llevé a mi casa. Mi madre no sabía nada. Ellos estaban en un cortijo más arriba del pueblo. El cortijo era de una hermana de mi suegra, y ellos iban allí a sembrar hortalizas en el tiempo bueno. Yo trabajaba en el horno, pero iba allí y, una de las veces que subí, ya se bajó conmigo. Yo tenía veintitrés años. Mi padre ya no vivía. Entonces eso era corriente. Era raro el que se casaba bien casado. Después, al poco tiempo, nos casamos en Almaciles. No hicimos celebración. Entonces estaba la vida muy mala.

## EL TRABAJO DE GUARDA FORESTAL

Llevando la leña al horno estuve una temporada, hasta que me casé. Después me fui con los suegros. Mi mujer era hija única y nos fuimos a su casa. Hemos estado allí muchos años. Su padre se murió con sesenta y cinco años. Luego compramos nuestra casa actual y nos vinimos a Almaciles. La madre de mi mujer ha estado aquí, con nosotros, hasta que se murió. Tenía entonces noventa y un años. En esa época trabajaba en lo que salía: en las matas<sup>10</sup>, en el trigo, todo eso.

Luego ya me metí a guarda. Estuve por lo menos treinta años de guarda particular, guardando los montes. Vigilaba las sierras. Cuidaba de día, de noche no. Algunos entraban a cazar jabalíes, conejos, liebres, perdices, todo eso. ¡Pues no cogí yo cazadores! A veces tenía que ponerme serio con ellos pero, al que podía pasarlo, lo pasaba. Claro, les decía:

—Hombre, estoy ganando mi jornal y, si no tenéis vista vosotros,...

Unos hacían caso y otros no. Yo llevaba un rifle, pero no te ibas a liar a tirar. Yo no llegué a usarlo siquiera.

9 Su esposa, María Jesús Robles Jódar, nació en 1931. Comenzaron el noviazgo cuando ella tenía dieciséis años. En el momento de casarse (1950) él tenía veintitrés años y ella diecinueve.

10 Recogiendo esparto.

## HIJOS

Tuvimos cinco hijas y un hijo, que se murió con ocho meses. Le dio angustias y diarrea. El médico dijo que era acetona<sup>11</sup>. Lo llevamos a Huéscar, pero murió.

Mis hijas se llevan entre ellas tres o cuatro años. Las cuatro primeras nacieron en casa<sup>12</sup>. La última ya la tuvo mi mujer en Huéscar. Todas están casadas. Una se fue a vivir al lado de París, otra a Benidorm, otra en Barona<sup>13</sup>, otra al lado de Lorca<sup>14</sup> y otra vive aquí. Tengo nueve nietos: la mayor tiene tres, la que le sigue tiene dos, la que viene después tiene uno, esta que vive aquí tiene dos y la última que se ha casado tiene un zagal.

## CASCABORRAS

He estado lo menos veinte años en la Hermandad de las Ánimas<sup>15</sup>. En la Pascua he salido vestido de *cascaborra*<sup>16</sup> por lo menos dieciséis o diecisiete años y tocando la guitarra otros cuantos. Íbamos a los cortijos, dormíamos una noche o dos, como teníamos todo el campo, y luego volvíamos aquí. Unos iban pidiendo<sup>17</sup>, otros tocando y el mayordomo con la vara. En las puertas que querían, les tocábamos dos o tres aguinaldos. Llevábamos bandurria, laúd, guitarra, violín, pandera... y también iba un cantante.

Mi suegro también fue *cascaborra* y *limosnero*. Salía pidiendo para las Ánimas. Llevaba su bestia e iba de casa en casa pidiendo. Le daban esparto, calabazas, espinazos,... Luego todo eso se rifaba en la plaza. La gente daba

11 La acetona o los cuerpos cetónicos son sustancias que crea el hígado cuando la glucosa se encuentra en niveles mínimos. Cuando el organismo del niño consume sus depósitos de azúcar, debido a una crisis febril prolongada o un ayuno causado por alguna enfermedad, empieza a quemar grasas como fuente suplementaria energética. Esto puede producirle una crisis de hipoglucemia o una bajada de azúcar en la sangre.

12 Su mujer tenía 20 años cuando tuvo su primera hija.

13 Castellón.

14 Murcia.

15 La Hermandad de las Benditas Ánimas del Purgatorio fue creada a mediados del siglo XVI. Todavía hoy se mantiene la tradición de salir a pedir por las casas de la localidad las vísperas de la Virgen y Natividad del Señor, siendo esta la fiesta más importante de Puebla de Don Fadrique. El día 24 de diciembre por la tarde-noche los músicos de la hermandad recorren las calles del pueblo. A las 12 se celebra la misa del gallo acompañada por la música de la hermandad. En el altar mayor de la iglesia parroquial se colocan tanto los músicos como la directiva de la hermandad. Entre los días 25 y 29 la hermandad sale pidiendo el aguinaldo por las casas llevando un cuadro de la Virgen del Carmen y una campanilla se hace sonar para recolectar las limosnas. La comitiva de la hermandad está formada por la cuadrilla de músicos, los portadores de la Virgen, los *cascaborras* y los *inocentes*. El día 25, tras la misa de Navidad, los *inocentes* leen el pregón, que antiguamente era un manifiesto y hoy es una crítica satírica de acontecimientos nacionales o locales. Durante estos días se celebran bailes en las ermitas de San Antón y del Santo Ángel, en los que se realizan pujas por bailar. El día 29 se realiza la entrada, en la que se reúne todo el pueblo y los *cascaborras* sacan a gente para darles los últimos *cascaborrazos*. Antiguamente la entrada se hacía el día 28 en la venta de San José. Allí se recibía a los que habían ido a pedir por los cortijos con una caballería para traer las cosas que les daban. Finalmente los del pueblo se llevaban a los de la sierra a la plaza de Arriba, donde terminaba la fiesta. Cfr. Moreno Bonache 1998, Alvarez García 1997, Berrueto Díaz 1980.

16 Los *cascaborras* fueron unas milicias creadas a finales del siglo XV para imponer orden en tierras cristianas. Se les permitía pedir limosna para subsistir, ya que carecían de paga. En 1543 los *cascaborras* se fusionaron con la hermandad. La *cascaborra* es el instrumento que utilizaban para golpear a la gente que no respondía a sus peticiones. Se trata de un palo con una correa que en el extremo tiene una porra de pellejo.

17 Los *inocentes*. Pedían poniendo el sombrero que llevaban adornado con flores.

dinero, igual que ahora cuando se sacan los santos, la gente puja para meterlos en la iglesia. Durante las Navidades, en la plaza se hacía fiesta y se pagaba por bailar la primera malagueña.

En Almaciles se ha perdido esta tradición, ya no se hace. En la Puebla todavía siguen con ella. Yo tenía el traje de *cascaborra*. Eran una fiesta y una música muy buenas, ¡María santísima!

## LA FERIA

Íbamos andando a la feria<sup>18</sup> de la Puebla desde Almaciles. Aquello nos gustaba. La feria de las vacas se hacía en las eras de arriba y la de las bestias abajo. Subíamos arriba a la feria de las vacas y pasábamos horas allí, mirando los animales y los tratos que hacían. Comprábamos turrón y nos lo comíamos. Había muchos gitanos, ¡María santísima!, algunas veces formaban jaleo y subían los guardias civiles. De noche, salíamos del circo y nos volvíamos todos andando, carretera adelante, a Almaciles.

## OTRAS FIESTAS

A la entrada de las Santas he ido dos o tres años nada más, y una vez o dos arriba. Estábamos al lado, pero no íbamos.

En carnavales nos vestíamos de cualquier manera y salíamos por la tarde y por la noche. Se hacían burradas unos con otros.

## EL GRUPO DE COROS Y DANZAS DE LA SECCIÓN FEMENINA

Aquí teníamos un grupo de baile. Doña Vale fue la que nos enseñó. Bailábamos seguidillas, malagueñas, jotas... Estuvimos en un concurso en Madrid y ganamos el premio<sup>19</sup>. Yo ya estaba casado. Primero fuimos a bailar a Almuñecar. Cuando íbamos a subir al tablado, dijeron que había que suspenderlo, porque se habían ahogado dos o tres allí en la mar. Luego estuvimos en Granada. Allí, en una fiesta que se hacía el día del Señor, bailamos en la procesión. Después de eso fuimos a Madrid, y allí ganamos el premio. Puede que hubiera cincuenta grupos. El premio se lo dieron a Doña Vale.

## EL MAL DE OJO

Mi hermana la chica sabe sacar el sol de la cabeza y también reza para curar el mal de ojo. Una muchacha mía, la más pequeña, que está casada y tiene un hijo, ha venido aquí a que le recen contra el mal de ojo. Hay una mujer ahí atrás, que le dicen Magdalena, que sabe rezarlo. Tiene que ser antes que se pase el viernes. Si se pasa el viernes, le cuesta más trabajo, se ve que es peor. En cuanto pasa el viernes, ya no se quita. Los médicos no creen en eso, pero cura.

18 La feria se celebraba del 15 al 20 de octubre. Por la mañana se hacían las transacciones de ganado. Por la noche se visitaban las atracciones y había circo.

19 En 1959.



También decían que había una curandera en Cañada de la Cruz. Se contaba que cogía un gato o un perro, le rompía las patas y después se las apañaba y lo dejaba igual que estaba.

## LAS PRIMERAS RADIOS Y TELEVISIONES

Cuando vino la televisión, teníamos que ir a verla a algunas casas que la tenían, como la de Desiderio. Había otro, Alfredo, que tenía una radio también. Esa fue de las primeras que vinieron. Se juntaba la mitad de la calle ahí en la ventana donde estaba la radio. Eso fue seguramente en el cuarenta y cinco. La radio se liaba a cantar y nosotros íbamos allí a sentirlo.

## LOS AÑOS QUE FUE CONCEJAL EN EL AYUNTAMIENTO

Yo no he estado en política, quitados tres años o cuatro que estuve de concejal en la Puebla con el partido este de la mano abierta<sup>20</sup>, hace doce o quince años. Un amigo me dijo que me apuntara, y yo no quería. Iba a los plenos, que se hacían de noche. Yo no quería jaleo, porque ahí de noche algunos se liaban a hablar y eso me daba ya... Hay que valer para estar ahí discutiendo. Yo no valgo, soy muy nervioso. Una vez estuvo cerca de que nos liáramos a palos todos. Es que había algunos que se hacían muy listos ellos. Nosotros, como dejábamos a Sergio que hablara, —hombre, si se presentaba de hablar, hablábamos— decían:

—Veis, como vosotros lo dejáis a él que hable y no habláis vosotros.

Ya una vez me dio *pesambre*<sup>21</sup> y le dije:

—¿Pero tú te crees que nosotros somos tontos? Nosotros, cuando queremos hablar, hablamos. Lo que pasa es que no nos trae cuenta hablar.

Y algunas veces se ponía el asunto jodido, en los plenos esos. Así que yo ya no...

## TRABAJO CON EL ESPARTO

Después de jubilarme, fue cuando empecé a trabajar con el esparto. Lo cojo en el monte<sup>22</sup> y lo pico<sup>23</sup>, o lo llevo para que me lo piquen en una cinta. La cinta va dando vueltas, echas el esparto y lo va apretando. Yo lo acabo de picar con una maza que tengo y, si no quiero llevarlo, lo tengo que picar todo a

20 Partido Andalucista.

21 Pesadumbre.

22 El esparto se recoge en verano, cuando está maduro. Es entonces cuando las hojas se desprenden con facilidad de la planta sin dañar la mata. Para arrancar el esparto se utiliza un bastón de madera agarrado a la muñeca con una abrazadera, denominado "palillo". Se enrolla el esparto en el bastón, se pisa la mata y se tira para arrancar las hojas. Luego se van juntando las hojas hasta formar haces que se atan con un cordel hecho con el propio esparto.

23 Para fabricar esparteñas se utiliza esparto picado. Primero hay que tenerlo sumergido un tiempo en agua para que se "cueza" (tenga lugar la degradación microbiana). Luego se deja secar. Finalmente se pica golpeando los manojos con una maza de madera sobre una superficie de madera teniendo cuidado para que no se rompan las fibras.



5. (Izquierda) Francisco  
haciendo pleita.  
6. (Abajo) Esparteñas.





4. Francisco y María Jesús.

golpe de maza. El esparto se trabaja con las manos. A mí no me enseñó nadie. Me dijeron cómo se hacía y empecé a hacerlo. Hay que mojarlo, para luego ir trenzándolo y hacer la pleita<sup>24</sup>. No vendo lo que hago. Mi familia se queda con la mayoría de las cosas y, lo demás, si se ha presentado así una amistad, pues le he dado unas esparteñas. Muchos días no salgo, me quedo haciendo esparto todo el día y no me hartó.

---

<sup>24</sup> Banda trenzada de diferente anchura con la que luego se fabrican cestos, capazos, esteras y otros muchos objetos de uso cotidiano.



# BERTOLDO GUTIÉRREZ MARTÍNEZ (1927)

Bertoldo nació en Puebla de Don Fadrique el veintisiete de octubre de 1927. Sus padres eran agricultores. Tuvieron tres hijos. Él fue el menor. Se lleva dieciocho años con el que le precede y veinte con el mayor. Cuando sus hermanos se casaron, él fue el único que quedó para trabajar en las tierras de su padre. Cuando tenía diecisiete años empezó a aprender el oficio de arboricultor, profesión que ha desempeñado a lo largo de su vida, junto a la de agricultor de las fincas de su padre. Realizó varios cursos de arboricultura y acabó trabajando como monitor en los mismos. Se casó en 1952. Tuvieron dos hijos y una hija. La música ha sido una de sus aficiones. Fue miembro de la banda y tocaba con amigos en fiestas y bailes. Con el paso de los años ha dejado de creer en la religión.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el veintisiete de octubre de 1927 en la Puebla. Mis padres entonces vivían en *Porcuna*, pero me bautizaron en la Puebla.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi padre se llamaba Bertoldo Gutiérrez Fernández y mi madre Ángeles Martínez Valcárcel.

La familia de mi padre era de las más largas, los “Chaparros”. La de mi mujer eran los “Garbanceros”. Gregorio el “Chaparro”, era el abuelo de la Deogracias, la que está casada con el “Cabestro”. Otro era Pedro “Chaparro”, el padre de la mujer de Máximo el “Pincho” y abuelo de la mujer de Balbino el “de la venta”. La mujer de Balbino es sobrina de primos hermanos míos. Yo tenía muchísimos primos hermanos. Me queda Antonio Navarro, el “Confitero”, de la parte de mi padre, y otra prima que se fue hace tiempo, la mujer de Máximo el “Pincho”.

Somos tres hermanos. Mi hermano el mayor me lleva cerca de veinte años y el otro dieciocho. Cuando ellos se casaron, yo me quedé en mi casa con siete años como hijo único. Uno de mis hermanos, Antonio, fue talabartero. Antes había estado trabajando con Fidel Colores en la fragua enfrente del cuartel viejo, en la calle Abajo, en el túnel ese. Mi padre estuvo malo con pleura. Le hacían pinzamientos para sacarle agua de los pulmones. Entonces, como estuvo malo, le dijo a mi hermano:

—Bueno, pues tú hazte talabartero.

Y uno le enseñó el oficio de talabartero.

Cuando mi hermano se hizo zapatero, parecía que tenía una carrera, porque todo el pueblo iba allí a remendar. Entonces los zapateros remendaban y hacían

calzados de cualquier cosa, de la ruedas viejas de los coches y de otras cosas. Las hacían polvo y sacaban media suela para echarle a los zapatos. Ahora no se remienda, pero entonces sí.

## AYUDANDO A SU PADRE EN LAS FAENAS AGRÍCOLAS

Mis padres tenían faena de agricultura. Tenían tres bestias, unas tierras que eran nuestras y otras que tenían tomadas. Tenían bastante pero, al casarse mis hermanos y quedarme yo solo con ellos, mi padre se quedó solamente con lo nuestro.

Lo bueno de ser el pequeño, es que estaba muy consentido. Cuando ya era medio hombre y me iba a labrar, me decían:

—Tú, que te vengas pronto, que no te...

Mis padres estaban pendientes de mí.

Yo ayudaba a mi padre a trillar, a aventar, a todo. Me acuerdo que me salían ampollas de la horca. Mi primo Moisés, Antonio el “Estanquero” y yo, íbamos a ayudarlo a mi padre. Nos echaba, a lo mejor, en cada saco media fanega, quince kilos, para subirlos a la cámara. Me acuerdo que, cuando había que ponerle el ubio a las mulas, yo no podía. Labrar sí labraba.

## ESCUELA

Fui a la escuela con Don Juan y con Don Federico, pero no de continuo. Empezaría a ir con seis o siete años y terminaría con doce o trece. Iba con Hilario Marín<sup>1</sup>, Julio Carpintero, Pepe el de Felipe, Antonio el “Estanquero”, Germán el “Verrugo”... En el recreo los niños jugaban con los niños y las niñas con las niñas. A mí la escuela no me gustaba mucho, aunque me acuerdo que al final me aprendí unas poesías y las recitaba. El maestro me decía:

—Sabes que me gusta. Tienes que...

Pero, en fin, no me gustaba. Yo le decía a mi padre:

—Yo me voy a los almendros.

Me gustaba escardar los almendros y esas cosas.

## LA GUERRA

Después vino la Guerra. Los tres años de Guerra fueron muy malos, casi no llovió. Se arrancaba el trigo y hasta la cebada. Todo era miseria. Nosotros éramos de los ricos entonces, porque recogíamos para comer (trigo, cebada y todo eso) y para engordar marranos. Había otros que tenían que...

La Guerra Civil yo creo que fue un atropello como otros muchos que hay, porque mataron curas y no se debe matar. Pero, claro, entonces es que estaban el cura, el secretario, el alcalde, los jefes, y era lo que ellos decían. El obrero se sublevó al ver las injusticias, que había muchas injusticias. Pero las injusticias no quiere decir que haya que matar gente, que mataron a gente de derechas y de izquierdas, que no se debió hacer.

---

1 Hilario Marín Romero (1928), cuya historia personal también se incluye en este libro.

Me acuerdo cuando tiraron las bombas aquí. Yo estaba en *San José*. Se había casado mi hermano y yo estaba allí con mi cuñada. Mis hermanos puede que estuvieran ya en la Guerra. Vinieron los pastores de la Sagra y dijeron:

—Han bombardeado la Puebla.

En el convento cayó una bomba que no explotó y estuvo ahí hasta que vinieron a quitarla.

En *San José* toda la gente se puso un trapo colorado en la manga para demostrar que éramos republicanos. Don Manuel, el cura, estaba allí. En un cortijo que hay más arriba de *San José*, que es del barón, había una capilla para decir misa. Don Manuel estaba y decía:

—Yo voy a decir misa.

—¡Muchacho, no vayas que te matan! —le decía su hermana.

—¿Por qué me van a matar? Yo voy y, si no se puede decir misa, me vengo.

Pero si se puede, digo misa, que es mi obligación.

Al hermano de ese cura, Sánchez Cánovas, lo mataron en Huéscar.

Mis dos hermanos fueron a la Guerra. Mi hermano más chico, Antonio, estaba en los alrededores de Madrid y vino con permiso. Cuando regresó, no quedaba nadie de su batallón. Entonces fue a Alcalá de Henares y allí le dijeron que se quedara. Dio la casualidad de que él sabía matar marranos y de todo y allí había que matar. Así que paso el tiempo de la Guerra muy bien. Cuando terminó la Guerra, vinieron. Aquí entonces había miseria. Decían que había que ir a misa y los domingos no se podía trabajar. A mí no me llegaron a obligar, porque entonces era misero.

## PROSTITUCIÓN

Al terminarse la Guerra, aquí había varias prostitutas: una gitana, la “Pichichi”, la “Desi”, la “Almacileña”... En *San José* había una que era hija de un carbonero. Allí subían los camiones a llevarse maderas y cosas. La tía siempre decía:

—Mirad, me han regalado un bote de colonia, me han regalado esto...

## OFICIOS

Aquí había fraguas igual que barberos. Estaban el Solé, Jacinto, Cipriano el “Cojo”, el Vitorio, los “Dos amigos”, en fin, muchos. En vísperas de la feria o de la Semana Santa, llegaban las doce de la noche y estaban trasnochando.

Las sastrerías, cuando llegaba la Pascua y tenías que comprarte el traje, tenías que ir y ver si te lo podían coser. A lo mejor ya no lo tomaban, porque estaban ya las sastras con mucho trabajo. Estaban Calixto Rioja, Felipe Moreno, Calixto Moreno —el padre de la Pura—, Jacintillo el “Gachas” y, a lo mejor, alguno más.

Había aquí un médico que le decían Don Antonio Zarco y decía:

—Para echar el abono hay que ponerse un pañuelo, por lo menos, en la boca.

Y le contestaba Crescencio el “Vitorino”:

—Y cuando llegues a una cuesta arriba, que necesites respirar, te vas a poner un pañuelo en la boca, sí.

## GENTES DE LA PUEBLA

Un hijo de Don Juan se casó con una maestra en Cúllar de Baza y fue maestro también. Dio la casualidad que yo fui allí a trabajar en los árboles, porque mi vida ha sido trabajar en los almendros. Mientras estuve allí en una fonda, se enteró y fue a verme. Ese tenía un primo hermano en Granada que era médico y, como venía aquí temporadas a casa de su tío, cuando iba alguien de la Puebla allí al hospital, que él tenía un cargo bastante importante, lo atendía muy bien.

## CÓMO APRENDÍO A INJERTAR Y ESCARDAR LOS ÁRBOLES

En los árboles se adquieren variedades por medio de injertos. Entonces había dos clases de almendros que decían: desmayo, que se veía que echaban más, y marconas. Ni mi padre ni yo sabíamos de injertos. Entonces, un día me dijo mi padre:

—Mira, vamos a cortar quince árboles y le vamos a decir al tío “Perrollo” que los injerte. Tú fíjate cómo lo hace, a ver si aprendes, porque parece que te gusta esto.

Entonces se hacían los injertos con lana —antes se habían hecho con esparto y luego se hicieron con plástico. Cuando terminó, fui, deslié los injertos para verlos y empecé a hacer injertos en las ramas que no valían para otra cosa. Cuando vi que agarraban dije: “Pues yo ya sé”.

A partir de entonces, iba a injertar donde me decían que fuera. No les cobraba nada. Lo hacía sólo por el gusto de que dijeran: “El zagalote sabe injertar”. Yo tendría dieciséis o diecisiete años. Ya me di cuenta de que no cobraba nada, pero tampoco me lo agradecía nadie. Así que dije: “Tengo que empezar a cobrar”. Entonces empezaron a comentar: “Pues si sabe injertar, también sabrá escardar”. Uno me dijo:

—A ver si me echas un día de...

Y así empecé a trabajar en eso, injertando y escardando (quitándole las ramas malas al árbol —chupones y ramas secas— y dándole forma de vaso, de espaldera...). Empecé a comprar libros y comencé a leer sobre eso.

Después empezaron a venir de Cañada de la Cruz, porque aquí había manzanos en todos los bancales. En Cañada de la Cruz había un señor que era muy rico, que le decían los Gómez, y puso manzanos, almendros, melocotoneros...

Entonces vinieron aquí a escardar manzanos y ya empezaron a meterse. Esta gente, que eran muy ricos, trajeron técnicos de Zaragoza para que enseñaran aquí y escardaran. Los que venían de Cañada de la Cruz empezaron a escardar almendros también. Gastaban mucho tiempo, pero lo hacían muy bien. La gente me decía:

—Tú lo haces mejor que los de Cañada de la Cruz. Ellos hacen bien los manzanos, pero no los almendros.



Yo me callaba. La verdad es que yo, falso, no me gusta ser. No podía decir que no sabían, porque era mentira. Pero tampoco le daba bombo a la cosa, porque yo trabajaba también.

Hice tres cursillos de arboricultura: uno aquí, con el P.P.O.<sup>2</sup>, otro en Baza, y otro en Úbeda. Luego estuve de monitor con el ingeniero con quien hice los cursillos, Don Antonio Luján. Él estaba en Huéscar, pero venía a por mí. Él daba la teoría y yo la práctica, y me ganaba mis perras buenas. Me solicitó para que fuera con él a los *Morales*. Luego se murió el padre del ingeniero y ahí se terminaron los cursillos. Entonces, Don Manuel Rodríguez Penalva se empeñó en que fuera allí a trabajar. Estuve tres años y medio trabajando en el cortijo los *Morales*. Me dejó la *Casa del cura* para vivir. En el verano iban mi mujer y mis hijos allí. Teníamos televisión, lavadora, frigorífico, de todo. A mi hijo mayor lo colocó Don Manuel en la oficina, porque yo se lo exigí, para que ganara algo, que entonces estaba estudiando. Don Manuel me dijo:

—Aquí eres el amo de esto y se tiene que hacer lo que tú digas.

A lo primero, a la gente de Huéscar no les gustó que uno de la Puebla fuese a decirles cómo hacer el trabajo. Aquello era muy matemático. Por ejemplo: la rama principal tenía que tener una inclinación de 45°, la otra treinta, una separación de tal...

## NOVIAZGO

Vino una de Valencia, que le decían la “Valenciana”, y empecé a hablar con ella. Luego nos escribimos. Una vez tardó mucho tiempo en escribir, me enfadé, le escribí y rompí con ella. Ella me escribió diciendo que su madre había tenido familia y que antes era atender a su madre, que escribirme a mí la carta. Me dijo que perdonara, pero rompimos.

No hice el servicio militar, porque mi padre me libró por tener la edad. Entonces cuando el padre tenía los sesenta y cinco años, te librabas.

Después empecé con mi mujer. Tenía veintidós años. Mi mujer vivía en *Pedrarias*. La casa donde vivimos nosotros, la compró su padre. Venían aquí al mercado y para las fiestas.

Ya hablé con mi suegro y mi suegra y quedamos en eso. Yo iba, hablaba con ella en la puerta y entraba mi cuñado Félix con una cara más mala. Era serio y, como estábamos en la puerta, pues pasaba y...

Yo al principio iba a *Pedrarias* en bicicleta y me venía de noche. Me hice amigo de Paco el “Fausto”, el que hubo aquí en el sindicato. Cuando íbamos a Almaciles tocando, iba a su casa a comer, porque nos repartían por casas. Entonces me quedaba allí a dormir las primeras noches y a otro día me venía. Una noche me vine y me cogió la Guardia Civil con la bicicleta y sin luces. Me enfocaron con la linterna. Me conocían de ir al cuartel a tocar. Me dijeron:

—Tira para allá.

Las primeras veces que fuimos nosotros a Pontones, la madre se ponía en medio, la novia en un lado y el novio en otro. La mujer tenía que llegar virgen al matrimonio. Eso era sagrado. Si no llegaba virgen, era un escándalo.

2 Promoción Profesional Obrera.

Me acuerdo una vez que fuimos a Almaciles a tocar y había allí una tía de esas:

—La no sé qué, que ha tenido un hijo y no sé qué, no sé cuántos, y fíjate que no se sabe, que no sé cuántos.

Yo después pensé: “¡Qué te parece la tía! Si ella hubiese sido guapa como aquélla, pues a lo mejor habría tenido. Pero, como no ha tenido quién...”

Solamente con que vieran una muchacha que se besara con uno, era considerada una mala mujer.

## BODA

Me casé a los veinticinco años, el día de San Antón, el 17 de enero de 1952. El día antes de la boda, hicimos la despedida de soltero en el callejón de Montero (la calle Nueva) en la misma casa donde vivo. Allí fueron los músicos, mis sobrinos que ya eran mayores, que repartieron cuerva con melocotón y garbanzos torrados, y uno o dos que no eran músicos, José María, que era hijo de un secretario que hubo aquí, que era muy buen amigo, e Hilario. Se chisparon todos. Decían:

—El último abrazo de solteros-Y me daban un abrazo.

Yo les decía:

—Bueno, que voy a acostarme. ¡Por Dios bendito!, que son ya las dos.

Por último, ya dije:

—Yo me acuesto ya.

Fueron y se tiraron unos pocos en lo alto la cama, encima. Entonces yo dije: “¡Madre mía, estos la hacen polvo!”. Yo qué sé la cara que tendrían a otro día.

## LA CASA

La casa la tenían mis suegros. Cuando hicieron las particiones, yo vivía allí. Yo le dije a mi mujer:

—Yo no voy. Vosotros, los hermanos, sois los que tenéis que echar las particiones.

Yo estaba abajo y ellos arriba, echando particiones. Sentí a mi mujer que se reía y pensé: “Esto es cosa buena”. Es que nos había tocado a nosotros la casa. Nos vino estupendamente.

## TRABAJO EN EL CAMPO

Al principio, con las bestias de mi padre, llevaba las tierras de mis padres. Casi todas estaban por la *Balsa Nueva*. Yo labraba y trillaba. Ya teníamos a mi hijo el mayor. Tuvimos tres hijos: dos muchachos y una muchacha. Mi mujer iba a ayudarme algunas veces, cuando no podía hacer el trabajo solo.

Cuando mis padres murieron, partimos las tierras. Teníamos dos mulas y yo me quedé con una. Yo iba y hacía lo mío. Entonces fue cuando ya empecé a dedicarme a los almendros en gordo. Luego mi cuñado Félix compró un tractor

y ya me trillaba y me labraba. Tuve la mula un par de años o tres, que le echaba de comer nada más. No la necesitaba para nada más que para dársela al que me la pedía, porque me daba lástima.

## LA BANDA DE MÚSICA

También fui músico [foto 2]. Estuve con el maestro Don Andrés González Murcia. Yo tocaba el bajo. Me gustaba.

El maestro Pizarro se murió y la banda se deshizo. Se hizo una plaza de toros en la plaza, tapando las bocacalles. Dijeron:

—Vamos a avisar a los músicos para que toquen algo.

Yo no pude tocar, porque dio la casualidad que mi cuñada la de Barcelona se había muerto dos días antes. Se juntaron Antonio el “Estanquero” con la trompeta, el otro... y empezaron a tocar. Luego nos llamó Abelardo y nos dijo:

—He pensado que la banda podríais juntaros y ensayar.

Nos juntaron y empezamos a ensayar unas marchas fáciles, marchas de procesión... Entonces Abelardo dijo:

—Esto me ha gustado bastante. Le voy a proponer a los concejales que si quieren dejar la paga del año, vamos a Madrid y traemos instrumentos nuevos.

Lo propuso y estuvieron de acuerdo casi todos, salvo uno o dos. Entonces fueron a por el maestro de Huéscar, el padre del que hay ahora y trajeron todos los instrumentos, veintitantos, para los músicos que había. Dio la casualidad que un chico que había en el ayuntamiento, tocaba también el bajo. Trajeron dos bajos grandes. Empezamos a tocar y venga procesiones. Corríamos todos los pueblos: Castril, Benamaurel, Cortes, Castilléjar... Un año fuimos a Cañada de la Cruz. Desde la verbena de Cañada de la Cruz, nos fuimos a Pontones a la hora de tocar diana. Estuvimos cuatro días. Aquel año estuvimos un mes justo tocando. Desde Pontones fuimos un día a Santiago la Espada. A otro día fuimos a Castilléjar. A otro día a Cortes. A otro día a Benamaurel. Castril fue el último. Estuvimos el primer domingo de octubre. Desde allí nos vinimos a la Puebla a tocar la primera diana. Los feriantes iban con nosotros. Me acuerdo que cuando tocamos aquí diana, salió un muchacho y dijo:

—Papá, papá, la banda de la Puebla está aquí también —porque nos había visto en todos los pueblos.

En las ferias había cuatro circos. Había uno que le decían el Circo Olimpia. A Castril íbamos todas las noches al circo de balde, porque lo que no querían era que tocáramos en la plaza de noche, para que la gente fuera al circo. Hablaron con el alcalde y nos invitaron. El primer día que vinieron aquí, fue la banda y les dio un pasacalles por todo el pueblo. Los payasos iban delante.

## FIESTAS Y BAILES

Había muchas fiestas, muchos bailes. Yo tocaba la guitarra y Julio el “Carpintero” el laúd. Íbamos por ahí de matanza siendo zagalotes y nos convidaban. Tocábamos nuestros pasodobles, las mazurcas aquellas. Entonces,



1. Bertoldo Gutiérrez.



2. Banda de música. Bertoldo aparece a la derecha en segundo plano.

cuando llegaba un domingo, una fiesta, se estilaba mucho la guitarra y la bandurria y los músicos venga, y bailes

Entonces los músicos nos echábamos novia más fácil que todo por ahí. ¡Digo!, yo me eché después de estar casado en Castril una novia churrera. Le decían los músicos:

—Que está casado.

Pero, como eso se lo decían a todos, no hacía caso.

## RELIGIÓN

Hilario me dice:

—Es que vas poco a misa.

—Pero va mi primo Navarro en mi puesto—le contesto.

Mi familia ha sido religiosa y yo también he sido religioso, pero no creo en muchas cosas. Me acuerdo que decían que las Santas eran de *Bugéjar*, que las habían arrastrado y traído por Porcuna, en un sitio que le dicen las *Herraduras*, que se dejaron las herraduras ahí clavadas y todo eso. Una vez, nos juntamos en las Santas unos pocos de la Puebla y otros pocos de Huéscar. Los de la Puebla le dijimos al cura:

—¿Verdad que las Santas son de la Puebla?

Y los de Huéscar:

—¿Verdad usted que son de Huéscar?

—Ni son de la Puebla, ni de Huéscar. Son de Navarra —nos respondió él.

Cuando vine, se lo dije a mis padres. Una vez fui a Cornellá, que estaba mi hermano allí, también se lo conté. Me respondió:

—Ahora vienes tú con el cuento, si están las herraduras allí.

A partir de eso ya no creo muchas cosas, muchos rollos de los que cuentan.



# JUANA GARCÍA GARCÍA (1927)

Juana nació el 14 de febrero de 1927 en el cortijo las *Tiasas* en Puebla de Don Fadrique. Sus padres fueron agricultores. Tuvieron ocho hijos. Una hija murió de sarampión cuando tenía tres años. Otro hijo murió en el frente durante la Guerra Civil. Su padre fue cabezalero en las *Casas de Don Juan* durante las colectivizaciones al comienzo de la Guerra. Falleció de una pulmonía en 1937. Su madre tuvo que sacar adelante la familia trabajando en los cortijos. Juana se encargó durante los primeros años de cuidar de sus hermanos más pequeños, hasta que pudo ponerse a servir cuidando niños y haciendo labores domésticas. Trabajó en diversos cortijos (la *Toscana*, *Casa Blanca*, *Lóbrega*, las *Casas de Don Juan*...) hasta que conoció a su marido y se casó en 1947. Entonces alquilaron un piso en Puebla de Don Fadrique y se fueron a vivir allí. Su marido continuó trabajando como pastor. Tuvieron dos hijas. Después de unos años trabajando en *Lóbrega*, su marido se las arregló en ese cortijo y se fueron a vivir allí. Se jubilaron y desde entonces viven en la Puebla. Al igual que su madre y muchas mujeres de su propia generación y su misma condición social, Juana pasó toda su vida trabajando. Sus relatos hablan fundamentalmente de esos trabajos y del lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad en esa época.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 14 de febrero de 1927 en las *Tiasas*.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos eran de Almaciles. Mi abuelo se llamaba Eustaquio y mi abuela Juana. A mi abuelo lo conocí. A mi abuela no, porque ya se había muerto cuando yo nací.

Mi padre se llamaba Antonio García Gómez y mi madre Felisa García [fotos 1 y 2]. Eran los dos de Almaciles.

Mi madre tuvo diez hijos. Los dos primeros fueron abortos. Quedamos cuatro mujeres y cuatro hombres [foto 3]. Yo soy la cuarta. Una de mis hermanas se murió con tres añillos en la *Toscana*. Se le metió el sarampión por dentro.

### LOS VIAJES DE SU PADRE A FRANCIA

Mi padre era una persona que aprovechaba. Esto del campo no le gustaba mucho y, al poco tiempo de casarse, pilló y se fue a Francia a conducir coches de caballos. Mi madre se quedaba en casa en Almaciles. Él venía, estaba unos días y se volvía otra vez a Francia. Eso de los coches y los caballos le encantaba. En el campo, lo suyo eran las bestias. Cuando compraban bestias nuevas había que enseñarlas, porque estaban sin domar, y él era quien las domaba.

A mi padre le gustaba aquello, pero a mi madre no. Mi madre regañaba mucho con él. Mi madre ya estaba harta de estar sola y que él estuviera en Francia. Así que le escribió y le dijo que tenía el niño malo. Como ya se le había muerto uno, en cuando le dijo que el niño estaba malo, pilló y se vino. Cuando vino y vio que era mentira, que el niño no estaba malo, dijo:

—Esto era para hincharte a palos, esto te doy yo a ti unas guantadas y no pasa nada.

## EL POCICO

A los cuatro años de estar en las *Tiesas*, como mi padre era mulero, que él no tenía fincas, le buscaron. Él iba donde más le daban. Decía que a él no le iba comprometerse con una casa, estar con un amo siempre. Decía: “El gallo y el amo, un año. Y, cambiando el año, el gallo y el amo”. A él le gustaba hacer amistad con la gente, pero el compromiso no.

Nos fuimos a vivir al *Pocico*. Allí vivimos ocho años con los Áureo Gómez<sup>1</sup>, los abuelos de la Conchita. Me llamo Juana porque la hija de Áureo Gómez también se llamaba Juana. Otra de mis hermanas se llama Paca, porque la bautizó también la Paquita de Áureo Gómez.

Áureo Gómez era un hombre de mucho genio, fuertecillo, y mi padre también. Una vez, mi hermano —que estaba de pastor en otro cortijo de Áurero— fue y le dijo a mi padre:

—¿Cuántos barbechos ha hecho usted?

—Pues he hecho esto y lo otro —los *piazos* que había labrado, que no era el barbecho.

—¡Anda!, si el Áureo le ha dicho al pastor de los *Mirabetes* que habías hecho tantos barbechos, que tal y que cual.

—¿Que he hecho yo tantos barbechos? Ven a ver. Ahora mismo cámbiate de ropa y de esta nos llegamos.

Era de noche, pero mi padre era así. Gobernaron el coche y fueron a la puerta del cortijo. Nosotros ya estábamos acostados. Dieron un porrazo. Dijo mi padre:

—¿Para qué le ha dicho usted que he hecho lo que no he hecho? Si no es posible hacer lo que usted se piensa. Para que vea usted lo que yo he hecho, ahora busque usted a otro, que yo me voy a mi casa.

Cuando tenían algo entre ellos, porque los dos eran igual de fuertes, siempre iba la mujer, la Concha, y apañaba la cosas. Hablaron y quedaron otra vez bien.

En el cortijo de Áureo Gómez estuvimos ocho años. Después mi padre se cansó de estar allí y fuimos a un cortijo en la *Toscana*.

## PRIMERA COMUNIÓN

La comunión la hice en la *Toscana*. Fueron allí las hijas de Florencio Gómez, la Rosarito y la Ascensión, que eran monjas. Cuando les parecía, nos juntaban a todas y nos daban un poco de doctrina. Nos enseñaban lo que eran los mandamientos y a rezar un poco. Ya con aquello comulgamos. Llevé un vestido nuevo de color.

1 “El padre de Sebastián Gómez”.



## ESCUELA

Había una escuela en la *Toscana*. A la escuela íbamos los de la otra *Toscana*, los del cortijo de la *Puente*... La Carmela también iba con nosotros. Pepe y su hermana la Maruja, que vivían en el cortijo de la *Puente*, también iban. Nos juntábamos todos e íbamos. Pepe era el que ponía orden, porque siempre que nos juntábamos los críos, unos se peleaban, otros se decían cosas... Así íbamos a la escuela.

Teníamos una maestra que se llamaba la señorita Trini. Se juntaba —como se juntan ahora— con el boticario, Don Antonio Egea. En cuanto sentíamos el pito de la moto, sabíamos que teníamos que irnos, porque venía él. Todos nos íbamos a nuestras casas. A otro día, volvíamos. A veces nos encontrábamos aquello lleno de colillas de tabaco. Al final no se casó con ella.

Aprendimos poquilla cosa. Yo casi no sé nada. Mi marido sí sabe. A él le gusta coger un libro y leer. Pero yo, como no sé, cojo alguna *cosucha*, pero luego la suelto.

## LA DESAPARICIÓN DE SU HERMANO MAYOR EN LA GUERRA

El siguiente que faltó fue mi hermano. Era de la quinta del '37. Cuando empezó la Guerra, fue la primera quinta que se fue. Se lo llevaron a Madrid, a la Cuesta de la Reina. Desde allí escribió dos o tres cartillas, diciendo que estaba allí, pero de seguidas desapareció.

## COLECTIVIDADES

Durante la Guerra hubo en la *Toscana* una colectividad, gente de aquí del pueblo que se habían juntado. Vivía cada uno en su casa, pero trabajaban el campo juntos. Los hijos los cuidaban las mujeres. Entonces estaban todos los cortijos habitados. Nos juntábamos unos con otros y jugábamos a la rayuela.

Mi padre estuvo trabajando en la colectividad de las *Casas de Don Juan*<sup>2</sup>. Le tocó en otro cortijo. Como era uno de los más avanzados, fue el cabezalero de todos los colectivistas que había en las *Casas*. Mi padre era el mulero mayor, el que mandaba en los otros muleros. A las cuatro de la mañana ya estaban echándoles a las bestias, y a las seis ya estaban los muleros haciendo las migas para irse fuera a labrar y a echar su día.

Las colectividades, cuando se acabó la Guerra, enseguida se deshicieron. Allí se acabó todo.

## LA MUERTE DE SU PADRE

Mi padre murió de una pulmonía en el treinta y siete<sup>3</sup>. Vivíamos en la *Toscana*. En aquellos tiempos estaban aquí de médicos Don Conrado y Don Antonio Falcó, pero poca cosita, casi nada. A mi padre lo vio Don Conrado.

2 “En las *Casas de Don Juan* estuvieron haciendo una pista de aterrizaje para los aviones, pero eso no llegó a nada”.

3 El 13 de julio de 1937.

Se murió de una pulmonía en la flor de su vida. Hoy va la gente al doctor, pero entonces el que se ponía enfermo, le daba en su cama y allí se moría. Bajó el médico y lo estuvo viendo, pero el mal no tuvo remedio. Tendría cuarenta y nueve o cincuenta años cuando murió. Fueron con un carro para llevarlo a enterrar. No lo montaron en el carro, sino que todos sus amigos lo llevaron a hombros a *Lóbrega*. Estaba lejos, pero lo llevaron a hombros. Mi padre no robó.

Mi madre se hundió mucho. Al poco tiempo se llevaron a la guerra a mi otro hermano, que era de la quinta del '41. Se le juntó el cielo con la tierra: la muerte de su marido, que era tan buena persona, irse su hijo y ya no verlo más, y ver que se llevaban al otro. Cuando murió mi padre, dijo:

—A ti te vamos a enterrar, pero a tu hijo no lo verán ni los perros.

Ella penó mucho.

## CÓMO SACÓ SU MADRE ADELANTE LA CASA

Mi madre se quedó viuda y echó adelante con la casa. No éramos gente de dinero, pero encima, las cuatro perras que teníamos antes de la Guerra, no valieron después. El dinero de antes dejó de valer. Nada más nos valieron veinticinco duros para ir tirando.

Mi madre tenía mucha amistad en los cortijos y se iba a trabajar en ellos, porque le pagaban y ganaba algo. Yo me quedaba con mis hermanos más chicos. Tenía que hacerles la comida, lavarles la ropa y apañárselo todo.

## SUS PRIMEROS TRABAJOS CUIDANDO NIÑOS Y HACIENDO LABORES DOMÉSTICAS

Más adelante fui a hacerle las cosas a una vecina de la *Toscana*, la María Juana. Esa mujer estaba muy mala —se murió de un cáncer. La pobre mujer no tenía a nadie, nada más que una niña chica y los niños, que trabajaban con su padre.

Un día fue mi hermano<sup>4</sup> a ver si estaba a gusto o si me quería venir. Cuando lo vi, pensé: “Yo no me quedo aquí”. Era el mismo sitio donde habíamos vivido antes y a mí esto de estar en la casa encerrada y no ver a mi gente, no me gustaba.

Cuando íbamos de la *Toscana* para *Lóbrega* y estábamos llegando, le dije:

—Llevo mucha sed, llevo mucha sed.

—Llegamos a casa de Virtudes y allí bebes agua —me dijo.

Llegamos y, cuando me vio, dijo:

—¡Uy!, ¿por qué no te quedas aquí con mis niñas?, nada más que para estar jugando con ellas. Vas a estar tan a gusto.

Total, que me convenció y me fui pensando que iba a volver con las niñas.

4 “Mi hermano era muy bueno. Cuando se murió mi padre, si nosotras íbamos a una casa, él iba por allí a ver cómo estábamos. Él se hizo cargo de nosotras”.

Pero, cuando iba a mi casa, por el camino, se me metió el sol en la cabeza. Llegué a mi casa muy mala. Estuve dos o tres días en la cama mal, con unos dolores de cabeza que para qué. Era el sol que se me había metido en la cabeza.

Cuando me espabilé, me fui con ellos. Se trabajaba mucho. Los suelos había que fregarlos todos los días de rodillas. Los fregaba con un trapo y un caldero. Le daba una *miaja*, enjuagaba el trapo y volvía a darle por el otro lado. Aquella ropa había que hacerle cuarenta cosas: enjabonarla, meterla en lejía... Hoy metes la ropa en la lavadora y sale tan limpia y tan hermosa. Planchaba con las planchas de ascuas. Encendíamos dos planchas porque, mientras se enfriaba una, la otra se estaba calentando. Yo ganaba diez pesetas de niñera con la Conchita y la Virtudes.

## CÓMO LE SACARON EL SOL DE LA CABEZA

Una vecina que vivía cerca de mi casa, Victorina<sup>5</sup>, me sacó el sol de la cabeza y mejoré. Se ponía un papelico en la cabeza y enseguida ponían una sartén con una *miajilla* de agua caliente. Hacían unas bolas de estopa y las metían dentro del vaso. Hacían unas cruces encima del vaso con las tijeras y de seguidas levantaban el vaso, se metía todo el agua en el vaso y se quedaba la sartén sin agua. Aquello te lo hacían unas cuantas veces y te apañabas.

Cuando me di un porrazo muy grande, que estoy medio derrengada, la tía Victorina me rezó la carne cortada. Venía ella, la pobrecilla, a rezarme, porque es que no podía andar.

## CASA BLANCA

El tío Julio de *Casa Blanca* se quedó viudo. Entonces me buscaron a mí para que fuera allí. A los otros los conocía y quería a las niñas y todo eso, pero es que en este sitio me iban a dar quince pesetas y allí sólo ganaba diez. Sebastián se cabreó y me dijo:

—Quédate aquí otro año más. Ya te haces moza y, en vez de ser niñera, te quedas de moza y te pagaremos más.

—No, yo me voy —le contesté.

Te hacías moza con quince o dieciséis años. Ya amasabas. Por la mañana, cuando te levantabas, tenías que poner la olla de los segadores y de los jornaleros, de la gente de la casa. Cuando venían los segadores, tenías que tener la olla preparada para que se la llevaran.

## MENSTRUACIÓN

Cuando me vino la menstruación, como tenía una hermana que era mayor que yo, ya había visto que a mi hermana le venía eso, yo ya sabía de aquello. También lo sabía, porque a mi madre, cuando se le quitó el período, le daban muchas hemorragias y yo veía la ropa sucia.

5 Victorina García Gómez (1912). Su historia personal se incluye también en este libro.

## LOS NOVIOS NO PODÍAN ESTAR A SOLAS

Estando en *Casa Blanca* Sagrario, la hija de Julio, se puso de novia con un tal Pedro. Me veía y me decía:

—Juana, ¿vas a ir a esta fiesta o la otra? —el día del Señor, la Ascensión, el domingo...

Me preguntaba si iba a ir a mi casa porque, si iba, ya no podía venir el novio a verla, no fuera a tocarla. ¿Quién iba a estar con ella, si su madre ya había muerto? El único que estaba, además de mí, era su hermano Jesús<sup>6</sup>.

Cuando era una fiesta que tenía interés, me decía:

—No te vayas y tal.

Entonces me quedaba con ella y, cuando iba, a lo mejor me llevaba unas medias o me compraba alguna *cadenucha* de perilllas, en fin, algún detalle. Porque si yo me iba no podía ir él. Había otras vecinas que también iban los novios, pero tenían a sus padres. Ella me decía:

—Tú, aunque entremos en casa de la María y veas que su hija está sola hablando con el novio, a mí con el novio no me dejes sola porque, como ellas tienen su padre y su madre, no tiene nadie nada que decir. Pero a mí, si me ven sola, pueden hablar de mí. Así que tú no me dejes sola.

Ellos hablaban y yo allí. Yo le decía a Jesús:

—Mira, es tu hermana y a mí no me toca nada. O te quedas aquí y jugamos a las cartas, o no me quedo.

Él decía:

—Si le has echado a las gallinas más grano antes que venga el novio, bien. Pero, si no les has echado, que no coman —y no comían.

La novia no se podía dejar sola, no —me lo decía ella. Cuando venía el novio, limpiábamos y apañábamos la casa del cortijo. Me peinaba yo antes que ella, para abrir la puerta y, si venía el novio, estarme con él hasta que ella salía.

Ella se casó con Pedro.

## CÓMO DEJÓ *CASA BLANCA*

El tío Julio se quedó solo. Entonces había una mujer aquí que le gustaba. Vino una noche y se la llevó —aunque entonces no se hacía eso. Antes de llevársela, mi madre ya había hablado con ella. Se llamaba Edmunda la “Capota”. Le había dicho:

—Me voy tal día, que va a venir fulanita a llevarme —una mujer que vivía en la calle Abajo, que eran cabreros ellos.

—Pues yo me voy con vosotros —le dijo mi madre.

Nos encontramos en esos caminos. La mujer tiró para abajo con ella y yo con mi madre para arriba.

Mi madre vivía en la *Casa Moya*. Me fui con ella allí, porque el tío Julio se echó esa mujer y eso no le gustó a mi madre.

6 Jesús Sánchez Paz (1924). Su historia personal se incluye también en este libro.



1. Madre, Felisa García



2. Padre, Antonio García



3. Su hermano Serapio y su esposa

## CÓMO CONOCIÓ A SU MARIDO

Conocí a mi marido cuando ya estábamos los dos en la *Casa Moya*. Él era muy atrevido. Tenía un buen pico. Era muy camelador. Entonces era muy *noviero*. Iba detrás de mí. Estuvimos dos años de novios.

Nos veíamos los días de fiesta. Siempre que íbamos de fiesta, hacíamos baile en algún sitio por allí cerca, en cualquier casa.

## LA HONRA

Íbamos al baile y teníamos que ir separadas y con la madre. Antes la gente no era como ahora, que no mira nada. Antes, darle un beso a un hombre y que no te casaras con él, era una deshonra.

Hicieron una vez un baile en San Antón —estaba lleno de gente—, y bailaron el Felipe y la Dolores del “Chato”. La Dolores era muy *bailada*<sup>7</sup> y el Felipe también. Bailaron muy bien. Bailó mucha gente, no sólo ellos. Pero terminaron de bailar y se le ocurrió al Felipe darle un beso en la cara a la Dolores. Aquello fue un escándalo en toda la placeta de San Antón, es que fue a voces:

—¡Que le ha dado Felipe a la Dolores un beso! ¡Que la ha besado! ¡Que le ha dado Felipe a la Dolores un beso! ¡Que la ha besado!

Se formó un escándalo, como si hubieran hecho una cosa del otro mundo. Fue una vergüenza para la muchacha. A ella no le habría dado nunca nadie ningún beso, ni él habría besado tampoco a ninguna. Dar un beso era una deshonra. Entonces es que había mucho respeto.

Ahora mismo te encuentras con un hombre que no conoces y le das un beso. Todo el mundo nos besamos.

## CÓMO SE FUE DE LA CASA MOYA

En la *Casa Moya* estuve de moza dos o tres años. Luego me disgusté por nada. Una noche íbamos a acostarnos y, hablando de lo que íbamos a hacer al día siguiente, me dijo Esther:

—Mira, mañana nos levantamos, hacemos el almuerzo y vamos a lavar toda la ropa.

Era el día de San José, cuando se quitaban las mantitas y se ponía la ropa. Yo hice lo mismo que ella pensó, pero ella no lo pensó bien. Teníamos unos *chinitillos* chicos y estaban unos más *enrobinados* y otros menos. Teníamos que ir todas la mañanas a apartarlos, para que comieran unos, porque los otros no los dejaban comer. Me levanté y me fui a hacer aquello. Ella se quedó acostada. Se levantó más tarde y vio que no estaba en la casa. Cuando vine, me dijo:

—No por mucho madrugar, amanece más temprano.

—Pues mira, Esther, ya puedes buscar otra que madrugue más, que no será tan temprano —le dije.

Ella se lo tomó en broma. Su madre, la tía Vicenta, que vivía allí en el cortijo, fue y dijo:

7 Bailona,

—Os voy a pegar a las dos, a mi hija y a ti, porque sois muy consentidas. ¿Por qué tiene ella que decirte a ti nada, ni tú ponerte así?

—Pues sí, porque si ella se ha levantado para decir que me he levantado temprano y que vamos a hacer poco, que busque otra que trabaje más, que yo ya estoy cansada —le contesté.

Iba una mujer a coser allí, la Cipriana —la madre del “Periche”, y le dije:

—Mira, no vayas a irte sin mí, que me voy esta tarde para abajo contigo.

—¿Qué te vas a ir! —dijo.

—¿Qué me voy a ir? ¡Pues claro que me voy! ¡Digo, si me voy!

Me había comprado yo una colcha y la tenía metida en el cuarto. Dije:

—Esther, sácame la colcha, que me voy.

—Yo no la metí. Tú que la metiste, sácala —me contestó.

Saqué mi colcha y ya vino su madre:

—Mira, que os voy a pegar. Mira que esto es por nada. A ver por qué. Esto da vergüenza de pensar...

—Nada de vergüenza. Le he dicho que me voy y me voy.

Así que me fui.

## LAS CASAS DE DON JUAN

Ella se pensaba que, como era la víspera de la fiesta, yo me había ido para pasar unos días en mi casa, pero que, cuando ella fuera, iba a estar allí esperando para irme con ella. Mi hermano, que entonces estaba en las *Casas de Don Juan*, me dijo:

—Pues vente con la Julia.

Julia era hermana de Jesús y de la Sagrario, con los que había estado en *Casa Blanca*. Así que me fui a las *Casas de Don Juan* con mi hermano. Cuando vinieron a por mí, se encontraron que ya me había ido. Ella pensaba que iba a estar, que era nada más un disgusto, pero yo a otro día me fui a otro sitio.

En las *Casas de Don Juan* estuve casi hasta que nos casamos. Fui a *Lóbrega* un verano, porque estaba la cosa muy achuchada. Me iba a casar y se ganaba poquillo. En el verano siempre ganábamos algo más. Bajó mi madre y le dijo a la Julia que me tenían que dar treinta duros y tres fanegas de trigo. La Julia le dijo:

—No, yo le doy dos.

—No, tres fanegas —le dijo mi madre.

—Dos —repitió la Julia.

—No, tres —volvió a insistir mi madre.

Así que me marché y me fui a echar el verano a *Lóbrega*. Allí me dieron las tres fanegas de trigo y los treinta duros.

## BODA

Nos casamos el 17 de octubre del cuarenta y siete por la mañana [foto 5]. Yo tenía veinte años y mi marido veinticinco. Nos echó las bendiciones Don Manuel Cánovas, el cura. Llevé un traje negro muy bonito que me hicieron: una chaquetilla encima y una falda de raso. Mi marido iba muy

chulo con su sombrero. Le gustaba mucho el sombrero y se lo terciaba. Solía ir con los sombrerillos terciados.

Como mi madre no tenía dinero para la boda, fue ir a la iglesia y venir. La Josefa, la “Panchita”, que vivía enfrente, tenía un sofá —entonces no había sofá en ningún sitio— y nos lo dejó para que nos lo lleváramos para la invitación. Pasamos una bandeja de dulces y una copa de mistela. La noche de bodas la pasamos en nuestra casa. Nos fuimos a la cama y a otra mañana nos llevaron el chocolate. Al día siguiente, comimos nosotros en casa de mis padres y al otro en la de los suyos.

Nos quedamos aquí, en la Puebla. Teníamos una casilla buscada en la calle el Cinto. La casa era de alquiler. Tenía dos habitaciones. Teníamos una cama y media docena de sillas que compré con el dinero de la pedida. Lo mismo que ahora se regala una joya, porque hay dinero, entonces me dio cuatro *perrucas* y compré media docena de sillas. Se las llevé a unos viejos que había en el hospital para que me las guitaran. Los viejos del hospital tenían guita y se dedicaban a eso. De ajuar llevé media docena de sábanas y la ropa de ponerte: cuatro o seis vestidos, los que tenía.

En la calle el Cinto había unas mujeres que no eran muy católicas. Mi marido, en cuanto pudo, compró otra casa —una muy chica— y nos fuimos de allí. Él no quería que yo viviera en la calle el Cinto. Las mujeres que había allí no eran buenas. Estaba la querida de Don Manuel de la Cruz, la “Pico de plata”.

## CÓMO TUVO A SUS HIJAS

Tuve mi primera hija<sup>8</sup> a los dos años. Tardé tiempo en tenerla. Trabajábamos y, si teníamos críos, no podíamos ir a trabajar. Para no tener hijos no dabas negocio, y ya está. Con eso ya tenías bastante.

Durante el embarazo me dieron muchas *rescoldinas*<sup>9</sup>. Yo siempre estaba tomando bicarbonato y devolvía. Cogía el bicarbonato en la mano y me iba al patio. Allí me lo tomaba, devolvía y me volvía otra vez a mi casa. Mi marido estaba trabajando en *Lóbrega*. Venía cada quince días, cuando podía.

El día del parto yo estaba en mi casa sola. La noche anterior había estado en casa de mi madre, que vivía al lado. Estuvimos sentadas en la puerta y, cuando se iba, mi madre me dijo:

—Por la mañana, en cuanto sea de día, voy a ir a quitarle los bichos a las patatas —que tenía mi hermana María patatas sembradas.

Me lo dijo para que supiera dónde se iba a ir. Yo estuve mala toda la noche pero, como decían que los dolores de parto eran muy malos, pensé que esos no eran. Así que me puse a apañar mi casa. Estuve limpiando mi casa y apañando todo. Cuando llegó la hora en que mi madre se iba a ir, fui para allá y le dije:

—Mama, que estoy mala.

8 María del Carmen. Nació en 1949.

9 Rescoldera.



—Bueno, pues entonces ya está. Voy ahora mismo para allá —me contestó. Volví y al entrar en casa, me puse mala. Acudieron las vecinas y llamaron a la Juanita, la comadrona.

Mi otra hija<sup>10</sup> la tuve a los cuatro años [foto 4]. También vino la Juanita.

## VUELTA AL TRABAJO EN EL CAMPO

Cuando mi hija tuvo dos años, volví a trabajar. Se la dejaba a mi madre. Íbamos a trabajar a *Lóbrega*: a excavar la remolacha, a sembrar patatas, a excavar las patatas, a excavar las habichuelas... Íbamos a *Lóbrega* y veníamos andando. Estaba yo embarazada de seis meses y todavía iba allí andando. Trabajábamos todos los días y las temporadas eran muy largas. Luego, estos de José María, que es con los que yo he trabajado más, se compraron un camión. Entonces el Paco este, el “José María”, nos llevaba y nos traía con el camión, y ya la cosa de andar nos la quitamos.

## LA MUERTE DE SU MADRE

Mi madre vivía sola. Ella de su casa no salió. Al final de su vida, yo estuve mucho con ella. Como yo no tenía nada más que mis dos hijas, me las llevaba y estaba todo el día con ella. Luego se puso muy mala y nos repartimos estar con ella. Teníamos que estar un mes cada una. Empezó mi hermana la mayor. Luego estuve yo, que era la segunda. Cuando iba a ir la tercera a estar con ella, se murió. Mi madre murió en el año sesenta.

## LA EDUCACIÓN DE SUS HIJAS

Mis hijas estuvieron yendo en la Puebla a la escuela de Doña Paquita. Mi cuñada estuvo siempre trabajando con Doña Paquita. Nosotros nos llevábamos muy bien con ella. Decía que sillas a lo mejor no había en la escuela pero que, llevando una silla de casa, ella las atendía igual que a todos.

Más adelante, cuando nos fuimos a *Lóbrega*, mi Rosario también estuvo yendo con un maestro que iba allí. Como el hombre estaba solo, yo, en vez de pagarle, le arreglaba la ropa. A comer iba a mi casa igual que a las otras. Comía cada día en una casa.

Mi Rosario valía para haber ido a la escuela, era muy aplicada para la escuela. Se asomaba la Magdalena, que era la ama del cortijo, y decía:

—Me la encuentro siempre igual, detrás de la puerta, con su libreta en las manos haciendo números.

Le gustaba, era muy aplicada. Lo que pasa es que entonces no se decidía la gente a nada. Ahora sí se deciden los padres, se meten en el centro de la tierra y hacen los hijos algo, pero entonces no.

10 Rosario. Nació en 1951.



**4. Sus hijas Rosario y Mari Carmen con su sobrina Constantina de primera comunión.**

**5. Juana y Gregorio paseando por la calle del convento recién casados. Octubre de 1947.**



## LÓBREGA

Más adelante nos fuimos a vivir a *Lóbrega*. Allí vivía mucha gente: Virtudes, la Consuelo, las de Casildo, la tía Eusebia, la Conrada,... Llegando este tiempo de las matanzas, ellas ya se ajustaban las cuentas. Yo iba a las matanzas de todas. Ellas se ajustaban las cuentas, el día que iban a matar, para que pudiera ayudarlas a todas.

## JUBILACIÓN

A mi marido le faltaban siete u ocho meses para jubilarse. Pero, como tenían su tiempo de arreglarse, cuando llegó la Piedad<sup>11</sup> nos vinimos.

Él tenía mucho trabajo. Tenía que sacar las ovejas de encima del *Calar* y llevarlas a comer a la *Noria del molinero*, volver desde la *Noria del molinero* al *Calar* otra vez, e ir a dormir a *Lóbrega*. Así que dije: “No, se acabó esto”. Estaba muy estropeado. Había trabajado mucho y no podía ya. Nos vinimos a nuestra casa y ya nos jubilamos, dejamos de trabajar.

A nuestros nietos les ha gustado mucho venir con nosotros. Mi hija se fue a Murcia y si algunas temporadillas ellos no podían tenerlos, los mandaban para acá.

## RELIGIÓN

Cuando mis hijas eran chicas, las misas eran a las ocho de la mañana en el hospital<sup>12</sup>. Allí decían una misa todas la mañanas. Había monjas. Yo dejaba a mis hijas acostadas y me iba a misa. Después no he ido todos los días a misa, pero a los entierros y los domingos —los días de precepto— he ido hasta ahora. El día ocho de octubre me di un porrazo y llevo este mes sin ir. No he confesado siquiera. Hasta que no vaya a ir, ¿para qué? Iré a misa el día de San Antón.

11 Su marido comenta que antiguamente los pastores se arreglaban el día de San Juan y los muleros el día de la Piedad, pero que entonces ya lo hacían todos el día de la Piedad.

12 El antiguo convento.



# BALBINO SÁNCHEZ GONZÁLEZ (1928)

Balbino nació en 4 de marzo de 1928 en el cortijo *Casa Blanca*, donde ha pasado toda su vida hasta que se jubiló. Fue el menor de siete hijos de una familia de campesinos. Uno de sus hermanos murió de un accidente cuando era joven. Su padre falleció cuando él era todavía un niño. Como la mayoría de los hombres de su generación, empezó a trabajar de pequeño cuidando animales y más tarde labrando en el campo. Hizo la mili en Almería y tiene un buen recuerdo de esa época. Se casó en 1960. Su mujer fue costurera, trabajo con el que contribuyó a la economía familiar. Tuvieron dos hijas. En la historia de Balbino hay pocos relatos. Tan sólo cuando compara el pasado con el presente, desarrolla algún tipo de argumento. Es un hombre de pocas palabras. Su historia personal es de las que suscitan más preguntas que respuestas, muchas de las cuales pueden encontrarse en otros relatos de vida similares.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 4 de marzo de 1928. Tengo 78 años.

### FAMILIA DE ORIGEN

No conocí nada más que a una abuela.

Fuimos siete hermanos: tres hombres y cuatro mujeres. Yo soy el menor de todos. Hombres han muerto dos. Las mujeres viven las cuatro. Menos una que se casó y vive en Valencia, que ya se murió el marido hace años, los demás vivimos aquí en la Puebla.

Uno de mis hermanos murió de un porrazo que le dio una bestia con veintiséis años. Se morían porque no había medios. Mi hermano, si hubiera sido en esta época, no le habría pasado nada. Del porrazo se quebró la pierna, pero no fue un porrazo como para haberse... Del susto se le cogió a la sangre —según dijo el médico después— y murió ahogado, porque no hubo medios. Eso pasa hoy y no le ocurre nada.

Mi padre murió joven. Tenía cincuenta años. Murió de la próstata. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años. Mi madre murió con noventa y siete.

### CASA BLANCA

Toda mi vida, sesenta y tantos años, he vivido en el cortijo *Casa Blanca*. Está a diez kilómetros de la Puebla, por la carretera de María. En el cortijo había cuatro viviendas y otras dos casas para los señores del cortijo. Estábamos cuatro vecinos. No había ni electricidad ni agua corriente. Electricidad no hay todavía. En el campo hay algún cortijo con luz, pero muy pocos. Hay muchos pozos, pero el agua la sacan con motores.

El dueño de *Casa Blanca* era de Calasparra, Murcia. Ese hombre con nosotros, los labradores que tenía, se portaba muy bien. Era un hombre que no maltrató a nadie y nos miraba muy bien. Había quien no miraba bien al que tenía, pero él sí, al que tenía en su casa lo miraba muy bien.

El cortijo tenía dos fincas. Al morir el dueño, como no tenía hijos, se las quedaron los sobrinos. Las vendieron por muy poco, las regalaron. Vendieron aquellas dos fincas por cuarenta y dos millones de pesetas. Hoy cualquier trozo de tierra de los que vendieron vale mucho más, porque han hecho pozos. Yo cogí ahí dos parcelas más adelante. Me costó trabajo pagarlas pero, en fin, las pagué. Ya pude hacer un pozo y con la renta del pozo, fui viviendo.

## AUTOSUBSISTENCIA

En aquella época criábamos conejos, gallinas, cerdos, ganado, y cultivábamos patatas, habichuelas, maíz, porque había agua. Se comía lo que se producía.

En los días de Pascua se hacía la matanza. Entonces se reunía toda la familia. Se pasaba bien. Se hacían migas de matanza. Por la noche se hacía olla de berzas con su tocino —estaba todo el día cocándose en la lumbre, no como ahora con el butano. Estaba buenísima. Cambia una barbaridad del butano a la lumbre.

El que no tenía animales lo pasaba muy mal. Nosotros no, porque estábamos en el cortijo y se criaban gallinas, cerdos, una *miaja* de ganado, teníamos trigo, cebada, maíz, patatas, habichuelas blancas. Algo se vendía.

## TRABAJO

Empecé a trabajar desde que pude andar. El primer oficio que me dieron, fue guardar los pavos en el campo para luego venderlos. Cuando fui siendo mayorcillo, me tocó ir con los borregos, luego con el ganado y, por último, con las bestias. Cuando pude labrar, me tocó labrar todo el día.

## GUERRA

De la Guerra recuerdo una cosa. Yo era pequeño. Al armarse la Guerra, que se formó un lío, fueron al cortijo los milicianos y se llevaron los marranos, el ganado y todo lo que había. En mi casa éramos siete y tenía mi padre engordando tres *chinos* medianicos para la matanza. Llegaron los milicianos aquellos y le dijeron:

—¿Tienes marranos?

—Sí, claro, ahí en el campo están —les contestó.

—Pues, vamos a verlos.

Fueron a verlos y, cuando los vieron, le dijeron:

—Oye, mañana venimos por dos *chinos* de esos.

De eso sí me acuerdo yo. Era chico y se me quedó grabado para toda mi vida. Mi padre dijo:

—Hombre, mira que tengo en la casa siete pequeños para un marrano y no tengo otros medios.

—Mira lo que te digo —le dijo uno de ellos—: Cállate, porque si no te vamos a dar paseo y nos vamos a llevar los tres marranos .

Eso sí lo recuerdo yo. Es lo único que recuerdo. ¡Si es que en todas las épocas ha habido cosas feas y sigue habiendo! Todo el que manda, se echa al bolsillo. Yo no tengo que decir ni que Pedro es malo, ni que Juan es malo, ni que nada. Nada más que el que entra, va a arreglarse. Para nosotros no va a haber nada, que trabajemos y ya está, y mientras vayamos trabajando y vayamos comiendo, que hagan lo que quieran. Yo en eso no me meto. Digo: “¿Para qué?”. Que entra un alcalde, que sea del partido que quiera. Haciéndolo bien, a mí se me ha dado bien, que lo hagan bien, que a mí me da igual que sea de un partido o de otro. Cuando ha tocado un alcalde que aproveche, pues ya está.

## SERVICIO MILITAR

Hice la mili en Almería [foto 4]. Tenía veintiún años. Pasé allí diecisiete meses. No me libré de la mili porque mi otro hermano estaba soltero. Estuve muy a gusto. Hay quien estuvo mal, pero yo estuve muy bien. Tuve la suerte de que me hicieron cartero de la caja de reclutas, para recoger la correspondencia y llevarla. Yo no tenía que hacer nada más que aquello. Me hacía de comer una mujer en la caja de reclutas a las siete y dormía allí. No estuve ni en el cuartel. Estuve muy a gusto.

## LUTO

Cuando murió mi padre, me tiré tres años de luto. No me dejaban salir ni a fiestas, ni a bailes, ni a nada. Era pequeño. Era una barbaridad que se hacía. A los tres años y catorce días, murió mi hermano y me tiré otros tres años. Estuve seis años así. Yo no contaba nada. Las mujeres tenían que llevar el velo y el pañuelo. Hoy todo eso se ha perdido. Yo comprendo que las cosas hay que hacerlas mientras uno está vivo y, una vez que muere, ¡qué se le va a hacer! Vamos, esa es mi creencia. Cuando mi madre murió, yo ya estaba casado y tenía a mis dos hijas. Iba todos los días a verla por la noche cuando venía del campo y por la mañana antes de irme, otra vez. Me gustaba hacerle lo que hubiera que hacerle. Pero, una vez que murió, ¡qué iba a hacerle ya!

## PASCUA

En la Pascua había misa del gallo en un cortijo que le dicen la *Toscana* y después había baile. Los días de la Pascua iban los inocentes por los cortijos y había cuatro o cinco noches baile, en la punta de abajo del campo, en medio y después en la punta de arriba. Si eran cuatro días de Pascua, había cuatro días de baile.

## CÓMO SE CONOCÍAN LOS JÓVENES

Los jóvenes se divertían haciendo bailes en los cortijos por la noche. Se juntaban un poco y ya está. Los jóvenes se conocían los domingos, cuando a lo mejor hacían un baile. En la *Toscana*, entonces, decían misa todos los domingos y venían del campo de abajo, de las *Casas de Don Juan*, de arriba, y se juntaban allí. En los bailes era donde se juntaban los chicos y las chicas. Te acercabas a la que te gustaba y ya quedabas para el domingo.

## NOVIAZGO

Yo conocí a mi mujer<sup>1</sup> casi desde que nació. Vivía en un cortijo que estaba a un kilómetro del mío [foto 2]. Fuimos mucho tiempo amigos, hasta que ya decidimos ponernos de novios. Había tenido otras dos novias antes.

Estuvimos dos años de novios. El primer año no lo sabía nadie, lo llevábamos nosotros como amigos. Pero, en fin, aquello tuvo que aclararse porque no podía ser.

Para cortejar a la novia tenías que ir a la casa. No es como hoy que salen, se ven y se hablan. Entonces, en el campo, tenías que ir a la casa. Ibas a ver la novia y a lo mejor tú estabas en la cocina en un rincón y ellos en otro.

Los novios tenían que ir con otra persona. Si no, no los dejaban ir. Fuimos dos o tres veces de fiesta a Huéscar, que yo ya tenía una moto, y su familia tenían también otra moto. Pero a ella no la dejaba el padre ir conmigo en la moto, ni hablar. Mi hija ha ido con su novio a este lado y al otro en el coche. Así es la vida.

## BODA

Cuando nos casamos, mi mujer tenía veinticuatro años y yo treinta y dos. Me casé ya mayor. Hicimos una boda corriente en el cortijo. Fue el cura a casarnos a la ermita. Como ella era de la *Toscana*, hizo allí la boda. Mis hermanas, cuando se casaron, hicieron la boda en *Casa Blanca*. Fue la familia más allegada y algún conocido. Al mediodía comimos juntos. Se hacía un arroz, carne frita, asada... Como teníamos animales, aquel día se mataban animales: cordero, choto, o alguna gallina para hacer arroz.

Los regalos entonces eran muy pequeños. Yo, cuando me casé, creo que fue mil pesetas lo que recogí. En la boda de mi hija, sin embargo, recogieron veinte o veinticinco mil pesetas de cada uno. También me costó un millón y pico de pesetas a mí hacerla. Yo a mis hijas, que están las dos casadas, les pagué la boda y lo que recogieron fue para ellas. En mi época, los padres te mataban un pollo y se comía. Luego te las tenían que buscar como podías. Te daban una muda y una manta para taparte y una cama ligera. Hoy ha evolucionado mucho la vida. ¡Pues no ha cambiado nada! Yo le digo a mi hija:

— Vosotras no sabéis lo que es pasar la vida.

---

1 Edita Sánchez García.





1. Abuelos de su mujer.



2. Su mujer (Edita Sánchez García) en una matanza.

Que las he dejado con el bolsillo lleno, porque las bodas se las he pagado yo todo, lo que recogieron fue para ellas. Ahora la mayoría se casan y pagan de lo que recogen en la boda. Va mucho personal y recogen mucho, pero se gasta un capital hoy en la boda. Hoy un cubierto te cuesta siete o diez mil pesetas. Van doscientas personas y unos dan mucho, pero otros dan poco y a lo mejor ni siquiera pagan la comida.

## LA VIDA DESPUÉS DE CASARSE

Cuando me casé, seguí trabajando en el cortijo. Nos quedamos en el mismo cortijo, pero no en la misma casa de los padres, sino en otra vivienda dentro del cortijo. La casa no tenía nada más que dos dormitorios. Tenía dos cocinas: una para el verano y otra para el invierno. Arriba tenía tres cámaras para echar el grano. El ganado estaba aparte, al lado del cortijo. Las bestias estaban en la cuadra lindando a la vivienda para poder cuidarlas y poder ir a trabajar al otro día.

Ya, con el tiempo, se partió todo: el ganado, las bestias... Las tierras no, porque no eran nuestras. Yo me quedé con la renta de la tierra. Por eso estuve tantos años en el cortijo aquel. Después compré unas parcelas y ya llevo allí sesenta y cinco años.

## ADMINISTRACIÓN DEL DINERO

Desde que me casé, mi mujer es la que se hizo cargo del dinero. Yo vendía borregos y grano y le daba el dinero a mi mujer. Cuando el hombre le tiene que llevar a la mujer el dinero sujeto, es porque la mujer no es buena para guardarlo. Si le das a la mujer y gasta y gasta y gasta, vas a la ruina. Allí estábamos cuatro vecinos y uno no le podía dejar a la mujer un billete en el bolsillo. Cuando él se iba, ella vendía trigo, cebada, lo que fuera, porque le gustaba la bebida. Yo a mi mujer siempre la querré por eso. Estoy contento con ella. Yo vendía corderos —a lo mejor cinco, diez o veinte—, venía y le decía:

—Toma el dinero.

Ella le sacaba provecho. Veníamos al pueblo a comprar lo que quería. Cuando compramos un *piazo* de tierra, le dije:

—Tenemos que sacar dinero del banco, porque no tenemos bastante dinero.

—No te preocupes, que hay aquí dinero —me respondió.

Lo tenía ahorrado.

## SU MUJER COSTURERA

A mi mujer se le daba muy bien coser. Ha cosido mucho y ha ganado muchos billetes de esa manera. Le llevaban vestidos para que los cosiera, trajes que ya venían cortados para que ella los cosiera, y se le daba muy bien, ganaba dinero. Yo de noche tenía a las crías y ella estaba cosiendo y haciendo cosas.

Mi mujer había trabajado en casa de su padre siguiendo y haciendo de todo. Pero desde que nos casamos ya no trabajó en el campo, nos fuimos apañando. Veníamos a la Puebla y ella se llevaba jerseys y trajes para hacer, y ganaba su

dinerico. Por eso digo que estoy contento con ella. Teníamos un “dos caballos”<sup>2</sup> y cuando terminaba de coser lo que se había llevado, me decía:

—Vamos a llevarlo.

Los cargábamos, íbamos al pueblo y se llevaba otro viaje.

## HIJAS Y NIETOS

A los dieciocho meses de casarnos, tuvimos nuestra primera hija<sup>3</sup>. La otra<sup>4</sup> se lleva siete años con ella. La primera nació en el cortijo y la segunda en la Puebla [foto 3].

Mi hija mayor vive en Murcia y la pequeña vive aquí, en la Puebla. La mayor no ha tenido ningún hijo. Yo no me voy a meter en eso. Mi hija pequeña está casada con un albañil. Ella no trabaja. Tiene dos críos, un niño y una niña. Tengo dos nietos, que todos los días vienen aquí a mi casa.

## ALIMENTACIÓN INFANTIL

Cuando una mujer tenía un crío las vecinas iban a verla y le llevaban a lo mejor media libra de chocolate. Si una mujer no tenía pecho, le daban leche de cabra al crío. Ordeñaban la cabra, cocían aquello y con eso lo alimentaban. Con la leche de cabra se criaban muy bien.

## ESCUELA

No fui a la escuela nada. Mis hijas sí. Había escuela y venían aquí a la Puebla, bajaba un coche y venían aquí. Luego ninguna de ellas quiso estudiar. Me habría gustado que alguna estudiara. El capricho de la mayor era ser peluquera. Se fue a Murcia y allí sacó su título y puso una peluquería magnífica. Tiene allí dos mujeres trabajando continuamente, además de ella. Esa gana dinero. No tiene hijos.

## MÉDICO

El médico estaba aquí en la Puebla. Se le daban dos fanegas de trigo al año por si tenías que venir a verlo, o él bajaba al cortijo. Aquí, al pueblo, podías venir las veces que quisieras a visitarlo. Antiguamente se subía a por el médico y se lo bajaba en burra. Echabas dos horas para subirlo y otras dos para bajarlo, cuatro horas. Luego ya empezaron a venir las motos, algún cochecillo y era otra cosa.

## RESPETO

Antiguamente había un respeto y una seriedad con los padres y los abuelos.

2 Citroën 2.

3 Ascensión.

4 Maribel.



3. Bautizo de su segunda hija. Balbino, su mujer (Edita) con su segunda hija (Maribel), su suegra (Javiela), su hija mayor (Ascensión) y su suegro (Manuel).



4. Balbino (arriba en el centro) en la mili en Almería.





# HILARIO MARÍN ROMERO (1928)

Hilario nació el 5 de agosto de 1928 en Puebla de Don Fadrique. Sus padres eran campesinos y tuvieron tres hijos. Él también ha sido labrador. Se casó en 1945 y tuvo cuatro hijos. Ha vivido buena parte de su vida en el cortijo de sus abuelos maternos, en *Porcuna*. Su historia personal está dividida en dos partes. En la primera recuerda episodios en torno a la Guerra Civil y cómo fue la vida en el campo aproximadamente hasta la mitad del siglo XX. La familia de su madre sufrió los abusos de uno de los caciques locales, que intentó apropiarse de su cortijo. Su padre fue encarcelado durante la Guerra Civil y, tras dos fugas, se pasó al bando nacional. El trueque, la caridad, la pobreza y los rituales comunitarios, son algunas de las características que menciona de la posguerra. En la segunda parte comenta los cambios que tuvieron lugar en el modo de vida a partir de los años 60. A mediados de esa década, compró con un primo un tractor y empezó a trabajar por su cuenta en un buen número de fincas. Su situación económica mejoró notablemente. Él no pudo ir a la escuela, pero quería que sus hijos estudiaran. Finalmente, sólo una de sus hijas llegó a realizar estudios universitarios. En sus relatos aparecen muchos de los valores de su generación, desde los cuales no se pueden entender los cambios que se han producido en la forma de vida de las generaciones más jóvenes. Parte de esos valores proceden de la religión católica, de la que es practicante. Cuando se jubiló, le nombraron hermano mayor de la Hermandad del Santísimo.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 5 de agosto de 1928 en la calle Toledo y todavía vivo allí con un hermano en la misma casa. En total fuimos dos hermanos y una hermana, que la pobre murió hace unos años<sup>1</sup>.

### LOS CONFLICTOS DE LA FAMILIA DE SU MADRE CON LOS CACIQUES DEL PUEBLO

Cuando hicieron la carretera de Santiago, cogió muchos kilómetros de las tierras de mi bisabuelo en *Porcuna* y le dieron treinta mil reales —siete mil quinientas pesetas— de indemnización.

El cacique, Don Sebastián Esteller<sup>2</sup>, quería quedarse con el cortijo de mi bisabuelo en *Porcuna*, porque era el mejor que había en todas esas sierras, tenía unas vistas muy buenas. Mi bisabuelo hizo escritura a nombre de los nietos para que no se lo quitaran, porque vio venir la cosa. Esteller mandó a cara descubierta al secretario y a los municipales para robarle los treinta mil reales y sacarle el cortijo.

1 En 1990.

2 “Era yerno de Don Miguel Bañón”.

Mi bisabuela se había ido a *Valdía*, porque iba a dar a luz mi abuela<sup>3</sup> [foto 1] a mi madre —las mujeres parían en los cortijos. Eso fue en diciembre de mil novecientos cuatro. Mi madre nació en *Valdía*. Pero, antes de irse, había metido las monedas que tenían —entonces eran monedas de oro y plata— en un corcho de esos de colmena<sup>4</sup>. Lo metió en el gallinero y le puso paja encima. Las gallinas ponían los huevos encima del dinero.

Mi bisabuelo se quedó en *Porcuna* con la moza, que iba en combinación con los otros. Cuando llegaron, la moza le dijo:

—Salvador —se llamaba así—, la yegua está de parto.

—No, no, no, la yegua no puede estar de parto —le dijo mi abuelo, porque sabía el tiempo que tenía.

—Sí, sí. Levántate, que tal —repitió la moza.

Al levantarse, lo cogió uno. Él tenía mucha fuerza y lo derribó. Pero vino otro y le dio un puntapié en el ojo. Se lo saltaron. Lo sentaron en unas trébedes calientes y le quemaron el culo. Pero los cuartos no se los pudieron llevar, porque mi bisabuelo no sabía dónde estaban.

Luego vino un teniente de la Guardia Civil y empezó a pedirle declaración a mi bisabuelo. Él empezó a darle los nombres de los que conocía —iba hasta un sobrino carnal, que era municipal. Entonces, mi bisabuela —que era muy inteligente— le tiró un repizco y mi abuelo no dijo más nada. El teniente se lió a ver por un lado, por otro, y empezó a coger la hebra. Pero, cómo se vería el teniente, que se dio un tiro también. Se ve que el cacique, así que se lió con él, lo acorraló y se mató. Y ya se entibió aquello y se fue quedando.

Más adelante, el mismo cacique les puso unos consumos y les embargó las hacinas, la mies que se junta para trillar y todo eso. Mi abuela tenía ya siete hijos. Mi madre fue la quinta. Entoces, mi abuelo, que era guarda de la finca de mi bisabuelo, cogió su carabina y se fue a ver a Sebastián Esteller a *Rosales*, que vivía allí. Cuando llegó, el guarda de *Rosales* le dijo:

—Mire usted, José María, el amo está en Murcia.

—Bueno, yo no tengo prisa. Me voy a quedar aquí hasta que venga de Murcia —le respondió mi abuelo.

Él sabía que estaba allí. Total que al poco tiempo de estar allí esperando, Esteller le dijo al guarda:

—Anda, llámalo.

Mi abuelo pasó —él iba con su carabina, como un guarda— y le dijo:

—Mire, yo tengo siete hijos y no puede hacer que pasen hambre. Antes de que pasen hambre, lo mato a usted ahora mismo y me mato yo. Vamos a morir los dos juntos aquí.

—Hombre, José María, no seas así, tal y cual —le dijo Esteller.

De ahí en adelante lo respetó, le levantó todos aquellos consumos, las cuotas que pagaban, y ya vivieron bien.

3 Antonia Fernández Atienza.

4 Las colmenas de corcho eran cilíndricas, de un metro de altas por cincuenta centímetros de diámetro. Tenían un pequeño agujero en la parte inferior para la entrada y salida de las abejas y unas púas en el centro, que desde el exterior se podían presionar para sujetar los paneles de cera.



Los consumos los llevaba unos años Don Miguel y otros el yerno. Llevaban así el pueblo en común. A lo mejor tenían alcaldes de tapadera, pero ellos eran los que estaban detrás de la cortina, los que llevaban todos los hilos.

Mis otros abuelos, por la parte de mi padre, eran pobrísimos. Vivían en el *Hoyo*, al otro lado del *Cerro del Ángel*. Sin embargo, a ese abuelo lo cogió Don Sebastían y lo hizo rico, que eran todos los “Macheros”. Mi abuelo era hermano de Jesús Machero, el padre de Guillermo Marín. Los levantó para arriba. Entonces, un cacique de esos era... pues ya ves, si sacaban el dinero que querían.

## NO FUE A LA ESCUELA

Yo casi no fui a la escuela. Nos enseñó mi madre. Iba a una escuela que le decían la Elicia, en la calle el Cinto, y entonces vino la Guerra y ya me quedé... Yo no sabía así... Casi todo lo que sé lo he aprendido después, me ha gustado mucho estudiar. En la mili, como sabía poco, estaba siempre en la biblioteca cogiendo libros y estudiando cosas. Tenía tiempo libre. Así aprendí bastante.

## CÓMO QUEMARON LA IGLESIA DE LA PUEBLA

Mi madre<sup>5</sup> [foto 2] se crió en *Porcuna*. Después, ya vino la Guerra. Yo tenía ocho años. Me acuerdo cuando bajaban para abajo todos con escopetas, con sables... Yo vi cómo quemaban la iglesia. La quemaron el 21 de mayo del treinta y seis. Mi tía me recogió. Me vio y dijo: “A éste lo matan”.

Aquel día no hice la primera comunión, porque tenía una hermana que le llevaba quince meses y mi madre quería que hiciéramos la comunión los dos juntos. Yo estaba ya preparado para hacerla, pero mi hermana no pudo porque tenía una pulmonía —entonces le decían dolor de costado. Ya la tuve que hacer después de terminarse la Guerra. Ese día estaban en la iglesia cuando empezaron a pegarle fuego. Tuvieron que salir huyendo por la sacristía a los corrales aquellos.

## LA GUERRA CIVIL

Cuando empezó la Guerra, vinieron a bombardear y tuvimos que ir a escondernos. Cuando bajamos, ya nos habían robado la casa y todo. Vivíamos aquí en el pueblo, en la calle Toledo, pero tuvimos que irnos al cortijo. Allí nos lo quitaron todo. Fueron colectivistas de esos que les daban la tierra y nosotros estábamos sin nada. Nos dejaron un pedacillo de tierra. Me acuerdo que teníamos cinco gallinas y fueron los caballistas con las escopetas y las mataron. No teníamos nada más que los huevos esos para comer y las mataron. Tenía ocho años.

Yo veo lo que dicen de Franco, que fue tan malo, y digo: “¡Madre mía!, si no llega a venir Franco, ¿qué hubiera sido de nosotros? Si nos lo quitaron

5 Julia Romero Fernández.

todo, y no éramos ricos, éramos trabajadores nada más”. Para mí, Franco fue una salvación y los otros una ruina. Aquella gente eran unos salvajes. Aquel socialismo era un socialismo muy atrasado. Si hubieran tenido más inteligencia, ni hubiesen quemado la iglesia ni... Además, ganaron las elecciones. Les habrían dado el mando, pero no se esperaron. El alzamiento de Franco fue el 18 de julio y el 21 de mayo, dos meses antes, aquí en la Puebla de Don Fadrique ya habían quemado la iglesia y habían matado a los tíos del Aguirre, habían matado al Guardia Civil —que se llamaba Leonel. A todos esos los habían matado dos meses antes, en un pueblo tan pequeño.

## COMO ENCARCELARON A SU PADRE

Mi padre<sup>6</sup> [foto 3] trabajaba en el campo, era labrador y tenía unas maderas en consorcio con su hermano. El almacén estaba a la orilla del cementerio. Todo eso se lo llevaron y a él lo metieron en la cárcel, uno que le dicen aquí el “Gallito”. El Comité se llevó el carbón y la madera. Para cobrarlo, me acuerdo que sacaban a mi padre de la cárcel para que les dijera los precios.

Mi padre estuvo en la cárcel. No había hecho nada, ni era político, ni metió a nadie en la cárcel después, ni nada. Mi padre era un hombre muy sencillo.

Tenían la cárcel en la plaza Arriba. Ahí me acuerdo yo que bajé una noche. No encontraba a mi madre —yo tenía poco tiempo— y me fui a la cárcel. A brazo partido con el carcelero quería que me metiera donde estaba mi padre, por no estar solo.

Desde aquí se llevaron a mi padre a la cárcel en Huéscar. Estuvieron en la capilla que hay en el lado derecho del altar. Allí dormían mi padre, mi tío y todos los que había. Allí empezó a beber mi padre. Yo le llevaba una botella y los guardias decían:

—¡Eh!, tanta bebida, y tal ...

Se bebió una botella de anís de ese que había, matarratas de ese que decían. Ya ves, mi padre era joven. Tenía entonces treinta y dos o treinta y tres años. Se casó con veinticuatro y nació en mil novecientos cuatro, como mi madre.

## LA FUGA DE SU PADRE

A mi padre se lo llevaron a la Guerra. Fue a Murcia y allí se bajó de un camión de esos que llevaban al frente y se volvió. Se lo trajo uno que le decían el tío “Rufo”, el amo del *Copo*. Vinieron los dos con una burra. Al llegar a Almaciles, ya no pudieron llegar aquí y le dijo:

—Vamos aquí.

Durmió con un cura que le decían el Pavero. Estaba escondido en un agujero, debajo de unos ladrillos, para que no lo mataran. Allí se metió también mi padre.

---

6 Adolfo Marín Sánchez.



1. Abuela materna: Antonia Fernández Atienza.



2. Padre: Adolfo Marín Sánchez.



3. Madre: Julia Romero Fernández.

## EL ASESINATO DEL CURA DE ALMACILES

Ya habían matado a otro cura de Almaciles. Lo mataron en el molino de mi tío Antonio. Lo metieron en un saco y se liaron a tiros como si fuera un conejo y a la cuesta abajo. ¡Fíjate! Luego, en el cáliz que tenía el cura los milicianos echaron vino y lo festejaron. Después nos enteramos que habían matado al cura, en palabras de mi abuelo. Mi madre decía:

—Yo creo que es que han matado a alguien. El cáliz este es de algún cura que han matado.

Y era.

## DETENCIÓN Y SEGUNDA FUGA DE SU PADRE

A mi padre lo cogieron, fugado. Lo cazaron y lo encerraron. El jefe de los guardias de asalto que lo cogieron era uno de los que se llevaban maderas y colañas del almacén de mi padre. Todavía le debía un viaje de maderas. Lo llamaron y cuando asomó, dijo:

—¡Madre mía!, Adolfo, si te dejo aquí te fusilan. Mira, te voy a llevar a Almería.

Tenían un Citroën once ligero, de esos que llevaban unas rayas. Lo cogió —pin, pin, pin, pin— y lo llevó a Almería a un campamento de esos que decían de voluntarios, que eran todos cogidos así. En el campamento ese de Viator lo tuvieron bastante tiempo. Después ya salió para la Guerra y, en cuanto se enteró dónde estaban los otros, se fugó otra vez y llegó a los nacionales. Como su quinta no estaba en la mili entonces en el lado de Franco, se fue a Granada.

Nosotros sabíamos que mi padre estaba ya en el otro lado. Nos enteramos. A mi madre le decían:

—¿Dónde está?

Como se fugó, tenía que escribir. Entonces había uno que le decían aquí el “Pintor”, que hacía los matasellos de las cartas con un corcho —los hacía al revés. Cuando escribía mi padre una carta, la metíamos en un sobre, le poníamos el sello y ese lo mataba como si hubiese venido de Málaga, donde había unos frentes. Luego mi madre bajaba la carta al comité y la enseñaba. Entonces, decían:

—Pues sí, está en Málaga.

Y estaba en el otro lado. Se pasó por un sitio que le dicen el cerro Muriano<sup>7</sup> y ya lo tuvieron allí en el campamento. Allí lo avaló Sesinando González, el amo de los cortijos esos que hay ahí. Ese era falangista. Allí llegaban y decían:

—Hay uno de la Puebla.

—¿Cómo se llama?

—Fulano de tal.

—Buena persona. Dadle careo.

A los que no tenían buena ésta, los fusilarían.

7 Córdoba.

## COLECTIVIZACIONES

Nos quitaron la tierra a todos los que la teníamos —que no teníamos ni para nosotros— y se la dieron a los colectivistas para que vivieran el régimen de ellos. Te quitaban las mulas, lo que tuvieras, y lo hacían de ellos.

No llegamos a pasar hambre, pero sí muchas faltas. En la *miaja* que nos dejaron, sembrábamos patatas, *cosuchas* de esas. Y luego nos daban una miaja de trigo. Daban al año cinco fanegas y tres por zagal. Como éramos dos y mi madre —porque mi padre estaba por ahí—, nos pertenecían once fanegas. Si no las recogías, te las daban en el Comité, o sea, te hacían un vale y, el que había tenido más, ibas a su casa y te las tenía que dar. El cabezalero, el jefe de los colectivistas, era un hombre viejo, pero muy buena persona, el tío Gabriel. Él medía el grano y nos lo apuntaba. Me acuerdo que sacamos un *montonzucho* de grano y nos dijo:

—Eso tenéis que limpiarlo. Dadle más pasadas y limpiadlo, que tiene mucha paja, está sucio, no vale.

Por la noche se acostaban todos y entonces nos llevábamos, a lo mejor, la mitad del montón. Me acuerdo que yo no podía con una fanega, pero me echaba un saco, lo llevaba y de seguidas iba otra vez. Cuando fue a otra mañana, ya se había acabado el montón y dijo:

—¿Ves como tenía mucha marranería? Mira como se ha quedado en menos cuando lo habéis limpiado.

Él sabía que nos lo habíamos llevado. Me acuerdo que había uno que le decían Ruperto, al que le sobraba. Fui y me dijo:

—¡Pero si habéis recogido vosotros más que yo!

Se dio cuenta.

Cuando más tarde quisieron meter al tío Gabriel en la cárcel, fue mi padre y dijo:

—No, que este hombre es muy buena persona.

Y no lo metieron.

## EL REGRESO DE SU PADRE

Cuando vino mi padre ya tenía yo once años. Me acuerdo de todo eso. Luego, mi padre en seguida se picó mucho a la bebida y no trabajaba, gastaba más de lo que teníamos. Murió alcoholizado con sesenta y dos años.<sup>8</sup>

## TRUEQUE

Vivíamos del trueque. Yo me acuerdo que bajaba al pueblo con una carga de patatas y me daban los avíos de la matanza. Entonces se tenían muchas gallinas. Bajabas con cuatro o cinco docenas de huevos y comprabas toda la fruta. Todo era así. Dinero manejábamos poco. Todo era fiado. En las tiendas te daban una cosa y tú dabas la otra, y así.

8 En 1966.

## MATANZAS

Las matanzas eran muy buenas. Yo he hecho mucha matanza. Mataba dos, tres, cuatro *chinos*, según. Hacías tus chorizos, todas tus cosas, y ya los colgabas, ponías cada cosa luego en su sitio. Se freía el lomo. Las tajadas de lomo eran para las visitas. Si venía alguno que había que cumplir con él, pues había que sacarle algo bueno. Entonces, en un cortijo de esos siempre acudía gente que tal y tenías que mirar por lo que fuera. La Guardia Civil iba y en seguida les dabas un chorizo y un huevo frito. Tenías que tener cuidado con ellos.

## POBREZA Y CARIDAD

En aquella época había mucha caridad. Me acuerdo que iban a *Porcuna* montones de pobres. Nosotros no recogíamos para comer nada más que patatas, muchas porque era de riego, había mucho agua. Iban allí los pobres, ¡madre mía!, con un nevazo y en cada casa a lo mejor —había allí diez y once casas habitadas— le dábamos a cada uno de los que iban cuatro o cinco patatas. Se bajaban, a lo mejor, cincuenta o sesenta patatas y un haz de leña, y ya mataban el hambre. Cuando abrías la puerta, estaban allí algunos casi descalzos. Encendíamos una lumbre y les decíamos:

—Anda, pasad y calentaos.

Pero, claro, tampoco podías dar mucho porque no tenías y eran muchos los que venían. Nosotros siempre dábamos algo. Mis padres han sido muy caritativos

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili con veintidós años, el día de San José de mil novecientos cincuenta. Serví en Zaragoza, en la misma capital [foto 7].

Cuando llegamos me preguntaron:

—¿De dónde es usted?

—De la Puebla de Don Fadrique —contesté.

—¡De la Puebla de Don Fadrique! —dijo el escribiente que estaba allí.

¡Madre mía!, el primer pueblo que le pegaron fuego a la iglesia —saltó.

—Pero yo no soy de esos —le contesté.

¡Vaya recomendación que llevábamos!

Fuimos varios de aquí. Uno se llamaba José María López Díaz. Era de los *Cortijos Nuevos*. Otro era de la *Sagra*. Me acuerdo de otro que era muy enamorado. Un teniente coronel tenía una hija y siempre iba con ella. Una vez se acercó a la hija del teniente coronel y no sé lo que le diría. Yo pasaba por allí —era cabo— y me dijo:

—Cabo, haga usted un favor, detenga a ese soldado de las polainas inmediatamente.

Salí corriendo y lo cogí. Cuando vi que era él, dije:

— ¡Madre mía!, Ricardo. Me han dicho que te detenga de parte del teniente coronel de zapadores.

Salimos los dos corriendo y el tío detrás. Por poco nos cogen. Salió la vigilancia detrás de nosotros y ya no tuvimos más remedio que meternos en una calle que le decían la calle General Franco, la principal que había en Zaragoza. Nos metimos allí, los coches empezaron a dar frenazos y ya no tuvieron más remedio que parar. Nosotros nos metimos al otro lado, a un sitio que le decían el “Tubo”, que eran unos bares de gente mala, y ya nos escondimos por allí.

Como nosotros éramos de un quince de montaña y él era de zapadores, no nos conocía. Me acuerdo que un día le dije al sargento:

— Mira, me ha pasado esto.

— Pues, anda, que si te ha visto el testigo del quince — que llevábamos un quince en el brazo — es capaz de buscarte entre los cabos.

Cabos estábamos pocos. Había uno que era maestro de escuela, otro era un técnico electricista y el tercero yo. A mí me apuntaron para hacerme cabo. Yo no quería serlo. No fui a la academia. Me apuntaron, pero yo no quise ir. En los exámenes me volvieron a llamar y me presenté. Oye, y todo lo que preguntaron — los ríos, los mares... — lo supe estupendamente. Así empecé.

No pasábamos hambre, pero estaba la cosa muy mal. En los años cincuenta había falta. Veías un jaleo de gente detrás para llevarse los huesos que tirábamos nosotros. Las pobres mujeres casi se prostituían porque les dieran algo. Eso a mí me hacía daño. Yo me enfadaba y, como era cabo, les decía:

— Venga, dale todo lo que hay.

Me fastidiaba que abusaran así.

En aquella época, como estaban las fronteras cerradas, había polvorines por los Pirineos, por Jaca, por Aragües del Puerto, donde íbamos a esquiar. A lo mejor salíamos una quincena y un capitán para ir recorriendo e ir viendo los polvorines que tenían. Allí había siempre guardias, pero nosotros, desde Zaragoza, todos los años dábamos una vuelta a ver cómo estaba todo. En esos viajes corrí todos los Pirineos. La frontera estaba vigilada por este lado de acá y por allá por los franceses. Se pasaban. De mi quinta se fueron muchos a Francia, todos los que tenían los padres allí. De aquí mismo, de la Puebla, se pasaron cinco o seis.

No estuve mucho tiempo en la mili porque me dieron la trimestral. Entonces era año y medio, pero me dieron una trimestral y estuve unos quince meses.

## BAILES

Entonces en los cortijos se hacían bailes e íbamos. A lo mejor, si paría una yegua, hacían un San Antón. Se llevaba una arroba de vino y patatas y se hacía un baile. Entonces había músicos por todos lados. No sabían tocar nada más que cuatro piezas.

Las muchachas iban con sus guardaespaldas, ¡joder! Llevaban todas a su madre, la abuela, la vecina, la otra, tal. Estaba la cosa... Fíjate el cambio tan exagerado que ha dado. Nosotros éramos serios, o sea, nos criaban bien.



4. Hilario y su mujer cuando eran novios



5. Hilario y su esposa Encarnación. 1966.



6. Hilario Marín, 5.08.1928.



## COMO CONOCIÓ A SU MUJER

No he tenido más novia que mi mujer<sup>9</sup> [fotos 4 y 5]. Yo es que no he valido para decirle a una mujer que la quiero, si no la quería. No he valido para eso. Eso de aprovecharse de todo eso así, no. He sido algo corto también. Eso es la vida.

Le llevo a ella siete años. Quería una mujer que fuera... Yo tenía veintitrés años y ella dieciséis. Ella vivía ahí en las Santas, en un cortijo con sus abuelos. Me gustó. Sus abuelos no la dejaban ir a los bailes. No ha tenido tampoco juventud. Un día fuimos a una tejera, a unas cruces de esas que hacían en mayo, y ahí ya empecé a hablar con ella. Me gustó que era de buena familia y no era de esas *locarias*<sup>10</sup> ni nada de eso, y ya empecé a hablar con ella. No estuvimos mucho tiempo de novios, unos quince meses o por ahí, no llegó a los dos años, no. Mi mujer tenía dieciocho años cuando se casó y yo veinticinco.

## BODA

En la boda, entonces, se avisaba al Antonio Navarro, hacía unos bizcochos y unos merengues, dabas cuatro o cinco rejas de esas, y ya estaba. Te regalaban una taza, a lo mejor de esas bastas, *cosuchas* de esas de nada. Me acuerdo que en dinero recogí cinco mil pesetas, y porque los tíos daban a veinte duros y tenía muchos tíos, que si no, no llego a las cinco mil, porque te daban un duro o cosas de esas. Eso fue en el cincuenta y cuatro.

Me acuerdo que ya me había casado, y había uno que se llamaba Hilario, también de *Porcuna*, que era Guardia Civil, y le pusieron en la puerta del ayuntamiento las amonestaciones: “Hilario de *Porcuna*, tal y cual, se casa...”. Algunos me dijeron:

—¿Pero es que te llevaste la novia?, ¿es que no te casaste bien?

—Yo no, hombre. Es que se casa el guardia ese que es también de *Porcuna* —les contesté.

## HIJOS

Mis padres se jubilaron y se bajaron al pueblo y nosotros nos fuimos a *Porcuna* de labradores.

He tenido cuatro hijos. A los diez meses vino la primera hija. Para la segunda se pasaron cuatro años. Ya después vinieron los otros: un hijo y, como entonces no sabíamos guardarnos, asomó otra hija más, y muy contento que estoy.

Yo a mis zagales no les di la libertad que tienen mis nietos. A mis hijos no les he pegado nunca, pero me han respetado mucho. Dicen mis hijos:

—A mamá, que nos pegaba, no la mirábamos por nada. Y a papá, sin pegarnos nunca, el respeto que le hemos tenido.

Mi mujer, cuando hacían cualquier cosa, a lo mejor me decía:

—¡Pégales!

9 Encarnación Sánchez Martínez.

10 Alocadas.

—No, mira, yo no les pego, porque si yo les pego el dolor va a ser para mí, no voy a dormir esta noche. Haz tú lo que quieras o apáñate, yo no les pego.

Lo único que les decía era:

—Esto no se hace.

Y no lo hacían.

En *Porcuna* llegaron a vivir hasta setenta personas. Había muchas familias. Durante algún tiempo, fue un coche a por los zagales para llevarlos a la escuela. Más adelante, la gente se fue yendo a Barcelona, Valencia... para todos lados. Dejó de subir el coche a por zagales y entonces tuvimos que bajarnos al pueblo. Fuimos a ver a la directora del colegio al *Saladillo*, que era de allí, a ver si podía subir el coche al cortijo a recoger a los zagales, pero nos dijo que no. Iba uno que tenía así la boca torcida, que le había dado una patada la burra, un boquitorcida. Le dijo la directora:

—No tuerza usted el bigote, que como no haya veinticinco zagales, no sube el coche.

—Verá usted, si es que me dio una patada una mula —le contestó.

Ya tuvimos que venirnos para abajo. Yo quería que estudiaran. Echaba quince horas de labrar ahí en el *Collado Serrano* y todos esos sitios para que estudiaran todos, pero no han sido muy finos para estudiar. Una es maestra de escuela, está en Ayamonte y los otros han sacado de eso para administrativos. Mis hijos se fueron casando y yéndose por ahí. Una vive en Molina<sup>11</sup>, otra en Aranda del Duero<sup>12</sup>, otra en Ayamonte<sup>13</sup> y mi hijo en Cehegín<sup>14</sup>.

## SU PRIMER COCHE

Antes la vida era distinta. Ahora reconozco que es mejor la vida en todos los particulares. Me acuerdo el primer coche que compré. Se me pinchaban las ruedas en casi todos los viajes de mal que estaba la carretera, toda llena de grava. Ahora lo ves todo asfaltado. Lo compré en el sesenta y ocho: un 4L<sup>15</sup> de segunda mano. Cuando lo compré, la mitad de los vecinos ya no me miraban. Se ve que era la envidia, yo qué sé, encima que los montaba, porque yo he sido siempre abierto para todo. A lo mejor iba al mercado y el coche iba cargado hasta los topes. Antes de eso, compramos un tractor un primo mío y yo para labrar el cortijo. El tractor lo compramos en el sesenta y cinco o por ahí. Me tiraba hasta quince horas de labrar para pagar el tractor. Ganaba dieciocho o veinte duros con el tractor. Aquello era un dineral entonces.

## EL ACCIDENTE CON EL REMOLQUE DEL TRACTOR

Me acuerdo un día que se vinieron veinticinco en el tractor y, cuando iba para arriba, se desenganchó el remolque, y se fue carretera abajo. Yo salí corriendo, y les decía a los que iban:

---

11 Murcia.

12 Burgos.

13 Huelva.

14 Murcia.

15 Renault 4L.

—¡Pisad el freno! —porque llevaba el remolque un freno.

No se lo echaron ni nada. ¡Madre mía!, había allí una cuesta que, si se hubiesen caído en el barranco ese del *Jardín*, se habrían matado la mitad. Total, que tropezó el remolque con un ribazo y salió toda la gente volando. ¡Madre mía!, no pasé yo nada, pasé el susto más grande. Iban dos embarazadas: la hija del mulero, y la hija del pastor, con unas panzas. Y yo era el responsable de todo.

## HONRADEZ EN EL TRABAJO

No me faltaba trabajo. A nadie le he metido ni un cuarto de hora. La conciencia mía no me la he querido ensuciar con nada, con marranerías. Me ha querido mucho la gente por eso. Yo, gracias a Dios, he tenido buena reputación por donde he ido, pero ha sido siempre por la legalidad. Yo he podido hacer dinero ahí, tenía hasta doce fincas, y no le he ocultado una fanega a ningún amo. Las que ha habido, me ha gustado que fueran a verlas. Y soy feliz así, muy querido de mis hijos, de todo el mundo. Tendré algún enemigo, porque todo el mundo tiene alguno, pero yo le digo a todos adiós. Yo no tengo enemigos de esos. Si tengo alguno será de su cuenta, porque yo de mi cuenta no tengo enemigos.

## LA VIDA DE ANTAÑO Y LA DE AHORA: ESCASEZ, AHORRO Y FELICIDAD

Entonces había una feria muy importante, era más importante que la de Huéscar. Venían muchos animales, muchas vacas, mulas, caballerías de esas y cosas de estas voladoras, y ganaban más que ahora. Ahora vienen y no hacen nada. Entonces no había dinero, yo no sé cómo se las apañaban que todo el mundo...

La gente de entonces era más feliz que la de ahora. Ahora es discoteca y bebidas y no hay vida nada más que para cuatro. Entonces la gente era, yo qué sé, más para otro lado para todo, y eran más felices que ahora. No hace mucho oí yo decir que en Guatemala, un zagal con un caramelo era más feliz que aquí uno con una moto. El que lo tiene todo ya está satisfecho y ni respeta padres, ni respeta... Yo creo que la abundancia, vivir muy bien, muy bien, no es muy bueno. Se debe tener una *mijaja* de faltas de algo para poder ahorrar, para poder tener, si no... Ahora no se tiene miedo a nada. Yo tengo nietos y, ¡madre mía!, lo tiran todo. ¡Hostias!, esta gente, cualquier cosa que venga, no tienen de nada. Nosotros éramos tan prevenidos para tener para cualquier cosa, para pasar todos los baches, y ellos lo tiran todo y van al día y de seguidas van a pedir y no les da... Entonces no tenía nadie, pero guardabas y si un día pillaba estrecho, podías salir para adelante. De lo poco que teníamos, guardábamos. Es como se dice: aunque tengas hambre, el que lleva una merienda y la parte, ya tiene para dos veces. Y ahora no. Hay un diferencia muy grande de vida. Los que nos hemos criado de esa manera, no lo comprendemos.



7. Compañía de Hilario en el campamento de San Gregorio, Zaragoza. 19.09.50



8. Hermandad del Santísimo.

## RELIGIÓN

Yo es que he sido religioso de verdad y voy mucho a misa. Me he tirado once años de hermano mayor de la Hermandad del Santísimo<sup>16</sup> [foto 8]. Al jubilarme, me bajé del cortijo y entonces me nombraron hermano mayor. Me jubilé porque tenía la rodilla mal y ya no podía trabajar. Yo era hermano de la Hermandad, porque mi abuelo había sido hermano y mi madre me dijo:

—Tienes que apuntarte a esa hermandad.

Me acuerdo que bajábamos con nieve. Ya después, al ser hermano mayor, esa responsabilidad me fue metiendo más en la religión.

Mis padres han sido católicos. De ahí me viene a mí eso, seguramente. Nosotros no hemos sido de ateos de esos. Hemos creído siempre en Dios. Yo creo que se ve por todos lados la obra de Dios. El que quiere, la ve. Hay gente que no ve nada. A mí me dicen:

—Es que la naturaleza es muy sabia.

¿Y quién le ha dado la sabiduría a la naturaleza? A ver, ¿quién le ha dado esa sabiduría? ¿Todas las cosas esas se van a criar solas? Cuando veo tantísimas personas y animales, todos con unos ojos viendo todo, ¿eso cómo se va a hacer solo? ¿Qué naturaleza va a criar una cosa de esas ni qué nada? No, se ve la obra de Dios. Cualquier bicho, el más simple, te ve con una vista, con esos cristales. Eso son cosas maravillosas. Eso no hay quien lo haga.

Me han tenido once años de hermano mayor. Les he dicho:

—Esto no puede ser. Yo ya no puedo andar.

Porque esta hermandad, cuando muere uno, va a los entierros. Tienes que acompañarlo a su casa y a la iglesia, y yo ya no puedo andar tanto. La hermandad tiene sesenta miembros. Siempre tiene que tener los sesenta en activo, pero algunos se van retirando, se van pasando a socio numerario, que hacen número, pero ya no hacen servicio. A lo mejor, tiene ochenta hermanos.

16 "Se fundó en 1700".



# FIDEL TRISTANTE LÓPEZ (1928)

Fidel nació el 24 de abril de 1928 en el cortijo la *Merced* en una familia de campesinos. Fue el menor de seis hermanos. Uno de ellos murió en el frente durante la Guerra Civil. Su padre también falleció cuando él tenía tres años. No pudo ir a la escuela y comenzó a trabajar muy pronto. De la Guerra y la posguerra recuerda la miseria que había, el racionamiento, el estraperlo, las colectivizaciones, etc. Se libró de tener que hacer el servicio militar por ser hijo de viuda y estar ya casados sus otros hermanos. Él se casó en 1953. Tuvieron una única hija. Después de casarse se fueron a vivir al cortijo el *Portugués*, donde pasaron más de quince años. Trabajó labrando, criando ganado y mulas que luego revendía en las ferias. También trabajó como temporero en Francia recogiendo fruta. Del *Portugués* se trasladaron a vivir a Almaciles, donde compró una casa. Se considera una persona religiosa, pero aclara que esto no quiere decir que le gusten los curas. La historia de Fidel está formada por un conjunto de relatos en torno a episodios y anécdotas de su vida. En cada uno de ellos se aprecian costumbres y valores de la época en que vivió, que aparecen también en los relatos de otras historias personales.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 24 de abril de 1928 en el cortijo de la *Merced*, que está a un kilómetro y medio de Almaciles.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis padres se llamaban Cesáreo y María. Mi padre era labrador y mi madre ama de casa.

Mi padre tuvo seis o siete hermanos. Se les murió la madre muy joven y los crió el padre, que tenía ganado por esos montes. Se peinaban uno al otro y se quitaban los piojos —que entonces había piojos y de todo eso. Tenía solamente una hija. La niña tendría seis o siete años cuando le mordió un perro rabioso. Entonces no había cura.

En la *Merced* vivían mi tío Modesto y mi padre. A unos doscientos metros vivía otro hermano de mi padre, que se llamaba Basilio. Todo eso era de mi abuelo. En *Romeralejo*, que también era de mi abuelo, vivía otro hijo suyo. Allí vivía mi tío. Eran lo menos dieciséis o diecisiete vecinos.

Mi padre murió de cuarenta y un años<sup>1</sup>. Corrí muchos médicos y ninguno sabía lo que tenía. Mi madre se quedó viuda con cuarenta años. Yo tenía tres años cuando murió. El cortijo era de mi padre. Mi madre no tenía la *pobretica* nada, pero era muy apañada.

Nosotros fuimos seis hermanos. Si murió alguno, eso no lo sé yo.

---

1 En 1931.

## EL MANTO

Dicen que nací con manto, que iba liado en una bolsa, y que lloré en el vientre de mi madre antes de nacer. Mi padre decía:

—Se siente de llorar. Se siente de llorar.

Era yo en el vientre de mi madre.

Cuando la Guerra, tenía mi madre el manto, la tripa, en una *bolsica* blanca pequeña. Cuando se fue el último hermano a la Guerra —el más chico de los tres—, decían que aquello llevaba mucha gracia, ¡ay que lástima!, y se lo colgaron. Pero lo mataron en la Guerra.

A mí me seguía mi hermana Amalia. El primero era mi hermano Eladio, después Gregorio y luego Modesto, que fue al que mataron en la Guerra. No nos mandaron ni baja ni nada, pero no apareció. Murió en Castellón de la Plana.

## BAUTIZO

Me bautizaron en la iglesia de San Antonio Abad en Almaciles. Estaría de cura el “Chico”, que lo mataron al *pobretico*. Era muy chico, muy pequeño y muy viejo, Don Adrián.

## SU ABUELO JOSÉ

Mi abuelo vivía en el cortijo. Él tenía su casa y mi padre la suya. Murió con ciento siete años. Le lié muchos cigarros. Le decían el tío José de la *Merced*.

A los ciento cinco años mató una liebre. Era muy cazador —las cosas se hablan claras. Dijo: “Pues voy a llevarle una liebre a mi hijo”.

Entonces estaba el cuartel de la Guardia Civil donde ahora está la panadería. Aquella mañana vino el teniente de Huéscar a pasar la revisión. Era tiempo de veda. Cuando pasó mi abuelo con su liebre por la puerta del cuartel, dijo el teniente:

—Ese señor que va por ahí...

—Ese hombre no, porque mire la edad que tiene —le dijo el comandante de puesto.

El teniente se lo tomó a cachondeo. Total, que tuvieron que sacarle la partida de nacimiento. El teniente lo denunció. Le vino quinientas pesetas para él y la escopeta que él quisiera. Mi abuelo dijo que las quinientas pesetas para el hospicio, que él no las quería, y de la escopeta, que tenía bastante con la suya.

## DÓNDE DORMÍAN

Entonces no era como ahora, que cada persona tiene que tener un dormitorio. Entonces dormíamos en cabeceras, no en camas. Una cabecera era un saco. Las llenaban de lana y las ponían en el suelo. Camas sólo había dos o tres y éramos muchos. Las niñas dormían en un sitio y los niños en otro. Las zagalas dormían en su dormitorio, tenían sus camitas.



## LA PELEA CON SU HERMANA

Yo era el más chico de todos los hermanos. Mi madre no nos consentía a nadie. Una vez me pelee con una hermana mía que era mayor que yo — me lleva cuatro años. Uno estaba llorando por aquí y el otro por allí, cuando se asomó mi madre y dijo:

— ¿Qué ha pasado? ¿Es que os habéis peleado?

— *Mama*, la Amalia que me ha pegado — dije yo.

— Amalia, ven acá — dijo mi madre.

No podíamos correr, teníamos que ir. Había disciplina, aunque era mujer, había disciplina.

— Ven acá Amalia, hija — dijo mi madre.

La Amalia sabía lo que tenía y le soltó unos cuantos gordos. Así que soltó aquello, mi madre nos largó a los dos. Que se pelearan sus hijos era muy malo para ella. No le gustaba.

## NO PUDO IR A LA ESCUELA

Yo no fui a la escuela. No he visto un colegio. Mi padre sabía leer y mis hermanos también. Había ido un maestro a enseñarles al cortijo, un maestro cojo de la Puebla. Se llamaba Antonio e iba con dos muletas. A mí, como era el más chico, me pilló la Guerra y, además, había que trabajar para comer.

## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR

Con nueve años ya estaba labrando con un par de mulas. ¡Qué iba a hacer yo, si se habían llevado a mis hermanos a la Guerra! Entonces, todos los tíos que valían una *miaja* estaban en la Guerra. Teníamos un zagal de aquí del pueblo con un hatajo de ganado. Yo labraba y de noche me iba a dormir con el pastor a lo alto del *Almacilón* o a lo alto de la *Loma rasa*. Cuando terminaba de labrar, iba al cerro a llevarle al pastor la cena. No había tantas meriendas como ahora. Nosotros matábamos en el cortijo unos *chinos*, pero de galguerías nada. No comíamos nada más que migas y ajo de harina.

## LA GUERRA CIVIL

Se llevaron a mis tres hermanos a la Guerra, uno de detrás del otro, con dieciocho años el más chico. Se llevaron primero a Gregorio y a Eladio. El viejo estuvo mucho tiempo fugado en la sierra, porque se vino de la mili con un cura a mi cortijo. Les llevé muchas veces comida a la sierra. Todos los guardias civiles eran milicianos. Eran de la Puebla. El tío “Gallito” viejo era uno de ellos. Venían con unos caballos igual que la Guardia Civil. ¡Cuántas veces me levanté a medianoche, porque llegaban y daban porrazos en la puerta! Venían a hincharse de comer huevos. Tenía mi madre una manada de gallinas grande y, claro, tenía su cesto de huevos, no para comérselos, para venderlos. Llegaban, tocaban a la puerta y, como no había más hombre allí en el cortijo que yo, me levantaba y les abría.

Decían:

—Ya sabes, niño.

Se liaban y echaban ocho o diez huevos alrededor de la lumbre, alrededor de las brasas. En cuanto se liaban a echar gotas de agua, estaban asados. Entonces se los comían allí mismo.

Nos quitaban todos los días dos o tres ovejas para comérselas, para matarlas en el matadero. Teníamos yeguas y se las llevaron los milicianos también. Teníamos una yegua de capricho —para criar mulas, pero de capricho— y a los milicianos les gustó la yegua —estaba muy gorda y muy hermosa, alazana, roja roja, con toda la cara blanca y era una prenda. Dijeron que se la llevaban —uno que le decían el “Moreno”— y se llevaron la yegua. A los tres días volvió a mi casa la yegua. Venía la pobre pasada. Miliciano que se montaba en ella, miliciano que iba al suelo. En aquella no podía montar nada más que yo. Nos poníamos todos mis hermanos en fila y volvía la cabeza como no fuera yo o alguna de mis hermanas. No se podía montar nadie. Cosas de animales.

## LAS COLECTIVIDADES

Un año de aquellos fue muy malo. Tenía mi madre un hatajo de ovejas y se morían de hambre, porque no había caído ni gota. Las llevamos a la *Canaleja* de Pascual Cruz. Fue mi madre a Doña María Méndez, llevamos el ganado allí y nos dieron nuestra casa. ¡Allí había un tío más malo! Contaba los huevos de las gallinas y todo. ¡Madre mía de mi alma! Doña María tenía tres o cuatro hijas y un hijo que se llamaba Dieguito. El cabezalero lo mandaba con una manada de *chinos* a guardarlos, al hijo del amo del cortijo. Allí teníamos que estar todos a las órdenes del cabezalero. Ellos eran los amos, los que mandaban. Ocho o diez días después de que se terminó la Guerra, el cabezalero desapareció. Se vistió y se fue. Si lo llegan a coger, lo matan.

## LOS REYES MAGOS

Yo tenía nueve años. Era la víspera de Reyes y la María, la mujer de José Antonio, me dijo:

—Pastorcillo, deja las esparteñillas —llevábamos esparteñas, que nos duraban un día— en el balcón, que van a venir los Reyes.

A otra mañana, cuando me levanté, tenía las esparteñas llenas de caramelos. ¡Madre mía!, vi a Dios. Aquello no lo sabía. Esa fue la primera vez que yo me enteré de los Reyes. ¡Para Reyes estábamos!

## EL ACEITE DE ESTRAPERLO

Había aceiteros que iban a Pontones a por aceite, que era donde había más. Como los guardias civiles les quitaban los aceites y los denunciaban, dejaban en mi cortijo el aceite de noche y a otro día iban, lo cargaban y se lo llevaban.

## LA TASACIÓN DEL GRANO

Recogíamos, a lo mejor, doscientas fanegas, venían, las requisaban y no nos daban nada. El “Barbas tristes” era el que echaba los cupos. Todos los labradores teníamos un C1, una carta. Teníamos que llevar obligados el grano a la ermita de las Santas y a la casa de Don Fidel González, y nos lo pagaban a precio tasado. Si no lo hacías, ibas a la cárcel. Eso fue cuando la Guerra y después.

## MISERIA

Se pasó mucha miseria. Los pobres no se quitaban de la puerta. Se quitaba uno y se ponía otro. Era raro que no fueran a mi cortijo todos los días de la Puebla y de Almaciles tres o cuatro pidiendo. Me acuerdo un día que hubo un nevazo gordo y mi madre hizo sus migas y apartó una buena sartén de migas para terminarlas de hacer a otra mañana y que comiera el pastor antes de irse con el ganado. Me asomé y dije:

—*Mama*, viene por ahí un hombre que no puede tirar.

Se llamaba José el “Peludo”. Me parece que tenía cinco o seis hijas. Entró y dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —le contestamos.

Venía muerto.

—¿Dónde vas, Josico? —le preguntó mi madre.

—María, ¿adónde voy a ir? Que no cenaron anoche mis hijas, ni han almorzado esta mañana.

—Si tú sabes que yo no tengo —le dijo mi madre.

—Pues sí hija, pero...

—¿Quieres que te caliente una sartén de migas, que he dejado para el pastor para mañana?

—¡Qué me las vas a calentar! ¡Dámelas!

En cuanto se comió cuatro cucharadas de migas, se quedó muerto. Luego revivió, pero se quedó *enmallado*. Al entrarle algo al estómago se quedó muerto. Nos pegó un susto de Dios padre. Se comió las migas y, cuando el hombre se restableció, dijo:

—Llevo tres días sin catar bocado.

No había estado sin comer una noche, sino tres días. Si cogía algo, se lo daba a sus hijas. Se comió las migas, le dieron una *bolsica* de harina y se fue el pobre loco perdido. ¡Miseria!, ¡miseria!

¡Había unas piojeras! En el pueblo daba miedo. Nosotros en los cortijos vivíamos de otra forma diferente, pero venías al pueblo y había unas piojeras. Era de lo que comían. En la cañada que hay cerca de Almaciles se criaban muchos cardos de olla y tobas, y no los dejaban salir. En cuanto estaban naciendo, ya los estaban cogiendo para comérselos. ¡Miseria!, ¡hambre viva! Era muy triste. Había gente que recogía las cáscaras de una naranja para comérselas. Eso lo he visto yo.

## EL TÍO RAMÓN

Aquí, el más rico del pueblo era el tío Ramón de Marco. Don Sebastián Esteller era el amo de la Puebla y el tío Ramón era el amo de Almaciles. Era una excelente persona. Nosotros teníamos un cortijo de renta, que se llamaba el *Portugués*, y el tío iba todas las tardes con su garrotica a dar vueltas por ahí. El tío Ramón tenía aquello todo perfecto: iba un mulo con un volquete apañando caminos, acequias, aguas, todo.

## DIVERSIÓN

Nos divertíamos mucho, pero a la buena armonía. Nos juntábamos, íbamos a los cortijos y formábamos bailes, pero no como ahora. Teníamos que ir andando. Allí hacíamos una cuerva. Nos divertíamos, pero con buena fe, no con las malas que hay hoy. Nos tirábamos las noches enteras bailando. Estaba el tío José Tomás, que era una filigrana para tocar. Había un barbero en Almaciles que tenía las manos sanas para tocar, muy sanas, muy sanas. Para eso yo no era muy bueno. A mí me gustaba bailar.

## LA PASCUA

En Almaciles lo que más se celebraba era la Pascua. Había una hermandad de ánimas que iba pidiendo por los cortijos. El día de los inocentes había baile en la plaza. Sacaban perras y se divertían.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

Yo tuve pocas novias. Tuve una novia en Cañada de la Cruz que me gustaba. Era muy apañadica. Yo, malo, no he sido. La pobre me quería mucho y a mí me gustaba. Pero a mi tío de *Romeralejo* no le cuadraba, y yo lo respetaba. Me cogió una noche y me dijo:

—Nene, esta mujer no me gusta para ti y se ha terminado.

Un día, un amigo mío que se llamaba José quería hablar con una de Almaciles que se llamaba Sole. Mi mujer iba con ella. Entonces un hombre no podía hablar con una mujer sola. Tenía que ir la pareja o la madre. Me dijo mi amigo:

—Vente conmigo. Te tienes que venir conmigo.

Total, que me fui con él. Pero mi mujer no quería cuentas conmigo. Dije: “Me cago en la madre que la parió, el demonio. Tú te vas a reír de mí. Tú vas a ganar. Pues tengo yo que ganar”. Y gané yo. Yo tenía quince o dieciséis años y ella uno menos. Vivíamos a medio kilómetro uno del otro. Yo vivía en la *Merced* y ella en la *Molata*. Yo pasaba por allí.

Entonces se vino a Almaciles a enseñar, porque sabía bordar muy bien. Yo tenía otra novia en Almaciles, pero mi mujer no lo sabía. Fue a que la enseñara a bordar. Dije: “¿Y ahora qué?” Me despacharon las dos. Pues, bueno, me eché otra. Esta sí me la dio. Un día del Señor iba hablando con ella y me dice sin más ni menos:

—Vete de mi lado, que no te quiero.

Yo me lo tomé a broma. Me dijo:

—¿Es que lo has tomado a broma? Cuando pase por mi puerta, me meto en la casa.

—¡Ah!, pues no —le contesté.

Eché mano a mi bolsillo y le dije:

—Toma, señorita. Salud y suerte.

Aquella si me la dio bien dada, no lo niego.

Al poco tiempo, mi mujer se fue a su cortijo. Una tarde dije: “Tengo que verla” —a la que había enseñado a coser mi mujer. Me fui a Almaciles. Estábamos de bromas en su puerta, cuando asomó el hermano de mi mujer. Enseguida le llevó el parte a mi mujer. Nos veíamos a menudo. Íbamos todos a la fuente a por el agua para beber y ella también iba a lavar. Un día le dije:

—¿Qué?

—¡Anda, ya! —me contestó mi mujer.

—Ya te han ido con el cante. Eso es broma —le dije.

—¿Para qué lo niegas? —me dijo.

—Si era una broma —le repetí.

A otro día le dije:

—Tendré que ir por el cortijo a dar una vuelta.

—Tu tienes...

Fui y, ¡me *cachis* en la pena!, cuando estábamos allí, asomó la madre de la de aquí y otra, que iban a hacerles una visita. Yo estaba allí hablando con ella en la puerta del cortijo, que hay una carrasca muy grande. Ya tuve que hacerme el tonto y no me torcí más, fui recto, porque si no...

## CÓMO SE LIBRÓ DE LA MILI

No fui a la mili. Me libré por ser hijo de viuda. Mis hermanos estaban ya casados todos. El mayor de todos, que se llamaba Eladio, estaba viudo, pero tenía dos hijas. Yo quería librarme porque, si no, la finca se habría quedado perdida al no haber habido nadie que la hiciera.

El “Barbas tristes” era el oficial de quintas. Fui y me dijo:

—¿Qué tienes que alegrar?

—Que soy hijo de viuda —le dije.

—No, pero está tu hermano viudo —me replicó.

—Mi hermano tiene que dar de comer a dos hijos —le contesté.

Entonces fui y le dije a mi hermano:

—Cásate con la mujer que tienes.

No quería casarse. Estaban viviendo juntos, pero no quería casarse. Le dije:

—Nene, cástate, que si no tengo que ir a la mili y todo este apero va a hacer puñetas.

A los pocos días vino mi hermano. Como estaba de guarda jurado con Santos, y como entonces los ricos eran ricos, nos llegamos a la Puebla y fuimos a casa de Jesús el “Machero”, a ver si podía hacer algo:

—Jesús, pasa esto —le dijimos.

—Yo de eso no te puedo decir nada, pero nos vamos a enterar. Cuando cierre el ayuntamiento, vamos a ver a Ginés —el jefe del ayuntamiento—y verás cómo nos lo dice.

Fuimos y le dijo:

—Ginés, el hermano de mi guarda entra en quintas y pasa esto y esto y esto.

Me preguntó:

—¿Tu madre qué tiene?

—Mi madre, nada. Nosotros tenemos una finca, pero era de mi padre —le contesté.

—¿Tu madre no reza en nada? —me volvió a preguntar.

—No, señor. Todos esos papeles eran de padre. Una casa que tenía en el *Romeralejo*, donde se crió ella, la vendieron —le contesté.

—Pues cuando vengas a medirme, estaré yo allí. Cuando te pregunten, tú dices: “soy hijo de viuda pobre”, bien alto para que yo lo sienta, que estaré allí. Y ten cuidado con Jesús —el “Barbas tristes”.

## BODA

Me casé el día veintinueve de mayo de 1953, en la iglesia de Almaciles. Yo tenía veinticinco años.

La boca fue chica, no como ahora. Cogimos un camión para llevar a la gente al cortijo. Entonces las bodas eran carne —se mataban dos o tres pavos—, dulces, mistela y a *chisparse*<sup>2</sup> todo el mundo —*chisperas* legítimas. Hacían mistela casera. La guisandera le echaba una *miajica* de aguardiente más de la cuenta a la mistela y la gente, como estaba tan dulce y tan buena, se *chispaba*.

Los padrinos fueron mi hermana y su marido. Entonces, los padrinos tenían que ser por la parte del novio.

La primera noche la pasamos en el cortijo de ella. Entonces no había viajes de novios. A los pocos días cogí una hoz y nos tiramos treinta días segando. Esa fue la luna de miel.

El capricho de mi suegro era que cada hijo que se casaba, pasara un año en su casa dándole él de comer. Pero yo le dije que no quería. Él tenía un *cortijillo*, el *Portugués*. Era muy pequeño. Lo arreglaron y nos fuimos a vivir allí. A los dos años o por ahí, me dijo mi suegro:

—¿Quieres hacerte una casa aquí?

—Sí —le contesté.

Allí me hice mi casica.

## HIJA

A los nueve meses de estar casados, vino la única hija que hemos tenido. Nació el primero de marzo de 1954. Yo quería un zagal. Tonterías que tiene uno.

---

2 Emborracharse.

## LA CRÍA Y VENTA DE MULETOS

Hemos padecido mucho. Yo tenía cinco mulas en mi casa. Íbamos y las comprábamos chicas. Así que tenían tres o cuatro años, las llevábamos a la feria para venderlas y comprar otras chicas para criar. He estado en Cúllar y en Puerto Lumbreras<sup>3</sup>, que eran las dos ferias más importantes de por aquí. Teníamos que ir de aquí a Puerto Lumbreras, andando con un par de mulas. Íbamos con los ramales cogidos. No te podías montar porque se calentaban y se ponía feo el pelo de las mulas.

## RECOGIENDO FRUTA EN FRANCIA

También fui a Francia. Allí nos tiramos dos meses o tres en la poma, mi mujer en la fábrica, en el almacén, y yo en el campo.

## LA COMPRA DE LA CASA DE ALMACILES

En el *Portugués* estuve lo menos catorce o quince años. Hice una casa allí y vivimos en ella hasta que mi hija se empeñó que comprara una casa en Almaciles y compré la que tengo ahora. Un día me dijo:

—*Papa*, tienes que comprar una casa en Almaciles.

—Pues sabes que venden la de la Telesfora —le comenté.

—Pues la tienes que comprar.

El ama de esta casa era prima hermana de mi suegra. Vine y le pregunté:

—¿Vendes la casa?

—Sí —me contestó.

—¿Cuánto te tengo que dar por ella?

—Me tienes que dar treinta mil duros.

—Pero, ¡tú estás loca! ¿Dónde tengo yo treinta mil duros para darte a ti por la casa? —le dije.

Acudió mi vecino, que era barbero, Domingo, y me dijo:

—Me vas a echar de la casa.

—Yo no, yo me quedo en mi cortijo.

Total, que me dijo la señora:

—Cuando venga mi Estebicas —un sobrino suyo que era abogado— hacemos las escrituras.

Pero, ¡lechés!, a los dos o tres días asomó uno de Francia, se tropezó con la dueña y le dijo:

—Oye, ¿es verdad que vendéis la casa?

—Sí.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Treinta mil duros.

—Pues es mía.

Y me quedé sin casa.

3 Murcia.

A los dos años, había unos hombres cortando pinos en el cortijo y me dijo uno que le decían Esteban:

—¿No te quedaste con ganas de la casa de la Telesfora?

—Sí —le contesté.

—Pues la vende el que la compró. Vente por allí esta noche, que el hermano vende la casa.

—No, no le doy rumbo a esto ya —le dije:

Entonces vine una tarde con mis *ovejunchas* a Almaciles y hablé con su suegra, que se llamaba Eloncia y me llevaba muy bien. Le dije:

—Eloncia, ¿es verdad que vende tu yerno la casa?

—Hijo, pues sí. ¿Es que la quieres? —me preguntó.

—Hombre, ¡pues claro que la quiero!

—Vete tranquilo a tu casa que, si se vende la casa, antes que tú no la va a tratar nadie.

Al poco tiempo vino el yerno. Metí mi ganado en el sestero, me eché diez mil duros en mi bolsillo y me presenté en la casa. Cuando llegué, estaba acostado. Le pregunté a la suegra.

—Eloncia, ¿qué?

—Sí, la vende, sí —me dijo.

Cuando salió el yerno, le dije:

—Bueno, Modesto, ¿me vendes la casa?

—Pues sí.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—Me costó treinta. Me tienes que dar treinta y dos mil duros.

—¿No te has pasado, hijo? Anda, quítale algo —le dije.

—Bueno, pues dame treinta y uno por los réditos del dinero.

—Toma, diez mil duros en señal y cuando quieras vamos a hacer la escritura.

Por eso la compré de segundas, que el primer porrazo se me fue.

## RELIGIÓN

La religión me ha gustado y me gusta. Ahora bien, los curas no me gustan. Yo creo que debe de haber un algo. A nosotros nos enseñó mi madre. Cuando podía nos llevaba a misa, porque no se podía como ahora, el trabajo estaba siempre por cabecera.







# JOSEFINA NAVARRO REINA (1929)

Josefina nació en Puebla de Don Fadrique el 18 de febrero de 1929. Su padre era herrero, igual que uno de sus tíos y, más tarde, un sobrino. Toda la familia ayudaba en la fragua. Aunque fue a la escuela de niña, se sentía más atraída por la costura y las labores de la casa que por las lecciones que le hacían aprender de memoria. Durante la Guerra Civil encarcelaron a su padre. La posguerra evoca en su memoria el hambre y el racionamiento. Después de la Guerra su hermano Francisco continuó trabajando en la fragua, sus otros dos hermanos encontraron empleo en un taller mecánico y en correos. Su hermana Piedad montó un taller de costura y bordado, y ella le ayudaba. Su padre y su madre eran ambos religiosos. De su padre comenta que no las dejaba salir a ella ni a su hermana, por riesgo a que perdiesen la honra. Conoció a su marido en la romería de las Santas y estuvieron varios años de novios. Se casó con 25 años. Su marido había empezado a trabajar en una empresa estatal dedicada a la realización de prospecciones y sondeos de pozos de agua. A partir de entonces, comenzó una vida itinerante que la llevó a recorrer numerosos puntos del país acompañando a su marido en sus desplazamientos por motivo de su trabajo. Vivió en Málaga, Sevilla, Cádiz, Jaén, Almería, Alicante, Valencia, Tarragona, Murcia... Tuvo un hijo y una hija, que nacieron ambos en Puebla de Don Fadrique. Su tercer y último embarazo concluyó con un aborto. Finalmente compraron un piso en Caravaca de la Cruz, Murcia, y establecieron allí su residencia. Su marido continuó todavía algún tiempo viajando hasta que se jubiló. Su hijo se casó y se quedó a vivir también en esa localidad. Su hija se casó en Puebla de Don Fadrique y vive en la casa que Josefina y su marido compraron a los pocos años de su boda. Cuando compraron un coche, sus desplazamientos entre los dos pueblos se hicieron más habituales. Su marido falleció en 1997 y ella se fue a vivir con su hija, aunque va a menudo a Caravaca a visitar a su otro hijo y a sus nietos. Le gusta tocar el acordeón, algo que aprendió de manera autodidacta. Las historias que cuenta Josefina muestran las relaciones entre los géneros en esa época, los valores asociados a las mismas y los mecanismos de control social que las sustentaban —muy parecidos a los expuestos por Pitt-Rivers en su clásica monografía sobre Grazalema.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 18 de febrero del veintinueve en la Puebla, en la calle Huéscar. Tengo setenta y siete años. Me bautizó Don Manuel.

### FAMILIA DE ORIGEN

No conocí a ninguno de mis abuelos. Los padres de mi padre se murieron jóvenes y él se quedó solo. Mi padre era familia de los “Cabestros”. Se llamaba Rosendo Navarro [foto 1], como mi sobrino. Le decían el “Chimeneas”. Era de

aquí de la Puebla. Tenía un taller, una fragua. Los aserradores lo querían mucho, porque venían y él les daba las hachas y todas sus cosas sin dinero. Luego venían y le pagaban. Tenía un sello que le ponía a las hachas. El sello ahora lo tiene mi sobrino. Se lo pone a las barandas y a todas las cosas que hace.

Mi madre se llamaba Julia Reina Fernández [foto 2]. También era de aquí. Era familia de los “Pichones”. Mi madre y su hermana perdieron a su padre y se quedaron con los abuelos. Mi tía Amparo<sup>1</sup> se fue a *Casa Blanca* y mi madre se quedó cuidando los viejos. En fin, cada una en un sitio.

Somos cinco hermanos: tres varones<sup>2</sup>, mi Piedad y yo. Mi hermano Francisco me llevaba catorce años<sup>3</sup>. Mi Piedad me lleva once años<sup>4</sup>. Yo soy la más chica. Me tenían muy consentida.

Mi madre se compró una máquina de coser Singer y nos hacía la ropica a todos nosotros. Ahora la tengo yo en Caravaca. Como yo era la más chica, me dieron a mí la máquina. Con las agujas de gancho me hizo a mí una vez un vestido de lana bien bonito.

## LA FRAGUA DE SU PADRE

La fragua tenía su yunque y su lumbre. Sacaban el hierro hecho ascuas. Había unos fuelles para darle aire a lo que ponían en el fuego y que saliera el hierro. Otras veces ponían unos aros, las ruedas de los carros de antes. Ahora todo el mundo tiene coche, pero antes tenían carros y les ponían las ruedas. Eso se hacía en medio de la calle. Se juntaban el carpintero y el herrero para poner las ruedas. Ponían las ruedas y luego sacaban los aros hechos ascuas y se los ponían. En la fragua hemos trabajado todo Cristo.

## LA VIVIENDA DE SUS PADRES

Mi casa era humilde. Abajo estaba la cocina, donde se hacía de comer, y una habitación. Arriba había una sala, que es donde cosía mi Piedad, y un dormitorio, donde dormían mis padres. En la sala teníamos otra cama. En las cámaras, que eran grandes, había otras dos camas para mis tres hermanos.

## LA ESCUELA

Mi madre no sabía leer. Por eso, lo primero que hizo fue mandarnos a nosotros a la escuela. A mí no me gustaba mucho la escuela. Yo sé para mi gasto, por supuesto. Ahora mismo voy a misa y me dice la monja que lea, y no leo porque me pongo nerviosa. Yo sé para leer en mi casa.

La maestra donde iba la tercera, que me acuerdo mejor, se llamaba Doña Concha. Vivía ahí, donde tiene ahora el Aguirre las neveras. Doña Irene, que ya era la última, vivía en la casa de Pepe Torres. Me acuerdo de esas: Doña Concha y Doña Irene.

1 Amparo Reina Fernández, suegra de Carmen Martínez Martínez. La historia personal de Carmen Martínez Martínez (1926) también está incluida en este libro

2 Francisco, Cecilio y Bernardo Crispiniano. La historia personal de Bernardo Crispiniano Navarro Reina (1922) también está incluida en este libro.

3 Nació en 1915.

4 Nació en 1918.

Lo peor eran las lecciones de memoria. Eso era muy fuerte. Ahora veo yo a mis nietos, que se lo tienen que aprender. ¡Madre mía de mi vida! ¡Por Dios! Me gustaba más el trajín de la casa que la escuela. Le ayudaba a mi Piedad a coser y a bordar, eso me gustaba más. No me gustaba la escuela, sin embargo, me he cosido mi ropa, que también tiene su mérito.

La *Enciclopedia*<sup>5</sup> era un libro muy bueno que entonces se aprendía. También teníamos *La Juanita*<sup>6</sup>, un libro que era muy apañado.

Fui a la escuela hasta los doce o trece años.

## LA CATEQUESIS Y LAS RIFAS

Íbamos a la catequesis, a la doctrina. Hacían rifas, de eso me acuerdo yo, de la catequesis en la iglesia. Una vez me tocó a mí una bufanda y a Antonio el confitero, le tocó una muñeca, y cambiamos. Siempre que me ve, me dice:

—¿Te acuerdas cuando cambiamos? ¿Te acuerdas cuando cambiamos?  
¡Digo!, yo le di la bufanda y él me dio mi muñeca. ¡Ya ves!

## RECUERDOS DE LA GUERRA

De lo que me acuerdo un poquitín, es de la Guerra. Cuando vinieron las bombas nos fuimos huyendo. Me acuerdo que mi hermano mayor, Francisco<sup>7</sup>, me llevaba en *coscoletas*<sup>8</sup>. Yo era la más chica. Nos fuimos al *Cerro el Cántaro*, que mi padre tenía confianza allí con los dueños de aquello. Allí dormimos dos o tres noches. Ya nos tuvimos que venir a echarle de comer a los marranos de la matanza. Veníamos por el prado —de eso me acuerdo perfectamente—, paró un camión que iba lleno de tíos y, ¡madre mía!, se tiraron como fieras para registrar a mi padre y a mi madre. Yo me asusté y empecé a llorar. Dijo el conductor:

—Como no os montéis en el camión, os dejo en tierra, que mira la cría como llora.

De eso me acuerdo como si fuera ahora mismo. Se subieron y nosotros nos fuimos para nuestra casa.

Las guerras tienen *mala follá*. A mi padre lo metieron muchas veces en la cárcel. Él no estaba en la política. Nada más que tenía su oficio, y lo mismo iba el señorito a que le hiciera una cosa, que los otros. Mi padre, como trabajaba allí, tenía que tener buenas maneras para que la gente no se disgustara.

Las guerras son para pasar hambre. Entonces pasó mucha gente hambre, y más cuando pasó la Guerra. Con el racionamiento había que hacer colas para comprar. El pan estaba racionado también, lo daban por ración. Teníamos una cartilla para comprar cosas para comer. Me acuerdo que mi padre tenía un poco de dinero y no le valió. Todo eso trae la guerra.

5 Dalmau Carles, José. *Enciclopedia cíclico pedagógica*. Madrid: Dalmau Carles S.A., 1936.

6 Calleja Fernández, Saturnino. *La buena Juanita. Segunda parte de Lecciones de una madre*. Madrid: Editorial Saturnino Calleja, 1910. Método declarado de utilidad para escuelas por el Consejo de Instrucción Pública. Edición facsímil en la Editorial Edaf, 1998.

7 Marido de Maravillas López Róman, cuya historia personal también aparece en este libro.

8 A hombros.

Mi Francisco estuvo en la Guerra. Estuvo en Arganda del Rey, por Madrid. Mi padre fue a verlo. Fueron mi padre, un “Chanarro” —que tenía allí otro hermano— y un “Tudela”. Mi hermano no sabía dónde meterlos para que durmieran. Estaba allí de soldado. Como él tenía su oficio<sup>9</sup>, no fue a las trincheras y todo eso. Cuando volvió de la Guerra estuvo trabajando en la fragua. Mi Cecilio se colocó en un taller de mecánico y mi Crispiniano se fue a correos.

## CONTROL PATERNO

Mi padre, para eso de dejarme... Tenía que salir a escondidas. Al venir las luces tenía que estar en la casa.

Me acuerdo una noche que hubo un baile en la calle y fue mi hermana. Mi padre se acostaba muy temprano. Mi madre me decía:

—A ver si se viene ya la Piedad.

Y venga.

Hasta que ya dijo:

—Me voy a acostar y en seguida os venís para acá las dos.

Nos dejó la puerta de la bodega abierta. Bueno, al rato se levantó mi madre a ver si habíamos venido ya. Nos juntamos en la bodega. Nos había echado el pestillo y no podíamos pasar para adentro. Cuando nos vio allí, nos meábamos las tres de risa, pero sin dar voces para que no nos pillara mi padre. A mí no me dejaban.

Decía mi padre: “La mujer es como la ropa blanca, que le cae una *miaja* mancha y se le quita la gracia”. Oye, y es verdad. Pero así estaba la cosa, que no podías salir.

## CARNAVALES

Yo me vestía en los carnavales con máscara y salía, pero a la hora tenía que volver a mi casa. Me gustaba vestirme con máscara. Yo no me metía con nadie. Iban y decían:

—Esta la conozco yo.

Pero yo daba media vuelta y me iba.

Una vez me tiraron un petardo en la cara. Perico me conoció y vio que se tiraron los civiles y todos a destapar la máscara. Así que dijo:

—¿Pero qué hacen con la máscara?

—Que le han tirado un petardo. ¿Y si le han dado en el ojo? —le contestaron.

—¿Pero aquí en medio de la calle la van a destapar? —les dijo él.

Entonces me entraron a la posada de la plaza y allí me destaparon.

Luego mi padre decía:

—Han tenido un trajín con una máscara.

Y yo allí muy callada.

## RESPECTO AL PADRE

Antes parece que nos respetábamos más. Yo le tenía respeto a mi padre, pero a mí nunca me puso la mano encima. Y lo mismo con mis hermanos. Yo no he visto a mi padre pegarnos a mis hermanos o a mí.

Bueno, una vez me dijo, porque salíamos de la novena tarde:

—Te voy a dar un puñetazo, que vas a aborrecer la iglesia.

Pero cuando dijo “te voy a dar” ya me había dado. Porque salíamos tarde de la novena, y salíamos más temprano que ahora, que salimos a las ocho y pico. Entonces era así la vida. Eso de salir ahora tan tarde la juventud, por eso pasan cosas. Antes también pasaban. Ahora hay más accidentes con los coches. Antes, con los novios, se escuchaba: “Fulana ha tenido un crío”. Antes, eso de tener el crío era grave. ¡Madre mía! Y mal hecho, porque a la que le pase una cosa así, debes de ampararla.

## RELIGIÓN

A mi madre le gustaba la iglesia. Ella iba a su misa. Tenía sus cuadros de los santos. Durante la Guerra se los quitaron. Le hicieron que los descolgara. No los tiró, los guardó. A mí también me gusta la iglesia, pero que no me aprieten, que yo voy a mi manera [foto 4].

Mi padre era hermano de la Hermandad de la Santa Escuela. Yo no soy de ninguna hermandad, porque no me gusta. No soy hermana, pero me gusta dar. La Araceli es del Sagrado Corazón. Un día le dije:

—Mira, si vas a comprar las flores, toma —no sé lo que le di.

—¡Leche!, hazte hermana. Luego te decimos una misa —me contestó.

—Pues sí, hija, vaya obsequio que me vas a dar —le dije.

Me gusta la Soledad, porque mi padre le tenía mucha devoción. Me hice mi túnica —hará unos ocho años que la tengo— y salgo todos los años en la procesión, pero no soy hermana. No me despacharán porque hay pocos nazarenos y, si quitan a uno, se nota. Antes aquí había una Semana Santa muy buena. Ahora está peor, hay muy poca gente.

Me acuerdo una vez, una Semana Santa, que el domingo de Resurrección estaba lloviendo y estábamos esperando a ver cuándo hacían la procesión. Como nuestro tío era el sacristán, me mandó mi Piedad a preguntarle:

—Anda y pregúntale a Teófilo a ver cuándo hacen la procesión.

Cuando llegué, ya salía él para fuera. Le dije:

—¿Cuándo hacen la procesión del Resucitado?

—La hemos dejado para el día del Corpus —me contestó.

Él tenía esas caídas. Cuando se lo dije a mi Piedad, se meaba de risa.

## LUTO

Entonces había que llevar luto. Las mujeres mayores más. A mí no me ha gustado nunca el luto. Mi padre hace ya cuarenta y ocho años que murió. Entonces se llevaba todavía el velo. Había que ponerse un manto y un velo de esos espesos, pero yo no me lo puse.

## LA FERIA

Aquí había unas ferias divinas de caballerías y de todo eso. ¡Menudas ferias había aquí! Se ponían las mulas en las eras de Román y arriba en el Santo Ángel. A la posada de San José venían muchos marchantes. Venían de Caravaca y, de aquí, se iban a Huéscar. Había otra posada en la plaza, que la tuvo la Providencia. En el convento había otra, la de Valeriano, pero era más debilucha. Entonces había mucha gente en el pueblo.

Yo hacía mi hucha en una escalera de la cámara, con una lata de esas redondas y con yeso, y todo el año echaba ahí alguna perra. Luego, en la feria, la abría y sacaba mis perras. En la feria no podías *farfullarte* mucho porque no llevabas mucho dinero. Te montabas en algo. Venían las mismas atracciones que vienen ahora, pero no tan peligrosas: las barcas esas que le daban a los hombres, la noria...

## LAS MODISTAS, EL SASTRE Y EL “TEMPLADOR DEL AIRE”

En mi casa había trabajo: con la fragua, mi Piedad que cosía, ¡para qué más!

Mi hermana cosía para la calle: vestidos, faldas, blusas, todo eso. La que podía gobernarse sus perras, pagaba y le hacían su vestido. También enseñó a tres o cuatro a bordar. A la Carmen la Constantina la enseñó ella a bordar.

Antes había sastres, que cosían la ropa de hombre. Las modistas cosían la ropa de mujer. Enfrente de teléfonos estaba Calixto el sastre. El padre de la Pura, la madre de la Conradita, era el sastre. Ahí iban por lo menos de diez a doce muchachas a coser. A la que sabía más, la sentaban en la reja. Pasabas por allí y se reían de ti. En la casa de la Pura, por donde se entra ahora, había una reja. Ahí se sentaban y cosían y, si pasaba alguien, lo criticaban. Con algo tenían que divertirse. A la que entraba nueva, la engañaban. Le decía la Pura:

—Anda a casa de la Piedad, que nos van a mandar unos hilos.

Y allí le echábamos cualquier *cosucha*.

O le decía el maestro:

—Anda, ve a por el “templador del aire” para darle aire a la plancha —que entonces no era eléctrica, era de carbón.

Le gustaba la gresca también al maestro.

Un día mandó a una, a la que yo no quería engañar porque era valiente y yo pensaba: “Cuando se entere, ya verás, me va a joder a mí por ahí, por esas calles”. Me preguntó por “el templador del aire” y le contesté:

—Pues no, no ha venido.

Al ratillo volvió:

—¿Qué si ha venido ya?

Cuando ya me cansé, le dije:

—Vuelve dentro de un rato, que yo te lo prepararé.

Le eché en un papel unas cucarachas del patio, alguna *miaja* de broza y un gato muerto. Mi madre, cuando paría la gata, metía los gatos en un cubo y los mataba porque, ¡para qué quería tanto gato! Así que le eché un gato de esos muertos. Se lo lió todo muy bien y se fue con eso. Cuando llegó al taller se oyeron unos chillidos, porque, claro, al aflojarlo, las cucarachas arañarían el papel y con eso blando dirían: “Alguna rata o algo así nos ha liado aquí”. ¡Se sentían los chillidos desde la esquina!





De izquierda a derecha y de arriba a abajo.

**1. Padre, Rosendo Navarro.**

**2. Familia >** Arriba: Carmen Martínez y su hija Carmina. Abajo: María Martínez, Paquita (hija de Carmen Martínez), Julia Reina (madre), Amparo Reina (tía), Antonia la Ribira,

**3. Josefina del brazo de una amiga a la salida de misa.**

**4. Josefina y Veneranda de Felipe en la romería de las Santas.**

Luego, cuando la vi, le dije:

—Bastantes veces te dije que no había venido y tú venga ir.

## NOVIOS

Novios no tuve muchos porque, si no me gustaban, les daba de lado. Hubo uno que me dio mucho que hacer, que le decían Pedro el “Cabacote”. Trabajaba en una carpintería que había en la casa de Regino. Ese me dio el follón. Me acuerdo que una vez mi madre lo cogió y le dijo:

—Si ella te deja, vete con ella. Pero si no, déjala quieta.

Se venía conmigo, pues yo de seguidas me iba a mi casa. Siempre estaba buscándome y no me gustaba. Me decían:

—Pues aquel va detrás de ti.

Pero yo le daba de lado.

Yo tuve pocos novios. Me acuerdo que vinieron los “Potajes” aquí a obrar alguna vez, la *miaja* de obra que yo hacía, y uno me preguntó:

—¿Tú tuviste algo con el “Cascarillas”?

—Mira, yo con el “Cascarillas” lo que tenía era mucha confianza —le respondí.

El “Cascarillas” vivía al lado de las Costantinas. Era muy gracioso. El pobre estaba delicado. Él quería a la Eulalia, una que fue a coser a mi casa con mi Piedad. Nosotros teníamos mucha confianza. El “Potaje” se creía que había sido novio mío. Así que le dije:

—Estás equivocadísimo.

## NOVIAZGO CON SU MARIDO

Mi esposo sí me gustaba. Cuando lo conocí, yo tendría dieciocho años. La mañana de despedir a las Santas íbamos tres o cuatro en fila y detrás venían dos o tres [foto 3]. Él estaba de novio con una. Así que pensé: “Como somos amigas de ella, éste viene a ver si viene”. Yo iba venga cachondeo, y venga. La Eulalia y yo nos volvimos de San Roque y nos sentamos a la puerta, en una sombra enfrente de la fuente Grande. Entonces pasó él por allí. Nos vio y se paró otra vez con nosotras.

Estuvimos un tiempo de novios [foto 5]. Él estuvo bastante malo. Una noche que estaba malo —estuvo bastante mal con la pleura, que entonces había mucho de eso— fui a verlo. Mi madre no se enteró. Mi tía Amparo se vino conmigo. Otra vez no sé qué le pasó en un pie, que lo tuvieron que operar.

Entonces, en eso del Aguirre había un cine y ahí tocaba la gramola. Esa era la distracción que teníamos. Nosotros paseábamos por allí. A mí nunca me dejaron ir al cine. Mi padre era muy raro. Yo me casé con veinticinco años, mayor ya, por eso.

Él trabajaba en el campo, pero vinieron unas máquinas de sacar agua, para hacer sondeos —eso era cosa del gobierno—, se colocó y dejó el campo. Se lo llevaron a Ronda, ¡nada menos! Y yo me quedé aquí. De Ronda lo trasladaron a Málaga y de allí vino ya para casarse con una servidora. No hizo la mili porque su madre era viuda y se libró.

## LA BODA

El cura de mi boda fue Don Eusebio. Mis padrinos fueron la Quica, que después me enteré que no quería ser mi madrina, y mi cuñado, que estaba cojo de la Guerra. Mi padre se quedó, el pobre, con la hiel partida por no poder llevarme a mí a la iglesia, pero no quiso decir nada porque no se pensaran que no queríamos que fuera mi cuñado el padrino. Hay que decir las cosas cuando se piensan: “Yo llevo a mi hija a la iglesia”<sup>10</sup>.

La ceremonia fue en la iglesia parroquial [foto 6]. Fuimos y nos casaron. Ya está. La misa me parece que no me la han dicho todavía. Me casé con un traje de chaqueta negro. Me pusieron una teja con mi mantilla. No iba mal.

Dimos nuestro refresco en mi casa, no a toda la familia porque, si empezamos por la mía, los “Pichones”, es larga. Entonces se hacía un refresco: pasaban la bandeja de los dulces y la mistela. Convidamos a muy poca gente, porque no se podía y yo no iba a meter a mis padres en un laberinto. Mi tía Amparo y mi tío Jesús sí fueron.

La primera noche la pasamos en una casa enfrente de la de mis padres, en la calle Huéscar. Allí pusimos una *miaja* de *camucha*. Me dejaron esa casa porque la tenían vacía. Era de la mujer de Máximo, que era practicante. Querían vendérmela por muy poco, pero no me gustaba porque se metían las bodegas de la posada por debajo y estaba en el aire. A mí no me gustan las casas así, huecas por debajo.

A otra mañana, ¡qué lástima!, asomaron mi padre y mi suegra —pues esa era la costumbre— a llevarnos el desayuno. Algunos dulces que sobrarían de la boda. Mi suegra era muy buena mujer. Me quería y yo también la quería a ella.

## EL DESBORDAMIENTO DEL PANTANO EN MÁLAGA

Me casé el 18 de agosto<sup>11</sup> y de seguidas nos fuimos a Málaga. No te creas que el traslado fue cualquier cosa. Yo no había salido nunca de mi casa.

Vivíamos en una casa de campo muy cerca de Churriana. La máquina con la que hacían los sondeos estaba cerca. Una noche se desbordó el Guadalhorce y vinieron a avisarnos:

—¡Que ha reventado el pantano! —que estaba cerca de allí.

¡Madre mía!, salimos corriendo. Yo perdí los alpargates. Vivía allí otra compañera, que era valenciana y tenía cinco o seis críos. Cuando fuimos a ayudarles, ya iban ellos para adelante. ¡Qué lástima! Aquella noche pasamos un susto grande. ¡Nos llevaba el agua!

A otro día, ¡arrea!, nos dimos cuenta de que nos habíamos dejado la puerta abierta y las cuatro perras que teníamos. Julio y el otro compañero fueron y las perras estaban allí. Luego ya volvimos otra vez al cortijo.

10 “Cuando se casó mi Angelita, lo primero que le dije fue:  
—Cuando dispongan de padrino, *papa* te lleva a la iglesia.  
Y poco hueco que iba él con su hija a la iglesia”.

11 De 1954.



**5. Josefina y Julio Págo en el paseo de San José.** *Les acompañaba su prima Amparo, que no aparece en la foto. Aproximadamente en 1950.*



**6. Josefina y su marido Julio Págo en la Iglesia de Santa María de la Quinta Angustia.** *15 de octubre de 1954*



**7. Josefina con Esperanza y otra vecina echando la parva para el día del Corpus.** *17 de junio de 2001*

## NACIMIENTO DE SU HIJA ANGELITA

Primero nació la Angelita. Yo tendría entonces veintiséis años. Estábamos en Sevilla y me vine a parir aquí. Julio me trajo aquí con tiempo para que estuviera con mi madre. Era buena persona. Luego se volvió a Sevilla.

Me asistió Pepe, el médico. El médico tuvo que sacarla con forceps —mi Angelita tiene unas señales— porque no salía. Acudieron todos, pero mi Cecilio, que era más valiente, fue el que me cogió mientras el médico tiraba del crío. Yo decía:

— ¡Lo rompen! ¡Lo rompen!

Llevaba el mono del garaje y me puso el camisón perdido de grasa.

Entonces morían mujeres en los partos por infecciones y cosas. La Anaclea, la mujer del Ángel, murió en un parto. Una hermana de mi marido también, con veintidós años. ¡Más guapa que era! Ahora no se mueren críos chicos. Pero entonces sí, les daba una diarrea y ya...

A mis hijos yo les di mucho pecho. Las vecinas regalaban chocolate y gallinas. La gallina era buena para hacer teta.

Entonces no te duchabas tanto. Eso era malo, se llevaba a rajatabla. No salías de la casa. Yo tuve la cría en mi casa y ahí me estuve. Yo me lavaba a mi manera y me miraba eso. No podía orinar. Tenía todo eso de los puntos.

## BOBADILLA, ANTEQUERA

Estuvimos también en Bobadilla, en Antequera<sup>12</sup>. Allí fuimos a meter las primeras perras a un banco. La puerta daba vueltas. Me compré unas sandalias muy bonicas allí.

En Bobadilla fui un día a llevar una tartera a un horno y me acorralaron cuatro o cinco soldados diciéndome cosas y cosas. Yo todavía era joven. Mi marido estaba en la esquina diciendo: “Los voy a dejar a ver lo que hacen”. Al final les dije:

— Lo más que os doy es un trozo para que lo partáis para los cinco.

Les di un trozo de carne y me fui.

Mi marido me dijo:

— Te voy a dar...

Pero, a ver, ¿qué culpa tenía yo? Era yo más celosa que él.

## LA MUJER DE MURES, JAÉN

Lo que me pasó en un pueblo que estuvimos, que me fui con mi Angelita recién nacida, fue grave. El pueblo se llama Mures y está en Alcalá la Real, en Jaén.

Iba a una casa que vendían fruta, y la mujer no me la cobraba. Yo le decía a Julio:

— No me cobra la fruta y no me gusta.

— No te fies —me decía él.

La mujer me decía:

— Si quiere tomar algún huevo con vino, que eso es bueno para hacer teta...

Y yo, echándolo a lo malo, no me tomaba ningún huevo. Al final llevaba razón.

Pues bueno, así estaba la cosa, que no me cobraba, esto y lo otro. Un día me dice:

—Vamos a ir a la viña a coger uvas.

Yo creía que íbamos a ir la otra compañera, la valenciana, y yo.

Bueno, pues llegué con mi Angelita chica, y dije:

—¡Ale, vámonos!

—No, hoy se viene usted sola, y mañana vamos todos juntos. Se deja la niña...

Alguna vecina que me vio salir con esa mujer, cogió a la otra compañera y le dijo:

—No la deje usted salir, que lo que va buscando es al marido y quiere ponerla a ella para que no se dé cuenta.

A la noche, cuando vino Julio de trabajar, dijo:

—¿Esto qué es?

—Uvas, que hemos estado en la viña de la Leocadia—así se llamaba.

—¿De la Leocadia?

Cogió la bolsa, se fue a la calle, a una *miaja* de descampado que había, y le dio un puntapié. Lo habían advertido a él también. Me dijo:

—Y tú no vayas allí a por fruta hasta que yo...

Es que con esa mujer tampoco podías cortar de momento, porque esas te hacen daño con cualquier cosa, y en un pueblo tan chico, que la que no es familia es vecina...

Pablo, el guardia civil que era hermano de la Amadita, estuvo allí y conocía a esa mujer y, cuando le dimos la explicación, dijo:

—¡Madre mía, dónde te metiste!

Menos mal que nos trasladaron pronto de allí.

## PRAT DE COMTE, TARRAGONA

Luego nos trasladaron a Prat de Comte, en Tarragona. Eso de los traslados, ¡tiene cojones la carga de leña! Lo que pasa es que yo entonces era joven, y vale. En Tarragona llegamos a Tortosa y tuvimos que apuntar el pueblo donde íbamos trasladados: Prat de Comte. No se me olvida. Yo iba con mi Angelita chica. Nos metimos en un tren y nos bajaron en un apeadero. Julio se fue al pueblo, que estaban allí los otros trabajando, a por algo de la máquina. Cuando volvió, le dijo el jefe de estación:

—¡Madre mía!, parece que le iban a quitar la cría. Se ha sentado ahí con su cría tomada.

El hombre no quería ni hablarme para que no me asustara. Me decía:

—Señora, aquí no le pasa nada. Está usted tranquila, que aquí no le pasa nada.

Cuando vi a mi marido asomar, pues ya ves.

En Prat de Comte me quedé embarazada de mi segundo hijo, Julio, y también me vine a la Puebla a tenerlo. También salió a fuerza bruta.

## MÁS TRASLADOS

De Prat de Comte nos dieron un traslado a la otra punta, a San Juan del Puerto, en Huelva. De Tortosa fuimos a Huelva. Después estuvimos en Gandía<sup>13</sup> cuatro o cinco años y más tarde en Villena<sup>14</sup>. De allí ya nos vinimos a Caravaca<sup>15</sup>.

13 Valencia.

14 Alicante.

15 Caravaca de la Cruz, Murcia.

A mi hijo Julio le sentaban mal los traslados, no le gustaban. Mi Angelita lo llevaba mejor. Se llevan cuatro años.

Con los traslados he corrido mucho. Estuvimos por Almería, en Níjar. Cuando nos trasladaron. Uno de aquí había matado a un hombre de allí. Alfredo le decían y la mujer era Angelita. Me acuerdo que íbamos nosotros en el coche de línea y decían las mujeres:

—Si mira los disparos.

Yo decía: “¿Qué será eso?”. ¡Leche!, cuando llegamos al pueblo nos enteramos.

También estuvimos en Balsapintada, en Murcia, y en Pinoso, en Alicante.

Había veces que lo trasladaban y yo me quedaba sola hasta que venía por mí, hasta que encontraba sitio para vivir, que eso también tiene *perendengues*. En Manzanares me acuerdo que estuve en la pensión tiempo, porque no encontrábamos allí casa, ¡y con los dos niños ya!

Cuando me vine a Caravaca, dije: “De aquí no me muevo”. Ahí compramos el piso hace treinta y siete años. En Caravaca he estado a gusto. Allí me quieren mucho. De vez en cuando voy y me tiro quince o veinte días en Caravaca. Allí viven mis nietos, mi Julio y mi nuera, que me aprecian mucho.

## ABORTO

Tuve un aborto. Estuve mal. Fue en Villena. Yo es que he corrido muchos pueblos. A media noche tuve que mandar a mi Angelita a llamar a la Amparo<sup>16</sup>, porque mi marido ya se había ido y me noté yo allí... ¡Madre mía de mi vida! Era el tercero, Tenía tres meses y se veía ya que era niño. Me llevaron al médico y se tuvieron que liar con Julio antes que conmigo porque se mareó. Me tumbaron allí y se liaron a limpiar, pero me quedé muy bien, que yo veo personas que dicen:

—Pues tuve un aborto y me orino.

## LA FIESTA DE MOROS Y CRISTIANOS EN VILLENA

En Villena salen de Moros y Cristianos. Un día en Caravaca le digo a una:

—Madre mía, en Villena hay muchos moros.

—Y todos más feos que Picio —añadió.

Se creía que yo me iba allí a liar a discutir. Me di media vuelta y la dejé plantada. En Villena también hay buenos moros. Hacen la fiesta el ocho de septiembre. Llevaban un Mahoma, un moro grande. Este verano pasado nos llevó mi hijo Julio a Villena. Al pasar por allí, les dije:

—Mira, en esta esquina plantaban al Mahoma y por allí pasaban todos los desfiles.

Había allí una confitería y entró mi nuera. Le dije:

—Mira, este es el sitio de Mahoma.

—Señora, eso era hace muchos años —dijo la dependienta.

—Pero lo ponían aquí —le dije.

16 Amparo Martínez Reina, su prima.

—Claro, pero eso hace muchos años —me contestó.

Lo ponían cuando empezaba la fiesta. Pasaban todos por allí y le hacían la reverencia. Iban muchas bandas de música.

## EL ACORDEÓN

Siempre ha habido una banda de música en la Puebla. Ahora, Jesús les enseña solfeo a los muchachos. Mis nietos van los dos en la banda. Mi Crispiniano siempre ha ido en la banda de música<sup>17</sup>. Yo no sé solfeo, pero me gusta tocar el acordeón.

Un día, en Caravaca, estaba el hogar roto y un hombre se puso a tocar con un acordeón en la calle. Estuve mirándole desde mi balcón y, cuando se fue todo el mundo, bajé y me puse enfrente. Me dijo:

—¿Es que le gusta?

—Sí, pero no tengo acordeón ni sé tocarlo.

—Tome usted y empiece.

Empecé. Yo no sabía nada. Me preguntó:

—¿Quiere que le gobierne uno de segunda mano?

—Eso me va a hacer.

Cuando llegó mi marido, me dijo:

—Cómpratelo nuevo.

—Pero si no sé, Julio. Si no sé.

Fuimos a Valentín, al lado de Calasparra —el tío tocaba como los ángeles—, me lo gobernó y me lo compré.

Yo ya, sin acordeón, no sé estar. Si se me rompiera, ahora es cuando me lo compraría nuevo.

## LA JUBILACIÓN DE SU MARIDO

A los sesenta años le vino una orden a mi marido, diciendo que se podía jubilar. Él no quería. Nos peleamos bastante, porque no quería. Yo le decía:

—A los sesenta años ha venido esta orden, pues te vienes a la casa, porque es que los traslados...

Se fue a Canarias y estuvo allí seis meses él solo. Ya vivíamos en Caravaca. É quiso que me quedara allí. ¡Seis meses sin verlo! ¡Eso tiene *perendengues!* Nos escribíamos. Tuve que poner un buzón y todo. No quería jubilarse. Un día fue y me dijo:

—¿Sabes lo que me han dicho? Que si se muere el hombre antes, a la mujer le queda menos paga.

—¡A la mujer le dan por saco! —le dije yo.

Una mujer, teniendo su casa, se apaña con poco.

Al final, se jubiló. Ya, con nuestro coche, íbamos y veníamos. Estaba aquí mi Angelita entonces, recién casadica.

17 Su hermano, Bernardo Crispiniano Navarro Reina, estuvo en la banda de Puebla de Don Fradrique, cuando la dirigía el maestro Segundo Olló en 1940. También tenía una orquesta con su grupo de amigos y luego creó, junto a su amigo Ángel Morante, la banda de cornetas y tambores.



## LA BODA DE SU HIJA ANGELITA

Mi Angelita se casó joven. Veintidós años me parece que tenía. Su marido, Avelino, es del pueblo. Mi marido no quería que se casara todavía. Decía:

—Es joven.

—Pero, ya que te han avisado, cásalos, no vayan a hacer algún disparate

—le dije yo.

Se casaron y se metieron en nuestra casa de la Puebla. Aquí vivieron quince años o dieciséis años. Nosotros veníamos y nos apañábamos.

## LA MUERTE DE SU MARIDO

Julio murió con setenta y cuatro años<sup>18</sup>. Va a hacer diez años. Yo tenía sesenta y siete cuando murió, y tengo ahora setenta y siete. Nos llevábamos seis años.

Con mi marido fui un año de negro, pero sin medias negras, ¡mucho cuidado!, y velo tampoco, ¡dónde vamos a parar! Al año me puse una blusa blanca y negra y mi falda negra, pasé por una peluquería y, de seguidas, dijeron:

—¡Madre mía!, ya se ha quitado el luto.

A mí me han criticado por el luto. Me da igual, porque a mi marido no le gustaba.

Desde que falta Julio, es cuando más estoy en la Puebla por mi Angelita. Esta casa la compramos muy pronto, porque yo decía: “¡Madre mía!, si en algún traslado de esos lo echan a la calle, ¿a dónde nos cogemos?”. Se la compré a mi prima Piedad, a los pocos años de casada. Nos quedamos sin una perra cuando la compramos.

---

18 En 1997.



# FEDERICO SALCEDO ROBLES (1929)

Federico nació en el cortijo *Pedrarias* (Puebla de Don Fadrique) el 10 de diciembre de 1929. Toda su familia por parte de madre había vivido en ese cortijo durante generaciones. Su padre estuvo haciendo el servicio militar en el protectorado de Marruecos, en África, entre 1914 y 1916. Se casó después, pero su primera mujer falleció en 1917 a causa de la gripe asiática. Se volvió a casar de segundas con su madre. Tuvieron ocho hijos, de los que sólo sobrevivieron cinco. Su padre falleció con cuarenta y tres años y su madre con sesenta y nueve. Federico vivió en *Pedrarias* treinta y dos años. Describe distintas facetas de la vida cotidiana en el cortijo durante la primera mitad del siglo XX. *Pedrarias* era un cortijo grande. En él vivían diez familias de labradores y un guarda. Los campesinos trabajaban las tierras de los propietarios y cuidaban de los animales a cambio del uso de la vivienda y una parte de las cosechas. Un maestro visitaba el cortijo una o dos veces por semana, y de esta manera los niños aprendían a leer y a escribir. La instrucción que recibían era muy elemental, ya que desde edad temprana tenían que empezar a trabajar, primero cuidando de los animales y más tarde en las faenas agrícolas. El aprovisionamiento de víveres y enseres, lo hacían a través de vendedores ambulantes que visitaban el cortijo periódicamente. Los bailes y las reuniones eran la principal forma de ocio. En estos encuentros era donde se conocían los jóvenes e iniciaban sus relaciones. Pasó dieciséis meses en Zaragoza cumpliendo el servicio militar entre 1950 y 1951. Fue nombrado cabo. De este período recuerda especialmente la relación que mantuvo con los mandos y los conflictos que tuvo con un cabo primero. En 1954 conoció a su mujer, que vivía en el *Duque*, un cortijo cercano. Se casaron dos años más tarde. Su mujer se quedó embarazada, pero perdieron el hijo. No pudieron volver a tener más hijos. En los años sesenta, coincidiendo con el proceso de modernización de las estructuras agrarias, muchos campesinos tuvieron que emigrar. Federico continuó trabajando en el campo en otro cortijo, llamado *Cuartos Nuevos*, cercano al *Duque*. En los veranos se dedicaba a trabajar en Murcia con una cosechadora, mientras su mujer lo hacía en una fábrica de conservas. Con los ahorros que reunieron, se compraron un piso en Murcia y un coche. Más tarde vendieron esa vivienda para comprarse otra en Puebla de Don Fadrique. A los pocos años de estar viviendo en la Puebla, volvieron a vender su casa para adquirir otra mayor en la cual residen actualmente. Continuó trabajando en el campo hasta un año después de jubilarse. Luego les dejó las tierras a los hermanos de su mujer para que se las trabajaran.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 10 de diciembre del año 1929. Nací en el campo, en el cortijo de *Pedrarias*. Nosotros nacimos todos en el cortijo. Mi madre había nacido en el cortijo y su madre, su abuela y su bisabuela también.

## LA MUJER DEL *CHAPURRAO*

A mi madre la ayudaron en el parto las vecinas. Era lo que había en aquellas fechas. Luego mi madre, cuando yo era mayor, asistía a todas las que tenían críos allí en el cortijo. Me acuerdo de una anécdota. Como toda la vida ha pasado, ha habido gente siempre que le ha gustado la bebida. ¿No es esto? Aún sigue habiendo, muchos más que en aquellas fechas. Antes había alguno. Había una mujer que le gustaba la bebida. Fue mi madre a asistir a la nuera cuando tuvo el primer crío —no tiene nada más que un hijo. Ya que nació el crío, lo lavaron y lo vistieron, como era corriente. Era en invierno, hacía mucho frío y tenían su lumbre. Dijeron:

—Ahora que ya que hemos acabado todo, vamos a hacer un *chapurrao* —una jarra de bebida con azúcar tostada, aguardiente y no sé qué, para beberse un vaso cada uno.

Le ofrecieron a la mujer:

—¡Venga, tómese usted un vasico!

Como aquello llevaba aguardiente y aquella mujer tenía mucha ésta de que no supieran que bebía, respondió:

—¿Yo? La bebida, en mi vida la he probado —mi madre sabía que se emborrachaba—, en mi vida la he probado.

Mi madre se rió de aquello. Nos comentaba a nosotros entre risas cuando nos lo contaba:

—Decía que en su vida la había probado, y yo sabía que se emborrachaba.

## SU NODRIZA

Cuando yo tenía seis u ocho meses, mi madre no tenía teta para darme de mamar lo que necesitaba. Había una mujer de Almaciles que estaba criando uno que era de mi tiempo. Mis padres estaban allí en el cortijo en aquellas fechas y aquella mujer me estuvo dando de mamar a mí lo menos un año, porque se ve que tenía mucha leche y mi madre no tenía casi. Eso me lo contaron mi madre y mi padre. Yo me encontraba muy desmerecido y aquella mujer me sacó adelante. A esa mujer y a esa familia la he tenido siempre por eso en mucha estima. Son cosas de agradecer. Cuando te das cuenta, es de mayor.

## ABUELOS

Mi abuela murió empezando la Guerra, en víspera del '35 o por ahí. Yo tenía seis años. Me acuerdo de verla allí en el rincón muy viejecita y que se murió.

Me acuerdo del velatorio, que entonces no era como ahora, que lo ponen en la caja. Estaba en la cama. La amortajaban y la ponían encima de la cama. Luego traían la caja al otro día. La hacía el carpintero. En cuanto se moría, encargaban que hiciera inmediatamente la caja. Aquellas cajas que había entonces venían forradas con una tela negra. Estaba bien hecha de madera, la forraban con su tela negra y le ponían un Santo Cristo. En fin, de esas cosas me acuerdo de haberlas visto.

Mi abuela está enterrada en Almaciles. Mi padre y mi madre también están enterrados en Almaciles, porque era el cementerio que había más próximo. Estaba a tres cuartos de hora andando del cortijo.

De mi abuelo, el padre de mi madre, no me acuerdo. Se murió bastante antes. Me acuerdo que decía mi madre que mi abuelo Ignacio cogió gangrena en el dedo gordo del pie y que luego le subió la gangrena hasta que se murió. En aquellos tiempos, ¿le iban a cortar la pierna por eso?

## SU PADRE Y LOS LOBOS

Mi padre<sup>1</sup> contaba una anécdota. Se crió en un sitio al lado de Nerpio, en un cortijo que le decían la *Tercia* y había lobos. Lo mandó su padre a llevarle al pastor la cena. Iba con un pucherico, cuando sintió aullar a los lobos. Soltó el puchero en el suelo y se subió corriendo a un pino. Eso lo contaba mi padre. ¡Cuántas veces lo contaría! Se asomaron los lobos. Les dio el viento y ellos aullaron y llamaron a los otros. Llegaron los lobos, metieron la trompa, rompieron el puchero y se comieron la cena. Él estaba subido en el pino, con ocho o nueve años, pequeño. El pastor, que llevaba dos perras muy buenas, sintió a los lobos. Vino con las perras y ya se fueron los lobos y bajó al crío del pino. Todo eso fue por el año mil ochocientos noventa y nueve, por esas fechas. Entonces había lobos.

## SU PADRE EN LA GUERRA DE ÁFRICA

Mi padre fue de la quinta del doce. Estuvo en la Guerra de África tres años, en el catorce, en Tetuán y en el cerro de Gurugú<sup>2</sup>. Un día estaba hablando mi padre con mi vecino Pedro y éste dijo:

—Los gitanos son muy malos.

—Tú estás equivocado —le contestó mi padre—. Para saber lo que es malo, hay que estar con los moros, que yo estuve tres años allí, en la Guerra de África. Me decía el coronel: “No se te ocurra pegarle un tiro a un moro, porque para tirar a los moros, hay que matar a todos los que haya; si sólo tiras a uno, se vienen los otros encima... Que cae uno, que caiga. Que cae otro, que caiga... Te cortarán la cabeza y la tirarán allí”. Los moros no temen a la muerte.

## CÓMO SE CONOCIERON SUS PADRES

Mi padre era viudo cuando se casó con mi madre. En 1917 se le murió su primera mujer cuando la gripe asiática<sup>3</sup>. Mi padre vivía en Almaciles y mi madre estaba en *Pedrarías*. A los siete meses de casarse, se le murió la mujer de la gripe. Dos días después —contaba mi padre— conoció a mi madre. Ellos se bajaron a un cortijo que había detrás del nuestro, que se llamaba el *Campillo*, que está a quince o veinte minutos andando. Allí conoció a mi madre. Empezaron a hablarse y se casó con ella.

1 Nació en 1892 en el cortijo la Tercia en Nerpio, Albacete.

2 Formó parte de la quinta del doce y estuvo tres años haciendo el servicio militar en el protectorado de Marruecos, en África, entre 1914 y 1916.

3 La gripe que se originó en el Tibet en 1917 y se extendió por España en 1918.

Mi madre tenía veintiocho años cuando se casó. Mi padre tendría unos cuatro años más que ella. Estuvieron un par de años de novios —según ellos hablaban sobre aquello.

## CENCERRADAS

Los viudos, en aquellas fechas, hablaban con el cura y después de oscurecer iban a la iglesia y los casaba sin que se enterase nadie. Si no, les daban una cencerrada. Aquella era la costumbre que había. Los vecinos de los cortijos de todos lados iban con unos cencerros a darles una cencerrada.

## MORTALIDAD INFANTIL

Mi madre tuvo ocho hijos, pero murieron tres de pequeños, de muy poco, de seis meses, de cinco y de tres. Me lo contaba ella, porque yo nací después. En esa época, la mayoría de los críos se morían en el verano. Les daba una diarrea o les daba cualquier cosilla y, como no había médicos, enseguida se morían.

La cría de una vecina mía se murió. Nació en enero y se murió en el mes de julio. Me acuerdo. Yo era ya grandote, tendría doce años, por ahí. En el mes de julio se puso mala y se quedó muerta. Me acuerdo de verla como si fuera ahora mismo: con la lengua morada, se le quedó la boca una *miaja* abierta. La cría murió con seis meses de la diarrea. No había... No es como ahora, que le da a un crío y se va al médico, le ponen suero y le hacen lo que sea preciso... De eso se morían muchísimos críos, de cosas de esas. Sin ser una enfermedad mala, se morían.

## HERMANOS

Nosotros somos cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres. Nacimos todos en ocho años. Me acuerdo que eso se lo decía yo a mi madre, que había tenido los cinco en ocho años. Nosotros nacimos todos en el cortijo. Mi hermano Santos<sup>4</sup> —le pusieron Santos como mi abuelo, el padre de mi padre—, que es el mayor, tenía ocho años más que yo. Mi madre tenía veintinueve o treinta años cuando nació Santos. Mi hermano Ignacio<sup>5</sup>, que era de la quinta del '44, nació dos años después. Mi hermana Asunción<sup>6</sup> me llevaba a mí nada más que dieciséis meses. Y la chica, María de los Ángeles<sup>7</sup>, se lleva dos años y medio conmigo. Quedamos la menor y yo. Los otros han muerto los tres.

## PEDRARIAS

En *Pedrarias* la vivienda era muy pequeña. Tenía muy pocas habitaciones. Abajo había tres habitaciones: un dormitorio, otra habitación pequeña y la cocina. En la cocina estaba la chimenea. Allí era donde se hacía de comer y se comía. Entonces se hacía todo en la lumbre. No había butano.

---

4 Nació en 1921.

5 Nació en 1923.

6 Nació en 1928.

7 Nació en 1932.

Dormíamos arriba. Allí había dos o tres camas para los zagales. Había unas camas y unos catres, que tenían patas de tijera y unos agujeros y llevaban sus cuerdas. Encima tenían sus colchones. Se dormía a gusto en aquello. Los críos pequeños dormían en la misma habitación que los padres abajo, que tenían su cama. Me acuerdo que yo dormí de pequeño, con cuatro o cinco años, mucho en el dormitorio de mis padres. Ya cuando teníamos siete, ocho años, dormíamos arriba. Le llamábamos “cámara” a las habitaciones de arriba, porque era donde se echaba el grano en el verano. Había una habitación, aproximadamente de cuatro por seis metros, que tenía tres o cuatro departamentos: en uno se echaba el trigo, en otro la cebada y en otro el centeno. Se trillaba, se recogía y se llevaba allí. Se vaciaba cada cosa en una troje distinta.

El baño estaba en el campo. Allí todo el mundo, cuando tenía que hacer sus necesidades, iba al campo. ¿Qué era de día? Pues se iba por ahí, detrás de algún eso. Y si era de noche, pues ahí en la mitad de aquellos bancales, enfrente, y ya está. ¿Y lavarse? Pues, te metías en una habitación que había allí apartada y te lavabas en una zafa grande. Ya ves, te mudabas y te lavabas entero con jabón y agua, casi siempre helada. En el invierno se calentaba en la lumbre con un barreño de chapa con su tapadera, en el que cogían dos o tres cántaros de agua. Se ponía al lado de la lumbre o, si lo querías rápido, lo ponías encima de la trébede. Con un cubo, ibas sacando agua caliente y, si estaba demasiado caliente, añadías agua. Esa era la forma.

Agua sí había. Allí había una fuente muy buena, que todavía está. La luz era con un quinqué, aquellos que tenían el tubo de gas. Para subir arriba, usábamos pavas de gas y candiles de aceite. Todo aquello era lo que había en aquellas fechas.

En una fuente que había, que tenía su lavadero, se lavaba todo. Tenía sus losas de piedra. Hicieron el lavadero los hombres. Echaban el agua, una balsa que tenía dos metros de ancho por cuatro metros de largo o cinco, y allí bajaban todas las mujeres a lavar, unas en un lado y las otras en el otro. Cuando se iban unas, iban otras. Ahí, siempre que pasabas, veías mujeres lavando.

## ALIMENTACIÓN

Me acuerdo de las comidas. Hacían arroz, migas, estofado de carne, hacían ensalada de patatas con huevo —tenían las gallinas.

Se ponían unos tendidos de lana en la mesa, que muchas veces los hacían las mujeres. Unas veces los tejían —había un aparato para tejer— y otras los compraban, según. Tenían un par de ellos.

Comíamos todos juntos en el mismo plato, cada uno con su cuchara: el cocido, la ensalada, el arroz, todo lo que era con cuchara. Las migas, lo mismo. La sartén encima de su trébede, las apartabas... Mi padre las hacía buenísimas. Hacía su sartén de migas y decía:

—¡Ala!, vamos a comer.

Mi madre tenía la costumbre de rezar un Padre Nuestro antes de empezar a comer. Nosotros le dábamos la lata:

—Ya está usted.

—Bueno —decía— venga, a santiguarse, un Padre Nuestro y a comer. Costumbres.

Teníamos unos huertos muy buenos. Cada vecino tenía tres o cuatro celemines de tierra. Eran de riego permanente, toda la vida. Ahora está el agua perdida allí, ¡perdida!, que es una vergüenza. Allí se sembraba la mitad de patatas y la otra mitad de hortalizas. Comíamos del huerto la mitad de los comestibles. Cogíamos quince, veinte sacos de patatas de cuarenta, cincuenta kilos. Había patatas para todo el año. Y no se pudrían como ahora, no se pudrían. Como aquello estaba nada más que todo natural, con estiércol del ganado...

¿Y la magra que tenían los jamones? ¡Ah!, si empezara un jamón de aquellos. Yo he matado así de *chinos*<sup>8</sup>. He matado muchos, habré matado más de mil quinientos. Desde que tenía dieciséis años hasta ahora, cuando ya no podía, y es que la gente también dejó de matar. He matado muchos. Yo les mataba a mis vecinos, a mi familia, después de casado a todos los cuñados<sup>9</sup>, a éste, al otro. Y decían:

—¡Qué mano tienes para matar los *chinos*!

Se me ha dado bien. Yo era coger el cuchillo, pincharlos y ya estaban muertos. Los podía pinchar aunque fuera con los ojos cerrados. Nada más los tocaba con la mano en el hueso del nabo, los tocaba así, ¡chas!, hacía así, ¡y qué barbaridad!, ¡Dios!, salía sangre así, se morían de momento, porque es que tenía un ojo para eso. Sin embargo, los otros se ponían a matar los *chinos* y no hacían nada más que chillarles. Yo los pinchaba y... Cosas de la vida, sí, eso es así.

La gente que estaba en el campo, por regla general no pasó hambre después de la Guerra, porque en la mayoría de los sitios criaban el trigo, las patatas, lo criaban todo. Entonces dinero no había, lo que es dinero no había, pero el que tenía para comer era rico, el que podía engordar dos cerdos y matarlos y tener sus patatas y tener sus conservas de tomate. Esta mañana ajo de pan, pasado mañana otra cosa, el cocido hoy, mañana arroz, al otro... En la semana ibas cambiando, cada día una cosa y ya está. Y la gente vivía.

## VESTIMENTA

Casi siempre usábamos pantalón de pana en el invierno. Era mejor, más fuerte, de más abrigo y todo eso. Y ya en el verano, usábamos de los otros más finillos. Si venías al pueblo —el que venía a las Santas o a la feria— te cambiabas, te ponías unos pantalones limpios, un jersey limpio y, si era en el verano, una camisa limpia.

## LA ESCUELA EN PEDRARIAS

Yo aprendí, para la época que era, bastante. Empecé a ir a la escuela cuando la Guerra, en el '36, '37. Los maestros iban a los cortijos. En *Pedrarias* nos juntábamos todos los zagales en la ermita, que tenían allí su ermita, con sus

8 Cochinos.

9 Elías García Andreu (1927) es uno de los cuñados de Federico. Su historia personal también se incluye en este libro.



santos y tal —que los quemaron cuando la Guerra. Allí nos juntábamos en la Guerra y después. Que yo me acuerde, he estado con tres maestros, pero tuvimos uno que era una alhaja. Decía que teníamos que saber en la manera de hablar:

—En la manera que yo lo pronuncie, tenéis que saber cómo se escribe: con ‘h’, con ‘v’ y con ‘b’...

Quando fui al servicio militar, me decía el coronel:

—¿En qué buen pueblo ha estado usted, que no tiene una falta de ortografía? —porque fui cabo y tenía que hacer los partes—. Usted no tiene una falta de ortografía. ¡Qué buenos maestros ha tenido!

—Sí, —le dije— en la cocina de un hombre y en una iglesia vieja en un cortijo.

El maestro ha muerto hace muy poco. Se casó con una de las *Casas de Don Juan*. Se llamaba Miguel Botías Arcaño. Tenía familia y estaba en la casa con unas tías suyas. No sé si es que sus padres, cuando la Guerra, desaparecerían o alguna cosa. Él estaba con una familia suya en las *Casas de Don Juan*. Desde allí, iba por el campo. Venía dos días en semana a *Pedrarías*. Allí pasaba dos días. Luego se iba a otros sitios y volvía a la semana siguiente. Así estuvo yendo cinco o seis años. Estuvo mucho tiempo allí ese hombre, y era una alhaja. Me acuerdo la manera de pronunciar sus palabras:

—Cuando diga ‘ba’, es con ‘b’. Cuando yo diga ‘sevi’, es con ‘v’. Cuando yo diga ‘vi’, es con ‘v’. Sevilla.

Todas las maneras que tenía de hablar, nos lo aprendimos muy bien. Nos enseñó las cuatro reglas, la regla de tres, la regla de interés y la regla de aligación. Hacíamos números con letras. Yo sabía que la M valía mil, que la D valía quinientos, me parece que era, la X, diez, la L, cincuenta. Todo aquello.

## LA VISITA DE LOS MILICIANOS

Quando empezó la Guerra, yo tenía siete años y medio. Empezó el 18 de julio de 1936 y yo nací en diciembre. Aquello fue, pues, al poco tiempo, a los dos o tres meses, cuatro... Yo estaba en mi casa y mi madre estaba en el corral —que es donde estaba el gallinero para las gallinas y los *marraneros*<sup>10</sup> para los cerdos— echando de comer a los animales. Las cuadras estaban atrás, aparte, y las caballerías salían por detrás. Mi padre se había ido y mis hermanos habían salido uno con las ovejas y otro se había ido por ahí. Yo, como era el más chico, estaba allí. Me cogió en la cocina solo. Sentí: Troo, Troo. Eran dos milicianos. Iban en dos caballos con sus escopetas. Abrí la puerta para verlos. Natural, un crío, pues abrí mi puerta. Me asomé a la puerta y uno, que le decían el tío “Gallito”, le dijo al otro, Sebastián el “Pocolienzo”:

—¿Por qué no matamos al fascista chico? ¿Por qué no matamos al fascista chico? Para ellos, los que tenían algo eran fascistas, ¡fueran o no fueran!

10 Cochineras.

## EL ASESINATO DEL AMO DURANTE LA GUERRA CIVIL

Cuando la Guerra, tiraron cincuenta hombres de cabeza vivos a un pozo en Huéscar. Uno fue el marido del ama de la finca. No lo tiraron a él solo. Tiraron a cincuenta, en *Parpace!*. Fueron dos o tres con escopetas con él, a tirarlo al pozo —tenía cincuenta metros de hondo— y, cuando llegó a la boca del pozo, les dijo:

—A mí no hace falta que me empujéis, que me tiro yo solo. A mí no me empujéis. Yo me tiraré solo.

Se pusieron uno a cada lado de él —el pozo no tenía capilla, estaba recién hecho y no se la habían hecho todavía— y, cuando más juntos estaban, agarró a los dos —era un tiarrón— y cayeron los tres al pozo. Eso fue en la Guerra, en el '37.

Cuando se acabó la Guerra, los sacaron. Estaban allí metidos. Los sacaron a todos y había cincuenta. Los milicianos salieron con su pañuelo colorado al cuello y sus escopetas el día que los sacaron. Estaban allí, porque se los llevó para abajo. Lo sé por mi padre. Yo tenía diez años cuando se acabó la Guerra. El día uno de abril de 1939 se acabó la Guerra y los sacaron enseguida, a los quince días o veinte, en el mes de abril. Recuerdo yo que fueron mi padre y mi tío Teodoro —el hermano de mi madre, que también vivía— a Huéscar, al entierro.

## LA VEZ QUE LE PEGÓ SU PADRE

A mí me ha pegado mi padre una vez y todavía no se me ha olvidado. Tenía diez u once años. Me dijo:

—Nene, yo y tu hermano vamos a por un carro de leña —con las mulas y el carro que había— para la matanza —que se mataban un par de *chinos* o tres en cada casa.

—Tú ve y trabas la yeguada detrás del cerro.

Hacía un día de sol muy bueno y teníamos los borregos. Mi padre siguió diciéndome:

—Te he dejado los borregos apartados en el corral, los que van a comer, con dos cabras y dos ovejas. Cuando vayas y trabes la yeguada, mientras vas y vienes, se va el rocío. Bajas y los llevas al río con la cebada.

¿Qué pasó? Fui y estaban jugando los compañeros míos al hoyuelo. Nos liamos a jugar, hasta que me eché la mano a la cabeza y dije:

—¡Ay Dios, la hora que es!

Eran las dos de la tarde o más y llevaba allí tres horas o más. Salí corriendo para el cortijo. Cuando llegué, mi padre y mi hermano iban empinando el carro de la leña. Pensé: “Ya me la he ganado hoy”. Llegó mi padre, me llamó y me dijo:

—¿Qué te dije yo esta mañana?

—Es que me se ha olvidado —le contesté.

—Ven, verás cómo otra vez no te se olvida.

Cogió la vara y me dio en el culo.

—Tira y dale carrera a los borregos. Hasta que yo no vaya, no te los traigas de allí. Y sin merienda, sin comer. Verás como otro día no se te olvida.

Nunca se me ha olvidado.

## CARREROS

Los carreros venían con un carro a vender por los cortijos. Todas las semanas venían dos o tres. Daban un viaje todas las semanas. Uno venía el lunes, otro el miércoles, otro el sábado... Alguno venía vendiendo telas, quinquilleros les decían. Otros venían vendiendo vino, arroz, todas las cosas de productos secos y todo eso. Vino y aguardiente llevaban casi todos para vender. Llevaban su tonel. Otros traían garrafas de esas grandes en la bolsa del carro, cuatro o cinco garrafas de esas de arroba, de dieciséis litros. Decían:

—Échame un jarro de vino —que eran dos litros.

Lo cogían de allí y con un embudo se lo echaban en la garrafa.

## TRABAJO EN *PEDRARIAS*

Cultivábamos la tierra y le dábamos al amo su renta todos los del cortijo. Éramos diez labradores. Había diez familias y el guarda en el cortijo. Cultivábamos la tierra y le dábamos su partido. En el verano había un cuartero que iba a medir para todos, y la parte del amo se le encerraba en el granero. Tenía unos graneros con muchas trojes y ahí se le encerraba su grano. El nuestro lo metíamos en la cámara. Nosotros teníamos que hacer todas las labores de la tierra: labrarla, arreglarla, sembrarla, segarla y trillar la cosecha, que es lo que se hacía entonces. Se trillaba en la era con las mulas. Por la casa no se pagaba nada.

Comencé a trabajar con siete u ocho años. Los hombres trabajábamos todos en el campo. El más pequeño con los borregos, el otro más mayor con las ovejas, el otro que era más mayor a labrar con las mulas, el otro con las yeguas. Había yeguas para criar los muletos. Nosotros teníamos dos yeguas para criar las caballerías —los muletos y las muletas. Luego, así que se criaban, cuando tenían dos años y medio, se enganchaban a trabajar. El par de mulas que tenía cuatro años, que eran las que valían dinero, había que venderlas. Llegaron a valer hasta cuarenta mil pesetas —en aquellas fechas valía más un par de mulas que una finca. Del dinero de las mulas es de lo que vivían los labradores en aquellas fechas. Criaban los muletos y, cuando ya les valían para hacer la faena, vendían las otras en la feria.

Aquello estaba por partes, por parcelas. Decíamos:

—¡Oye, vamos a las fincas!

Estaban lejos. Se gastaba cerca de una hora en ir y otra en venir. Con las mulas se llevaba su aparejo, sus agüeras, sus dos cantaros de agua y una zafa grande para echarles el agua. Yo ponía allí la zafa encima del regazo, volcaba el cántaro y las mulas bebían. Cada mula se bebía un cántaro de agua. Comían su cebada y su paja.

Nosotros llevábamos nuestra merienda. A lo mejor, para desayunar habías comido unas migas. Luego, a mediodía llevabas tu merienda: tu chorizo, tu pan, tu fruta... Al ponerse el sol, todo el mundo volvía al cortijo. A la noche, a lo mejor habían hecho un arroz o una olla —un cocido de garbanzos, de patatas, con su espinazo de cerdo, sus morcillas... Venías harto de trabajar todo el día y estaba buenísimo.



**1. Padre de Federico durante el servicio militar en el protectorado de Marruecos.**



**2. Cortijo Pedrarias, 8-03-2007.**

Las mujeres trabajaban menos en el campo. Hacían cosas como ir y trabar las yeguas. A lo mejor las llevaban a un bancal, las trababan y las dejaban que comieran por allí. Iban a escardar las matas pinchosas, los cardos, las cardenchas... En el mes de abril y mayo se cortaba todo eso. Luego, cuando iban a segar los segadores, eso estaba seco en el suelo y no estorbaba. Eso lo hacían las mujeres y los hombres, todos.

—¡Vamos a escardar! —decían.

## BAILES

Hacíamos muchos bailes. Empecé a ir a los bailes con dieciséis, diecisiete años. Entonces íbamos de baile al *Moral*, a las *Lomas de Gadea*... Nos desafiábamos cuando íbamos:

—Fulana —por ejemplo—, con esa voy yo esta noche.

—Ésa no te dejo yo que hables tú. ¿Adónde vas tú?

—En cuanto yo llegue, antes de que... me acerco a ella y le digo: “Ya sabes que esta noche bailas conmigo y que voy a hablar contigo yo esta noche”.

## LA VEZ QUE SU PADRE CASTIGÓ A SU HERMANO

Mi padre también castigó otra vez a mi hermano Ignacio. Era la fiesta de las Santas. Yo tenía dieciséis, diecisiete años. Estábamos cenando todos en la mesa. Mis hermanos habían ido ya a las Santas más de una vez los dos, pero yo no. Yo era muy callado, pero cenando le dije a mi padre:

—*Papa*, yo quiero que me deje ir usted a las Santas mañana.

—Bueno —me dijo.

—No, a las Santas voy yo —saltó mi hermano Ignacio

—¿Quién manda aquí, tú o yo? —le dijo mi padre.

—Es que no sé qué... —le dijo mi hermano a mi padre una *miaja* así, bronco.

Mi padre se levantó, cogió la vara del látigo que estaba allí y dijo:

—Tira y acuéstate —y le pegó un *lambrío*<sup>11</sup> bueno—. Tira y acuéstate. Tú mañana echas las ovejas al cerro de día y éste va a las Santas, por hablar. Si no hubieras hablado, a lo mejor no habría ido el chico y habrías ido tú. ¡Pero cómo te has puesto! ¿Es que el que manda aquí eres tú? No, aquí no mando nada más que yo. Tú, mañana, a echar las ovejas.

Fue el año del botellazo, de una cosa que pasó en las Santas. Unos, que eran muy bromistas y ya estaban bebidos, empezaron a hacerse la contra. Uno cogió una botella de la bebida y le pegó un botellazo delante de mí a otro, en la frente. Le pegó un botellazo en semejante parte, que le hizo un siete así, le bajaba la sangre y le salía por los pies. Y ya se formó una revolución allí con los civiles, ¡oh! Eso pasó en aquellas fechas.

11 Vardascazo, golpe.

## LA GUITARRA

Mi padre me compró una guitarra cuando tenía unos quince o dieciséis años y se me dio muy bien. Me la trajeron de Huéscar, un hombre que había allí, que estaba haciendo allí unas minas. Estaban haciendo allí unas pruebas con unas piedras que había de jaspe, no sé qué, tal. Le decían Joaquín al hombre aquel. Mi padre tenía una guitarra ya muy vieja, que no valía casi. Así que le preguntó un día:

— Hay guitarras en Huéscar?

— Sí —le contestó.

— Pues me vas a traer una nueva, que voy enseñar a mi Federico a tocar.

Lo primero que me enseñó fue a templar la guitarra. Aprendí a tocar tres o cuatro piezas —tocaba la seguidilla, la jota y la malagueña— y a cantar y a improvisar coplas.

¿Qué harían con la guitarra que me compraron, que después de que murió mi padre no la vi más? Seguramente la tiraron por la cosa del luto. La guitarra nueva, más hermosa...

## ALCOHOL

No bebía casi nadie, nada, casi nadie. Yo me emborraché una vez y ya no me he emborrachado más. En el cortijo hicimos una francachela el día de la Virgen de agosto, porque aquel día descansamos, no estábamos trillando. Dijimos:

— Vamos a sacar un capazo de patatas —de los huertos.

Nos trajimos una espuerta, una arroba de patatas, y compramos una arroba de vino entre todos. Dijeron:

— Hay que bebérselo.

Nos bebimos —éramos doce o quince— casi un litro de vino cada uno, una barbaridad, si nosotros no estábamos acostumbrados. Acabamos todos borrachos, pero borrachos.

Llegué a mi casa —me iba cayendo ya al suelo— y estaban mis vecinas que eran mozas, unas más jóvenes y otras más mayores. Me había puesto unos pantalones y unos alpargates limpios. Me dijo mi madre:

— Federico, ven acá.

— ¿Qué quiere usted? —le pregunté.

— Entra. Quitate esos pantalones, que te vas a caer —había mucha tierra en la calle en el verano, de pasar los carros— y los vas a poner hechos una calamidad.

— Sí, ahora mismo.

Cogí y me quité los pantalones y los calzoncillos delante de todas ellas. Me quedé con la camisa sólo en medio de la calle ¿No ves que estaba borracho como una cabra? Se echaron a reír. Mi madre decía:

— En mi vida me he divertido más que aquel día.

## SEMANA SANTA

La Semana Santa íbamos a Almaciles, era lo más cercano. Ahí íbamos para la Semana Santa, el día de San Isidro, que hacíamos fiesta, y cosas de esas. Almaciles estaba andando a cuarenta y cinco, cincuenta minutos. Allí no había nada más que una procesión de la Virgen y se veían muy pocos santos en la iglesia aquella, dos o tres. Hacían una procesión una noche, el entierro de Cristo, con su urna y el santo daban la vuelta por la calle.

## CARNAVALES

En carnavales nos tirábamos agua y ceniza. Nos poníamos como titos. Eso era cuando yo tenía dieciocho, veinte, veintidós años... El caso era que hubiera alguna vecina en la puerta. Llevabas la ceniza en un papel metida, le echabas un caldero de agua y, cuando estaba mojada, le tirabas la ceniza para que se le quedara pegada. A nosotros nos tiraban ellas igual. Un día, estaba hablando yo en mi puerta, me vieron unas vecinas mías que estaba de espaldas, vinieron con un caldero de agua y, ¡pom!, me pusieron calado. Dije: “No te preocupes, que no se van a escapar, ya veras”. Su padre se había ido a echar la yeguada al cerro, a trabarla por ahí, y estaban todas las puertas abiertas —encajadas, pero abiertas. Llegué con una tenaza que había cogido y un cubo y, ¡pas!, lo llené de agua. Traspuse por el patio, por la parte de atrás del cortijo, fui a la otra puerta, la empujé, ¡abierta!, arreé para abajo para el corral, llegué a la otra con maña, ¡abierta!, me metí en su cocina y ellas estaban las dos en el escalón de la calle mirando cómo se tiraba agua por un lado y por otro. Les entré por detrás y les puse un caldero de agua a las dos. No esperaban que me asomara por allí. Ni me sintieron. Iba con maña, abriendo las puertas con mucha maña. Yo sabía cómo estaban las puertas, encajadas, pero... Les eché el caldero de agua a las dos por la cabeza y ya está.

La gente se disfrazaba, no sé, unas se vestían de viudas, con ropa negra... La mayoría eran jóvenes, la gente de veinte años, de veintidós, veinticuatro. Se iban de baile vestidos de máscaras. En el cortijo éramos once vecinos y había dieciocho o veinte mozos y otras tantas mozas.

## MUERTE Y ENTIERRO DE SU PADRE

Mi padre murió el 29 de abril de 1949, con cincuenta y ocho años. Mi padre falleció antes de ir yo al servicio militar. Yo iba a cumplir veinte años cuando murió mi padre. El entierro de mi padre pues, ya ves, había que llevarlo en el carro, en la caja, al difunto a Almaciles. Allí le hacían el entierro. Decían la misa y al cementerio. ¡Ya ves si me acuerdo del entierro de mi padre! ¡Cómo no me voy a acordar! ¡Y de las panzadas de llorar que me daba, cuando me iba con los animales!

Ahora tengo asimilado que esto no tiene remedio, nada más que hay que morir, y se acabó.

## SERVICIO MILITAR<sup>12</sup>

Me pasó una anécdota con un cabo primero, estando yo de cabo de cuadra. Había ciento cincuenta mulos y seis soldados para barrer la cuadra, echarles de comer y sacarlos a un pilar a darles agua. Los sacaban a darles agua a su hora. Era su servicio. El cabo —en este caso yo— estaba a cargo de aquello, para que estuviera limpio y que no se dejara ningún mulo sin darle agua.

—Venga, empezad por aquí. Id sacando a todos y dadles agua —les decía.

Una de las veces los mandé a por los sacos de pienso al almacén de víveres y se llevaron trece sacos nuevos, que adherí al servicio de la cuadra, para que les echaran en víveres la cebada. Llevaban un carrillo de esos de tres ruedas. Echaban los sacos de cebada encima y los traían empujando. Cuando asomaron con los sacos, todos estaban hechos polvo, rotos, viejos, podridos. Les dije:

—¿Y esto, qué?

—Pues el Zoilo —el cabo primero Zoilo—, que se ha quedado con los sacos, y nos ha echado estos —me respondieron.

Yo tenía que entregar al día siguiente los sacos nuevos. Cuando entregara al otro cabo los sacos tenían que estar nuevos, igual que estaba puesto en el parte. Así que fui y le dije:

—Zoilo, ¿qué has hecho con los sacos que te he mandado?

—Tú —me respondió—, lo primero que tienes que hacer es ponerte firme.

Cuando he llevado razón, a mí no me ha parado nadie. Así que le dije:

—Tú lo único que vas a hacer es tocarme los... Ahora te vas a enterar.

Fui a ver al capitán de guardia —Don Emilio González Tapias, se llamaba.

Llegué y pregunté:

—¿Puedo pasar?

—Pasa, Salcedo —ya me conocía, yo llevaba ahí un año y, además, era el capitán de mi compañía—. ¿Qué pasa?

—Pues ha pasado esto, Don Emilio, que estoy de cuadra hoy y he mandado a por el pienso con los trece sacos y me los ha dejado todos hechos polvo. Mañana, cuando entregue el parte, ya tengo la papeleta.

—Vamos para fuera —dijo—. Asómate ahí al callejón y dile a Zoilo de parte mía que venga para acá.

Me asomé y estaba en la puerta. Le dije:

—Zoilo, de parte del capitán Tapias, que te presentes a él, que está esperándote en la puerta de capitania.

Salió. Lo puso allí con la mano en alto y lo tuvo media hora. Le dijo:

—Siempre la vas haciendo por todos los sitios que vas. Te voy a meter en la cárcel —le puso verde.

—Es que eso no... —le respondió Zoilo.

—¡Tú a callar! Éste no dice mentiras. Lo conozco. Lo que ha dicho es la pura verdad. Ha traído trece sacos nuevos y se los has dado todos hechos polvo. ¿Para qué los quieres? ¿Para llevártelos y venderlos? Antes de cinco minutos, que estén los trece sacos ahí en la cuadra.

Enseguida los llevó. ¡Digo!, ¡anda que tardó en llevarlos!

12 Entre 1950 y 1951 pasó dieciséis meses en Zaragoza haciendo el servicio militar..



Pasó un mes, más o menos. Un domingo, fuimos a salir de paseo. Yo iba como tenía que ir. Para salir del cuartel tenías que ir con la guerrera abotonada y con los botones de la camisa abotonados, en condiciones. Llegamos seis o siete de la compañía a la puerta y estaba él de sargento de guardia. A veces, los cabos primero hacían de sargentos de guardia. No hizo nada más que verme y me dijo:

—¡Tú, para atrás! Tú no sales de paseo.

Como estaba de sargento de guardia, tenía que callarme y no podía hacer lo que la vez anterior, porque allí esas cosas eran muy delicadas. Capitania estaba al otro lado del cuerpo de guardia. Me fui a ver al capitán de guardia. Me metí y dio la casualidad era el mismo: Don Emilio González Tapias. Había una puerta grande de cristales con sus barritas de hierro. Él estaba sentado en su sillón en su mesa con sus papeles. Cuando me vio por los cristales, me dijo:

—Pasa, pasa.

—A su ordenes, mi capitán —le saludé.

—¿Qué pasa, Salcedo? —él sabía que pasaba algo, porque iba a verlo.

—Como sabe usted lo que pasó —le dije—, iba a salir de paseo y me ha dicho Zoilo —Arturo Navarro Guerra, se llamaba— que no salgo a la calle.

—Muy bien, ¿por qué? —me preguntó.

—Pues nada, mire usted como voy, igual que estaba allí ahora mismo.

—Vente para acá.

Salió con su sable colgado, y dijo:

—Zoilo, vamos a ver, ¿por qué no puede salir Salcedo de paseo?

—Iba con los botones desabotonados.

Se quedó así, y dijo:

—Siempre me tienes en las mismas. Éste sabe muy bien sus obligaciones.

No ha salido con los botones desabotonados. Lo que pasa es que no quieres que salga. Pero ahora te voy a decir una cosa —me acuerdo de todo lo que dijo—. Desde hoy a éste, cuando venga y tú estés de guardia... A las ocho se cierra la puerta del cuartel, ¿lo sabes?

—Sí, mi capitán, a las ocho hay que cerrar.

—Bien, si viene a la una de la mañana o a las dos, tú le abres la puerta por orden mía. Él puede venir de aquí en adelante a la hora que quiera. El día que no tenga servicio y esté en la calle, desde hoy tiene permiso mío para venir cuando quiera. —Todo era por chincharle, ya que sabía que aquello estaba mal—. Cuando venga, le abres la puerta.

Y me dijo a mí:

—Ya te puedes ir, Salcedo.

No me quedé en el servicio por cosa de estar mi madre sola, que tenía uno para que hiciera las cosas de la labranza, buscado en Almaciles, y otro para el ganado, y yo estaba solo. Cuando me iba a licenciar, dos días antes, me dijo el coronel:

—Salcedo, ¿por qué no se queda reenganchado, va a la academia militar

—que estaba allí, al lado de Zaragoza— y a los dos años, con lo que usted sabe, porque yo sé lo que sabe, porque he visto sus partes y he visto que no llevan ni una falta de ortografía, sale usted con su estrella de alférez?

El veía lo que sabía, ¿no?

## LA ANÉCDOTA DEL BAILE

Me acuerdo de una anécdota del baile. Estaba en el servicio militar. Vine y fui a ver una tía mía que estaba muriéndose en *Porpiti*, hermana de mi padre, mi tía Esperanza. Le había salido un cáncer y le habían cortado un pecho. Luego aquello le salió de nuevo y se murió. Vine en víspera del día de la Virgen, antes del día de Santiago. Fue el primer año de mili. Yo me hablaba con una de las *Lomas de Gadea*, Dolores, que estaba medio novia con uno, pero no lo quería. Bajé a ver a mi tía y al venirme para arriba por la tarde, fui a ver a Dolores. Llegué a su puerta y salió. Le pregunté:

—¿Qué?

—Has venido a tiempo —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque vamos a hacer un baile.

—Bueno, yo me voy para mi cortijo a cenar —dije— y luego subo.

Estábamos cerca. Estaba en veinte minutos andando, que entonces con la bicicleta, nada, salir y ya estaba en el otro, muy cerca. Era un cortijo que había ahí enfrente. Le dije:

—Me voy a cenar.

—No te vayas. Cenas aquí —me dijo.

—¡Hombre, cómo me voy a quedar a cenar aquí, si está el novio! —le dije.

—Bueno, pero somos conocidos.

Ella quería... Lo que pasa con la vida. Cuando estaba diciendo esto, su padre abrió la puerta de donde tenían las caballerías y salió. Me saludó y dijo:

—¿No estabas en el servicio?

—Sí, estoy con permiso. Me tengo que ir pasado mañana o al otro —era el día de la Virgen, el diecisiete de agosto o por ahí.

Total, que me saludó el hombre y le dije que me iba al cortijo a cenar.

—Para qué te vas a ir. ¿Por qué no puedes cenar aquí con nosotros? —me preguntó.

—Bueno, si os empeñáis me quedo —le respondí.

Me quedé y cené.

En la casa del novio era donde tenían preparado el baile. La madre de él, cuando me vio, se endemonió. Luego él se casó con ella. Ese día, ella me dijo:

—Tú, cuando toquen una pieza, me haces así con la mano.

Él estaba nada más a ver si tocaban para sacarla a bailar. Yo estaba en un lado —era una cocina muy grande— y, cuando él estaba hablando con uno y ella estaba sentada, le hacía una seña con la mano y salía a bailar pasodobles, mazurcas... todo aquello.

## EL DESAFÍO

Me pasó otra anécdota con otra muchacha. Me dicen un día en la plaza, en la puerta de la iglesia, otros que venían conmigo:

—Si te acercas a ésa, te pagamos todo lo que quieras beber en el bar

—porque era rica, tenía una finca de cien o doscientas fanegas en el *Entredicho*.

—Ya habéis caído —les dije.

Me fui para allá y le pregunté a ella:

—Antonia, ¿puedo dar un paseo contigo?

—Hombre, yo a usted no lo conozco —me respondió.

—No me hable de usted —le dije. Soy de *Pedrarias*. Te voy a decir una cosa. Aquellos me han desafiado y me han dicho que, si tenía valor para dirigirme a ti, que nos iban a convidar a vosotras —iba con su hermana Francisca— y a mí en el bar.

—Pues me voy a pasear contigo. Vamos a dar dos o tres vueltas y después los llamamos para que nos conviden.

Total, que así fue. Nos dimos dos o tres vueltas en la plaza mientras hablábamos de la vida, cosas de la juventud. Y, así que dimos dos o tres vueltas, nos paramos enfrente de ellos y les dije:

—Venid para acá, que vais a convidarnos a algo.

Y les hicimos pagar.

## NOVIAZGO

Estuve dos años y medio cortejando a mi mujer. Ella nació en 1932. Tiene dos años y medio menos que yo. No la conocía. Ella vivía en el *Duque*, ahí al lado de *Bugéjar*, y yo en *Pedrarias*. Está a dos horas de camino andando, pero en la bicicleta iba en veinte minutos. Una vecina mía, que le decían Mónica, me dijo:

—Ha estado aquí una muchacha, hija del tío Pedro, que es de Cañada de la Cruz, como sabes que pasan para el cortijo —era una familia de Cañada de la Cruz, pero pasaban algunas veces por *Pedrarias* cuando iban de Cañada la Cruz a una cortijada que hay allí arriba, más allá de Almaciles—. Es más apañada y parece muy viva.

—Yo no la conozco —conocía a su hermano José María, lo había conocido en la fiesta de San Isidro.

—Es muy apañada —me dijo.

—Pues, como me venga bien, un día voy a verla —le dije.

Un día salí con mi bicicleta por la placeta del cortijo para Almaciles y, cuando llegué al cruce del camino, dije: “¡Pues que me voy a verla ahora mismo!”.

Llegué y, al entrar al cortijo, había dos o tres vecinas.

—Buenas tardes. ¿Sabéis dónde vive un muchacho que se llama José María? —les pregunté.

—Sí, vive bajando por ahí, al volver.

—¿No seréis alguna hermana suya? —no tenía nada más que esa hermana.

—No, no está aquí su hermana —me respondieron—. Está en su casa.

—Bueno, pues voy para abajo a ver si está ahí.

Llegué con mi bicicleta a la puerta y venían ella y su madre del olmo que estaba enfrente en la calle. Como me habían dicho como era, en cuanto la vi, dije: “Ésta es”. Total, que llegué y pregunté:

—¿Es acá donde vive José María?

—Sí —dijo mi suegra. Si quiere usted alcanzarlo, ha traspuesto hace un momento con la bicicleta por ahí, por la leña de la Juana —un montón de leña que había de la vecina—, para *Bugéjar*.

Era la tarde del día de la Ascensión.

—Yo no llevo prisa —le dije.

—Pues, entonces, pase usted —me dijo.

Estaban mi suegra y ella. Empezamos a hablar:

—Bueno —dice mi suegra—, ¿tú eres por ahí de la casa de la Juana? Yo te he visto en algún sitio.

—No, está usted equivocada, yo soy de *Pedrarias*.

—¡Ah!, entonces habrá sido que te he visto cuando he pasado por allá alguna vez. Claro, yo te he visto y no sé donde ha sido.

Total, que empezamos a hablar una *miaja*, tal y cual, diez minutos, cuando dice mi suegra:

—Águeda —mi mujer se llama Josefa Águeda— ve donde están los centenos, que hay una manada de pavos —veinte pavos con una pava— y, como se metan los pavos en el centeno —los pavos son muy tontos—, con la hora que es los pierdes esta noche —el sol ya se iba—. Ve para abajo y les das que se vengan para arriba, para el cortijo, que están ahí en la orilla del centeno. No vayan a meterse y después no los encontremos.

Se fue y yo me quedé hablando con ellos. Yo estaba sentado en la silla, en la misma esquina de la puerta y ellos más adentro. Ella fue y volvió. Cuando volvió, me dije: “Está en la cocina. Ésta no pasa para dentro”. Cuando fue a subir la escalera, me levanté y le dije:

—¿Adónde vas?

—Pues, ¿a dónde voy a ir? —me respondió.

—Es que yo no venía en busca de José María. Venía en busca de ti. Venía a hablar contigo.

Se quedó pasmada. Ya se quedó allí. Estuvimos una hora y media hablando en el escalón los dos, en la esquina de la puerta. Total, que ya le pregunté:

—¿Quieres que venga el día del Señor a hablar contigo, o no?

—Yo no te digo que vengas —me contestó.

—Pero no me dices que no venga —le dije—. Así que es que vendré.

Le dije a mi suegro, que estaba allí:

—Bueno, quede usted con Dios, que me voy.

—Pues, ande con Dios —me dijo él.

Me fui y el día del Señor volví otra vez.

En esa época los novios no podían estar solos. De solos, ni hablar. Un día llegué con la bicicleta al cortijo y estaba Águeda sola. Su madre estaba en el riego, cerca. Tampoco estaba su hermano. Había estado limpiando, sabía que iba a ir. Era un domingo o un día de fiesta. Todos los domingos iba a hablar con ella. Llegué y pregunté:

—¿Puedo pasar?

—Pasa —me contestó.

—¿A dónde tienes tu familia?

—Mi madre está ahí. Vamos a salirnos aquí —hasta donde estaba el carro metido.

Salió y gritó:

— ¡Mama, se suba usted!

— ¿No me lo has podido decir antes, dentro de la casa? —le dije yo.

— ¡Sí, te lo iba a decir para que te agarraras a mí!

Entonces es que les pasaba una cosa a las mujeres, que no se acostaba ninguna. Si alguna se acostaba con alguno, se las veía negras, enseguida estaba embarazada. Ahora, fíjate la de adelantos que hay desde hace ya muchísimos años. Yo había estado ya con mujeres ¿No ves que había estado en la mili? Pero, al noventa y ocho por ciento de las mujeres en aquellas fechas no las había tocado un tío, nada.

Yo te digo la pura verdad: le di dos besos a mi mujer antes de casarme. Una tarde en la puerta, que su madre se metió para la cuadra, cuando se metió su madre y entornó la puerta, la agarré y le di dos besos. Me dijo:

— ¡Quita, que sale mi madre!

Así era la vida de antes.

## MATRIMONIO

El día diez de diciembre de 1956, hace cincuenta años que nos casamos. Puse la boda el día que nació. Me casé el día que cumplí veintisiete años. Nos casamos en la iglesia en *Bugéjar*. Antes se casaba todo el mundo por la iglesia. Después vinimos al cortijo de mi mujer. Llevamos un camión de aquí para llevar la gente que había convidada: mis tíos, vecinos y familia. Una tía de mi mujer y otra mujer que buscaron hicieron la comida. Comimos arroz con pollo —pollos de aquellos que se criaban en el campo, que aquellos tenían la carne muy buena. Se mataron cuatro o cinco pollos. Se cortó un jamón o dos. Hicieron un cocido, muy bien hecho, con sus almóndigas. Hacían la masa con huevo y pan, las freían y luego se echaban en el cocido. Aquello estaba que te chupabas... Hicieron fritada de tomate con conejo. Dos o tres platos de comida buena, su postre y ya está. Pusieron dos o tres mesas de aquellas grandes y otra que había allí, porque podríamos estar unos cincuenta. Después hubo baile. Se bailaba el paso doble, el vals, la seguidilla, la jota, la malagueña, todo eso, con acordeón, con guitarra, con laúd, con todo aquello. Siempre se llevaba gente que sabía tocar.

Los primeros cinco años de casados vivimos en *Pedrarias*. Teníamos una habitación pequeñica arriba. Allí teníamos nuestra cama y dormíamos. Vivíamos con mi madre y con mi hermana la chica. Los demás ya estaban casados.

## EL HIJO QUE NO LLEGÓ A NACER

Mi mujer tuvo un embarazo a los dos años de estar casado, de tres meses o cuatro. Nos costó los cuartos y bien. Dieciocho mil pesetas me costó todo. Empezó a sangrar y a sangrar y que no... La llevé al médico a Topares<sup>13</sup> y me dijo:

— Tiene el crío muerto y tienes que llevarla a Murcia.

Tuve que llevarla a Murcia. Gracias a que tuvimos la suerte de que Don Ángel Picón era vecino de mis suegros —vivían en Cañada de la Cruz puerta con puerta— y era el gobernador de Murcia en aquellas fechas —en el año '57 al '58 fue eso. El gobernador era el que mandaba en todo. La llevamos en un taxi que sacamos. Bajamos en el coche su tía, su padre, yo y ella. Su tía sabía el teléfono de Don Ángel Picón y le llamó. Le dijo:

—Mira, que nos pasa esto.

—Dile al del hospital —fuimos al hospital que hay al lado del río— que he dicho yo que es familiar mío y se acabó —le contestó él.

Llegó y dijo:

—Venimos mandados por Don Ángel Picón.

Todo solucionado, a otra mañana la operaron. Vamos, operarla no, le sacaron el crío —lo tenía muerto, lo dijo el médico— de tres o cuatro meses, por ahí, andaba. Mi mujer se recuperó, pero no se quedó embarazada más. No hicimos lo que nos dijeron. Esa *pesambre* no se me va ir nunca, porque nos dijo el médico:

—Cuando pase un mes, la trae usted que la vea a ver cómo ha quedado, porque puede ser alguna cosa.

Y no fuimos. Mi mujer estaba muy bien, había que sacar un taxi para que nos llevase y esas cosas. ¿A qué íbamos a ir? No fuimos. Luego la llevé a Madrid, pero fue más tarde de la cuenta. Ya había más medios en aquellas fechas<sup>14</sup>. Fuimos al doctor Orcoyen, que fue el que operó a la reina Fabiola, aquella que era de aquí de España y se casó con el rey de Bélgica. Fuimos ahí por medio de un pariente que tiene mi mujer en Madrid, un primo hermano. Le pedimos la dirección y nos la dio. Él llamó, habló con él y le dio la cita. Nos fuimos el día antes a Madrid. Nos montamos en el autobús en Madrid y fuimos a la consulta. La vio —sí que la revisó bien y la miró— y nos dijo:

—Vosotros estáis como el que siembra en la tierra en seco, porque resulta que no tiene la matriz bien desde que la tocaron.

Por eso no podía tener hijos, porque no tenía la matriz bien desde que la habían operado para sacarle el crío.

## MECANIZACIÓN DEL CAMPO Y EMIGRACIÓN EN LOS AÑOS SESENTA

Mis hermanos se dedicaron a la agricultura de momento, los tres que había casados mayores que yo, la hermana y los dos hermanos. Pero ya, cuando los años aquellos que empezó la mecanización de la agricultura, en el '62, '63, '65 y tal, aquello ya tomó... Mi hermana se fue a vivir a Molina de Segura<sup>15</sup>, que es donde viven mi sobrino y mi cuñado. El otro hermano se fue a Yecla<sup>16</sup>, y allí han muerto él y su mujer. Allí se colocaron en las fábricas, que había muchas, de muebles y de muchas cosas.

14 A finales de los años sesenta.

15 Murcia.

16 Murcia.

## CUARTOS NUEVOS

Yo estuve en el cortijo en *Pedrarias* hasta los treinta y dos años. Llevaba seis años casado cuando me fui de allí. Después bajé a *Cuartos Nuevos*, otro cortijo ahí al lado de *Bugéjar*, un cortijo que compró mi suegro con cincuenta y tres fanegas de tierra, ahí al lado del *Duque*.

El cortijo de mis suegros estaba a diez minutos andando. Mi mujer subía casi todos los días a verlos. Decía:

—Voy a casa de mi madre.

Subía, le lavaba —allí también había un lavabo lo mismo que en *Pedrarias*—, les hacía las cosas y se venía. Su madre no tenía más hija que esa. Yo me iba a trabajar con el tractor, con esto, con lo otro.

La vida cambió después de estar yo casado, fue tomando otro rumbo muy diferente. Aparecieron los tractores, las cosechadoras. Yo continué trabajando en el campo y, los veranos, me iba con una cosechadora a ganar perras aparte de eso.

## SU MUJER ADMINISTRABA EL DINERO

El dinero, todo el que he hecho, cuando he vendido caballerías, que se vendían al principio, o grano después, lo cobraba y le decía a mi mujer:

—Toma, guarda el dinero.

Entonces no había bancos. El dinero se guardaba en un arca de las que había de la ropa. Se metía abajo de un sitio con algo, que no estuviera así para llegar uno, abrir y llevárselo.

## TRABAJO, LA CASA, EL COCHE

Cuando íbamos a segar a Cartagena, mi mujer iba a casa de mi hermana a Molina de Segura. Iba con ella a la fábrica de conservas. A lo mejor estaba un mes, un mes y medio, mientras estábamos segando. Nos íbamos a primeros de mayo y para el verano, el día quince o veinte de junio, nos veníamos aquí al cortijo. Me compré un piso en Molina de Segura, un bajo. Me costó cuarenta mil duros, doscientas mil pesetas. Tenía tres dormitorios, un salón comedor, un patio buenísimo alargado... De los de abajo, no tenía patio nada más que el mío y el de enfrente. El error más grande que hice en mi vida fue venderlo.

Me compré un coche, un 4L<sup>17</sup> colorado, matrícula 113370, que me duró veinticinco años.

## LA TELEVISIÓN

La primera televisión que vimos fue ahí, en casa de un vecino más abajo, en los *Ratones*. Era de batería. La vecina —yo ya tenía el coche— nos dijo:

—Vamos a casa de mi sobrino Alfonso, que ha comprado una televisión, a verla. Nos montamos en el coche los cuatro y nos bajamos a ver la televisión.

17 Renault 4L.

Aquello fue una revolución. Todos se juntaban a ver la televisión. Era una cosa nueva.

## MUERTE DE SU MADRE

Mi madre murió el 14 de junio de 1963. Mi madre tenía sesenta y nueve años, iba a cumplir los setenta. Ella se sentía un poco del pecho y le daban como apuros. Se fue a ver una cebada, el día 14, a ver si estaba de segarla. Estaba cerca el bancal, a tres kilómetros.

—Yo me voy con el fresco —le dijo a mi hermana.

Yo estaba labrando con las mulas a tres o cuatro kilómetros. Total, que se fue a ver la cebada. Cuando venía para acá, había unos segadores que estaban ya segando, —los primeros, había siempre bancales que estaban ocho días antes, y habían empezado a segar aquella mañana—, llegó y les dijo:

—Voy muy mala.

—Ahora mismo aparejamos una burra y la montamos para llevarla —le dijeron ellos.

—No, no, yo me voy poco a poco —les contestó.

Lo malo vino porque era infarto lo que ya llevaba. Siguió andando para ir al cortijo. Más adelante había dos vecinos del cortijo —Juan José y Fernando, se llamaban— labrando en un bancal encima del camino. Ella se vio que no podía y, entonces, con el pañuelo empezó a hacerles señales agitándolo.

—La tía María quiere algo —dijeron ellos—. Cuando nos está llamando, algo le pasa.

Bajaron.

—Que vengo muy mala —les dijo.

Ellos en el carácter, pues la vieron...

—Ve corriendo al cortijo —le dijo uno al otro—. Que vengan ahora mismo con una burra y con las agüeras. Que se esté aquí en la manta. Acostadla ahí. Yo me pongo enfrente para que no le dé el sol —porque ya calentaba el sol.

El cortijo estaba muy cerca, a dos kilómetros. El otro salió ligero para el cortijo. Llegó y a un vecino que estaba allí —Pedro se llamaba el hombre— le dijo:

—Apareja la burra, que doña María está muy mala. Está ahí donde mi hermano. Vámonos ahora mismo.

Sacaron la burra y, cuando llegaron, se había muerto. Un guarda pequeño que había allí, dijo:

—¡Esto no se puede tocar! Hay que ir ahora mismo a dar parte a los civiles a Almaciles.

Perico, que era un hombre decidido y un pino donde se ponga, se quedó mirándole y dijo:

—¿Adónde vas?, ¿a dar parte, de qué? Se ha muerto la abuela. Si se ha muerto la abuela, la llevamos a su casa, se amortaja, se va y se hacen los papeles. Y ya está, que se ha muerto.

Luego el hombre me lo contó. ¿Iban a ir a los civiles para que viniera la justicia y le hicieran la autopsia? Si se había muerto allí, delante de ellos.



## PUEBLA DE DON FADRIQUE

En *Cuartos Nuevos* estuvimos seis años. Luego nos vinimos a la casa que compramos a las sastras en la Puebla, detrás del ayuntamiento viejo. Había comprado el primer coche hacía poco tiempo y fuimos a Huéscar. Mi mujer me compró tela para un traje en Huéscar. Entonces se compraba el corte del traje y la sastra te lo cosía. No había ropa hecha. Casi toda era cosida. Había una sastra en Almaciles, otra en la Cruz y otra aquí en la Puebla.

Quando llegamos a casa de la sastra, me dijo:

—Has llegado a tiempo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¿Quieres comprarme la casa?

—¡Hombre!, si tengo perras para comprártela o puedo comprártela. Yo no sé lo que tú quieres por esto.

—Me tienes que dar cincuenta mil duros —doscientas cincuenta mil pesetas eran—. Va a entrar la cocina conforme está, el mueblecillo chico que hay ahí con la mesa que tiene y todo.

Esto fue en el sesenta y ocho, por ahí.

La casa de las sastras tenía seis habitaciones y la cochera abajo. Tenía su cuarto de aseo pequeño, con la ducha.

No viví muchos años ahí. Se la vendí a un hermano de mi mujer y le compré el chalé al médico —ese chalé grande de ladrillo que hay ahí en el paseo, que tiene un San José en la fachada. Ahí vivo. Llevo por lo menos treinta y tres o treinta y cuatro años viviendo ahí.

## JUBILACIÓN

Después de jubilarme —un año o dos después— todavía sembré algo en la tierra —tengo un poco tierra mía, poca, veintidós hectáreas. Pero luego ya les dije a los hermanos de mi mujer:

—Yo no tengo hijos, no tengo necesidad de que me caiga un arte encima y me lisie —son artes muy pesados, que si te descuidas y se vuelca uno, te pesca y... Yo ya no siembro más. Sembradlo vosotros y me dais lo que... y fuera.

Que viene un año malo, pues no les cobro nada. Nosotros con la paga vivimos —cobramos los dos. ¿Para qué quiero yo juntar dinero, para darlo después? ¿No es eso?

## SOBRINOS

Todos mis hermanos han tenido hijos, menos yo. Tengo muchos sobrinos. Me parece que veintiocho, pero es por las dos partes. Trece sobrinos son de la parte de mis hermanos.

De mis sobrinos, hay uno que ha estado en la universidad. Le dicen Paco. Se parece a mí mucho. Le dicen sus hermanas y los primos:

—Éste es como Federico, porque tiene la memoria igual. Está en la administración en el hospital de Murcia. Después de tener veinte años, estaba trabajando en una empresa y dijo:

—Me voy a la universidad.

Se matriculó en Murcia y sacó Administración de empresas. Aprobó las oposiciones y todo. Le dije:

—Amigo, viste el trabajo, ¿eh? Así que has visto las orejas al trabajo y has dicho: “Voy a verlas al otro lado”. Yo sabía que tú tenías buena cabeza, pero tú pensabas que se podía vivir sin trabajar cuando eras joven. Has visto que no.

—Claro que lo he visto—me soltó.

Tengo otro sobrino, el mayor de mi hermana, que le dicen Juan, que montó una fábrica de muebles. Empezó aquello con gente. Compró un solar, le hizo unas naves... Su padre le dijo:

—¿Cómo estás para ponerte a hacer una cosa de esas?

—Ningún perdido va a menos —le contestó.

Luego compró un ordenador, un robot de esos de hacer muebles. Su padre le dijo:

—¡Pero tú estás loco, gastarte veintidós millones en comprar un aparato de esos! ¡Eso es tu ruina!

Después compró otro en cuarenta y cuatro millones. Ahora tiene cuartos a punta pala, y no tenían ni un duro, ni un duro. Vive allí.

## LIBROS

Me gusta mucho leer los periódicos, de siempre. He leído un libro grande que tenía mi madre de la vida de Jesucristo y varios libros de grado medio. Yo iba con mis animales y, como tenían mucho lugar en lo alto de aquellos cerros, cogía mi libro y me lo estudiaba.

Mi sobrina tiene ahí un montón de enciclopedias que le compró su padre y le di varios repasos. Tiene lo menos veinte libros de esos grandes. Se ha llevado uno que es el que más me gusta, el que tiene todos los mapas, la geografía de toda Europa. Pone las distancias, los canales, los ríos, de todo. Muchas veces estamos viendo la televisión y dicen:

—El pueblo tal.

—Ese pueblo está en la provincia de Logroño —le digo a mi cuñado.

—¿Por qué lo sabes tú? —me dice.

—Porque lo he leído.

—¿Pero cómo vas a saber tú eso?

—Sí.

Me gustaba mucho el programa de los libros de este calvo, Constantino Romero. Les daban diez minutos y tenían que encontrar en el libro la pregunta. Algunos la encontraban y se llevaban una cantidad de dinero. Aquello me gustaba verlo a mí.

Una vez hicieron una pregunta en el “Un, dos, tres”:

—¿Cómo se llamaba el toro que mató a Manolete?

Estaba mi cuñado Emilio. Le dije:

—Te apuesto a que no lo contesta.

—¿Por qué? Lo sabrás tú —me preguntó.

—Sí —le contesté.

—¿Cómo se llamaba?

—Islero. Así se llamaba el Miura que lo mató: Islero —salió un romance y lo aprendí, lo tenía en la cabeza—. ¿Te apuestas a que no lo contesta? —le dije.

Y no lo contestaron.

## HISTORIAS EN LA CABEZA

Mi mujer y yo hemos hecho muchos viajes ya de mayores, a través de viajes de estos contratados: a Galicia, Madrid, Toledo... Hemos ido por lo menos a ocho o diez viajes. En Galicia estuvimos ocho días. También fuimos en autocar a Marbella. Estuvimos allí ocho días en una residencia de tiempo libre. Esto fue hace unos doce años, más o menos. Pidieron que saliera uno de cada pueblo a decir algo. Ninguno quería salir. De aquí iban todos. Entonces, salí yo. Dijeron que contara algo, lo que quisiera, una anécdota, una historia. Les conté una historia. Sabía varias, ocho o diez: una que dice “cuando yo salí de España”, otra del tío Blas,... Las sé de memoria todas, las tengo en la cabeza. Luego me dijo una muchacha que hay aquí, que le dicen Araceli, que es vecina:

—Esa la aprendiste de mi padre.

—Sí, de tu padre la aprendí —le dije.

La aprendí cuando tenía diez o doce años, y decía:

*Cuando yo salí de España,  
si el recuerdo no me engaña,  
me fui como polizón  
en una máquina extraña,  
que en el mundo está de no.*

*El Jesús del Gran Poder  
le llaman al aeroplano,  
me monté en Santander,  
me farrí y fui a caer  
en mitad del océano.*

*Nadando y sin bañador  
a la tierra del amor,  
la Roma, tendí la vista  
y vertí el primer rencor  
del duce y la conquista.*

*Luego de Roma me fui  
porque, si no allí me escurro  
de traspillado que me vi.  
Y para salir de allí  
tuve que mercar un burro.*

*A Nápoles con mis huesos  
a lomos de aquel pollino  
entre mimos y embelesos  
se disputaban mis besos  
las zagalas de Calvino.*

*A Francia con retigancia  
me fui en busca de ganancia  
y solté tantos mandados  
que a todos los chulos de Francia  
les dejé un carril hinchado.*

*Y en la puerta de mi hotel  
mandé pegar un papel  
con galletas coloradas:  
Aquí es donde vive aquel  
que es rey de las bofetadas.*

*Cuando a la calle salía  
y algunos me desafiaban  
en los bares se metían  
y algunos se suicidaban.*



3. Federico y Carmen.



# EULALIO GARCÍA FERNÁNDEZ (1932)

Eulalio nació en el cortijo *Collado Blanco* el 1 de diciembre de 1932. Al igual que sus abuelos y sus padres, ha sido labrador toda su vida. Al inicio de la Guerra Civil su familia se trasladó a Puebla de Don Fadrique, donde ha vivido desde entonces. Hasta 1960, año en el que falleció su madre, la vida fue muy dura. Había mucha miseria y hambre. A partir de entonces, empezaron a mejorar las cosas. Como casi todos los hijos de campesinos, apenas fue a la escuela y comenzó a trabajar muy pronto. Después de hacer la mili, se casó. Su mujer tuvo tres hijos y un aborto. Una de sus hijas falleció a los pocos meses de nacer. A lo largo de su vida ha realizado toda clase de oficios en el campo: cuidar del ganado, labrar, segar, pelar pinos, recoger esparto y plantas medicinales, etc. Su mujer falleció hace tres años. Desde entonces, vive con su hija. Eulalio es un hombre de pocas palabras. Apenas hay relatos de vida en su historia personal. Las frases con las que responde a las preguntas son breves y casi nunca las termina. Estos silencios y la desconfianza o escepticismo que encierran, revelan su desinterés por hacer pública su identidad, pero a la vez son expresión de una vida dura que, como él mismo repite constantemente, ha estado dedicada casi exclusivamente a trabajar.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en 1932 en el *Collado Blanco*, en la *Sagra*.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos eran labradores. Sólo conocí a una abuela, a la madre de mi madre. Yo era muy pequeño. Me acuerdo de ella. Le decían Guillerma.

Mi padre vivía en los *Collados* de arriba y mi madre en los de abajo. Se pusieron de novios y se casaron. Tendrían veinticinco años, aproximadamente. Eran labradores.

Mi madre tenía cinco hermanos: Agustín, Diomiro, Amancio, Teodora y otro que murió en la Guerra. Mi madre no llegó a trabajar en el campo, estaba en la casa.

Éramos cuatro hermanos: tres y yo, cuatro. Todos varones. Han muerto ya tres. Yo soy el único que vive, el más chico. Tengo setenta y cuatro años. Uno era de la quinta del '42, otro del '44 y el último del '47. Uno de mis hermanos era pastor. Otro trabajó en el campo y luego se fue a Barcelona. Allí estuvo cuarenta años trabajando en la Siemens. Llegó a ser oficial de primera. Vino aquí a jubilarse. De aquí se fue a Murcia y allí murió. El tercero trabajaba la tierra aquí. Murió hace dos años. Dos de mis hermanos no tuvieron hijos. El mayor tuvo cinco machos y una hembra. Cuatro son taxistas y uno yesero. Mi sobrina Matilde vive en Benidorm, con su madre.

Mis hermanos nacieron todos en los *Collados*. Después mis padres se fueron al *Collado Blanco*, donde yo nací.

## PARTOS

Entonces las mujeres parían en su casa. No iban ni a Baza, ni a Granada, ni a ningún lado. Había una comadrona en los *Cortijos Nuevos* para toda la comarca esa de los *Collados*, *Cortijos Nuevos*, *Mirabetes*, la *Losa*, todo eso.

## TRASLADO A LA PUEBLA

De *Collado Blanco* nos vinimos a la Puebla, cuando la Guerra —eso lo he sentido contar siempre. Un día, que mi madre había estado de amasijo de pan, vinieron dos hombres enmascarados, cogieron dos panes y se los llevaron. Yo estaba en una cuna y mis hermanos por allí. Mi madre, al verlos, me cogió y salió a la calle en busca de mi padre, que estaría por allí con las ovejas, las bestias, en fin, esas cosas. Ya vino mi padre y dijo:

—Esta gente es de aquí de los *Cortijos Nuevos*.

Contaban que había muchos fugados cuando la Guerra.

Entonces se fueron de allí y nos vinimos a la Puebla. La Guerra la pasamos casi toda aquí. Yo tendría cinco o seis años.

## LA GUERRA

De la Guerra puedo contar poco, muy poco. Que vinieron muchos militares. No me acuerdo de más. Mi padre y mis tíos no tuvieron problemas. No eran políticos, no se metían en política, ni de izquierdas, ni de derechas. Por eso no los metieron en la cárcel. Si hubiesen sido de izquierdas, los habría metido la derecha en la cárcel. Y si hubieran sido de izquierdas, habrían hecho algo, como hicieron todos, unos más que otros. Porque cuando le pegaron fuego a la iglesia y todo eso, fue toda gente de...

## LA IGLESIA TRAS LA GUERRA

Cuando se terminó la Guerra, ya que empezaron a abrir la iglesia, la limpiaron, iba mucha gente a misa. Venían misioneros. Mi familia también iba a misa. Estoy bautizado, confirmado y todo. ¿No iba a ir a misa? Salíamos a la iglesia.

## VIVIENDA

La casa de la Puebla era de mi abuelo, del padre de mi padre. Tenía dos dormitorios, el comedor, la cuadra para meter las bestias, un patio, dos o tres cámaras y un pajar. Había luz eléctrica, pero una luz muy mala. Entonces había estufa para calentarse, nada más que lumbre en la chimenea. Dos hermanos dormíamos en un dormitorio y los otros dos en una cámara. Entonces los colchones eran de paja. Nosotros los usábamos de lana porque tenía mi padre unas ovejas. Pero yo conocí los colchones de bálago.



## JUEGOS

De pequeño jugábamos a las trompas y a las bolas. Con un cordel tirábamos las trompas. Esos eran los juegos que había en la calle.

## COMUNIÓN

No me acuerdo si hice la comunión o no. Haría la comunión, pero banquete no había.

## ESCUELA

Fui a la escuela, pero no mucho, poco. Las escuelas estaban donde está el ayuntamiento. Te enseñaban a sumar, restar, multiplicar, escribir una carta, poner el nombre, leer un poco y todo eso.

## CASTIGOS

Los padres, claro que nos pegaban. Mi madre tuvo que pegarme alguna vez, como hacen todos los padres. Hoy no se pega, pero entonces, a lo mejor, te pegaban un poco, no palizas, algún tortazo.

## PERCEPCIÓN DEL TIEMPO

Entonces, la gente se levantaba antes que ahora. Se trabajaba desde que salía el sol hasta que se ponía. Se regían por el sol. Son ya las doce, por ejemplo. Pues, venga, a comer.

Antiguamente se usaban relojes de bolsillo. Los hombres lo llevaban con una cadena. A mi padre lo vi yo con el reloj aquel. Yo ya no llevé.

## COMIDAS

Entonces comíamos el cocido, que le decían la olla, el potaje, arroz, migas, ajos de harina, ajo de pan, guisado de patatas, caldo de patatas. Comíamos todos en la misma perola o sartén. Se ponía en el centro de la mesa.

Quando me casé, todavía seguíamos comiendo en la misma sartén. La comida era muy buena. Las mujeres entonces hacían muy bien de comer. Mi mujer hacía muy bien de comer porque su madre la enseñó muy bien. Era muy buena cocinera. Hacía potaje, pero bien hecho, no deslavazado, con las albóndigas bien hechas. La gente de entonces hacía muy bien de comer. Mi hija también hace bien de comer, porque la enseñó mi mujer bastante.

## NAVIDADES

En Navidades, si tenías un cerdo colgado en la casa, la matanza, era lo mejor que había. Ahora hay de todo: pollo, pavo... de todo. Entonces no, entonces estaba la cosa... Si tenías conejos, a lo mejor matabas alguno para aquella noche, y cuatro roscos de aguardiente o de vino.

En los Reyes, ponías los alpargates y te echaba tu madre un par de roscos ¡La que tenía para echarlos!

## PRIMER TRABAJO

Tenía unos catorce años cuando fui a la sierra de hatero. Primero ibas a la sierra de hatero, después llegabas a jornalero y luego a la parte con los hombres que había allí, aserrando madera.

## LA MISERIA DE LA POSGUERRA: EL HAMBRE

Hasta que cumplí dieciocho años, cuando murió mi madre<sup>1</sup>, hubo mucha miseria. En aquellos tiempos había más miseria que la hostia. Estaba aquello jodido, estaba muy mal la comida aquí. Todo el mundo pasaba hambre. En la primavera nada más que se comían collejas, cardos... de todo. Yo llegué a conocer una mujer que cocía hasta *babaules*. ¡Qué hambre había! Allí comía nada más que el que sembraba a lo mejor dos fanegas de cebada o de trigo y hacía la *mijica* de harina para su casa. Eso fue antes de casarme yo.

Cuando mi madre murió, es cuando empezamos a vivir. De ahí en adelante ya todo el mundo iba a trabajar, los jornales valían más, la gente ganaba y ya se apañó un poco la vida. ¡Anda que no cambió la vida! Ya comíamos pan a dos carrillos. En lugar de comer pan de centeno, era de trigo y esas cosillas.

## LA MUERTE DE SU MADRE

Mi madre tenía cincuenta y seis años cuando murió, era muy joven. Yo tenía dieciocho años. Era una mujer que no había ido en toda su vida a un médico y estaba herniada desde hacía mucho tiempo. Una noche se le estranguló y, cuando vino el médico, ya no hubo remedio. Yo estaba en la sierra. Hacía ocho o diez días que me había ido. Fue un hombre a por mí y ya me vine. Cuando llegué, ya estaba amortajada.<sup>2</sup>

## LA MILI

Hice la mili en Logroño, trece meses: doce allí y uno en mi casa, que vine

1 En 1950.

2 "El velatorio era igual que hoy: velarla, estar allí la familia y ya está. En el entierro, entonces iban cantando los curas por la calle. Ya no cantan ni van a por el difunto desde hace muchos años. Entonces sí iban".

con permiso. Me alistaron con dieciocho años, me fui a los diecinueve<sup>3</sup> y vine de veintiuno. Estuve muy bien de asistente de un brigada y un sargento. Esa fue la mili. Primero hicimos el campamento y luego bajamos a los cuarteles. Estuve muy a gusto.

## NOVIAZGO

Cuando estaba en la mili me puse de novio con mi mujer, empecé a pretenderla por carta. Nos escribíamos alguna cara, pero poca cosa.

Cuando vine, ya empezamos a hablarnos y consiguió que nos casáramos. Estuvimos un año o dos viéndonos puerta a puerta. Nos veíamos todos los días y salíamos a pasear. Dábamos una vuelta aquí, en la plaza y nos íbamos. Nos veíamos pero la mano no se la podías tocar. Entonces no había tanta soltura como hay hoy, no había tanta discoteca ni tanto..., entonces no. Cada uno se las apañaba como podía y ya está.

¿No iba alguno a dormir con la mujer antes de casarse? ¡Hombre, pues claro! Más de uno. ¡No me jodas! ¡Claro que había algunos que estaban de novios y la novia salía preñada! Se veía mal y ahora igual. El que tiene vergüenza, tiene que ser así.

Ahora ya hay más relaciones, la vida es así, está más moderna. Entonces, ¡ya ves!, el sexo era igual, pero yo no hablé nunca de ello con mis hijos y mi mujer tampoco. Y con mi padre, menos que menos.

## BAILES

Los bailes se hacían en las casas. Había muy poca luz, en algunos sitios había un quinqué. Eso eran las fiestas. La gente se divertía también entonces. Mucha seguidilla y vals y paso doble, todo eso, nada más que eso. Se tocaba la guitarra. Había una mujer que tocaba el acordeón. Se la avisaba, iba y se le pagaba lo que fuera. Era llegar y sacar a bailar:

— ¿Quieres bailar conmigo?

Si quería, bien. Si estaba comprometida con otro, pues no salía.

Cuando yo me casé, los bailes iban a menos. Ya había cine, había muchas cosillas.

## CINES

Íbamos al cine, veíamos películas. El cine estaba donde está la panadería, en la plaza. Tenía su techado y todo<sup>4</sup>. Eso fue después que me casé. Antes había dos cines: uno estaba también en la plaza y otro en el secano. El segundo era el cine Calderón<sup>5</sup>. Cuando ya me casé, desaparecieron esos dos cines y entonces hicieron ese donde la panadería, que ya fue mi cine.

3 En 1951.

4 Se refiere al cine San Miguel, cuyo nombre parece que se debe, según algunos informantes al que fuera uno de los hombres más ricos y poderosos del pueblo, D. Miguel Bañón.

5 Cine Liberator.

## BODA

Me casé con veinticuatro años y medio<sup>6</sup>. Mi mujer tenía veintitrés años<sup>7</sup>. Nos casamos en la iglesia y lo celebramos con mistela, garbanzos torrados y dulces en casa de mi tío, que estaba a la par de la iglesia. Fueron la familia y los vecinos.

## HIJOS

Mi mujer tuvo cuatro hijos y quedan dos<sup>8</sup>. El primero fue un aborto, al año de casarnos. Después vino mi Paco, a los dos años. Otro fue una niña que murió con cinco meses. Mis hijos nacieron en la casa. Entonces había aquí una comadrona. La de mis hijos todavía vive. Ya es muy vieja. ¡Yo qué sé la pila de años que tendrá! Se llama Juana.

## DÓNDE VIVIERON EN LA PUEBLA

Después de casarnos, nos fuimos a vivir a la calle el Viento. La casa era de mi suegro. Tenía un dormitorio, una cámara, una cuadra y otro cuartillo. Baño no había entonces. Íbamos al corral.

Cuando nacieron mis hijos, nos fuimos a otra casa de alquiler. De allí nos fuimos al Peñón, donde nació mi hija. Esa casa nos la dejó de herencia una tía de mi mujer. La casa era pequeñilla. Allí estuvimos tres o cuatro años. Luego la vendí. Del Peñón me vine a la casa en que vivo hoy, que ya no vivo<sup>9</sup>.

## ASEO

La gente se lavaba en un lebrillo grande. El que tenía buen patio —como nosotros, que pueden correr caballos— hacía sus necesidades ahí y, el que no, en la cuadra. Ahí cagabas, hablando en plata, y tirabas la orina en la basura. El que no tenía patio, la orina la tiraba a la calle, a la puerta. ¡Entonces había unas pestilencias en la calles!

Más adelante<sup>10</sup>, ya empezaron a meter las aguas al pueblo y a las calles. Entonces hice en mi casa un cuarto de aseo con su ducha.

## ROPA

La ropa se compraba. Los sastres hacían las chaquetas, los trajes, todo. Mi mujer fue costurera de moza. Estuvo cosiendo en un taller, en la Puebla, por lo menos siete u ocho años. Sabía coser muy bien. Las camisas las cosía ella. Las mujeres hacían los calcetines a mano, con *moldes*. Entonces se usaban calcetines de lana. ¡Anda que no hizo pocos mi mujer después de casarnos!

---

6 En 1956.

7 Ramona Martínez Pérez.

8 Un hijo que nació en 1959 y una hija que nació en 1964.

9 Vive con su hija.

10 Finales de los años sesenta, principios de los setenta.

## ADMINISTRACIÓN DE LA CASA

Mi mujer ha sido el ama. Yo le entregaba a ella todos los cuartos. ¡Hombre!, yo tenía que llevar algún dinero en la cartera, como ahora. Pero ella era la administradora. Lo gastaba en comer y en vestir.

## TRABAJOS

Yo trabajé primero en la sierra. En la sierra comprábamos el hato. En el pueblo más cerca que había comprábamos pan, legumbres, arroz, garbanzos, habichuelas, tocino —magra poca.

Después he tenido cuarenta trabajos: pelar pinos, coger esparto, podar almendros, segar... He segado con hoz. He recogido espliego, romero, madreselva... Con la maquinaria cambió mucho, la gente fue mejorando. Me he tirado diecisiete o dieciocho años podando almendros, hasta que me he jubilado.

## PELANDO PINOS EN EL PIRINEO LERIDANO

Cuando tenía mi Paco un año, nos fuimos yo y un primo mío a Seo de Urgel<sup>11</sup> a pelar pinos. Estuvimos lo menos seis o siete meses sin venir aquí, a la Puebla. Allí ganaba dinero. Aquí ganaba diez pesetas y allí cincuenta duros, doscientas cincuenta pesetas. No hicimos nada más que llegar allí y, a otro día, ya estábamos trabajando. Entonces vivían allí unas primas mías. Dormíamos en la montaña, en un refugio, en una choza. La *cabecera* para dormir era de paja. Comprábamos hato y nos lo llevábamos arriba, a la montaña. Entonces no había más que esa vida. A lo que se acostumbra el cuerpo.

He corrido muchos sitios: Seo de Urgel, el Valle de Arán, la Puebla de Segura, San Quirico de Besora, Puigcerdá, Molina... Iba todos los años siete meses, tres meses..., porque aquí es que te morías de hambre. No iba yo solo, muchísimos, todo el que entendía aquella faena.

## AMIGOS

Tenía muchos amigos, pero entonces había poca gente que estuviera parada. Todo el mundo estaba trabajando. Había algún barecillo, pero poco. Si se presentaba, pues ibas a echar una copa de aguardiente. Ibas a coger esparto y te ganabas tu jornal. A veces nos juntábamos cuatro amigos, bebíamos vino y hablábamos del trabajo. Como el trabajo era ambulante, comentábamos: “Pues en tal sitio se gana más, en el otro menos”, y así.

## MÉDICOS

Aquí había médico, dos médicos. Mis padres tuvieron seguro médico, pero yo no. Ya después, cuando nos casamos, vino la Seguridad Social. Nos apuntamos al sindicato y, de allí para delante, tuvimos médico.

11 Lérida.

## MUERTE DE SU PADRE

Mi padre estuvo viviendo conmigo de mayor, en mi casa, diez años. Murió con ochenta y cinco años. Hace ya mucho tiempo.

## CARNAVAL

En los carnavales, entonces, se tapaban la cara. Salían por ahí, diciendo: —Que no me conoces, que no me conoces.

Se vestían muchas mujeres. A mi mujer le gustaba vestirse. Se juntaban cuatro o cinco amigas y salían cuando eran jóvenes. Se ponían sus refajos buenos, de ropa antigua, y salían a la calle diciendo eso. ¡Cómo las iban a conocer, si iban tapadas! Se divertían. Esa era la vida. A mí no me gustaba disfrazarme.

## LA FERIA

Aquí se hacía una feria de las grandes. Ni en Huéscar, ni en Baza..., ¡nada!, eso no valía nada al lado de esto. Y ahora ha quedado esto para la chatarra. Aquí ya no hay feria. Sin embargo, en Huéscar hay un *feriaz* bárbaro ahora. Entonces había muchas caballerías y bestias. Venía mucha gente de fuera a comprar. Era un *feriaz* de vacas y bestias... Había cientos y cientos de bestias. Venía mucha gente —muchos gitanos, muchos marchantes— a comprar bestias. Todas iban para Andalucía, para la parte de Jaén. Entonces no había nada más que bestias para labrar. Cuando se acabaron las bestias, vinieron los tractores y en los tractores estamos.

Para la feria, el 18 de octubre, venían dos circos. Traían a lo mejor algún animal, los trapeceistas estos que van con las dos mujeres, el circo, lo que es el circo. A mí me gustaba.

## EVOLUCIÓN DEL TRANSPORTE

Antiguamente, la gente iba en caballerías. Después vinieron las bicicletas. Yo la usaba para ir a coger esparto. Después de estar casado ya me compré una moto, tendría veintisiete o veintiocho años.

## LA RADIO Y LA TELEVISIÓN

Lo primero que compré fue una radio. Me gustaba mucho la música, el cante. Entonces había una emisora aquí, en *Huéscar*. Ya había nacido mi Paco. Estábamos viviendo en la casilla del Peñón. Entonces compré la radio, compré la máquina de coser a mi mujer, ya se iba apañando la cosa.

Más tarde vino la televisión. Ya vivíamos en la casa de arriba. Había algunas. El que podía comprarla.



1. Eulalio con su mujer Ramona y sus hijos

## HERMANDADES

No pertenezco a ninguna hermandad. Dos primos míos sí están apuntados en hermandades, uno a la del Ángel y otro a la del Santísimo, pero yo no. Mi mujer sí estaba apuntada.

## MUERTE DE SU MUJER

Mi mujer va a hacer casi tres años que murió<sup>12</sup>.

## POLÍTICA

Estoy apuntado al Partido Socialista, soy militante del partido. Antes, como no había votos, todos éramos de Franco.

Desde que murió Franco y entró Felipe González, aquí en España cambió la cosa mucho para el obrero. Fue mejor. Antes todo era muy difícil aquí. ¿No ves en la televisión lo que pasa por ahí, en las guerras? Pues eso pasaba aquí. Vino el hambre, la miseria, los piojos. Todo el mundo tenía piojos en aquellas fechas: el rico, el pobre, todos. Yo no sé qué epidemia vino, que todo el mundo tenía piojos.

12 El 1 de marzo de 2005.





# FÉLIX GARCÍA UCLÉS (1933)

Félix nació el 1 de agosto de 1933 en el cortijo el *Duque*, en Puebla de Don Fadrique. Sus padres eran labradores. Tuvieron dos hijas y cinco hijos. Él fue el tercero. De la Guerra Civil tiene un mal recuerdo: las confiscaciones, la fuga de su padre, el hambre, etc. Empezó a trabajar de pequeño, primero cuidando cerdos, luego como pastor y finalmente como labrador. Un maestro ambulante le enseñó a leer y escribir. Le habría gustado poder ir a la escuela y recibir una educación mejor. Mientras cuidaba las cabras, cogió las fiebres de Malta y lo pasó muy mal. Antes de irse a la mili tuvo una primera novia, pero tuvieron que dejar la relación porque los padres de ella se oponían a la misma, ya que la familia de Félix tenía menos propiedades que ellos. Félix hizo el servicio militar en Barcelona. De aquella época conserva muy buen recuerdo. Trabajó de asistente de un teniente. Considera que vivió una situación privilegiada, que le proporcionó ingresos a cambio de favores, autonomía, prestigio, muchas oportunidades de pasarlo bien y hasta la posibilidad de tener una novia durante aquel año y medio. Al regresar de la mili continuó trabajando en las tierras de su padre. Gracias a su empeño, compraron un tractor y a base de mucho esfuerzo personal, aumentaron el rendimiento de las tierras que trabajaban. Se casó en diciembre de 1960. Ya había comenzado a trabajar por su cuenta. Toda su vida se ha dedicado a labrar sus tierras y las de otros. Se considera un gran agricultor. Progresivamente fue adquiriendo nueva maquinaria y ampliando su radio de acción en el trabajo, que llegó a abarcar, además de la Puebla, Cartagena, Córdoba e incluso Palencia y Valladolid. No tuvieron hijos. Se considera una persona religiosa y de ideas conservadoras. En sus relatos de vida se pueden apreciar muchos de los valores compartidos por los varones de su generación respecto al trabajo, las mujeres, la educación, el éxito, etc.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en el *Duque* en 1932. Mi vida ha sido una vida de campo.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi padre<sup>1</sup> se quedó de tres meses sin padre, de trece años sin madre y, con catorce o quince, perdió una tía que estaba soltera viviendo con ellos. En fin, luego ya se quedaron una hermana y él. Se fue a la mili y, cuando vino de la mili, la hermana se había juntado con uno que estaba soltero.

Conocí a mi abuela, a la madre de mi madre<sup>2</sup>, pero muy poco. Vivían en el *Duque*.

Yo nací en el *Duque*. Entonces, los cortijos estaban llenos de familias. En el *Duque* había por lo menos otras siete familias más. Estaban los señoritos, cuatro de mi gente, el padre del Esteban y arriba vivían otras dos familias más, las tías de la Gloria.

---

1 Antonio García Sánchez.

2 Antonia Uclés Moreno.

Luego nos vinimos a la *Casa Henares*. Tenía yo dos años o por ahí. El dueño del *Duque* y de la *Casa Henares* era Marciano Romero. Pasamos la Guerra en la *Casa Henares*.

Nosotros somos siete hermanos: dos mujeres y cinco hombres<sup>3</sup>. Yo soy el tercero [foto 1].

## RECUERDOS DE LA GUERRA

Tenía tres años cuando la Guerra. De todos esos follones me acuerdo un poco. Tengo un recuerdo muy feo de aquello.

A mi abuela le quitaron todo lo que tenía, un apero de mulas y un hatajo de ovejas. Entonces la echaron y asomó a la *Casa Henares* con el chaleco más viejo que tenía. A los dos días se murió de pena. Mi abuelo ya se había muerto. Los cinco hijos que tenía y los dos yernos estaban en la Guerra.

Mi abuela no supo que mi padre se había fugado y que estaba escondido por aquí. Lo buscaban para matarlo. Mi madre no quería que se supiera que estaba escondido. Nosotros éramos muy chicos, pensábamos que estaba en la Guerra.

A mi madre también le quitaron el trigo y se puso a llorar. Claro, con seis críos que tenía, al ver que se lo quitaban para comérselo otros, se lió a llorar. Entonces le pusieron una pistola en la cabeza y le dijeron:

—Como llores, te vamos a pegar un tiro.

Con tres añicos, lo tengo clavado. Mira si me acuerdo y tengo setenta y tres años.

Mi suegro murió en la Guerra. Mi mujer no lo conoció. Mi padre se vino y se salvó de aquello.

## HAMBRE

Después de la Guerra se pasó mucha hambre, se pasó mucha desdicha. Nosotros no llegamos a pasar hambre, porque mi padre era muy trabajador y tenía siempre su ese de trigo. Entonces, si tenías unas cuantas fanegas de trigo, unas cuantas arrobos de aceite y unos cuantos sacos de patatas, no se pasaba hambre. Matabas el marrano en casa, hacías los chorizos, las morcillas, todo ese negocio que se hacía. Hoy en día, nos gastamos más en tonterías que en comer.

## MARRANERO

Yo empecé a trabajar con cuatro o cinco años. Era el marranero del cortijo. En la *Casa Henares* éramos tres familias, tres vecinos. Yo guardaba los marranos de los tres: uno era el padre de Abraham, el otro era el padre del de la posada, el Rafaelillo<sup>4</sup>, y nosotros.

3 Antonio, José, Francisco, Domingo, Dorila, Antonia y Francisca.

4 La historia personal de Rafael Martínez García (1924) también se incluye en este libro.

## EL SAN ANTÓN DE LA *TOSCANA*

Un San Antón que hay en la ermita de la Toscana, le dije al cura que no quisiera que se perdiera, porque lo ofreció mi madre. En aquellos tiempos, se puso mala una marrana en mi casa. Entonces, dijo mi madre:

—Si se mejora, vamos a comprar un San Antón para ponerlo en la iglesia.

Como se apañó, compramos el San Antón. Mi padre hizo una fiesta, una procesión de los *Cuartos Nuevos* a *Bugéjar*, y por la noche un baile de categoría con un acordeón grande que había en *María*.

## EDUCACIÓN

Entonces no había estudios. Mi padre tuvo a veces algún maestro de esos que iban por los cortijos. Las clases eran por la noche y por la mañana a primera hora, antes de irnos con los marranos y las ovejas. El maestro iba cada dos días. Aprendimos las cuatro reglas de entonces. Analfabetos no somos, pero me hubiera gustado tener una *miaja* de algo para haber probado más. Pero, en fin, hay que conformarse.

## PASTOR

Nosotros recorrimos dos o tres cortijos. Cuando tenía nueve años, nos fuimos a los *Cuartos nuevos*. Primero era una finca chica y luego nos dieron una más grande, después otra más grande. Yo llevaba trescientas o cuatrocientas ovejas.

## LA FIEBRE DE MALTA<sup>5</sup>

A mí me dieron las fiebres de Malta. Estuve muy malo. Fue un año muy malo. Las cabras tenían las calenturas. Yo, como soy así, había un puñado de borregos y, porque no se murieran, les daba de las cabras, que tenían el pelo así, que eso es malísimo. Pues se me pegaron. Bueno, aquello fue vengas y que no se me curaba. El médico de Topares decía que si era no sé qué, que si era no sé cuantos, hasta que a lo último, cuando estaba muriéndome, se le ocurrió hacerme los análisis y entonces ya me pusieron la inyección. Estuve dos días o tres sin saber dónde estaba.

Entonces había una, que la pobre era un poquillo fea, era mulatona, y los zagales parece ser que no le metían mano. Yo tampoco, porque como había otras más bonicas y más nuevecillas... Me montó un boliche de que había estado en una casa y que había pillado alguna *miaja* de enfermedad. ¡Madre mía!, aquello me cayó para morirme. Yo, entonces, cero *matacero*, porque tenía poco tiempo. A lo mejor, si me lo hubieran dicho después, habría tenido dudas. Me acuerdo que una quería que fuéramos a probar un día, pero yo dije que nada, porque aquello no me pegaba. A un pobre zagal como yo, que te levanten un falso testimonio como ese.

5 La fiebre de Malta o brucelosis es una enfermedad infecciosa causada por el contacto con animales portadores de una bacteria llamada Brucilla. Produce fiebre alta y se debe tratar con antibióticos.

Luego más tarde, cuando yo ya me despabilé, hubo un baile y fue la mulatona. Aquella noche, en el baile, dije: “Esta noche te vas a enterar de que estoy en condiciones”. La pillé y la precisé un poquillo en el baile. Le dije:

—Esto que has hecho es una pena, nunca en la vida debes tachar a un joven por nada.

La pillé en un rincón y, como era verano y llevaba poca ropa, le dije:

—Por lo menos, que te enteres de que no me pasa nada.

Había tenido las calenturas de Malta, pero otro es que lo pillas y es un rebaje. Es que con una cosa de esas, la sangre te hierve. Un chico con diecinueve años, que te digan una cosa de esas... Si hubiera sido verdad... A mí no me ha ido ir con mujeres de esas. Habiendo zagalas jóvenes, que entonces no se hacía nada, porque había una vigilancia, pero un beso o un repizco, parece que disfrutabas más que ahora toda la noche entera. Ahí no hay perjuicio ninguno.

## PRIMERA NOVIA

Nosotros teníamos cada uno nuestro oficio. Mi padre era muy serio, nos llevaba muy bien. Todos teníamos nuestro trabajo. Si había día de fiesta, tenías fiesta, no nos la quitaba. Como teníamos mucho, a lo mejor nos tocaban dos en las fiestas que más nos gustaban, a lo mejor venir a las Santas o a la feria. Mis fiestas eran esas. A mí me gustaba el tropel.

Una vez, nos juntamos en las Santas el hermano de la Virtudes, Santiago, que se ha muerto, que era guardia civil, y yo. Llegamos a las Santas y había dos zagalas. Dije:

—Vamos a pasearnos.

Total, que nos paseamos. Luego, al cabo del tiempo, me puse de novio con una de ellas.

Antes de irme al servicio militar, cuando dejamos los *Cuartos Nuevos*, estuve hablando con ella.

El padre le pegaba, porque tenía cuatro pedazos de tierra más que nosotros. Entonces, le dije:

—Mira, a mí me da mucha lástima que te peguen por mí. No me encuentro capacitado para ir después a tu casa. Yo soy pobre. Yo no tengo defecto ninguno, nada más que nosotros somos más y vosotros vais a tocar a dos o tres hectáreas más de tierra que nosotros. Eso yo no lo he mirado. Y te voy a decir una cosa: me voy a casar con la más pobre que haya y, cuando lleve diez años de casado, si no tengo más tierras que tu padre, me corto el cuello.

Y así pasó. A los diez o doce años, tenía yo ciento y pico hectáreas de tierra.

Aquello me quitó un poco la moral, la ilusión en la vida. La zagala era vecina mía, estábamos puerta con puerta, y ver que la pegaban... Yo es que no valgo para eso. Yo, si he tenido amigas, ni las he criticado ni se ha enterado nadie. Todo lo que les he hecho bueno, se me ha figurado poco. Esa era una zagala que yo la quería y ella me quería a mí. Pero, claro, yo fui el que rompí, porque le dije:

—Bueno, si a ti te van a estar...

Un día le pegaron entre el padre y el hermano. Le dije:

—Pues, si nos juntamos, entonces, ¡esto qué va a ser!. Esto no va a ser vivir.

Esto no puede ser.

Los padres se la llevaron. ¡Tonterías que se hacen!

## SERVICIO MILITAR

Me fui al servicio militar el día 24 de agosto del '55. Fuimos a Guadix y allí nos sortearon. Me tocó ir a Barcelona [fotos 2 y 3].

En la mili estuve de asistente. Conseguí el puesto porque el capitán que había era una bella persona —un hombre joven, más bueno que el pan— y me buscó para el teniente. Llamaron a cinco primero y no quisieron a ninguno. El capitán me llamó y me preguntó si sabía leer. Me dijo que si quería ser voluntario para ser asistente del teniente. Le dije:

—Yo, lo que usted me mande, haré lo que pueda.

—Va a estar a gusto, pero ya se lo explicará el teniente —me comentó.

El teniente era argentino. Había sido periodista. Cuando la Guerra, se agarró aquí al ejército. Me dijo:

—Félix, pregúntale al asistente que yo he tenido la vida que he llevado. Así quiero que la lleves tú.

Me decía:

—Tú, ya sabes, no tienes más oficio que, cuando te vayas por la tarde, como tú tendrás la llave de la oficina, coges la máquina de escribir —que yo empecé de escribiente— y la dejas ahí.

Estuve como los niños del señorito. Todos los domingos, con las perras que me daba el capitánito, me iba al cine.

El capitán, cuando llegaba el sábado, me decía:

—¿Quiere llevarme el pan a mi casa?

—Sí, mi capitán —le contestaba.

Se lo llevaba y me decía:

—Tome, esto es para el metro y esto para el cine.

Para ganar más dinero, a veces le hacía la imaginaria a uno que había que tenía mucho dinero —era el jefe de las motos Sanglas. El sargento que había y él, se hicieron amigos. Ese llegaba y decía:

—¿Quién me va a hacer el cuartel y la imaginaria?

Y el sargento le decía:

—Eso te lo hace Uclés.

Me daban quince duros, en aquellos tiempos, por estar un rato en la puerta, por si alguien venía, para dar la voz. Esa gente no miraba el dinero. Todo el que tiene mucho dinero, no lo mira. Una mañana fue el capitán. Entonces, yo fui a dar la voz. Tenía que decir:

—¡Capitán! ¡Batería! ¡Capitán!

—Déjalos, que están a gusto —me dijo el capitán.

Si es otro, nos mete un paquete, ¡madre mía! Sin embargo, me dijo:

—Deja, deja. Yo ya he entrado y he cogido unas cosas que necesitaba.

Hasta luego.

Yo le hice el saludo y le dije:

—Hasta luego

Y ya está.



**1. Familia** > Arriba: Domingo, José, Félix, Francisco y Antonio.  
Abajo: Dorila, Antonia, Antonio y Francisca.



**2. En la mili.** Comida el día de la patrona del cuartel de artillería 72. Barcelona 4.12.1955.

Los sábados me venía a las siete de la tarde, me duchaba y me ponía limpio, porque yo ya me hice dos o tres trajes allí —era un señorito—, salía y volvía a las seis o las siete de la mañana. Yo disfrutaba, tenía dinero, que era mío. Así que yo pasé allí una vida muy buena. Yo viví en la mili mejor que en mi casa. Lo digo de verdad. En mi casa éramos muchos, y nosotros íbamos muy derechos. Mi padre era muy recto.

## LA NOVIA DE LA MILI

En la mili tuve novia allí también, de Jaén, de aquellas que se iban entonces a trabajar a Barcelona. No dije nada a mi familia. Un primo de mi madre se casó con una malagueña que conoció cuando hizo la mili en Málaga y decían:

—¡Madre mía!, para estar con un soldado, tiene que haber sido alguna...

Yo sabía que mi madre, con lo rara que era, iba a decir:

—Vaya, ya te has cogido alguna *pendularia*<sup>6</sup> por allí.

Y no, era gente que trabajaba. Yo estaba en la mili y ella estaba trabajando.

Siempre íbamos juntos dos amigos. Entonces un militar no se echaba una novia por allí, pero nosotros íbamos de paisano y bien vestidos. Ellas eran también dos amigas. No sabían que éramos soldados. Cuando ya nos íbamos a venir, les dijimos:

—Ya vamos a cortar esto. Somos soldados.

Les enseñamos unas fotografías. Ellas dijeron:

—Aunque seáis soldados, os queremos.

Nos despedimos y, a otro día, nos marchamos. Esas cosas pasaban.

## VUELTA DE LA MILI

Regresé de la mili en junio del '57. Cuando volví del servicio, la zagala con la que había estado antes de irme, se había puesto de novia con otro. El novio era amigo mío, de una quinta o dos anterior. Fue a mi cortijo a verme. Él me lo dijo claro:

—Mira, Félix, ¿tú vas a volver con tal?

—Mira, yo te voy a decir una cosa. Yo he pasado las fiebres de Malta. Tuve muchas dolencias y muchas cosas. He estado en la mili. Pillé un enchufe y no he hecho ni el huevo. No he hecho nada más que disfrutar. Ganaba dinero. Yo estaba allí como un señorito. Yo no he hecho esfuerzo ni para mear.

—Es que estoy medio enrollado con ella —añadió.

—Pues tú sigue con ella, que yo no te haré nada —le dije.

Y así ha pasado.

Con mi mujer empecé el noviazgo un año después de volver del servicio. Ella vivía en el *Duque*. Estuvimos dos años de novios.

6 Pelandusca.

## EL PRIMER TRACTOR

Me acuerdo de cuando compramos el primer tractor. Lo compramos en Caravaca. Tenía las cuatro ruedas de hierro. Se las quitaron para ponerle unas de goma. Aquello fue una risa. Yo le dije a mi padre que, si no comprábamos un tractor, me iba a trabajar por mi cuenta. Todavía estaba soltero. Así que vio que pillaba la maleta, lo compramos. Eso fue en el '58. Fuimos a hacerle los papeles a Murcia. Se lo compré a uno que estaba casado con una maestra. A ese le pasaba igual que a mí. Me dijo:

—Vamos a apuntarnos al carné.

—Vamos —le dije.

¡Madre mía!, cuando llegué aquella noche a mi casa y dije que me había apuntado para el carné, me dijeron de todo:

—¡Cómo que te van a dar a ti el carné! ¡Cuando te vean la cara de *campusino*<sup>7</sup> que tienes...!

—Pues la que tengo —les dije.

Cuando me llamaron para el carné, estaba segando. A mi gente le había costado el tractor veinticinco mil duros, que tenían en la casa doblados, ¡madre mía! No sabían arrancarlo ni sabían nada. Decían:

—¡Ay!, esto es nuestra ruina. Este zagal nos ha buscado la ruina. Félix nos ha extraviado. Lástima de dinero. Esto no vale nada más que para chatarra.

Mi hermano mayor, que ya estaba casado, quería comprar una máquina para segar, que segaba y ataba. Le dije:

—Compra la más grande que haya, que la vamos a enganchar al tractor a ver lo que pasa.

Mi hermano trajo la máquina aquella. Su mujer estaba para parir. Yo quería salir para delante. Me lié y me tiré treinta y cinco días con treinta y seis noches, sin acostarme, segando con el tractor. Como estaba solo, al mediodía iba mi hermano, me dejaba una hora o así, todo lo más, y echaba un sueño, pero sin cama ni nada. Al final del verano, después de tener todo segado y trillado, le di a mi padre, además, quince mil duros en billetes. Le dije:

—Tome usted. Este es del loco de la casa. Si lo otros estuvieran locos como yo, usted estaría forrado. Pero, en fin, yo voy a poner de mi parte para que no penen de lo que los he extraviado.

Y así lo hice.

## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR POR SU CUENTA

A otro año encontré la finca del Emilín, el *Cuarto Nuevo*, que me la dio su padre, y empecé a trabajar de mi cuenta. Eso fue en agosto, antes de casarme. Le dije a mi mujer:

—Tenemos que tomar giro. ¿Qué hacemos trabajando para otros?

7 Campesino.



Luego ocurrió otra cosa. Mi hermano rompió un día el tractor aquel, que yo lo había apañado, le había puesto otro motor, le había hecho cuarenta cosas. Le dije:

— ¡Leche, ten cuidado con los barrancos esos!

— Tú, estas cosas, ya no tienes nada que ver — me saltó.

— ¡Ah!, pues de verdad que no — le dije.

Entonces fue cuando me metí yo de mi cuenta. Después no he querido cuentas con nadie.

## BODA

Me casé en la Pascua, el 21 de diciembre de 1960.

Fui a arreglar con Don Manuel — que estaba de cura — qué día se podía hacer la boda, y me dijo que tenía que ser un martes y trece. Yo le dije:

— Mire usted, eso no puede ser.

Si yo le hubiese dicho a mi familia o a la novia que nos íbamos a casar en martes y trece, me habrían dicho que era tonto por todos los costados. Eso se hace un día en la vida.

Le dije que si no nos podía casar él, lo podía hacer Don Eusebio ¿Por qué iba a ser él el cura, si estaba también Don Eusebio? Podíamos ir a Don Eusebio. Me dijo:

— Es que yo tengo que ir...

Las bodas le gustaban mucho, porque iba a disfrutar.

Total, que le dije:

— Mire usted, si no lo dejamos para el jueves, yo me la llevo y luego ya nos echarán las cruces.

Al final fuimos a casarnos a la *Toscana*, a la ermita aquella. Estaba Don Eusebio. Cuando, nos casamos yo tenía veintisiete años y ella veintiséis. Los padrinos fueron mi cuñado, que estaba soltero, y mi madre.

Celebramos la boda en casa de mi suegra. Lo pasamos muy bien. Llevaron una cocinera. No sé lo que le pasó que, cuando ya estábamos terminando, dijo que faltaba comida. Fui y pregunté qué pasaba. Cogí una moto que tenían y me fui a las *Tiesas* [foto 4]. Allí tenía una despensa con tres hileras de jamones. Cogí uno o dos y volví. Fui a la cocina y les dije:

— Venga, a partir jamón, y aquí no se entera nadie de que falta de nada.

Luego, sobró.

## TRABAJAR PARA PROSPERAR

Yo empecé con seis mil pesetas de trampa, porque me compré una moto en aquellos tiempos. Al otro día de casado, me la compré. Tenía veintisiete años. No la tenía nadie. No la tenían ni los señoritos. El tercer tractor del campo fue el mío. Yo no he tenido que pedir nada nunca. Yo he sido muy decidido y sin miedo.

Me han dado trabajo de fincas que había en el campo, que me las han prestado — yo no las he pedido — para labrarlas. Me decían:

— ¿Quieres mis fincas?

Sembraba mis fanegas... Lo que me dijo Pepe hace unos días:

—Eres el labrador más grande de la Puebla.

Otros muchos tenían tierras, pero se hacían con la mujer, con el hijo, con tal. Yo, como no tenía a nadie, he trabajado para mí. Esa ha sido mi vida. He tenido diez tractores, cinco cosechadoras... Hambre no he pasado, he trabajado mucho, pero he disfrutado mucho. He recorrido la tercera o cuarta parte de España. Empezaba en mayo por Cartagena. Me daba la vuelta a Córdoba. Luego me venía aquí a toda prisa, porque tenía mucho sembrado. Me liaba a segar de día y de noche y lo apañaba como podía. Luego me iba a Valladolid y Palencia. Venía para septiembre.

Yo, lo que tengo, lo he conseguido trabajando. Heredar, no he heredado. Heredé unos pedacillos, pero muy pocos. Todo ha sido a base de sudor. He trabajado mucho, porque tenía mucha fe en tener dinero, mi buena casa, mis cosas, disfrutar de coche, de todo lo que he querido, y ya está.

## LA CASA

El día que compré la casa en donde vivo, los Marines me decían que si es que me sobaban los dineros, que había pagado mucho... Me dijeron:

—¿A ti es que te sobra el dinero?

—A mí no —les contesté.

—¡Pues no has pagado tú eso caro!

A los diez días justicos, ahí en el callejón, me dijo uno:

—¿Quieres diez mil duros más?

—Esta la he comprado yo, porque mi mujer tenía capricho en esta casa de toda la vida —le dije—. Ya que tuve la ocasión, va a ser mi mujer la que la va a disfrutar. Y le voy a decir una cosa: Si un día me hace falta algún dinero, venderé unos pedazos de tierra que tengo, pero la casa se quedará sin vender hasta que me muera.

Yo tengo pensado una cosa, que si no me quita Dios esto, yo no voy a ir a ninguna residencia de esas. Buscaré aquí una persona que sea buena, que me guste y le diré:

—Aquí tienes esto, si lo haces bien conmigo.

Y no voy a ninguna parte. ¿Para qué? Dios quiera que la cabeza me dure.

## NO TUVIERON HIJOS

Lo hijos no vinieron. Mi mujer tenía una depresión. Se asustó una vez en el cortijo, un camión o no sé qué, y le dio la depresión. Tomó unas pastillas muy fuertes y no pudimos tener hijos.

## RELIGIÓN

Estoy en la Hermandad del Santísimo. Llevo ya muchos años.

Mis padres eran religiosos. En mi casa, antes de cenar, se hacía un rezo. Mi madre era muy religiosa, rezaba mucho. Yo habré salido a ella. Yo rezo mucho. Tendré mis papeletas, unas veces mejores y otras peores. Después le digo al Señor: “Perdóname, que eso es de hombres y de mujeres”.



3. (Izquierda) Retrato de Félix. Realizado en 1955, mientras estaba en la mili.  
4 (Abajo) Félix en las Tiesas de Abajo.





# EFRÉN REINA PUNZANO (1933)

Efrén nació en la casilla de las *Nablancas* (Puebla de Don Fadrique) el 13 de agosto de 1933. Su padre fue peón caminero. Su madre tuvo once hijos. Su infancia fue dura. Se vio obligado a trabajar muy pronto y a vivir en condiciones de gran penuria. A la edad de ocho años ,empezó a servir guardando borregos en el cortijo la *Higueruela*. Dos años después, comenzó a trabajar de pastor de ovejas, primero en la *Higueruela* y después en *Casa Blanca*. Estuvo de pastor hasta los veintiún años, momento en el que se fue a cumplir el servicio militar a Granada. Sólo tuvo que hacer tres meses de mili porque resultó excedente de cupo. Cuando regresó, empezó a trabajar como mulero en *Lóbrega*, un trabajo que él mismo considera “de hombre” por su dureza. Conoció a su mujer, que estaba sirviendo de moza en un cortijo, cerca de donde él trabajaba. Se casaron en 1959. Tuvieron cinco hijos. Al año de casarse se fue de emigrante a Düsseldorf, Alemania. Allí estuvo trabajando catorce meses, primero en una fábrica de cucharas y luego en otra de tejidos. Aunque tiene buenos recuerdos del trabajo en Alemania, que estaba mucho mejor remunerado que en España, lo pasó mal durante ese tiempo a causa de la soledad que experimentó y de las dificultades que tuvo para comunicarse porque no conocía la lengua. A su regreso a Puebla de Don Fadrique, trabajó primero de albañil. Con parte del dinero que había ganado en Alemania, compró un camión e hizo el servicio de recogida de basura para el ayuntamiento. Durante años trabajó como temporero en la recogida de la vendimia en Francia y en la recogida de la aceituna en Jaén. Finalmente vendió el camión y empezó a trabajar como operario de tractores y segadoras hasta que se jubiló.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el día 13 de agosto de 1933 en la casilla de las *Nablancas*. Me bautizaron aquí, en el pueblo. Entonces no se celebraba como ahora, que un bautizo es como una boda. Entonces no había nada.

### FAMILIA DE ORIGEN

No conocí a mis abuelos, nada más que a la madre de mi madre, que se murió pronto.

Mi padre se llamaba Miguel Reina Fernández y mi madre Plácida Sánchez Punzano. Eran de aquí, de la Puebla. Ninguno sabía leer ni escribir.

Mi padre trabajaba en Obras Públicas, era peón caminero. Entonces las carreteras no estaban asfaltadas. Obras Públicas tenía peones camineros en las carreteras. Cada peón tenía seis o siete kilómetros de carretera y se encargaba de apañarla si se hacían baches. A veces, en la misma casilla había dos viviendas. Cada peón tenía su trozo para trabajar: uno hacía de la casilla para

adelante y el otro de la casilla para atrás. Eso eran las casillas de los peones camineros. Mi padre vivió primero en la casilla de las *Nablanças*, donde nació. De allí nos bajamos a la casilla del *Cerro del Cántaro* en el campo.

Fuimos once hermanos. Yo soy el quinto. Mi madre me parió en un pinar, fuera de la casa, igual que un animal. Me contaron que estaba fregando, se puso de parto y parió —sin tanta asistencia como hay ahora. Era en el tiempo bueno. Se puso debajo de un pino y allí nació yo. Eso le pasó a mi madre.

## JUEGOS

Jugábamos a muchas cosas: al escondite... Nos escondíamos y uno se quedaba para buscar a los que se escondían. Pero jugábamos poco. No teníamos tiempo de nada.

## SU PRIMER TRABAJO DE BORREGUERO

Yo empecé a trabajar a los ocho años. Cuando tenía ocho años, me pusieron a servir. Me fui de borreguero a un cortijo que había muy cerca de la casilla, la *Higueruela*. Me fui de borreguero con el tío Elías de la *Higueruela*. Allí estuve hasta los diez años. Estuve dos años o por ahí guardando borregos.

Abusaron mucho de nosotros, mucho, mucho. El que tenía para comer se pensaba que era el rey. El mulero mayor dormía en los catres y yo dormía debajo del mulero. Las bestias estaban al lado y yo amanecía envuelto como un bicho en la basura de las bestias. El mozo era como un animal para ellos. Nos poníamos a comer y, como yo era chico, me ponían un platillo en el suelo. Me partían el pan y me decía el tío Elías:

—Zagal, reparte el pan, que en cuanto se acabe, no hay más.

Porque, cuando se acababa, no me daba más. Ellos tenían pan, pero eran así de miserables. Se pensaban que no teníamos derecho a vivir.

Pero la vida ha cambiado. Hoy, algunos de esos son *pelaespigas* al lado de mucha gente. Yo hoy no les tengo envidia para nada, porque tengo una casa mejor que la suya y tengo unos hijos bien colocados. Todo eso lo he ganado con mi sudor, honradamente. No he robado nada.

## EL TRABAJO DE PASTOR

Luego me fui con una sobrina suya de pastor, a guardar ovejas. Allí estuve un par de años. Vivía en el cortijo. Me daban de comer y ganaba un real todos los días. Después fui a *Casa Blanca*, otro cortijo que está más abajo de la *Higueruela*, también de pastor. Me parece que ganaba una peseta al día. Estuve de pastor en *Casa Blanca* hasta que me fui al servicio.

## LA GUERRA CIVIL

Cuando terminó la Guerra, estaba yo en *Nablancas*. Me acuerdo que pasaban muchos camiones rusos, de esos feos que había, y que la gente decía con el puño cerrado:

— ¡Salud!, ¡salud!

De otra cosa no me acuerdo. Yo era chico.

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili con veintiún años. Estuve en Granada tres meses. Me tocó excedente de cupo. Los de la letra “r” nos libramos.

En la mili tuve suerte. Me coloqué con un alférez de asistente. Era muy bueno y educado. Íbamos de marcha y yo llevaba en las cartucheras su bocadillo y otro que hacía él para mí. Él fue quien más me enseñó a leer y escribir. Se portó muy bien.

Yo no fui a la escuela. La *meaja* que sé, la aprendí en la mili. Allí apuntaban al que no sabía y quería aprender. Yo me apunté y nos tenían medio día en la escuela.

## REGRESO DE LA MILI

Cuando volví de la mili, me coloqué de mulero en *Lóbrega*, con Laureano. Ya era un hombre.

Me puse de novio con mi mujer. La vi un día en el cortijo donde estaba trabajando y me gustó. Ella estaba de moza en *Lóbrega*, muy cerca de donde yo trabajaba. Yo trabajaba con Laureano y ella con un tío de Laureano, que se llamaba Juan Pedro.

En *Lóbrega* íbamos al baile a las casas, andando de noche. Nos divertíamos así. Siempre había baile en un cortijo que se llamaba el *Gallego*. Las fiestas las disfrutábamos antes a nuestra manera, más que ahora. Las madres iban con las hijas a los bailes y se sentaban allí.

Estuve de mulero en *Lóbrega* hasta que me casé, lo menos cuatro años. Me arreglaba de palabra por años. Entonces, la palabra era más que un contrato firmado hoy. Cuando ya me iba a casar, le dije al dueño:

— Este año ya no me arreglo, porque me voy a casar. Para las Pascuas me caso y no voy a seguir de mulero.

No quería estar amarrado todo el año. El contrato empezaba el día de la Piedad, el día 8 de septiembre<sup>1</sup>. El hombre lo vio bien. Me dijo:

— Nada, como quieras.

Entonces me fui a otro sitio a trabajar, a *Vista Alegre*. Allí estuve hasta que me casé.

1 “Aquí en la Puebla se hacía fiesta. Se hacía la fiesta en la Soledad, de matar pollos a pedradas. Ponían un pollo y el que lo mataba se lo llevaba. La piedra valía una perra gorda. El que lo mataba se lo llevaba y el que no mataba nada perdía lo que pagaba. Esa era la fiesta”.

## BODA

Nos casamos en el '59. Hicimos la boda como Dios manda, con su *mijica* de refresco, lo que se estilaba.

Estuvimos dos meses de alquiler. Con lo que recogimos en la boda, tres mil pesetas, compramos una casa enfrente de mi suegro, en la calle Pie de Hierro. La casa era muy mala, pero la compramos y vivimos en ella.

Más adelante, cuando volví de Alemania, como traje perras, vendí esa casa y compré otra cerca de mis padres, en la calle Majuelo.

## CÓMO EMIGRÓ A ALEMANIA: LOS PRIMEROS MESES EN LA FÁBRICA DE CUCHARAS

Al año de casarme me fui a Alemania de emigrante, solo, sin saber a dónde iba. Ya tenía un hijo con tres meses, el mayor. Como decían que no te dejaban pasar si no llevabas un contrato de trabajo, entonces pensé irme de turista. Me fui solo y me dejaron pasar. Llegué allí y no sabía hablar. Tenía un cuñado en Alemania y me había dicho que allí se ganaba dinero —y era verdad que se ganaba—, pero él no estaba donde yo fui. Estuve en Düsseldorf. Mi cuñado me había explicado lo que tenía que hacer. Fui al consulado y allí me abrieron todas las puertas. Me coloqué en una fábrica de hacer cucharas. Estuve tres meses. Lo que quería era ganar dinero, pero era una fábrica que sólo tenía un turno y se ganaba poco dinero. Yo pedía más dinero y me decían que no se podía. Llamaron a una intérprete que había allí y me dijo:

—Aquí no te pueden dar más paga, porque en cada sitio tienen su jornal.

—Entonces no me quedo aquí —le contesté—. Tengo que buscar trabajo para ganar más dinero.

Habló con el jefe y me dijeron que si quería trabajar a destajo. Yo les daba a las cucharas el último temple para darles brillo. Pensé: “¡Hostia!, ¿cómo me van a dar para que trabaje a destajo, si me faltan cucharas todos los días para pasarlas?”. Se lo dije al jefe y me contestó que eso no podía ser, que ahí habían trabajado siempre dos personas y yo estaba solo. “¿Cómo me iban a faltar cucharas?”.

El primer día que empecé a trabajar, subí a la oficina mucho antes de la hora de terminar diciendo que se me habían acabado. El tío se echó las manos a la cabeza y me dijo que cómo se me iban a haber acabado. Llamaron a la intérprete y volvió a repetirme:

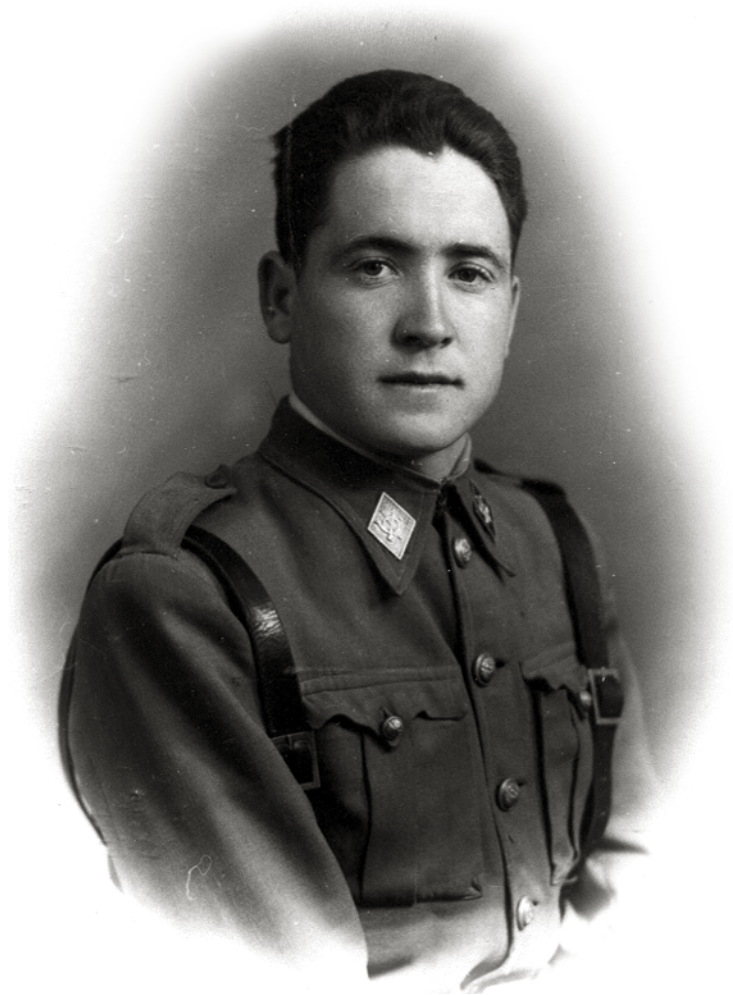
—Es que allí siempre ha habido dos personas trabajando. ¿Cómo es que te faltan cucharas?

Pero era verdad que me faltaban. Entonces me dijo la intérprete:

—Dice el jefe que si sabes recoger el papel de las cucharas y hacerlo pacas.

Yo siempre que iba al váter, pasaba por donde tiraban los papeles de las cucharas —porque las cucharas gastan muchísimo papel— y veía a dos mujeres que había allí empaquetando aquel papel. Aquello no era nada, coger brazadas de papel, meterlo en una prensa y apretarlo. Así que le respondí que sí.





1. Efrén en el servicio militar

Me dijo que, cuando se me acabaran las cucharas, me fuera allí. Fui y, en un par de horas, recogí todo aquello. Los españoles estábamos muy acostumbrados a trabajar. Me acuerdo que faltaba media hora para terminar cuando me asomé a la oficina y le dije a un tío con una bata blanca que había allí, que se había acabado el papel. El tío me contestó que eso era imposible, que el papel no se había acabado nunca. Subieron él y otro y comprobaron que había empaquetado todo el papel. Entonces me dijo que, cuando se me acabara el trabajo, me estuviera quieto, que no hiciera nada, que no fuera a la oficina a pedir más trabajo. Es que yo no me entretenía con nadie y eso me valió mucho. Pero, en fin, como no me subieron el sueldo y a destajo no me defendía, me marché de allí.

## CAMBIO DE TRABAJO: LA FÁBRICA TEXTIL

Un día estaba en un escaparate y vi a un italiano. Pensé: “¡Hostia, a lo mejor este tío entiende el español!”. No lo conocía de antes. Sabía que era italiano por las maneras. Le pregunté dónde trabajaba. Me dijo dónde trabajaba, lo que ganaba y las condiciones de la fábrica. Le pregunté si podía ir allí y me respondió:

—Sí, sí. Mañana, cuando vaya a entrar al trabajo, te vienes.

Me fui con él a la fábrica y me llevó a la oficina. Esa fábrica estaba muy bien preparada de intérprete y de todo. Les dije dónde trabajaba y les pedí trabajo. Enseguida llamaron a la fábrica de cucharas para informarse a ver si yo era buena persona. No tenían quejas de mí. Me dijeron:

—Vale, pero tienes que esperar quince días para venir —quince días que dejaban.

Me preguntaron cuánto tiempo llevaba en Alemania.

—Tres meses —les respondí.

—¡Ah, estupendo!, usted ya es residente en Alemania, no necesita papeles —esa era la ley que había—, usted ya tiene aquí los mismos derechos que cualquier otra persona.

Entonces me fui a esa fábrica. Allí ganaba el doble que en la otra, porque echaba dos horas extraordinarias todos los días. Con las horas extraordinarias, yo vivía. En la fábrica de las cucharas ganaba dos marcos a la hora, que era como aquí seis duros. En esa fábrica eran tres marcos a la hora. Ganaba un marco más por hora que en la otra, tres duros más, y eso era mucho dinero. Era una fábrica de tejidos. Yo estaba donde hacían el hule fino para la mesa. Trabajé en una máquina de ésas. Estuve catorce meses en Alemania y once en esa fábrica. Ya ves si me querían, que me llamaron a la oficina y me dijeron:

—Si quieres traerte la mujer, están haciendo un barrio de casas y te damos la casa para vivir.

A los españoles nos querían mucho allí porque trabajábamos, no nos entreteníamos con nadie.

Yo vivía en una casa que me había dado la fábrica de cucharas, una casa con tres habitaciones. Yo tenía bastante con aquello. Una casa con su cocina y todo bien montado. Lo único es que el butano iba por línea. Me dijeron que si no estaba alerta con el butano, me podía asfixiar, y les dije que lo cortaran. Como tenía luz, me pusieron una cocina eléctrica y todo lo que necesitaba. Nada más que yo no

hablaba con nadie y eso es malo. Yo estaba a gusto cuando trabajaba, porque no pensaba en nada. Pero los días que no iba a trabajar, los sábados y domingos, lo pasaba mal. Los días libres salía y andaba por allí, pero sin hablar con nadie. Iba al bar de una francesa que hablaba muy bien español y a la tienda de comestibles por tener una *meaja* amistades, por si me pasaba algo. Iba siempre a la misma tienda de comestibles y la mujer tomó una confianza conmigo estupenda.

## POR QUÉ NO SE LLEVÓ A SU MUJER A ALEMANIA

A mi mujer le preparé los papeles para llevármela a Alemania, pero a mí no me gustaba. Aquí la vida, con el cambio que ha dado, pues todavía no hemos llegado al adelanto en que está aquello. Los alemanes no son delicados para las mujeres. Lo mismo va la mujer con uno, que con otro. Eso, los españoles no lo habíamos mamado todavía. Ahora veo que la gente joven hace eso también, lo van haciendo, no son delicados para eso. Pero yo me dije: “¡Hostia!, ¿cómo me traigo aquí a mi mujer, si aquí, con la *mijilla* de amistad que tengo, me dejan sus mujeres para bailar y para todo? A mi mujer no me la traigo”. Y por eso no me la llevé. Hubiese sido un infierno para mí y para mi mujer. Yo dije: “Resistiré aquí mientras pueda, pero que no se venga”.

Había mucha libertad para eso, mucha, mucha, mucha. Mira que aquí ya hay libertad, que se están viendo cosas... Pero aquello está muy avanzado para eso, que no son delicados. Cuando llegué a Alemania, me coloqué para vivir en casa de un ruso —porque las habitaciones me las dio la fábrica cuando yo empecé a trabajar y les conté mi vida. En casa del ruso, su mujer lo mismo estaba con los italianos que con todo el que iba allí, ¡y su marido delante!, ¡y tenía siete hijos la tía! Esa vida no me gustaba. ¡Yo no aguantaba eso! Así que dije: “Que se joda el dinero, que se joda todo. Si por ganar perras voy a tener el infierno en mi casa, ni hablar”. Por eso no me la llevé. Lo tenía todo preparado para llevármela, para que se hubiera ido.

## SU MEJOR AMIGO EN ALEMANIA

El principal amigo que tenía era un moro, que hablaba el español mucho mejor que yo y también hablaba alemán. Era listísimo. Él decía que era estudiante. Había estado en Barcelona de pescadero. Me contaba su vida y yo le contaba la mía. Tenía un nombre muy raro, no me acuerdo siquiera. Trabajábamos los dos en el mismo turno. Fíjate si era listo, que me dijo una noche:

—Mañana voy a la oficina. Me he enterado que van de aquí de la fábrica a Barcelona dos furgonetas con muestras de la ropa y cada DKV lleva dos tíos. Voy a presentarme a la oficina para hacer el servicio de las dos furgonetas yo solo, porque Barcelona la conozco igual que mi casa, he estado allí de pescadero... —no sé cuánto tiempo dijo que había estado—. Esta gente va allí y, como son tan tranquilos... —es verdad, los alemanes eran muy tranquilos, una gente muy gansa, y el moro era una avispa.

## REGRESO A LA PUEBLA: EL TRABAJO DE ALBAÑIL

Estuve en Alemania catorce meses solo y eso es duro. No quise volver más solo. Cuando vine, me coloqué a trabajar con unos albañiles. Aquí me pagaban un duro a la hora y allí tres marcos, nueve duros. ¡Fíjate la diferencia! Aquí echaba con los albañiles diez horas y ganaba cincuenta pesetas. Allí echaba diez horas y ganaba 500 —las dos horas extras las pagaban el 50 por ciento más.

## EL CAMIÓN

Después fui al ayuntamiento a decirles si querían que les hiciera el servicio de recoger la basura del pueblo. Estaba de alcalde Don Antonio Fernández y el secretario era uno de Almaciles que estaba casado con una de la Casa Moya. Nos entendimos y me hicieron un contrato. Como traje unas perras de Alemania, me compré un camión. Dejé los albañiles y me dediqué a trabajar con el camión. Estuve cuatro o cinco años, pero me daban poco. Fui varias veces al ayuntamiento a ver si me daban más. Ya un día fui enfadado y les dije:

—Si no me dan tanto, no salgo más con este servicio.

Y así lo hice.

## LA VENDIMIA EN FRANCIA

Entonces me dediqué a ir a Francia las temporadas de la vendimia. A primeros de septiembre, íbamos mi hijo y yo a Francia y estábamos cerca de dos meses en la vendimia. Íbamos, echábamos la campaña allí y nos veníamos.

## LA RECOGIDA DE LA ACEITUNA EN JAÉN

Cuando llegaba el invierno, nos íbamos a recoger la aceituna a Jaén, en un pueblo que se llamaba Villanueva del Arzobispo. Allí pasábamos el invierno. A la recogida de la aceituna íbamos la familia entera. Nos daban vivienda. El día que trabajábamos, trabajábamos, y el que no, pues nos estábamos en la casa. Aquí el invierno era malísimo y no se ganaba nada. Íbamos allí y yo ganaba mis perras. Yo trabajaba allí con un tractor, recogiendo los sacos de las aceitunas y labrando la tierra. Mi mujer trabajaba recogiendo la aceituna.

Allí se vivía como los húngaros. La gente de allí era peor todavía que la de aquí. Me acuerdo de un día que estaba lloviendo y una familia de las que había en otra casa —había cinco o seis metidos en la misma casa— decía que les caía el agua. Fue el patrón a decirme que yo era el que más anchura tenía y nos teníamos que reapretar para que se metieran algunos allí. Le dije:

—Hay que tener poca conciencia para decirme a mí que me tengo que reapretar.

Su mujer, que era maestra de escuela y, quieras que no, era más educada que él, dijo:

—¿Cómo? ¿Y eso, por qué?

—¡Hombre, que tiene usted una casa como un palacio y la tiene cerrada y nosotros estamos viviendo aquí como los húngaros! ¡Y que nos diga que

tenemos que reapretarnos!

Él empezó a hablar, pero le dijo la mujer:

—Cállate, Alfonso, que lleva mucha razón.

Era verdad. ¿A qué va el tío a decirme que yo era el que tenía más anchura y que tenía que hacer un hueco para que se metiera la otra familia, si tenía todo un caserío cerrado? Le dije:

—Si usted se pone así, ahora mismo cargo mis cosas en mi camión y me voy.

—No, hombre, no —me contestó—, usted perdone, que eso...

—Es que no sé cómo piensan ustedes —le dije.

No hay derecho a tener la gente así.

La temporada era de cincuenta días. Fuimos tres años.

## TRABAJO DE TRACTORISTA

Luego, ya me lié aquí de tractorista. Me quité el camión porque era pequeño y un camión pequeño no tiene trabajo. Nada más es para matarse uno a trabajar cargando. Así que dije: “Me busco la vida de otra manera, así no trabajo”.

Entonces me dediqué a labrar con el tractor y a segar con la cosechadora por ahí. En el verano empezábamos a segar con la cosechadora en el campo de Cartagena y terminábamos en Burgos. Nos tirábamos tres meses por ahí segando. Íbamos el patrón de la máquina y uno o dos maquinistas, según.

Luego eché una máquina de mi cuenta con otro socio. El primer año en que la compramos, cuando terminamos la campaña, se prendió fuego y se quemó. Todo perdido. El seguro nos engañó. Fuimos tres veces de juicio a Madrid y cada vez nos daban menos perras. La última vez que fuimos, le dije al socio:

—Hoy, con lo que nos den, me conformo. Si tú quieres seguir de juicios, sigue. Yo no.

Se aprovecharon de nosotros. Claro, la gente que sabe siempre se aprovecha de los inferiores.

## HIJOS

Tuve cinco hijos. El mayor y el que le sigue se llevan cinco años. Los otros vinieron porque Dios quiso que vinieran, pero no porque quisiéramos tener más. Vinieron y ahí están.

Lo peor que hice fue enseñarle al mayor a llevar el camión. Cuando terminó aquí los estudios, lo mandé a Huéscar a continuar estudiando. Pero a los dos o tres meses de ir a Huéscar, una noche dijo:

—No voy más a Huéscar.

—¿Y eso? —le pregunté

—Porque no me gustan las comidas que dan allí.

—Entérate cuánto puede costar comer por allí —le dije.

—Eso vale doscientas pesetas todos los días —me respondió.

Así que le dije a su madre que le diese las doscientas pesetas. Yo quería que estudiara. Pero al cabo de una semana, volvió otra vez a decir:



2. Efrén en la fábrica de cucharas en Dusseldorf, Alemania, 1960.



3. Efrén con unos amigos .

— Ya no voy más.

— Muchacho, pues nada, ve a casa de los Marines y compra una pala para cargar arena al camión, que te vienes conmigo —le dije.

Eso lo vio estupendo. ¿Pero iba a estar cargando arena todo el día, dos o tres camiones?

Entonces hablé con mi primo Cecilio, que tenía el taller, y le dije:

— Mira, ¿por qué no te traes al taller a mi zagal?

— Que se venga mañana mismo —me contestó—, pero no le doy un duro.

— No le des nada, pero si aprende...

Fue y le enseñó. Ese ha sido su trabajo. Ahora ya trabaja de su cuenta. Ha montado un taller de aluminio debajo de mi casa.

El que le sigue se hizo guardia civil y está en Baza. Luego viene mi Fili. Después, mi Jesús, que trabaja con su hermano en el taller. Por último, viene la chica, que está casada con un guardia y viven en Almería.

Esa es mi vida.





# JULIÁN TRUJILLO EGEA (1933)

Julián nació el 19 de enero de 1933 en un cortijo en Puebla de Don Fadrique. Sus padres fueron labradores y vivieron en el cortijo los *Morenos*. Tuvieron cuatro hijos. Julián fue el tercero. Aunque era muy pequeño, comenta algunos recuerdos que dice tener de la Guerra Civil. Comenzó a trabajar cuidando animales en el campo desde niño. La única formación que pudo recibir; fue la que daban los maestros ambulantes en esa época. Menciona algunos aspectos de la vida cotidiana en esos primeros años de su vida. Como la mayoría de los varones de su generación, su vida cambió a raíz de tener que hacer el servicio militar. Lo pasó en Valladolid y Santiago de Compostela. Una buena parte de sus relatos se sitúan en esa época. Describe pormenorizadamente la importancia de las relaciones de patronazgo en el ejército entonces. También ofrece su opinión sobre la figura del Caudillo, a quien tuvo ocasión de ver varias veces mientras estuvo en el ejército. Cuando regresó de la mili, continuó viviendo en casa de sus padres durante varios años más. En ese tiempo conoció a su mujer y mantuvo un largo noviazgo con ella. Se casaron en 1962. Los dos primeros años después de casarse, continuaron viviendo y trabajando en casa de sus padres. Posteriormente, le contrataron como guarda en la *Fuente del Puntal*. A partir de ahí, empezó a ahorrar y establecerse por su cuenta. Al cabo de un año y medio, se fueron a vivir a la Puebla. Compró un tractor pidiendo préstamos y empezó a trabajar a destajo para pagarlo y sacar adelante a su familia. Tuvo siete hijos. Perdió uno en un accidente. Su historia personal está llena de relatos de vida, en los que describe sus experiencias y las compara y valora relacionándolas con la vida actual. Es fácil apreciar muchos de los valores de su generación y la importancia que han tenido en su vida.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el diecinueve de enero de mil novecientos treinta y tres.

### FAMILIA DE ORIGEN

Cuando yo nací, mis abuelos ya se habían muerto. Mis abuelos, por parte de mi madre, se llamaban Valentín y Tomasa. Tenían su molino en las Santas.

Mi padre se llamaba Emilio Trujillo Martínez y mi madre Mercedes Egea Sánchez. Mi padre era labrador. Mi madre trabajaba en el cortijo. Cuidaba también de los animales, nos hacía las ropas, hacía los amasijos de pan, lavaba...

Nosotros hemos hecho la vida en un cortijo que le dicen los *Morenos*. La finca era de una dueña que se llamaba la tía Dominga. Ella vivía aquí, en la

Puebla . Nosotros estábamos a *partido*, que se decía: si tenía cien fanegas, le correspondía el tercio. Nuestra vida ha sido luchar ahí, en los *Morenos*, con cuatro *animaluchos*.

En el cortijo había lo menos cuatro vecinos fijos y uno que iba y venía, se llamaba Daniel, el “Cuezco” le decían. Era el que más estaba por allí. Tenía sus tierrecicas, bajaba del pueblo, las hacía y así. Los demás vivíamos allí con cuatro *tierrezuchas* que teníamos, *animaluchos*, viviendo, íbamos *chapeando* la vida. Esa ha sido la historia.

Hemos sido cuatro hermanos. Yo soy el tercero. Me llevo cuatro años con el mayor, dos con el siguiente y veinte años con el chico.

## RECUERDOS DE LA GUERRA

Cuando la Guerra yo era zagalote, tendría unos tres o cuatro años. Me acuerdo como si fuera hoy. Estábamos en el cortijo y asomaban los comunistas con unos lazos colorados, montados en los caballos. Llegaban allí, entraban al porche, a lo mejor había dos chotos que estaban buenos, pillaban y se los llevaban. No podías decirles nada. Encima eran capaces de pegarte un tiro allí. Mi padre tenía que callarse.

Otro día dieron un chivatazo. Mi padre tenía una escopeta de esas que se cargaban por la boca. No sé quién se lo diría, que un día asomaron por allí y dijeron:

—Saque usted la escopetilla esa que tiene.

—Vale, bueno, sí, tengo una escopetilla —les dijo mi padre.

Se la dio a uno de ellos. Ese la puso en el escalón y la partió con el pie.

Se llevaban los borregos y se pegaban ellos unos lotes de comer por ahí, unas comilonas... Decían:

—En tal sitio están de comilona, en tal sitio tal...

Luego cogieron a la señorita ésta de *Campillejos*. No sé esa mujer qué haría, para hacer lo que hicieron con ella. La cogieron y fueron hasta el puente hierro, le cortaron los pechos y la fusilaron allí. Otro cura que trajeron de Almaciles, también lo fusilaron ahí.

Luego dicen que el Franquismo hizo daño. ¡Qué daño!, pues si los otros hicieron más daño. Eso fue lo que yo vi aquí, se llenaron las manos de sangre. Luego los afeitaron, claro. Todo esto era zona republicana. Si tuvieron la Guerra casi ganada, lo que pasa es que no hicieron nada más que destrozar. Si la Guerra la tuvieron ganada pero, claro, se dedicaron a llevarse el choto, el borrego, el marrano, los jamones, a coger las mulas, juntarlas en cualquier sitio, en fin, a destruir. Por eso perdieron. Si no, no habrían perdido la Guerra. La gente, así que vio la cosa... Una nación tiene que producir, si vamos a rematarla...

Cuando tiraron las bombas en la Puebla, me acuerdo que una cayó una conforme subes para la carretera por San Gregorio. Hay una puerta que todavía está quitada la tabla del golpe que le pegó la metralla. Todo el mundo estaba asustado. Muchos se subieron a la sierra huyendo de la quema, como no sabían el giro de aquello y esta gente no sabía nada más que hacer daño...

Mataron a dos muchachos que había, que eran talentos, que hicieron el puente de Santiago. Aquellos eran obreros. Decían que iban a por los señoritos, que iban a matar a los señoritos. Aquellos eran obreros. ¿A qué se metieron con esas criaturas? La política aquella era muy rastrera.

Nosotros hemos sido personas honradas en el trabajo y de política, nada. Hemos luchado la vida trabajando, haciendo lo que hemos podido, porque Dios nos ha ido ayudando y hemos ido viviendo.

## EL NIÑO HAMBRIENTO Y EL CURA

Cuando terminó la Guerra, había mucha hambre. El que no tenía nada, que no tenía absolutamente nada, ni un *piazo* de tierra para sembrar, ni nada, pasaba hambre viva. Las cáscaras de las naranjas las pillaban al vuelo y seguramente sacaban raíces para comer. Una cosa fea. Estaba *enmallada* toda la gente. El que tenía su *miajuca* de tierras sembradas, iba tirando, pero el que no tenía nada, pasaba hambre.

Me acuerdo que estando un día en la plaza pasó el cura, Don Manuel —fue el cura que más años estuvo en la Puebla de continuo. Había un chiquitillo que tendría dos o tres años, no más, pero el hambre era muy viva. Le gritó:

—Cura, cura. Dame una limosnica por Dios.

El cura echó mano al bolsillo y sacó un puñado de monedas. Estuvo escogiéndola hasta que halló la perrilla. La perra gorda no se la daba. En fin, menos mal que le dio algo. Yo miraba y me preguntaba: “¿Le dará más, le dará menos?”. Me daba lástima de ver al crío. La verdad es que tenía mucha hambre. Yo, gracias a Dios, no he conocido el hambre, porque mis padres en el cortijo nos hinchaban de pan y de comer. Fruta no había, pero sí tocino y chorizos de las matanzas.

## JUEGOS

Cuando teníamos tiempo, que había poco tiempo, nos juntábamos cuatro vecinos que estábamos allí, cuatro *zagalotes*, y jugábamos al caliche y a la rayuela. Eran los únicos juegos que había entonces. Para jugar al caliche hacías un mojoncillo, como una piedra levantada y entonces le ponías encima la tapa de una caja de cerillas. El que la derribaba, ganaba. Se tiraba de lejos. Con esto te entretenías un poco, pero muy poco, no tenías tiempo. Teníamos que cuidar de los marranos y de las ovejas. El ratillo que podíamos, decíamos:

—Venga, vamos a echar un ratico, ala.

Pero muy poco. No tenías tiempo, para estar como ahora está la juventud. Teníamos que estar detrás de los animales continuamente. Con ocho años, yo ya iba con las ovejas o si no, con los marranos.

## MAESTROS

Por el cortijo iba algún maestrillo que se escapaba. Tuvimos uno que le decían el “Bayo”. Luego tuvimos a Paco Zaranda, que ese ha sido nombrado en la Puebla. Otro “cojico” venía de *Pedrarías*. En fin, pero aquello era estudiar, ya ves, con el libro y las ovejas allí en la orilla de las siembras, que tenías que estar pendiente de que no se te fueran. Te tirabas una hora con el maestro y de seguidas salías zumbando. Nos enseñaban las cuatro reglas, dividir, multiplicar y sumar. Eso era lo que más sabían ellos también. Eran maestros —qué te voy a decir— que se habían enseñado algo y daban clase, pero no eran profesores. Eran *mastruchos*.

Entonces la vida es que estaba muy atrasada, en fin, que no había adelantos de nada. Yo muchas veces le decía a Paco Zaranda, que era el que más sabía:

—¡Coño!, ¿por qué no me hace usted un documento, algo para que yo sepa?

Porque él hacía unos documentos, unos testamentos, mejor que el notario. El tío sabía hacerlos muy bien. Cuando el tío se ponía a hacer algo, tenía que estar solo. No quería que le molestara nadie. Fue escribiente en el ayuntamiento y no sé por qué lo echaron. Seguramente fue por cuestión de la Guerra o algo.

## CÓMO IBA VESTIDO DE PEQUEÑO

De pequeño, yo iba vestido con mis pantaloncillos cortos, mi abrigoillo, los calcetines de lana, que entonces era lo que más se usaba. El calzado eran las esparteñas aquellas que se hacían que, para que nos duraran algo, hacíamos con las asas de los calderos como unas herraduras y se las metíamos y le pasábamos unos alambres. Si no les ponías aquello, te duraban un día. Cuando salías corriendo porque se te iban las ovejas, ¡válgame!, te dabas un *chisconazo* en los tobillos y veías a Dios. Era una vida un poco... Si eso lo tuviera que hacer hoy la juventud, se moría. Entonces se pasó mucho.

## COMIDAS

Comíamos lo corriente: la olla que se decía, el pucherico en la lumbre, las migas, algún *fore*<sup>1</sup>, el chorizo, porque se hacían matanzas. Matábamos dos o tres marranos para todo el año.

## AGUA

Allí no conocían el agua. Si acaso, lavarse la cara —ponías la zafa— y ya está. El año que llovía mucho, salía una fuente y entonces se llenaba un charco. Yo me recuerdo que de zagalote, me tiraba allí para bañarme. Estuvo, por lo menos, tres o cuatro años saliendo la fuente aquella, pero después se secó. Pero,

---

1 Comida típica de la Puebla, una especie de puré.

antes de eso, no había agua. Íbamos a los *Tornajos* a por la carga de agua para beber, y a otro pozo que teníamos cerca del *Porche de los Cabrerías*. Teníamos una tinaja, que la llenábamos para lavarnos la cara y las manos cuando nos levantábamos. Esa era la ducha que teníamos allí. Ahora, sin embargo, estamos como los patos, siempre metidos en el agua.

## JABÓN

Jabón había mucho. Se hacía casero con el pringue de las matanzas. Salían calderos llenos de jabón. Después lo cortaban en *trocetes*. El jabón era mejor que ahora, sí era bueno. Te lavabas y te levantaba la piel, ¡digo! Era buenísimo, para las heridas y para todo. ¿No ves que eso quema? Se quemaba la herida y se curaba.

## LA SIEGA

Para la siega había que buscar segadores. Lo demás —la siembra, la trilla y todo eso— lo hacíamos nosotros. La señora se llevaba su partido. Si era el tercio, de las fanegas que se sacaban, se le daban las que le correspondían limpias.

Recuerdo que cuando empezamos nosotros a segar, ya con gente, ganaban a duro. Luego fue subiendo aquello y ganaban a seis, a siete pesetas. Luego, cuando ya ganaban a diez, había que recoger bastante cosecha para ir medio costeando aquello. Nosotros teníamos la ventaja de que teníamos ganado. Con los borregos sacábamos el dinero para pagar a los segadores. Con la siembra no podías pagarles, con lo que valía el grano y lo que se recogía, nada. A los segadores había que dejarles una habitación en el cortijo para que durmiesen. Ellos comían, cenaban y dormían allí. Cada quince días, a los mejor, subían y se mudaban.

## LUZ

Para alumbrarnos en el cortijo usábamos el candil, la pava y el quinqué. El candil era un *cacharrete* con una punta. La pava era parecido a un candil, pero con un cañón.

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili con veintinueve años. Me tiré diecinueve meses en la mili: cinco en Valladolid, haciendo la instrucción, y el resto en Santiago de Compostela [fotos 1-3]. Fui destinado a Santiago, porque tenía una *miaja* de enchufe, y me dijeron:

—Para estar a gusto, como Santiago no vas a pillar otro sitio.

Los peores meses fueron en Valladolid. Allí las pasé canutas. En Valladolid se pasaba más hambre que un galgo. Allí nos dieron cuatro fideos bailando en el agua durante todo el período de la instrucción. Gracias a que yo llevaba algo de la casa y algún dinerillo; si no, habría pasado más hambre que un galgo. Haciendo instrucción todo el día con los cuatro fideos, ¡cualquiera aguantaba!

Había algunos que caían al suelo como trapos. No nos daban de comer. Sin embargo, en Santiago ni los señores comían como nosotros. Allí nos sobraba comida. Yo llegué a pesar ochenta kilos, lo que no había pesado en mi vida. No hacíamos nada. Sin embargo, los de tierra tenían hambre. Yo estuve en aviación.

El cuartel era grande. Estábamos lo menos tres o cuatro compañías, y en cada compañía me parece que estábamos más de mil tíos. ¡Fíjate si había militares allí metidos!

El capitán con el que yo iba recomendado se llamaba Don Luis Sordo Pastor. Aquel tío valía. Le mandó una carta otro capitán, Felipe, que yo tenía aquí. Al recibirla, me llamó y me dijo:

— ¿Es que tu familia es del capitán?

Este Felipe valía, lo atendían. Sin embargo, otro amigo mío fue recomendado por el coronel que tiene un cortijo aquí arriba, y no le hicieron ni puto caso, con ser coronel. Pero este mío, cuando cogió la carta, me llamó en el momento y me dijo:

— ¿Usted es familia de Don Felipe?

— Sí —era medio pariente, bastante retirado.

— Pues escríbele y dile que haré contigo toco lo que pueda.

Yo miré arriba y pensé: “Ya estoy enchufado. Ya lo voy a pasar mejor”.

Antes de quince días, me llamó el capitán y me dijo:

— Julián, le voy a dar malas noticias. Se va a ir lejos de su casa, pero va a estar tan a gusto que no se va a enterar de lo que es la mili.

Pensé: “¡Hostias!, voy a tener suerte. Dice que voy muy lejos, pero si voy a estar a gusto, a mí me da lo mismo estar lejos que cerca”. Continuó diciéndome:

— Mira, para los permisos te pillará más lejos. Los permisos son muy cortos ahora.

— No, no —le dije—, a mí con que me den un mes...

— Si es que será difícil que cojas un mes —me dijo.

Efectivamente. Cuando ya se acercaba el verano, le dije al capitán de Santiago:

— Mi capitán, ¿podría coger el permiso ahora para hacer la faena veraniega, que hago falta en mi casa?

— Hombre, nosotros no podemos hacer nada. Esto tiene que ser oficial, que venga de Madrid —me contestó.

Entonces me llegó un permiso de quince días. Le dije:

— Mi capitán, si eso lo echo nada más que en el camino —para venir aquí, echaba tres noches y tres días en los trenes borregueros aquellos que había—.

Entonces no me interesa. Voy a echar el tiempo en el camino.

— Pues acércate a ver al coronel, que a lo mejor puede avanzar algo —me dijo.

Fui a ver al coronel, Don Juan López García:

— Buenos días, mi coronel.

— ¿Qué quieres, chico? —me preguntó.

— Mire usted, mi coronel, que, según me ha dicho el capitán, tengo quince días de permiso, si no...

— Pero, ¿qué quieres? —me repitió.

— Por los menos un mes. Ahora, con la faena, mis padres me necesitan —le dije

—¡Ay, chico, pues yo no puedo hacer nada! Si estuvieras más cerca, te daba tiempo. Si ocurre cualquier cosa, te podría llamar. Pero así, tan lejos...

Claro, yo lo comprendí, y pensé: “A éste no le saco yo punta”. Total, que viendo que no, le dije:

—Mi coronel, pues lo siento, pero ya sabe usted lo que pasa con las faenas éstas.

—Pues, chico, lo siento yo también mucho, pero es que no puedo hacer nada. En fin, espera un momento.

Pensé: “Este quiere algo”.

—¿Tú sabes dónde viven los jesuitas? —me preguntó.

—Sí, estuve el otro día con uno de ellos. Viven en la calle tal.

Los jesuitas seguramente tenían más fuerza que los curas y los obispos, porque aquellos tíos tenían un cuello que parecían toros, de lo gordos que estaban.

Escribió cuatro letras en un papel y lo metió en un sobre. Me dijo:

—Dáselo a ellos.

Fui a verlos. Toqué a la puerta y salió uno. Me dijo:

—Hola —eran muy atentos—. ¿Dónde va este militar?

—Mire usted, vengo a verlos. Me pasa esto y deseo a ver si pudieran ustedes hacerme este favor, que lo necesito porque están mis padres solos y tal.

—¿Y qué quieres?

—Tengo quince días de permiso y quisiera a ver si pudiesen conceder otros quince, un mesecillo.

Luego me pesó no haber pedido más. Abrió los ojos el tío, tan gordo como estaba y dijo:

—¡Ah, chico, pues eso está hecho!

Se metió para dentro, volvió y me dio otro sobre para el coronel.

Los militares tenían que hacer lo que decía esa gente. Teníamos el camión de la mili para el servicio y, como abrían la boca para decir que lo necesitaban para llevar lo que fuera, el servicio se perdía y se lo llevaban. Aquella gente tenía mucha fuerza. A mí me chocó aquello.

## LOS SUSTOS DEL CAPITÁN

Un día, nos montamos en un avión y nos asustó el capitán que teníamos. Estábamos tres o cuatro. El tío empezó a hacer puñetas. Dijo:

—Llevamos el avión averiado.

—Mi capitán, ¿qué es lo que pasa? —le pregunté.

—Esto va mal, algún motor va fallando —me respondió, al tiempo que puso el avión para arriba.

De repente dijo:

—Ya.

Nosotros pensamos que nos íbamos para el suelo, pero en seguida volvió a su sitio. El tío nos miró y se descojonó, porque sabía que nos había asustado.

## CÓMO SE LIBRÓ DE QUE LO PELARAN

En aviación era donde mejor se estaba. No pelaban a la gente tanto como en tierra. A mí no llegaron a pelarme. Quisieron pelarme. Voy a contar el caso. Teníamos un capitán que le decían el “Coyote” porque tenía mala *follá*. Entonces, casi recién llegado yo allí —yo ni conocía al capitán, ni a nadie— dijeron los veteranos:

—Vamos a la Semana Santa esta noche.

Yo estaba deseando ver la Semana Santa, no la había visto y pensaba que tenía que ser mejor que en mi pueblo. Como teníamos la ropa de paisano, nos pusimos nuestro trajecillo y ala. Cuando íbamos ya cerca (los veteranos conocían al capitán, yo no) los veo que se vuelven ligeros. Les pregunté:

—¿A dónde vais ahora?

—Vamos al cuartel. ¿No has visto al capitán González? —me dijeron.

—Yo no conozco al capitán González.

—Vamos antes de que llamen, que vea que estamos allí.

Llegamos allí y al rato nos llamaron. Uno de los veteranos dijo:

—Será mejor decírselo al cabo primera, que nos han mandado a lo que sea y así nos escapamos.

¡Cojones!, el cabo primera se ve que le había pegado una patada en los huevos en la revisión, y le temía como a una cosa mala. Fue a decirle eso. En seguida cogió el tío el teléfono y se lo comunicó al capitán.

—Mi capitán, ¿qué hacemos con los chicos estos que ha visto usted que iban a deshoras de la noche?

—¡Que los pelen inmediatamente! —dijo el capitán.

Les dije a los veteranos:

—Parece mentira que llevéis tanto tiempo aquí y seáis tan gilipollas y tan tontos. ¿Para qué tenéis que decirle nada?, ya que estábamos aquí tranquilos. Ya habría avisado el tío, si nos hubiera visto.

Nada, el cabillo fue el que nos descubrió. Total, que fuimos a pelarnos. Yo dije para mí: “Yo no he dado motivo para que me pele este tío, el cabo primera”. Me hice el zombi, mientras los otros se fueron a pelar, a ver si el *cabucho* no me decía nada. Pero me vio y me dijo:

—Oye, Julián, a ver si vas a dar lugar a que saque el coche, te monte y te lleve a la barbería.

—No se preocupe mi primera, que yo sé ir a la barbería —le dije.

Salí por la puerta de la compañía y fui a ver al comandante, que era una bella persona y ya tenía amistad con él.

Llegué y no estaba. Sólo estaba la señora. Le dije:

—Muy buenas.

—Muy buenas —la señora era muy simpática también—. ¿Qué desea? —me preguntó.

—Pues mire, que vengo a ver al comandante.

—¿Qué ha pasado?



—Pues nada, que subimos anoche a ver la procesión y yo no conocía al capitán González. Dijeron los veteranos que lo vieron, el cabo llamó y nos ha mandado pelarnos.

—Este tío lleva muchas hechas. No sé como lo aguantan —dijo ella.

Al cabo de una *miaja*, asomó su marido:

—¡Hombre!, Julián, ¿qué haces aquí? —me dijo el tío muy contento.

—Mi comandante, me pasa esto: quieren meterme a la cárcel.

—¿Y eso?

—He cometido un delito, porque quería ir a ver la procesión de la Semana Santa y, por ese delito, me van a meter en la cárcel, me van a pelar, me van a hacer polvo —le expliqué.

—Hombre, porque ibas a ver la Semana Santa te van a pelar y te van...

—Sí, los compañeros han tenido que ir a pelarse ya. Yo me he hecho el *longuis* un poquillo, hasta que no lo viera a usted y viese lo que me decía.

—Bueno, Julián —le dio risa—, te voy a decir una cosa: Hay que obedecer porque, si no se obedece, esto sería una casa de putas. Pero, en fin, tú te vas a la compañía y no te cortes el pelo hasta que yo no lo mande. Cuando yo lo mande, entonces te cortas el pelo. Si alguien te dice algo, le dices secamente que he dicho yo que no te cortes el pelo hasta que yo lo mande.

Cuando escuchó aquello el otro capitán, que se lo dijo el asistente, dijo: “Este es un niño chulo y tiene que acordarse de mí”. Yo dije para mí: “Tú me tendrás idea pero, como yo pueda, no me vas a enganchar a mí en nada”.

Teníamos una nave con bidones de gasolina para los coches y el helicóptero. Aquello tenías que tenerlo muy limpio. El tío llegaba y yo le hacía el saludo:

—A su órdenes, mi capitán.

No me decía buenos días, ni nada:

—Abre la puerta —me decía.

Se la abría, se asomaba allí (parece que lo estoy viendo con la gorra, los ojos que se le saltaban) y salía.

—A sus órdenes —me despedía.

Pero él no me contestaba.

Al final, me libre de pelarme. El enchufe hizo mucho. Si no hubiera estado enchufado, me habrían hecho cortarme el pelo.

## FRANCO

Vi a Franco varias veces. Una de ellas lo vi en Valladolid. Nos tuvieron formados lo menos tres o cuatro horas, esperando a que llegara. Entonces nos mandaron romper filas. Le dije al capitán que estaba al lado mío:

—Mi capitán, ¿es que ha pasado? Yo no lo he visto.

—No —me respondió—, es que ha mandado un parte diciendo que hoy no viene, que a lo mejor lo hace mañana. Así que tendremos otra vez el servicio.

A otro día, volvimos a formar. Estaba el teniente coronel conmigo. Me dijo:

—Tú, cuando veas un coche con el banderín, no mires, que ahí no va. Ahí irá algún capitán o general, pero no el Caudillo.

Empezaron a pasar coches y coches, hasta que lo hizo un Citroën en el que iban un coronel, un general y el Caudillo. Entonces me dijo:

—Ahí va. Ahí sí que va.

Franco era igual que Don José, el médico, igual de alto y con la misma cabeza. Yo no vi que fuera malo. Durante la revista, el tío fue haciéndonos el saludo a todos los militares con una sonrisa, muy campechano. Sin embargo, a los de arriba los llevaba derechos. Los generales se veían negros para seguirlo. El tío no comía nada de langosta con ellos, ni comilonas. El tío era militar. Con todo lo que me digan a mí, el tío, para el obrero, no era malo. Le gustaba ser militar. Yo, lo que vi, es que a los militares chicos los saludaba atento y con los más gordos era más serio, los tenía derechos, seguramente el que la hacía, la pagaba. Para eso, valía. El tío era militar. En los pueblos estos pasaba una cosa: no había nada más que cacicones y abusaban de toda la gente. Franco, si se hubiera enterado de aquello, puede que le hubiera cortado el cuello a más de uno.

Aquí vi yo cosas, cuando era zagalote, con los Miguel Bañón y toda esa gente... Nosotros teníamos un plazo de tierra con unos garbanzos plantados y yo subía del cortijo a ver si estaban para recogerlos. Cuando bajaban los leñadores para abajo, los civiles estaban preparados a la puerta del cuartel para quitarles la leña y traérsela para el hospital. ¿Por qué era aquello? Porque los Bañones no querían que entraran los obreros en sus fincas para llevarse leña, ni nada. Si ibas a por una carga, tenían que hacerte un papel y tenías que pagarla a peseta o a lo que fuera para traértela. Los civiles, entonces, eran los guardaespaldas de ellos. Los señorítangos aquellos eran los que mandaban entonces. Pero, que me digan a mí que Franco ha sido malo. Algo de daño haría, como cada cual.

## NOVIAZGO

Cuando me fui a la mili tenía ya una *miaja* de novia, pero allí me puse de novio también con una gallega muy apañada. Le tomé cariño a la zagala y ella a mí. Lo que pasa es que pensé: “¡Hostias!, cualquiera viene a Santiago a casarse. Si hubiera estado más cerca, a lo mejor habría sido aquella mi señora.

La conocí paseándonos. Los domingos nos poníamos de paisano y salíamos por allí de paseo con las zagalas. Ya nos enamoramos. Ella estaba loca perdida. Decía que cuándo me iba a ir, que cuándo nos íbamos a casar. Yo decía para mí: “Me gusta la zagala, ¿pero quién viene a por ella?” Habría tenido que llevar a Santiago a toda la familia para la boda. Y, con el oficio que tenían mis padres, ¿qué habríamos hecho con todos los *animaluchos*: las mulas, las yeguas, los potros...? Así que dije que no. Cuando me licencié, me vine sin decirle nada. Ella me mandó una carta. Un día me dijo mi padre:

—Esto es para ti.

Yo no lo esperaba. Entonces le escribí diciéndole que tendría que haberle dicho algo cuando me vine, pero que, como las cosas se hacen tan rápido (estaba deseando coger la maleta para venirme). Ella no me volvió a escribir, ni yo tampoco.

Aquí ya tuve varias novias —una en Almaciles, otra en la Puebla, otra en el *Porche*, otra en la *Loma*... —, pero no llegó a gustarme nada más que mi mujer. A ella se lo dije claramente:

—Tú no te escapabas ni dando saltos.

Me tiré tres años de novio con mi mujer.

La conocí en las fiestas. Me tropecé un día con ella en la carretera. Subía con su hermana. Ahí, en el puente, fue donde la tiré el piropo. Le dije:

—Muchacha, desde que te conozco me tienes ya que me hierve la sangre.

¿Quieres casarte conmigo?

Se me quedó mirando y me dijo:

—Para casarme con otro, me caso contigo.

Desde entonces, nos pusimos de novios. Veníamos al pueblo en las fiestas. Iba al cortijo.

A las mujeres no las dejaban ir solas. Cuando llegaba un domingo, que salíamos a pasear, iban tres o cuatro chicas juntas con la pareja. Para entrar en la casa de la novia tenías que pedir permiso. Si no, tenías que quedarte en la puerta. Ahora pillas y te llevas la zagala, te paseas con ella para allá y para acá, pero entonces estaban las abuelas encima de ellas. No tenías tiempo ni para besarla. Ibas al cine y si no venía la madre, venía la hermana, pero a solas no la veías nunca. Con mi mujer yo llegaba al cortijo de *Reolíd* de noche y, si me salía a la puerta, la madre se salía, si nos poníamos al lado de la lumbre porque hacía frío, ella se asentaba allí en el rincón. ¿Tú crees que un noviazgo de esos era correcto? ¡No disfrutabas ni un momento con la novia! Ya, una vez, en una *miaja* descuido que se fue la madre, la cogí y le arreé dos o tres besos. Ella quedó más colorada que los tomates. No se esperaba eso. Aquello era peligroso.

Se pasaba bien, dentro de lo que cabe, pero no era como ahora. A mí me parece que las solturas de hoy no son buenas tampoco. Los zagales están acostumbrados tan pronto a tener una como otra. Como ellos están como los perros, que lo mismo les gusta una, que la otra, de ahí vienen las separaciones y todas esas cosas. No es como antes, que te ponías de novio y te tirabas tiempo con ella. Eso requiere cariño. Cuando un tío se tira tiempo con una novia, pin, pin, le toma un cariño y la quiere más que si fuera de la familia. Cuando veo que se casan y en dos meses se separan, es porque ellas se confían y ellos son unos *pillavispas*, porque como las tienen a puñados... Yo veo que salen algunas noches por ahí y ellas van detrás de ellos que se los comen y ellos casi no hacen caso. ¿Por qué? Porque están hinchados. Ahora bien, te pones de novia con un zagal que esté en su sitio honradicamente y yo te aseguro que ese te coge cariño y lo tienes para toda la vida, hasta el final. Pero estos noviazgos de ahora, yo no los veo claros. Un noviazgo, para que venga a roce, tiene que ser de cariño, de aguantar y no faltarse. Yo, durante los tres años que me tiré de novio, no le dije a ella una palabra mala y ella hizo lo mismo conmigo. Yo me casé y ella no podrá decir que yo la he contestado o la he mandado a tomar viento. Hay que respetarse, porque si yo te digo que tú eres una perrera, enseguida tienes que contestarme y de ahí viene todo lo

malo. Yo, la vida, la he conocido así . Antes pasaban también cosas, también salían embarazadas, pero había un respeto bastante grande. Si te ponías de novio con una, es porque te gustaba. Cuando un noviazgo lleva tiempo, siempre que hay respeto, va para adelante.

## CAZA

Si te gustaba la caza, a lo mejor, el día de la Virgen<sup>2</sup> —que dejabas la era parada, que esos días no se trillaba—, entonces te ibas de caza. Salías y matabas la liebre, el conejo... Te distraías aquel día.

## PASCUA

En la Pascua salíamos, hinchados de trabajar. En Nochebuena nos juntábamos todos los vecinos. Salíamos de la *Casa del Pino*, nos metíamos por las *Lomas*, a continuación *Valdía*, *Villaflores*, desde ahí pasábamos al *Porche de los Cabrerías*. Estábamos toda la noche zurriando, pidiendo aguinaldos. Uno te ponía una torta, el otro un rosco... Te hinchabas a comer. Al amanecer, a lo mejor, en el último sitio tenían unas migas preparadas con chorizos. Pero, llegabas aquella mañana a tu casa y el abuelo te tenía preparado el par de mulas con las colleras. Te decía:

—Ya las tienes ahí.

Entonces venía lo bueno. Había que ir a labrar. Ahí te ibas a tumbar, como hacen ahora. Dicen:

—No, que tengo sueño.

Se acuesta el tío y a dormir. Allí, entonces, se respetaba aquello mucho.

## FERIA

La feria era mejor que ahora, dónde va a parar. Venía más gente, más circos, más teatro y había más negocio. En el pueblo hemos estado diez mil habitantes, ¡fíjate si había gente!, y en las ferias, todas las eras esas de arriba, estaban llenas de mulas y de vacas para venderlas. Entonces las ferias daban gusto.

Lo que no me explico es cómo estando la vida tan mal, el movimiento que había de gente y que con poco dinero, se hacía de todo. Me acuerdo que me daban un duro e iba al circo, al teatro, comía turrón, y no sé qué más, y todavía me llevaba la peseta para abajo, todavía ahorraba. Hoy, con cinco euros de esos, no puedes ir ni al circo siquiera.

## ELECTRICIDAD

La luz la tenían entonces los “Macarios”. Se iba la luz continuamente. Veníamos a la feria y nos quedábamos a oscuras. No tenía fuerza el aparato que tenían.

---

2 15 de agosto.



1. Julián durante la mili.  
Santiago de Compostela, 1954.



2. Julián en la mili en Valladolid.



3. Julián (en el centro) con sus compañeros  
de cuartel en Santiago el día de la patrona, la  
Virgen de Loreto.

## DÍA DE LAS SANTAS

Ahora las Santas las dejan ahí en San Roque y suben cuatro gatos a por ellas. Entonces no las dejaban hasta bajarlas aquí. Había más devoción a las Santas que ahora. A mí me gustaba ir todos los años a las Santas, cuando podía. Ahora bien, cuando no podía, que estaba con la faena en el cortijo, no iba.

## COMERCIOS Y BARES

Antes había más tiendas que ahora. De comestibles había pocas. De lo que más había, era de ropa. Estaban los “Marines”, los “Escalones”... Había lo menos cinco o seis tiendas de ropa y ahora me parece que no queda ninguna.

Bares tampoco había casi nada. Estaba la Co..., como le dijeran. Ella se llamaba Antonia. Aquello era una tasca, una *habitacionzucha* más bien pequeñilla. La mujer se metía dentro, te ponía la manzanilla, te ponía la copa de aguardiente —que era lo que más se usaba—, la manzanilla y el *vasucho* de vino. Entonces las cervezas no existían. Me acuerdo que la María tenía también otro puestecillo de esos.

## LA TABERNERA, LAS ACEITUNAS Y EL POLLO

Había otra tasca de esas en la salida de las *Viñas*, que ella era muy joven, muy apañadica. Yo no sé si fue verdad aquello. Dicen que entró un hombre a invitarse. La zagala estaba muy buena entonces. Estaba muy arreglada. Como aquellas eran tascas que tenían mostrador y ella estaba por dentro, ella estaba sentada enfrente. Entonces ya existían las cervezas. Entró el señor y dijo:

—Hola, muy buenas.

—¿Qué desea? —le preguntó ella.

—Ponme, joven, una cervecilla.

—¿Y de tapa?

—Pues unas aceitunas.

El tío empezó a tomarse la cerveza y las aceitunas. Ella estaba sentada. De vez en cuando, al pinchar la aceituna, saltaba una, pum, a la falda de ella. Total, que ella, con la primera, se calló. Cuando le cayó la segunda, le dijo:

—Oiga, señor, tenga usted cuidado, que mire cómo me está poniendo la falda con las aceitunas.

—Perdone, señorita. Yo las aceitunas, al pinchar, siempre saltan.

Bueno, ya se callaron. Cuando el hombre se tomó aquello, le dijo:

—Ponme otra.

—¿Qué va a querer usted de tapa ahora? —le preguntó ella.

—Ponme una tapa de pollo.

Ella se volvió a sentar otra vez en su sitio. Él se quedó mirándola y le dijo:

—Oiga, señorita. Haga usted el favor de levantarse de ahí, que si no le voy a pegar un pollazo.

No te creas que el tío no lo estudió bien aquello. Eso dicen que fue verdad. Eso fue hace muchos años. El tío se ve que tenía ganas de broma con ella y dijo: “Ahora te vas a enterar, si te voy a manchar bien o no, no te voy a dejar”.

## BODA

Me casé con veintinueve años. Le llevo a mi mujer siete años. Nos casamos el día quince de abril. Primero lo celebramos en casa de sus padres y luego en la mía. Lo pasamos bien. Ella llevó un traje de novia blanco y yo un traje muy chulo. La primera noche nos fuimos a Huéscar, a una posada que había allí.

## LA VIDA DESPUÉS DE CASADO

Después de casarnos, me tiré dos años en casa de mis padres ayudándoles, pero sin ganar un duro. Eso era una tontería muy grande que se hacía. Cuando se casa uno, debe ir a su casa. Mi mujer también pasaba muchas temporadas en casa de sus padres. Unas veces se venía mi mujer a donde yo estaba, a casa de mis padres, y muchas noches ella se iba a casa de sus padres y yo iba de noche para dormir con ella. Así estuvimos dos años.

Luego ya me fui de guarda a la *Fuente del Puntal*. Allí gané unas *perrujas* y empecé a ahorrar. Me tiré un año y medio, porque le embargaron la finca al dueño. Ya teníamos un niño. Mi hijo mayor nació en el *Reolid* chico.

Después ya me bajé aquí a la Puebla y con la miajucha de ahorros que tenía, me metí con un tractor, y con el tractor he estado luchando casi hasta ahora, que me operé del corazón. He vivido siempre en la calle Abajo. La casa era de mis padres y me tocó a mí. Mi padre tenía tres casas.

He tenido siete hijos. Uno tuvo la desgracia de tener un accidente y se mató. Me quedan seis. He pasado la vida luchando para darles de comer, trabajando de día y de noche, a todas horas. Yo dije: “Esto tiene que ir para adelante”. En el tractor me metí casi sin un duro, con letras y negocios. Lo he tenido lo menos cincuenta años. Trabajaba mis tierras y ajenas. Mías, pocas. Yo dije: “O lo pago o se lo llevan”. Mi mujer tenía bastante trabajo con los hijos.

Todos mis hijos fueron a la escuela. El mayor pudo sacar carrera, el zagal iba de primera en la escuela, pero, ¡leches!, se metió su tío ahí en *La Montés* y se ve que le dijo: “Vente conmigo, que aquí vas a estar a gusto y te pago y tal”. Al zagal lo cameló y dejó los estudios. Me dijo un día:

—Papá, voy a dejar los estudios.

—¿Cómo que vas a dejar los estudios? ¿He pagado la matrícula y ahora vas a dejarlo? No, no. Tú tienes que seguir estudiando.

—Que no, que no, que no —me repitió.

No le iba a pegar. Así que le dije:

—Bueno, pues haz lo que quieras, pero ya sabes que hay que trabajar.

Se metió en lo del tío y ahí trabajaba. Ahora está a la que salta por ahí. Gana mucho dinero. El tío se compró un piso y se hizo un cortijo ahí arriba, con su

hermano. El tío ha manejado billetes. ¡Si los hubiera guardado! Lo que pasa es que, lo mismo que los ganan, los funden.

Aquí, en el pueblo, no tengo nada más que dos. Los otros están todos fuera. La chiquilla se casó hace poco con un veterinario que es de Cartagena y viven allí. La mayor está soltera. Es profesora de autoescuela y gana dinero también. El otro mayor también está soltero. Los otros están todos casados, gracias a Dios.

## TRABAJO, DEUDAS Y FAVORES

Me metí con un hombre que compró una chopera de Don Pedro Bañón, cerca de Santiago. El tío montó allí unos postes con unas carruchas para sacar las maderas por encima del cerro y cargarlas al camión. Una tarde vino el hombre buscándome. No sé cómo se enteró que yo sabía enlazar el cable cuando se rompía. Me dijo:

—Véngase usted, que va a ganar un sueldo muy bueno.

Era verdad, entonces se ganaban veinte duros aquí en los trabajos que echabas y allí gané yo doscientas pesetas, que era dinero. Me tiré allí una quincena y el tío no pagaba. El tío lo veías hecho un *señoritón*. Llegaba con sus chuletas y sus botellas de vino. El tío era campechano como él solo. Pero, claro, al hombre le pasaba lo siguiente, que las maderas no salían y, al no venderse, no ganaba dinero. Se buscó un hombre para que le hiciera aquello de las carruchas y le puso unos postes. Cuando subía la pieza a la carrucha aquella, pon, le pegaba el meneo y se caía al suelo. Sacamos, me parece que fueron, tres o cuatro camiones de chopos de aquellos, que era una madera fenómeno. Aquello valía dinero. Me dijo el tío:

—Si tuviéramos suerte de que sacara la chopera esta, me llevo de aquí tres o cuatro millones de pesetas —que en aquellos tiempos era dinero.

Esto hace más de cincuenta años.

Pues, bueno, como los chopos aquellos no salían, yo decía: “¿Cómo va a pagar este hombre, si no se defiende, si no sacamos para que se defienda?”.

Ya un día, le dije:

—Yo tengo una familia a la que tengo que dar de comer. Si usted no me paga, ¡a ver cómo les doy de comer!

—No te preocupes, que para otros faltaré, pero para ti no —me dijo.

Me quedó siete mil pesetas a deber, pero no tiene precio lo que hizo conmigo. Resulta que mi chico, éste que tuvo el accidente, se quebró un brazo en el remolque de un tractor. Yo estaba en Santiago, durmiendo en casa de mi suegro, porque la madera estaba en el río aquel, y mi mujer estaba aquí. El hombre sacó su coche y fue donde yo estaba con mi mujer y el zagal. Don Juan, que era el médico que había en Santiago, dijo:

—Mira, yo creo que va a quedar bien, pero para más seguridad, es mejor que vayáis a Granada. Porque yo lo arreglo, pero luego suele quedarles un callo. En Granada hay mejores aparatos para que lo vean.

El hombre se empeñó en llevarnos a Granada. Dijo:

—Yo os llevo a Granada, os acerco en un instante.

—No, cómo se va a dejar usted a la gente que tiene allí. Nosotros cogemos la Autedia<sup>3</sup> y vamos en Granada.

3 Autobús de línea.



Pero él quería a la fuerza llevarnos a Granada.

Cuando volví, ya se había ido sin darme las siete mil pesetas. Pero yo con el favor que me hizo... Un día, encontré en la puerta un décimo de lotería con mi nombre, que decía: "El señor Vitorio le regala este billete". No tocó, pero el hombre tuvo la voluntad. Las siete mil pesetas no fueron dinero para el favor que él me hizo. Eso no lo miro yo por nada.

## RELIGIÓN

La religión nos ha gustado, las cosas como son. Eso viene de los abuelos, porque mi abuelo Valentín mismo, era de los finos religiosos, ese llevaba medallas de todas clases. Él no se dejaba una misa en las Santas. El Molino que hay debajo de las Santas era suyo.

Por la noche tal, al acostarte, a lo mejor rezabas el Padre Nuestro o una Salve, pero al ir a comer, no.

## RECAPITULANDO SU VIDA

A mí lo que más me hubiera gustado es ser paracaidista, ya que estuve en aviación. Es lo único que me ha quedado por hacer. Lo demás lo he hecho todo, menos el carbón: he cortado madera, he guardado ovejas, he guardado marranos, he cortado chopos, he hecho leña, he segado toda clase de matas (espliego, romero, madreSelva...), he cogido esparto, he labrado de noche... No me ha quedado nada por hacer en esta vida, nada más que ser carbonero.



# VALENTÍN MARTÍNEZ MONTROYA (1934)

Valentín nació en el cortijo la Fuente de la Carrasca (Nerpio, Albacete) el 22 de mayo de 1934. Cuando tenía siete años empezó a trabajar cuidando cerdos. A este oficio le siguieron a lo largo de su vida los de pastor, segador, vendimiador, recolector de aceituna, carbonero, pelador de pinos y guarda forestal, entre otros. Pasó su infancia y su juventud en varios cortijos en Nerpio, salvo el período de tiempo que estuvo cumpliendo el servicio militar en Ceuta y Tetuán. Se casó en 1961 y se trasladó a un cortijo en Puebla de Don Fadrique, la Casa Moya. Allí trabajó como pastor trece años. Luego estuvo unos años trabajando de temporero en la recogida de la aceituna en Jaén, en la vendimia en Francia y pelando pinos en Barcelona. Finalmente consiguió un puesto de guarda forestal en la Puebla, que ejerció hasta su jubilación. En uno de sus relatos ofrece un descripción detallada de la costumbre de “llevarse a la novia”, muy extendida en esa época en Murcia, Albacete, Jaén y Granada. A lo largo de su vida, Valentín ha ido acumulando en su memoria poesías, cuentos, baladas, coplas, chistes, etc., algunos de los cuales aparecen en sus relatos de vida. Se trata de fragmentos de cultura popular que muestran valores, creencias y la manera de entender la vida de las personas de su generación.

## HISTORIA PERSONAL

### EL VIAJE DE SU ABUELO A ARGENTINA

Mi padre se crió sin padre, teniéndolo. Uno de aquí de la Puebla, que le decían Don José María Bañón, se llevó a un montón de gente a la Argentina a trabajar. Cuando llegó allí, se puso en contra del gobierno y se lo trajeron metido en un cajón porque, si lo pillan, seguramente le... Entonces, todos los que llevó, se quedaron sin trabajo. Mi abuelo Jesús se fue allí con dos sobrinos. Se tiró allí catorce años para poder ganar dinero para venirse. Los sobrinos se quedaron allí.

Cuando mi abuelo se fue, mi padre era zagalote, tenía cinco o seis años. Mi abuela se quedó aquí con dos hijos. La hija se casó con un guardia civil y se fue a vivir a Santiago de la Espada<sup>1</sup>. Mi padre se libró de la mili porque a mi abuelo lo daban por muerto. Estuvo sirviendo con unos y con otros hasta que se casó. Mi abuelo todavía no había regresado. Lo hizo cuando mi hermano mayor, Jesús, tenía ya dos meses. Mi abuelo escribía a mi tía a Santiago de la Espada, pero no a Nerpio, porque mi padre estaba librándose de la mili al darle por muerto.

---

1 Jaén.

## SU ABUELA MARI PEPA

De mi abuela Mari Pepa aprendí yo a rezar por los codos. Ella y mi tía eran muy religiosas. Me enseñó a rezar el Padre Nuestro, todos los Mandamientos de la Ley de Dios, los Sacramentos, el Señor mío Jesucristo, la Salve... Vivíamos puerta con puerta. Ella tenía una casa y otras dos que lindaban, eran de los padres de los sobrinos aquellos que se fueron con mi abuelo. La hermana de mi abuela se llamaba Anica y el marido Aniceto. Como nosotros éramos tantos, yo me escapaba de mi casa y me iba a casa de mi tía Anica. El otro hijo de mi tía Anica se fue a Barcelona. Era dos años menor que mi padre y se llamaba Demetrio.

## PADRES Y HERMANOS

Mi madre se llamaba Francisca y mi padre Alberto. Mi madre era de un sitio que le dicen *Huebras* de Nerpio, y mi padre de las *Cañadas* de Nerpio.

Nosotros éramos ocho hermanos. Yo soy el que hace cinco. La que me siguió a mí se murió con tres años, y quedamos siete: seis varones y una hembra. Al más chico le llevo ocho años.

## EL ESCONDITE DE SU PADRE DURANTE LA GUERRA

Mi padre pasó la mitad de la Guerra en una cueva en la *Canaleja*. Estuvo ahí junto con los “Carzas” estos de La Puebla, con Don Evencio, que lo encerró Pascual Cruz porque lo buscaban para matarlo. Hubo muchos. Mi padre estuvo ahí fugado con el Juan ese de los *Álamos*, el “Parra”, que ya se murió. Nosotros vivíamos en las *Cañadas* de Nerpio en esas fechas. Se fue allí con otros pocos fugados porque, si los pillaban, los *gatillaban*. Se tiraron toda la Guerra escondidos en un agujero que había, en una sima. Cortaban retamas y lo tapaban de día. De noche hacían fuego dentro y quitaban las retamas para que saliera el humo. En cuanto amanecía, volvían a taparlo. Por allí pasaban las fuerzas de los guardias de asalto, pero no dieron con ellos. Venían a la casa de noche. Unas veces venía uno, otras veces otro...

## LA MUERTE DE SU TÍO

Cuando la Guerra, mis tíos de Santiago de la Espada se vinieron a la Puebla. Él estuvo aquí de guardia civil. Se llamaba Filomeno. Aquí lo mataron o se mató. Donde estaba el sindicato viejo le pegaron un tiro, o se lo dio él. Decían que tenía una querida y salió a verla. Seguramente por disimulárselo a su mujer, o por lo que fuera, se llevó la pistola. Iba fumando, se le cayó la cigarrera al suelo y, al agacharse, salió el tiro y le atravesó el muslo junto a la ingle. Luego dijeron que a lo mejor le habían dado el tiro. Se lo llevaron a Murcia al hospital. Había estado también de guardia civil en Albudeite, en un pueblo de Murcia, y allí vivía una sobrina suya. Así que se fueron a casa de la sobrina a Albudeite. Cuando parecía que estaba algo mejor, se vino, pero le entró gangrena y duró veinticuatro horas. Entonces no había los adelantos que hay ahora.

## POESÍA: LA ADÚLTERA FILICIDA

Esta poesía la aprendí yo siendo zagalote.

*Allá arribita, arribita  
hay una pequeña aldea,  
que venden paños de seda  
y también de bayeta.*

*Tiene un niño con tres años  
que a los cielos se lamenta.  
Un día le pregunta al padre:  
¿Dime quién en casa entra?*

*El pícaro del alférez,  
el que jura la bandera  
y se acuesta con la madre  
como si usted propio fuera.*

*Cuando no tienen que darme  
me mandan a la alameda,  
a que juegue con otros niños  
que de mí pareja sean.*

*Se le ha originado al padre  
un viaje de cincuenta y tantas leguas.  
La bárbara de la madre  
matar al hijo intenta.*

*Lo ha agarrado de los pies  
y le ha dado contra una piedra  
y con un cuchillito agudo  
el corazón le partiera.*

*La carne la echó en adobo  
y los huesos a la perra.  
Ya no queda de este niño  
nada más que la triste lengua.*

*Se la freiremos al padre  
para echársela en la cazuela.  
Al decir las últimas palabras  
tocó el marido a la puerta.  
Sube marido a cenar,  
que te tengo grande cena,  
que te tengo carne frita,  
con su sal y su canela.*

*Subió el marido a cenar,  
empezó a partir pan  
alrededor de toda la mesa,  
y en los primeros bocados  
le respondió la cabeza:*

*No comas más, padre mío,  
que comes de tu sangre misma.  
La mujer que oyó aquello,  
abrió una puerta y se encierra,  
y a llamarle malo empieza.*

*Unos entran por ventanas,  
otros por puertas y rejas.  
Se la llevaron al monte  
y la cargaron de leña.*

*Le pegaban unos palos  
como si una burra fuera.  
Le cortaron la cabeza,  
jugaban a la pelota  
como si pelota fuera,*

*Unos dicen allá va,  
otros dicen acá venga.  
Lo que has hecho con tu hijo  
lo vas a pagar tú con esta.*

## **LA FUENTE DE LA CARRASCA**

Cuando tenía siete años, fui alcalde marranero en una aldea que hay en la provincia de Albacete, en un sitio que le dicen la Fuente de la Carrasca. Entonces había ciento veinte vecinos o más en aquella cortijada. De la Puebla a la Fuente de la Carrasca debe haber quince o dieciséis kilómetros. Me crié allí con los marranos de la propiedad del cortijo. Me acuerdo un verano que iba nada más que con tres marranos que tenía mi madre. Mataba dos. Los engordé yo en los restrojos.

Tuve la desgracia de que no había medios de escuela ninguno. Sin embargo, tengo cuatro hermanos mayores, que se criaron en otra aldea más allá, en las Cañadas de Nerpio, y allí sí hubo un maestro.

Luego, con nueve años, me metí de pastorcillo con un vecino. Él se llamaba Tomás y su mujer Valentina. Un médico muy famoso que había en Santiago de la Espada era hijo de ellos. En mis tiempos, ese ha sido el más amigo que yo he tenido. Él, rico y con carrera, y yo, ¡pues ya ves!, si no sabía nada cuando me fui a la mili.

BALADA DE LA LOBA PARDA<sup>2</sup>

Siendo pastor aprendí esta poesía:

*Estando yo en mi choza pintando la mi cayada  
iban las cabrillas hartas y la luna rebajada.  
¿Qué le pasará al ganado, que no para en la majada?,  
Vide venir siete lobos por una oscura cañada,  
venían echando suertes a ver a cuál le tocaba entrar.  
Le tocó a la loba vieja, boquinegra, orejiparda.  
Dio tres vueltas al redil y no pudo sacar nada.  
A la otra vuelta que dio sacó a la borrega blanca,  
hija de la oveja tuerta, nieta de la orejisana,  
la que tenían los amos para el domingo de Pascua.  
Aquí están los siete cachorros y la perra trujillana.  
La corrieron siete leguas por una oscura cañada  
y al subir un cotarrito, la loba ya iba cansada.  
Tomad la borrega, buena y sana como estaba.  
No queremos la borrega, de tu boca loba parda  
queremos de tu pellejo para el pastor una zamarra,  
de tu cabeza un zurrón para que metan las cucharas  
y de tu tripa una hijuela para atar las enaguas.*

## LA FUENTE DE LA PUERCA

Estuve de pastorcillo cuatro años, y ya de allí me vine con catorce años aquí, a un cortijo que le dicen la Fuente de la Puerca.

Nosotros éramos muchos y mis padres no tenían nada. Como éramos muchos, los hijos mayores tiraban de los menores. Mis hijos ya no se han criado así. Esos, lo que han ganado, se lo han metido ellos a la buchaca y he tenido que darles de comer a todos. Pero, entonces, mis hermanos mayores tenían que trabajar y buscarse la vida, haciendo carbón, pelando pinos, segando... Mi madre, Dios le dé gloria, ¡cuánto trabajo tuvo! Seis varones y la zagala era jovencilla todavía, tenía seis años menos que yo. Mi madre tenía que arreglarnos toda la ropa. Estaban mis hermanos sirviendo donde fuera, y tenía que acostarlos, lavarles la ropa y ponerla al lado de la lumbre para que se secase, para a otro día llevarse su ropa limpia. ¡Cuánto trabajaría aquella criatura!, ¡cuánto! La ropa hoy la venden cosida toda, pero entonces había que coserla: los camisones, los calzoncillos, chaquetas, de todo.

<sup>2</sup> Pueden consultarse otras versiones de esta balada en <http://depts.washington.edu/hisprom/ballads/balladaction.php>

Una buena exposición de los mecanismos psicológicos que hacen posible la adquisición y transmisión de estos fragmentos de la tradición oral (rimas, baladas, relatos, canciones, poesías, etc.), que con frecuencia aparecen en las historias personales de este libro, puede verse en Rubin (1995).

## LA SEÑORITA DE *PORCUNA*<sup>3</sup>

¿Sabes lo que le pasó a la señorita de Porcuna? Vino un hombre de por aquí abajo, de Murcia, vendiendo cosas de quincalla. Va y le dice a la tía que le apañe un pollo para comer. Le mató el pollo, lo peló y le sacó las tripas. Pero los pollos tienen en el buche los granos de arroz, de trigo, chinás, hasta que pasan a las tripas. Se lo quitó todo, pero aquello no se lo quitó. Se lió el tío a comer y empiezan a salirle los granos de trigo y lo demás. Cogió y le dijo a la tía:

—Oiga usted, señora, ¿usted ha pasado alguna vez por limpia?

Limpia es un pueblo que hay en Murcia.

—¡Qué lástima, hijo, yo por Limpia! Yo mi vida ha sido desde la *Fuente de la Puerca a Porcuna* y desde *Porcuna a la Fuente de la Puerca*.

La *Fuente de la Puerca* está un poco más para allá.

—Ya me parecía a mí que usted por limpia no había pasado, pero por puerca sí —le dijo.

## EL SERVICIO MILITAR EN EL NORTE DE ÁFRICA

Fui a la mili cuando tenía casi veintidós años. Los cumplía el 22 de mayo, el día de San Eleuterio, y me incorporé el día 7 de marzo<sup>4</sup>. Me midieron de veintiuno y me estuve antes doce días en Albacete. Hice la mili en Ceuta y en Tetuán, arriba en lo alto de la sierra, en un campamento que había, que le decían *Tres Latas*. Estuve en la mili un año y algunos meses.

Salió un tren casi cargado de soldados de Barcelona. Vino a Albacete y nos montamos. En Alcázar de San Juan cogió otro montón. De allí fuimos a parar a Algeciras. En un pueblo, antes de llegar a Algeciras, paramos y nos hicieron bajarnos a todos del tren a comer arroz.

—¡Venga, abajo! —nos dijeron.

Todos, el que más y el que menos, llevábamos la maleta llena de comida, pero nos hicieron bajar del tren. Llegamos a Algeciras ya casi anocheciendo. Dormimos en una nave muy grande con paja. Nos dieron una manta y allí nos acostamos. A otra mañana, nos dieron el desayuno: un bollillo chico y malta —aquello era agua. Fuimos al barco, que se llamaba “Virgen de África”. Llegamos a Ceuta todos con las maletas a cuestas. Fuimos por el muelle para adelante a un parque que le decían el Parque de San Amaro. Allí dejamos las maletas, nos formaron a todos y nos llevaron a cortarnos el pelo. Nos cortaron el pelo y desde allí fuimos a las duchas. El agua teníamos que pasarla a las duchas nosotros mismos. Hacíamos un cordón y la íbamos pasando con cubos, de uno a otro, para llenar unos bidones. Las duchas estaban en unas habitaciones. Había menos de un metro de una a otra. Dejamos la ropa colgada al entrar y nos duchamos.

En Tetuán pasamos reconocimiento médico. Estuve allí dos días con otro que era de Agramón, un pueblo de Albacete. Después de eso, hicimos el campamento a cuarenta y ocho kilómetros, entre Ceuta y Tetuán. Allí había

3 Porcuna es otro cortijo de sierra de Puebla de Don Fadrique.

4 De 1956.





1. Valentín.



2. Valentín y su esposa Consuelo.

cuatro barracones grandes y feos. Yo hice el campamento en una tienda de campaña, porque en los barracones no cogíamos. Pusieron al lado de los barracones ocho o diez tiendas de campaña. En cada tienda, me parece que estábamos nueve o diez. Dormíamos casi todos con los pies juntos. Un coche de línea iba allí todos los días y, el día que no teníamos guardia, cogíamos y nos íbamos aquella noche a Tetuán. Allí había unas discotecas muy buenas, ¡ya ves!, y baile y alegría. Tetuán era un pueblo maravilloso. Claro, yo no había visto nunca nada, porque me había criado en un cortijo y de ahí veníamos aquí, a la feria, a ver las cuatro cosucas que había.

De vez en cuando, te pegaban alguna guantada y algún puntapié. Una vez me pegó un puntapié un cabillo de Almería. Le dije:

—Quisiera que me dieras las señas, hombre, de tu tierra, para ir a verte.

Estaba lloviendo mucho, cayendo el agua a espuestas y nos tenían allí formados en un patio grande, todos con los impermeables. El cabucho no hacía nada más que gritar:

—¡Venga, a formar! ¡Venga, a formar!

Iba el tío y a todo el que estaba fuera de árbitro, le daba un guantazo o un puntapié. Estaba yo apañándome el impermeable aquel en la cabeza, cuando llegó y ¡pin!

—¡Hombre, esto no son razones! —le dije.

— ¡Tira para adentro! —me contestó.

Claro, si te descuidabas, te daba otro.

Cuando me vine, lo hice sin un duro. Me vine de allí con cuatro chuscos y sin un duro. Como creía que me iban pagar, con todas las perras que tenía compré dos mantones de Manila, pañuelos de seda... Me gasté todas las perras creyendo que iba a recibir más, pero me licenciaron y no había llegado el dinero. Entonces, como yo traía ya el viaje pagado en tren, vine hasta Caravaca por toda la Mancha. Compré cuatro kilos de tomates en Alcázar de San Juan y vine a fuerza de pan y tomate hasta que llegué a Caravaca. En Caravaca dormí en una fonda, que no me cobraron porque no llevaba nada. Tampoco me cobraron en el coche de línea para venir desde allí, a Nerpio. Yo había comprado tabaco en Ceuta. El tabaco allí era muy bueno y barato. Le regalé al chófer una pastilla de tabaco y me trajo a Nerpio.

## CÓMO DEJÓ DE CREER EN LA RELIGIÓN

Los curas, entonces, tenían mucho poder y uno estaba muy atrasado en la vida. En la mili estuve malo y ofrecí venir descalzo desde allí, a la ermita de las Santas y bajar a Nerpio con una fanega de trigo para hacer pan bendito y repartirlo. Se lo dije al cura y me preguntó:

—¿Cuánto vale una fanega de trigo?

—Viene valiendo cuarenta y dos, cuarenta y tres duros —le respondí.

—Pues dame cuarenta duros a mí y te ahorras de amasar el pan y repartirlo por los cortijos.

Me quitó toda la religión que tenía, el cura. Si me hubiera dicho:

—Mira, déjate de tonterías, que esto no sirve para nada y guarda los cuarenta duros para ti, que te pueden hacer falta.

Pero no señor. Le doy los cuarenta duros y me dice que no hace falta repartir ningún pan bendito. Me quitó el tío toda la religión.

## HUEBRAS

Cuando vine de la mili, estuve seis años de mulero en mi casa. Vivíamos ya en *Huebras*, en Pincorto. Allí tenemos dos casas. Una la hizo mi padre. Yo traje el yeso de unas yeseras, y allí lo vaciamos y lo picamos. Eso fue estando yo todavía soltero.

## CÓMO SE LLEVÓ A SU MUJER

Yo he sido muy mujeriego. Las zagalas me gustaban casi todas. Era como “Miñarro, que no encontraba mujer fea ni vino agrio”.

Empecé a hablarle a mi mujer bastante después de venir de la mili. Me puse de novio con ella, pero mi suegra no me quería ni pintado. Iba a un baile, estaba sentado hablando con ella, venía y decía:

—Consuelo, ¡ven acá!

Y se la llevaba.

Luego pensé en casarme en el otoño. Ya estaba yendo a su casa a verla. Pero hablé con ellos y me dijo mi suegro:

— ¡Quita, hombre!, ¡Jo, pues sí que os corre prisa a vosotros! —me dijo.

—Hombre, prisa no, pero usted sabe que yo quise casarme este otoño pasado y a usted no le dio la gana.

—No, no, no. Pues no os calentéis, que no.

Entonces, yo ya quedé con mi mujer en que se iba conmigo, y me la llevé.

Ellos estaban de labradores en la Rambla de Bacariza y nosotros vivíamos en Huebra,s en Pincorto. Ella se fue de allí del cortijo a media tarde. En Pincorto teníamos dos cortijos y quedé con ella en que nos juntábamos en uno. Pero, ¡leche!, cuando llegamos, en el cortijo en que habíamos quedado en juntarnos, había unos pastores con su lumbre tendida y toda su faena. Eran unos pastores de Elche de la Sierra, que habían comprado los pastos de la finca. Así que nada. Pero ya sí quedé yo con ella en que se iba conmigo.

Mi mujer se lo dijo a su madre:

—Me voy con él porque ustedes no han querido hacernos boda.

Su madre, entonces, me llamó a mí la atención:

—No seáis tontos, no seáis tontos, esperad, que sí os casamos.

Pero a mí ya se me metió la idea entre ceja y ceja. A mi mujer le costó trabajo.

Un día, mi suegro se fue a Santiago de la Espada. Ella cogió una canasta grande y se fue allí al lado del cortijo, en unos olivos que había, a coger acederas. Yo estaba entre unos pinos, esperándola. Le hacía señas, pero no venía. Volvió su padre de Santiago y ella estaba cogiendo las acederas. Entonces vio asomar a su padre. Había dos cortijos y, entre ellos, un vallejote. Mientras pasó su padre de un cortijo a otro, se escapó. Se dejó la canasta llena de acederas en mitad del bancal y se fue conmigo.

Mi mujer se lo dijo a su madre:

—Me voy con él porque ustedes no han querido hacernos boda.

Su madre entonces me llamó a mí la atención:

—No seáis tontos, no seáis tontos, esperad, que sí os casamos.

Pero, a mí ya se me metió la idea entre ceja y ceja. A mi mujer le costó trabajo.

Un día mi suegro se fue a Santiago de la Espada. Ella cogió una canasta grande y se fue allí al lado del cortijo, en unos olivos que había, a coger acederas. Yo estaba entre unos pinos esperándola. Le hacía señas, pero no venía. Volvió su padre de Santiago y ella estaba cogiendo las acederas. Entonces vio asomar a su padre. Había dos cortijos y entre ellos un *vallejote*. Mientras pasó su padre de un cortijo a otro, se escapó. Se dejó la canasta llena de acederas en mitad del bancal y se fue conmigo.

Me la llevé a mi casa, donde vivían mis padres y un hermano mío. Mi madre sabía que me la llevaba. A mi padre no le había dicho nada. Pero a mi padre le pasaba como a mí, tenía que conformarse con lo que venía bien.

Estuvimos allí en los pinares aquellos, porque hay una distancia de un cortijo a otro de cinco o seis kilómetros y, ya después de oscurecer, nos fuimos al cortijo. Fuimos derechos a la casa de mi hermano. Entonces ya mi cuñada fue a mi casa y le dijo a mi madre:

—Prepáreles usted el domicilio que, cenar, están cenando en mi casa.

Las historias de la vida. Eso ha pasado toda la vida. Las mujeres se han ido con los hombres toda la vida. Antes, lo único que pasaba es que había un respeto, y ahora no lo hay. Ahora, a los tres días de estar dos hablándose, se comen dándose besos hasta en la televisión. Mi mujer se fue conmigo cuando llevábamos dos años de novios y no me había dado un beso todavía.

Me llevé a mi mujer el día 7 de abril<sup>5</sup>. Cuando me la llevé, yo no había cumplido los veintisiete y ella no había cumplido los veintiuno. Nos llevamos seis años.

## LA BODA

Nos echaron las cruces el día 27 de mayo. Normalmente, el cura venía a la aldea y en la escuela era donde echaba las cruces. Pero como yo me la había llevado, nos hizo ir a Nerpio. Fuimos allí y nos casó en la iglesia. Nos hizo ir a Nerpio, pudiendo venir a la aldea, como hacía siempre, nada más que por el hecho de haberme llevado a la novia y no haber hecho unos cursillos.

## LA MADRE Y LA SUEGRA

Al poco tiempo de casarnos, en otoño, pescamos un día unas mulas, fuimos al pueblo y compramos una cama, una mesilla..., lo más preciso. Los pusimos en una de las dos casas que tenía mi padre en *Huebras*. Cuando volvía de noche, mi mujer siempre estaba en casa de su madre. Al llegar al cortijo salían mi suegra y mi madre, las dos:

—¡Venga, vente aquí a cenar! —decía una.

—¡Vente aquí a cenar! —gritaba la otra.

---

5 De 1961.

Ya un día, le dije a mi mujer:

—Mira, a la noche, cuando venga, quiero que estés aquí en la casa. ¡Esto qué escándalo es!

Cuando llegué, esa noche ella había encendido una lumbrecilla y estaba sentada al lado de la lumbre. A la *mijica* de estar allí, asomó mi suegra y dijo:

—¡Venga, venid a la casa a cenar!

—¡Qué va, mujer! ¡Ya que se ha quedado ésta aquí...!

—No, no, es que os vais a ir a cenar allí. No voy a dejar que esta noche cenéis vosotros aquí.

Porque era martes y los martes traían mala suerte. Por eso dice el refrán que “en martes, ni te cases ni te embarques”. Así que nos fuimos a cenar allí.

Yo le decía a mi madre:

—Madre, usted me perdona a mí todas las faltas que haga, pero las malas bocas son las que hay que tapar. Las buenas se pueden dejar abiertas, que no hay peligro.

Quería decir que si no iba a su casa, yo quedaba como hijo, pero con la suegra era distinto. Con esto no digo yo que mi suegra no me haya querido a mí como yerno, que sí lo ha hecho.

## LA CASA MOYA

Después de casarme estuve todo el verano trabajando con mi suegro y con mi padre, pero pagarte, no te pagaba nadie, nada más que si comías, lo que comías, y mi mujer igual. No gané nada. Me fui todo el mes de junio a la siega, al Levante, y vine a terminar aquí en el pueblo. Desde aquí ya me fui a casa de mi padres y a casa de mi suegros. Y yo venga trabajar allí, segando y trillando, con uno y con otro. Yo decía: “¿Qué negocio hago yo aquí, si no me paga nadie?”

Total, que se presentaron después ese mismo año el amo de la *Casa Moya* y un pastor que tenía, y me dijeron que si quería arreglarme. Les contesté:

—Si nos entendemos, sí me voy. Si no, no.

Aquella tarde ya me fui con las ovejas. Habíamos preparado entre un hermano mío y otros dos primos un montón de leña para hacer carbón, pero como ya me metí con estos señores, no llegué a quemar las carboneras. Mis derechos se los vendí a otro.

## CÓMO SE HACÍAN LAS CARBONERAS

El carbón se hacía muy sencillamente. Se cortaba la leña, se hacían unas pilas grandes, se le echaba tierra por encima, con un manto de capa para que no calara la tierra a la leña y, cuando ya estaba bien, se dejaba un boquete por una punta. Había dos modos de hacer las carboneras. Unas se hacían redondas completamente. Los boliches eran redondos. Otras carboneras eran alargadas. Cuanto más leña había, más larga y más alta había que hacerla. A la carbonera se le pegaba fuego siempre por la punta fina. Una vez que se había prendido, se pisaba y se le hacían dos boquetes para que saliera el humo, porque si no, se asfixiaba y se apagaba. Salía el humo y se iba pisando hasta que quedaba hecha carbón. Se iba pisando y se hacían otros dos boquetes, luego otros dos,

hasta que la pisabas entera y se quedaba apagada. El boliche era redondo y se le pegaba fuego por en medio. Uno de un sitio que le dicen las *Casas de Alfaro*, más allá de Cañada de la Cruz, se quemó entero haciendo los boliches aquellos. Yo era zagalote cuando aquello. Se metió a pisarla, se hundió, se quedó medio cuerpo metido en el suelo y se quemó allí. Se carbonizó entero.

## NACIMIENTO DE LOS HIJOS

Mi primer zagal nació el día 6 de enero<sup>6</sup> en *Huebras*, donde vivían mis padres y mis suegros. Yo estaba ya trabajando de pastor en la *Casa Moya* cuando nació. Los otros tres nacieron guardándose mi mujer, pero se ve que la pescó siempre algún descuido. La segunda nació en la *Casa Moya* y la tercera en un cortijo de Nerpio, que le dicen la *Hoya del Pino*. Los amos de la *Casa Moya* compraron allí una finca de pastos y me fui con un ganado allí. Mi suegra ayudó a mi mujer con los tres primeros. Ella fue la partera. Era muy apañada para eso. La más chica nació en la Puebla, en la calle los Portones. La Juanita fue la partera.

## LA COMPRA DE LOS PASTOS DE LA CASA MOYA

Estuve trabajando de pastor en la *Casa Moya* hasta que los dueños quitaron el haberío. Entonces, un hermano mío que vive aquí y yo le compramos los pastos y tuvimos las ovejas ahí unos años. El hombre decidió quitar las ovejas por circunstancias de la vida, por intereses de manías, de un agua que nacía allí en el barranco. Tuvieron un juicio que se tragó la mitad del capital que tenían. Los quería un sobrino suyo, que se llama Paco, y su hijo, pero me dijo:

—Te vendo los pastos. A mi sobrino y a mi hijo no se los vendo porque no me los van a pagar.

Hablé con mi hermano, que estaba en otro cortijo que se llama la *Huelcazar*. Fui una mañana a verlo y le dije:

—¿Quieres entrar conmigo?

—Sí —me contestó.

Bajamos otro día por la noche a su casa, ahí en la plaza Arriba, y le compramos los pastos. Compramos también ovejas. Mi suegro tenía un ganado en la provincia de Albacete y lo vendió. Entre yo y mi hermano, le compramos las ovejas. Estuvimos ahí cuatro años. Yo llevaba ya nueve años allí de pastor.

Luego ya las quitamos. Yo tenía carné y coche, pero mi hermano tenía que ir andando a todos sitios. Esto hace ya veintiséis o veintisiete años. Dijo mi hermano:

—Yo las quito.

—Pues, mira, para que no diga la gente que a lo mejor nos hemos disgustado, yo las quito también —le dije yo.

Nosotros las quitamos en la Navidad, porque nos quedaban ya muy pocas, teníamos un cortijo allá en el término de Nerpio, lindando con la provincia de Granada, la *Rambla de Bacariza* se llamaba. Aquel invierno me fui a la aceituna. ¡Yo he pasado más que la talega de un rebuscador! Echamos allí unos días mi mujer, mi zagal el mayor y yo.

6 De 1962.

## PELAR PINOS EN BARCELONA

De allí, me fui a Barcelona. Tenía yo dos cuñados en Barcelona pelando pinos en el bosque. Como yo había pelado pinos antes, de soltero, me dijeron:

—¿Quieres venirte?

¡Ya ves si me fui! Me acuerdo que a mi padre le chocó, porque mandé treinta y cinco mil pesetas aquel mes. Allí ganábamos tres mil pesetas todos los días. Con ese dinero hice la casa que tengo. Allí ganaba yo para pagarle a los tres albañiles, y me quedaban seiscientas o setecientas pesetas. Ya ves, el maestro albañil ganaba cien pesetas a la hora, y dos peones que llevaba, uno setenta y cinco y otro sesenta, muy poco.

## LA VENDIMIA EN FRANCIA

Después de aquello, estuve yendo a Francia, a la vendimia, catorce años. Mi mujer y mis zagales también iban a trabajar allí, los zagales eran pequeños y no tenían contrato.

## CÓMO SE HIZO GUARDIA FORESTAL

Luego, ya dejé de ir a Francia. El guarda forestal que había aquí, Óscar, me dijo:

—Si quieres, te metemos aquí de encargado.

—Hombre, si me aseguráis trabajo, no me voy a Francia —le dije.

En las temporadas en Francia, en la vendimia y podando viñas, se ganaban perras como tres veces aquí.

—Sí, tú no te preocupes que yo hablaré con el ingeniero —me dijo.

Vino el ingeniero, Don Aureliano, que era un tío muy chistoso —nos contaba cada cuento, que era para mearse— y me dijo:

—Bueno, ¿tú quieres quedarte aquí, con nosotros?

—Hombre, ¿no voy a querer? De tener el trabajo yo en mi casa, a tener que irme a Francia y a la aceituna...

Me metieron primeramente de conductor del Land Rover y de capataz. Llevaba el Land Rover con la cuadrilla del retén de incendios. Luego, cuando ya llevaba ocho o diez años, me dijeron que para ir de capataz tenía que tener unos cursillos, y yo no los tenía. Pero me dijo el ingeniero:

—Tú no te preocupes, te metemos en la emisora.

Me tiré otros siete u ocho años en la emisora hasta que me jubilé. Encima de las Casas del pinar fue donde más estuve, en un sitio que le dicen la Huesa, de nombre la Choza del Foguero. Allí había una caseta muy buena, de obra, que la tenían los amos de la finca antiguamente. Y allí estuve hasta que me jubilé. Pero, antes de eso, ¡madre mía, pues no pelé yo pinos en Barcelona!





# ESPERANZA ÁGUEDA RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ (1935)

Esperanza nació el 17 de mayo de 1935 en Puebla de Don Fadrique. Pertenece a una familia acomodada, que ha vivido en la Puebla durante varias generaciones y ha sido propietaria de casas, cortijos, tierras y comercios. Su padre ejerció como oficial escribiente de primera en el ayuntamiento y fue el encargado de la distribución de alimentos durante el período de racionamiento tras la Guerra Civil. Sus padres tuvieron dos hijos y tres hijas, una de las cuales falleció joven debido a una afección pulmonar. De su infancia —en gran medida privilegiada, debido a la clase social a la que pertenecía— tiene gratos recuerdos, que describe en varios relatos. Fue a la escuela, donde recibió instrucción escolar hasta los 13 años, algo que sólo podían hacer en esa época las familias de comerciantes y propietarios. Desde pequeña empezó a ayudar a sus tíos y a sus padres en los distintos negocios que regentaban: una panadería y una pescadería. De aquellos años recuerda el racionamiento, ya que su padre era el Jefe de Abastos, y en su panadería y en la tienda de ultramarinos de su tío, se vendían los alimentos cuya distribución estaba regulada. Continuó trabajando en la pescadería y en la panadería hasta que se casó, con veintidós años. Tuvo tres hijos —uno de los cuales murió a los pocos meses de nacer— y un aborto. Después de casarse empezó a trabajar con su marido en la confitería, ocupándose del negocio. La confitería sólo empezó a ser una actividad lucrativa cuando ya casi se iban a jubilar, a partir de los años noventa. Como la mayoría de las mujeres en esa época, la religión católica ha tenido una fuerte impronta en su vida y, aunque no se considere una mujer muy devota, practica valores como la caridad o ayudar al prójimo y contribuye al sostenimiento de algunas hermandades religiosas y de la Iglesia.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 17 de mayo de 1935, trece meses antes de que empezara la Guerra. Mis padres eran de aquí y mi bisabuelo y mi tatarabuelo, todos de aquí de la *Puebla*. Nacieron todos en el pueblo. Mi padre no sé exactamente en la casa que nació, pero nosotros hemos nacido todos en la casa de mi hermano Jesús, donde está correos.

### FAMILIA DE ORIGEN

Conocí a los padres de mi madre, Jesús Fernández Tristante y Gelsa Fernández González [foto 1], y a mi abuela paterna, Ascensión Tornel Guerrero<sup>1</sup>.

---

1 Abuela también de Carmen Martínez Martínez, cuya historia personal también se recoge en este libro.

Ella se había quedado viuda y tenía a Miguel<sup>2</sup>. Ella me parece que era de Caravaca. Entonces ella vivía aquí y se casó con mi abuelo —el padre de mi padre—, que se llamaba Privacé, y tuvo a la Gloria, a la Freda y a mi padre<sup>3</sup>.

Mi padre [foto 3] primero fue cartero. Después estuvo de administrador también, en Baza. Luego ya se vino aquí y estuvo en el ayuntamiento como oficial escribiente de primera. Primero estuvo en la cosa de los quintos, que los medía, que iba a llevarlos él a Granada. Luego, después de la Guerra, fue jefe de abastos, que es cuando venía el pan de racionamiento, y él era el que iba a Granada y se traía el azúcar, la leche, todo, la ración que daban a la gente (cien gramos de harina o de azúcar o de...) en la época del estraperlo, del racionamiento.

Mi madre<sup>4</sup> [foto 4] era la única hija en su familia. El padre de José Manuel el del banco era hermano de mi madre, y Antonio Fernández, el marido de Doña Vale, pues era hermano de mi madre también, y otro que se llamaba Pepe. Eran tres hermanos y ella. Mi abuelo le trajo una profesora para enseñarla a bordar a máquina. La trajo de Murcia y estuvo enseñándoles nada más que a la Eligesia —la madre de Pepe Rioja— y a mi madre. Mi madre tenía su título de bordadora de máquina, que fue a Murcia a examinarse.

Mis padres tuvieron cinco hijos [fotos 7]: La Meri nació en el veintiocho; Elio —el de la Molineta— nació en el treinta; mi hermana Iñica nació en el treinta y tres y murió con veintidós años; yo en el treinta y cinco; y mi hermano Jesús, en el cuarenta.

## PRIMERA COMUNIÓN

Hice la comunión con nueve o diez años. Me parece que fue con nueve años<sup>5</sup>. Me peinó la peluquera, que me hizo tirabuzones. Yo iba con traje de comunión como el que hay ahora [foto 2]: con mis guantes blancos, con mi rosario de plata, con mi libro de nácar, pues todo, la limosnera colgada —un bolso que se llevaba para ir echando los regalos; si te daban una peseta o un real o lo que fuera, ya no me acuerdo lo que era, pues lo echaba. No fui a catequesis. Iba el cura los jueves a las escuelas y allí nos daban una charla. Pero todo esto de ahora, no.

## EL VESTIDO QUE LE REGALÓ SU TÍO PEPE

Si los padres me decían algo en la casa, me iba a casa del tío<sup>6</sup>, y si el tío decía algo, pues me iba al otro lado. Estaba consentida por los hermanos de mi madre. Mi tío Antonio y mi tío Pepe no tenían hijos, entonces yo era la niña. Me acuerdo, eso sí me acuerdo, de cuando vino mi tío Pepe —que era capitán, pero se pasó a los rojos y se tuvo que ir huyendo a Francia, aunque luego volvió. Bueno, antes de

2 Miguel Martínez Tornel, padre de Carmen Martínez Martínez.

3 Jesús Rodríguez Tornel (1905-1967).

4 Aquilina Fernández Fernández

5 1944 ó 1945.

6 Evencio Iglesias [foto 5], casado con la hermana de su padre, Esperanza Rodríguez Tornel [foto 6].



**1. Abuelos maternos con dos de sus hijos:** Gersa Fernández González y Jesús Tristante



**2. Esperanza vestida de Primera Comunión, 15 de julio de 1943.**



**3. Padre de Esperanza:** Jesús Tornel, 23 de junio de 1949.



**4. Madre de Esperanza:** Aquilina Fernández, 24 de junio de 1949.

aquello, yo sí me acuerdo de verlo venir con su gorro de plato y con todo su jaleo y llevarme a la tienda de Antonio el “Molinero”<sup>7</sup> y subirme en el mostrador a elegir yo el vestido que a mí me gustara. He tenido el vestido hasta hace poco guardado.

## AMIGAS Y JUEGOS DE INFANCIA

Amparo<sup>8</sup>, Amparito, era mi amiga. Como vivía enfrente, nos juntábamos ahí. Cuando tenía doce años este tío mío, Evencio, me compró una bicicleta. Entonces, con la bicicleta, pues ya salía cuando venía en el verano con Águeda, una hija de Don Miguel Bañón. Salía también con la otra prima, que se llamaba Chita —que vivía en lo de Martín, que era otra serrería que había de Antonio Bañón— y con otra prima que tenía, Maruja —que vivía en el chalé que tiene ahora el “Cabestro” en el paseo de las Santas. Esas tres eran de los Bañones. Luego, después, estaban la Juanita —hermana de Pepe el “Jabonero”—, la Candelaria Marín —que también le compró su padre una bicicleta—, una sobrina de Don Francisco el veterinario, Elena Marín Merlo —que vivía en la casa esa que hay al lado de Bernardo, la que hace esquina, que es muy grande— y Camila Cruz.

Compañeras de diario, así del colegio que salíamos a la hora del recreo, tenía un montón, todas las que íbamos: la Sole de la Cañada, la Amparo del Aguirre, una muchacha de Huéscar, que la llamaban Teresa, que era hija de Romano, de por ahí arriba —el padre iba con un carro vendiendo fruta por la calle.

Para salir, por ejemplo, cogíamos la bicicleta, nos hacíamos nuestros bocadillos, y a lo mejor nos íbamos a San Roque —allí, en el jardín de San Roque, como iban todas aquellas parientas, nos estábamos jugando—, o nos íbamos a la venta, o nos veníamos ahí al huerto.

En la casa de mis padres nos hicieron una habitación en una cámara y teníamos nuestra chimenea con nuestros cacharrillos, con nuestras sartenes, con nuestras trébedes, con nuestras tenazas. Nos juntábamos y hacíamos nuestras comidas. Era nuestra casica.

## LA ESCUELA

Empecé a ir a la escuela con los años normales, con los que te admitían, con seis. Cuando yo fui a la escuela, no pasé ni primero ni segundo. Fui directamente a tercero, porque estuve yendo con una maestra que le decían Basilisa<sup>9</sup> —que era prima hermana de mi abuelo— y mi tío Evencio, como yo estaba con ellos, pues me daba clase y me daba de todo, y pasé directamente a tercero. De tercero pasé a cuarto, que es lo que había entonces, y de cuarto ya salí de la escuela.

7 “La tienda de Antonio ‘el Molinero’ estaba en lo que es la casa de ‘los molineros’, en donde está la escuela de los adultos. La que está cerrada que tiene las persianas, que está enfrente de la fachada del Ayuntamiento por la parte de atrás, que tiene tres persianas: dos que eran la entrada, dos puertas, y la del medio, que era el escaparate.”

8 Amparo Martínez Martínez.

9 “Doña Basilisa no era maestra. Ella en su casa tenía una habitación allí con sus sillas y ya está. Le daban lo que cobrara, y le llevaban los críos por no tenerlos en la calle”.

Al salir de la escuela [foto 8], pues me puse a prepararme para estudiar con Doña Irene y Don Federico. Don Federico llevaba los mayores, que entonces iban Angelita de Isaac el “Jabonero”, una hermana de la Maruja la “Churrera”... y no me acuerdo quién más —que eran mayores, y a esos les daba la clase el marido, Don Federico. Doña Irene nos daba a nosotros: a José Antonio el “Molinero”; a su hermano Rafael; a Miguelín el de la *Casa del Pino*; a un hermano del Abraham, Salvador, que es perito agrónomo; a los dos boticarios —de los Egea—, el Antonio y el Pepe —que se mató, que era médico—; a una que se llamaba Matilde —que era hija de Pablo, que tenía *La Montés* en alquiler—; y a la Juana, la madre de mi cuñada Juanita, que ya mayor se puso a estudiar para sacarse el título.

No llevábamos uniforme. ¿Y libros? Pues, las *Enciclopedias*, *Hemos visto al Señor*<sup>10</sup> y *Un regalo de Dios*. Era todo religión, y aprenderte los reyes Godos, y aprenderte los ríos, todas esas cosas.

Yo dejé de ir a la escuela a los trece años<sup>11</sup>, no los tenía [foto 9].

## LA PANADERÍA

La panadería estuvo en la casa de Adolfo, donde está el bar. Ahí había una puerta mirando para allá, y era donde se despachaba el pan de la ración. La gente llegaba con los cupones, que se llamaban. Entonces, tú cogías las tijeras, lo cortabas y te lo quedabas. Luego volvían con la cartilla otra vez, cogías otro y lo cortabas<sup>12</sup>.

Luego, después de allí, nos vinimos a la casa de la Juana del “Gordo”. Y de ahí ya desapareció la panadería.

María Martínez estuvo de dependienta en la panadería vendiendo pan, y la Antonia Morante también estuvo con mi hermana Meri. Después ya estuvo mi hermano Elio —que no estaba casi nada— y yo —que era ya medio cría, pero era muy espabilada.

Abajo teníamos mujeres que amasaban<sup>13</sup>. Estaba la Basilia —la madre de Juan Carlos el “Rata”—, la Leonor —la madre del Javi—, una cuñada de Pelayo, mi tía María, la Lola y mi tía Gloria —la hermana de mi padre. Ellas venían y amasaban el pan en una habitación con artesas. Como era a mano, estaban todas alrededor. El “Pelusa” era el que traía el agua del cañete para calentarla y hacer los amasijos. Luego venían las *tablereras*. Esas mujeres bajaban los tableros con la masa, con el pan hecho. Se los echaban a la cabeza e iban a los hornos. Cada una tenía su horno. Había un horno en la esquina de la calle del hospital. Había otro en lo de Santillo, en la esquina, que era de la tía María la “Polvorita”. Estaba el de “las cuatro esquinas”. Había otro ahí, en la calle el Cinto y otro allí arriba, en la calle Pie de Hierro o por allí, Pedro Gutiérrez. Entonces, cocían el pan y, así que cocían el pan, lo bajaban a la panadería, que la teníamos nosotros.

10 Serrano de Haro, Agustín. 1955. *Hemos visto al Señor*. Escuela Española.

11 En el curso 1948-49.

12 Tras la Guerra Civil, en mayo de 1939, se implantó un sistema de racionamiento en España que decretó la intervención de determinados artículos alimenticios, de cuya distribución se hizo cargo la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. Las primeras cartillas de racionamiento fueron familiares, hasta que en abril de 1943 se implantó la cartilla individual para tener un mayor control de la población.

13 Tanto la fabricación como la venta del pan eran actividades femeninas.

## LA PESCADERÍA

La pescadería venía de la época de mi..., ¡yo qué sé!, de mi abuelo sería. Yo la he conocido toda la vida.

El pescado lo traían de Garrucha<sup>14</sup>, de Águilas<sup>15</sup>, de Carbonera<sup>16</sup>, de todos esos sitios, y lo traían —que eso yo no he llegado a verlo— en *corbos*<sup>17</sup>, que eran como unas espuestas, pero altas, hecho como canastas, y se las ponían a las bestias una a cada lado, y en eso venía el pescado. Luego, yo ya lo he conocido el pescado, pero cuando venía con el Ford de pedales —que eran los coches esos antiguos, que son de hierro, que no llevan nada más que el cristal ese de enfrente, con unas puertas muy chiquitillas para montarse, pues eso. Y cuando lo veíamos asomar por allí, por la carretera del Prado, la Lucía y yo —que ella tenía una pescadería y yo otra—, decíamos:

—Ya viene el “Laja”.

Era el coche que venía *chucu, chucu, chucu*, y traían el pescado. Luego, después, ya venían con coches buenos.

El pescado era mejor que ahora, porque los pescados venían sin cámara ninguna y venían cangrejos vivos y todo el jaleo.

Mi tía Esperanza era la que se ocupaba de la pescadería, pero yo a los nueve años ya estaba metida en todo ese jaleo. Yo me acuerdo de vender pescado, pues, a peseta.

## LA FERIA

En la feria<sup>18</sup>, pues también me metía ahí en lo de mi tío el Evencio. Como venían tantísimos gitanos, al Evencio los gitanos le compraban el jamón hecho filetes y el pan, que también lo tenían comprado, y se hacían unos bocadillos de jamón. Venían de Caravaca, de Cehegín... Venían a la feria de las bestias y a la de las vacas, a comprar y a vender. Si los gitanos han vivido siempre de eso... La de las vacas la hacían en las eras del Ángel —en la plaza del Santo Ángel— y la de las mulas en las eras de Román. Aquella feria era una de las más importantes que había. Venía gente de todos sitios. Además, es que había cerca de nueve mil ochocientos habitantes en la Puebla, entre lo que es Almaciles, lo que es el campo y lo que es la sierra.

## SU HERMANO ELIO

Yo, con mi hermano Elio, pues sí, a lo mejor nos pillábamos y nos íbamos al cortijo y nos estábamos allí. Él cogía su escopetilla y yo cogía la mía y nos íbamos a cazar, o nos íbamos a este sitio o al otro. Elio también estuvo tomando

---

14 Almería.

15 Murcia.

16 Almería.

17 Cenacho.

18 Se celebraba entre el 15 y el 20 de octubre.

clases y después nada, nada más que caza y caza, y ya está. Fiesta y ya está. Ya, cuando se casó [foto 9], fue cuando le buscó el trabajo Cabestany, que era entonces el Ministro de agricultura<sup>19</sup>, y el barón era íntimo amigo.

## EL BARÓN

El barón se llamaba Antonio Bustos de Arana<sup>20</sup>. Lo conocíamos porque la finca del barón y la finca nuestra estaban juntas, y el barón subía allí. Una noche que se hizo un baile allí en el cortijo, también subió. Subían a los bailes allí y todo. Yo tenía pues diez, once o doce años. A mí el Barón me cogía y me sentaba en sus piernas. De eso sí me acuerdo yo bien, y de su mujer Matilde<sup>21</sup>. Como no tenía nada más que un hijo, Alfonso<sup>22</sup>, pues la niña... ¡puf!, me acuerdo perfectamente.

## RELACIONES DE NOVIAZGO Y CONTROL PATERNO

En mi casa no nos tenían a nosotros sujetos, nada más que, por ejemplo, a las diez de la noche había que recogerse —eso si no íbamos al cine, si no, cuando salíamos del cine. O sea, nosotros no era de decir estrictamente: “No, ahora no sales, ya no te vas con el novio”. No, nosotros salíamos con el novio para allá, para acá, paseándonos calle arriba, calle abajo, y no hemos tenido problema ninguno de todo eso que dicen, que si tenía que estar la madre delante o que, si no, no te dejaban, no. A lo mejor mi hermana y yo nos íbamos al paseo de San José —entonces se iba mucho. Mi hermana Iñica y yo no hemos tenido problema ninguno. Mi hermana Meri sí, porque a su novio no lo querían, y mi hermana, pues se fue con él a casa de sus padres. ¡Uh!, aquello fue... ¡Qué te voy a decir! Aquello estuvimos un poco tiempo nosotros pagando lo de ella. Aquello fue muy gordo.

## LA ENFERMEDAD DE SU HERMANA IÑICA

Mi hermana Iñica, desde los trece años o por ahí, estuvo enferma del pulmón. El medicamento lo traían de Tánger o de Andorra. Luego estuvo en el sanatorio de la Virgen Santa ingresada otros quince días, y se pagaban dos mil pesetas diarias. Luego había que buscar un taxi para ir todas las semanas a ponerle la neumotorax para que el pulmón, que tenía herida, no funcionara y la herida cicatrizara<sup>23</sup>. Murió con veintidós años.

19 Rafael Cabestany de Anduaga fue Ministro de Agricultura entre 1951 y 1956.

20 Antonio de Bustos y Ruiz de Arana (1900-1990), XXV Barón de Bellpuig.

21 Matilde de Bustos y Campero.

22 Alfonso de Bustos y Bustos.

23 Por la descripción que hace, parece que su hermana estaba enferma de tuberculosis, y que una parte del tratamiento consistía en una colapsoterapia mediante la inyección de aire en la pleura, para provocarle un neumotorax, que redujera el tamaño del pulmón y lograr así un reposo temporal del mismo.



5. Tío de Esperanza: Evencio Iglesias.



6. Tía de Esperanza: Esperanza Rodríguez

CURSO 1948-49

Laboratorio JUAN TOMAS - Laurel de las Tablas, 10 GRANADA

*Recuerdo Escolar*

7. Esperanza en el colegio.



## CÓMO CONOCIÓ A SU MARIDO Y SE CASÓ CON ÉL

Yo me casé con Antonio muy joven. Tenía veintiún años y pico. Antonio es de aquí también, nació aquí. Tiene seis años más que yo. Nos conocíamos porque él era amigo de Salvador Tudela y de mi hermano Elio, y se iban de cacería al cortijo.

Él era confitero. Su padre tenía la confitería donde la hemos tenido nosotros después. Como entonces no había billetes, pues los confiteros no podían tener nada porque, si tenías cinco pesetas, era para comprarte las patatas, el aceite, y no era para ir a comprarte un bizcocho. Entonces se decía: “¡Madre mía!, fíjate como estará de malo, que le hemos comprado un bizcocho y no se lo come”.

En aquellos tiempos, para casarte, si el muchacho no tenía dinero, pues ya no lo querían. Mi padre no me puso ninguna pega. Pero el tío de mi padre, Eleuterio, ése sí. Casi me casé, más que nada, por cabezonada, porque un día le dijo a mi padre que me había visto una noche que estaba hablando con él, y no era verdad. Que no sé qué, no sé cuánto... Me tuvieron encerrada dos o tres días. Y le dije:

—Pues, mira, aquí se ha terminado. Vosotros hacéis lo que queréis, pero mi padre jamás, mi padre nunca, nunca.

No pensé en irme con mi novio, porque yo ya había visto lo que le había pasado a mi hermana. Y, cuando yo fui, lo que yo me encontré allí, acostumbradas a estar nosotras como estábamos... Y yo dije: “¿Que te vas a encontrar aquí, todavía peor?”. Porque nosotras, pues eso, hasta merendar, merendábamos dentro de la casa para que no nos viera nadie, todas esas cosas. No, no lo he pensado jamás. Eso, ¡jamás!, ¡jamás!, ¡jamás! Mi ilusión era lo otro. Pero ya vino la cosa como vino, porque el padre de Antonio se había muerto y estaba solo.

—Que yo no sé qué, que yo no sé cuánto, que tal —me decía.

Y me casé de esa forma. Pero que jamás he pensado hacer nada de eso<sup>24</sup>.

Me casé el 25 de febrero del cincuenta y siete. Me casé con un traje negro de chaqueta, de corte sastre. Me casé de noche porque hacía once meses que se había muerto mi hermana y nueve el padre de Antonio. Entonces, nos casamos por la noche, por el luto. Nada más que estaban los hermanos de él y mi hermano y mis tíos, porque él aquí no tenía tíos.

Nos fuimos a vivir a casa de mis tíos. Ellos no tenían hijos y ya eran mayores. Entonces yo, como estaba con ellos, pues ya arreglé mi dormitorio.

## NACIMIENTO DE SUS HIJOS

El primer hijo lo tuve a los diez meses justo. El 25 de diciembre nació la María Eugenia, a las siete de la mañana. Después tuve otro, se llevaba año y medio con ella, y se murió de seis meses de la colitis, de diarrea. Después tuve a Antonio. Y después de éste tuve otro, pero fue un aborto. Tenía ocho meses ya, nació vivo y murió.

24 Irse con el novio.

Con los tres primeros me asistió la Juana, y en el aborto lo hizo Pepe, el médico. Don José, el médico —el que tenía la casa en el Paseo de las Santas— se fue conmigo porque era muy amigo de mi padre, y él conservaba la amistad con nosotros igual. Entonces los médicos cobraban iguales —no había seguro ni cosas de estas—, y las familias, unas le daban media fanega de trigo, el otro le pagaba cincuenta pesetas... Se fue conmigo, porque cuando llegó la Juana dice:

—Esto no es para mí.

Y vino el médico y dijo:

—Venga, un coche y vamos, porque hay que provocarlo.

Es que me hice daño. Como entonces no había frigoríficos y la máquina que teníamos de hacer el hielo era de doscientos cincuenta kilos y no producía hielo bastante para mantener las cosas frescas, los días de fiesta gordos —por ejemplo, el Corpus, la Ascensión— metíamos las cervezas en las cámaras donde se guardaba el hielo, y por la tarde, a la hora de empezar la gente a consumirla, se llevaban las cervezas, les echaban un poco de hielo por encima y se la tomaban fría. Ayudándole con una caja, me hice daño. Entonces tuve desprendimiento de placenta, y me tuvieron que llevar a un sitio para provocarme el parto, porque si no, me desangraba. Fuimos a Huéscar y no estaba el médico —un médico muy bueno que había. Así que dijo Don José:

—Pues vamos a intentar llevarla, a ver si podemos aguantar, a Guadix. Pero, de los topetazos, me produjo el parto. Entonces me recogieron a las tres de la mañana en un cortijo a siete kilómetros más allá de Baza, y ahí estuve ocho días. A los ocho días fue el médico —iba de vez en cuando— y, así que me vio, dijo:

—Venga, ya nos la llevamos.

Ya fue él a por mí y me vine a mi casa y me recuperé.

## LA CONFITERÍA

Al casarme, ya me metí a confitera. Como entonces no había billetes, el trabajo era muy tranquilo, muy tranquilo.

Después, cuando empezaron a celebrarse las comuniones, ya hacíamos nosotros las tartas. Como los moldes de las tartas valían mucho dinero, nosotros mismos comprábamos pliegos de aluminio y hacíamos nuestros moldes. El día de la comunión teníamos diez o doce tartas de cinco pisos, otras de siete, otras de una sola, otras de tres.

Vinimos a jubilar nos cuando estaba el apogeo ya de toda la cosa. En esos últimos años, en el verano, ya no dábamos abasto a trabajar y la gente a llevarse bandejas a Valencia, a Murcia, a Alicante. Que, por cierto, muchas de las que venían antes, ahora dicen:

—Nosotros ya no llevamos nada, porque dice mi hija: “¿Y a mí para qué me traes esto? Si esto lo compramos nosotros aquí. Nosotros lo que queremos es lo que tenía el Navarro, pero no esto”.

Claro, porque era todo natural. O sea, nosotros era nada más que azúcar, leche, huevos, el aceite bueno, manteca de primera, harina, y ya está. No gastábamos

productos de ninguna química. El cabello de ángel lo hacíamos nosotros. Hacíamos muchos dulces, todo igual: el bizcocho bañado en merengue, el bizcocho de coco, los “Jorges” —un bizcocho que hace triángulo, que está torrado.

Para la Navidad empezábamos casi mes y medio antes y teníamos un montón de gente trabajando. Teníamos a la hermana de la Julita, teníamos a dos, la Quica del “Cojo de Málaga”, la prima Teodora también se venía, Angelita también se venía —se venían muchas—, la Engracia, la madre del “Pelado”, que vivía ahí, se venía también, la Dorfina, su madre. Porque es que se llevaban furgonetas a Barcelona. El trabajo nuestro se llevaba con furgonetas a Barcelona. Lo llevaban el de Huéscar —Torregrosa— y otro que tenía una furgoneta, que venía vendiendo botellas de lejía —no me acuerdo cómo se llamaba— que llevaba el embutido y se llevaba también el trabajo de aquí. A la gente del pueblo le vendíamos muchas cajas, porque venían los hijos para llevarse.

Hacíamos también caramelos y se los vendíamos por sacos a Soler, el de Huéscar —tenemos la máquina de los caramelos todavía. Teníamos liando caramelos a una que le decían “Mega” —que era hermana de la Nati, la mujer de Ezequiel—, a la Coca la “Pelota”, a la “Muda” —esa que vive en la era de Román—, teníamos otra que le decían Antonia la “Rabilla”. Teníamos siete liando caramelos todos los días, todos los días, todos los días, y mandábamos los caramelos esos.

Estuvimos también haciendo magdalenas, vendiendo también al comercio y a los bares. Después, ya nos quedamos nada más que con el trabajo. Compramos una máquina de gaseosa. Hacíamos gaseosa, hacíamos sifones. Mucho trabajo, mucho trabajo, mucho trabajo.

## LA COMUNIÓN DE SU HIJA Y EL ENCARCELAMIENTO DE SU MARIDO

La comunión de la María Eugenia, bueno, eso fue en la época de ella pues casi una excepción. Mira si fue, que metieron a Antonio en la cárcel.

José —el del bar— y la Carmen vivían ahí en la puertecilla esa que tiene Rosendo. Había una puerta de cristal y tenía un cristal roto, y el Pepito —el hijo de la Carmen— llegaba y me decía:

—¡Esperanza, sácame!, ¡Esperanza, sácame!

Porque ellos se iban al bar, que lo tenían en el rincón del Morante, y al muchacho pues yo lo sacaba por ahí.

Aquella noche, aquí no encontrábamos conejos, y fueron con una motocarro que teníamos a Almaciles y se trajeron conejos para hacer conejo al ajillo. Estuvimos ahí en el corral haciendo todo para tenerlo preparado para la comunión, que pusimos aquí nuestra mesa para celebrar la comunión de la niña. Nosotros, a las cuatro o por ahí, dijimos:

—Vamos a acostarnos.

Pero Antonio cogió la motocarro y a unos cuantos, todos jóvenes —al Áureo, Gómez<sup>25</sup>, a toda esa partida—, los montó en la motocarro y se los llevó

25 El hijo del alcalde.



**7. Familia de Esperanza:** Arriba: Eugenia (hermana), Elio (hermano), Meri (hermana).  
Abajo: Jesús (hermano), Aquilina (madre), Jesús (padre), Esperanza.



**9. Esperanza con su hermano Elio (izquierda) y su marido Antonio (derecha) el día de la boda de su hermano (1959).**

por ahí de paseo. Antonio se pasó una *miaja*, ¡que él no bebe! Cogió las llaves de la tienda y se fue a la tienda. Sebastián<sup>26</sup> vivía entonces encima de la casa del bar de los “Pastores”. Llegó, abrió la tienda, destapó la conservadora y empezó a sacar helado y a tirárselo al balcón al alcalde:

—Toma y come, y come, y come —se dejó la conservadora destapada y todo.

A otra mañana, la gente empezó a preguntar:

—¿Y Antonio? ¿Pues dónde está Antonio?

Y es que Sebastián Gómez había ordenado que los metieran a todos en la cárcel. Metió a su hijo también. Mi Antonio se vino, pero los municipales —el Sancho y ya no me acuerdo que otro— vinieron y dijeron:

—Esperanza, venimos a por Antonio.

—¿Qué? —les dije.

—Lo ha dicho Sebastián ...

Y se lo llevaron.

Mi sobrina Maruchi vino después y me dijo que no me preocupase porque la Pili —la hija de Sebastián— había ido a hablar con su padre y le había dicho:

—Papá, ¿pero no sabes que está el confitero en la cárcel?

—¿Cómo que está el confitero en la cárcel?

—Sí, está en la cárcel.

—¡Pero cómo iba a saber yo que el confitero estaba con todos estos zagales! Venga, que lo echen ahora mismo.

Entonces, ya, celebramos la comunión. La celebramos aquí. Estaban de curas Don Cayetano y Don Francisco, los dos hermanos.

## RELIGIÓN

Cuando cría sí era religiosa, íbamos al catecismo, estaba Acción Católica, íbamos el Jueves Santo, Viernes Santo, todo eso. Pero, después, ya no. Ahora voy cuando se presenta una misa. Los sábados, a lo mejor voy. Antonio sí va a misa todos los días. A lo mejor, llega y le digo:

—Antonio, que es domingo tercero.

—¿Es domingo tercero? —me pregunta.

—Sí. Mira, la ropa la tienes ahí arriba.

Porque es hermano del Santísimo. Yo soy hermana de la Soledad y fui celadora del Corazón de Jesús, porque eso venía de las tías de mi padre. Mi hermana Ñica se puso de celadora y yo de auxiliar. Luego, después que mi hermana ya estaba mala, fui celadora bastante tiempo. Ahora soy hermana del Corazón de Jesús, de la Soledad, de las Santas —de las Santas somos todas. A San Juan, pues aporto con lo que sea. Antonio es del Santísimo. En fin, yo le doy dinero al cura. Antonia, ésa que tiene su cuota, dice:

—Esperanza, lo que tú haces, no lo hace nadie.

Yo, a los pobres y a todo eso, doy todo lo que puedo. El día del hambre o el día de... Todo eso, sí, todo eso sí lo hago.

26 Sebastián Gómez, el alcalde.



**10. Padre de Esperanza  
(derecha) con sus tíos Evencio  
y Esperanza (centro).**

**11. Esperanza en la romería de  
las Santas**

*25 de junio de 1961.*



## JUBILACIÓN

Al jubilarse Antonio, hace trece años, ya no seguí el trabajo en la confitería. Después de jubilarnos, nos dedicábamos a ir al cortijo y allí, que si este árbol aquí, que si el otro árbol por allí, que si esto por acá, que si tal... Después de jubilarme, que si me quedo con un nieto, o que si me quedo con la otra, que si voy a ver a éste, o que si me salgo para allá o me vengo para acá. Los viajes empecé a hacerlos antes de jubilarme. He estado en muchos sitios. Cuando era la presidenta de la asociación de mujeres, los organizaba yo.





# ANDRÉS GÓMEZ NOVA

## (1935)

Andrés nació en Pincorto (Albacete) el 30 de julio de 1935. Sus padres tuvieron ocho hijos, la mitad de los cuales murieron siendo niños. Se crió junto a sus hermanos en la *Casa Valera* —un cortijo, propiedad de los Bañones, en el que trabajó su padre de labrador toda su vida. En la misma casa vivieron su abuela materna, hasta que falleció, una tía que se quedó viuda y sus dos primos. De la Guerra Civil narra cómo su padre intentó huir al monte para evitar tener que ir al frente, pero lo detuvieron y lo encarcelaron nueve meses. A penas fue unos pocos meses a la escuela, ya que desde pequeño tuvo que ayudar a sus padres yendo a recoger agua a la fuente y a partir de los diez años empezó a labrar el campo con las mulas. Con esa edad tenía que hacerse él mismo sus esparteñas. Las condiciones en que tuvo que vivir durante la posguerra fueron difíciles, aunque no menciona haber pasado hambre. Con veintidós años fue a cumplir el servicio militar a Granada. Tiene un grato recuerdo de los quince meses que pasó en la mili. Considera que tuvo suerte, porque la instrucción la hizo a las órdenes de un sargento que también era de la Puebla y, más tarde, le nombraron ayudante de un teniente capellán. Gracias a esto último, pudo disponer de algunos privilegios y de una situación relativamente cómoda durante el servicio militar. Conoció a su mujer en uno de los permisos que disfrutó mientras estaba en la mili. El encuentro se produjo en una de las reuniones que se celebraban en los cortijos con motivo de las matanzas en invierno. Cuando concluyó el servicio militar y regresó al pueblo, formalizaron el noviazgo, que duró poco más de un año. Se casaron en octubre de 1959. Él tenía veinticuatro años y ella casi veintiuno. Celebraron la boda en el cortijo de sus suegros. Con las nueve mil pesetas que recogieron en la boda, además de otros regalos, compraron los animales y los aperos necesarios para empezar a trabajar como labradores en el cortijo *Burrezo*, del que hasta entonces se había hecho cargo su padre. Durante su etapa como labradores en el *Burrezo* tuvieron tres hijas. Un cuarto hijo murió en el parto. Al cabo de unos ocho años, cuando las condiciones para continuar explotando la finca resultaron cada vez más difíciles, le surgió la oportunidad de trabajar como encargado forestal en el pinar de la *Vidriera*, del que se abastecía la fábrica de maderas de los Bañones. Así pues, se desplazaron a vivir allí. Al crecer sus hijas y no tener en la *Vidriera* acceso a la escuela, decidieron irse a vivir a Puebla de Don Fadrique. Allí tuvo su mujer su último hijo. Su primer empleo en el pueblo fue de albañil en la construcción del cuartel de la Guardia Civil. Finalmente, le dieron un empleo en la gasolinera, donde estuvo hasta que se jubiló en 2000. Los relatos de vida de Andrés están cargados de dilemas morales y tomas de decisiones en circunstancias difíciles, cuyo éxito o fracaso atribuye a la suerte. Los acontecimientos se van encadenando en su historia personal más por azar, que por el ejercicio de una acción encaminada a alguna meta. Un pasado errático y con numerosas fracturas, tanto sociales como personales, cobra en la narración continuidad y sentido.

# HISTORIA PERSONAL

Nací el día 30 de julio de 1935 —un año antes de la Guerra— en la provincia de Albacete, en un sitio que se llama *Pincorto*. Hay tres cortijadas y en cada cortijada vivían ocho o diez vecinos. Yo nací en el de la punta de abajo, en el último, en la última casa del cortijo, que era de mi padre. La casa donde vivía mi padre era propiedad suya. Al terminarse la Guerra, se vino a una finca que se llama la *Casa Valera*, que está al lado de la *Casa Moya*. Esa finca era de los Bañones, de Don Miguel y Don Rafael. Ahí mi padre habrá estado cincuenta años. Ahí nos crió a todos los hijos. Yo me fui de ahí cuando me casé.

## FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos eran de *Pincorto*. Mis abuelos tenían nombres raros. El padre de mi padre se llamaba Circuncisión y la madre María. El padre de mi madre se llamaba Indalecio y su madre Trinidad. No conocí nada más que a la madre de mi madre. Los otros habían muerto cuando nací. Mi abuela estuvo siempre con mi madre.

Mi abuela era muy buena. Siempre que me acostaba, hasta que no iba y me tapaba bien tapado, ella no dormía. Éramos tres o cuatro pequeños. Ella, antes de acostarse, siempre iba a ver si estábamos bien tapados para quedarse tranquila. Era muy buena persona. Se murió estando yo en la mili<sup>1</sup>. Siempre estaba contándonos oraciones. Ella estaba siempre rezando, nos decía cosas de rezo. Lo que pasa es que a mí todo eso no se me... Mi mujer sí sabe, pero a mí aquello no me gustaba mucho.

Mi padre nació en *Pincorto* y mi madre también. Se criaron en la misma cortijada. Era un cortijo de ocho o diez vecinos. Mi padre se llamaba Emilio. Eran cinco hermanos. Mi padre fue agricultor toda su vida hasta que se jubiló. Él no tenía propiedad suya. Tenía que dar una renta. Entonces era un tercio lo que se daba.

Mi madre tenía un nombre muy raro: Eulogia. Tuvo ocho hijos y, de los ocho, se murieron cuatro de pequeños. A los tres primeros no los conocí, eran mayores que yo. La otra se murió en la *Casa Valera* con dos años. Mis dos hermanos pequeños todavía no habían nacido. Los cuatro hermanos que quedamos, somos dos varones y dos hembras. Yo soy el segundo. El que vende el pescado es hermano mío. Mi hermana mayor vive en Elche y la otra en Benidorm. La que está en Benidorm está casada con un hermano de mi mujer, hicimos cambio. Estamos casados dos hermanos, un hermano y una hermana con un hermano y otra hermana. Nos ahorramos una suegra.

Mi madre tenía sólo una hermana, que se quedó viuda. Mi padre se hizo cargo de los dos hijos que tenía y crió a mis primos con nosotros. Esos primos han sido como hermanos. Con la otra familia, por parte de mi padre, también nos hemos llevado muy bien. Tenían una finca al lado de *Lóbrega*, que se llamaba *Buenavista*, y nosotros bajábamos a las matanzas desde la *Casa Valera*.

---

1 Aproximadamente en 1955.

## CÓMO SU PADRE TUVO QUE IR A LA MILI PARA QUE SE LIBRASE EL HIJO DE UN RICO

Mi padre me contaba que, en su época, algunos pagaban para librarse de la mili. Precisamente, él fue uno de los que fue a la mili por culpa de otro. Cuando mi padre hizo la mili le tocó ser excedente de cupo pero, cuando bajó a Albacete, a donde pertenecía Nerpio, le dijeron:

—No, no eres excedente. Tienes que ir a la mili.

Fue en lugar del hijo de un tal Don José Barberán que había allí, que tenía pasta. Su hijo se quedó y mi padre se fue. A mi padre le pasó eso. Cuando yo hice la mili, eso ya no existía.

Mi hermano se libró de la mili. No fue a la mili porque mi padre estaba jubilado y él era el único hombre en la casa. Yo ya estaba casado. Entonces, cuando llegó su quinta, se libró. Los padres libraban a los hijos cuando quedaba uno, como mi hermano, para hacerse cargo de la casa.

## CÓMO ENCARCELARON A SU PADRE DURANTE LA GUERRA

Cuando la Guerra yo era pequeño, pero recuerdo lo que contaba mi padre después.

Empezaron a pedir quintas para llevárselas a la guerra. Cuando pidieron la suya, que era ya de las últimas, en vez de irse a la guerra, se fueron al monte, se fugaron —en la cuadrilla en que él iba, iban dieciocho o veinte—, pero con la mala suerte de que, al poco tiempo de estar en el monte, los cogieron. Mi padre estuvo cerca de que lo mataran. Decía que lo tuvieron con los ojos tapados. Los cogieron yendo por el puerto del *Pinar*. El que estaba a la cabeza de los guardias de asalto, dirigiéndose a mi padre, dijo:

—Ése hombre es el que sabe donde están todos los otros —porque había más en el monte.

Entonces lo cogieron, le taparon los ojos y lo sacaron por detrás del cortijo para que declarara. Mi padre les dijo:

—Matadme cuanto antes, no me hagáis padecer más. Yo no sé dónde hay más nadie. Lo que hace falta es que me matéis y se acabó.

Finalmente, no lo mataron.

A otro día, por la mañana, se lo llevaron a Nerpio. Las mujeres —mi madre, otra que le decían Soledad, que su marido iba con mi padre— fueron a Nerpio a llevarles una *miajucha* de merienda para que comieran aquel día. Cuando llegaron allí, los guardias aquellos dijeron:

—¿A dónde van ustedes?

—Vamos a llevarles a nuestros maridos la comida para que coman hoy y ropa para que se muden —contestaron ellas.

—A estos dos no les hace falta nada. Ahora, a las doce, vamos a sacarlos a la plaza y les vamos a pegar siete tiros a cada uno.

Eso es lo que les dijeron los milicianos a la Soledad, a mi madre y a las que iban con ellas. La Soledad se lió a decir... Ya ves lo que les diría que, cuando vino a la Puebla, la cogieron, la pelaron al cero y se la llevaron a la cárcel a Granada. Estuvo en la cárcel yo que sé el tiempo.

A mi padre se lo llevaron a la cárcel, a Valencia. Estuvo en un pueblo que se llama Manises. Mi madre se quedó solita en su casa con mi hermana la mayor, uno de mis hermanos que luego se murió, yo y un par de mulas. Tenía tocino, harina y patatas para que no pasáramos hambre. A los nueve meses se acabó la Guerra y ya le dieron careo a mi padre y se vino a casa. Mi padre estuvo nueve meses en la cárcel.

Todo esto me lo contaron mis padres. Yo era chiquitito, nací un año antes de que empezara la Guerra. De lo único que me acuerdo es de las comilonas que hicieron cuando volvieron de la cárcel, de la alegría que sentían porque no les había pasado nada. Me acuerdo que una noche vinieron unos de *Jutía*, de la provincia de Albacete, que le decían los “Bonache”, e hicieron una comilona. Mataron borregos. De eso sí me acuerdo.

## EL ASESINATO DEL ALCALDE PEDÁNEO

Había un alcalde pedáneo en Nerpío, que era el que hacía y deshacía en los cortijos. Aquel hombre tuvo el pobre mala suerte. Aunque, si a aquel hombre no le hubiese pasado lo que le pasó, yo hubiera pasado hambre, y así no pasé. Después de que se llevaran a mi padre a la cárcel, aquel hombre iba todos los días a mi casa y le decía a mi madre:

—Eulogia, tienes que echarle una arroba de patatas a fulana para mañana.

—Bueno.

Claro, había gente que tenía todavía menos que nosotros. En mi casa había poco, pero en otros sitios había menos.

—No te olvides de echarle media arroba de harina a fulana —decía.

—Venga.

—Eulogia, las mulas mañana se las tienes que dar a la otra, que tiene que ir a Nerpío.

Así estuvo ocho días, hasta que lo mataron. Bajó el hombre del cortijo en que vivía a Nerpío, a contactar con el ayuntamiento y los milicianos, le salió uno de los que había en el monte y lo mató en el camino. Uno de los fugados salió y lo mató.

## JUEGOS: EL *PITOLE*

Entonces se jugaba a una cosa que le decían el *pitole*. Nos poníamos tres o cuatro. Cogíamos un palo y con otro más largo le dábamos. Me acuerdo que decíamos “*Pitole uno, pitole dos, pitole tres y el maquiné*” y, cuando llegabas a “maquiné”, le cascábamos. El que más lejos llegaba, era quien ganaba.

## LA ESCUELA

Fui a la escuela muy poquito tiempo. Empecé en la escuela con un maestro que salía de aquí, de la *Casa Moya*, e iba por los cortijos. Pasaba un día en semana o dos por el cortijo. Estaba allí una hora o dos, según. Me daba la

lección y me daba los apuntes que tenía que hacer hasta la siguiente vez. Esa fue la escuela que tuve. No me acuerdo cómo se llamaba el maestro. Luego tuve otra maestra en Pincorto. Era de aquí del pueblo. Se llamaba Carmen, una cuñada de José Rojiado. Estaba soltera e iba con su madre. Con aquella estuve tres o cuatro meses. Todos los días íbamos a clase. Yo no he tenido más escuela que esa. Aquel que pasaba por los cortijos, no cobraba. Nada más que si llegaba a la hora de comer, comía allí. La otra sí, había que pagar todos los meses, pero no me acuerdo lo que pagaba mi padre por tenerme a mí allí.

## COMUNIÓN

Hice la comunión en la Puebla un día que bajé del cortijo con mi madre y ya está. Hice la comunión con Don Manuel y ese cura fue también quien nos casó.

## EL TRABAJO CUANDO ERA NIÑO

Yo, de pequeño, he pasado lo mío también. En el cortijo en que vivíamos había que traer el agua a cargas. Había que ir con cántaros, unas aguaderas y la burra a por agua. Fíjate los años que tendría, que muchas veces me llevaba un cazo para no sacar el cántaro del agua de las aguaderas, porque no podía y a cazos lo iba llenando.

Cuando tenía diez años, me cogió mi padre un par de mulas para labrar con él. ¡Ya ves tú, con diez años! Se lo digo ahora a mi nieto, que tiene ya quince años, se ríe y dice: “¡Válgame Dios, abuelo!”. Con diez años cogí un par de mulas, que venía de noche con los lados estos hechos polvo de ir todo el día encima del arado, porque no alcanzaba.

Esto ha sido un cambio mucho más que de la noche al día, ¡mucho más! Los que conocimos aquello y ahora vemos esto... Ahora tengo yo cuatro o cinco bancalicos aquí en el pueblo, y una máquina me los siega en hora y media o dos. Antes había que echar dos meses, uno segando y otro en la era, para coger doscientas fanegas de grano.

## ESPARTEÑAS

Los calzados eran unas esparteñas. Entonces se usaban esparteñas. Yo era muy raro que me pusiera un par de esparteñas nuevas. Casi siempre llevaba una vieja y una nueva. Me las hacía yo mismo. Pero, claro, cuando terminaba de hacer una, la otra se había roto. No me daba tiempo, porque se rompían antes. Casi siempre llevaba una más nueva que la otra. Me enseñó a hacerlas mi padre. El calzado nos lo gobernábamos nosotros, eso ya sabías que no había otra cosa, nada más que eso. Para hacer las esparteñas, primero se hacía con el esparto una cosa que se llama *lineja*<sup>2</sup>, de cinco ramales. Igual que hacen las mujeres las trenzas del pelo, así salían las de esparto, pero las del pelo a lo mejor eran

2 Trenzado de esparto picado de 5 majas con 4 ó 5 espartos cada uno, usado para hacer las suelas de las esparteñas.

de tres y las de esparto de cinco. Luego aquello se ponía encima de una mesa y se hacía la suela. Se ataba por en medio el talón y lo otro. Luego, se cosía. Luego se hacía otra guita<sup>3</sup> y ya estaba la esparteña. Era entera de esparto. Le echábamos alambre todo alrededor, las alambrábamos, para que duraran más. En las punteras, las dos o tres guitas primeras también las hacíamos de alambre para que duraran más. Los tobillos muchas veces los llevábamos hechos polvo, cuando te descuidabas y te pegabas un restregón en el tobillo con el alambre.

Luego ya vino otro calzado, que se llamaban “abarcas” y eran de goma. Entonces, en la suela de la abarca, que era de goma, le cosíamos unas cenefas todo alrededor y hacíamos la esparteña. La suela aquella duraba más. Pero, cuando era todo de esparto —que además yo las hacía malas porque era chico— no llegué a juntar un par de esparteñas nuevas nunca.

Las primeras botas que me puse fueron de goma, como estas que se ponen ahora cuando llueve. Me tocaron en una rifa. A mí me gustaba tocar la guitarra y de zagalote, de quince años o por ahí, estuve yendo a que me dieran clases a la *Fuente de la Carrasca*, cerca del cortijo en que vivía. El maestro que teníamos allí de música rifó un par de botas con una baraja. En la sota de oros me acuerdo que me tocaron las botas aquellas. Con aquellas botas ya tuve para las fiestas y para todo, pero un par de botas de goma. Y antes, de chico, pues llevábamos *alpargatuja*s aquellas de cáñamo que había. No había otra cosa.

## ROPA

Llevábamos una blusa con mangas, negra y larga, con tus pantalones —que de buenos no tenían nada, pues se rompían por las rodillas y había que remendarlos. Mi madre, la pobre, decía:

—Quítate los pantalones, que les eche unas rodilleras.

También se rompían por el culo.

Traje me puse cuando me casé. Antes, no. Los que llevaban traje eran gente como los Bañones, los cuatro señoritos. Los demás no llevábamos traje. Llevabas tu jersey, tu pantaloncillo, alguna *chaquetuja*, y ya está.

## CÓMO DORMÍAN

Dormíamos como nos tocaba. A veces dormíamos hasta en las trojes, donde echábamos el trigo y la cebada. Cuando hacíamos matanzas y se juntaba mucha gente, tendían allí una manta encima de las trojes de trigo y dormíamos encima. Cuando ya era mayorcillo, con diez o doce años, dormía en una *cabecera*, que se llamaba. Aquello lo llenaban de bálago de las eras, de lo que se trillaba, y lo tendían en el suelo. Dormíamos en la cocina, porque no había camas para toda la gente que estábamos. Donde nosotros vivíamos había dos dormitorios. Mi madre creo que tenía tres camas, no había más. Los demás teníamos que dormir en las trojes, en la cocina, donde se podía.

3 Cuerda alargada, delgada y flexible formada por un trenzado de tres majas de 1,5 espartos cada una.

## LOS QUINTOS

Nos medían un año antes para ir a la mili. El día que nos midieron, ¡uff!, menuda fiesta hicimos. En la casa de Florencio, este de *Porcuna*, vivía uno que le decían el “Cojo Málaga”. Tenía un bar ahí, y nos juntamos ocho o diez. El bar se llamaba *El Cojo Málaga*. Cuando ya salimos del ayuntamiento, nos metimos allí y no salimos hasta otro día por la mañana. Estuvimos todo el día y toda la noche ahí. Nos juntábamos los amigos. Otros hacían otras peñas igual. Aquel era un día grande para los soldados, era el día de los quintos, el día en que nos medían. Entonces no había cerveza. Se bebía vino. Hacíamos *palomas* con anís, azúcar y agua. Hacíamos garbanzos torrados. Nosotros creo que fue un choto lo que gobernamos ahí. Nos lo hizo al ajillo el “Cojo Málaga”, Cipriano. Pasamos un día bueno. Entonces no había otra cosa nada más que eso.

## EL SERVICIO MILITAR

Cuando me fui a la mili, mi hermano era pequeño. Mi padre tuvo que buscar un hombre porque se quedó solo con dos pares de mulas. El tiempo que estuve en la mili, quince meses, tuvo que buscar uno y darle su sueldo.

Fui a la mili con veintidós años, en marzo del '57. Era de la quinta del '56. La hice en Granada capital, al lado del Córdoba 10, que entonces era una agrupación de ingenieros, la Agrupación N° 23. Entonces aquello pertenecía a Valencia, pero la agrupación estaba ahí. Había cuatro compañías, a cien tíos cada una, unos cuatrocientos estábamos allí.

Nos llevaron a todos los de la quinta juntos. Cuando llegó el día, nos juntaron en el convento en la Puebla. Salieron dos camiones cargados. Aquí había uno, el “Barbas Tristes”, que era el jefe de quintas. Nos montó en los camiones lo mismo que borregos y nos llevó a Guadix el día 18 de marzo. Dormimos allí y, a otro día, nos llevó a la caja. Nos entregó en la caja y allí ya nos dijeron a dónde nos había tocado, el día que teníamos que salir y todo eso. Muchos nos volvimos aquel mismo día en los camiones. A mí me dijeron que hasta el día 28 de marzo, a no sé qué hora, no tenía que estar. Entonces me vine otra vez a mi casa y, cuando llegó el viernes, volví. Me destinaron a Granada y nos llevaron en tren.

Desde la estación de tren, nos llevaron a San Jerónimo medio formados. Los *zagaluchos* chicos que salían por la calle nos decían: “Un, dos, un dos...”. Fuimos por los Mondragones a la calle San Juan de Dios. Luego anduvimos por San Juan de Dios hasta que cogimos la calle Mesones a la izquierda, y siguiendo a la derecha, estaba el cuartel de San Jerónimo. Allí fui yo de quinto.

Aquella noche estábamos en la compañía, se asomó uno a la puerta y preguntó:

—¿Cuántos hay aquí de la Puebla de Don Fadrique?

Salimos tres que estábamos: yo, uno que era de ahí de las Lanzas y el otro no me acuerdo quién era. El instructor era de aquí de la Puebla, Mariano, el marido de Mercedes, ésta de las lanas. Él era de una quinta mayor, era veterano, y resulta que le tocó ser instructor. Entonces nombraban instructores a los de la quinta anterior. Los cogían de diez en diez. Los tres meses que estuvimos

allí, estuvo de instructor con nosotros. ¡Si vieras cómo lloraba el día que se vino licenciado, cuando él terminó y a nosotros nos quedaba todavía un año! Salimos allí y no nos conocíamos —cada uno se había criado en un cortijo— pero, con saber que éramos de aquí del pueblo, yo vi el cielo. Las maletas las llevábamos preparadicas. Él se pegó un lote bueno allí, con nosotros. Sacamos los chorizos, porque entonces las madres nos echaban de todo lo que tenían. Me preparó mi madre una bolsa de nueces partidas, que vine con permiso y todavía me quedaban nueces en la maleta.

Antes de irte a la mili, salías a despedirte de la familia y de los vecinos. Yo recogí mil pesetas de lo que me dieron. Con aquellas mil pesetas hice la mili. Mi padre no tuvo que gastarse un duro. En un lado te daban dos pesetas... En donde te daban un duro, aquello era grande. En todas las casas te daban: los vecinos, la familia. Yo me acuerdo que recogí mil pesetas. Quince días antes, ya estabas despidiéndote. Empezabas pronto para despedirte de todos. Yo vivía en la *Casa Valera*, pues me fui a la *Fuente de la Carrasca*, luego a *Huebras*, donde conocía a mucha gente, a la *Casa Moya*, en fin, aquí en el pueblo, mi familia, en el campo. Me tiré quince días por ahí diciéndole adiós a la familia y a los vecinos. Ya digo, recogí mil pesetas, que entonces era dinero. Allí, en la mili, nos pagaban a nosotros dos reales todos los días, dos realillos. Cobrábamos las sobras cada quince días: 7,50, eso nos daban. ¡Y deseando cobrar las sobras!

## ASISTENTE DEL TENIENTE CAPELLÁN

De allí nos llevaron al Padul<sup>4</sup>, donde estaba el campamento. Estuvimos tres meses haciendo la instrucción. Cuando terminó la instrucción, licenciaron a la quinta y nos bajamos al cuartel nuevo, allí al lado del Córdoba 10.

Yo tuve suerte en la mili. Cuando ya estábamos en la compañía, salió allí uno diciendo:

—A ver, los que tienen la ropa de paisano, que salgan aquí.

Y salimos.

—Necesitamos uno para el teniente capellán ¿A ti no te importaría? —me preguntó.

—A mí no —contesté.

Otros salían de asistentes para el capitán, otros para... En fin, salían muchos asistentes. A mí me tocó estar con el cura. Allí me enseñé yo a ayudar a decir misa. Fui sacristán y también maestro de escuela. ¡Fíjate, el maestro de escuela! Era un sacerdote que tenía la graduación de teniente capellán del cuartel. Había una capilla, donde se decía la misa los domingos, y aquello lo tenía que limpiar yo, barrerlo y arreglarlo, en fin, tenerlo en condiciones. Le llevaba la orden del día a él, a un seminario que había allí cerca, que es donde estaba. Y, de la una a las dos, daba clase a los que no sabían nada, que había muchos entonces. Acudían allí a una habitación y yo les apuntaba la “a”, la “e”, los números...

4 Granada.



## CÓMO SE LIBRÓ DE QUE LO PELARAN EN LA MILI

En la mili, pelarte, echarte un pelado, aquello era gordo. Cuando nos faltaban diez o doce días para licenciarnos, un brigada nos pilló en una cosa que hicimos mal y nos dijo que teníamos que pelarnos. Yo salía y casi siempre venía tarde a la hora que daban la cena. Yo y otro nos conchabamos con los de la cocina, con los cocineros y, cuando llegábamos, pasábamos a la cocina y allí siempre había algo y comíamos. Pero el brigada que había de cocina aquella semana, se conoce que le dio el olor de la comida y, cuando estábamos una noche en plena cena, sentimos por el patio: “Ta, ta, ta”. Se asomó uno:

—El brigada. Viene el brigada.

Nos metimos los dos en una habitación donde tenían las patatas. Llegó el brigada y le dieron la orden. El brigada preguntó:

—Bueno, ¿qué?, ¿para mañana, qué hace falta?

—Nada, mi brigada, yo creo que está todo correcto.

Y cuando ya salía, se volvió y dijo:

—¿Y patatas, qué?

Él sabía que estábamos allí.

—No, no. Quedan patatas.

—A ver, a ver, da la luz.

Abrió la puerta.

—¿Y esto qué es?

Y ya nos quedamos allí.

—¡Venga!, los nombres.

—Fulano de tal y tal.

—Bueno, pues mañana se presentan ustedes a tal hora pelados —al cuerpo de guardia, al oficial que le tocara al otro día la guardia.

¡Madre mía! Yo no dormí en toda la noche. No hacía nada más que pensar: “¿Y qué hago yo?”.

Al otro día, por la mañana temprano, me levanté, salí del cuartel y fui a donde estaba el cura. Le dije:

—Mire usted, Evangelino, me ha pasado esto. Anoche tuve la ignorancia de que llegué tarde y me fui a la cocina. Fue Don Andrés —así se llamaba el brigada— y me ha dicho que tengo que pelarme.

Se rascó la cabeza y dijo:

—¿Y qué hacemos?

Total, que ya pensó lo que pensara y me dijo:

—Mira, no vayas en todo el día al cuartel. No se te ocurra ir que, como vayas, sabes que te enganchan y te pelan. Tú ve luego, tarde. Vas a la compañía, te acuestas y ya está.

Pues eso hice. Cuando llegué a la compañía, el imaginaria que había allí, un imaginaria porque habían tocado silencio, me dijo:

—¿En dónde te has metido todo el día?

—¿Por qué?

—Porque están buscándote.

Como cuando se terminaba el vino que gastaban en las misas, las hostias y todo eso, iba a un convento y las monjas me lo daban y lo llevaba a la capilla, le dije:

— ¡Pues menudo día! He tenido que ir al convento.

— Pues aquí han estado buscándote. No sé por lo que habrá sido.

Él no me dijo para lo que era, pero fue para eso. Así es que me escapé por eso. No me castigaron. Allí los jefes gordos tenían un asistente y, si le pasaba cualquier cosa, iba y en cuanto decía que era el asistente de fulano, ya no le hacían nada. Ahora bien, sí era otro, ese sí iba a...

El teniente capellán era uno de los principales del cuartel. Por eso en la mili estuve bien. Cuando la recolección del verano, vine otro mes y medio de permiso a ayudarle a mi padre a hacer la faena. Fue por mediación del cura. Le dije a este hombre:

— Mire usted —Don Evangelino—, me pasa esto. A ver si me puedo ir ahora por este motivo, que mi padre...

— Pues, vamos a intentarlo.

Vine y le ayudé a mi padre a hacer la faena. Me tiré mes y medio. El permiso lo disfruté toda la quinta. Primero nos fuimos un turno y, cuando volvimos, se fueron otros. Volví a últimos de agosto al cuartel. Después, a últimos de noviembre o primeros de diciembre, me volvieron a dar otro mes y medio de permiso.

Estuve quince meses en la mili, pero pasé tres de permiso aquí. Así que estuve a gusto, sí.

## LA ÚLTIMA NOCHE EN LA MILI

La última noche que dormí en el cuartel, estuvimos en la prevención unos pocos. La prevención era el cuerpo de guardia, una habitación que había allí. A la una nos dieron la cartilla de licenciados, para que saliéramos a otro día a la mañana. El tren salía a otro día de Granada para ir a Baza. Nos dijeron:

— El que quiera quedarse a dormir aquí en el cuartel, puede pasar luego al comedor a cenar y a dormir, que tiene la cama. El que tenga sitio para irse por ahí fuera, se puede ir.

Pero, ¿cómo te ibas a ir? ¿A dónde te ibas a ir? Pues nos quedamos allí unos pocos. Fuimos a cenar y luego a la compañía, donde teníamos nuestras camas. Pero, ¡cualquiera dormía aquella noche allí! Nos liamos a dar voces y a hacer escándalo hasta que nos bajaron a la prevención. Así que, esa noche, me arrestaron.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MUJER

María, de pequeña, se fue a Santiago<sup>5</sup>, a la vega de Santiago, con unos tíos suyos que no tenían hijos. Yo, antes de irme a la mili, tenía otra novia y casi no conocía a María. La había visto, pero no la conocía. Me fui a la mili y vine una vez con permiso en el tiempo de las matanzas<sup>6</sup>. Muy cerca de la *Casa Valera* está el *Collado Serrano*. Había una matanza en ese cortijo y nos invitaron —los vecinos se invitaban. Total, que en la matanza la conocí. La vi y me gustó. Pero pasó la matanza, me fui a mi casa y ella se fue a la suya. A los pocos días, un domingo

5 Santiago de la Espada, Jaén.

6 A finales de noviembre de 1957.

me venía para la Puebla y, al llegar al *Collado Serrano*, me paré y empezamos a hablar. Le dije que iba al cine al pueblo pero que, si quería, me quedaba allí. Y por ahí empezamos.

## NOVIAZGO Y PETICIÓN DE MATRIMONIO

En la mili ya estuve de novio con mi mujer. Nos escribíamos. Me fui para San Antón y luego vine licenciado en el mes de junio. Esa temporada nos enviamos cartas para allá y cartas para acá. Ya formalizamos y al año nos casamos. Yo tenía la finca y tenía que venir a labrar. Mis padres vivían ahí pero, como la finca estaba separada de la casa de mis padres, cuando tenía que venir a hacer la faena, tenía que estar solo en casa de mi hermana. Entonces, aceleré la boda un poquito. Mis suegros no querían que nos casáramos tan pronto, porque el año antes habían casado a un hermano de la María. Cuando intenté casarme, la tarde que yo conté con mi suegro para casarnos, aquello fue... No sé ahora cómo lo harán, pero entonces tenías que ir y contar que te querías casar ¡Y a ver cómo se lo decías al abuelo! Entonces, pasaba eso.

Fui una tarde y mi suegro, que tenía unas resechillas, estaba con ellas por allí, alrededor del cortijo. Llegué y mi suegra le dijo a un cuñado mío, el que está casado con mi hermana, que era más pequeñete:

—Anda, quédate con las ovejas y dile al papa que venga.

Fue el zagal, se quedó con las ovejas y vino mi suegro. Sacó la petaca y me dio un cigarro. Luego, al rato, yo le di otro. Hasta que ya no tuve más remedio que decirle lo que quería. Yo iba allí ya, pero aquello era otra cosa. Él, muchas veces, cuando yo llegaba, después de cenar, pillaba y se acostaba. Casi nunca hablaba con mi mujer delante de mi suegro. Mi suegra sí se quedaba. Yo dormía allí muchas noches en invierno. Cuando hacía frío, yo no me iba. Pero aquel día pasé yo... Mis suegros no querían que yo me casara tan pronto, decían:

—Esperad al menos...

Pero, claro, yo tenía prisa por montar mi boliche solo. Al año de casarse mi cuñado, nos casamos nosotros.

## LA BODA

Don Manuel, el cura, subió al cortijo de mis suegros, el *Collado Serrano*, a casarnos. Bajó uno de allí del cortijo a por él y subió montado en una burra. Cuando llegó, se le había olvidado el misal. Tuvo que bajar otro al pueblo a por el libro. Nos regaló cincuenta pesetas, de eso sí me acuerdo. Don Manuel estuvo todo el día con nosotros hasta tarde. ¡Estuvimos allí tres o cuatro días de boda! ¡Aquello fue una boda...!

Nos casamos el día 10 de octubre del '59. Yo tenía veinticuatro años cumplidos y mi mujer todavía no tenía los veintiuno —ella cumple los años el 5 de diciembre. Fue el churrero y estuvo haciendo churros. Mis suegros mataron borregos y pavos. ¡No sé los borregos que mataron! Allí no había otra cosa nada más que carne, vino, mistela —que hacían entonces mucha mistela—, aguardiente

y baile. Llevaron unos músicos que estuvieron tocando de día en la era, donde se trillaba, y de noche en el cortijo. Nos tiramos allí tres o cuatro días de boda.

Estuvimos todo el día de allá para acá y luego, por la noche, en el baile hasta que nos dio ganas de acostarnos. Hasta que no llegaba la hora, no te entregaban la mujer. La primera noche dormimos en el cortijo, en una habitación que reservaron para nosotros. Allí nos pusieron una cama nueva, que compramos nosotros. Cuando ya fuimos a acostarnos, mi hermana y mi cuñado —que fueron los padrinos— nos acompañaron. Estuvieron en la habitación con nosotros un rato. Luego se salieron y nosotros nos quedamos allí.

A otro día, por la mañana, nos despertaron con música. Abrimos la ventana y convidamos a una copa de mistela, o lo que fuera, a todos los que había allí. Desde la ventana les íbamos echando. Entonces, la gente se divertía con aquello.

A los ocho días o así, fuimos a casa de mis padres a la tornaboda. Estuvimos los padres, los hijos y los hermanos, la familia más cercana. Pasamos otra noche buena. Luego, ya a otro día, mis suegros se vinieron a su casa y nosotros nos quedamos en casa de mis padres. Esto fue en el mes de octubre, y estuvimos allí hasta el mes de abril, en que nos fuimos al *Burrezo*. Como la casa de mis padres estaba cerca de la de mis suegros, unas veces estábamos en un lado y otras veces en otro. Estuvimos todo el invierno allí.

## EL BURREZO

Cuando me casé me fui a un cortijo, el *Burrezo*, que había gobernado mi padre dos o tres años antes. Mi padre era agricultor y, como yo era agricultor también, sabía que llegaría un día en que me casaría e iba a necesitar una finca. Entonces gobernó una finca de dos pares de mulas que había cerca de nuestra casa, que era de esta gente de la *Casa Moya*. Luego nos fuimos a esa finca una hermana mía, la mayor, y yo cuando me casé. En el *Burrezo* nos montamos los dos el primer boliche.

En la boda recogimos nueve mil pesetas y, con ese dinero, le compré a mi padre el par de mulas que él me entregó. Después de darle a mi padre lo que me puso por las mulas aquellas, nos sobraron perras para comprar un muletillo, en la feria. Entonces era la feria el 17, 18, 19 y 20<sup>7</sup> —los dos últimos días eran los mejores. Bajamos a la feria y compramos un muleto. Con nuestro par de mulas y nuestro muletillo nos fuimos al *Burrezo* en abril. Yo ya tenía que empezar a labrar, hacer los barbechos, en fin. Pero, resulta que nosotros no teníamos nada aquella primavera. ¡Si no habíamos recogido cosecha ni habíamos recogido nada! Como lo que había sembrado en el cortijo era de mi padre, me dijo:

—Mira, yo tengo que buscar gente para que me hagan la siega. Si queréis hacerla vosotros, del grano que me toca os doy una tercera parte.

Aquello lo llevaba él junto con mi hermano. Hicimos la siega mi cuñado, mi hermana, mi mujer y yo, los cuatro. A mí se me daba bien segar y a mi mujer también. Mi hermana iba con mi cuñado, y lo mismo. Mi cuñado se llevó la

---

7 De octubre.

mitad, como le correspondía y, de la otra mitad, mi padre le dio el tercio al dueño y, luego, de lo que le tocó a él, me dio un tercio —si le tocaron sesenta, pues a mí me dio veinte y él se llevó cuarenta. Con aquello ya tuve para sembrar, para el pienso de las bestias, para comer nosotros, hasta que al año siguiente recogí mi cosecha. Así empezamos nosotros.

Estuvimos en el *Burrezo* siete u ocho años con la faena. Entonces había que segar con hoces. Todavía tengo la hoz en mi casa. Nos tirábamos un mes segando mi mujer y yo. Teníamos que dar un partido, una renta, a los dueños de la finca. Les dábamos un tercio: de tres fanegas, una era para ellos y las otras dos para nosotros<sup>8</sup>. Luego pasábamos otro mes en la era trillando, aventando... Lo peor es segar, porque coges la hoz y tienes que estar todo el día agachado hasta segar todo. En la era ya extendías las parvas, la mies, echabas las mulas con los trillos y a trillar. Primero se trillaba y, cuando ya estaba trillado, la paja bien menuda para que se la comieran las caballerías, entonces se juntaba cuando hacía aire —hasta que no hacía aire no se podía hacer nada—, y aventábamos. La paja la echábamos en un sitio para las bestias y el grano en otro para nosotros.

## EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS

Mis tres hijas nacieron en el *Burrezo* en tres años. Mi Carmen nació al año y medio de casarnos, luego mi Paquita y después mi Araceli. Luego María se volvió a quedar embarazada, pero se puso mala y tuvo que subir Don José Castillo, el médico, al cortijo. Mi mujer le debe la vida a Don José. Él fue quien la salvó. Llegó la hora del parto y echamos mano a él y subió. Se tiró allí toda la noche y tuvo que sacarlo, pero ya muerto. Era ya de tiempo, pero tuvo que matarlo, como aquel que dice, para sacarlo. Me dijo:

—Mira, los dos no los podemos salvar. Vamos a probar a salvar a la madre y que sea lo que Dios quiera.

Así mismo lo dijo. Estaba con él un hijo suyo que estaba estudiando la carrera de médico y entonces estaba empezando a practicar. Eso sucedió a las tres o a las cuatro de la mañana, el día de la Virgen de agosto del año '68. Ese estaba entre medias de mi Araceli y de mi Andrés. Luego vino Andrés, en el '71, a los tres años. Ya estábamos en la *Vidriera*.

## LA VIDRIERA

Mi cuñado y yo nos dedicábamos en los inviernos, cuando no teníamos trabajo, a pelar pinos y a ajorrarlos con nuestras mulas. Nos fuimos a un sitio que le dicen la *Sierra de las Cabras*. Hicimos la pela, nos quedamos con el jorro y los ajorramos. Pero tuve la mala suerte de que se mató una de las dos mulas que tenía. Un día la enganchó un jorro en un barranco y la mató. Enganchábamos a

8 "A Paco Zaranda lo tuvimos nosotros de cuartero. Lo mandaban allí los veranos a cuarterarnos, a medir el grano para saber lo que le tocaba al amo y lo que nos tocaba a nosotros. Este Paco Zaranda estuvo allí por lo menos dos veranos con nosotros".

la mula cinco o seis palos juntos, los que veíamos que se podían llevar. Allí había mucha pendiente. Se salieron los palos, pillaron a la mula y la mataron.

Entonces me avisaron que si quería irme a la *Vidriera*. Fue cuando empezaron a venir los tractores. Esa finca en la que estaba no reunía condiciones para la maquinaria. Así que la dejé y me fui de encargado a la *Vidriera*. Vendí el *aperujo* que tenía de los barbechos y me fui allí con mis tres hijas pequeñas y unos tíos de mi mujer de *Santiago de la Espada*. Esos tíos de mi mujer no tenían hijos y la habían criado a ella. Cuando llegaron a viejos, y ya no podían estar en su casa, nos los trajimos al *Burrezo* y, luego, a la *Vidriera*. Subió un camión de la madera de Don Miguel a un sitio que le dicen el *Porche* y bajamos todas las cosas a cargas, porque el camión no podía entrar en el cortijo. Cargamos todo el equipo que teníamos, los cerdos, todo lo que teníamos, y nos fuimos a la *Vidriera*.

Estuvimos en la *Vidriera* siete u ocho años<sup>9</sup>. Allí, entonces había dos pastores y un labrador. Estábamos cuatro vecinos. Uno de los pastores se llamaba Ventura. Tenía una hija, que le dicen Maruja y está casada con uno que le dicen el Marcial. Era del tiempo de mi Carmen. Al otro pastor le decían Ignacio. Además, había un labrador. Todos eran de Santiago de la Espada.

Allí había una casa de cortijo, la casa de la señora, que era un palacio<sup>10</sup>. En aquellas fechas, en Madrid, estoy seguro que no había ninguna casa como la que había allí. Era de Doña Prudencia, tía de Don Miguel y hermana de Don Miguel viejo. Allí te metías y luego no sabías salir, de las habitaciones que había. Tenía cinco o seis cuartos de baño. Si uno era bueno, el otro más. Aquello era un palacio. Tenía su ermita también. Nada más que la ropa de los curas que había allí, valía un capital. Yo era el encargado de todo aquello y tenía la llave de todo el cortijo. Estaba la casa de la señora, luego había otra casa que le llamábamos de la administración, después la del labrador y, por último, había otro bloque enfrente, que era donde estábamos los dos pastores y nosotros. Nuestra casa lindaba con la capilla y al lado, de allí para abajo, vivían los dos pastores.

## EL TRABAJO EN EL PINAR DE LA VIDRIERA

En la *Vidriera* estuve de encargado por lo menos ocho o diez años. Los Bañones tenían una fábrica de maderas aquí y otra en *Totana*<sup>11</sup>. De allí salían todos los días siete u ocho camiones de madera. Había peladores para pelar los pinos. Había ajorradores que los ajoraban y los llevaban a los camiones para cargarlos. Aquella madera la tenía yo que medir toda. Esos años que estuve allí no tuve otro oficio, nada más que medir la madera. Tenía que medir la longitud y luego el diámetro. Por ejemplo, el palo tenía 10,40 metros —echabas la forcipula y medías— por 5,20 de diámetro. Se apuntaban el diámetro y la longitud. Ese fue el trabajo que yo tuve allí el tiempo que estuve.

9 En realidad no estuvieron más de cuatro años. Su mujer se fue a la Puebla en 1971 a dar a luz y él un año después.

10 Actualmente es un hotel de turismo rural.

11 Murcia.

## LOS ENTIERROS DE LOS TÍOS DE SU MUJER

Esos tíos se fueron con nosotros y se murieron los dos en la *Vidriera* —que también pasamos... Murieron los pobres en una época malísima. El abuelo fue el primero que murió. Como allí todos los días iban los camiones de la madera y yo tenía que ir a medirla, una mañana, al llegar el primer camión, salí a la carretera y le dije:

—Mira, que pasa esto: se ha muerto el abuelo y no puedo ir.

—No pasa nada. Nos vamos al pueblo ahora mismo.

Cargamos al abuelo encima del camión, sin caja. Le hicimos una cama. Mi mujer se metió en la cabina con los que iban en el camión y yo fui arriba con el abuelo. La abuela se quedó allí sola con los vecinos en el cortijo, porque estaba nevando a más no poder, que fue en el invierno. Entonces nos vinimos aquí. Paramos en la casa de una tía de mi mujer, la Nicomedes, que vivía en la plaza Arriba:

—Mira, que pasa esto.

—Venga.

Lo subimos allí a una habitación. Fuimos a por la caja, lo velamos y al otro día hicimos el entierro.

La abuela se murió también en la *Vidriera*, pero con un nevazo que había... Tuvimos que llevarla a Santiago de la Espada porque no pudimos traerla a la Puebla. Estaba la carretera cortada. ¡Menos mal que Don Miguel tenía allí dos pares de mulos para ajorrar las maderas! Un pastor, un guarda, dos hijos de un labrador que había allí y yo, cogimos cada uno un par de mulos de aquellos y fuimos a Santiago, pero con un nevazo enorme. Trajimos la caja, la velamos y, al otro día por la mañana, la cargamos en una mula. Llenamos dos sacos de paja, se los echamos uno a cada lado y en lo alto pusimos la caja. Entonces nosotros sabíamos cómo se hacía eso. Los mismos que fuimos a por la caja, la cargamos. Habíamos quedado con el cura que, a otro día, íbamos a una hora y la llevábamos a enterrar. Cuando llegamos a Santiago le dijeron su misa y de la iglesia fuimos al cementerio.

Los familiares y los vecinos se encargaban de amortajar al difunto. Cuando se murió el jefe mío de la gasolinera, mi mujer y yo nos metimos allí en una habitación, cerramos la puerta y lo amortajamos. Le pusimos su ropa interior, su traje, su corbata, sus zapatos y lo metimos en la caja. Cuando ya estaba preparado, abrimos la puerta. Entonces, en los cortijos, pasaba igual. Siempre había vecinos que hacían todas esas cosas.

## POR QUÉ DEJARON LA *VIDRIERA* Y SE FUERON A PUEBLA DE DON FADRIQUE

El primer maestro que tuvieron mis hijas en la *Vidriera* fui yo. Mi Carmen y mi Paquita —mi Araceli era más chica— cuando vinieron aquí a la escuela, si tenían que estar en cuarto, pasaron a cuarto, porque sabían ya casi más que los otros. Yo casi no fui a la escuela, pero quitando los siete u ocho años que estuve en el Burrezo de agricultor, me he pasado haciendo números todos los días. En la *Vidriera* yo qué sé los que haría, y luego aquí en el surtidor, lo mismo. En fin, que mis hijas, cuando vinieron aquí, pasaron. Allí no tuvieron ninguna escuela,

nada más que yo. Les enseñaba de noche cuando venía. Todos los libros que ellas podían necesitar, yo se los goberné y cosas para escribir.

Don Miguel, el jefe de la fábrica, no quería que me fuera de allí. Acababan de hacer en Santiago un hogar, como el que hay aquí para los críos, y me dijo:

—Mira, yo hablo con Gerardo Morcillo —el alcalde de Santiago—, que me llevo muy bien con él, para que interne a tus hijas allí en Santiago, y no tienes necesidad de irte al pueblo.

—Mire usted, Don Miguel, —le contesté— no, porque yo tengo mi casa en el pueblo. Si interno ahí a mis hijas, tendré el pueblo abandonando. Cuando pase tal fecha, tengo que irme sin más remedio. Se lo diré a usted con tiempo para que se apañe.

Mi mujer se vino al pueblo en septiembre a dar a luz a mi Andrés, cuando empezó el curso. Desde septiembre a junio del año siguiente, estuve solo en la Vidriera. Como los camiones subían todos los días, bajaba y subía en los camiones cuando podía. Una vez me tiré allí quince días sin poder venir, porque cayó un nevazo. Cayó la nieve el día de San Antón, y a primeros de febrero asomó la máquina de la nieve allí y me vine con ella.

## EL TRABAJO DE ALBAÑIL Y CÓMO SE FRACTURÓ LA MANO

De la Vidriera me vine derecho a trabajar al cuartel de la Guardia Civil. Me acuerdo que Manolo, el del camión, me dijo:

—Vas a tener suerte, que van a empezar allí un trabajo. Me llevo muy bien con el contratista, si quieres hablo por ti.

—Pues habla, que me voy —le contesté.

Me vine el día 16 de junio del '72, y el día 30 empezamos a hacer los primeros cimientos en el cuartel. Me tiré año y medio trabajando en el cuartel. Esa es la única vez que he trabajado con albañiles. Me rompí una mano, pero no en el cuartel, sino en mi casa. Era un sábado. Ese día trabajábamos hasta el medio día y fue casualidad que tenía yo también albañiles en mi casa entonces. Vine de la obra del cuartel y comimos. Entré en el dormitorio y uno de los albañiles, el padre de Gregorio el "Potaje", me dijo:

—Súbete aquí a este bidón.

Había que hacer ahí un agujero. Me subí a un bidón de esos grandes del gasoil, se volcó, me caí al suelo y me partí la mano. Entonces vino un médico que había, que se llamaba Don Salvador, que vivía en la casa de Gerardo el maestro. Me cogió, me llevó a Huéscar y allí me arreglaron la mano. El lunes fui a ver al encargado de la obra en el cuartel, a ver si podía meterlo como si hubiera ocurrido en el cuartel.

—Pepe, mira, me ha pasado esto: me pegué un porrazo después de irme de aquí y fijate cómo tengo la mano —la tenía enyesada.

—Nada, no pasa nada, eso lo arreglamos ahora mismo —me dijo.

Total, que el hombre lo arregló y estuve con el seguro de la obra el tiempo que estuve de baja. Luego, cuando se terminó eso, me puse a trabajar en la gasolinera hasta que me jubilé



## EL TRABAJO EN LA GASOLINERA

El trabajo en la gasolinera lo conseguí, porque resulta que mi mujer iba de cocinera al restaurante El Doblete, y el restaurante era del mismo dueño que la gasolinera. Mi mujer tenía mucha amistad con Félix, el dueño. Aurelio el “Pinoto” estaba entonces de crío en la gasolinera, y se disgustó con su padre por las cosas de las novias —fue cuando se puso de novio con su mujer. Así que se fue y dejó al “Mota”, que también estaba en la gasolinera, solo. Mi mujer se enteró y habló con Félix, que subió una noche a mi casa a hablar de eso. Total, que nos entendimos y me bajé a la gasolinera. Empecé a trabajar el mismo día que murió Franco, el 20 de noviembre del año '75, y estuve hasta que me jubilé en el año 2000. Ahí me he tirado veinticinco años.



# JOSÉ MIGUEL MORENO LÓPEZ (1936)

José Miguel nació en Puebla de Don Fadrique el 13 de septiembre de 1936, ya iniciada la Guerra Civil. Nació en una familia de campesinos sin recursos y tuvo que empezar a trabajar desde muy pequeño para sobrevivir. Pasó hambre durante la posguerra. Con veinticinco años se compró una cámara de fotos y, por azar, acabó convirtiéndose en fotógrafo ambulante. Se casó y tuvo un hijo y una hija. A mediados de los años setenta, su mujer enfermó del corazón. Entonces, José Miguel decidió emigrar a Suiza para que su mujer pudiese ser operada en Madrid a través del sistema público de salud. Pasó más de dos décadas trabajando en el ferrocarril en Zürich. Al principio tenía que regresar todos los años a su casa y esperar que le enviaran un nuevo contrato de trabajo. Más adelante, se llevó a su familia a vivir a Suiza. Los meses que volvía a su casa los aprovechaba para seguir haciendo algunos reportajes fotográficos. A través de sus relatos va describiendo en qué consistía el oficio de fotógrafo ambulante<sup>1</sup>, así como distintos incidentes y conflictos con autoridades y otros fotógrafos en los que se vio envuelto mientras ejerció esa profesión.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en la Puebla de Don Fadrique el 13 de septiembre de 1936. El trece dicen que trae mala suerte, pero no soy supersticioso. Hasta la fecha, he tenido suerte. Nací en la Puebla, pero me he criado en *Lóbrega*, a cinco kilómetros de la Puebla.

Fui a bautizarme por mi pie. Tenía cinco años. El cura que había aquí, un tal Don Manuel Cánovas, me echó una *mijilla* de sal en la boca y dicen que la tiré. Yo no me acuerdo de eso, pero dijeron:

— Mira, a éste no le gusta la sal.

¡María Santísima, ir andando por mi pie al bautizo! Eso se lo cuentas hoy a la juventud y no se lo cree. Como me cogió en el tiempo de la Guerra y todo esto, me bautizaron a los cinco años. Mis hermanos menores sí fueron bautizados en su tiempo, quince o veinte días después de nacer.

## FAMILIA DE ORIGEN

De mis abuelos me acuerdo perfectamente por parte de mi madre y por parte de mi padre. Mi abuelo paterno era aceitero<sup>2</sup>. Iba a la parte de Jaén a por aceite con una caballería. La Guardia Civil, si lo cogía con la carga de aceite, le llevaba al cuartel y se la quitaban.

1 Muchas de las experiencias de José Miguel son similares a las descritas por otro emigrante español que aprendió el oficio de fotógrafo ambulante en Argentina (Marshall 1969).

2 El aceite fue uno de los artículos que intervino y sometió a racionamiento el Estado en la posguerra. Aquí se refiere al comercio ilegal o de estraperlo.

De mi abuela paterna me acuerdo menos. La llamaban Tomasa. Tenía muy mal genio, era fuerte. A mi padre le gustaba bajarse a *La Montés* —una bodeguilla que había y está todavía— y, si tenía, se liaba a jugarse las perras. Se quedaba sin perras y, cuando volvía a casa, había tela marinera.

Los padres de mi madre eran esquiladores. Mi abuelo esquilaba las ovejas con tijera. Se dedicaba a ir a los cortijos a quitarles la lana a las ovejas. Tuvieron muchos hijos. Pasaron mucho. Iban a coger el esparto y llevaban de merienda una cabeza de ajos.

Mis padres nacieron los dos en la Puebla. Mi padre fue aceitero poco tiempo. Luego nos fuimos a *Lóbrega* y ya se buscó la vida en el campo. Mi padre murió el 7 de febrero de 1957, a los cincuenta y siete años de edad. Mi madre murió en marzo de 1963, a los sesenta y tres años.

El primer hijo que tuvieron mis padres murió a los cuatro o cinco meses de nacer. Después tuvieron cinco más: cuatro varones y una mujer. Yo soy el tercero.

## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR

Yo salí a la edad de siete años de mi casa a guardar caballerías, cerdos, de todo. He hecho de todo. También he pasado hambre, mucha. Hasta que ya empezamos a buscarnos la vida nosotros. Los padres y cinco hijos, siete. El nivel de vida no daba para tanto. ¿Cómo podía ser, si un hombre ganaba a lo mejor cinco pesetas al día? Íbamos a las casas a servir y te daban la comida, más que otra cosa.

## LAS CÁSCARAS DE PATATAS PARA LOS CONEJOS

¡Cuántas veces mi madre [foto 1] no nos habrá dado de comer con las cáscaras de patata! Mi madre iba a una mujer que vivía allí, la señorita Esperanza, y le decía:

—Deme las cáscaras de patata para los conejos.

Los conejos éramos nosotros. Las cocía, las machacaba hechas puré y comíamos. ¡Si no había otra cosa! Las migas de salvado —que antes se cernía la harina y quedaba el salvado—, pues igual. Yo, cada vez que veo todas esas miserias que están pasando los críos por ahí, es que...

## EL MAESTRO “PIPIRRANA”

Estudios, nada. Yo estuve yendo un mes a la escuela. Ahí, en *Lóbrega*, había un hombre que era maestro, vamos, maestro, era desterrado de Barcelona. Tenía hijos, tenía su mujer. Se vino cuando lo desterraron. Él no podía volver allí y se cobijó aquí. El hombre tenía una perrilla pequeña. Le decía “Pirri” a la perra y, por ahí, todos los zagales le pusimos “Pipirrana” al tío, porque le decía a la perra:

—¡Pirri, estate quieta!

Y luego nosotros, los críos, nos liábamos a decir:

—Pipi - rana.

Se quedó con “Pipirrana”. Ahora, el tío era un talento y sabía un rato. Yo, en un mes que estuve, terminé escribiendo cartas. También aprendí a sumar y a restar. A multiplicar y dividir ya no llegué. Entonces pagaban diez pesetas al mes y me las pagó a mí el hombre. Éramos diez y dijo:

—Al primero que salga de los más sobresalientes, le pago el mes.

Y me pagó las diez pesetas a mí. Si hubiera tenido estudios, hubiera sido un golfo o, a lo mejor, un talento, porque se me daba bien. Sin embargo, ya mis hermanos no fueron como yo. En mi casa siempre me decían:

—Es que tú siempre te pones al lado de mamá; y es para que, si hacemos algo, nos pegue a nosotros y a ti, como estás al lado de ella, no.

## LA VEZ QUE SE NEGÓ A OBEDECER

A los niños nos mandaban a las casas, más que nada, porque no había para darnos de comer en la casa. Mi padre y mi madre, pues lo mismo, llegaban a las casas y decían:

—Oye, mira, a ver si te hace falta algún crío.

Luego, encima, si había que eso, mi madre decía:

—Si el niño se desmanda, me lo dices.

Un día llegó uno —yo era ya un zagalote, tendría ocho o nueve años— y me dijo:

—Ha dicho mi mamá que piques un manojo de esparto.

Me quedé mirándolo y le dije:

—Oye, dile a tu mamá que si le hace falta el esparto, que lo pique ella; que yo, cuando me hace falta un manojo de esparto, lo pico yo.

Salió y dijo:

—Mamá, ¿sabes lo que ha dicho el Moreno? Que si te hace falta el esparto, que lo piques tú.

¡Madre mía!, entró el marido —yo estaba en la cuadra— y dijo:

—¿Quién va a picar el esparto, tú o mi mujer?

Yo vi que venía a pegarme. Eché mano a la pajera, cogí una horca de hierro de esas que llevan cinco dientes, lo puse contra la pared y le dije:

—¿Quién va a picar el esparto yo, usted, o su mujer?

—No, no, no. No me hagas nada —me dijo.

—A mí no me pega usted porque no me da la gana —le dije.

Cuando él se fue, cogí mi manta, me la eché al hombro, salí por la puerta de la cuadra y me fui a mi casa. Cuando llegué a mi casa, le conté a mi madre lo que había pasado. Mi padre estaba trabajando. Cogió y me bajó otra vez al cortijo. Le dije:

—Las veces que me lloves, me voy otra vez. Yo no me quedo ahí —porque ya me había sentenciado el tío.

—Bueno, si no quieres... —acabó diciéndome.

## EL DÍA EN QUE CASI SE AHOGA

Salí a la edad de siete años de mi casa a guardar caballerías. Yo no podía, pero me llevaban, me las trababan y luego iban a recogerme a mí y a las caballerías. Un día estaba a dos kilómetros del cortijo, más o menos, y venía

una tormenta. Bajó el hombre al que le llevaba las caballerías con una bicicleta a recogerme. Al pasar por un badén, bajaba una riada de agua y nos caímos los dos de la bicicleta. Yo me quedé envuelto en el agua. El hombre estuvo intentando agarrarme, hasta que dio conmigo y me sacó. Cuando llegamos al cortijo yo no tenía más ropa, así que me dieron unos pantalones de él. Parecía un payaso. Si se descuida el hombre, me ahogo ahí en el charco.

## EL COLLAR DE SARDINAS ENROBINADAS

Verdaderamente, si volviéramos a los tiempos de antes, yo no sé, sería catastrófico. Yo le digo a mi hijo:

—Pero chiquillo, ¡si yo me comía las sardinas enrobinadas!

Yo ya estaba harto de sardinas. Ahí en *Lóbrega*, la mujer que me echaba la merienda, las dejaba en el cajón:

—Ahí tienes la merienda. Toma, pan y dos o tres sardinas —de esas enrobinadas.

Yo las fui guardando, y un día cogí y le hice un collar a una yegua. Cogí un cordel, las fui pinchando y se lo colgué al cuello a una yegua. ¡Madre mía, aquello no se lo podía comer uno!

## LOS HUEVOS COCIDOS

En los cortijos siempre ha habido caballerías y una pajera para echar la paja. Yo cogía los huevos de la pajera y me los llevaba en el bolsillo, con cuidado de no romperlos. Luego hacía barro, metía el huevo, encendía una lumbre y los cocía. Así me los comía, huevo cocido, pero con barro.

## LA PAREJA DE LA GUARDIA CIVIL

Antiguamente, veías a los guardias civiles por las calles arrastrando las capas. Iban a las casas a que les pusieran la mesa. Yo lo sé por un caso. Entonces estaba yo guardando ovejas en el campo, en un cortijo que se llama *la Higuera de la agua*. Estaba la pareja de guardias comiendo. Habían ido allí y les habían sacado lo mejor que tenían: chorizos y así. Llegó un coche a la puerta y se paró. Se asomó un guardia y dijo:

—¡Madre mía!, el teniente.

Iba en busca de la pareja. Los guardias salieron por la puerta de la cuadra. Entró el teniente y le dijo a la señora de la casa:

—¿Está la pareja por aquí?

—Hace un momentillo que han salido.

Se asomó el teniente a la esquina y les gritó:

—¡Eh, venid para acá!

Se volvieron, se cuadraron delante del teniente y les dijo:

—¿Dónde van ustedes fuera del camino? ¿Por qué van ustedes andando y fuera del camino?

—No, es que...



*De izquierda a derecha y de arriba a abajo.*  
**1. Madre, Soledad López García,**  
**2. Mujer (María) y suegros (Diego y Edelmira),**  
**3. José en el servicio militar en 1957,**  
**4. Boda de José y María.**

—Si estaban comiendo, ¿por qué no han seguido? Pueden seguir comiendo.  
—No, mi teniente. Es que la mujer ha querido ponernos la mesa, pero teníamos que irnos porque vamos ya un poquillo tarde.

## LOS HUEVOS Y EL TABACO DEL JUEVES SANTO

La vida ha cambiado mucho. Yo me acuerdo una vez que estábamos viviendo ahí, en un cortijo. Era la Semana Santa. A mí me gustaba fumarme algún cigarrillo de vez en cuando, porque tenía ya quince o dieciséis años. Pero de aquí<sup>3</sup>, había poco. Le dije a mi madre:

—Me tienes que dar algo, para ir al pueblo.

—No tengo ni una peseta —me dijo, y me dio tres huevos.

La noche del Jueves Santo la gente iba a la iglesia y las mujeres se llevaban las sillas para sentarse, porque había pocos bancos. Estando yo allí, pasó una, me cascó con la silla en el bolsillo y me rompió los huevos. ¡Madre mía de mi alma la que me lió! Ya no pude ni ir a misa, porque aquello se espachurró. “¡Madre mía de mi alma en qué hora me he echado esto en el bolsillo!”, dije. Me los rompió de verdad. Había una mujer que vendía tabaco. Le decían la tía “Genara”. Vivía enfrente de *La Montes*. Pero me quedé sin tabaco ni nada.

## MATRIMONIO

Yo me casé a la edad de veinticinco años. Mi mujer tenía dieciocho. Mucha gente me decía:

—¡Pero si tu mujer es una cría!

—¡Joder!, pues ya se hará adulta —les respondía.

Hemos tenido un hijo y una hija.

## CÓMO SE HIZO FOTÓGRAFO AMBULANTE

Lo de hacerme fotógrafo ocurrió así: me hizo hacerme fotógrafo otro fotógrafo. Yo me compré una cámara, una camarilla de nada, aquello no valía nada. Llegué a un pueblo de la provincia de Castellón y la empresa donde yo trabajaba, que era la ENE, dio una orden de que cada hombre tenía que presentar una fotografía tamaño carné. Como tenía la cámara, venían todos y me decían:

—Oye, hazme la foto esa.

Claro, yo las mandaba a un laboratorio a que me las terminaran. Pero un día se enteró el fotógrafo —que no era de allí, que era de un pueblo que le decían el Tormo— y vino a hacerles las fotos a la gente. Pero ya estaban hechas. Cuando se enteró el hombre, preguntó:

—Bueno, ¿y quién les ha hecho las fotos?

—Un muchacho que hay aquí —le respondieron.

Entonces fue al ayuntamiento a denunciarme.

Me llamó el alcalde —el alcalde me conocía a mí— para entrevistarnos a los dos.

3 Dinero.



—Mira, ha venido este hombre y quiere ponerte una denuncia —me dijo el alcalde—. No estás autorizado para hacer esto —claro, yo no tenía ninguna documentación—. Tienes que ir y hacerte el carné rápido.

Fui a Castellón de la Plana a un gestor. Con unas fotos de carné, lo solicité al Gobierno Civil y me dieron mi carné de fotógrafo ambulante. Si no es por este tío, a lo mejor nunca hubiera intentado hacerme fotógrafo. Pero, claro, al hacerme el carné allí, luego, cuando vine a la Puebla, pasé por el Gobierno Civil de Granada y lo renové aquí.

Cuando me compré esa cámara estaba recién casado<sup>4</sup>. Me parece que me costó tres mil pesetas o así. En aquel tiempo era dinero tres mil pesetas. Las fotos me las sacaba estupendamente. Luego, ya fui comprando otras cámaras. Tengo un equipo de cámaras, por lo menos cuatro: una Canon, una Petri, una Nikon y no sé si hay una Kodak. Buenas cámaras. Tengo una alemana y me parece que tres son japonesas. El equipo completo. También tenía un laboratorio en blanco y negro, con el que ya hacía las fotos, las terminaba. Cuando me fui para Suiza lo embalé en una caja y mi suegra, la pobrecilla, cogió —ella no sabía lo que había allí—, lo sacó al camión de la basura y lo tiró sin mirar.

El color está muy bien, pero como el blanco y negro para concursos de fotografía y todo eso, no hay nada. En blanco y negro es donde se ve el detalle, porque el color está bien, pero a mí verdaderamente una foto en blanco y negro que esté bien hecha, como eso no hay nada.

La fotografía es una cosa que, como aficionado, es cara, porque vas a comprar un carrete como aficionado y no te hacen descuento, vas al laboratorio y tienes que pagar lo que vale. Como profesional tienes más facilidades. Mis hijos los he criado en la Puebla trabajando como fotógrafo ambulante. Me fui a Suiza cuando mi hijo tenía ya doce o trece años y mi hija ocho o nueve. Yo aquí, entre Huéscar, la Puebla, Santiago de la Espada... ganaba para darle de comer a mis hijos, pasando ratos buenos y ratos malos. Una vez fui a Santiago de la Espada. Llevaba una motillo [foto 6], no me acuerdo qué moto era. Me monté en la moto en Santiago y cuando llegué a mi casa no la podía soltar, no podía abrir las manos del frío. Como tampoco llevaba equipo de protección, si llovía, me mojaba.

## SUS PRIMERAS FOTOGRAFÍAS

Empecé poco a poco haciendo fotografías ambulantes. Hacía fotografías a parejas de novios cuando salían de paseo. En la temporada de verano iba a las eras y allí le hacía a uno la fotografía trillando, a otro aventando, en fin, lo que es la vida en el campo.

—¡Vamos a hacernos una fotografía! —decían.

A lo mejor se liaban a tirar paja para arriba, como que estaban aventando, para hacerse la foto. En otro cortijo a lo mejor había caballos, y decían:

—¡Vamos a montarnos a caballo para hacernos una foto!

4 En 1961.

A Cañada de la Cruz y a Santiago de la Espada he ido mucho también. Más que nada hacía fotografías en las fiestas, los domingos, a las parejas de novios que iban de paseo y así.

El fotógrafo ambulante no puede montar un estudio. Para montar un estudio se necesita otra clase de carné. El fotógrafo ambulante está autorizado para trabajar al aire libre y en reportajes de bodas, bautizos, etc.

## LA FORMALIDAD EN EL OFICIO

El día de la romería era cuando más se divertía la gente, cuando traen a las Santas, que unos iban en caballos, otros en bicicleta, otros a pie, otros en carros, otros en camiones. Se calentaban un poco y decían:

— ¡Hágame usted una foto!

Me liaba a hacer fotografías y luego, como los tíos iban medio borrachos, no las cobraba en el acto y muchos ni se las llevaban siquiera. Así que procuraba hacer las menos.

Yo he salido afuera a hacer fotografías. Iba a Santiago de la Espada, a Galera, a Huéscar, a Orce... A muchos ya les di el teléfono y me llamaban para los reportajes de boda, las comuniones,... En Santiago de la Espada, que hay muchos anejos, me defendía yo bien. Había gente muy formal, en el plan de que si hacías una fotografía en una fiesta, cuando llegabas, te pagaban sin problema. Pero aquí no. Tenía dos cajas llenas de fotos buenas que se podían entregar y, a lo mejor, iba y le decía a uno:

— Oye, ya tienes las fotos.

— Ya iré a recogerlas — me contestaba.

Nada, no aparecían. Ahora, como se las cobrara, venían rápido.

Había otro fotógrafo por ahí, que era de Huéscar, que iba como Juan por su viña, sin carné ni nada. Unas veces no llevaba carrete, cobraba las fotos y no las entregaba. ¡Cómo las iba a entregar, si no llevaba carrete! Otras sí las entregaba, cuando llevaba carrete. A mí me decían:

— Éste me hizo unas fotos en tal fecha y no me las ha entregado.

Él le echaba la culpa a que se había caído y se le había abierto la cámara. Mentira, que no llevaba carrete. Y si hacía alguna...

En Castril de la Peña me pasó un caso a mí, que yo fui a hacerle una foto de familia numerosa a un matrimonio con los niños y, cuando le hice la foto, me dijo:

— Se las pago y me las manda usted. ¿Cuánto valen?

— Dieciocho pesetas.

Esto hace ya treinta y tantos años.

— ¿No se habrá usted equivocado? — me preguntó.

— Hombre, no sé, no creo. ¿En qué plan me dice usted esto? — le dije.

— Porque uno de Huéscar le hizo a un vecino mío la foto de familia y le cobró trescientas pesetas.

— ¡Pero bueno, trescientas pesetas por la foto de familia numerosa! ¿Pero se las ha traído? — le pregunté.

— Pues no sé si se las ha traído — me contestó.

— Yo le he dicho dieciocho pesetas y son dieciocho pesetas.

— ¡Pues esto es un regalo! — acabó diciendo.

Claro, el hombre se quedó un poco... De dieciocho pesetas, a trescientas que le había cobrado el otro... A mí no me ha gustado abusar de nadie.

## POR QUÉ SE FUE A TRABAJAR A SUIZA: LA OPERACIÓN DE SU MUJER

Luego ya me tuve que ir a Suiza, porque tuvieron que operar a mi señora de una válvula del corazón en Madrid en el '75. Yo le pedí a un médico que había en el Ruiz de Alda en Granada que, por favor, me echase una mano para llevarla a Madrid a operarla. Me dijo:

— Bueno, yo te mando para allá, pero...

No tenía el seguro. Con la fotografía me había quedado sin seguro. A los industriales nos dieron seguro no hace muchos años. Así que cogí y me fui a Suiza por eso. Un muchacho de aquí me mandó un contrato. Entonces, con el contrato me fui a inmigración y dije que me hicieran una cartilla de desplazado para ir a Madrid. Fui y la operaron. Aquel año no fui a Suiza. El hijo de Don José, el médico, me dijo:

— Mira, vamos a hacer una cosa. Estando en Madrid, lo interesante es que operen a tu señora y, si mañana dicen que tú no te has ido al extranjero porque tal o cual, ¿qué te pueden hacer? Nada —si yo no tenía medios.

El médico de Granada se portó muy bien. Era un hombre estupendo. El día que la operaron en Madrid, se presentó allí. Acababa de salir del quirófano, cuando se presentó. Porque a mi señora la operó un tal Don Ernesto Castro Fariña, que en el cuadro médico de Franco me parece que iba el quinto. Cuando le dije al médico que quería ir a Madrid, me preguntó:

— ¿Por qué quiere usted ir a Madrid?

— Porque me han dicho que hay un médico muy bueno en Madrid.

— ¿Cómo se llama ese señor? — me preguntó.

— Según tengo entendido, Don Ernesto Castro Fariña.

— ¡Hombre! — le dio una alegría —, me ha puesto usted una corona.

— ¿Yo?, ¿por qué? — le dije.

— Porque ha sido mi profesor.

Ir a Madrid y presentarse allí, al salir de recuperación, ¡me dio una alegría!

## EL TRABAJO EN EL FERROCARRIL EN ZÜRICH

En Suiza estuve trabajando en el ferrocarril, en Zürich [foto 5]. Primero trabajé con una empresa privada. El Estado le daba trabajo a esta empresa y ella nos pagaba a nosotros. La empresa comerciaba con nosotros y con el Estado. Fuimos allí a montar vías, a desarmarlas, a montarlas nuevas, a hacer cambios de las vías del tren en las estaciones y todo eso. Trabajábamos de día y de noche, con ocho o nueve grados bajo cero, padeciendo.

Yo me llevé, de aquí de la Puebla, a seis o siete. Unos se comportaron bien, otros no. Si a mí me pedía, por favor, un amigo que le mandase un contrato, hacía lo posible por ir a la empresa y exponer el caso:



5. José (derecha) arreglando vías del tren de Zürich.

—Mire, tengo un amigo que quiere venir para acá...

Me llevé también a un hermano, que vive en Alcantarilla. A mi hermano no le gustó aquello. Yo me llamo José Miguel, y a mi hermano, el que me sigue a mí, le pusieron también José. Los padres antes hacían tonterías con los nombres. Dos hermanos José, pues claro, al llegar los contratos a Madrid, que venían de Zürich, se confundieron y mandaron los dos a casa de mi hermano a Murcia. Me dijo:

—Aquí tienes un contrato.

Yo estaba esperando el mío, pero por aquí, por Granada, no por Murcia. Fui y le dije:

—Bueno, ¿y esto?

Se confundieron y le mandaron los dos contratos a él. Entonces fui a Granada y reclamé:

—Oiga, yo no vivo en Murcia para recibir el contrato por Murcia.

Pero, cuando fue mi hermano allí, aquello no le gustó. Ni entendía el italiano, ni el alemán, ni nada de nada.

El italiano a mí no se me ha dado muy mal, es muy fácil. A mí toda la vida me han dicho allí:

—¿Pero tú eres italiano?

—Yo soy español —contestaba.

Hablaba el italiano mejor que ellos. Cuando había algún problema venían y me decían:

—Oye, vente conmigo, que tú entiendes un poco.

El alemán me salía bordado cuando me cabreaba con los suizos. Un día, entré a un restaurante y había allí bomberos. Me dijo uno:

—¿Italia?

—*Nein*<sup>5</sup>, España.

—¡Oh, España *Scheiße!*<sup>6</sup>

Me fui para el tío. Le eché la mano así y le dije:

—*Suizeland*<sup>7</sup> *eine Scheiße*, sí. España, no.

Los otros le dijeron:

—Ves tú, te has pasado, te has equivocado con el español.

De ahí en adelante, fue uno de los más amigos que tuve.

¡Los suizos sí que son cornudos! Si los cuernos alumbraran, se vería allí de noche como de día. Los suizos no son celosos. Allí están ocho en una mesa, coge uno la mujer de otro, se levanta, se va y ella no vuelve hasta las dos o tres de la mañana a su casa, y el marido no se impacienta porque se haya ido con otro hombre. Es que él también lo hace. ¡En España cualquiera aguanta eso! Los españoles tenemos otra mentalidad diferente.

Allí hice un curso para vigilar el tren, para salvar la vida a los operarios. Allí le dicen “trompeta”, “corneta”, a quien hace eso. Como hay doble vía, cuando el tren venía por la vía en que estábamos trabajando, había que pegar dos toques con la corneta, y si iba por la otra, uno. Había que tener los ojos bien abiertos.

---

5 No.

6 Mierda.

7 Suiza se dice en inglés *Switzerland* y en alemán *die Schweiz*.

El ingeniero principal me mandaba ir un día a un sitio, otro día a otro, y eso era peligroso, porque allí el invierno es duro. Así que le dije:

—¿Por qué me manda usted a mí todos los días, cada vez que tiene que salir un tío para vigilar?

—¿Por qué? Porque el único que me da confianza de todos los que hay aquí que ha hecho la escuela, eres tú —me contestó.

Yo tenía que hacerle el reporte de las horas de trabajo que echaba. Me dijo:

—Si echas seis y pones ocho o diez, no pasa nada. Pero, cuando yo te mande allí, tienes que ir.

Porque había dos o tres alemanes allí que habían ido a la escuela también, y estaban siempre colocados, le daban al alcohol. Para vigilar a diecisiete o dieciocho tíos, no puedes estar borracho, porque la vida de ellos está en manos del vigilante. Una vez asomó una máquina y se llevó seis tíos por delante, aunque había tres vigilantes. Una máquina sola se llevó a seis. ¡La madre!, un brazo aquí, la cabeza por otro lado... Aquello fue un desastre. ¡Salió en televisión aquí en España! Mi mujer llamó, porque estábamos allí yo y mi cuñado. Llamaron a la oficina y le dijeron:

—No, no, a ellos no les ha pasado nada.

Me pasó otro caso. Cuando hice la escuela me dieron un maletín de cuero, el reglamento, una bandera roja, una amarilla... Si arribaba el tren de golpe, le ponías la roja y se paraba, si le daba tiempo. Un día, un encargado me dijo que yo echaba a la gente muy pronto fuera de la vía, y le contesté:

—Usted será aquí el encargado del grupo, pero el que tiene la vida de todos los operarios y la suya en sus manos, soy yo.

Toqué dos veces como que venía el tren. No venía, pero los eché fuera. El tío se quedó ahí. Entonces cogí, le di todos los artes al encargado —la corneta, la gorra blanca, todo— y me marché a la oficina. Cuando sólo había dado unos pasos, me dice:

—Señor Moreno, ¡halt!<sup>8</sup>

Me dijo que era un buen operario.

—Tú de aquí en adelante, mandas para echarlos fuera cuando quieras.

—Pero, mientras yo lleve la gorra blanca y el maletín éste, no te metas dentro de la vía a menos que yo lo mande —le dije.

Me tiré diez o doce años allí haciendo ese trabajo. El día que me fui los operarios no quedaron contentos. Me decían que no tenían ya ninguna seguridad para estar metidos dentro. Pusieron a un alemán. Cómo sería el alemán, que una vez echó a la gente fuera y él se quedó en medio de la vía. El tren se le echó encima, le pegó un pitirrazo el maquinista y tuvo que dar un saltó. ¡Cómo estaría el tío!

De allí me fui a la limpieza de los vagones, a limpiar las papeleras y todas esas cosas. Se ganaba más y nos daban el uniforme. Además, no tenía que estar todas las noches ahí en la calle, hecho un plantón, con seis u ocho grados bajo cero.

Los primeros años estaba mi familia aquí. Yo venía de vacaciones en agosto, me tiraba tres semanas, y me iba otra vez. Luego, en diciembre, cuando cumplía el contrato, tenía que venirme para acá hasta que recibía otro nuevo.

---

8 Pare.

Entonces, volvía otro año allí. La familia aquí era un gasto y yo allí, otro. Yo vi que la cosa cada día iba a más. La vida allí era más económica que aquí. Lo único que era muy caro era el alquiler de la vivienda. Así que, los últimos años, me llevé a mi mujer y estuvo allí conmigo.

Primero estuve allí con el permiso A. Luego me dieron el permiso B. Solicité tres veces el permiso B. Las primeras veces me lo denegaron porque me venía para acá sin haber pasado allí los nueve meses al año. Cuando me dieron el permiso B, ya tenía el coche. Me compré un Citroën BX. Fui a la policía y dije que quería llevarme el coche. Me preguntaron:

— ¿Tiene catalizador?

— No.

— Si no lo trae, solamente puede estar aquí un mes y todos los meses tiene que ir a la aduana a sellar. Si fuera usted temporero, entonces sí podría traerlo.

— Vosotros lo único que queréis es quedaros con el dinero —les dije.

— ¡Ah!, pues cómprese aquí uno.

— Claro, me compro uno y estoy trabajando para el coche.

Allí tiene que estar todo declarado: el aparato de radio, la televisión... No te escapas. Cuando van a instalarte el teléfono, los mismos empleados de telefónica dan parte de que tienes la televisión, la radio... Y tienes que pagar por todo.

## EL EXAMEN PARA SACARSE EL CARNÉ DE FOTÓGRAFO

Quando me examiné para sacarme el carné de fotógrafo, me salió una pregunta que decía: “¿Cómo haría usted una fotografía entre dos montañas en pleno mes de agosto, a mediodía, a contra luz?”. La respuesta mía fue la siguiente: “Ponemos cinco o seis de diafragma, doscientos cincuenta de velocidad y, como no hay parasol, ponemos la mano. Enfocamos y hacemos de parasol con la mano”.

Tuve que venirme de Suiza para hacerme el carné de empresa. Al terminar el examen, al ratillo, fui adentro y dije:

— Oiga, quiero saber si estoy suspenso o estoy aprobado.

— ¿Y eso por qué?

— Porque mire, yo vengo de Suiza —le enseñé el billete del avión.

— Hombre, tenía usted que haber notificado que estaba en el extranjero y, en lugar de venir ahora, podía haber venido usted en diciembre. Está aprobado.

Ya luego me mandaron el carné a mi casa.

Tenía tantos nervios aquel día, que el bolígrafo me bailaba en la mano. Papel y Artes Gráficas se descuidó de presentar la documentación. Tenía que haber hecho el examen gratis, por el tiempo que llevaba dentro de la profesión, y me hicieron pagar tres mil pesetas. Estando en Granada, voy a Banesto y les digo:

— Mire, que quiero hacer un ingreso a Sevilla de tres mil pesetas.

— Ah, eso tiene usted que ir a la sucursal de Huéscar.

— ¡Pero, bueno, ¿no estamos en Banesto en Granada, o es que Huéscar pertenece a otra nación?

— Mire usted, yo no...

Me salí de Banesto y me fui a La General.

—Mire, quiero hacerme de La General —les dije.

Cuando volví de Sevilla, fui a Huéscar, a Banesto, y hablé con el director. Le conté el caso y me dice:

—¿Quiere usted que le abramos un expediente a este señor y lo echamos a la calle?

—Hable usted con él primero y dígame que está aquí el señor que mandó que viniera a Huéscar, que en vez de coger clientes, lo que hace es que los echa.

Lo llamó y estuvo hablando con él, que era el cajero, y me volvió a repetir:

—Mire, si quiere usted, le hacemos un expediente.

—No, es un padre de familia, creo, por la edad que tiene el hombre, y no quiero quitarle el pan a sus hijos. Pero señores de esta categoría no son rentables para una entidad bancaria.

Le pegó un rapapolvo bueno éste de Huéscar al otro.

Si no hubiera hecho el ingreso, no me habría podido presentar al examen. Estábamos allí lo menos trescientos fotógrafos o más de Andalucía. Había allí un sevillano que decía:

—Esto no es un examen, esto es una huelga de fotógrafos.

## CUANDO EL CURA LE PROHIBIÓ HACER REPORTAJES DE BODAS EN LA IGLESIA

La fotografía, cuando venía, cogía algún reportaje de boda y lo hacía. Pero me pasó lo siguiente. Aquí había un sacerdote, que fue el me bautizó a mí, y luego vino otro, Don Eusebio, que era de Huéscar. Y había un tal Morante, un fotógrafo, que no estaba documentado, que era un aficionado. Un día me llama el cura, Don Eusebio, y me dice:

—No te comprometas con ninguna boda estas Navidades, porque no puedes entrar en la iglesia y hacer reportajes de bodas.

—¿Y eso por qué? —le pregunté— ¿Me quiere usted explicar los motivos?

—Es que mire, este Ángel Morante nos ayuda mucho en la iglesia y, como no podemos pagarle con otra cosa, le pagamos con esto.

—Esta usted diciendo que la iglesia es un comercio —le dije.

—Si dices esa palabra otra vez, te meto en la cárcel —me amenazó.

—Si usted me mete en la cárcel, alguien habrá que me saque —le contesté—. Yo voy a hablar directamente con el señor obispo y le voy a contar lo que pasa en la Puebla.

—¿Tú qué profesión tienes? —me preguntó.

—Yo, fotógrafo y con documentación al día. Y ese señor no tiene ninguna. Entonces, casualmente, yo soy el profesional y el trabajo se lo lleva el otro. Y ¿por qué?

Al poco tiempo no sé qué pasó, que la gente salió a la calle pidiendo firmas porque trasladaban al cura de aquí para Castilléjar. Yo venía en la moto y, a la entrada del pueblo, me pararon:

—¿Por qué no echas una firma aquí?

—¿Y eso para qué es? —pregunté.

—Porque dicen que se va Don Eusebio a Castilléjar y no queremos que se vaya.



— Hombre, pues yo voy a decirle una cosa: si éste se va, llamen a otro. Y no firmé. No, no, ni hablar.

Al poco tiempo, en la feria de Huéscar, un día llega Don Eusebio y me dice:

— Fotógrafo, ¿sabes que me voy destinado a Castelléjar? Si te hace falta alguna cosa...

— Antes me emplearía como barrendero del pueblo que con usted.

Así mismo se lo dije. ¡Los sacerdotes de la hostia que te comen la moral! ¡Joder, por Dios! Cuando me dijo que no podía hacer los reportajes, le dije:

— Mire, yo a la iglesia entro con educación y respeto. No estoy excomulgado, para que me prohíba entrar a la iglesia a hacer un reportaje de bodas.

Se casó un primo hermano mío y tiene fotos por los cuatros costados. Para que cogiera un berrinche el cura, muchas veces disparaba el flash sin darle a la máquina. Cuando estaban firmando en la sacristía los novios, me echó el cura el brazo alrededor y dijo:

— Hoy sí has echado buen día, ¿eh?

— Ya veremos. A lo mejor les regalo el reportaje —le dije.

Se lo conté a mi primo y me dijo:

— ¿Cómo? Si no me haces el reportaje aquí, me voy a Huéscar a casarme.

## EL INCIDENTE CON EL SARGENTO DE LA GUARDIA CIVIL

Otro caso me pasó con el comandante del puesto de la Guardia. Las fotos del Documento Nacional de Identidad eran en blanco y negro, y vino un *macutazo*<sup>9</sup> de que se iban a cambiar a color. Como era la fecha en que caducaba aquí el documento, yo me lié a hacer las fotografías como siempre, en blanco y negro. Fui a la comisaría a Granada, en la plaza de los Lobos, que era el equipo que venía antes aquí, y me dijeron:

— Usted puede preparar ya su trabajo que, en cuanto el alcalde nos llame, vamos.

Hago las fotografías. Me lié, pam, pom, pom. Se presentaron la mujer, la hija y el hijo del sargento de la Guardia Civil y se las hice. Les cobré doscientas pesetas a cada uno, entonces era barato. El sargento fue a un bar por la Bolteruela, y le preguntó a uno que llevaba el bar, que se llama Ángel:

— ¿Has visto al fotógrafo por aquí?

— No.

— Pues, si lo vieras, dile que se pase por el cuartel, que quiero hablar con él —le dijo.

Fui aquella tarde al bar, y me dijo:

— ¿Has visto tú al sargento de la Guardia Civil?

— No.

— Pues mira, me ha dicho que si te veía, que te dijese que pases por el cuartel, que quiere hablar contigo.

9 Rumor.

Tonto de mí, no tendría que haber ido. Si me necesitaba, debía haberme mandado una citación con un guardia o haber venido personalmente a hablar conmigo. Pero me presenté por las buenas. Llegué al cuartel y le dije al guardia de la puerta:

— ¿Está el comandante de puesto?

— Sí.

— Ha dejado dicho por ahí que si me veían, que me dijeran que viniera para acá. Se asomó el guardia a la sala de armas:

— Mire, está aquí el fotógrafo, que dice que quiere hablar con usted.

— Sí, sí, que pase.

¡Mama mía!, entré.

— Siéntese.

Cerró la puerta.

— Tengo aquí más de cuarenta atestados contra usted — me dijo.

— ¡Ah, sí! ¿Pero cuarenta atestados contra mí, de qué? — le pregunté.

— Usted está cobrando doscientas pesetas por las fotografías.

— Sí. A su señora, a su hija y a su hijo les he cobrado doscientas pesetas a cada uno.

— Y no valen.

— ¿Usted está seguro de que no valen estas fotos? — le dije.

— No, porque ahora han cambiado...

— Un momento. ¿Es que quiere usted cambiarlas? Yo estoy autorizado para hacer las fotografías y, si no valieran esas, le hago cuarenta mil fotos hasta que valgan. Pero que tenga cuarenta atestados contra mí ahí, como si son cuarenta mil, me da igual.

Pegó un puñetazo a la mesa. Tenía un cenicero y saltó para arriba.

— Debería recogerle a usted el carné de empresa.

— Usted no tiene categoría para eso — le dije —. Usted es comandante de puesto en esta localidad y yo fotógrafo profesional con mi carné, que lo tengo. Usted no tiene categoría, no.

Así quedamos. Pero cogí y me fui a Granada directamente a Papel y Artes Gráficas, al sindicato al que pertenecía, y de allí se mandó un escrito para Madrid. Él recibió una notificación del teniente coronel de la Guardia Civil y yo otra. Decía — todavía me acuerdo perfectamente de todo lo que ponía la carta —: “Con esta misma fecha envió carta al comandante de puesto de esa misma localidad, en la cual se dice que debe defender a los profesionales y meterse con los intrusos”.

Los dos recibimos la misma carta. De ahí en delante, no me dijo ni adiós siquiera. ¡Me iba a recoger el carné de empresa! Ese era un chupatintas. Además, le dije:

— ¿Usted cree que yo haría las fotografías a su hijo, a su señora y a su hija gratis y a un pobre que está en el campo todo el día con una azada en la mano le iba a cobrar las doscientas pesetas? Eso no lo he mamado yo.

— ¡Usted lo que tiene es mucha cara! — me contestó.

— Hay algunos que tienen más que yo — le respondí, por no decirle que él.

## LA FOTOGRAFÍA COMO TESTIMONIO DE LA VIDA DE LOS POBLATOS

Yo tenía dos o tres cajas altas llenas de fotos de aquí del pueblo, de la romería de las Santas, de personas. Hice una fotografía en blanco y negro en la que se veían la calle Barroeta y la calle de Arriba, y la puerta del bar de Adolfo quedaba en medio de las dos calles. La gente, al verla, preguntaba:

—¿Desde dónde la habrán tirado?

El hermano de Santillo me dijo un día:

—Quiero que me hagas una foto de la Sagra, una panorámica de la Sagra, para hacer un cuadro.

Yo tengo un teleobjetivo, que lo mismo distancia la imagen que la acerca. Me lo llevé. Instalé el teleobjetivo en la cámara y le dije:

—Tengo que hacer dos fotos.

—¿Y eso?

—No me cabe en una la Sagra.

—¡Eso no puede ser! —me dijo.

—Toma la máquina y mira tú.

—¡María Santísima, esto es increíble! Pero si veo ahí enfrente una mata con un pelotón de nieve... Bueno, pues me haces dos.

—Las numeramos y, luego, pones primero la uno y después la dos para hacer el cuadro.

Él quería verlo bien y por eso puse el teleobjetivo.

Para fotografiar paisajes se enfoca al infinito, se pone doscientos cincuenta de velocidad y, el diafragma, depende de la luz. Con nieve hay que tener mucho cuidado. Hay un filtro rojo que es muy bueno para la nieve. Pero, si no ponemos el filtro y abrimos mucho el diafragma, con nieve la película se quema. Hay que cerrar el diafragma.

## LA VEZ QUE DENUNCIÓ A ANTONIO AVILÉS, EL FOTÓGRAFO DE HUÉSCAR

Un día, Antonio Avilés, que tenía un estudio fotográfico en Huéscar, me quitó un reportaje de boda a mí. Vino él y lo hizo. Yo me enteré. Cuando terminó el reportaje, se fue para Huéscar y yo fui detrás al cuartel de la Guardia Civil. El sindicato de Papel y Artes Gráficas de Granada, nos había mandado a cada fotógrafo una lista con los fotógrafos de toda la provincia de Granada y capital. La miré y vi que no venía Antonio Avilés. Me cabreeé porque me quitó el reportaje. Me fui al cuartel de la Guardia Civil de Huéscar y le dije al guardia de puerta:

—Quiero hablar con el teniente.

Llamó al teniente y le dijo:

—Mire, está el fotógrafo de la Puebla aquí. Quiere hablar con usted.

Me atendió el teniente. Yo fui a denunciarlo porque estaba trabajando clandestinamente, sin ninguna documentación, en un estudio y como fotógrafo ambulante. Hacía las dos cosas.

—¡Eso no puede ser! —me dijo el teniente.

—Mire usted —le enseñé la lista del sindicato—. Léalo usted despacio a ver si lo que le digo es cuento, porque yo no me lo saco de la manga. Quiero que venga ese señor y presente la documentación delante de mí y de usted.

—¡Guardia, póngase el correa, vaya y traiga a Antonio Avilés para acá!  
—ordenó el teniente.

Antonio Avilés estaba arbitrando en un campo de fútbol. Llegó el guardia al campo de fútbol y le dijo:

—Ha dicho el teniente que vengas conmigo.

—¡Cómo! Tengo que arbitrar.

—No, hombre, no. Tienes que venir conmigo. Dale el pito a otro y que arbitre el que sea, pero tú te vienes conmigo.

Cuando llegó al cuartel y me vio a mí allí...

—Vaya usted a su casa. Lo más que le doy son diez minutos, para que vaya usted a su casa y se traiga toda la documentación que tiene de fotógrafo, que me hace falta, ¡pero rápido! —le dijo el teniente.

—Mire usted que tal, que cual —le contestó intentando justificarse.

—No. Usted la documentación me la presenta aquí, delante de este señor, porque usted no está aquí— le enseñó la lista.

—No, que mire usted, que tal —continuó.

—Parece mentira que tenga usted el estudio desde hace cuarenta y tantos o cincuenta años sin documentación —acabó diciendo el teniente.

Tuvo que salir rápido a Madrid y allí se hizo la documentación. Si no, a este hombre le hubiesen quitado el estudio. La culpa no era mía, era de él, porque si yo tenía que estar documentado para trabajar, pues él también. Yo tuve que ir a Sevilla a examinarme del carné. Dentro de España, podía ir adonde quisiera como fotógrafo ambulante.

## EL INCIDENTE EN LA DISCOTECA

Voy una noche a *María*, un pueblo de Almería, y estaban en fiestas allí, en una discoteca. A la entrada de la discoteca estaba la taquilla, pero yo nunca he tenido que sacar una entrada para entrar a un espectáculo, a no ser que haya exclusiva. Fui a entrar y me dice el hombre de la puerta:

—No, no. Tiene que pasar por la taquilla, sacar la entrada.

—Mire usted, que yo, tal —le expliqué.

—No, usted sin la entrada no entra.

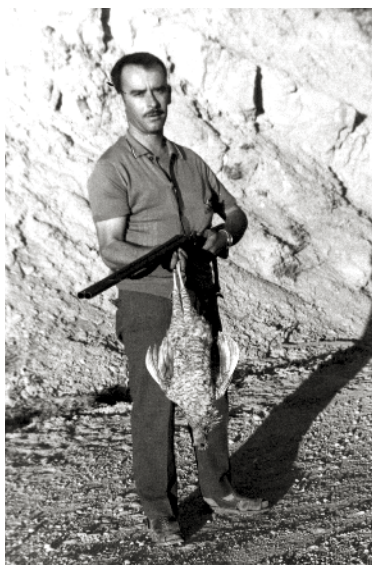
—Pues ya veremos. Según yo, no tengo que sacar entrada. Según usted, sí. Pero antes de comprarla, me voy a pasar por el cuartel y que venga un agente de la autoridad conmigo.

Fui al cuartel, estaba un cabo primero y le dije:

—Mire usted, me pasa esto. Voy buscándome la vida honradamente, pero ahora me dice este señor que tengo que sacar la entrada para entrar a la discoteca.

—¿Usted lleva la documentación? —me preguntó.

Cuando se la fui a sacar, me dijo:



*De izquierda a derecha y de arriba a abajo.*

- 6. José de fotógrafo ambulante,**
- 7. José en la feria. Cortijos nuevos,**
- 8. María y José,**
- 9. Entrega del premio de la carrera de bicicletas**

—No, no me la dé usted —no quiso verla.

El cabo se vino conmigo a la discoteca. Llegamos a la puerta, entramos y dijo:

—Un fotógrafo ambulante puede pasar al espectáculo, siempre que no haya exclusiva de otro fotógrafo.

—¡Ah!, pues si usted lo dice, que pase —le dijo el hombre de la puerta.

## LA FOTOGRAFÍA DEL ENTIERRO Y EL INCIDENTE CON EL REPORTERO DEL DIARIO PATRIA

Una vez se ahogaron aquí tres personas cerca del pueblo, en un pozo. Hice unas fotografías del entierro. De esto hace ya mucho tiempo. Se juntaron los tres entierros en la plaza. Cada uno era de una familia. Cuando estábamos entrando en el cementerio, se presentó un reportero del diario *Patria*, que venía en una DKV, pero ya no pudo hacer nada. Entonces, me preguntó:

—¿Ha tirado usted una foto al entierro?

—Sí, le tiré dos o tres negativos —le contesté.

—¿Por qué no me las vende?

—Esto no lo he hecho yo para comerciar. Lo que puedo hacer es una cosa. Cortamos la película, se lleva usted el trozo de película, lo revela, tira las copias que quiera en el periódico y me devuelve los negativos.

El hombre tomó nota —por cierto, en el periódico venía: “Hechas por el señor Alfredo Moreno— y se fue.

¡*Mama* mía! Los negativos no me los mandó. Eso, en primer lugar. Tenía en ellos la foto de un hombre de aquí, que le había hecho para la renovación del carné de conducir, y tuve que repetírsela. El tío le cobraría lo que quisiera al diario *Patria*, pero aquí faltaron periódicos. Mandaron unos pocos al ayuntamiento. Al poner que la foto era de Moreno, me dijeron:

—¿Por qué no pides tú unos pocos más?

¡Me mandaron doscientos cincuenta periódicos! Yo los cobré a lo que ponía el periódico, pero no para comerciar. Como los mandaron por correo, pues no los pagué. No los mandaron contra reembolso ni nada. Al mes o así, querían meterme a juicio. Me dijeron que si no pagaba en una fecha, me denunciaban. Cogí y fui a Granada directamente al *Patria*. Me preguntaron qué quería y les dije:

—Ustedes me mandaron a mí estos periódicos, pero los negativos de las fotografías no me los han devuelto. Por lo tanto, si no me devuelven los negativos de las fotografías, yo no les voy a pagar los periódicos.

—Es que el señor que fue allí nos cobró, porque usted le había vendido los negativos.

—¡Que yo le he vendido los negativos! ¡Por Dios!

Les pagué los periódicos, que no tenía que habérselos pagado porque podría haber cobrado dos o tres mil duros por aquello, que seguro que comerciaron bastante con las fotos, y me dije: “Esto ha sido una lección”.

## LA JUBILACIÓN

Me jubilé anticipadamente. Me pagaban de aquí, de España, alrededor de cuarenta y tantas mil pesetas. Al cumplir los sesenta y cinco años, solicité la paga de Suiza a través del Instituto Nacional de Previsión. Entonces se dieron cuenta de que había estado cotizando allí y aquí, porque me fui a Suiza y no me di de baja como fotógrafo. Estuve pagando todas las mensualidades que había de treinta mil pesetas. Me dijeron que había estado cobrando de más, y me dieron a elegir entre devolver ese dinero o ir descontándomelo anualmente. Me dejaron la paga de aquí en ciento ocho euros, y de Suiza cobro unos 530. Para mí es lamentable.

Cuando me vine, compré aquí una *miaja* de huerto, seiscientos metros más o menos, hice un pozo y me entretengo. Hay muchos pensionistas que se están todo el día en el hogar del pensionista o leyendo el periódico. Yo voy al huerto y me distraigo. Tengo un perro, tengo conejos y me entretengo quitando hierba o sembrando patatas. Siembro patatas, ajos, cebollas, para el gasto de la casa, por distracción.

La fotografía ya no la practico porque, siendo pensionista, no puedo trabajar.





# GREGORIA SÁNCHEZ LARA (1936)

Gregoria nació en Santiago de la Espada el 26 de mayo de 1936. Su madre murió a los pocos días del parto. Se crió con sus abuelos y sus tíos. Primero vivieron en Santiago de la Espada (Jaén) y más tarde en el *Cortijillo*, en Huéscar. En la primera parte de su historia personal describe episodios de su infancia y adolescencia: cómo la alimentaron el primer año, cómo era la casa en la que vivían, las prácticas de higiene, a qué jugaban, el trabajo doméstico, cómo vestían, los partos de sus tías en casa, su primera comunión, su primera menstruación, la primera vez que entró en un cine, cómo era el luto de las mujeres... Se casó con veintitrés años, tras un largo noviazgo. Sus abuelos no querían que fuese novia de Félix —con quien finalmente se casó—, porque consideraban que su familia pertenecía a un estrato social inferior al suyo —no tenía tierras en propiedad. Después de casarse, ella y su marido fueron a trabajar como labradores a los *Cortijos Nuevos*. Tardaron dos años en tener su primer hijo, al que siguieron otros dos varones más. Su vida transcurrió de cortijo en cortijo. Su marido trabajó en *Cabañuelas*, el *Copo* y el *Royo*. Cuando sus hijos se hicieron mayores se trasladaron a Puebla de Don Fadrique, según ella, para que pudiesen ir a la escuela. Su marido continuó trabajando en el campo. Durante algunos años fueron a Francia a trabajar como temporeros en la vendimia. También estuvieron un año trabajando en la recogida de la aceituna en Jaén. Sus hijos hicieron el servicio militar y se fueron casando. Gregoria ve en ello el cierre de su ciclo vital. Se encuentra satisfecha de su vida, en la que parecen haberse cumplido sus expectativas (culturales). En sus relatos se aprecian las diferencias en los roles de género en esa época, el significado que tenía “ser mujer” y “ser hombre”. Las observaciones de su marido durante la entrevista, recogidas en notas a pie de página, ayudan a completar esa descripción. En algunos de sus relatos (por ejemplo, en el de la cabra y la leche) también se observan algunos de los valores e ideas compartidos —como el paternalismo— en los que se sustentaban las relaciones clientelares entre el cacique local y los campesinos.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el veintiséis de mayo del '36, antes de que estallara la Guerra. Enterraron a mi madre y el cura me bautizó. Más adelante ya no hubo curas, ni bautizos ni más nada.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi abuela materna se llamaba Rosa López y mi abuelo Pedro Regalado [foto 1]. Mis abuelos fueron labradores toda su vida. Compraron una finca. Mi abuelo fue mayoral de una ganadería brava hasta que le dio una enfermedad y

tuvo que retirarse. Los dueños eran de Jaén, de la capital. La tenían en el *Pinar*, en Santiago, y en los inviernos se iban a Sierra Morena andando con el ganado, no como ahora que van en camiones. Cuando yo nací, mi abuelo ya se había retirado de aquello. Se dedicó a labrar y a sembrar sus tierras. Mi abuela tuvo siete hijos y mi madre era la mayor.

Mi padre se llamaba Juan José Sánchez y mi madre Gregoria como yo. Eran de Santiago<sup>1</sup>. Nacieron y se criaron en un cortijo en Santiago, mi padre en las *Nogueras* y mi madre en los *Teatinos*. Estaban muy cerca los cortijos. Allí se conocieron.

Nací de siete meses y mi madre murió a causa del parto, su primer parto. Me quedé de tres días sin madre. Ordeñaban la leche y me la daban con una cucharilla, porque yo no cogía —contaba mi abuela. Así me encalostraron. Me quedé huérfana chiquitina. Cuando nací, una tía mía me crió en una caja con algodón en rama, porque no me podían poner los pañales. ¿Cómo me iban a poner pañales? Me ponían un trapico fino para cuando orinaba y me metían en la caja. Me tuvieron liada en algodón en rama por lo menos un mes.

Me criaron mis abuelos, los padres de mi madre, en Santiago. Mi padre se fue a la Guerra y, cuando vino, yo ya tenía tres años. No me quería acercar a él, no lo conocía. Tenía un mes cuando se lo llevaron a la Guerra. ¡Qué sabía yo que era mi padre! Mis abuelos me decían.

—Mira, este es tu padre, hija mía. Nosotros también somos tus padres, pero es que tienes otro.

Mi padre se quedó en Santiago. Poco a poco lo fui queriendo, pero no como a mi abuelo, ¡eh! Lo quería mucho, pero no como a mi abuelo. Mi padre iba a verme muy a menudo. Él estaba de pastor y cuando tenía un día de muda, corría a verme. Se volvió a casar dos veces. Con la segunda mujer no tuvo hijos. Estaba mala y también se murió pronto, a los dos años o así de que se casaran. Con la tercera tuvo dos hijos, un hijo y una hija. Viven en Cartaya, Alicante.

Cuando tenía cuatro o cinco años, mis abuelos compraron una finca en Huéscar, por encima de la Virgen de la Cabeza, en el *Cortijillo*, y me fui con ellos. Enfrente estaba el cortijo de la *Memoria* y muy cerca el *Alamillo*, donde se ha criado Eugenio<sup>2</sup>. Éramos vecinos y nos llevábamos muy bien. Estuve allí hasta que me casé con veintitrés años.

Mis padres han sido mis abuelos. Mis tíos fueron para mí como mis hermanos. Mi padre ha ido a verme, me ha dado lo que ha podido, pero estar de rebaño, ha sido con mis abuelos. Mi relación con mis abuelos era de cariño. Yo era como una hija —más que una hija— para mis abuelos. Con mi abuelo tenía más confianza que con mi abuela, porque mi abuela tenía más genio y mi abuelo era muy bueno. Mi abuela también era buena, pero tenía otra polvorilla. No me pegó nada más que una vez. Estábamos de matanza. Después la pobre lloraba y todo porque me había pegado, pero ya me había dado. Fui a alcanzar un plato y lo rompí. Todo eso hice mal.

De chiquitilla disfruté mucho de ropas. Decían en Santiago que tenía más que la hija de Don Miguel Bañón, porque si iba mi padre, me compraba, si mis tíos iban a algún lado, para la niña siempre era lo más bonito.

---

1 Santiago de la Espada, Jaén.

2 Eugenio Gómez Dengra (1924). Su historia personal también se incluye en este libro.

Mi abuelo murió cuando yo estaba recién casada y mi abuela el año en que mi Marcial se fue a la mili<sup>3</sup>.

## LA CABRA Y LA LECHE

Me criaron con leche de cabra. Al poco de nacer yo, nos fuimos al *Pinar*. Mi abuelo se vino de labrador al *Pinar*. Allí tenía una cabra y la ordeñaba. Luego la cabra se quedó preñada y ya no daba leche. Entonces, Don Pedro Bañón le echó una cabra para que me criaran. Don Pedro Bañón era dueño de *Prado Puerco* y mis abuelos estaban de labradores en la *Hoya del Espino*. Un día fueron mis tíos a por leche y le dijeron al pastor:

—Hermano Pedro, denos usted una botella de leche. La cabra no tiene leche y mi niña tiene mucha hambre.

Yo tendría siete u ocho meses. Entonces, tropezaron en el camino y rompieron la botella. Volvieron y les dieron otra botella. Aquella noche, cuando vino Don Pedro, le dijo el pastor:

—Han venido los hijos de Regalado a por leche para la niña.

—Pues mañana dales la mejor cabra del hatajo para la muchacha —le dijo.

Mis tíos se llevaron la cabra muy contentos y al llegar a casa, dijeron:

—*Mama*, ya no se rompe la botella, que nos ha dado el hermano Pedro la cabra.

Primero tuve durante seis meses un ama de leche, una señora que estaba criando y le quitó la teta a su niña, que era grande, y me la dio a mí. No era como ahora, que a los niños los meten en las incubadoras, les dan la leche de la farmacia... Antes no había nada. Hace setenta y un años, ¿qué iba a haber? Pues nada.

## CÓMO VIVÍAN

Dormíamos cada uno en su sitio, los hombres en la cocina y las mujeres en nuestros dormitorios. Mis abuelos dormían en su dormitorio.

Servicio no había. Era la calle y nos limpiábamos con una piedra.

El agua íbamos a cargarla con una burra adonde había. Cuando se acababa esa carga, volvíamos a por otra, y así tres o cuatro veces al día.

Nos lavábamos la cabeza cada quince días y estábamos listas para otros quince días. El jabón lo hacía mi abuela en casa. A lo mejor se compraba alguna pastilla. Entonces era Heno de Pravia lo que más se usaba. Otra cosa no había, ni champú ni más nada. Nos echábamos colonia de la que había entonces. Heno de Pravia era lo que más gastábamos en colonias y en todo.

## JUEGOS

Jugábamos a las chinas. Nos espatarrábamos y poníamos un montón de chinas. Las tirábamos para arriba e íbamos cogiéndolas. Yo sí tuve muñecas. He tenido de todo. Me acuerdo que me regalaron una vez una muñeca grande

3 Se casó en 1959. Su hijo Marcial fue a la mili en 1982.

con el pelo muy largo, muy bonita. Me la regalaron las de Don Rafael Jiménez — un médico que había en Huéscar, el amo del Patronato. Estaban los cortijos uno enfrente del otro, y me trajeron una muñeca un verano, una cosa vistosa.

## NO FUE A LA ESCUELA

No fui ni un día siquiera a la escuela. No sé ni hacer la “o” con un canuto. Mis abuelos tampoco sabían leer ni escribir. Mis tíos sí, pero ellos no.

## COMUNIÓN

Hice la comunión en los *Teatinos*. Vino un misionero de esos que iban en las primaveras, y todas las crías y los críos que había hicimos la comunión con él. Estaban a lo mejor quince o veinte días, nos preparaba a los críos y hacíamos la comunión. Fuimos con el misionero dos o tres días. Tendríamos unos diez u once años, ya éramos grandes. Me acuerdo muy bien.

## REYES

Yo tenía mis Reyes muy *bonicos*, más grandes o más chicos, todos los años. Nos echaban en los alpargates: una muñequilla, una onza de chocolate, un terrón de azúcar, caramelos, un rosquillo, un mantecado... Me acostaba y me decían:

—Niña, deja los alpargates en la ventana.

Y yo los ponía en la ventana. Te dejaban una *miajilla* en los alpargates y te ponías contenta.

## LOS CINCO DUROS Y EL TURRÓN

Una vez fuimos a las fiestas de Santiago y no llevaba dinero nada más que yo. Íbamos tres o cuatro amigas y sólo llevaba dinero yo, las demás no llevaban. Lo llevaba en el cuello del calcetín. ¡Cinco duros, en aquellos tiempos! Me los dio mi padre para que pasara la feria de Santiago. Tenía unos once o doce años. Nos entró hambre y queríamos comprar turrón, pero las otras no tenían dinero y las grandes se habían metido al cine. Así que les dije:

—Yo tengo dinero. Compró el turrón, pero mañana me lo tenéis que dar.

Compramos el turrón. Nos hizo el hombre tres trozos. Me acuerdo que nos costó siete pesetas. A otro día, hasta que no me dieron las perras, estuve todo el día en casa de las otras. Les decía:

—Me dais las perras, o no me muevo de aquí.

La mujer era muy graciosa y decía:

—Dadle las perras a la niña, que encima que os las ha dejado, no vais a devolvérselas.

¡Digo!, pocos viajes di yo para que me dieran mi dinero.

Yo iba a ver las fiestas a Santiago, a casa de mi tía. Me gustaba mucho estar allí con mis tías y con mis primillos chicos. Era la mayor de todos los nietos.

La feria de Santiago era muy bonita. Había marranos, vacas, ovejas, mulas, de todo. Al entrar a Santiago ponían la feria, y en un sitio que se llama San Antonio, que hay unas escaleras para arriba, allí nos *cascamos* el turrón, sentadas las tres en las escaleras, como tres hormigas, hechas un cuño. Mi tía y las hermanas de las otras tres se fueron con los novios al cine y a nosotras nos dejaron en la calle, paseándonos por la feria. Había mucha gente. Luego nos dio hambre y compramos turrón para comer.

## LA PRIMERA VEZ QUE ENTRÓ A UN CINE

La primera vez que yo entré al cine fue en la Carolina, en Jaén. Todavía me acuerdo. Era yo chica y fuimos al cine. Tendría unos seis añillos o así. Fueron mis tíos, que tenían familia allí, a la aceituna. Fui con ellos, hubo cine y me llevaron. Fue en el primer cine que estuve. De chica estuve en la Carolina nada más que aquella vez.

## LA PRIMERA MENSTRUACIÓN

Cuando tuve la primera menstruación era muy chica, tendría unos once años o así, y le dije a mi tía:

—¡Ay, chacha Paca, mira esto!

—¡Eso es que te has reventado, niña! —me contestó.

Me dio por llorar y entró mi abuela. Dijo:

—No. No asustes a la muchacha. Di que no, hermosa, que eso lo tienen las mujeres, y tú ya lo tienes. Tú ya sabes que todos los meses vas a tener eso y ya está. No te preocupes.

Antes ibas a lavar y, como se presentara algún zagal, si llevabas la ropa manchada, agarrabas y no la lavabas. Si sólo había mujeres no tenía importancia, pero como se presentara algún zagalón —que siempre había algún marrullero—, la liabas en lo que fuera y la escondías para que no viera lo que llevabas.

## TRABAJO DOMÉSTICO

Estando soltera no he trabajado en nada, en nada. Ayudaba en la casa a mi abuela y se acabó. Mi abuelo decía que se moría él antes que verme a mí en un *piazo* de tierra escarbando. Cuidaba de los críos, porque mis tías parían todas mucho. Iban, me dejaban los críos y yo cuidaba de ellos. En la calle no trabajaba.

## LUTO

Mi abuela iba vestida como los viejas antes: con su faltriquera, el refajo y su pañuelo en la cabeza. Vestía de negro. Fue morirle mi madre y ponerse el luto. Nunca jamás se lo quitó. Decía que el que no enterraba a un hijo, no sabía lo que era el dolor. Desde que murió mi madre, no se volvió a poner de colores el resto de su vida. Guardó el luto toda su vida.

## VESTIMENTA

Las mujeres llevábamos falda o vestidos, pantalón no. De ropa interior llevábamos un viso de tela. Nos lo cosíamos, igual que los sujetadores y las bragas. Los hombres iban con su camisa y su pantalón. Los calzoncillos se cosían de lienzo, con una cinta atada.

## PARTOS

En un parto corté la tripa. Era yo una zagalota con quince o veinte años. Una tía mía tuvo una niña. Estábamos mi abuela, mi tía María y yo solas. Ellas estaban con ella, y mi tía me dijo:

—Corta la tripa por aquí.

Y yo se la corté. Tenían todo preparado: un cordón hecho de algodón y las tijeras. Cuando nació, cogí la tripa, la corté y ya está. Con una olla de agua caliente se lavaba al crío y a la madre.

A la mujer que paría le daban caldo, chocolate, puchero, jamón, vino, unas horchatas de almendra que se hacían muy buenas, ponche... para que hiciera teta. En cuanto le daba el primer dolor de parto, se mataba una gallina para hacer caldo. La beneficiaban bien. Le llevaban chocolate, huevos, azúcar, cosas para comer. Para el crío, nada. Todo era para la madre. Le decían:

—¡Ay, hija mía, para que tengas teta!

Lo importante era tener teta. Cuando nació mi María, nos trajimos la mula cargada de chocolate.

## CÓMO CONOCIÓ A SU MARIDO

Tuve muchos novios, pero novio de verdad nada más que mi marido [foto 5]. Lo conocí en la vega del tío “Chapado”, el padre de mi tío José María. Allí lo vi la primera vez, y ya después hicimos la amistad de ponernos novios<sup>4</sup>. Yo tendría diecisiete o dieciocho años. Estuvimos por lo menos cinco años de novios, porque mis abuelos no querían *noviaje*. Estuvimos más tiempo a escondidas que a la vista. Nos íbamos adonde podíamos a hablar. No querían que me pusiera de novia, ¡uh!, mi abuela en particular. Fuimos una vez a la Virgen de la Cabeza y mira lo que pasó. Estábamos ya de novios, pero mi gente no lo sabía. Vinieron unos vecinos por la tarde y dijeron:

—¿Por qué no se viene la niña con nosotros a la Virgen de la Cabeza?

—Que se vaya —dijo mi padre.

—No, no se va a ninguna fiesta —dijo mi abuela—. Bueno, si no, que se vaya. Si ese estará por ahí de viaje, que habrá ido a por aceite a Jaén.

Cuando íbamos por Maza<sup>5</sup> con el carro, nos adelantó él con la bicicleta y dijo mi abuelo:

4 Su marido Félix comenta: “Yo estaba en otro cortijo alindando a esa finca”.

5 Huéscar.

—Ya mismo nos volvemos.

Y dijo mi vecino, el Constantino:

—¡Ahora sí nos vamos a volver, ya!

Al poco tiempo, me metieron una rencilla mis abuelos y me fui a Santiago con mi padre. Estuve tres meses allí y mi marido estuvo yendo de novio. Iba cada quince días. Pero mis abuelos no podían vivir sin mí y fueron a por mí a Santiago. Mi tía le dijo a mi abuela:

—Madre, la niña se va a ir, pero, antes de irse, mira si va a traer el novio o no. Si va a ir a la casa como Dios manda, brinca la cumbre, si no, no.

Mi tía y mi abuelo me querían, pero a mi abuela no le entraba. Las pasé canutas. Me pegué unas panzadas de llorar... ¡Anda que no he llorado yo nada! Me rencillaban y yo decía: “¡Madre mía!, ¿por qué me habrán rencillado?”. Yo no hacía nada malo estando de novia. ¿Pero qué importancia tenía eso? Lo que pasa es que antes, el que tenía una silla —no te voy a decir una finca, una silla— no quería que su hija o su hijo se casaran con uno que no tuviera ninguna. Eso les pasaba a mis abuelos. Mi abuelo tenía una *miaja* finca y mi marido no. Después estuvimos catorce o quince meses de novios.

Antes, los *noviajes* no eran como ahora de feos. No había nada más que el paseo, hablar en la puerta... Antes la vida era así. Si te veían que eras muy *novianta* —que ibas con uno, con otro—, ya no tenías quién te quisiera. No es como ahora, que a lo mejor están durmiendo juntos y mañana se casan con otro. Entonces, para darte un beso el novio, como decía la Isidora:

—Le di un beso una vez a Miguel y pegó un brinco para arriba, que tiró los platos del vasar.

Cuando te daban un beso, mirabas al espejo a ver si te veían, un beso en la cara, no como ahora, de boca nada.

## LA BODA

Me casé con veintitrés años, el diecisiete de septiembre del '59, en Santiago. Hicimos una boda de dos días, ¡un bodón! Iba vestida de negro, un vestido negro muy bonito, con mi teja y mi mantilla. Me hicieron un traje de capa doble con una flor, cosa divina. Los padrinos fueron una hermana de Félix y su marido, mis cuñados. En Santiago tenían la costumbre de que el refresco de la tornaboda lo pagaba el padrino. Pero nosotros, mis padres y Félix, lo pagamos todo.

El día de la boda primero ibas a la iglesia. Durante la ceremonia te echaban como un paño y te ataban con unas cuerdas. Le decían el ubio. Luego volvías al cortijo y tomabas el refresco: chocolate con galletas o pan, anís... Después de tomar el refresco ibas al baile que se hacía con músicos que buscabas pagando. Así que llegaba la hora del mediodía, tomabas tu comida. Iban al baile y decían:

—Venga, vamos a comer, que están las mesas ya puestas.

Al terminar de comer volvías otra vez al baile. Así fue la mía. Luego, por la noche, cuando llegaba la hora, hacías la cena. Después de cenar, la gente pasaba toda la noche en el baile. A otro día, por la mañana, volvías a tomar tu

refresco otra vez y la comida al mediodía en el mismo sitio, todos los invitados.

La noche de bodas ibas con tu marido a acostarte. La madrina y el padrino te llevaban a meterte a la cama. Hasta la noche de bodas no había nada, no se sabía nada. Lo sospechabas, pero no sabías nada. Antes, con las madres no podías tener una palabra fea. ¡Sí, ibas a hablar tonterías de esas delante de las madres! A otro día, por la mañana, iban los músicos y te echaban la serenata para que te levantas para ir a desayunar.

No tuvimos viaje de novios, ni nada. En una casa de un tío mío en Santiago pusimos el dormitorio y allí estuvimos una semana hasta que nos fuimos a los *Cortijos Nuevos*, donde teníamos una casa, y cambiamos los cacharros.

## LOS CORTIJOS NUEVOS

Pusimos nuestra casa en los *Cortijos Nuevos*. Tenía dos dormitorios, una cuadra para las mulas, dos cámaras y el comedor. Teníamos hasta un marrano gordo y todo.

Llevábamos ajuar. Yo llevé media docena de sábanas, mi ropa de abajo, mis colchas y mis mantas. A él también le dio su madre un ajuar que para qué. Mi suegra le dio a su hijo de todo: pantalones, calzoncillos, camisetas... No te puedes figurar lo que le dio, un ajuar como entonces se llevaban. Hoy no llevan nada de eso.

Los colchones eran de lana. Yo todavía duermo en el colchón de lana, porque no quiero dormir en el colchón *Flex*. Hemos probado a dormir y no podemos ninguno. Lavábamos la lana. Mi padre, como era ganadero, bajaba la mejor lana que había. Lavábamos la lana y la abríamos con una vara a palos. Un colchón que daba gloria dormir. Nosotros todavía dormimos en él.

En los *Cortijos Nuevos* había una taberna, un ventorrillo. El bar tenía azúcar, arroz, aceite, chocolate, leche, para lavar, en fin, podías comprar de todo.

Éramos por lo menos quince o veinte vecinos. Con los vecinos nos llevábamos muy bien. Nos juntábamos por las noches. En las Pascuas nos juntábamos un día en cada casa a desayunar, a almorzar por las mañanas... Empezábamos en una casa y terminábamos para los Reyes en otra.

## NACIMIENTO DE LOS HIJOS

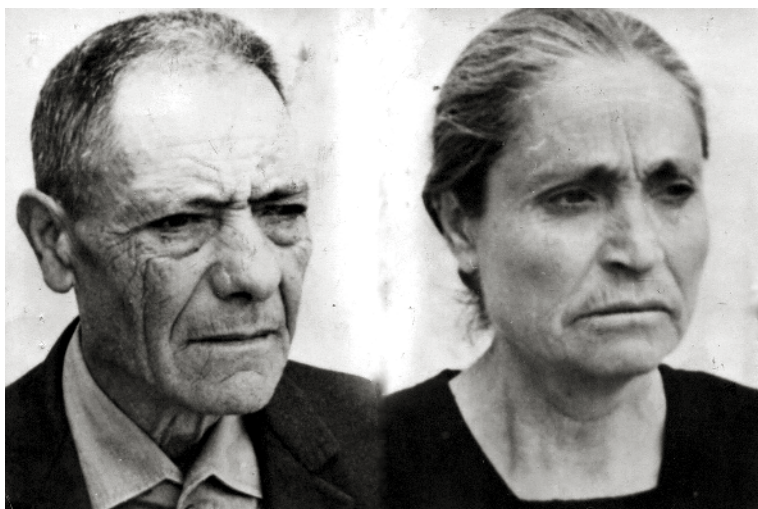
A los dos años de casarnos vino mi Marcial. Tardé porque estaba malucha, no tenía fuerza en la sangre. Mi marido me llevó a un médico, Don Evaristo. Luego, a los tres años de tener mi Marcial, tuve mi Gregorio; y a los cuatro años de tener mi Gregorio, tuve mi Félix. Mi Marcial lo tuve en Santiago en casa de mi padre y los otros dos en los *Cortijos Nuevos*. Mis vecinas me asistieron en los partos, sin más comadronas ni más nada. La tía Genoveva, la abuela del "Pelado", hacía de comadrona.

A mis hijos les di el pecho. Cuando ya eran más grandecillos, empecé a darles unas papillas. Se hacía harina torrada en el horno. Luego se echaba una cucharada de harina o dos, una cucharada de azúcar, agua y se cocía en





1. Abuelos, Rosa López y Pedro Regalo



2. Suegros, Betodio Sola y Urbana Adán

la lumbré. También les daba de lo que hacía para comer. Sacaba del cocido patatas y las machacaba. Mi Gregorio estuvo malo, se quedó sin jugo en el estómago. El médico, Don José, me dijo que no le diera harina torrada. Le mandó otras papillas. A mi Marcial le gustaban las migas. Tenía un parque, una espuerta grande. Le poníamos en el suelo de la espuerta un pellejo —un trapico— y alrededor una almohada, y ahí se estaba sentado. Yo le echaba en un platillo de porcelana chico las migas y se dislocaba por comer en el platillo: pin, pin, pin. Decía un vecino, que se llamaba Efrunio:

—Le va a pasar algo al muchacho con las migas.

—Que no, Efrunio, que le gustan mucho. Déjalo que coma las que quiera —le contestaba yo.

Y él, pin, pan. Parecía un *peringoncete*. Ha sido muy comilón de migas. ¡Uh, le han gustado las migas para qué!

## CABAÑUELAS, EL COPO Y EL ROYO

Después de los *Cortijos Nuevos*<sup>6</sup> fuimos a las *Cabañuelas*<sup>7</sup>, por encima de los *Collados*. Esa finca era de Sebastián Gómez<sup>8</sup>. De allí nos fuimos al *Copo* de Bautista Alcázar. Mis hijos estaban todavía conmigo<sup>9</sup>. En el *Copo* estuvimos tres años.

Luego nos fuimos al *Royo*. Los chicos los tuvimos internados en Orce dos años. Había muchos críos de los cortijos en el internado. No teníamos que pagar nada. Había dos maestras allí, la señorita Pepa y otra, que eran muy buenas. Mi chico ha sido muy mal comedor. En cuanto había una comida que no le gustaba, nada más verla se le caían las lágrimas, como diciendo: “¿Cómo me como yo eso?”. María Fernanda, la que iba repartiendo la comida, decía:

—¿Qué le pasa al Félixín?—le llamaban así.

—Que no le gusta la comida, Doña Fernanda.

—Pues que se venga para acá. Tráetelo para acá.

Entonces lo cogía y le daba de comer aparte lo que le gustaba. El día que lo llevé, le dije:

—Si tengo que dar algo, Doña Fernanda, no le pido más, por favor. Es que mi chico es muy mal *comiente*<sup>10</sup> y me voy con el dolor de mi corazón por lo mal *comiente* que es.

6 Su marido comenta: “Mientras estuvimos en los *Cortijos Nuevos* estuve trabajando unas tierras en *Cañada la Mienta*. Allí estuve cinco o seis años haciendo las tierras. Aquellas tierras eran muy buenas”.

7 Su marido comenta: “Las *Cabañuelas* es un cortijo muy bonito, pero había que hacerlo todo a brazo. Había que segar todo, entonces no encontrabas a nadie. Por eso me vine al *Copo*, porque no encontraba a nadie para segar allí. Tenía que hacérmelo yo todo, me tiraba la noche entera segando y el día entero también. Un año subió un cuñado mío de Huéscar, se estuvo unos días allí, me ayudó y me apañé. Pero el resto del tiempo lo tuve que hacer yo, si no, se perdía todo”.

8 Su marido dice: “Sebastián me dio la finca a enteras. Ahora, yo tenía que llevarlo a los puestos, tenía que hacerle los puestos para cazar las perdices, ir a cazar con él, llevarle todas las bestias, en fin, asistirle con la finca, pero yo, de lo que recogía, no le daba nada. No quería que le diera nada”.

9 Su marido comenta: “Cuando nos vinimos desde las *Cabañuelas* al *Copo* había un señor en San Roque, Don Pedro Bañón, que nos dejó tierra para sembrar en su cortijo. Aquel hombre madrugaba por las mañanas y ponía el coche en la cabeza del puente. Salían los zagales a la escuela, los montaba en el coche y los bajaba a la escuela. Lo hacía porque quería; si no, se tenían que venir andando. Por las tardes ponía el coche en la puerta de la escuela y, al salir los zagales, los montaba y los traía. Yo también le hacía cosas a Don Pedro. El me daba tierras para sembrar una tabla o dos y yo cogía mi mula y se lo labraba todo”.

10 Comedor.

—No se preocupe, Gregoria, no se preocupe.

—Lo que le sobra a mi Gregorio, que se come los clavos de arar<sup>11</sup>, le falta a mi chico.

Se portaron muy bien. ¡Madre mía, lo bien que se portó ahí la gente con mis hijos!

## PUEBLA DE DON FADRIQUE

Ya después, nos vinimos a la Puebla porque los críos eran grandes y la escuela... Compramos la casa aquí. Mi Marcial se colocó a trabajar con los albañiles.

De aquí, se fueron mis tres hijos a hacer la mili. Mi Marcial fue a la mili con veintiún años, mi Gregorio con veinte y mi chico con veinte también. Mi Marcial se fue muy lejos, a un sitio que hace mucho frío, por el norte. Luego lo trasladaron a Segovia. Mi Gregorio tuvo suerte, le tocó Alicante. Fuimos a verle jurar bandera a Alicante y de allí lo trasladaron a Cartagena. Mi chico juró bandera en Almería y se quedó allí. Venía todas las semanas.

El primero que se casó fue mi Marcial. La mujer es de Santiago de la Espada. Las de los otros son de aquí de la Puebla. La relación con mis hijos ha sido muy buena. Su padre se ha operado ahora y todas las noches vienen, si no es uno, el otro. Mi marcial viene normalmente muy poco, porque tiene mucho trabajo. Pero desde que operaron a su padre, viene todas las noches, todas las noches.

## EL CORTE DE PELO

Cuando se casó mi Marcial, bajó a cortarse el pelo mi Félix y le di el dinero. Muchas veces no le daba dinero y bajaba yo a otro día y lo paga. Bajó y le dijo al barbero:

—Córteme usted el pelo, Miguel, que se casa mi hermano mañana.

¡Le hizo un pelado! Cuando vino y lo vi. Se pegó una panzada de llorar. Le dije:

—Mira, si ya estás cortado así, que sea lo que Dios quiera.

—Pero le va a costar caro, que no se lo he pagado ni se lo voy a pagar —me contestó.

Bajó mi Gregorio otro día y le dijo el barbero:

—Oye, ¿y tu madre?, que nunca se ha descuidado en pagarme el pelado del crío y ahora no viene.

—Pues, no hagas cuenta que mi madre te vaya a pagar, porque le ha dicho mi hermano que si te paga..., que le hiciste un pelado...

El barbero se meaba de risa. Me veía y me decía:

—¿Entonces...?

—¡Huy, ni lo pienses! —le contestaba—. Lo primero que me ha dicho mi hijo es: “No le vayas a pagar tú”.

11 “Antes decíamos: *Te comes hasta los clavos de arar*”.

¡Madre mía, qué risa! ¡Cómo subió el zagal aquella noche!, para que le diera algo. Iba todo ilusionado a que se lo cortara bonito para la boda de su hermano, ¡y le hizo un pelado, que se le veían todas las ideas!

## LA VENDIMIA EN FRANCIA

A Francia fuimos cinco años a trabajar en la vendimia con mis tres hijos ya mozos. Fuimos los cinco a un sitio muy bueno. Allí nos tenían unas casas divinas, unas camas y unas sábanas como la nieve. Yo no he visto en ningún sitio sábanas tan blancas como las de Francia. Íbamos muchos. De aquí del pueblo íbamos éstos de la Araceli y nosotros. Íbamos juntos las dos casas, pero en cuanto llegábamos allí, cada uno tenía sus habitaciones para dormir. Cada matrimonio tenía su dormitorio y los zagales, el suyo.

Íbamos a destajo. Nos enganchábamos a las siete de la mañana. Cuando llegaban las once, nos veníamos al pueblo a hacer la comida. Dejábamos la comida cocinada, nada más que para echarle las patatas. Íbamos todos los días al pueblo a comer y, en cuanto comíamos, otra vez volvíamos a trabajar hasta la noche.

El patrón hablaba como nosotros, nos entendía muy bien. La patrona no hablaba muy bien, pero por señas nos entendíamos. En las tiendas también había unas muchachas que nos entendían muy bien. En el supermercado había unas muchachas muy apañadas.

## LA RECOGIDA DE LA ACEITUNA EN JAÉN

A la aceituna fuimos otro año, a Sorihuela<sup>12</sup>. Allí tengo una prima hermana —nos hemos criado juntas. Un año se empeñaron que nos fuéramos con ellos a la aceituna, y nos fuimos los cinco. Pera la aceituna no nos gusta. ¡Y mira que estuvimos a gusto! Más a gusto que en nuestra casa. Mi prima no iba a la aceituna, porque tenía tres o cuatro críos chicos. Yo no hacía nada, ¡eh!, nada, nada, nada. Cuando venía de noche, tenía mis cenas preparadas, la merienda para otro día hecha, mis camas hechas, mis ropas lavadas y planchadas. Yo no hacía nada más que el trabajo de la aceituna. Mi prima nos tenía en la espuma. Pero ya los zagales se colocaron y no fuimos nada más que un año.

## RELIGIÓN

Voy a misa cuando viene bien, pero no soy muy *misera*. Tengo mi conciencia bien tranquila. Soy hermana de las Santas y de la Soledad. Pago todos los años mi cuota de hermana de la Soledad. El cura dijo un día que estaba asombrado de las hermanas que tiene la Soledad, alrededor de trescientas. Pagamos mil y pico pesetas cada una todos los años para las flores, la música... Todo eso tienen que pagarlo las hermanas.

---

12 Sorihuela del Guadalimar, Jaén.



3. (Arriba) Gregoria con unas amigas.  
4. (Izquierda) Gregoria con 7 años.





5. Gregoria y su marido Félix de solteros con su hermana Josefa (en brazos) y una prima.

## MOMENTOS MÁS FELICES DE SU VIDA

He sido muy feliz, casada y moza. Casada he tenido que trabajar más porque he criado mis hijos y he tenido que ayudar a mi marido, pero he vivido muy a gusto. Mi marido ha sido bueno conmigo y mis hijos también. He sido madrina de los tres, ninguno me ha hecho nada feo, con los tres me he visto en el altar. El momento más feliz de mi vida ha sido al ver nacer mis hijos sanos y hermosos<sup>13</sup>. También fui feliz el día que se casaron, pero estaba triste porque se iban de mi casa. Cuando se casó mi Marcial en la iglesia de Santiago se me juntaron las penas, pero le pedí a la Virgen que, lo mismo que había visto casarse a aquél, que viera a los otros dos, y me lo concedió. Con los tres he sido la madrina, con uno en Santiago y con los otros dos, aquí. Nacieron en siete años y en siete años se casaron los tres. Cuando se fueron a la mili también fue un día triste y cuando volvieron de permiso, un día grande.

---

13 Su marido comenta al respecto: "El momento más feliz para mí también fue cuando nacieron los hijos, especialmente el primero. Yo no quería ninguna niña. En mi casa tenía cuatro hermanas, todas zagalas. Luego me fui de mulero con los Dengra y tenía la tía cinco hijas, hijo ninguno y marido tampoco, estaba viuda. Yo estaba de mujeres hasta la coronilla. Algunas veces decía: 'Si me caso alguna vez, que no tenga una zagala siquiera'. Cuando estaba novio con ella estaba de mulero con esa mujer. Como no había más hombre sabía cuando tenía que irme, si podía irme o no podía irme. Yo era casi el que mandaba allí. A lo mejor, para irme tenía que darme una panzada de trabajar grande. He pasado muchas fatigas pero, en fin, he sido muy fuerte siempre. Es verdad, he sido siempre muy fuerte y he conseguido todo lo que he querido, claro, trabajando".





# ANTONIO ROMÁN GARCÍA (1937)

Antonio nació en la cortijada *Cuartos Nuevos* de Arriba, en Puebla de Don Fadrique, el 14 de marzo de 1937. Sus padres eran campesinos. Tuvieron dos hijas y seis hijos. Cuando era pequeño su padre compró el cortijo *Valdía*, donde vivió hasta que se casó. De la posguerra sólo recuerda que fue una época de penurias, aunque en su casa no pasaron hambre. Aprendió a leer, escribir y a hacer cuentas en una escuela rural y a través de maestros que iban por los cortijos. Empezó a trabajar de niño cuidando de los cerdos y del ganado. En sus relatos describe diversos aspectos de la vida cotidiana en esa época. A mediados de los años cincuenta, sus padres compraron una casa en la Puebla que, con el tiempo, se convirtió en su residencia habitual. A finales de esa década su padre compró un tractor, que cambió completamente su forma de trabajar en el campo. Antes de irse a la mili empezó a conocer a muchachas y a entablar relaciones de noviazgo como se hacían en esa época. En 1959, el año que empezó el servicio militar, falleció su madre. Hizo la mili en Madrid. Aunque la situación del ejército era mejor que en las décadas anteriores —ya no se pasaba hambre—, aquello no le gustó. Después de un largo noviazgo, se casó con su mujer en 1965. Ella es siete años más joven que él. Tuvieron diez hijos. Toda la vida ha sido agricultor y ganadero. Ha trabajado sus propias fincas. No se considera una persona religiosa. Para él la política comenzó a ser un tema público a partir de la muerte de Franco y la restauración de la democracia.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 14 de marzo de 1937 en el *Cuarto Nuevo*, un cortijo que está al lado de Bugéjar.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos, por parte de mi padre, vivieron en Almaciles y, por parte de mi madre, en Elche de la Sierra, Albacete. Mi abuelo paterno murió cuando yo tenía dos años y el materno, antes. A una de mis abuelas tampoco la conocí, porque era de Elche de la Sierra, de la provincia de Albacete. Es que mi abuelo era cura. Estaba en Elche de la Sierra de cura. Mi abuela estaba soltera y tuvo dos hijos con el cura: mi madre y un hermano. Como en aquellos tiempos estaba la vida tan mala, aquello se zurró y se supo. El obispo le dijo a mi abuelo:

—O casado, o cura —que se casara con ella y se saliera de cura, o que la dejara.

Entonces la dejó, pero se llevó los dos hijos. Mi abuela, la pobre, no tenía medios. Se los llevó a Cañada de la Cruz, porque lo desterraron. Él era de

Cañada de la Cruz, tenía hermanas que vivían allí. Los obispos le echaron para allá. Era de la diócesis de Albacete y lo pasaron a Cartagena. Entonces se vino de cura al *Moral*. Allí se murió. Mi abuelo crió a mi madre y a mi tío. Mi madre le decía a su padre: “mi tío”. Ella sabía perfectamente que era su padre, pero le daba vergüenza decir que lo era.

Cuando mi abuela de Elche de la Sierra se murió, fuimos al entierro mi madre, mi padre, mi hermano Francisco, mi hermana la mayor y yo.

Mi madre era de Cañada de la Cruz y mi padre de Almaciles. Se llamaban Antonio Román García y Natividad García Rodríguez.

Mis padres se fueron al *Cuarto Nuevo* buscándose la vida. Arrendaron la finca y se pusieron a sembrar cereales y criar animales. En el *Cuarto Nuevo* había lo menos tres familias. Ese cortijo era de la “Mariquita”, del tío Rogelio. Yo de eso no me acuerdo. Lo sé porque me lo han dicho. Yo nací allí y no sé los años que estuve.

Somos seis hermanos y dos hermanas. El mayor y el pequeño se llevan veinte años. Mi hermana tiene setenta y cinco y mi hermano cincuenta y cinco. Yo soy el del medio. El cuarto empezando por la cabeza y el quinto por la cola.

## BAUTIZO

Me bautizaron en el *Cuarto Nuevo*. Me bautizó un tío mío, porque era en la Guerra y los curas no aparecían, porque los rojos los mataban. Los curas estaban escondidos. Mi madre era muy creyente y me bautizaron. Mi madre le dijo a mi tío lo que tenía que decir: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Cuando se acabó la Guerra, me bautizó un cura en la iglesia. Dicen que, cuando me echó el cura la sal en la boca, escupí. Claro, ya tenía tres años. Si hubiese sido azúcar..., pero como era sal, escupí.

## RECUERDOS DE LA POSGUERRA

Los recuerdos que tengo de la Guerra Civil es lo que me han contado. Yo nací en la Guerra. Yo de aquello no me acuerdo absolutamente nada. Cuando se acabó, en el treinta y nueve, tenía dos años.

De la posguerra, casi tampoco recuerdo. Me acuerdo que los pobres iban a pedir, que había mucha hambre. El cortijo nuestro estaba a trece kilómetros de la Puebla e iban andando a pedir. Mi madre les daba una patata, si tenía, o un trocillo de pan. En mi casa las patatas tenían que comprarlas porque no se podían criar. Allí no había agua y no se podía sembrar. Aquella gente tenía que hacer, a lo mejor, cuarenta kilómetros al día para no recoger nada. ¡Si es que no había! La vida era así.

En mi casa hambre, hambre, hambre, no se pasó. En mi casa siempre se crió para comer. Lo que no había eran golosinas. Las golosinas eran las aceitunas. Comías unas migas con aceitunas. En el campo no había fruta. El pescado no se conocía. Había sardinas de cuba.

## RECOVEROS

Las sardinas de cuba las vendían los recoveros. Iban con una bestia y las agüeras vendiendo y comprando huevos. Mi madre tenía muchas gallinas y vendía los huevos, un montón. Los cambiaba por fruta y por otras cosas. También vendía pollos. De eso me acuerdo yo perfectamente. Hacían el trueque. La gente, cuando no hay medios, se apaña como puede. La vida te va dando la subsistencia.

## EL CORTIJO *VALDÍA*

Cuando ya fui mayor, con ocho años o por ahí, fuimos a vivir al cortijo *Valdía*, una finca que compró mi padre. Mi padre labraba y sembraba las tierras. Cuando llevaba la otra finca que no era suya, era como el que alquila un piso. Si el piso es tuyo, no tienes que pagar alquiler, si no es tuyo, tienes que pagar el alquiler. Con la otra finca pagaba un tercio: si producía tres fanegas de trigo, dos eran para él y una para el dueño de la finca. El dueño era de la Puebla. Eso se llamaba “a partido”: dos partes para el que lo trabajaba y una para el dueño.

Mi madre se dedicaba a criarnos a nosotros ¡Te crees que era poco! Con ocho hijos, con pocos medios y en un cortijo sin agua. Las mujeres, para lavar la ropa, tenían que ir a la acequia de *Bugéjar*. Allí se arrodillaban en la losa y, *bim bom*, estaban cuatro o cinco horas allí lavando ropa para toda la semana.

## AGUA

No había agua en el cortijo ni para beber. Teníamos un aljibe. Cuando llovía cogía agua de las canaleras y allí se conservaba. Cuando se acababa, había que ir a la acequia de *Bugéjar* a por agua con unas bestias y unos cántaros. Más tarde ya fuimos con un carro, un par de mulas y una cuba de madera, un tonel. Allí cabían ya mil litros. Con eso teníamos agua para cinco o seis días.

## ESCUELA

Fui a una escuela rural en Almaciles una temporada. La maestra no sabía nada más que hasta multiplicar. Estaba coja. Se dedicaba a dar clase a quince o veinte zagales pequeños, de seis, siete u ocho años. Cuando llegué a multiplicar, como la maestra no sabía más, me paré ahí. Luego, en el campo, fueron otros dos o tres maestros *ruleros*, de esos que iban por los cortijos. No eran maestros de carrera, como ahora. El que sabía una *miaja*, pues se dedicaba a hacer eso. Me acuerdo de uno que le decían Don Pedro. Procedía de Almería.

Entonces no había estudios. Cuando ya fui *grandote*, algunos empezaron a estudiar. Mi madre quería que mi hermano, que se murió el año pasado, fuera cura y él no quiso. A mi hermano Teodoro, que es médico, lo metió en el seminario para que estudiara. Eso ya fue cuando éramos una *miaja* riquillos. A él no le gustaba ser cura y se salió del seminario. Se fue a estudiar a Granada y se hizo médico. Mis hermanos más chicos empezaron a estudiar en Caravaca. Cuando ya salieron del instituto, mi hermano Jesús se fue a Madrid.

## JUEGOS

Jugábamos a la pelota, al frontón, en la pared del cortijo.

## COMIDAS

Entonces no había tanta abundancia como hay ahora. Lo que más se comía eran migas, cocido y patatas fritas. Fruta comíamos poca porque, como estábamos en el cortijo y el campo era de seco, no había. En los cortijos de la sierra sí había huertos, con tomates y eso.

## MARRANERO

Cuando era pequeñillo tuve que cuidar los animales. Estuve de marranero. Ahora los marranos se tienen en los cebaderos. Entonces los sacábamos al campo a que comieran hierba —grano no había, ni harina. Sacaba los marranos a las ocho la mañana, hasta las doce o la una. Iba con otro para que me relevara. A lo mejor, alguno de mis hermanos o algún primo que tenía más hambre que nosotros. Mis primos eran de Cañada de la Cruz. A su padre lo mataron en la Guerra y se quedaron huérfanos. Acudían a mi madre para que les diera algo de comer. Entonces la vida estaba muy mala, no había qué comer.

## MATANZA

Cuando engordaban los marranos, se mataban. Se hacía la matanza y ya tenías para todo el año. Nosotros matábamos cuatro o cinco.

Las matanzas se hacían en el mes de los Santos, a últimos, para San Andrés. Se decía: “En San Andrés, mata tu res”. Se mataba el marrano entonces, porque ya hacía frío. Ya no había moscas como en el verano.

La matanza se empezaba calentando el agua en una caldera grande en el cortijo. El agua tenía que estar hirviendo. Se mataba el marrano, se degollaba, y entonces se pelaba con el agua hirviendo para que saltaran las peladeras. Después, el *matachín* abría el marrano en canal y le sacaba las tripas. A otro día, cuando el marrano se enfriaba, se hacían los embutidos a mano.

A mi casa bajaba un matarife de Almaciles, que se dedicaba a eso. Mataba los marranos y los arreglaba. Nosotros le ayudábamos a pelarlos.

Se convidaba a la familia o a los vecinos y se comían migas con carne frita, las tajadas de hígado...

## COMUNIÓN

Hice la comunión con diez u once años. Fui a la iglesia, confesamos, tomamos la comunión y andando. Nos dijeron que no escupiésemos. Tuvimos que ir corriendo a beber agua al caño de la plaza de Almaciles para pasar aquello, porque era pecado escupir después de tomar la comunión.

## FERIAS

Íbamos al pueblo dos veces al año: en la Semana Santa, a confesar y a la feria en octubre, al circo, y se acabó la fiesta.

Las ferias eran muy buenas. A la de la Puebla venían tres circos grandes. En la calle del Convento no cogía la gente. Turroneñas, de las que ahora viene una, venían lo menos treinta. Estaba toda la calle llena a los dos lados. Lo mismo que ahora ponen el mercado de ropa, zapatos, fruta... antes se llenaba de mesas de turrón. Casetas de esas para tirar venían muchas, más que ahora. Eso sería por los años cincuenta o cincuenta y tantos. Lo que no venían eran coches eléctricos, porque entonces no había.

Un año vinimos a la feria cuatro o cinco de mis hermanos. Estuvimos en una casa de alquiler de unos vecinos. Comimos turrón y nos dio un cólico a todos. Pusimos las camas perdidas. ¡María santísima! Seguramente el turrón no estaba en buen estado. Nos pusimos malísimos. A otro día, mi madre tuvo que ir a lavar al prado. Estuvo todo el día lavando y secando la ropa, para que nos la pusiéramos otra vez para salir a la feria.

A la feria de la Puebla venían muchas bestias. Mi padre era tratante. Compraba y vendía bestias. Traía un montón de mulas para vender y compraba las que le interesaban. También iba a las ferias de Caravaca, Huéscar, Cúllar, Baza y de Puerto Lumberas. Mi padre cogía, a lo mejor, veinte bestias y se iba al Puerto Lumberas con ellas.

## CORTEJO

Con dieciocho o diecinueve años íbamos a los bailes de los cortijos buscando zagallitas. En Navidad íbamos también a los bailes buscando novia. Cuando yo era mozo, el día de la Asunción —el 15 de agosto— íbamos al *Moral*, que allí era fiesta, a buscar novia. Allí tuve una medio novia. El día de la Piedad —el 8 de septiembre— íbamos a Cañada de la Cruz todos los años. También tenía novia allí, muy apañada. Me la quitó uno de allí. Era uno que tenía sus *perrujas* —tenía una fábrica de harina— y se fugó, se la llevó. Cuando me enteré, se había ido con el otro.

En la época, antes de irme a la mili, todas las zagalas salían a pasear a la calle, del convento para arriba. Salían las amigas, dos o tres juntas, y nos íbamos con ellas. Íbamos, a lo mejor, dos y decíamos:

—Tú con ésta y yo con la otra.

Íbamos a hablar. Unas te admitían y otras no. No había la libertad que hay ahora. ¡María santísima!, aquello era más difícil. No sabías qué hacer para entrar bien.

Tuve alguna novia. No muchas, muchas, pero algunas sí, era *noviero*.

A mi mujer<sup>1</sup> la conocí joven. Le llevo casi ocho años. Yo ya era grandón, tenía veinte años, y ella era una *zagaluca* con trece. Empecé a seguirla.

1 Nieves Arias García.

Como era tan joven empecé con otras, pero a mí la que me gustaba era ella, y al final la conseguí. Con el tiempo nos hicimos novios. Estando en la mili le escribí cartas.

Luego ella se fue a Murcia con un hermano suyo que estaba de cura en Alcantarilla [foto 2] y yo iba a verla a Murcia. Cogía la moto y me iba a verla.

¡Hostia!, entrar a pedir permiso al padre era muy serio. Yo entré y le di un cigarro a mi suegro<sup>2</sup> [fotos 1 y 2]. Aquello era más serio que ahora ir al juzgado de primera instancia, ¡ya lo creo! Al final, me dio permiso. Decía que era muy joven. Él ponía la pega de que era muy joven:

—Es que ella es muy joven y tal. Su madre no quiere que esté novia —me dijo.

## MOTOS

Mi padre tenía sus *perruchas*, no era mucho pero, en fin, tenía. Cuando nadie tenía todavía coche ni motos, nosotros ya teníamos. Aquí tenían coche Rafael y Miguel Bañón, además de mi padre. Eso fue en los años cincuenta o por ahí. Mi padre tenía coche porque le hacía falta para desplazarse de un sitio a otro. Primero fue con la moto y luego con el coche. La gente iba con las bestias y mi padre y mi hermano mayor ya iban con la moto.

## SUS PADRES SE VAN A VIVIR A LA PUEBLA

Mis padres compraron la casa de la Puebla en el año cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco —no me acuerdo exactamente. Aunque estábamos en el campo, veníamos aquí más. Mis hermanos mayores venían a buscar novia los sábados y domingos, y dormían aquí. Después nos vinimos definitivamente. En vez de vivir en el campo, vivíamos en la Puebla y bajábamos al campo a trabajar, pero ya con coche, igual que hacemos ahora.

## EL PRIMER TRACTOR

Mi padre compró el primer tractor en el año cincuenta y ocho. Fue el primer tractor que hubo aquí en el campo. Entonces ya merecía la pena trabajar en el campo. Hasta entonces había que segar con hoces, segar a corvilla, y trillar con las mulas, separar el grano de la paja a fuerza de trillo. Después se aventaba con unas horcas de palo. Se tiraba para arriba y el aire se llevaba la paja y quedaba el grano. Esa era la faena.

## MUERTE DE SU MADRE

Mi madre murió muy joven, con cincuenta y dos años. El año que hice yo la mili, se murió mi madre.

---

2 Félix Arias Sánchez.



**1. Félix Arias Sánchez (suegro de Antonio) con dos primos a caballo en la puerta de atrás de la posada de Almaciles. El tío José María (junto al borrico), mayoral de la Loma, propiedad de Félix.**



**2. Familia de su mujer. En el centro sus suegros. Su mujer a la derecha agachada. El cura de la sotana negra es un hermano de su mujer.**



**3. María, Natividad, Amparo, Matilde (suegra de Antonio) y Eduardo.**

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili en el año 1959. Estuve quince meses nada más. Tuve tres meses de permiso y luego otros tres.

La hice en Madrid, en automóviles. Desde aquí nos fuimos a Guadix, y desde allí, en el tren, a Madrid. Mi hermano Manuel también la hizo en Madrid. Mi hermano Francisco la hizo en Huesca, Aragón. Mi hermano Fortunato la hizo en Granada. Eso fue porque, cuando iba el cuarto hermano, podía elegir sitio, y él eligió Granada porque estaba más cerca. Los otros dos ya no la hicieron. Teodoro, que es médico, no hizo la mili. Puede que hiciera algo de suplemento.

La mili a mí no me gustaba nada. Me mandaban hacer las cosas e iba renegado siempre: fregar, hacer la instrucción, manejar las armas... La mili no me gustaba nada, nada, nada. Lo hacía porque tenías que hacerlo, obligado, pero por capricho nada, renegado. Si hacía algo, era porque me daban algún correazo o alguna guantada. Un sargento me pegó una castaña detrás del cogote, así de refilón, que se ve que me descuidé.

Las compañías eran grandísimas, a lo mejor tenían mil metros. Dormíamos allí doscientos o trescientos en literas, uno al lado del otro. Cuando tocaban diana salíamos todos corriendo, y a los diez últimos que llegaban los mandaban a fregar perolas a la cocina. Por mucho que corriéramos, siempre había diez que quedaban los últimos y los arrestaban. Tenían que estar dos o tres horas fregando. Nos matábamos por formar los primeros. Eso era para que corriésemos y no gastásemos tiempo.

Pelarme, no me pelaron nunca, pero me arrestaron en el cuartel. Nos dejaban salir a la hora del paseo, a las siete o por ahí. Nos poníamos el traje de gala y salíamos a buscar novia a Madrid, de copas, otros al cine. Y, claro, si te enrollabas, se te hacía tarde. Como teníamos que entrar a las nueve, si íbamos más tarde nos arrestaban y nos mandaban ir a la prevención. Primero estaba la prevención, que era un pasillo largo, y después el calabozo, una habitación sola, con la puerta cerrada, de la que no podías salir. El calabozo era la cárcel. Al que hacía algo malo lo metían en el calabozo y, a nosotros, en la prevención.

Ya en ese tiempo se comía bien y nos daban vino. Por la mañana nos daban malta con leche y galletas. Al medio día nos daban la comida, buena, y nuestro vaso de vino. Estaban las mesas puestas y cada uno tenía su comida, su vaso de vino y pan. Sobraba comida. Y por la noche, igual. El hambre ya se había acabado.

A mí me han contado otros mayores que yo que no comieron en la mili, que estuvieron *enmallados* vivos. Yo la mili la hice en el cincuenta y nueve. Del cincuenta para atrás, seguramente pasaron más hambre que los lagartos.

## LA VIDA DESPUÉS DE CASARSE

Nos casamos el veinticinco de noviembre de 1965, hace cuarenta y un años [fotos 4 y 5]. Nos casamos en Almaciles. Yo tenía veintiocho años y ella veintiuno. Nos vinimos a vivir a la Puebla. Mi madre ya se había muerto. Aquí teníamos dos casas. Mi padre vivía arriba y abajo había una tienda. Cuando me casé quitaron la tienda y arreglé yo la casa para vivir ahí.



A los once meses de casarnos tuvimos el primer hijo. El resto fueron de corrido: casi todos los años uno. El mayor tiene treinta y nueve años y el pequeño veintitrés. Cinco nacieron en la casa. La relación que he tenido con mis hijos y la que yo tuve con mis padres han sido parecidas, no han sido diferentes. Ahora ya hay más diferencia, pero hace veinte años no.

Mi mujer siempre ha sido ama de casa. Cuando tuvimos los tres primeros hijos tuvo una zagala, con doce o trece años, que le ayudaba a tenerlos. Estuvo unos cuantos años. Después, cuando mis zagalas han sido más grandotas, han ayudado a su madre a criar a sus otros hermanos.

Yo he trabajado en el campo. Primero ayudé a mi padre y luego ya trabajé de mi cuenta. Mi mujer también tenía un cortijo que le dejó su padre. Mi suegro les partió y a ella le tocó un cortijo en la *Casa del Pino* y unas tierras. Así que yo empecé a trabajar de mi cuenta, a sembrar y a tener ovejas. Mi vida han sido las ovejas y la agricultura. He criado diez hijos. Con los zagales nos íbamos al cortijo un par de meses en el verano, hasta que empezaban las escuelas. Entonces nos veníamos a la Puebla.

Mis hermanos han hecho igual, menos los dos chicos, que estudiaron: uno es médico y el otro profesor de instituto. Mi hermana la mayor se casó y el resto han sido agricultores. Nosotros hemos vivido siempre de lo nuestro. No hemos trabajado ajeno nunca, no hemos trabajado con nadie. Al contrario, hemos metido gente. He tenido pastor. Yo trabajaba con el tractor, pero las ovejas las guardaba el pastor, aunque yo le ayudara.

Mis hijos se fueron casando. Tengo casados cuatro —Antonio, Félix, Celia y Eva— y nueve nietos. Como viven en el pueblo, muchos días comemos juntos todos. La mesa tiene tres alas y falta mesa. Cuando nos juntamos todos, ponemos las dos mesas. Como somos muchos, hay cumpleaños casi todos los días y se forma el lío.

## POLÍTICA

En casa de mi padre no hubo política. En el tiempo de Franco no hubo política. Desde el año cuarenta hasta el setenta y cinco, en esos treinta y cinco años, que fue los que vivimos con mi padre, no hubo ninguna política, ni una chispa siquiera. La política empezó en el setenta y siete con las primeras elecciones. Esas fueron las primeras en que voté. Antes no había habido elecciones. Yo no conocía las elecciones. No lo habíamos vivido. Yo ya era grande. Tenía treinta y ocho años cuando murió Franco y empezó toda esta historia. Cuando las primeras elecciones, yo tenía cuarenta años y no sabía lo que era una democracia. No tenía ni idea.

## RELIGIÓN

Mi madre era muy religiosa. Nosotros, más bien poco. Yo, muy poco. Mi hermana chica también era muy religiosa. Mi madre nos cogía y nos hacía rezar el rosario de noche:

—Venga, vamos a rezar el rosario.



4. Antonio con su mujer Nieves.

5. Su padre y su suegro el día de su boda.



Hasta que no se acaba el rosario, había que estar allí. Nosotros estábamos desesperados.

A misa no íbamos. En la Pascua, a lo mejor, íbamos a misa a Almaciles, lo mismo que hacemos ahora. Mis abuelos eran de Almaciles y el cortijo estaba más cerca de allí. Luego, cuando mi padre compró la casa en Valdía, ya veníamos a la Puebla.

## JUBILACIÓN

Me he jubilado. No trabajo, pero todavía hago algo. Por las mañanas cojo el coche y me voy al campo. A lo mejor, mis zagales están segando por ahí con la máquina o recogiendo paja con la empacadora y me llaman: “Pues vente y tráeme el coche y me lo dejas en tal sitio” o “vente a recogerme”. Cojo el coche y voy. Yo conduzco bien, voy seguro.

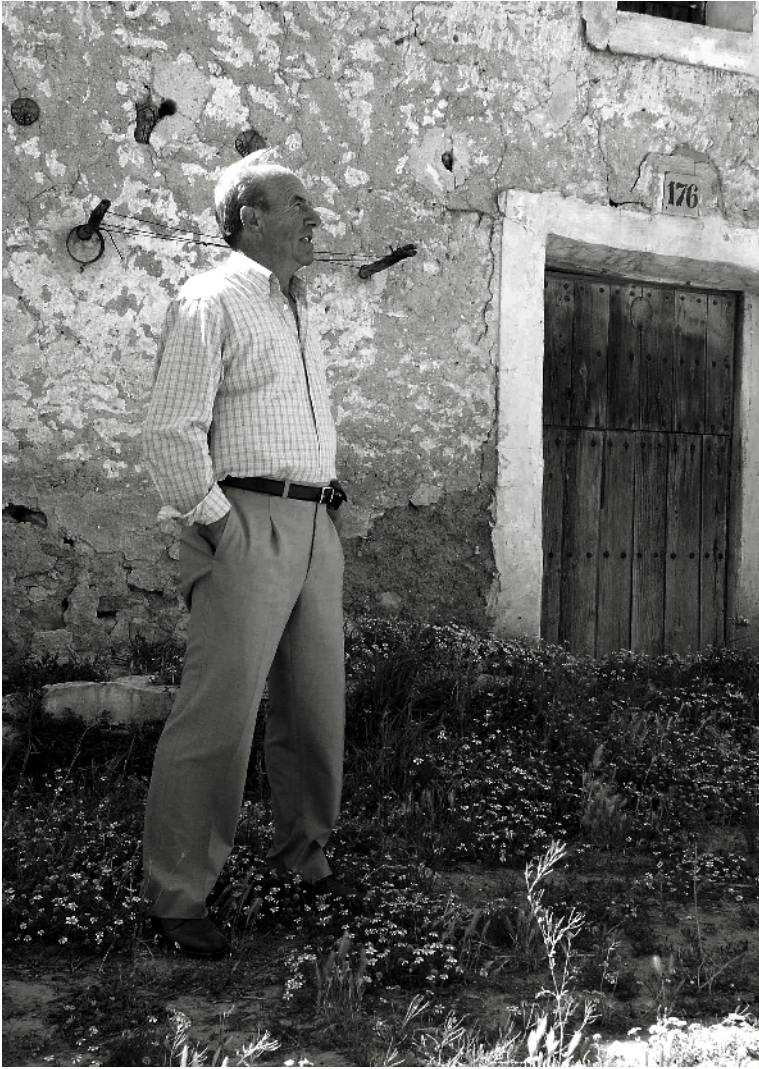
Yo, normalmente, compro el periódico —no todos los días, pero muchos días— y leo los cuatro renglones más grandes y algún articulillo que me choque por cualquier cosa, pero, lo demás, nada.

Viajes he hecho alguno, no muchos, pero he estado en Ecuador hace cuatro o cinco años —doce horas de vuelo sin hacer escala. Aquel agosto nos fuimos a Asturias. El fin de semana del puente de octubre, de los cuatro días éstos de las fiestas de octubre, hemos estado en Cantabria, en Santander.

Lo que no me gusta son los viajes en autocar. Mi mujer muchas veces me dice:  
—Vamos a Galicia, a esto, a lo otro.

En autocar no me gusta. A mí me gusta ir con mi coche: pararme donde quiero e irme cuando quiero. Eso del autocar, de ir a un sitio y a tal hora nos juntamos para ir a otro, no me gusta. Cada uno tenemos nuestra manía. En barco también he montado. El barco me gusta todavía menos que el avión. Yo soy de tierra, el agua no me va. Nosotros todos los años hemos ido a la playa. Montaba en el coche a seis o siete hijos y nos íbamos veinte días a la playa. Ahora llevamos unos cuantos años que no vamos.

Yo soy feliz con mi oficio y viviendo como he vivido. A mí no me da envidia de mi hermano, que tiene su carrera y un buen sueldo.





6 y 7. Cuartos Nuevos de arriba (2007).



# MARÍA ESPINOSA AMADOR (1938)

María nació en el *Collado Serrano* (Nerpio, Albacete) el 5 de diciembre de 1938. Cuando tenía seis años, fue a vivir con sus tíos a un cortijo llamado las *Quebradas*, en Santiago de la Espada (Jaén). Pasó su infancia y adolescencia entre el cortijo de sus tíos y el de sus padres. La primera parte de su historia personal está cuajada de relatos en los que se describen costumbres, rituales y creencias de esa época: esparfollos, trasnochadas, matanzas, luto, entierros, cortejo, casamiento, ideas acerca de la sexualidad y la reproducción, etc. Se casó en 1959 y se fue a vivir con su marido al cortijo *Burrezo*, donde se ganaban la vida como labradores. Después de unos años, le ofrecieron a su marido trabajar como guarda en un pinar y movieron su residencia a las *Casas del Pinar de la Vidriera*. Cuando el negocio de la madera empezó a declinar se mudaron a Puebla de Don Fadrique, donde han vivido desde entonces. Este cambio de lugar de residencia coincidió con el nacimiento de su tercer hijo. Los siguientes años, María trabajó como temporera en la recogida de la aceituna en Jaén, de la fresa en Huelva, en la hostelería en Torrevieja (Alicante) y en la Puebla. A finales de los años 70 consiguió un empleo como cocinera en la escuela, donde finalmente se jubiló. María es una mujer optimista, extrovertida y con mucha energía, a quien le gusta contar historias, oraciones y chistes. Es también una mujer católica, tanto creyente como practicante. Las mujeres de su generación fueron educadas para cuidar del marido y de los hijos, sacrificando para ello su propio desarrollo personal. Para ello, no necesitaban recibir instrucción en la escuela. El lugar para aprender este rol y ejercerlo era el espacio doméstico. Todos estos valores están presentes en sus relatos, y ella misma los compara con los de las mujeres de las generaciones posteriores, subrayando muchos de los cambios que han tenido lugar desde entonces.

## HISTORIA PERSONAL

Nací en 5 de diciembre de 1938 en Nerpio<sup>1</sup>. Tengo ahora sesenta y ocho años. Me bautizaron en *Pedro Andrés*, que le decían “*Guiñapo*”. Cuando me bautizaron, ya era grandota. Entonces no se bautizaba la gente nada más nacer, porque había Guerra.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mi abuela se llamaba María y mi abuelo Antonio [foto 3]. Estos son los padres de mi madre, que se llamaba Adela. Mi abuela María era muy buena. Tengo pocos recuerdos de ella porque se murió muy pronto. De mi abuelo Antonio recuerdo que

1 Albacete.

nos sentaba en las rodillas a mi prima Maruja, a mi prima Milagros y a mí. Parecía un pollico. Nos quería muchísimo. Mis abuelos vivían en el *Collado Serrano*. Ese cortijo era de mi abuelo. Luego se quedó con él mi padre.

A los padres de mi padre no los conocí, porque ya se habían muerto cuando nació. Él se llamaba José y ella Eugenia. Por eso tengo una hermana que se llama Eugenia. Yo me llamo María por mi otra abuela.

Mi padre [foto 1] era viudo. Estuvo casado con una mujer diecisiete o dieciocho meses nada más, porque se quedó embarazada y murió de sobrepeso —entonces morían muchas mujeres de sobrepeso. La niña nació, pero se murió a los pocos días. O sea, que mi padre era viudo, pero no llevaba nadie cuando se casó con mi madre.

Somos tres hermanas y dos hermanos. Yo soy la de en medio de los cinco. El primero se llama José Antonio, la segunda Eugenia y yo María. Hay otra que se llama Emilia y Miguel Ángel es el más pequeño.

Mi madre [foto 2] tenía unas manos divinas. A mis hermanos les hacía pantalones nuevos de los viejos de mi padre. De las rodillas para abajo, los pantalones siempre se quedan nuevos. Pues de ahí, mi madre —como tenía unas manos que daban gloria de lo que hacía— cogía, los cortaba, los cosía y les hacía pantalones nuevos a mis hermanos. A nosotras, de cualquier trozo —entonces valía una perra gorda un metro de lienzo— nos hacía blusas, vestidos, de todo.

Mi padre y mi madre eran dos encantos, porque casaron dos hijos —yo y mi hermano— en el mismo año, tuvieron que sacar préstamos y jamás en la vida se quejaron de nada. Mi madre no sé cómo se las apañaba, pero llegaba la Pascua y tenía de todo en casa. Entonces, ver en el mes de enero un plato de tomates, era difícilísimo. Tenía que hacer trampas, seguro. Yo no lo sé. Seguramente vendría a casa de mi tía Nicomedes [foto 8] —que entonces tenía la tienda— y se llevaría la mujer las cosas sin pagar, y las pagaría más tarde. Llegaba el día de los Reyes y, fuera más o fuera menos, nosotros siempre teníamos nuestro regalo, más chico o más grande, y mucho cariño.

## LA VENTA DE LA POLLICA

Una vez me contó mi madre una cosa que le pasó con mi abuela. Entonces estaba la vida muy escasa de dinero y de todo, y en el cortijo, pues siempre había huevos, siempre había pollicos que criaban. Dijo mi abuela:

—Mira, no tenemos dinero, pero te vas a llevar esta pollica y la vendes, y con lo que te den...

Porque entonces, con dos pesetas, bajaban y se llevaban de todo. Con dos o tres pesetas se llevaban una burra —que entonces es lo que había de transporte, que no había coche— cargada de fruta y de todo.

Mi madre, la *probretica*, bajó al pueblo con su pollica y la vendió por dos pesetas o tres, no lo sé. Pero tuvo la desgracia de que era una zagalucha y las perdió. Mi madre decía:

—Mira, estuve dos o tres años, que decía mi madre —mi abuela— cuando





1. Su padre en el servicio militar, Ventura Espinosa Chinchilla.



2. Su madre María Adela con su hermano, José Antonio..



3. María con su abuelo Antonio, sus primas Maruja, Conchita y Milagros y su hermana Eugenia.

había que comprar algo: “Ves, hija, ¡si no hubieras perdido las pesetas de la pollica!, ves, hija, ¡si no las hubieras perdido!”.

Yo estaba ya mareada de que me dijera aquello. Pero es que, entonces, eso es lo que había.

## LAS ORACIONES DE SU ABUELA

Aprendí dos oraciones de mi abuela María. Yo tendría tres o cuatro añillos. Como entonces no teníamos camas para todos, yo dormía con ella y todas las noches me decía las oraciones. Así las aprendí y no he parado de decirlas para que no se me olviden jamás.

*Un domingo en la mañana salió la Virgen María  
con su librito en la mano rezando el Ave María.  
No lo rezaba cantado porque en latín no sabía.  
Le pregunta San José: —¿Cuándo has de parir, María?  
—No he de parir esta noche ni tampoco al mediodía.  
Y luego a la medianoche el parto le dio a María.  
Tales fueron sus desgracias que pañales no tenía.  
Bajan ángeles del cielo a visitar a María.  
Ricos pañales le traían, mantillas de grana fina.  
En el cielo hay un castillo pintado de maravilla.  
No lo ha pintado carpintero ni falsa carpintería,  
que lo ha pintado el niño Dios para su madre María.  
Y en medio de aquel castillo hay una rosa florida  
y en medio de aquella rosa está la Virgen María  
con su niño en los brazos llorando que se escurría.  
Le pregunta el niño Dios: —¿Por qué lloras, madre mía?  
—Yo no lloro por pañales ni tampoco por mantillas,  
que lloro por pecadores que mueren todos los días,  
que el infierno ya está lleno y la gloria está vacía.  
Amén.*

La otra —que también me la dijo mi abuela— cuenta que había un hombre que estaba solo y tenía una hija; a la hija le gustaba muchísimo ir a misa y rezar, pero el hombre era de esos malos que había antes —como el padre de las Santas y toda esa gente, que tanto daño hacían—, que no querían que fueran católicos; entonces el hombre, para que la zagala no fuera a misa ni nada, le compró unas cabras y la mandó al monte a guardar las cabras; pero la pastora, con sus ahorrillos, compró un rosario y se pasaba el día con sus cabras, pero rezando el rosario. Dice así:

*Una pastora en el campo guardando las suyas cabras,  
con el rosario en la mano haciendo la vida es santa.  
Vio bajar una nube de la corte soberana  
y en medio de aquella nube vio bajar las tres damas,*

*dos vestiditas de blanco y la otra de morada.  
 La niña como pequeña al suelo cayó turbada.  
 Así que se desturbó, la Virgen le preguntaba:  
 —¿Dime divina pastora, dime de quién son las cabras?  
 —Tuyas son, Virgen María, tuyas son, Virgen amada.  
 —¿Tú me conoces a mí que tan amable me amas?  
 —Sí que la conozco a usted, que es la Virgen Soberana.  
 La cogieron de los brazos y al cielo la levantan  
 con pitos de clarinetes y clarinetes y cajas.  
 El padre de la pastora muy afligido en su casa:  
 —¿Dónde estará mi pastora que no viene con su cabras?  
 Se corrió una voz del cielo: —Pastores tienen tus cabras,  
 que la pastora en el cielo coronada,  
 que es quien hizo ir por Dios todo eso y más alcanza.*

## EN CASA DE SUS TÍOS

Mi infancia la pasé en Santiago de la Espada<sup>2</sup>, en un cortijo en el que estaba una hermana de mi padre que no tenía hijos. Mis tíos [foto 4] tenían tierras y se dedicaban a ellas nada más. Mis padres tenían su par de mulas y labraban, pero mi tía tenía más. Mis padres tenían cinco hijos. Así que nos íbamos a hacerles compañía y, a la vez, quitábamos una boca de mi casa —que es la pura verdad. Yo he sido muy querida por mis tíos y por mis padres también.

Mi tía era una mujer muy echada para adelante. Le gustaba mucho ir en el invierno a por aceite a Jaén. Se iba con las bestias —entonces no había otro transporte— y traía aceite. Luego lo vendía en su casa. Me enseñó a hacer el ajo crecido —el ajo de harina, que se dice aquí. Ella hacía unos ajos de esos crecidos, que le salían buenísimos. Yo la vi hacer el ajo crecido dos o tres veces y, un día que se fueron, me puse a hacerlo. Refriegas un poquito de harina, echas el agua, le das vueltas hacia el mismo lado y, mientras que vas dando vueltas, se va haciendo el ajo. Yo eché tanta harina, que no sé los platos de ajo que salieron. Menos mal que quedó medio en condiciones para podérselo comer. ¡Uuh!, aquello creció, que había ajo para todo el cortijo.

Yo ayudaba a mi tía a todo: a fregar, a escardar, a segar la alfalfa —que entonces sembraban mucha alfalfa y nos pasábamos los días segando alfalfa—, a coger panizos...

En Santiago estuve desde los siete u ocho añillos que me fui, hasta los dieciocho o por ahí.

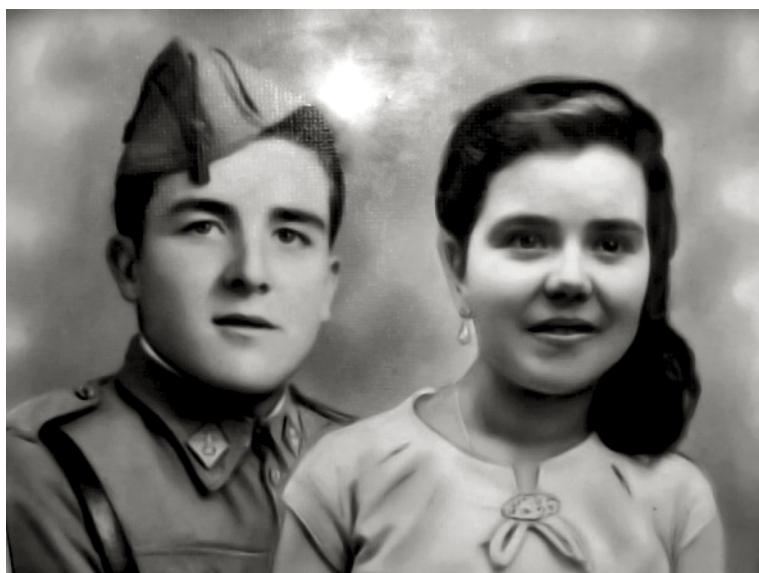
## LÉXICO

Cuando estaba en Santiago con mi tía, había una mujer de unos setenta años que se llamaba Manuela. A los sujetadores los llamaba “cuñiquís”, a los calzoncillos “zaragüeles” y a los calcetines “escarpines”.

2 Jaén.



4 - 5. Tíos, *Ángel Martín* y *Emilia Adoración*.



6. *María* y *Andrés* de novios.

## CÓMO APRENDIÓ A LEER Y ESCRIBIR

Fui a la escuela muy poco. Entonces iba un maestro por todos los cortijos dos días en semana. Apretaban más a los zagales, porque les parecía que las mujeres no teníamos que saber casi nada. Yo era muy mala para estudiar, no me gustaba estudiar. A mí me hacía cuentas el maestro y no hacía ni caso. El maestro se llamaba Antonio y le decían “Patatas fritas”. Lo mismo que iba un barbero afeitando a la gente dos días en semana por los cortijos, pasaba un maestro. Entonces se igualaba la gente, lo mismo con los maestros, que con los barberos, que con los médicos. Les pagaban un tanto al año, en trigo o dinero, y a cambio tenían derecho a que los visitaran.

Cuando me fui a Santiago de la Espada con mis tíos, me llevaron a la escuela. Vivíamos en las *Quebradas* y la escuela estaba muy cerquita. La maestra se llamaba Doña Carmen. Como no me gustaba la escuela, no aprendí a leer ni a escribir.

Cuando tenía doce o catorce añillos, empezaron a quererme los zagales y no sabía leer, sabía muy poco. Un muchacho que me gustaba mucho se fue a la mili —entonces se iban de dieciocho años— y me escribía cartas. Así que dije:

—¡Madre mía!, ¿me va a mí a leer las cartas de un zagal nadie?

En Santiago de la Espada todo el mundo tenía en la escalera un hueco con su puertecica para meter patatas, remolacha... como una despensa. Mis tíos se acostaban y yo me iba a la despensa aquella, que estaba vacía, con mi mesa chica, un candil y mi bolígrafo y, dale que te pego, iba juntando todas las letras. Así aprendí a leer y a escribir. Entonces ya pude leer mis cartas y mis cosas.

## COMUNIÓN

Hice la comunión estando en Santiago de la Espada con mis tíos. Un domingo fuimos al pueblo, a misa, y cogí —limpia como el oro, pero sin más ceremonia ni más nada—, fui al cura, confesé la primera vez y sanseacabó. Esa fue mi comunión. No me da vergüenza decirlo, porque tenía una madre y un padre maravillosos, pero entonces la vida era así. Yo tendría nueve años o diez, más o menos del tiempo que la hacen ahora. En la mili hubo compañeros de mi marido que confesaron allí la primera la comunión, porque no la habían hecho. Entonces la gente era muy dejada. Parecía que no hacía falta nada en este mundo, nada más que estar todos cobijados con la madre y no hacer nada.

## PRIMERA MENSTRUACIÓN

Mira cómo estaríamos de retrasadas y de tontas que, cuando tuve la regla la primera vez —tenía trece años justos—, tuve las braguicas manchadas debajo de una piedra, en el ejido, ocho días para que no las viera mi madre. Lo sabías porque lo sentías, pero no porque te lo hubieran dicho. Tu madre no era capaz de decirte: “Pues, mira, te va a pasar esto, ni te va a pasar lo otro”. Hasta que no fue viernes y mi madre se fue al pueblo, pues yo... ¡Pero fíjate la ignorancia, que las cambiaba de un sitio a otro! Ya ves tú, en un ejido de un cortijo, si iba a saber

mi madre que estaban en esta piedra. Pues yo iba: “¡Madre mía, si mi madre las ve! Pues yo las pongo en ésta”. ¡Eso era de tontos! Pero es que éramos así. Es que nos tenían así. Es que era así<sup>3</sup>.

Ya, cuando tuve un par de veces la regla, mi madre se enteró, y me dijo:

—No seas tonta, tú no te guardes de esto, que esto tienes que pasarlo así.

Pero ya lo había pasado mal.

## SUBIR EL AGUA A CARGAS

Nosotras bajábamos al pozo a lavar y a por agua. Como vivíamos en el *Collado Serrano*, teníamos que subir el agua a cargas. ¡Los cántaros que romperíamos!, porque resulta que las agüeras eran de hierro. Echábamos cuatro cántaros en las agüeras de hierro, bajábamos al pozo a por agua y, como éramos zagalotas, cuantísimas veces no podíamos echar el cántaro porque no teníamos fuerza y, al cascarle en el hierro, se rompía. Otras veces se volcaban las agüeras y, como no teníamos fuerza, pues lo mismo.

## ALIMENTACIÓN

Entonces era costumbre tomar por la mañana sopas de pan con leche, que se hacían en una sartén. En el cortijo teníamos cabras y ovejas, y mi madre amasaba un pan más blanco que las estrellas. Otras mañanas, en vez de leche, se hacían migas. La mayoría de los días, para comer había cocido y por la noche, patatas cocidas con ajo blanco, sardinas de cuba... Cuando llegaban los domingos, mi madre, que tenía muchas gallinas, cogía un pollico de aquellos, lo mataba y hacía un arroz con pollo.

## MATANZAS

Se hacían unas matanzas muy grandes<sup>4</sup>. Todo estaba buenísimo: la patatera, los chorizos... Entonces las matanzas eran una fiesta. Cuando hacíamos una matanza, venía todo el mundo y aquello era una fiesta. A lo mejor se juntaban treinta o cuarenta personas y hacíamos una fiesta que para qué. Estaban la *Casa Moya*, el *Viento*, la *Huelcazar*, la *Casa Valera*, el *Collado*

3 En su autobiografía, Pilar Marín (nacida en 1922) relata una experiencia similar con la primera menstruación. Casi dos décadas antes y dentro de una familia perteneciente a una clase social más pudiente, la experiencia había sido la misma: ignorancia, pudor, temor y silencio.

“Cuando llegó el verano [de 1934] fui al cortijo de mis tíos al campo de la Puebla. Una mañana al despertar, descubrí algo que me sorprendió y asustó: estaba llena de sangre. Las sábanas se tiñeron de rojo. (...) No sabía lo que me había pasado. (...) Con extrañeza y sobrecogimiento fui a limpiarme lo más discretamente posible, pues aunque no sabía nada de aquel insólito fenómeno, algo en mi interior me alertaba de que eso no debía decirlo ni explicarlo a nadie, pues un extraño pudor envolvía esa situación. Recogí las sábanas y lo más cauta posible, como si fuesen las pruebas comprometedoras de un macabro delito, las lavé con escrúpulo, a fin de que nadie pudiese tener conocimiento de aquello. Mientras estaba en ello, percibí que las criadas me habían acechado, pues me percaté de que murmuraban y bromeaban al respecto de mi extraño comportamiento. Sé que mi tía regaña a aquellas mujeres por sus desdenes, pero no se reveló nada y continuó el misterio. Nadie se dignó darme ninguna explicación. Aquello era más que sospechoso, y percibía que había algo más. Por aquel entonces nadie hablaba de ninguna cuestión relacionada con la sexualidad. Era un tabú absoluto, como si no existiera ni formase parte de la vida”. (Marín 2006: 30-31).

4 Desde noviembre a Navidad.

*Salvador de Arriba*, las *Ramblas*. En todos esos cortijos vivía gente y todos éramos amiguísimos. Todo el mundo mataba dos o tres cerdos, y ya tenías para todo el año. Amasaban un pan como las estrellas, compraban unas ollas de miel grandísimas para tener para todo el año. Entonces se criaban muchos guiscanos y se llenaban ollas enteras. Compraban a lo mejor tres o cuatro cajas de fruta, de manzanas, para guardarlas.

## TRABAJO

Mis padres eran muy marchantes, les gustaba mucho hacer tratos: comprar mulas, cambiarlas y todo eso. Tenían un pastor y un mulero en el cortijo.

A mi padre le ayudábamos a todo: a segar, a coger garbanzos, a entrar los borregos, porque estaban por allí, por los ejidos. Íbamos al pinar, al coto, a coger gamones, que entonces eso era lo que se le echaba a los cerdos, gamones cocidos. Son unas matas verdes, que se crían en el campo. Ahora no las coge nadie, pero entonces con eso se engordaban los cerdos. Le hemos ayudado a mi padre a meter leña si traía, a trillar, a aventar, a meter fanegas, a meter paja, a todo. Íbamos todos los hijos a ayudar. Los hombres labraban y nosotras no. Pero todo lo demás lo hacíamos igual. Si había que ir a por una carga de leña, iban los hombres. Pero luego venían, la descargaban y nosotras les ayudábamos.

La leña la cogían del coto, que había pinos y carrascas secas. Hablaban con los guardas, porque entonces no se podía ir a cortarla así porque sí. Había que hablar primero con el guarda. Entonces, decía:

—Pues, en tal sitio hay dos carrascas o dos pinos secos que podéis cortar.

Iban con las mulas y se traían cargas.

Los dueños de ese coto eran los Bañones, una familia que tenía muchas tierras, mucho ganado y de todo.

Me acuerdo que entonces iban las mujeres a la *Casa Moya* y al *Collado Serrano* a por haces de iniesta. Traían unos haces, que no se veía si venía mujer debajo o no, para venderlos y poder dar de comer a sus hijos. ¡Fíjate si no habría desdicha y hambre aquí, en el pueblo! Traían desde allí los haces de leña. ¡Ya ves si trabajaban las mujeres! Los hombres trabajaban en unas cosas y las mujeres en otras. La Benita, la espartera —su madre era la Benitilla—, la *probretica*, iba por todos los cortijos vendiendo cuatro naranjas y cuatro cosas para traerle a sus hijos de comer. Lo mismo le daban pan duro, que le daban huesos de jamón que ya no lo gastaban, que le daban... Lo que le dieran, se lo traía para sus hijos, para darles de comer. Entonces, sin embargo, no robaban tanto como ahora.

## LUTO Y ENTIERROS

Cuando se moría una persona, las mujeres se ponían un manto negro, que era como un fular de ahora, pero mucho más grande. Se rodeaban con el manto porque se había muerto su padre, un hermano, un hijo, lo que

fuera. Las mujeres se estaban años con el manto aquel<sup>5</sup>. Ni se lavaban, ni se peinaban, porque aquello era pecado. Parecían como las moras ahora. Entonces se sentían mucho los muertos.

En los entierros se daban gritos. Yo me acuerdo, cuando era zagalota, de ver pasar por la carretera de enfrente del cortijo donde yo estaba —que se llamaba las Quebradas— a las personas de la Matea<sup>6</sup> cuando iban a enterrar a alguien. Los gritos que iban dando se sentían en los cortijos.

Los mismos palos que utilizaban para cargar la miés y el trigo del piazó a la era, los ponían para llevar el ataúd. Los ponían encima del aparejo, atravesaban al muerto, lo ataban con sogas y así lo llevaban.

## TRASNOCHADAS

Entonces era muy agradable apuntarte de noche a jugar con tus padres a las cartas y que te contaran chistes y cuentos. Sé un montón de chistes, oraciones y cuentos que aprendí de ellos<sup>7</sup>. Lo he pasado estupendamente cuando trasnochábamos. Nosotros llevábamos las trasnochadas con mis tíos y con mis padres. Nos liábamos a jugar a las cartas, a hacer calcetines para mis hermanos, jerséis,...

En el cortijo y en Santiago bordábamos a mano, sin bastidor ni nada. Yo bordaba unas sábanas preciosas. Ya más mayores, mi hermana y yo hicimos bolillos. Hacíamos unas puntillas preciosas. Luego estuvimos haciendo velos, que entonces se llevaban los velos. No se entraba a misa sin velo. Nosotras los bordábamos en el cortijo.

Ahora no hay esa unión, no por nada, porque la vida va así, porque todo el mundo trabaja. No se puede hablar con los padres ni nada, porque no hay tiempo.

## EL TRABALENGUAS DE SU MADRE

Este trabalenguas lo aprendí de mi madre. Mi madre era muy graciosa. Todo el mundo la quería, porque a cualquier cosa le daba giro. Ella misma se inventaba los chistes.

*Yo tengo una cabra ética, pelética, pela pelambrética, pela pelambrada, pela pelambruda, pelada peluda. Si la cabra no fuera ética, pelética, pela pelambrética, pela pelambrada, pela pelambruda, pelada y peluda, no fueran los hijos éticos peléticos, pela pelambréticos, pela pelambrados, pela pelambrudos, pelados y peludos.*

5 Richard Sally Price (1964: 305-6), en su descripción del noviazgo en un pueblo de Huelva a comienzos de los años 60, señalan que las adolescentes estaban obligadas por el luto de un familiar cercano a no salir de su casa en 4 años, salvo para ir a rezar el rosario a la iglesia, momento que aprovechaba el novio para acompañarla a la chica. Durante dos años el novio no podía hablar con ella a la puerta de casa (308-9).

6 Santiago de la Espada.

7 Existía una tradición oral que se transmitía en las reuniones que se celebraban al atardecer en las casas. Los relatos iban pasando de esta manera de generación en generación.



## CÓMO APRENDIÓ A PONER INYECCIONES

Mi madre, cuando éramos zagalotas nosotras, tuvo las calenturas de Malta<sup>8</sup> y del tifus a la misma vez. Había que ponerle cinco inyecciones todos los días. Nosotros estábamos en el *Collado Serrano* y los médicos en el pueblo. Ningún médico ni ningún practicante iba a subir allí a ponerle cinco inyecciones, que había que ponérselas desde la mañana hasta la noche. Y mi madre no podía dejar sus hijos y venirse al pueblo. Así que Don José, el médico, me pintó en un papel el carrillo del culo y me dijo:

—María, en este sitio tienes que ponerle a tu madre las inyecciones.

Le ponía unas inyecciones de hígado de bacalao, que eso dicen que dolía que para qué, y mi madre, como era tan buena, decía la pobre:

—¡Madre mía, pero si me has puesto la inyección y no he notado siquiera que me la has puesto!

Más adelante, después de casarme, volví a poner inyecciones estando en las *Casas del Pinar*. Allí había muchísimos peladores. Se ponían malos y tenían que ponerse inyecciones. Como se enteraron de que yo las ponía, iban y me decían:

—María, si no te da cuidado, mira, tengo que ponerme una inyección. Si no, tengo que bajar al pueblo y perder un día.

—Si a ti no te da cuidado, bájate los pantalones por detrás, que a mí eso no me da cuidado ninguno.

¡La de inyecciones que puse durante los años que estuvimos allí!

## LOS ESPARFOLLOS<sup>9</sup>

Hacíamos los *esparfollos* de noche. Se juntaban todas las zagalas y todos los zagales. Aquello era la discoteca que teníamos entonces: unas montoneras de panizo, que llegaban a medio techo, y allí pasabas la trasnochada diciendo tonterías y desgranando aquello. Se decían adagios<sup>10</sup> y, cuando salían las panochas tintadas con granillos colorados, te pegaban repizcos. Si estabas al lado de un zagal que te gustaba, te daba un repizco, y aquello era una joya para ti. Esa era la costumbre que había de *esparfollar* el panizo.

## SERENATAS

En Santiago de la Espada tenía muchos novietes. Nos echaban unas serenatas con los acordeones aquellos, que para qué. Una vez me echaron a mí una serenata con un acordeón —era una música preciosa— y yo estaba detrás de la ventana. Me acuerdo que el que me quería, me llamaba y decía:

—Maríiiiia.

8 La fiebre de Malta o brucelosis es una enfermedad infecciosa causada por el contacto con animales portadores de una bacteria llamada Brucilla. El tifus es una enfermedad infecciosa transmitida por los piojos o las pulgas. Ambas producen fiebre alta y se deben tratar con antibióticos.

9 Reuniones que se hacían después de recolectar el maíz para deshojar las mazorcas.

10 Se escribían los nombres de las chicas, de los chicos y algunas bromas en unos papeles, se doblaban y se introducían en tres recipientes distintos. Luego, una persona sacaba un papel de cada uno de los recipientes y lo leía en voz alta, para regocijo de los asistentes.

Y yo, sintiéndole. Pero yo, ¡qué iba a ser capaz de asomarme, ni abrir la ventana! ¡Que va! ¡Aquello estaba mal visto! Entonces, si veían a una zagala abrir la ventana y hablar con un zagal, luego no la quería nadie. Era como cuando estaban de novios. Si estaba de novia una muchacha y la dejaba el novio, ya no la quería nadie.

Cuando ya empezaron los zagales a quererme y todo eso, me vi en Santiago de la Espada diciendo: “Si estos no son mis padres, para que me den a mí consejos, que son mis tíos”. Yo tenía mi padre y mi madre. Entonces se lo dije a mi madre y me vine a mi casa.

## RELACIONES ENTRE LOS JÓVENES

Entonces se acercaba un muchacho y no te podía ni tocar. ¡Y tenían las mismas ganas que ahora! Entonces, nada más que con que te tocaran, yo creo que hacía más efecto de alegría que ahora que duermen juntos. Si a un hombre en esa época le hubieses dicho: “Puedes hacer con esta mujer lo que tú quieras”, yo creo que la hubiera matado del ansia que tenían de mujeres, porque no les dejaban hacer nada. Entonces te daban un beso, pero un beso de esos robados, de esos que no te lo esperabas, y decías: “¡Madre mía, si ya no volverá, si se habrá quedado...!”.

Hacíamos bailes en los cortijos y bailábamos agarrado, y te daba una alegría en todo el cuerpo, como es natural. Los padres te dejaban bailar, pero ellos estaban allí delante. Si íbamos de baile a un cortijo, iban los padres los primeros.

## IGNORANCIA Y FALSAS CREENCIAS

Cuando estaba en Santiago, nos juntábamos todas las muchachas jóvenes e íbamos con un escavillo a escardar los trigos. A la gente le gustaba mucho ir conmigo, porque decía muchos chistes y tonterías. Nos juntábamos y, así hablando, nos creíamos que cuando una mujer estaba embarazada, ya no podía tocarle el hombre. ¡Tú fíjate las luces que teníamos! Pero es que eso era lo que había. No éramos tontas, no. Era que no había abierto los ojos nadie. No había información ninguna, de ninguna clase, de ninguna. Lo poco que sabían los padres, no se atrevían a decírtelo, porque les parecía que era una cosa mala lo que te iban a decir. Los padres no nos decían nada, porque es lo que les habían hecho sus padres a ellos.

## NOVIAZGO

A mi marido lo conocí cuando era bien grandota. Pasó un día por mi cortijo y dije: “¡Mira qué zagal más apañado, leche!”. Bajaba de su cortijo, la Casa Valera, que estaba más para allá del mío, al cine. Salí a la puerta del cortijo, más escocada que todo porque me gustaba, y le pregunté:

—¿A dónde vas?

—Al cine —que entonces había cine aquí—. Pero si quieres, no me voy —me contestó.

—Eso ya, lo que tú quieras.

¡Qué alegría más grande me dio! Se quedó allí y hablamos. Venía todos los domingos a verme. A lo primero, no lo sabía nada más que mi madre. Más tarde se lo dijimos a mi padre y no lo vio mal. Estuvimos novios unos dos años y medio o por ahí [foto 5].

El novio tenía que contar con los padres para poder hablarte y meterse en tu casa. Tenía que hablar antes con ellos. Era una vergüenza muy grande la que pasaban los pobres zagales y los padres también. Yo, delante de mi madre hablaba con el novio, pero delante de mi padre, no. Mi padre venía, cenábamos y se acostaba por quitarse de en medio, para que yo pudiera hablar con él. Mi marido había contado con él y lo veían bien. Entonces, mi padre se quitaba de en medio. Eran cosas que sufríamos los jóvenes y los mayores porque, si mi padre no tenía ganas de acostarse, se acostaba por aquello.

## LA BODA

Me casé de veintiún años<sup>11</sup>, bien prontico. Me llevo tres años con mi marido [foto 9]. Mi boda duró cuatro días: la víspera, el día de la boda, la tornaboda y otro día más, porque mucha gente era de fuera. La familia de mi padre, que era de Santiago de la Espada, vino la víspera. Al día siguiente fue el casamiento en mi casa. La boda se celebró en el cortijo. Hicieron un altar precioso en mi casa. Yo fui de negro, con un vestido de corte capa con mucho vuelo, muy bonito. Me lo cosieron las sastras. Me tuvieron medio día entero subiendo a una mesa redonda para medirlo por debajo y que quedara redondo. Llevé unos zapatos preciosos de charol. Mi marido llevó un traje azul marino muy bonito, y mis cuñados, que fueron los padrinos, también fueron muy bien.

La ceremonia era diferente a como es ahora. A los novios les ponían un mantón, que le decían el ubio. La novia se colocaba al lado del novio, y les echaban como una manta por detrás y los liaban con un cordel. Parecía el ubio que se usaba para labrar con las mulas. Los padrinos se ponían a los lados, igual que ahora. Cuando el cura decía que ya se podían besar, el novio levantaba el velo a la novia y la besaba. En el pueblo hacían lo mismo<sup>12</sup>. Mi hermana se casó y les pusieron también el ubio. Eso era para que no se escapara ni el hombre ni la mujer<sup>13</sup>.

Por el día estuvimos en la era —que era donde entonces se trillaba. Mi tío contó una historia que lloró todo el mundo. Fue el churrero a hacer churros. Matamos catorce pavos y diez borregos. Fue una cocinera que había aquí entonces, que estaba tuerta. Un día creo que hicieron hasta cocido.

Don Manuel, el cura, me regaló diez duros. Bajaron con una burra a por él y, tanta ilusión le hacía subir al cortijo, que no se subió el libro del misal y tuvieron que bajar a por él. Comió tanta carne, que si no se murió aquel día, fue porque

11 En 1959.

12 Esta costumbre existía en muchos pueblos en toda España. Brandes (1975: 122), por ejemplo, la describe igual en su monografía de un pueblo de Salamanca.

13 “Entonces no había tantas separaciones como ahora, pero era porque la gente se aguantaba mucho. Ahora se aguantan muy poco y antes demasiado. Antes había muchas mujeres que no se despartaban y las tenían hinchadas a palos. Ahora, por cualquier capricho, en seguida está uno por un lado y el otro por otro. Esas cosas claro que se sabían. ¡Ya ves si se sabía que a una mujer le pegaban! A lo mejor bajaba el tío al pueblo y luego subía borracho, se le ponía y le daba una paliza a la mujer. Y la mujer encima lo negaba y se callaba. Eso no estaba bien, ni lo de ahora tampoco”.

Dios no quiso. Una olla de carne que para qué. Los diez duros se los trajo nada más que en el muslo de pavo que se comió.

Buscaron gente para que tocara de noche la guitarra y el laúd, y toda la santa noche hubo baile. No podíamos acostarnos. En cuanto veían que nos habíamos acostado, ya estaban en la ventana dando porrazos y no te dejaban dormir.

Al día siguiente, se hizo la tornaboda. Fuimos a casa de mis suegros y estuvimos comiendo y bebiendo, lo mismo que el día de la boda.

A mí me hicieron un montón de regalos. Me regalaron ollas de todas clases, platos, vasos, sartenes, quinqués, tiestos, juegos de aquellos que tenían los Marines<sup>14</sup>... Todavía tengo el juego de los Marines que me regalaron, que era una jarra y una docena de vasos con unos ramos preciosos. También me regalaron dinero. Recogimos poco, a lo mejor ocho o diez mil pesetas. Con aquel dinero le compramos a mi suegro todos los aperos del cortijo, las mulas, los serones, las agüeras, el arado de vertedera... Se lo compramos todo para quedarnos de labradores.

## AJUAR

Mi madre me contó que en la noche de bodas llevaba dos sábanas nada más, dos trozos de tela que mi abuela le había adornado, porque entonces no había sábanas, ni había nada. Cuando yo me casé, ya me había hecho mi madre un ajuar y mi tía otro. Yo llevaba un ajuar de categoría, todo bordado por nuestras manos: las camisetas, las puntillas, lo que hacíamos a punto de cruz... Todas las costuras, en vez de pasarlas por la máquina, las hacíamos a mano. Entonces llevábamos manticas que tejíamos, en lugar de las sábanas de felpa que hay ahora. Mi tía tenía un telar, y yo he tejido delantales, jarapas...

## LAS GANAS DE MUJERES QUE TENÍAN LOS HOMBRES

A otro día de casarnos, fuimos a recoger nueces. Como fue la feria, nos tiramos ocho días cogiendo nueces. Pero lo pasamos de categoría. Entonces es que los hombres tenían muchas ganas de mujeres. Estaban siempre haciéndote caricias. Ahora, es diferente, se harán caricias también, pero cuando una muchacha se casa, si está viviendo con el novio, eso ya no es lo mismo. Entonces, si a un novio le hubieses dicho:

—Bueno, haz conmigo lo que quieras.

Es que, ¡te habría matado! ¡Te habría matado! Es que, ¡te habría matado!

Se casó uno de *Huebras* con unas botas de esas que llevaban muchos ganchos a un lado y a otro para atar los cordones cruzados, no se quitó las botas y le hizo polvo las piernas a ella. Otro, que estaba de guarda en el *Collado Serrano*, se casó y la noche de bodas, a la primera patada que dio, hizo polvo la cama. Los hombres estaban entonces muy deseosos de mujeres.

14 Uno de los comercios de la Puebla. Véase la historia de Alejandro Marín en este mismo libro.

## LOS CONDONES

Entonces no había nada para evitar los embarazos. Había preservativos, condones de esos, que era lo único. Se sentía que decían: “Pues hay preservativos, que no sé qué, no sé cuántos”. Como los pastores esos del chiste<sup>15</sup>.

*Eso era una maestra que iba a un cortijillo, de esos que hay diez o doce vecinos o lo que sea; y era una muchacha joven y llevaba un coche de estrenar, pero ella no sabía, si se pinchaba una rueda o lo que fuera, no sabía ponerla, ni arreglarla. Pues iba por allí por un barranco, un camino muy malo, cuando se le pincha una rueda y se le para el coche y dice:*

*—¡Madre mía, pues se me va a hacer tarde para ir a dar clase! —que tú ya sabes que cuando vas a un primer oficio, pues lo que te gusta es ir normal y corriente, con tu tiempo y todo.*

*Pero la muchacha mira para un lado y mira para otro, y ya ve nada más que barrancos y cerros. Pero ya vio en un cerro un hombre y en otro cerro otro, y eran dos pastores que había. Y bajaron — y los pastores, pues han sido muy tontorrones, pero siempre les han gustado las mujeres, por supuesto— y dice:*

*—Míreme usted, que voy a dar clase y se me ha pinchado una rueda y no sé arreglarla. A ver si por favor me la arreglaran.*

*Y los pastores como tontos, pero buscaron los dos el ojo y dicen:*

*—Pues, mira, si quieres que te arreglemos la rueda, tenemos que dormir contigo.*

*Dice la muchacha:*

*—¡Cómo vais a dormir conmigo! ¡Para que yo me quede embarazada! Yo soy una muchacha joven y soltera.*

*Dicen:*

*—Pues entonces, no te la arreglamos.*

*Pues ya la muchacha, con el apuro que tenía, pues mira en el bolso y llevaba dos preservativos, pero los pastores aquello no sabían ni lo que era, ni adónde se ponía, ni para lo que era. Y dice la muchacha:*

*—Bueno, pues poneros los preservativos estos, para que yo no me quede embarazada.*

*Pues bueno, pues se los ponen, duermen con ella, le apañan su rueda y se va. Y a los tres días, un pastor en un cerro y otro en otro, y dice uno:*

*—¡Quillooo!*

*—¿Quéééé?*

*—¿Te has quitado tú eso ya?*

*—Yo no.*

*—Pues, yo me lo quito, que estoy que reviento. Si se queda la mujer preñada, que se quede.*

15 Como ha señalado Stanley Brandes “chistes” como estos “están ligados a una cultura, y hacen gracia porque evocan ciertas situaciones que producen ansiedad y emociones que son compartidas por un grupo particular. Estas situaciones y emociones son tan importantes para el éxito del chiste como el argumento mismo del relato. En la medida en que el chiste ofrece al narrador y a la audiencia la oportunidad de liberar, aunque sea temporalmente, la ansiedad emocional que todos ellos comparten, puede ser contado repetidamente, y generalmente se hace, con efecto humorístico” (1980: 114).

¡Y eso es la pura verdad! Como en este otro:

*Eso era uno que tenía muchas perras; y había dos o tres muchachas jóvenes, y lo querían todas. Pero ya se puso novio con una. Pero el zagal era tan tonto, era muy tartajoso, y era tan tonto, y llevaba siempre los zapatos sueltos, era una jarramanta. Pues ellos se iban al cine, el muchacho se iba con la novia, porque le dijeron que aquella era la novia, pero él ni le hacía nada, ni le daba un apretoncillo, ni le daba un beso, ni le daba nada. Y ya la muchacha se cansó y dice:*

*—Mira, como esta tarde vayamos al cine y no lleves esos zapatos bien puestos y vayas bien arreglado y me hagas lo que hacen todos los novios con las novias, me des un beso, me hagas lo que sea, ya sabes, que tú en tu casa y yo en la mía.*

*Pues dice el muchacho:*

*—Pues bu-bueno, no te-te pre-preo-cupe' Mar-ría [tartamudeando].*

*Pues llegan a la puerta del cine, dice él —el novio, que era muy tartajoso— dice:*

*—Marí-a, no diga' que es-esta tar-de no vengo bi-bien arreglado, que he com-pra-a-do dos con-dones [tartamudeando].*

*—¡Coño, dos condones!, ¿Es para empezar no teníamos bastante con uno?*

*Dice:*

*—Cla-a-ro, en-ton-ces el o-otro za-za-pa-to, ¿con qué me lo ato? [tartamudeando].*

## EL BURREZO

Cuando nos casamos nos fuimos al *Burrezo* de labradores, que entonces es lo que había. El que tenía un cortijo para irse de labrador, era el rey —eso lo sabe todo el mundo.

Antes de casarnos, mi marido se fue a la mili y mi suegro apalabró el cortijo. Entonces no se casaba la gente hasta que no hacía la mili. Mi suegro y mi cuñado hicieron el cortijo mientras mi marido estaba en la mili. Cuando vino, nos casamos y nos fuimos allí. Como el primer año fue mi suegro quien tuvo el cortijo, fue a él a quien tuvimos que darle la partición de la cosecha. Segamos un montón de fanegas. Le dimos a mi suegro tres y nos quedamos con una. Con esa fanega sembramos aquel año y comimos. Así empezamos nuestra vida.

En el *Burrezo* tuve mis tres hijas. Me asistió en los partos mi madre, que entendía de eso. Allí tuve también un niño que se me murió por falta de asistencia. Se ve que traía dos o tres vueltas en el cuello. Subieron al médico, Don José, en una burra. Me sacó el crío con los fórceps pero, con la fuerza de sacarlo, se murió. Hubiese sido el cuarto, pero nació muerto. El médico hizo el parte de defunción. Luego bajaron y lo enterraron, aunque no estaba bautizado.

## LAS CASAS DEL PINAR

Estuvimos en el *Burrezo* por lo menos siete u ocho años. Luego le salió un puesto de trabajo a mi marido, de guarda en las *Casas del Pinar*, y nos fuimos allí. Mi marido estaba para medir la madera y para guardarla en el monte. Medían



7. María de soltera.



8. En la feria recién casados, (10-10-1960)



9. Romería de las Santas. Su madre Adoración y su tía Nicomedes aparecen a la derecha.

los palos y él lo apuntaba en una libreta para dárselo al dueño. Subían camiones todos los días a por madera. Mis hijas se bajaban en los camiones los lunes y estaban en el pueblo toda la semana, mi Carmen con mi madre y mi Paquita —que era la que iba a la escuela— con mi suegra. Pero ya se hicieron mayores y nos bajamos al pueblo para que pudiesen ir a la escuela.

En las *Casas del Pinar* estuvimos ocho o diez años<sup>16</sup>, no me acuerdo bien. Ya mis hijos se hicieron mayores y la madera del pinar empezó a faltar. No había tanta madera y los camiones dejaron de subir a por ella. Entonces, pensamos bajarnos. Don Miguel no quería que nos viniéramos. Nos bajamos cuando nació mi Andrés. Mi marido se puso a trabajar en el almacén de los Constanancio.

## EL NACIMIENTO DE SU HIJO ANDRÉS

A mi Andrés ya lo tuve en la Puebla. Me puse mala estando en las *Casas del Pinar* y fue Don Miguel Bañón en un Land Rover que tenía a por mí y me trajo al pueblo. Estuve dos o tres días mala. Don José, el médico, venía y me decía:

—¿Sabes por qué no das a luz? Porque tienes los nervios que no dejan al zagal salir.

Ya dí a luz aquí<sup>17</sup>. En el parto me asistieron Don José y la Juanita, que era entonces la comadrona. ¡Tenía tal temblor!, como me había sacado el otro muerto y había padecido tanto... A las siete de la mañana, más o menos, fue cuando nació mi Andrés. Teníamos tantas ganas de un niño, que mi marido se fue a trabajar y cuando volvió, me dijo:

—He estado todo el día pensando si no habré mirado bien al zagal y será zagala.

## PUERPERIO

Entonces, después de dar a luz no te podías lavar en quince días o un mes, ni la cabeza, ni nada. Las manos, con algodón. Fíjate tú, recién dadas a luz, el olor tan bueno que tendríamos, yo qué sé cómo estaríamos. Tampoco podías bajar ni subir escaleras. ¡Las tontunas que había entonces! En mi dormitorio había un escalón y me ponía una silla para hablar con mi marido, con mi cuñada o con mi madre, pero yo el escalón aquel no lo bajaba. Decían que bajar los escalones era malísimo. Cuando pasaba un mes nos lavábamos con un cazo, porque allí no teníamos ducha, ni teníamos nada. A cazo limpio, ¡ya ves!, igual que cuando me casé. Cuando nos casamos tuvimos que lavarnos con dos barreños y un cazo. Me acuerdo que mi hermana me restregaba y me echaba agua por la cabeza hasta los pies. Así fue el lavado.

Cuando dabas a luz te regalaban chocolate, docenas de huevos y gallinas, para que las mataras y te las comieras. Porque tenías que comer seis o siete gallinas en caldo. Todos los días, caldo y chocolate. Luego te ponías a hacer tus necesidades y te morías, porque no podías. ¡Venga chocolate que te crió!, y eso te ponía el cuerpo duro como una piedra. También te daban vino de quina, para que te diera hambre. Te compraban una cuartilla de vino de aquel, y un vasico de vino, a

16 En realidad no estuvieron más de cuatro años.

17 En 1971.



medianoche un trozo de torta, de esas que hacían en el cortijo tan buenas. También te regalaban algo de ropa para los críos, pero menos que ahora.

El caldo de gallina era para que tuvieras teta para los críos. Yo a todos les di de mamar. No les di más porque me quedaba embarazada otra vez. En tres años nacieron mis tres hijas. Cuando me quedé embarazada de la segunda, bajó mi marido, el pobretico, y compró una caja de leche condensada para darle a mi Carmen. Yo pensaba que se iba a morir la cría, al tenerle que quitar la teta. ¡Me daba unas panzadas de llorar, de ver que no le podía dar de mamar! Me acuerdo que mi cuñada estaba dando de mamar a su hijo y, cuando yo iba a por mi niña, sacaba la teta y le daba al suyo. Parecía que lo hacía aposta. Yo me iba a mi casa y me daba unas panzadas de llorar, que para qué. Yo decía: “Mi hija se me muere”.

Mi Andrés, que fue el último, estuvo mamando tres años. Venía de la calle y decía:

—Mamá, teta.

—Toma teta. Vas a mamar todo lo que quieras —le decía yo.

## TRABAJOS

Cuando me bajé aquí, no tenía ningún oficio. Entonces dije: “Tengo que ayudarle a mi marido a criar a mis hijas”. Él se colocó en el almacén de Constancio. Yo primero fui a la casa de la Carmen Martos, a lavar. Le lavaba la ropa y me pagaban entonces a cinco duros la hora.

Después me fui un invierno con mi Carmen a la aceituna. Otro año estuvimos en la temporada de la fresa en Denia. De aquí fuimos mucha gente, por lo menos diez o doce. Lo pasamos muy bien allí trabajando. Allí teníamos una casa, y el dueño nos llevaba al bancal todos los días y nos traía a la casa. Íbamos todas las mañanas a la siete a por el pan y a comprar, porque a las ocho salía todo el mundo a trabajar. No nos dejaban traernos fresas, pero nosotras nos traíamos todos los días las que nos hacían falta y más. Por la noche, cuando volvíamos, hacíamos de comer para otro día. Nos llevábamos merienda, porque comíamos en el *piazo*. Así estuvimos mes y medio o dos meses. Mi marido se quedó aquí con mi Paquita y mi Araceli. Mi Paquita era chica, pero hacía de comer.

Luego nos fuimos a Torrevieja a trabajar en un hotel un verano. Yo fui de cocinera. Mi Paquita estuvo en la cafetería y en el comedor, y mi Carmen, una sobrina mía y la Amadora, limpiaban las habitaciones. Pasamos un verano trabajando mucho, desde luego, pero muy bien. Estábamos al lado de la feria y mis hijas disfrutaron de la feria que para qué.

Luego ya me coloqué en un restaurante, *El Doblete*, y estuve cuatro o cinco años allí. Cuando dejé *El Doblete* me coloqué en la escuela.

## SU TRABAJO EN LA ESCUELA

Estuve veinticinco años en la escuela. Entré a trabajar en la escuela por Doña Petra, que era entonces la directora. Mi Paquita estaba con ella, trabajando en la cocina de la escuela. Un día vino a mi casa y me dijo:

—María, vengo a proponerte que te vayas de cocinera.

— ¡Madre mía!, Doña Petra, ¡pero si yo no he hecho comida nunca para tanta gente!

Hombre, yo sabía defenderme, porque mi madre nos enseñó a todo: a amasar el pan, a remendar, a coser y a hacer de comer. Así que le dije:

—Yo que sé, Doña Petra, podemos probar a ver si da resultado.

El resultado fue que estuve veinticinco años de cocinera. Yo contaba las personas que había y, en función de ellas, ponía los trozos de carne, de patatas,... A mí me salía todo bien. En el comedor se hacen comidas lo mismo que en las casas: paella —unos días de pollo y otros de marisco—, sopa, lentejas, cocido, migas, carne en salsa, patatas fritas, salchichas, pescado, pollo, asados... De postre, fruta y un día a la semana dábamos danones

Los primeros años me ayudaba mi hija Paquita porque había bastantes niños. Venía un coche de Almaciles, que traía más de treinta críos. Venían críos de todos los cortijos. Entonces había en *Lóbrega* y en *Rosales* un montón de críos. Luego ya fueron cerrando los cortijos y bajó el número de niños, así que mi Paquita se salió y me quedé yo sola. Más tarde empezó a venir otra vez gente. Las madres del pueblo empezaron a solicitar becas para el comedor. Se juntaban hasta ochenta y noventa personas en el comedor, y yo sola me las arreglaba muy bien. Me iba a las cinco o las seis de la mañana —a la hora que me tenía que ir—, preparaba mis mesas, pelaba mis patatas, partía mi carne, si era cocido ponía mis garbanzos y a las ocho me venía para mi casa a ducharme y a arreglarme. Después me iba al Manolo a tomarme un café y, cuando los niños empezaban a ir a la escuela, entonces iba yo también hasta la tres o las cuatro de la tarde. Si un día estaba cansada y no podía fregar las sartenes o hacer otra cosa, lo dejaba y a la mañana siguiente iba nueva y lo hacía.

## EL DÍA DE SU JUBILACIÓN

El día que me jubilé fue uno de los días más felices de mi vida, porque mira lo que me pasó: cumplí los años aquel día, mis sesenta y cinco años. Me hicieron una comida en *El Doblete*, que ni comieron los maestros ni yo, porque estuvimos llorando todos. Era mucho roce el que tenía con muchos maestros. Me regalaron un collar, unos pendientes de oro y un ramo de rosas. Fue un día muy bonito. Aquella tarde trajeron la Virgen a mi casa. La gente del pueblo se enteró que había cumplido los años y me cantaron el cumpleaños feliz. ¡Le dije la oración a la Virgen con unas ganas! Yo estaba aquel día emocionada.

## FANTASMAS

Cuando ya vivía aquí, en el pueblo, hubo una temporada en que había dos o tres fantasmas. Eran hombres que iban a dormir con mujeres que no eran las suyas. Se ponían una sábana y se vestían de fantasmas. Todo el mundo sabía que iban a dormir con las queridas. Se vestían de fantasmas para que no los conocieran. Iban con la sábana de acá para allá, y la gente se escondía. Entonces se metían en la casa de la querida a dormir con ella.

## PROSTITUTAS

Había dos o tres: la Sole, la “Almacileña”, que ha sido toda la vida, y otras que ya no me acuerdo cómo se llamaban.

## HIJAS

Cuando yo empecé a trabajar, mi Paquita y mi Carmen estaban de novias. Entonces había más libertad. Entraban los novios en casa y no contaban con los padres. Yo sabía que venía mi hija ahí a la puerta con el novio y se hartaban de besos, pero a mí no me daba cuidado, porque eso era una cosa normal y corriente. En mi época yo no me podía dar esos besos. Mis hijas están casadas con quien ellas han querido. Yo jamás en la vida las he *rencillado*, ni les he dicho:

—Oye, ese zagal no me gusta.

Tanto si me ha gustado más, como si me ha gustado menos, me lo he tragado. Mis hijas no pueden decir:

—Mi madre me hizo la vida imposible por éste ni por el otro.

El único que pidió la mano fue el de mi Paquita. Como era de Valencia, vino un día mi Paquita y dijo:

—Mamá, José viene con idea de hablar con papá.

—Pues que hable —le dije yo.

El muchacho vino y dijo:

—Mire usted, que vengo detrás de su hija.

—Pues bueno. Si vosotros os queréis y tenéis ese plan, ya está —le contestó mi marido.

Mi Carmen se fue con el novio y estuvieron dos o tres días por ahí, primero en Caravaca y luego en Elche. Yo estaba deseando que mi hija volviera a mi casa. El mismo caldo que había cuando salió, lo tuvo para entrar. La única rencilla que le dijimos es que no tenían que haberlo hecho, porque nosotros no les pusimos ninguna pega para que el muchacho entrara aquí. Pero se les calentó el hato y lo hicieron así, pues bueno. Mi marido, lo único que le dijo a mi yerno, fue:

—Mira, sé que no tienes padre desde que eras bien chico. Tú ya sabes que cuentas con un padre para lo que te haga falta. Si vosotros os queréis, aquí tienes una casa como si fuera tuya.

En esa época se iban muchas con los novios. Mi Carmen y la Manola de la calle Abajo se juntaron y estuvieron por ahí. Gracias a Dios, les salió bien tanto a una como a la otra.

En mis tiempos también se iban algunas con el novio, pero eran las menos. Porque entonces, te decían las madres y las abuelas:

—No te vayas con el novio nunca, porque así que te destroce por ahí en un barranco y te haga lo que quiera, te dejará tirada y ya no te hará caso. Ese miedo lo teníamos en el cuerpo.

Cuando la muchacha se iba con el novio, la boda no se celebraba igual. No se juntaba tanta gente. La novia no podía ir de blanco. Se veía muy mal que una muchacha estuviera durmiendo con el hombre y se vistiera de blanco. Eso

no lo admitían los curas. Pero, en fin, mi Carmen fue muy guapa y le hicimos un refresco muy bonito. Fuimos a Baza a comprar el vestido. Era de color tostadillo y con una florecillas blancas preciosas. La boda de mi Paquita fue lo mismo, y la de mi Araceli la celebramos ya en el Ángel Puertas con toda la familia y con todas las amistades.

## RELIGIÓN

Soy religiosa, pero no muy *santulaya*<sup>18</sup>, de ir a darme golpes de pecho. El catecismo me lo aprendí entero en la escuela.

Mi padre estaba en el ejido del cortijo y yo veía que a la puesta del sol, se santiguaba. Cuando llegaban las matanzas, antes de empezar a comer, mi padre bendecía la mesa y rezaba. Mi padre rezaba mucho. Mi madre me enseñó a persignarme antes de acostarme, y que si se cae un trozo de pan al suelo hay que levantarlo y darle un beso. Como nos enseñaron todo eso, es lo que tenemos dentro. Muchas veces llaman los Testigos de Jehová a mi puerta y les digo que la religión me la dio mi madre y no hay quien me la cambie. Rezo mucho: a todos los santos de mis hijos, a mis padres, que están muertos. No se me pasa un día siquiera que no rece por ellos. También pido por mis nietas, por mis hijos y por el mundo entero.

Estoy apuntada a la Hermandad de la Soledad, pero nada más que apuntada, para pagar, pero no para hacer nada. Y a la Hermandad de las Santas estamos apuntados todos en el pueblo. Otras hermandades que han existido siempre son la del Santísimo, la del Santo Ángel y la de San Antón. Se decía: "*San Antón bendito, que no le pase nada a todos los animales que tengo*". El día de San Antón compraban un cerdo medianico y le daban careo. Le ponían un collar rojo y lo soltaban por el pueblo. Como ya se sabía que era el marranico de San Antón, cada uno le echaba en su puerta una *mijica*. El marrano dormía en los portalitos. Cuando se hacía grande, lo rifaban y las perras que se sacaban eran para San Antón.

La Semana Santa en Santiago de la Espada era muy bonita. Las procesiones eran muy silenciosas. No como ahora, que van los zagales corriendo por allí y por acá. Entonces había un silencio total.

Cuando ibas a confesar, no podías ni beber agua ni comer antes, porque aquello era pecado. Cuando llegaba la Semana Santa se guardaba la vigilia. No se comía nada de carne. Llegaba el Jueves Santo y se hacían un montón de platos: potaje de garbanzos o de habichuelas, huevo frito con miel, patatas fritas... El aceite no podía ser de la carne, tenía que ser aceite virgen. La vigilia se guardaba de verdad el Jueves Santo y el Viernes Santo. En casa de mis tíos, cuando entraba la Cuaresma, se guardaba la vigilia los jueves y los viernes todas las semanas. Los que tenían perras iban al cura y le pagaban la bula, y entonces podían comer carne. Eso lo veo malísimamente en la religión que yo tengo, que yo creo en Dios y en todos los Santos. Lo que tenían que haber hecho los ricos era haber pagado para que los pobres hubieran comido.

---

18 Santurrona.

Los curas iban con su sotana por el pueblo. No como ahora, que van con sus trajes y no llevan ni el alzacuellos blanco. No se sabe si son curas o no. Entonces llevaban siempre la sotana puesta. Veías al cura desde cien leguas.

## DESEOS

Me hubiera gustado cantar, porque yo tengo una garganta muy buena. Mi madre sabía cantar muy bien. Me hubiera gustado que me hubieran educado la voz y haber cantado. También me hubiera gustado escribir algún libro de poesías e historias.

Ha habido muchos momentos felices en mi vida. Uno de ellos fue el día que me casé. Tengo un marido al que adoro. Es una bellísima persona, porque ha sido muy buen padre, muy buen marido, muy guardoso y muy trabajador. Me hubiese gustado que fuese un poquillo más zalamero, pero es muy buena gente. Cuando nacieron mis hijos también fueron días felices.



# BALBINO GARCÍA DÍAZ (1939)

Balbino nació en Puebla de Don Fadrique el 2 de mayo de 1939. Uno de sus abuelos fue carpintero, oficio que luego aprendió uno de sus tíos y más tarde él continuó. Su padre se dedicó a la elaboración de esencias de plantas medicinales y olorosas. En algunos de los relatos describe este oficio, así como los usos que se hacían de las esencias con fines terapéuticos. Empezó a trabajar de muy pequeño ayudando a su padre con la caldera y en el campo. También estuvo sirviendo en un cortijo. Fue poco tiempo a la escuela. Iba de noche después del trabajo y también le enseñó, durante unos meses, un maestro rural. Aprendió dibujo y talla con varios maestros artesanos. Con dieciocho años empezó a trabajar como carpintero. Comenzó a ganar dinero haciendo muebles y se compró una moto. Al poco tiempo tuvo un accidente y se fracturó una pierna. El hueso se le infectó en una de las intervenciones médicas que le hicieron. Durante muchos años, tuvo que ser operado de la pierna en repetidas ocasiones. Fue músico en la banda municipal. Se casó, pero no ha tenido hijos. Fue teniente de alcalde en el ayuntamiento durante una legislatura, a comienzos de los 90. Muchos de sus relatos describen su visión de la vida pública del pueblo en aquella época. La amistad es uno de los temas culturales que más se repiten a lo largo de su historia personal. Como en el resto de las historias de este libro, se pueden apreciar muchos de los valores dominantes de la cultura de la Puebla durante todo el siglo XX, a la vez que sus relatos muestran su propia identidad personal.

## HISTORIA PERSONAL

Yo nací en 1939, recién terminada la Guerra. Fijate qué papeleta.

### ABUELOS

A los abuelos por parte de mi padre no los conocí. Mi padre se quedó huérfano de padre y de madre cuando tenía cinco años. Entonces se tuvo que ir con un tío suyo a un cortijo hasta que tuvo veinte años. De ahí se fue ya a hacer el servicio militar.

Mi otro abuelo, el padre de mi madre, hacía carros, trillos, ubios para las mulas de labranza, tablas para recoger de la era. Ese era el trabajo que tenía. Tuvo tres hijos, que estuvieron trabajando con él. Mi abuelo era un verdadero artista haciendo las ruedas de los carros. El mejor sitio en que las hacían era Benejama, en Murcia. Vinieron a por él a llevárselo. Tenían que acoplar los cubos de las ruedas y meterles los radios a vapor. Para doblar el aro que llevaban y ponerlo en condiciones, tomaban sus medidas con una rueda que iba dando la vuelta a todo el aro. Tenían que dejarlo un poco más pequeño. Luego lo calentaban en un redondel hecho de piedra y carbón. Le daban a aquello un poquitín de aire hasta que se ponía rojo y entonces se estiraba con sus medidas

especiales. Metían el aro en la rueda con unos gatos que tenían, otros iban echándole agua con unas latas que tenían un agujero, para que apretara todo aquello. Mi abuelo hacía todos los aperos del campo de este pueblo. Entonces era casi una fábrica. Lo que pasa es que la vida se ha ido transformando. Luego después vinieron los camiones, los remolques, las ruedas de goma...

## TÍOS

Uno de mis tíos siguió con la carpintería hasta que yo la cogí. Otro fue conductor de uno de los señores que había aquí, los Bañones. El otro se casó y fue un personaje. Fue la persona de confianza de Alfonso XIII cuando estuvo en África, cuando la Guerra de África, la toma del monte Gurugú y todo aquello. Era su persona de confianza, de ir por las mañanas a ordeñarle unas cabras, claro, porque podían envenenarlo o hacerle cualquier cosa. Fue el mejor tirador de España. En mi casa hay una cruz con una cinta roja y amarilla, con la bandera de España, que pone: “El mejor tirador de España”. Este tío mío estuvo allí, con Alfonso XIII, durante su período de servicio militar. Luego después quiso que se quedara, pero él dijo:

—No, yo me voy a mi cortijo, que estoy tan a gusto en mi cortijo —allí tenía su novia.

Fue una persona que vivió, gracias a Dios, bien.

## LA HARINA DE LAS PAPILLAS

Mi padre tenía un hermano que era molinero en Santiago de la Espada. Tenía que ir a escondidas, por medio de la montaña, a Santiago de la Espada a por un costal de harina cernida para hacerme a mí las papillas, porque no se podía ir por la carretera. A mi tío no le costaba bajarlo, dejarle un burro o una mula o lo que fuera, pero si lo pillaban en el camino con eso, se lo quitaban y adiós la papilla mía. Fue una época muy difícil.

## LA ELABORACIÓN DE ESENCIAS

Mi padre se dedicó entonces a la elaboración de esencias de plantas medicinales. Con aquello mi padre fue prosperando y vivió bastante bien.

El destilado de las esencias lo hacíamos en una caldera grande de destilación por arrastre<sup>1</sup>. Cabían en ella setecientos kilos. Tenía un bidón redondo grande con su tapadera encima y sus grapas. Se le echaba agua. Lo que sacaba la esencia, era el vapor. La caldera tenía que guardar una presión. Entonces había como una balsa con agua y los tubos iban dando vueltas hasta que se condensaba el vapor y salía hecho líquido. Había un recipiente, como un cubo cerrado por arriba, que tenía un tubo desde abajo que salía a la altura del recipiente redondo. Como los aceites esenciales pesan menos que

<sup>1</sup> En la destilación por arrastre con vapor- sistema portugués.- se hace pasar una corriente de vapor a través de la mezcla de reacción y los componentes que son solubles en el vapor son separados. Entre las sustancias que se pueden separar por esta técnica se encuentran los aceites esenciales.



el agua, ésta salía por el tubo y la esencia se iba quedando en el depósito. Cuando el depósito estaba lleno, entonces aparecían en el agua manchas de aceite. Esa era la señal de que el depósito estaba lleno. Se hacían los depósitos para que cupieran, por lo menos, dos o tres calderas. El agua tenía que estar siempre lo suficientemente fría para que no saliera vapor, porque si no, se evaporaba la esencia. Así es el sistema de destilación por arrastre, que es de los más antiguos que hay.

Vendíamos todas las esencias que destilábamos. Mi padre lo mandaba a Alemania cuando la Segunda Guerra Europea. Como entonces no había antibióticos, las esencias, principalmente de romero, era lo mejor que había para las heridas.

El auténtico alcohol de romero —el que se daba cuando te dolía la rodilla, la mano o el hombro— tenía 50 cm<sup>3</sup> de esencia de romero. El alcohol tiene que ser de 96º, porque si no, la esencia no se diluye en el alcohol. Lo mismo sucede con el espliego, la salvia, la ajedrea... Hoy, el alcohol de romero se hace químicamente. Nosotros hacíamos 4.000 kilos de esencia, una barbaridad, y faltaba. Hoy, con un bidón de 200 litros, tienen para abastecer a toda España, porque todo es químico.

Los soldados romanos, que eran potencias de hombres, todos los años se tomaban sus infusiones de salvia para purificarse la sangre. Eso lo leí yo hace muchos años. A una prima de mi padre, que vivía en Murcia y tenían un cortijo aquí, le hicieron una transfusión o dos de sangre. Cada vez estaba peor. Su marido y mi padre fueron al monte y cogieron salvia. Estuvo diez o quince días tomando infusiones de salvia. Cuando fue a Murcia, el médico le hizo un análisis y le dijo:

—¿Qué has tomado para que eso se te vaya?

—He estado este verano en el cortijo tomando todos los días salvia hervida —le respondió mi prima—. Y me encuentro la mar de bien.

El médico se quedó pasmado. Aquello ocurrió cuando tenía sesenta años y se murió con noventa y tres o noventa y cuatro.

En esta zona hay muchas plantas medicinales. Está el rabo de gato<sup>2</sup>, que es para el estómago; la árnica<sup>3</sup>, que es también buenísima; la cola de caballo<sup>4</sup>,

2 El rabo de gato (*Sideritis angustifolia*) es una mata bastante pequeña que alcanza como mucho los 30 cm de altura. Su color es blanquecino y está formada por numerosas ramas que crecen muy rígidas y repletas de hojas. Estas son bastante pequeñas y estrechas y se distribuyen por toda la rama, enfrentadas de dos en dos. Pero existen otras hojas más grandes que son las que dan cobijo a las flores para que nazcan en sus axilas. Tienen forma ovalada y son mucho más anchas. Su principal cualidad es que se trata de una excelente vulneraria, muy utilizada para curar todo tipo de heridas y llagas. También ha sido utilizada como antiinflamatorio.

3 El árnica (*Arnica montana*) es una hierba vivaz, de rizoma rastrero y tallo erecto, ramificado y glanduloso, en cuyo ápice aparece una cabezuela de flores amarillas. Es una hierba que se cría en prados y bosques de coníferas más o menos húmedos, preferentemente en terrenos descalcificados. Es un tóxico fuerte, antiinflamatorio y vulnerario moderado.

4 La cola de caballo (*Equisetum telmateia*) suele medir un metro de altura, aunque en algunas ocasiones puede llegar a alcanzar dos metros. Está formado por dos tipos de tallos: los primeros son rollizos y carecen de ramas, naciendo las hojas directamente en los nudos. En el extremo de estos tallos se encuentra una espiga de esporangios que contiene las esporas. Después de que las esporas maduren, los tallos pierden su esplendor y comienzan a aparecer los otros. El segundo tipo, al contrario que los anteriores, se encuentra muy ramificado y carece de esporangios. Se cría en lugares húmedos, preferiblemente en terrenos sin cal, al borde de arroyos, en barrancos, etc. Es un remineralizante fuerte y un diurético y homeostático moderado.

que decían que era muy buena para el riñón; la salvia<sup>5</sup> que es balsámica... Hay muchas, pero hay que saber cada planta para qué enfermedad es.

Las esencias de espliego y mejorana se utilizaban para fabricar perfumes. Nosotros hemos vendido mucha esencia. En Murcia estaba Muñoz Gálvez, la destilería más avanzada; en Granada, García Lafuente; en Barcelona, Carbonell y en Sevilla, Bordes. Entonces se vendía mucho. Nosotros hacíamos aquí, sólo en el pueblo, entre 1.300 y 1.400 kilos de espliego, 600 o 700 kilos de mejorana, 3.000 kilos de romero... Aquí, la mitad de la gente vivía de los aserraderos, iban a cortar madera al monte para hacer traviesas para el tren; y la otra mitad recogían plantas aromáticas [fotos 1 y 2]. Esto fue cuando la Puebla tenía seis o siete mil habitantes. Aquello se fue dejando.

Después de morirse mi padre, me dediqué también a hacer esencias.

## EL TRABAJO Y LA ESCUELA

Yo fui a Granada a hacer un curso de “Mecánico revisor de butano”. Me hice muy amigo del perito. Nos entendíamos muy bien. Saqué el número uno y me dijo:

—¿Tú es que has estudiado?

—¡Sí!, a mí me quitaron de la escuela en *parvulitos* —le dije.

Con once años, antes incluso, iba con mi padre a trabajar en las calderas porque había que ayudarle. Trabajar, he trabajado siempre más de la cuenta. Cuando estaba con la caldera, íbamos con la zagalillas, cuando ya era un poco mayorcillo, a un sitio, a la punta del pueblo, que está el caño de la balsa, y me decía mi padre:

—Balbino, el trago de agua, cortico, que a las tres o tres y media hay que irse para la caldera.

A las tres y media de la mañana, al pintar el día, había que estar allí para vaciar la caldera, pero yo no tenía pereza. Luego, en el invierno, cuando no había caldera, me dedicaba a ir a la carpintería. Aprendí carpintería con mi tío. Por la noche iba a la escuela a la Puebla. Había un maestro que era de Granada, Don Juan. Me decía:

—Balbino, tú tienes que estudiar, porque con los libros de Juanito<sup>6</sup>—que era mayor que yo— tú vas estudiando, que eso te lo sacas tú con nada.

Lo que pasa es que, con los medios económicos, entonces no se podía. Don Juan y nosotros éramos vecinos y me llevaba muy bien con él, igual que con un padre. ¡Tenía un capricho con que yo estudiara! Lo que pasa es que yo veía que en mi casa hacía falta el dinero. Mi padre, el pobrecillo, no podía tirar. Éramos tres y él solo para todas las cosas no podía. Mi hermano más pequeño hizo Magisterio y al otro lo colocaron en el ayuntamiento. Luego, después, aquello no valió para nada. Lo que pasaba, si había amistades gordas, cada uno colocaba a los suyos, como era normal, a dedo. Entonces,

5 La salvia (*Salvia officinalis*) es una planta leñosa en su base y herbácea en las partes superiores; tiene unas hojas grandes, estrechas y aovadas, con borde dentado; su olor es aromático y su sabor algo amargo. Las flores son azules -aunque en muchos casos tienen matices violáceos- y se agrupan en rodajuelas. Lo más distintivo de esta planta son sus estambres, que se reducen a un par, con sólo media antera cada uno. Es un fuerte antiséptico y un estimulante del apetito.

6 El protagonista del libro escolar *Tesoro de las Escuelas*.

en aquella época venía el sobrino de Don Juan, Don Francisco Vergara, a pasar los veranos aquí. Entonces, ¡madre mía santísima!, cada vez que voy allí, a Granada, y pregunto por él, o lo veo, o me llama o tal, ¡eso es la bomba!, para cualquier cosa que necesite

## AMIGOS DE JUEGOS

En la escuela conocí a un gran amigo mío. Éramos vecinos. Íbamos a robar peras, ciruelas y tal, como zagales. Decíamos:

—Esta noche ya están las cerezas de fulano, ya están las cosas y tal.

Y a la noche, íbamos. Ahora se ha jubilado. Fue catedrático de Ginecología en Granada: Don Francisco Vergara. Para mí siempre será Paquito.

## EL TRATO A LOS CAMPESINOS

Todos los González Olivares han sido una gente muy buena. Su abuelo trataba a la gente que estaba trabajando con él muy bien.

Yo me acuerdo que, siendo pequeño —tenía seis o siete años— se murió un hijo de una prima hermana de mi padre y me fui al cortijo con ellos. A él medio se le fue la cabeza. La prima de mi padre dijo:

—Balbino te va a coger de la mano y tal.

Para que se espabilara y tal, para que, estando yo allí, no echara tanto la cosa de menos. Mi padre no estaba convencido y le dijo:

—Es que el chiquillo va a perder la escuela...

Allí había un mulero, que había sido capitán en la Guerra, un tío muy listo. Ella le dijo a mi padre:

—Le va a dar las clases igual que si fuera a la escuela o mejor.

Estuve allí lo menos tres o cuatro meses. Yo me acuerdo que en aquella casa, toda la gente que había —el pastor, el mulero, el pavero, el marranero.... — comía en la misma mesa y de lo que había, todo para todos. Sin embargo, en las casas de los vecinos ¡échale!, pasaban allí..., vamos, no les daban casi ni de comer. Los dueños comían en un lado y los trabajadores aparte. Yo veía aquello y decía: “¡Madre mía santísima!, ¡Madre mía del mundo!”. Yo, allí, era casi el señorito. Estaba con ellos, que eran los dueños. Me decían:

—Venga, tú con José para acá, con José para allá.

El cortijo era grande, tenía lo menos veinte vecinos. Ahora, eso sí, a la hora de dormir iba a la cuadra, lo que había en aquella época. En las otras casas venían mojados y tenían que ir a secarse a la cuadra. En la de esta prima mía, venían los obreros y se secaban en su buena lumbre. La gente padeció en aquella época. Ya lo creo. Y de comida y de todo.

Esto viene a cuento porque el que hacía las migas, era ese que me daba clase. Era un buen hombre, hubiera estado donde hubiera estado, en zona roja o nacional. De hecho, para ser un capitán, del bando que fuera, tendría que ser un hombre que sabía defenderse. Me acuerdo que me levantaba con él todas las mañanas a las cinco de la mañana a hacer las migas. Luego yo lo he pensado: “¡Madre mía santísima!, a las cinco de la mañana a comer las migas.

Terminaban de comerse las migas, echaban los aperos —los ubios, el arado y lo que fuera— y a labrar hasta que era de noche otra vez, con su merienda que echaban. ¡Échale tela a aquello! ¡Madre mía! Y todas las casas no eran iguales. Esta de los González Olivares era muy buena, que la gente comía y vivía. Pero en algunas que yo veía, la gente comía aparte y si querían secarse, tenían que ir a la cuadra. Aquello era lamentable. Yo, gracias a Dios, nací en una época mala, pero que no he pasado eso. Aquello sí me daba a mí pena.

No hay derecho a que una persona de aquellos días, con mis años o más, que ha matado su vida quemado allí vivo trabajando, a la hora de jubilarse cobre setenta y tantas mil pesetas y un obrero que ha estado en una fábrica en Barcelona, Murcia o Granada, echando siete u ocho horas de trabajo sin que le dé el sol, gane ciento cuarenta mil pesetas a la hora de jubilarse. ¡Esto es una vergüenza! ¡A eso no hay derecho! Que no se ha cotizado, ¿por qué? Que hubiera pagado más el patrono. El pobretico, ¡qué iba a pagar, si no le daba ni para comer! Creo que tenía que haber una igualdad, ¿no?

## EMIGRACIÓN

Aquí hubo una emigración enorme a Murcia, Alicante, Valencia, Barcelona... Esto llegó a tener casi once mil habitantes. La gente empezó a emigrar de aquí en el cincuenta y algo. Venían con autobuses a llevarse gente para Murcia.

## SU ETAPA DE MÚSICO

Me hice músico también. Tocaba el bajo y el trombón en la banda del pueblo. Teníamos siempre nuestra música y tal. Decíamos:

—Venga, vamos el sábado a echar música a todas las amigas.

Teníamos privilegio en aquello. Al ser músicos, con eso de que tocábamos en la banda, si había siempre que ir a sacar un permiso al ayuntamiento, siempre nos lo daban. Sin bajo no podía tocar la banda. Los municipales iban para que no nos pasara nada.

## LA CARPINTERÍA

Yo ya después monté, con dieciocho años, una carpintería [foto 4]. Compré una máquina, que me costó cinco o seis mil pesetas, y un motor de gasolina para hacer andar aquello. A mí la cabeza siempre me ha desarrollado bastante, a lo mejor de tanto estar despierto —que yo a las tres de la mañana me iba a trabajar a la caldera, hasta las ocho o nueve de la noche. Era cuando se hacían muchos armarios de luna, sillas, mesas, de todo. Entonces, cuando se casaba la gente, los padres siempre les daban una artesa para amasar el pan, sus sillas, su mesa, algún armario para el dormitorio, la cama y, claro, todas aquellas cosas las hacía yo. Yo hacía bastantes mueblecillos de aquellos y ganaba dinero [foto 3]. Muchos de mis amigos, los pobrecillos, no tenían un duro, pero yo era rara la semana que no caía algo en el taller. Yo tenía siempre mis trabajillos y mis cosas. Luego, después, me fui con Don Pedro Bañón. Le hice quince dormitorios de madera de nogal.

## EL ACCIDENTE DE MOTO

Con el dinerillo que gané en el taller me compré una moto, una BMW. Dichosa moto, que me di un tortazo con ella. La poca experiencia que tenía. El día del accidente fui a recoger unas plantillas de las que había hecho para Don Pedro, para hacer una cama que me había encargado el cabo de la Guardia Civil, que era muy amiguete mío. Al tomar una curva me tumbé un poquitin, el paquete que llevaba se me fue al otro lado y fue cuando me caí. Tampoco fue nada: una fractura del fémur por el tercio y medio.

## LAS SUCESIVAS OPERACIONES Y EL TRABAJO EN LA CARPINTERÍA

Mis padres me llevaron a Murcia y, claro, allí había muy pocos artistas entonces en traumatología. Después fuimos a Granada y vimos a Don Juan Tejedor Avilés, un traumatólogo bueno, pero me pincharon el hueso con una aguja que estaba infectada, para ver si tenía sangre dentro de la fractura. Al infectarme aquello, me produjeron una osteomielitis. Aquello fue la perdición.

La pierna empezó a darme follón. En Granada me hicieron dos operaciones, en Murcia otras —allí se me infectó mucho— y luego menos mal que en Madrid, por mediación de unos amigos de una amiga de mi madre, me operó el mejor traumatólogo que había en toda España —el mismo traumatólogo que le operó al Caudillo la mano cuando le reventó la escopeta cazando—: Don Antonio Hernández Ros.

No obstante, a los dos años del accidente empecé a funcionar con el taller como pude. Se casó mi hermano mayor y le hice todos los muebles: le hice un comedor, un dormitorio, sillas, en fin, todo lo que necesitaba una casa moderna en aquellos días. Entonces, yo pensé: “Si yo en dos días hago un armario de luna, esto lo agrando, pongo unas máquinas y hago aquí muebles en serie”. Había aquí unos señorones —los Bañones— que tenían una fábrica de madera. Yo quise poner un aparato para poder serrar mejor. Ellos tenían quince o veinte aparatos en la fábrica, pero no me dejaron poner la luz para instalar mi aparato. Me fui apañando hasta que por fin puse mi aparato de sierra.

Llegó un momento en que ya no pensaba en hacer muebles. Yo decía: “Bueno, ya no pienso en el mañana. Cuando salga, ya veremos a ver lo que pasa”. Porque operarme nueve o diez veces en quince o veinte años, fue gordo. Al final, me dieron la inutilidad permanente total, media pensión. Luego he ido trabajando en la agricultura, con mis almendros y mis cosas. Así ha ido pasando la vida.

## LOS CACIQUES

Con todo lo que dicen de la Dictadura, reconozco que los *caciques* eran muy consentidos, pero yo no he tenido nunca problemas con eso. He sabido evadirme de esas cosas. Una noche de San Miguel, nos invitaron a la serrería de Don Miguel Bañón y fuimos allí a tocar un rato. Me acuerdo que me cogió y me dijo:

—Balbino, fúmate este puro, que te lo tenía reservado para cuando vinieras.

Me enseñó una fotografía de mi abuelo, que era íntimo amigo de su padre. Yo veía que era un cacique de aquellos. Lo que pasa también es que a todo el mundo no se le podía dar. Ellos tenían una fábrica grandísima, que quizá pagaban poco, pero es que la gente trabajaba menos. La gente estaba trabajando en la fábrica y se iba a hacer sus necesidades, sin tener que ir. Así ocurrió: la madera era de ellos y fueron a la ruina. Fíjate, si la hubieran tenido que comprar.

## PINTURA

Me casé y no hemos tenido niños, con la ilusión que yo tenía. Me habría gustado enseñarles a dibujar y a tallar. Tengo tallas muy buenas. La pintura se me ha dado bastante bien. En Murcia hice unos cuadros preciosos: uno era del tambor de San Cristóbal, entrando a Granada y el otro del Generalife. Los pinté en la cama, porque yo estuve siete meses en la cama, por una fractura de fémur, ¡una barbaridad! Fueron a verme pintores de Murcia. El mejor pintor que había en Murcia, un tal Ángel, fue a verme y me dijo:

—Balbino, si lo tuyo es esto. Dedícate a esto.

Pero lo dejé y seguí con mis cosas. Dije: “Que sea lo que Dios quiera. Iremos pasando la vida poco a poco”.

## MAESTROS ARTESANOS

Yo tenía mucha amistad con el maestro Antonio, que era el mejor artista que había en el mundo de talla. Le estuve ayudando a hacer una Purísima— le eché dos o tres retoques. Era de Granada. Los buenos artistas de talla han estado en Granada siempre. Después, cuando tuvieron que emigrar —algunos se fueron a Barcelona—, todos se colocaron. Todo el que sabía se colocó bien. A mí la talla es una de las cosas que se me dio bastante bien.

Mi maestro, el que me enseñó a mí la ebanistería, fue Ricardo García, de Huéscar. Era un verdadero artista también. Fue el que me enseñó a mí a dibujar y a tallar, que era un gran artista tallando. Fue profesor de la Escuela de Artes y Oficios en aquella época. Como la cosa estaba tan mal aquí en España, se fue a Francia y se hizo rico perdido allí. Todavía tiene un sobrino, que le dicen el “Sordo”, que también le enseñó, un carpintero que hay en Huéscar.

Me habría gustado tener un niño para transmitirle todas estas cosas. Pero es que la vida fue muy difícil en los años que atravesamos.

## SU ETAPA COMO TENIENTE ALCALDE

Yo me salí de los politiqueos y no quiero saber nada, porque me costó el dinero y quedar muchas veces en mal lugar. Así que, dije: “Esto no es para mí”. Estuve en el ayuntamiento hace dieciocho años. Con nosotros se portaron muy bien. A mí me daba igual que fueran socialistas, comunistas, de derechas o lo que fueran. Yo lo que quería era que, cuando íbamos a Diputación, nos

trajéramos algún dinero. El edificio del ayuntamiento lo hicimos nosotros y el campo de fútbol y las dos piscinas.

Conocí a José Pedro, el director de I.A.R.A., porque estoy un poco cojito con lo de la pierna y fui allí dos o tres veces para cosas de agricultura, él estaba también una *mijilla* cojo y nos hicimos muy amigos. Le dije:

—Don José, ¿qué es lo que tiene usted en la pierna, que veo que va con su bastoncillo también?

—Que estoy muy mal, Balbino. Me dicen unas veces que es gota, otras que reúma, pero esto no me deja a mí andar —me dijo.

—Pasado mañana, usted sale a la Autedia —el coche que va de la Puebla a Granada— que yo le mandaré una botella preparada. Usted se da con eso.

Pues nada, le eché su botella de alcohol, con sus cien gramos de romero —no cincuenta— sacado por mí, de mi caldera. ¡Joder!, se dio con aquello y fue su salvación. Cuando yo iba allí a cualquier cosa, me decía:

—Balbino, ¡qué salvación! Lo que quieras...

Yo siempre he tenido buenos amigos. Además, he sido servicial. Cualquiera que me ha dicho a mí una cosa y he podido hacérsela, podía contar con ella. He llevado muchos a Granada a apañarles papeles al INEM. Los he llevado con mi coche, les he dado de comer y luego, encima, decían que yo tenía la obligación de hacerlo.

—¿Obligación de llevarte, de qué?, les decía.

Pero eso no me pesa. Muchos, en aquellos días, me decían:

—Madre mía, Balbino, ¿tú no irás mañana a Granada?

—Pues, sí. A lo mejor mañana vamos alguno de nosotros.

Y venga a llevarlos para allá y traerlos para acá. Yo, gracias a Dios, la noche que he hecho algo de eso, he tenido una satisfacción enorme, de ver que he hecho algo que merecía la pena, ayudar a una persona. Y, lo que digo yo, también he necesitado cualquier cosa y siempre la he tenido. He tenido muchos amigos y buenos. Todo eso ha sido para mí una satisfacción. Yo creo que no era tan mala la gente como decían. Tener mucho y no darle agua a gente con sed, eso no lo he visto yo en mi casa, eso no lo mamé yo. Mi padre, en invierno, toda la vida hacía una matanza con tres o cuatro cerdos. Dos eran para nosotros. El día 20 de diciembre, a cada uno de los que iban a la caldera, que nosotros sabíamos que no tenían casi para comer, mi padre le daba su paga así de grande, sus dos espinazos, sus cuatro chorizos..., una buena cesta. Mi madre se disgustaba muchas veces con mi padre y le decía:

—Fidel, ¿qué has ganado este verano? Lo das...

—¡Bah!, no te preocupes. Ya vendrá el verano que viene. Si ellos no fueran a por las plantas, cómo ibas a poder tener tú ahora una buena matanza. Porque les demos algo de lo que tenemos a ellos, tampoco pasa nada. Y no les faltó, gracias a Dios, nunca de nada. Y yo lo mismo, he estado toda mi vida... y conmigo no se ha metido la gente, al revés. Lo único que puedo decir es lo siguiente: en el tiempo que estuve de teniente de alcalde, firmé lo que vi que había necesidad de firmar, pero lo que no, no lo firmé. Me podían decir:

**1. Recolección de plantas para hacer esencias.**

*Arriba: Agustín el "tremendo", Pedro el guarda de la acequia, José de Gregorio. Abajo: Fidel y José de Pozanco.*



**2. Recolección de plantas para hacer esencias. Pedro y Fidel.**





—Balbino, es que eres muy cabezón, que es para hacer el coto más grande de Europa...

—Pero yo no firmo —contestaba—. Tú le abres las puertas a quien quieras, pero yo no firmo. En el momento que me traigas el 51 por ciento de los dueños de la fincas, te comprometas a pagarles lo que les dan las ovejas por echar perdices y estén de acuerdo, sacamos cincuenta millones de pesetas para hacer un anteproyecto. Pero, mientras no haya ese acuerdo, no firmo.

Claro, teníamos nuestras polémicas, nuestras cosas y tal, pero yo no era capaz de hacerles eso. Así que pueden decir: “Balbino era algo cabezón, porque cuando se le metía alguna cosa y tal...”. Yo veía que no podía ser, porque si tú tienes tu finca y no quieres que echen perdices, porque te gusta tener tu ganado, ¿por qué vas a tener que ceder tu finca? Pueden decir que he sido cabezón, pero a ver si hay alguien que dice que yo me he llevado un duro, que he metido la mano en algún sitio. Yo le decía a Genaro<sup>7</sup>:

—Genaro, las manos no las metas en la olla, que el dinero público hay que administrarlo más que el nuestro.

Nadie puede decir que yo me llevé nada. Apoyé y ayudé a mucha gente que yo veía angustiada y que le hacía falta. Eso es lo que hice y tan contento que estoy. Cuando se hicieron las piscinas, estaban haciendo también un polideportivo particular —el nuestro era público— y dije:

—Esto lo tenemos que acabar a la vez que aquello, porque los niños que sus padres no tengan treinta o cuarenta mil duros para hacerlos socios, tienen el mismo derecho a bañarse que los que sus padres tienen dinero. Lo terminamos al mismo tiempo. ¿Qué hace falta?, ¿diez millones de pesetas? Venga, sacadlos, firmadlos y ahí está Ramírez, en Granada, que fue quien nos la hizo... Nada, lo que haga falta, porque los niños tienen el mismo derecho los unos que los otros. La hicimos igual o más grande, ¡sanseacabó!, y ahí está hecha.

Me acuerdo aquella noche que estábamos en un pleno. Yo llevaba mis datos, mis papeles y me habían dado una fotografía de la Dolorosa —era Semana Santa. Estábamos preparando los papeles para aprobarlos en el pleno y vi la fotografía. Dije:

—¡Me cago en diez!, ¿quién me ha dado esto a mí? ¿Desde cuando la tengo yo aquí? Esto es que quieren que firme para que salga la piscina.

A mí no me hacía falta aquello. Firmé y ahí está, uno de los mejores polideportivos de la provincia de Granada.

Pero eso de que alguien tenga su finca y la quiera para tener sus ovejas, que es su capricho o su necesidad —viva de subvenciones que le dan— y querer hacer aquí el coto más grande de Europa... Dije, vamos a esclarecer esto bien:

—José María, ¿te las ha dado?

<sup>7</sup> Genaro Molina fue alcalde de Puebla de Don Fadrique por el grupo independiente FADI. En 2004 la Audiencia de Granada le condenó a una pena de 3 años de prisión y 6 de inhabilitación absoluta por un delito de malversación de caudales públicos.

—No.

—¿Los de la *Casa del Pino*?

—No.

—¿Los Bañones?

—Nada.

—¿Los González Olivares? —los dueños de la casa de los *Patiños*.

—Nada.

Todas esas cosas, pues...

## SU VISIÓN DEL FUTURO DEL CAMPO

En el campo hace cuatro días que se trabaja y porque nos lanzamos una *miaja* y achuchamos para que no metieran mano. Hicimos la huelga. Aquí está el agua y hay un campo, un término, con cincuenta y seis mil hectáreas, que es el segundo de la comarca. Aquí nace el agua. Han hecho ochenta o cien pozos a la vez y sigue la misma agua, el nivel no baja. Ahora se está yendo de aquí las empresas. Ya se han ido dos o tres. Los pioneros de eso fuimos aquí. Entonces era yo teniente alcalde. Venía el guarda aquí. Un día le dijimos que le íbamos a tirar al pozo de cabeza como siguiera viniendo. Había sembrado unas lechugas un murciano —los murcianos son los que nos enseñaron a nosotros—, tenía el hombre treinta hectáreas sembradas, quince millones de lechugas. Querían que no sacara el agua y que se secara aquello. Le dijimos que dejase al hombre coger sus lechugas. El campo, yo creo que puede ser parte del futuro de este pueblo. Lo primero que hay que hacer es electrificarlo. Segundo, hay que dar facilidades para que vengan los murcianos para poner fábricas de conservas. Se pueden hacer túneles de congelación. Las empresas tienen que tener más hectáreas para poder defenderse. Las maderas ya se acabaron, la destilación casi no deja.

## LA CHARLA DEL PADRE CASTILLO

Me acuerdo un día, el padre Castillo, un jesuita que sus padres eran de aquí y él estuvo en el Vaticano de jefazo, dio una conferencia una noche en el salón de actos de la Puebla. Vino al entierro de una prima suya. Cuando empezó a hablar, yo dije: “¡Madre virgen santísima!, a este hombre lo han echado del Vaticano, porque la cabeza no la tiene buena”. Ahora, digo: “¡Qué razón llevaba!”. Es medio familia de mi padre. Decía:

—Cada día, las multinacionales son más grandes, más grandes y cada vez hay más pobres, más pobres.

Cada día, las multinacionales son más grandes y las tiendas más chiquitinas, los pobres cada vez son más pobres. No está loco, no. No sé en qué se puso en contra del Vaticano, que lo echaron, y ahora han encontrado que era verdad y se lo han llevado allí otra vez.

## EDUCACIÓN, AYER Y HOY

Seguiremos, pero yo creo que esto lleva mal giro. Yo no sé si me equivocaré o no me equivocaré pero, cuando yo venía a esta escuela, a mí me quería mi maestro y yo lo quería a él, Don Juan para mí era un Dios. Ahora, que vengan, como está pasando, los niñatos a pegarles a los profesores... Y los profesores guardando el cuadro, no vayas a tocarle y que le pase algo al niño. Va a llegar un momento en que esto... Don Juan, si tenía que darme un tironcico de oreja porque había hecho algo, me lo daba. Y yo decía: "Si es de verdad, qué le vamos a hacer". Dios quiera que sigamos, pero esto no me gusta. Hemos mejorado muchísimo, sí, pero debería de haber un orden y un respeto, porque si no, no vamos a ningún sitio. Yo no podría permitir que un niño venga aquí, y después de cuidarlo, de decirle, de probar a enseñarle... que encima me diera dos tortas. Yo creo que no lo aguantaría. Pero, claro, hoy hemos llegado a tal extremo. No sé si es falta de los padres, de los niños o de los profesores. Yo creo que de los profesores, no. Ellos van a hacerlo lo mejor posible, a enseñarles a los niños por lo menos a que tengan modales. Pero hoy se ha vuelto la baraja y veremos a ver quién sujeta todo esto

## LA POESÍA QUE ESCRIBÍ AL CAUDILLO

Voy a decir una poesía que hice hace treinta años. Cuando le hicieron el homenaje al Caudillo en el teatro La Latina, en Madrid, fueron allí unos cuantos amigos y yo también. En fin, que yo no soy de derechas, ni de izquierdas, ni de ninguna cosa. Me han gustado las cosas en su sitio, eso sí. Durante el viaje hice una mijilla de poesía, que no se la he dicho nunca a nadie, y dice así:

*Con alegría me uní en homenaje al caudillo,  
porque siempre lo aprecí desde que yo era un chiquillo.  
Si pudiera darle un abrazo y demostrarle mi afecto sincero,  
vería en las manos callosas de este humilde carpintero  
que lo aprecia de verdad  
deseándole mucha vida por toda una eternidad.*

*Pues no le puedo ofrecer nada, más como tengo coraje,  
yo, como buen español,  
abandono mis quehaceres para unirme a su homenaje,  
pues de alegría me llena que mi pueblo también se una,  
un puñado de poblados desde el alcalde al Pelusa.  
Y no parece hermoso que en lo tratos de presencia  
nos va a ser maravilloso estar frente a su excelencia.*

*Cantad fuerte el cara sol y dejaos de temores,  
que somos todos iguales,  
que no existan los rencores,  
me queman los sinsabores.  
¿Qué será de nuestra España con los nuevos sucesores?  
Me despido ya excelencia con un saludo sincero.  
Acéptelo con cariño, de este humilde carpintero.*

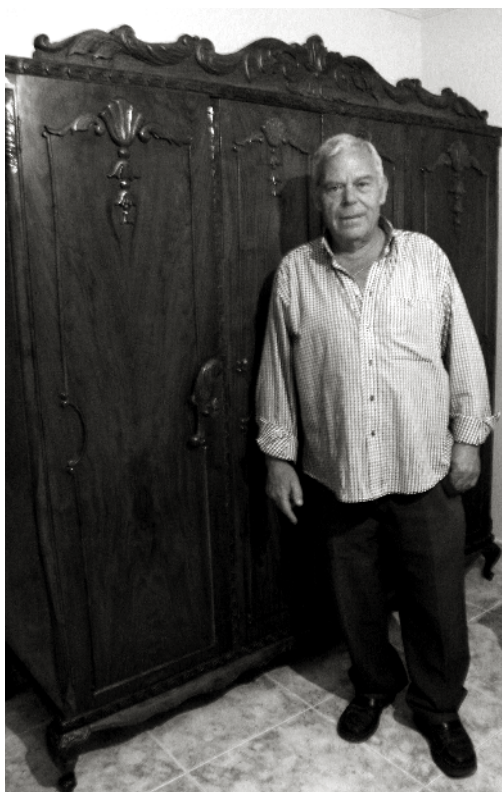
Nunca se la he dicho a nadie. Esto lo digo ahora y se ríen de mí.

A mí me operaron en el hospital de la beneficencia del Estado, sin una perra gorda. Al Caudillo lo operaron en el Rúber, pero la mayoría de los días se los rascó en el gran hospital. A mí me operaron allí sin un duro, sin cobrarme nada.

## AMISTADES, HASTA EN EL INFIERNO

Es lo que digo, gracias a Dios, he tenido amigos por todas partes. Será porque tengo la hebra pronto con la gente. A lo mejor mi conversación no es desagradable... Pero por todos los sitios que voy, tengo amigos. Eso me lo dio a mí Dios —porque tiene que haber algo que mantiene todo este tinglado. No es poco tener amigos. Mi padre me decía:

—Hay que tener amigos hasta en el infierno, Balbino, porque te guardan un lado donde te quemas menos.



3. Armario que hizo a su madre.

4. Taller de carpintería de Balbino (2007)





# JESÚS GÓMEZ GARCÍA (1940)

Jesús nació en Pincorto, Nerpio (Albacete) el 5 de abril de 1940. Tiene tres hermanas. Sus padres eran labradores. Después de malvivir trabajando en fincas arrendadas, compraron una finca en el *Porche de los Cabrerías*, en Puebla de Don Fadrique, donde Jesús se crió. A los nueve años empezó a labrar con su padre. Ya llevaba un par de años cuidando marranos y ovejas. Durante un año estuvo yendo a la escuela en *Lóbrega*, un cortijo situado a cuatro kilómetros de donde vivía. Luego, también le dio lecciones un maestro de los que iban por los cortijos. Aprendió a leer, a escribir y las cuatro reglas. Con veintiún años hizo el servicio militar en Jaca, Huesca. Al regresar, continuó trabajando en el campo. Coincidió con la modernización y mecanización de la agricultura que tuvo lugar en España en los años sesenta. En lugar de emigrar, como hicieron muchos campesinos, adquirió un tractor y se dedicó a trabajar por temporadas las fincas de otros labradores. De esta manera, fue mejorando su situación económica. Pocos años más tarde se trasladó con su familia a vivir a la Puebla. Su padre falleció en 1972. Sus hermanas se fueron casando y él se quedó a cargo de la casa y del cuidado de su madre, con quien ha vivido toda su vida. No se casó. A los cuarenta y seis años le diagnosticaron un cáncer de garganta y le operaron en Granada. Su historia refleja los cambios que produjo el desarrollo agrícola de los años sesenta y setenta en el modo de vida de los campesinos, desde la perspectiva de un varón soltero que consiguió abrirse camino sin tener que emigrar. Además, complementa el relato de vida de su madre Victorina (1913), también recopilado en este libro.

## HISTORIA PERSONAL

Nací el 5 de abril de 1940 en Pincorto, Nerpio, en la provincia de Albacete. Me bautizaron allí, en *Huebras*. La comunión seguramente no la he hecho todavía.

### FAMILIA DE ORIGEN

Mis abuelos y mis padres eran de Nerpio. Mis abuelos se llamaban uno Domingo y el otro Jesús, como yo. Mis abuelas se llamaban una Julia y la otra Inés. Al único que conocí fue a mi abuelo Domingo. Estuvo una temporada con nosotros cuando se quedó viudo. Yo era chavalillo, pero me acuerdo de verlo.

Mi padre se llamaba Ruperto y mi madre se llama Victorina. Mi madre vive todavía. Tiene noventa y cuatro años. Mi madre y mi padre eran primos hermanos. Entonces, pues ya ves si no se conocían. Se casaron y estuvieron en Pincorto un tiempo. Al poco tiempo se vinieron aquí.

Nosotros somos cuatro hermanos. Soy el único varón. Tres nacimos en Nerpio y una aquí. Yo nací el segundo. Hay una mayor que yo. Con la más pequeña me llevo ocho años y con las otras dos años.

## LO QUE LE CONTARON DE LA GUERRA CIVIL

De la Guerra sólo recuerdo lo que me contaron: que padecieron mucho, que mataron a muchas personas... A mí me fabricaron al venir mi padre de la Guerra. Se acabó en el treinta y nueve y yo nací en el cuarenta. Mi padre estuvo en el frente, le dieron siete días de permiso y ya no volvió. Se escondió por aquí, donde fuera. Estaban escondidos y por la noche acudían a comer a la casa. Así estuvo cerca de un año hasta que se acabó la Guerra.

## EL PORCHE DE LOS CABRERAS

Mi padre era agricultor. Primero trabajó en tierras arrendadas. Cuando vino aquí ya compró una finquilla, que es la que tenemos nosotros en el *Porche de los Cabrer*as. Ahí es donde yo me he criado. Vinimos aquí cuando tenía cuatro años, en el cuarenta y cuatro, el año del nevazo gordo.

Como mi padre venía por aquí, conocía a gente, se enteró que vendían una finquilla en el *Porche de los Cabrer*as y la compró. Tuvo que vender las mulas que tenía para gobernarse su apero y empezó a labrar con un par de burras, padeciendo, pasando muchas faltas. Mis padres se vinieron al *Porche de los Cabrer*as porque allí no podían vivir, se morían de hambre. Nos moríamos de hambre. Allí no había nada, ni aquello producía nada. La tierra era mala y no se criaba nada.

Desde el *Porche de los Cabrer*as, nos vinimos al pueblo a vivir. Tenía veinticuatro o veinticinco años. Fue después de venir de la mili.

## ESCUELA

Yo fui a la escuela a *Lóbrega*, que estaba a cuatro kilómetros de mi cortijo. Iba andando cuatro kilómetros por la mañana y cuatro por la tarde. Me llevaba la merienda y echaba el día entero. Tendría siete u ocho años, porque me quitaron de nueve. Había que pagar al maestro, nada de escuela de balde como ahora. Allí estuve un año, más o menos. Al maestro le llamábamos el “Pipirrana” de apodo.

Luego aprendí —que yo sé bastante, yo me defiendo bien— con maestros que venían particulares por los cortijos. Estaba trabajando todo el día y por la noche, a la luz de un quinqué<sup>1</sup> de aquellos, nos poníamos el maestro y yo a estudiar. Aprendía de noche. Me ha gustado mucho. Aprendí, por lo menos, las cuatro reglas y mucho más. Lo que pasa ya es que, como no lo he usado, se me ha olvidado. Sé las cuatro reglas, pero cosas de decimales y cosas de quebrados y todo eso —que lo aprendí— se me han olvidado ya. Leía los manuscritos y las enciclopedias aquellas que tenían una letra muy chiquitina y garabatos, que no veas para leer aquello. He leído mucho. Ahora es cuando no leo porque tengo la vista mal.

---

1 “Un carburo, un candil o una pava, le decíamos a la luz aquella”.



## CÓMO EMPEZÓ A TRABAJAR

Con nueve años, me quitaron de la escuela y empecé a trabajar, a labrar con un par de mulos, que no llegaba a la esteva del arado. Con nueve años yo iba ya muchos días a labrar. Antes, con siete y ocho años, ya había estado guardando marranos y ovejas. Pero, en fin, a trabajar ya duro empecé con nueve años para adelante.

Cuando tenía nueve o diez años, estuve guardando un aperillo de ovejas en unas parcelas lejos del cortijo. Tenía que dormir con ellas en la calle de noche y me daba miedo. Entonces, mi padre estaba todo el día trabajando en la era y, por la noche, pillaba su burra y se iba a dormir conmigo al campo para que no pasara la noche solo.

Mis hermanas también ayudaban. Hemos tenido que trabajar todos.

## RELACIÓN CON LOS PADRES

La relación con mi padre era de respeto, mucho respeto, no como ahora. Al ser el único hijo varón, en el trabajo me tocaba llevar toda la carga para adelante.

Mi madre y yo hemos tenido muy buen trato siempre. Ahora vivo con ella. Estoy soltero. Ella está conmigo y yo con ella

## ALIMENTACIÓN

En aquellos tiempos, normalmente se comía, por las mañanas, unas migas y luego, al mediodía, una olla, un cocido (se ponía el espinazo, la morcilla, las habichuelas, los garbanzos, una patatilla) o a lo mejor unos fideos y, por la noche, una cosa más ligera (una patata asada, un trozo de tocino, un par de chorizos, un par de huevos fritos o cocidos...).

Mi madre iba al pueblo alguna vez a por fruta. La compraba y, cuando volvía, la colgaba en la púa más alta del techo para que no la viéramos. Duraba nada más que llegaba al cortijo. Algunas veces iban por el cortijo vendiendo. El tío Emeterio, que le decían, iba mucho vendiendo por allí con un carro. Muchas veces llevaba naranjas, tomates, pepinos... Allí no se criaban porque no había riego.

Pescado, allí, no hemos comido ninguna vez. No había dinero para comprarlo. Se comía lo que se criaba. Mi padre engordaba un par de marranos, que pesaba cada marrano catorce o quince arrobas, y los mataba en vísperas de la Navidad. ¡No veas cómo estaban los chorizos aquellos para la Pascua! Ese era el pescado que comíamos, pescado de otra clase.

## ROPA

El dinero que se ganaba entonces, sí había algún duro, era para comprar ropa y cosas de esas. Veníamos aquí al pueblo a comprarla. Las ropas eran buenas entonces, casi mejor que ahora. El abuelo de la Yolanda, la del supermercado, era el sastre. Me cosía a mí toda la ropa. Se llamaba Pepe. Murió de cáncer de la garganta, como el que tuve yo hace veinte años, que no sé como estoy vivo.

## REUNIONES EN LAS CASAS

Allí estábamos cuatro vecinos: la mujer del Emilio, otras dos hermanas que tenía ella y unos pastores que había ahí en otro cortijo, en la *Tejera*. Nos juntábamos todos, unas noches en una casa y otras en otra. Llegaba la Navidad y era muy raro que viniéramos al pueblo. Iban de aquí, del pueblo, a los cortijos. Tocábamos la guitarra, cantábamos y bailábamos, ¡dale que te pego! Así pasábamos las noches enteras de las Pascuas y de los días de fiesta. Nos tirábamos toda la noche de fiesta, pero a otro día había que ir a trabajar. Nada de estar todo el día en la cama, como hace ahora la gente joven, que está tres o cuatro días de fiesta y a otro día, todo el día durmiendo. ¿Eso qué es?

## SERVICIO MILITAR

Fui a la mili con veintiún años<sup>2</sup> y vine ya con veintitrés larguicos. La hice en Jaca, en la provincia de Huesca. Allí me tiré dieciocho meses. El cuartel estaba a orillas del pueblo y se llamaba *Cuartel de la Victoria*. El campamento estaba metido al lado de un río y se llamaba *Campamento de las Vaquillas*.

Los tres primeros meses, mientras hicimos la instrucción, pasamos hambre. Luego cuando ya fuimos al cuartel, se comía bien. El trato a los soldados no era malo. Bueno, a mí me dio una hostia un día el sargento, que me duele todavía. Estábamos formados cubriendo y un compañero mío, de aquí del pueblo, se encontraba en la otra compañía, casi en frente de mí; hice así una *miaja* para mirarlo y llegó el tío por detrás y, ¡pam!, me arreó un hostión en todo el cuello, que todavía me duele. Sargento Francisco Sánchez, se llamaba. Todavía me acuerdo del nombre. Era malísimo. Había venido el tío de la legión. Un día le pegó una patada a un chico, le pilló la pierna contra el mosquetón y se la rompió. El hombre aquel estaba amargado vivo.

Los sábados por la tarde, los domingos y los días festivos, teníamos tiempo libre. Lo que hacíamos era irnos por allí de marcha, pero no te podías chispar. A la hora que tocaban diana en el cuartel, tenías que recogerte. Había que estar allí para pasar lista.

Me dieron dos permisos de un mes cada uno. Cuando venía de permiso, gastaba tres días en venir de Jaca a aquí, seis días en ir y venir. Había que pasar un día entero en Madrid.

## AL REGRESAR DE LA MILI

Cuando volví de la mili me dediqué al campo, pero ya más cómodamente. Compré un tractor y empecé a trabajar con él, a echar horas por ahí. Por el día me iba a trabajar con el tractor echando horas a donde me avisaban, por todos

---

2 Fue al servicio militar en 1961 y se licenció en 1964.

sitios: al campo, a la sierra, en el mismo pueblo... Venía de noche y dormía en el pueblo. Lo más lejos que he ido a trabajar ha sido a Galera, a cargar remolachas con el tractor. En Galera sembraban mucha remolacha. Había una báscula y se sacaba de los bancales a la báscula. Venían los camiones, la cargaban y se la llevaban a Caniles a una azucarera que había. Estuve por lo menos dos años yendo a trabajar a Galera. Iba por las mañanas y me venía por la noche.

Ya las cosas fueron de otra manera. Empecé a trabajar y a ganar dinero. De ahí en adelante, empezó a cambiar la vida el cien por cien. Me compré una moto y luego un coche. En fin, la cosa empezó a funcionar de otra manera. También, en el setenta y cinco, me tocó un repizquillo de la lotería y ya fui respirando más. Una de mis hermanas se casó al venir yo de la mili y las otras, más tarde. Compramos una casa aquí en el pueblo, en la calle del Agua<sup>3</sup>, en el sesenta y ocho aproximadamente, y nos vinimos a vivir aquí. Mi padre murió en el setenta y dos, y ya llevábamos aquí tres o cuatro años. La finca que compró mi padre en el *Porche de los Cabrerías*, la partimos entre los cuatro hermanos y cada uno tenemos lo nuestro.

## SOLTERÍA

He tenido novias aquí y estuve también de novio con otra de Topares. Lo que pasa es que no ha encartado. Unas veces que... Yo digo que esos son sigos de la vida. No se sabe lo que es lo mejor. Yo digo que, para que me pase como a otros, que en seguida se han separado, pues bueno...

Mi padre murió en el setenta y dos<sup>4</sup> —hace ya treinta y cuatro años que murió—, y ya nos quedamos mi madre y yo solos hasta el día de hoy. No he podido dejarla sola. Si no, a lo mejor hubiera intentado gobernar a alguna que me hubiera querido. Ahora sería una barbaridad gobernarme una mujer, meterla allí o irme a otro lado y dejar a mi madre sola.

## RELIGIÓN

Allí, en el cortijo no había iglesia. La más cercana era la del pueblo, que está a cinco kilómetros. La *Toscana* está más lejos, a diez. Cuando venía al pueblo me gustaba ir a misa y, desde que vivo en el pueblo, los domingos y días festivos que he podido, he ido a misa. Soy miembro de la Hermandad del Santísimo desde el noventa y ocho o noventa y nueve.

## FIESTAS

Entonces, las fiestas más importantes eran la Semana Santa, la Pascua y la feria.

La Semana Santa ha cambiado muy poco. Me acuerdo de hace muchos años de venir yo del cortijo a las procesiones, y la Semana Santa era casi igual que ahora.

3 Calle Juan Morenilla.

4 "Me tiré dos años de luto. Antiguamente los lutos eran muy largos".

La feria era una cosa disparatada. Venía mucha gente, muchos compradores y muchos chalanos. Unos venían a vender y otros a comprar. Venían muchas vacas y bestias —mulas, caballos, yeguas...— a las eras de Román. Ponían muchas casetas. Venían muchos boliches de esos: la montaña rusa, columpios, caballitos... Lo que no venía eran los coches eléctricos. También había circo.

La Navidad ha cambiado muy poco. La Navidad la encuentro como la Semana Santa, muy parecida, sólo que, antiguamente, creo que la Navidad se pasaba mejor que ahora, se juntaba más la gente, comían más, bebían más... Entonces es que estabas esperando que llegara la Navidad para comerte el rosco, para comerte las tortas, porque no pillabas en todo el año, nada más que en Navidad. Ahora todo eso lo tienes continuamente.

## ENFERMEDADES

Tuve un cáncer de garganta con cuarenta y siete años, ¡no sé cómo estoy vivo!, en el año ochenta y siete. Me operaron en Granada. Me tiré dos años en Granada curándome de eso pero, en fin, quedé muy bien. Hay muchos que les operan y les quitan el habla. Yo hablo muy bien, bueno, algunas veces me pongo afónico. Yo me encuentro muy bien.

De pequeño tuve el sarampión, que es otra enfermedad también muy mala. Me pusieron inyecciones. Iba el Isaac el “Jabonero” a ponerlas al cortijo. Ese era el practicante. El médico era su tío, Don José. Esas son las enfermedades que he tenido. ¡Ah!, también tuve las paperas. Tendría dieciséis o dieciocho años. Cuando las paperas, perdí mucho oído y he ido perdiendo cada vez más. Con un oído no siento muy bien.

## DESINTERÉS POR LA POLÍTICA

La política, ni me gusta ni la entiendo. A mí me da igual que mande Juan o que mande Pedro, mandando bien, me da lo mismo, porque hay algunos que, ¡por Dios bendito!...











# CONCLUSIÓN: EL ANÁLISIS DE LA CULTURA

Las ideas que exponemos a continuación deben entenderse como una propuesta de análisis cultural, con algunos ejemplos extraídos de los materiales etnográficos que contiene este libro.

## ORGANIZACIÓN SOCIAL Y CULTURA

Toda sociedad es una agrupación de individuos que mantienen relaciones entre sí. Los antropólogos utilizamos la expresión “organización social” para referirnos a las formas en que están ordenadas esas relaciones en las sociedades más simples, mientras que los sociólogos denominan “estructura social” a los sistemas de relaciones sociales que se dan en las sociedades complejas. Las relaciones sociales están institucionalizadas. La familia, la educación, el gobierno, la economía, la religión son algunas de las instituciones sociales más características.

Una cosa son las relaciones sociales y la forma en que están organizadas y otra distinta la manera en que los individuos que viven en una sociedad las conciben. El conjunto de creencias, conocimientos y valores compartidos de los miembros de una sociedad, es lo que los antropólogos denominamos cultura. Una parte de ellos son explícitos y tienen la forma de teorías culturales (cualquier individuo de la cultura puede explicar en qué consisten), pero otra no, a saber, lo que en antropología cognitiva se conoce como modelos culturales (Quinn y Holland 1987, D’Andrade 1995). Los miembros de una sociedad tienen ideas compartidas acerca del funcionamiento y las funciones de sus instituciones sociales. Aunque a nivel teórico podamos establecer una distinción entre las teorías y los modelos culturales, en la realidad a veces es difícil distinguirlos. Lo que sí está claro es que los conocimientos y creencias compartidas acerca del funcionamiento de una sociedad no tienen por qué tener una correspondencia directa con su estructura social. Por ejemplo, todas las sociedades presentan algún tipo de estratificación social —es decir, los individuos están separados en estratos en función de su clase, etnia o género—, pero algunas lo aceptan como algo “natural” mientras que otras lo rechazan y tienen como meta su desaparición, al menos en el ámbito laboral, educativo, etc. La organización social y la cultura se retroalimentan entre sí, pero no necesariamente en un sólo sentido o de manera proporcional. El cambio cultural es más lento que el cambio social. Es más fácil modificar las condiciones en que vive la gente, que su forma compartida de pensar.

## EL *PHOTOSHOP* CULTURAL

El análisis de la cultura se parece a la edición de fotografías digitales con un programa de tratamiento de imágenes. Cuando se hace una fotografía en

formato RAW, la cámara registra toda la información de que es capaz sin tratarla o comprimirla. Más tarde puede ser editada en el ordenador manipulando parámetros como el brillo, el contraste, la saturación del color, la exposición, la nitidez, etc. con el fin de obtener la imagen definitiva. La calidad de los datos es fundamental para obtener una buena imagen final, pero ésta depende de los valores que se den a las distintas variables. Algunas fotografías ofrecen pocas posibilidades de edición, mientras que otras pueden dar lugar a imágenes muy distintas, sobre todo si se aplican valores extremos de brillo y contraste o saturación del color. El análisis cultural que proponemos puede entenderse a partir de esta metáfora. Las posibilidades de interpretación de una cultura son amplias, lo que no quiere decir que todo valga. La teoría que utilizamos, las preguntas que nos hacemos y la importancia que damos a las variables analizadas, influyen en el resultado de la interpretación final. Cuantas menos variables consideremos o menos las manipulemos más fácil resultará hacer el análisis, pero perderemos matices en la resolución que pueden ser cruciales para hallar respuestas a nuestras preguntas. No hay una sola interpretación cultural, pero tampoco infinitas. Las posibilidades de interpretación dependen de las variables culturales que consideremos en el análisis. Las variables están interrelacionadas, de tal manera que la importancia conferida a una de ellas influye sobre el papel atribuido al resto. Al incrementar el valor de una variable, a veces acaban suprimiéndose otras. Esto es lo que suele ocurrir cuando se impone una nueva moda en las ciencias sociales (actualmente el poder o el género son dos de estas variables de moda). Los detalles de la comprensión cultural se incrementan cuando se consideran más variables, pero por encima de un número crítico, que suele ser tres o cuatro, el análisis se vuelve confuso y pierde nitidez. Lo recomendable es considerar nuevas variables sólo cuando hay preguntas para las que no se encuentran respuestas manipulando las variables principales. Toda interpretación cultural debe entenderse como algo provisional y su objetivo debe ser ampliar nuestra comprensión de la manera de pensar del grupo que estemos analizando. Si esto no sucede, lo mejor es desecharla.

## DIMENSIONES DE LA CULTURA

El modelo que proponemos para analizar la cultura de los relatos de vida de este libro procede del antropólogo holandés Geert Hofstede, pero nuestra interpretación está influida por la teoría cultural de Mary Douglas (1970, 1996)—sistematizada por Thompson, Ellis y Wildavski en su libro *Cultural Theory* (1990)— y en menor medida por los planteamientos de Alan P. Fiske (1991) sobre las distintas formas en que pueden entenderse las relaciones sociales.

Geert Hofstede sostiene que las culturas nacionales son diversas y que se pueden comparar. Muchas de las diferencias observables en las actitudes, la manera de pensar y los comportamientos de las personas de los distintos países cuando se enfrentan a las mismas situaciones, se deben a las características de sus respectivas culturas. Los trabajos de este autor se centran en el análisis de la cultura de las organizaciones, tomando como unidad de análisis la nación. Los datos que utiliza proceden de encuestas y

los procedimientos de análisis son fundamentalmente estadísticos. Aplicar un modelo pensado para comparar culturas nacionales —como el de Hofstede— al análisis de los relatos de vida de este libro, pensamos que puede ser útil para vislumbrar algunas de las características de la cultura que los atraviesa y da sentido. Aunque el país en que vivimos hoy es distinto de aquel en que pasaron la mayor parte de su vida los protagonistas de estos relatos, muchas de las ideas del imaginario colectivo de aquella época todavía persisten con mayor o menor fuerza entre los españoles.

Hofstede (2001) distingue cinco dimensiones en la cultura, que trata como variables ordinales y continuas, aunque las presente polarizadas. Cada país tiene un índice para cada variable dentro de una escala numérica. La cultura de cada nación sería la resultante de combinar los cinco índices. Las dimensiones de la cultura son las siguientes:

1. Distancia de poder. En todas las sociedades el poder está distribuido de forma desigual, pero no la percepción de que esto deba ser así. En algunos países resulta inconcebible que un jefe comparta la misma mesa de trabajo con sus subordinados, mientras que en otros es lo normal. La visión que tienen de esa distancia de poder las personas con menos poder en una sociedad es, según Hofstede, un buen indicador de esta variable.

2. Individualismo/colectivismo. Una sociedad es por definición un grupo de personas, que a su vez está dividido en subgrupos. La manera en que los individuos se relacionan con los grupos varía entre dos polos: el individualismo y el colectivismo. En una sociedad individualista los sujetos deben aprender a valerse por sí mismos, mientras que en una colectivista la vida de las personas está vinculada a la de los grupos de los que forman parte. Que los hijos continúen viviendo en el domicilio de los padres hasta edades muy avanzadas, como ocurre con frecuencia hoy en día en España, es algo impensable en países mucho más individualistas en los que a los niños se les enseña desde muy pequeños a decidir hasta la ropa que deben ponerse cada día.

3. Masculinidad/feminidad. Hay sociedades en las que los valores de los hombres y las mujeres son muy distintos: se supone que los hombres tienen que ser firmes, enérgicos, fuertes y deben buscar el éxito material, mientras que las mujeres deben ser tiernas, modestas y estar preocupadas por la calidad de vida. En el polo opuesto estarían las sociedades que consideran que tanto los hombres como las mujeres tienen los mismos valores y estos coinciden con los de las mujeres: modestia, ternura y preocupación por la calidad de vida. Hofstede denomina a las sociedades en las que los valores de los hombres y las mujeres son distintos “masculinas” y a las que son similares “femeninas”. La distancia que existe entre los valores de los hombres y las mujeres, afecta a la distribución de papeles entre los géneros dentro de la sociedad y a las formas en que se establecen las relaciones entre los hombres y las mujeres.

4. Evitación de la incertidumbre. Algunas sociedades preparan a sus individuos para enfrentarse a lo incierto y ambiguo, mientras que otras tratan de evitar la incertidumbre mediante reglas, leyes y creencias que hagan sentirse seguros a sus miembros. Las primeras son mucho más abiertas y tolerantes hacia lo novedoso y lo desconocido, mientras que las segundas fomentan la creencia de que sólo hay una verdad absoluta.

5. Orientación a largo o corto plazo. Esta dimensión tiene que ver con el horizonte temporal con que los individuos planean sus actuaciones. En algunas sociedades las personas actúan con la vista puesta en el futuro, mientras que en otras sólo tienen en cuenta las consecuencias inmediatas de su comportamiento. Los valores en los que se basa la conducta de los individuos, difieren en función de la orientación temporal. Las sociedades con una orientación a largo plazo fomentan la perseverancia, el respeto al estatus de los individuos, el aprovechamiento de los recursos y el sentido de la vergüenza. Por el contrario, las sociedades con una orientación a corto plazo promueven el cumplimiento de las normas, la estabilidad y firmeza personal, salvar la cara, el respeto por la tradición y la reciprocidad.

## DISTANCIA DE PODER

Las relaciones sociales están mediatizadas por el poder, a saber, la capacidad que tiene una persona de influir sobre otras. Sin embargo, hay sociedades en las cuales el poder produce una distancia entre las personas y se plasma en una forma de organización jerárquica que no requiere otra legitimidad que su propia existencia, y otras en las que el ejercicio del poder demanda el concurso de una racionalidad tanto instrumental como moral, aunque pueda adquirir una forma jerárquica en la distribución de los roles sociales. Todas las sociedades presentan alguna forma de estratificación, pero en algunas ese orden es visto como algo natural y que sólo se puede cambiar si se invierten las relaciones de poder mediante una revolución, y en otras se considera que la distribución del poder puede y debe modificarse si no es la apropiada para el mantenimiento del propio sistema social. Una cosa es el poder y cómo está distribuido dentro de una sociedad y otra distinta la percepción que tienen de ambas cosas los actores sociales. Esta última también influye sobre la manera en que el poder se reparte dentro de las sociedades. Para mantener el poder en una sociedad en la que la distancia de poder es menor, es necesario saber consensuar y estar dispuesto a compartir parte del mismo con otros, en lugar de hacer ostentación de él y ejercerlo de forma autoritaria. Cada una de estas actitudes hacia el ejercicio del poder comporta un sentido práctico distinto: mientras que en el primer caso se considera que el poder es un instrumento para alcanzar otros objetivos, en el segundo es visto como un fin en sí mismo, de ahí que se persiga su maximización.

## “CADA UNO DEBE DE MANDAR EN LO SUYO”

La sociedad en la que vivieron las personas retratadas en este libro estaba muy estratificada. La base de la pirámide social estaba formada por campesinos, la mayoría de los cuales no tenían tierras propias y vivían en cortijos cuyas fincas trabajaban. Había un grupo de comerciantes y profesionales que vivían en el pueblo. Por último, en la cúspide de la pirámide, se hallaban unas pocas familias que poseían la mayor parte de las riquezas y el poder político. La vida social estaba sumamente jerarquizada. La distancia de poder tenía su expresión en

numerosos símbolos (la forma de vestir, el lugar ocupado en los rituales, los gustos, la manera de hablar, las costumbres, etc.), que se encargaban de recordar a cada persona lo que le estaba permitido o prohibido hacer en función del lugar que ocupaba en la jerarquía social. Por ejemplo, las relaciones matrimoniales entre personas de los diferentes estratos sociales no eran admisibles.

La descripción de ese tipo de sociedades puede verse en algunas de las monografías antropológicas de comunidades campesinas de España que se escribieron en los años 60 y 70 (Lisón 1966, Martínez Alier 1971, Moreno 1972 , Luque 1974, Navarro 1979). En esos trabajos se detalla la estratificación social en estas comunidades y su relación con el sistema de propiedad de la tierra. Pero, ¿cómo percibían los propios campesinos esta distancia de poder?

El antropólogo Isidoro Moreno afirma en uno de sus trabajos que

*una de las características fundamentales de la etnicidad andaluza es la negativa a la interiorización de la inferioridad, el rechazo, a nivel simbólico, de la propia situación de dependencia y subalternidad (1981: 286).*

En su opinión, esto es entendible

*sólo desde esta situación de opresión secular, no sólo desde el exterior, sino en primer término desde el interior de Andalucía, sobre todo por parte de los grandes señores terratenientes convertidos luego en gran burguesía agraria (1981: 286).*

Nuestra tesis es distinta. En las sociedades muy estratificadas los individuos que menos poder tienen suelen aceptar que éste se halla distribuido desigualmente y consideran que la jerarquía es la forma “natural” de las relaciones sociales. Esto no quiere decir que no haya conflictos entre la base de la pirámide social y la cúspide, sino más bien lo contrario. En este tipo de sociedades las relaciones sociales son vistas de manera conflictiva y se considera que la única forma de solucionar dichos conflictos es dar la vuelta a la jerarquía. En las sociedades donde existe una gran distancia de poder se ve como algo inevitable, sin lo cual no podría haber sociedad, la existencia de un orden jerárquico en las relaciones sociales. Sin embargo, en las sociedades menos estratificadas la jerarquía, cuando se da, se concibe como un instrumento de cooperación entre las partes orientado a la consecución de fines específicos.

La frase “cada uno debe mandar en lo suyo”, pronunciada por una de las pocas personas que aparecen en este libro abiertamente partidaria de los valores republicanos y, por tanto, poco sospechoso de aceptar de manera conformista el *status quo* de la España anterior a la república y de la posguerra, revela cómo el reconocimiento y la aceptación por parte de los campesinos de la distribución desigual del poder formaba parte de una manera de pensar ampliamente extendida en esa sociedad. En los relatos de vida de estas personas la distribución vertical del poder se contempla como algo “natural” en distintos contextos: en las relaciones laborales, en la educación, en el ámbito doméstico, en la política y en las relaciones entre los géneros.

## PATERNALISMO Y PATRONAZGO

Las relaciones de patronazgo<sup>1</sup> son características de sistemas sociales localizados, en los que existe una distribución desigual del poder. El paternalismo es la ideología que sustenta al patronazgo. En las sociedades donde la distancia de poder es grande, el jefe ideal es un autócrata bienintencionado que semeja a un padre benefactor. Este tipo de relaciones suele conllevar una carga afectiva parecida a la que se da entre el padre y los hijos.

Durante más de medio siglo, hasta que se produjo la modernización de las estructuras agrarias en el campo en España a comienzos de los años sesenta, las relaciones de producción en el campo en pueblos como Puebla de Don Fadrique, las que estuvieron regidas por acuerdos (casi siempre verbales) entre los campesinos y los patrones. En estos arreglos, los primeros se comprometían a trabajar las tierras o cuidar de los rebaños de los segundos a cambio de un sustento diario (aniaga) o una parte de las cosechas y la vivienda. Este tipo de contratos se simultaneaban con el trabajo a jornal durante las épocas en las que aumentaba la demanda de mano de obra en las fincas grandes —por ejemplo, durante la siega— y con la recolección de plantas olorosas y esparto en los montes para venderlas al peso. Estas circunstancias eran propicias para el establecimiento de relaciones de patronazgo

La lógica del patronazgo se extendía a todos los ámbitos de la vida cotidiana y se prolongó en el tiempo mucho más que las condiciones que probablemente la causaron. El servicio militar, que todos los jóvenes debían cumplir obligatoriamente al alcanzar una cierta edad, fue uno de los contextos en los que se daban las condiciones para su aplicación. La mayoría de nuestros informantes varones, al recordar sus experiencias en la mili, señalan que no les fue mal ya que lograron establecer una relación de patronazgo con algún mando que les ayudó. Esto no les resultó muy difícil de conseguir, después de estar acostumbrados a esta forma de relación. El patronazgo —y variantes como el amiguismo y el nepotismo— han ido desapareciendo de la sociedad española, aunque todavía puedan quedar restos en algunos entornos locales. Sin embargo, no se puede decir lo mismo de la percepción de que el poder está distribuido de manera desigual y que, en buena medida, es algo inevitable. Quizás por ello entendemos tan bien el significado de relatos que a personas de culturas en las que la distancia de poder es menor, les pueden parecer sorprendentes o extraordinarios.

## EDUCACIÓN Y DISTANCIA DE PODER

Al leer los relatos de vida de este libro, llama la atención la importancia que estas personas dan a la educación, algo que ha ido perdiendo valor en España. Parece normal que individuos que no pudieron estudiar y vieron que esto era

---

1 Aunque sobre el clientelismo en el Mediterráneo hay una extensa literatura (Smith et al. 1997, Eisenstadt y Roniger 1984), la compilación de ensayos editados por Gellner y Waterbury (1977) continúa siendo una buena referencia para repasar este tema. De las primeras monografías antropológicas sobre los pueblos de España que trataron el tema yo destacaría la de Pitt-Rivers (1954) y la de Kenny (1961).

un privilegio sólo al alcance de una minoría, consideren que tener estudios es algo valioso. Lo que quizás no sea tan fácil de apreciar es el modelo educativo que tienen estas personas en sus cabezas y su relación con la aceptación de la distancia de poder. En unos momentos en que todo el mundo habla de crisis del sistema educativo en nuestro país, y una parte de la sociedad reivindica la vuelta a modelos del pasado, resulta especialmente interesante entender la visión que estas personas tienen de la educación.

En las sociedades con una mayor distancia de poder, la enseñanza se centra en la figura del maestro. Las relaciones entre el estudiante y el profesor están jerarquizadas, lo mismo que entre el padre y el hijo o el campesino y el señor. El maestro es visto como una persona que posee y puede transmitir una sabiduría personal. La calidad de la enseñanza depende del educador. De ahí los calificativos con los que designan nuestros informantes a los maestros que consideraban buenos: “un talento”, “una maravilla”, etc. Los estudiantes son contemplados como receptáculos vacíos que pueden adquirir esos conocimientos. No pueden aportar nada al proceso educativo, de manera que su participación en el mismo es irrelevante, salvo para recibir enseñanzas. No cabe esperar que un alumno enseñe cosas a sus profesores. En este tipo de sociedad la educación se asienta en valores autoritarios, que además se reproducen y transmiten en el aula, independientemente de la edad y las capacidades de los aprendices. Los estudiantes deben guardar respeto al maestro, tanto dentro como fuera del aula. Este deber se extiende a toda la sociedad. El profesor tiene autoridad. Los padres, por consiguiente, deben apoyar sus decisiones. El listón con que se mide el aprendizaje, y que sirve como referente del sistema educativo, se sitúa en el nivel más alto. La educación debe servir para formar a los mejores estudiantes, aunque para ello la mayoría deba quedar excluida del sistema educativo. La paradoja, para las personas que creen que este debe ser el modelo del sistema educativo, es que las sociedades que defienden esta concepción elitista de la enseñanza producen menos premios Nobel que aquellas en las que la distancia de poder es menor en la escuela (Hofstede 2001: 101 ).

## INDIVIDUO Y GRUPO

Individualismo y colectivismo son dos polos de una de las dimensiones más importantes de la cultura, aquella que establece cómo deben ser las relaciones entre los individuos y los grupos. El individualismo considera que la persona debe tener prioridad sobre el grupo, mientras que el colectivismo defiende lo contrario. Estados Unidos, Australia, Gran Bretaña o Canadá son países muy individualistas, mientras que Colombia, Venezuela, Panamá, Ecuador o Guatemala tienen culturas grupales o colectivistas. Los españoles estamos en una posición intermedia, pero más próxima al colectivismo que al individualismo (Hofstede 2001: 215). Los principios del individualismo son muy claros: los individuos deben ser independientes, autosuficientes y libres. Para ello la sociedad debe prever cualquier posible ingerencia o recorte que los grupos o el Estado quieran hacer sobre la libertad de las personas, tanto en

la esfera política como económica. La constitución de los EE.UU. es un buen ejemplo de legislación orientada a proteger al individuo del Estado. Su primera enmienda establece el derecho de todos los ciudadanos norteamericanos al libre pensamiento y la posibilidad de poder expresar sus ideas con igual libertad. Sin embargo, la libertad de creencia y de expresión que recoge la constitución española de 1978 está sujeta a recortes y condicionamientos que no serían admisibles en la sociedad norteamericana. La cultura de los españoles es mucho más comunitaria y grupal. Estamos acostumbrados a vivir en grupos y para grupos. El primero y más importante de estos grupos es la familia. A los españoles se nos ha educado para vivir en familia. Esto forma parte de nuestra herencia cultural y se refleja en las historias de la Puebla.

## CARACTERÍSTICAS DE UNA CULTURA GRUPAL FAMILIAR JERÁRQUICA

Las culturas grupales se dan tanto en sociedades (comunidades o grupos) igualitarias, como en aquellas con una distribución desigual del poder. En el caso de la Puebla nos encontramos, como ya hemos señalado más arriba, ante una sociedad no igualitaria, pero grupal o comunitaria. En las sociedades en que coinciden una cultura grupal y una gran distancia de poder, la familia suele ser el paradigma de grupo y se utiliza como metáfora del resto de los grupos, incluida la propia sociedad en su conjunto.

Las relaciones entre los miembros de la familia son fáciles de diferenciar. En las descripciones que hacen de la familia en los relatos de vida de la Puebla, encontramos una jerarquía entre las personas que la forman según su edad y sexo. El padre aparece como el cabeza de familia, al que deben respetar tanto la mujer como los hijos a cambio de la protección que les garantiza a ambos. Aunque todos los miembros de la familia contribuyen a sacar adelante al grupo doméstico, esta tarea es vista como una responsabilidad del padre. La esposa y los hijos deben, por tanto, ponerse a su servicio. Los mismos criterios de edad y sexo se aplican en las relaciones entre hermanos: Los hijos varones de mayor edad ocupan un lugar preferente en la jerarquía familiar sobre los de menor edad y éstos sobre las mujeres.

Los protagonistas de las historias de la Puebla no parecen tener objetivos individuales, siempre están al servicio de sus familias. Los hijos trabajan para su familia de origen —sobre todo los varones en las faenas agrícolas— hasta que forman sus propias familias. El matrimonio simplemente traslada al individuo de una familia a otra. Los hijos solteros permanecen vinculados a su familia de origen de por vida. Los padres, por su parte, se pasan toda la vida trabajando con el único objetivo aparente de que sus hijos se casen y formen su propia familia. Se sienten satisfechos y realizados cuando logran cumplir ese propósito. En los relatos de vida no hay individuos aislados. Los padres o tíos que alcanzan una mayor edad son cuidados al final de sus días por las familias de los hijos o sobrinos, algo que se percibe como una obligación moral en una sociedad con una mentalidad colectivista. La lejanía de la familia produce un sentimiento de soledad, algo hacia lo que el individuo grupal siente aversión. Esto es lo que le ocurre al emigrante,



que desea volver a su lugar de origen, aunque la fortuna se encuentre en su lugar de destino, o a los jóvenes que experimentan la seducción de la independencia durante el servicio militar, pero añoran su pueblo y su familia.

En este mundo de familias, cada una tiene su propia denominación o mote que se hereda de padres a hijos. Los otros, más que individuos, son siempre personas que pertenecen a familias distintas a la de uno mismo. Pero las familias no son elementos aislados dentro de la sociedad. Entre ellas también existen vínculos. Los rituales muestran la naturaleza de esos vínculos, entre los que predominan el parentesco y la vecindad. Las reuniones en las casas, las matanzas, los rituales del ciclo de la vida —sobre todo los matrimonios y entierros—, las fiestas y romerías contribuyen a la vez que reflejan distintos niveles de integración y diferenciación entre las familias, rompiendo y creando fronteras entre ellas (García et al 1992).

## HONOR Y VERGÜENZA

Honor y vergüenza son conceptos que sólo tienen sentido en culturas grupales<sup>2</sup>. En las sociedades más individualistas lo que haga cada persona no es en principio asunto de los demás, a no ser que interfiera con alguna de las libertades del resto de los miembros del colectivo. El honor no se gana, sino que se puede perder. El honor es algo que tiene cada uno de los miembros de un grupo (en el que prevalecen los derechos del colectivo sobre los del individuo) por el hecho de formar parte a él. El honor pertenece al grupo y sólo de manera subordinada al individuo. Son las familias y los pueblos los que tienen honor.

El honor y la vergüenza son formas de control social de los grupos humanos. La voluntad y los intereses del individuo, deben plegarse a los preceptos morales del grupo. En los relatos de vida de la Puebla, nos encontramos con que había un fuerte control de la sexualidad de las mujeres y del matrimonio por parte de sus familias. Las relaciones sexuales no estaban permitidas antes del matrimonio, ni tan siquiera el contacto físico, y la novia requería del consentimiento paterno para poder casarse. No actuar de esta manera suponía una vergüenza para la familia. La vergüenza tenía sobre todo un carácter preventivo respecto de conductas consideradas desviadas por la cultura.

La moralidad de la comunidad era la de la clase dominante, al menos desde un punto de vista funcional. La forma del cortejo<sup>3</sup>, junto con las nociones de honor y vergüenza, servían para dificultar que se produjeran uniones no deseadas entre las mujeres de las familias de las clases superiores y los varones pertenecientes a familias con un rango social y económico inferior. La existencia de la costumbre de “llevarse a la novia” (Frigolé 1998) y la diferente

2 Los primeros trabajos sobre la Antropología Social del Mediterráneo, expuestos y debatidos en la reunión de expertos celebrada en Burg Wartenstein en 1959 con el apoyo de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, recopilados posteriormente en dos volúmenes —el primero editado por Pitt-Rivers (1963) y el segundo por Peristiany (1966) —, continúan siendo un interesante material para reflexionar sobre este tema, especialmente los ensayos de Pitt-Rivers.

3 Para un análisis del cortejo véanse Price y Price 1996a, 1966b. El noviazgo estaba dividido en tres etapas: en la calle, a la esquina o la puerta y dentro de la casa, todas ellas expuestas a un férreo control público y de la familia de la novia.

interpretación que recibía por parte de los jornaleros, los aparceros y los propietarios, es coherente con este dominio de la moral de las clases más altas. “Llevarse a la novia” era aceptado por las familias (principalmente de jornaleros) que no tenían propiedades ni riquezas. Era una forma de precipitar el matrimonio cuando la pareja no quería continuar prolongándolo por diversos motivos: que los padres de la novia no quisieran celebrar la boda porque acabara de casarse otra hija o hubiese hijas mayores en la familia a la espera de contraer matrimonio; que la familia de la novia tuviese que guardar luto por la muerte de algún familiar (algo habitual en aquella época) y no considerase apropiada una boda en esas circunstancias; que la novia se hubiese quedado embarazada, etc. Sin embargo, esta costumbre era considerada un agravio —incluso a veces un delito, contemplado en el código penal de la época como raptó—, cuando el novio pertenecía a una familia de un estrato social y económico inferior al de la novia. El libre emparejamiento y una mayor tolerancia de las relaciones sexuales —algo que los emigrantes señalan como característico en países como Alemania en aquella época y una de las razones por las cuales no estaban dispuestos a llevar a sus propias familias en sus movimientos migratorios— suponía un riesgo principalmente para las familias más ricas, que podían ver disgregado su patrimonio si se producían y consolidaban enlaces matrimoniales entre sus mujeres con hombres de la clase trabajadora. El honor y la vergüenza constituían una protección cultural contra este riesgo.

## SEXO Y GÉNERO

Estadísticamente, los hombres y mujeres presentan diferencias biológicas universales. Los hombres son en general más altos y fuertes. Las mujeres tienen mayor destreza con la mano derecha, su metabolismo es más rápido y se recuperan antes de la fatiga. Estas diferencias son independientes del tipo de sociedad en que vivan. Los distintos rasgos biológicos pueden explicar algunas diferencias en los roles de género en la procreación, pero no son suficientes para explicar la distribución mucho más amplia de roles que se da en la sociedad, que depende de factores sociales y culturales (o si se prefiere, económicos, políticos, ecológicos, ideológicos, etc.).

En general, existe una tendencia en todas las sociedades a que las mujeres se ocupen de los asuntos relacionados con el cuidado de las personas y los hombres de las cuestiones económicas. El cuidado de la casa, de los hijos y de otras personas suelen ser quehaceres femeninos, mientras que llevar la economía o el gobierno de la familia o los grupos son tareas masculinas. Estas diferencias se corresponden a su vez con modelos acerca de lo que significa ser hombre o mujer. En castellano no disponemos de términos que signifiquen lo mismo que *assertiveness* o *nurturance* en inglés, que expresan estas diferencias claramente en ese idioma, pero los españoles compartimos las ideas a las que se refieren. También nosotros creemos, de acuerdo con nuestro modelo de la masculinidad, que los hombres deben ser fuertes, competitivos, agresivos, seguros de sí mismos, preocupados por el éxito material, mientras que las mujeres son tiernas, más dialogantes, emotivas, sentimentales, preocupadas

por las relaciones personales. Estas descripciones de la masculinidad y la feminidad son modelos ideales o estereotipos. No quiere decir que las mujeres y hombres sean así.

En algunas sociedades los roles de género son muy distintos y distantes, mientras que en otras existe una mayor convergencia. Hofstede (1998, 2001) denomina a las primeras masculinas y a las segundas femeninas, porque en estas últimas los roles de hombres y mujeres no sólo tienden a converger, sino que predominan, tanto entre las mujeres como entre los hombres, los valores del ideal femenino, que otorga más importancia a las relaciones personales y la calidad de vida que al éxito material o profesional.

Una de las cosas que revela el análisis estadístico de las diferencias culturales de los distintos países, realizado por Hofstede, es que esta dimensión cultural no está relacionada con todo lo que presuntamente podría tener que ver con el género. La cultura es una matriz multidimensional y, en ocasiones, los temas de género están más relacionados con otras variables. Por ejemplo, la demanda de castidad prematrimonial en las mujeres, que se da en algunas sociedades, es un rasgo que tiene más que ver con la evitación de la incertidumbre que con la masculinidad (Hofstede 1998: 100). Exigir de las mujeres que quieren contraer matrimonio que sean vírgenes, para que los hombres puedan estar seguros de la paternidad de sus hijos, es algo que tiene sentido en sociedades con un miedo a la incertidumbre y jerárquicas, en las que la posición social y los privilegios se transmiten a través de la herencia.

## UNA CULTURA MASCULINA

Los valores de los hombres y mujeres que aparecen en los relatos de vida de la Puebla son distintos. El ideal masculino es un hombre fuerte, enérgico, decidido, trabajador y exitoso con las mujeres. El ideal femenino se corresponde, sin embargo, con una mujer sumisa, sacrificada, hacendosa, hogareña, fiel, pura, piadosa y que cuida de su familia, un modelo muy cercano al de la Virgen María o el “ángel en la casa” del poema victoriano de Coventry Patmore.

Labrar con las mulas, segar a mano con hoz, dormir al raso con las bestias y pelar pinos eran tareas de “hombre”. Cuando las mujeres o los niños participaban en algunos de esos trabajos, se decía que lo hacían igual que hombres. El servicio militar era el ritual de paso mediante el cual los jóvenes se convertían en auténticos hombres. Las mujeres, por el contrario, eran educadas para cuidar de la casa, los hijos y el marido. Lo normal era que no trabajasen en el campo y, si lo hacían, dejaban de hacerlo en cuanto los hijos varones podían comenzar a ayudar a su padre. Cada sexo recibía una educación acorde con los valores del modelo de masculinidad o feminidad. Los hombres eran educados para convertirse en trabajadores y las mujeres para ser esposas y madres. La educación religiosa se transmitía por vía del género, siendo las niñas quienes mayores influencias recibían en este sentido de sus abuelas y madres.

En las culturas femeninas, los valores de los hombres y de las mujeres reciben la misma consideración por parte de ambos géneros. Sin embargo, en las culturas masculinas, se da más importancia a los valores masculinos que

a los femeninos. En una cultura masculina las mujeres, cuando se comportan de acuerdo con la norma social, se limitan “a estar en su sitio”, mientras que los hombres que siguen la norma cultural pueden llegar a alcanzar, sólo por el hecho de actuar de esa manera, posiciones valoradas positivamente por el conjunto de la comunidad. Está bien visto, por ejemplo, que un varón alardee de haber tenido muchas novias o conseguido comprar muchas tierras —cosas que proporcionan prestigio en el ranking social—, pero no ocurre lo mismo con una mujer fiel y hogareña, que simplemente hace lo que se espera de ella. En este tipo de culturas, el éxito o el fracaso (la toma de decisiones y la responsabilidad) están reservados para los hombres, y las mujeres que logran alcanzarlo (muy pocas en la época a la que nos referimos) son vistas como muy masculinas.

Al igual que ocurre con el resto de las variables culturales, el género puede ser empleado para explicar muchos comportamientos de la vida social. Pero esto no debe conducirnos a reducir toda la cultura al género. Alguien podría pensar que la cultura que estamos describiendo es simplemente “machista” y “marianista”, en consonancia con los modelos de los géneros que tiene, y que esto explica las diferencias de poder que existen entre los hombres y las mujeres. Sin embargo, no es así. Las propias relaciones entre los géneros, están influidas muchas veces por otras variables culturales. La distribución de los roles dentro de la familia o la elección de pareja, son dos temas en los que esto puede apreciarse. El papel dominante del padre y sumiso de la madre dentro de la familia, se deben en gran medida a la visión que se tiene desde esta cultura de la distancia de poder. En países como Austria, Australia o Irlanda hay culturas masculinas más igualitarias, a las que es difícil aplicar el término “machistas” con el significado que se le da en España. Sin embargo, que los padres se ocupen de los hechos y las madres de los sentimientos dentro de la familia o, lo que es igual, que los padres tengan que traer el pan a la casa y las madres encargarse de las relaciones con los hijos y su educación sentimental, sí tiene más que ver con la masculinidad de la cultura. Por otra parte, en las culturas masculinas hay una mayor diferencia entre la pareja que se desea y la persona con la que uno termina casándose, que en las culturas femeninas, en las que el marido o la mujer son vistos de la misma forma, como novios, amantes o amigos. La mayoría de los jóvenes de los relatos de este libro se casan con “santas”, pero esta característica tiene poca importancia, o incluso es vista como un inconveniente, cuando buscan mujeres para establecer una relación de pareja.

## EL MIEDO A LA INCERTIDUMBRE

Hay sociedades que tratan de evitar la incertidumbre ante lo desconocido y otras en las que el principio de incertidumbre es una motivación para sus miembros. La movilidad laboral, la velocidad con la que se crean y deshacen las familias, el tipo de religión dominante, la legislación, los rituales y la confianza en los avances tecnológicos para resolver problemas, son algunos de los indicadores de esta dimensión de la cultura. Un país en el que todo el mundo aspira a convertirse en funcionario, vivir en el mismo sitio en que nació, con leyes

para todo (independientemente de que se cumplan), con numerosos rituales, católico, con familias bastante estables y donde se piensa que los avances tecnológicos son la panacea para resolver los problemas, y no la gestión u organización racional de los recursos, es, sin duda, un país con una cultura que trata de evitar la ansiedad que produce enfrentarse a lo desconocido. La evitación de la incertidumbre es uno de los rasgos culturales en los que los españoles, como nación, puntuamos alto en las estadísticas de Hofstede. Los personajes de los relatos de vida de este libro ejemplifican, en una época pasada, esta característica de nuestra forma de pensar.

La incertidumbre y el riesgo no son lo mismo. La incertidumbre tiene que ver con lo ambiguo, lo impredecible, la ausencia de una verdad absoluta sobre las cosas. Las situaciones inciertas o desconocidas producen ansiedad en los individuos. Hay culturas que desarrollan mecanismos para evitarlas, mientras que otras acostumbran a su miembros a aceptarlas e incluso verlas como un aliciente. El riesgo, sin embargo, está ligado a las conductas concretas y consiste en la probabilidad de que éstas tengan consecuencias no deseadas o negativas. Las culturas que evitan la incertidumbre no tienen por qué ser las menos arriesgadas. Lo que provoca malestar no es el riesgo, sino desconocer su existencia o su alcance.

La religión católica ha jugado un papel importante en la forma que tenemos los españoles de pensar y afrontar la vida. La creencia en la existencia de un solo Dios y una vida más allá de la muerte son ampliamente aceptadas, incluso entre las personas que no se consideran religiosas. El miedo a lo incierto está detrás de estas creencias. Uno de los informantes me preguntó en una de las entrevistas qué pensaba al respecto, dando por supuesto que compartía los mismos temores y las respuestas que nos ofrece nuestra cultura.

Las culturas que evitan la incertidumbre son culturas cerradas sobre sí mismas, que rehuyen y repelen las influencias externas. Sus miembros exhiben una seguridad y autocomplacencia superlativas respecto de sus hábitos y costumbres. Para este tipo de personas, lo suyo siempre es lo mejor. Las culturas que evitan la incertidumbre tratan de aislarse, de blindarse contra las influencias externas, son intolerantes por definición. Esto no las hace mejores o peores en sí mismas, sino diferentes de aquellas que tienen una mayor permeabilidad a las ideas, preferencias y hábitos ajenos.

Otra característica de las culturas que evitan la incertidumbre es su emotividad. En este tipo de culturas las emociones se manifiestan abiertamente. La gente expresa alegría, tristeza o enfado públicamente de manera histriónica. Sin embargo, estas manifestaciones emotivas muchas veces no dejan ver cómo se encuentran realmente las personas. La mirada y la expresión de la cara no son, como en otras culturas, el espejo del alma. No se trata de un ocultamiento deliberado, sino más bien de un mecanismo de defensa cultural. El recelo y la desconfianza son habituales en este tipo de culturas.

Las sociedades con una cultura que trata de evitar la incertidumbre, tienden a normativizar la vida social. Son sociedades con muchas leyes y normas. Por otra parte, el exceso de normas y la desconfianza de la gente

hacia las mismas hacen que a menudo no se cumplan e, incluso, esté bien visto saltárselas. Un buen ejemplo de esto lo tenemos en el estraperlo. Durante la Guerra Civil y después en la posguerra, el Estado intervino numerosos artículos y los sometió a racionamiento. Paralelamente se desarrolló un comercio ilegal de estos productos. La aceptación y comprensión del estraperlo es habitual en la mayoría de los relatos de vida en que se menciona el tema. El refranero español está lleno de expresiones que recogen esta creencia popular: “leyes implanta quien más las quebranta” o “quien hace la ley, hace la trampa”.

## SOBREVIVIR EN ESPAÑA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

La lucha por la supervivencia es una de las características que se observa en la mayoría de las historias personales de este libro. A lo largo de la vida de estas personas fueron muchas las víctimas, entre sus familiares y allegados, que se quedaron en el camino. Las duras condiciones de vida que se dieron en España durante la primera mitad del siglo XX, produjeron numerosas bajas entre la población infantil y femenina. La Guerra Civil se ocupó de igualar esa mortalidad entre los varones.

Según un estudio realizado por Alberto Sanz Gimeno y Diego Ramiro Fariñas, publicado en 2002, los niveles de mortalidad durante la infancia en España a finales del siglo XIX eran muy elevados. La probabilidad de morir antes del décimo aniversario se situaba en torno al 450 por mil, lo que quiere decir que casi la mitad de los niños fallecía antes de llegar a cumplir diez años de edad. Esta mortalidad tan severa refleja el retraso de la sociedad española de la época. En los primeros cuarenta años del siglo XX, las probabilidades de morir para un niño que contrajera una diarrea y enteritis se mantuvieron bastante estables. La pandemia de gripe (1918-1920) y la Guerra Civil (1936-1939) jugaron un papel decisivo en que así ocurriera. A pesar de las nefastas condiciones en que quedó el país tras la Guerra, en las décadas de los años 40 y 50 la mortalidad infantil inició una tendencia a disminuir que, según Sanz Gimeno y Ramiro Fariñas, se debió principalmente a factores de tipo económico y social (descubrimientos médicos, mejoras sanitarias, introducción de remedios contra enfermedades infecciosas, obras de carácter social, labor educativa con las madres por parte de la Sección Femenina de Falange Española o el Auxilio Social) y no económicos. Estos autores señalan en su trabajo que:

*En 1960, las características de la mortalidad en la infancia son las propias de un país desarrollado con un proceso de transición demográfica avanzada, aunque en los años posteriores se registran aún importantes ganancias en la reducción de la mortalidad en las primeras edades de la vida (Sanz Gimeno y Ramiro Fariñas 2002: 381).*

Con independencia del número de víctimas que produjo la Guerra Civil —que los diversos estudios sitúan en torno a 150.000 ó 200.000

personas—, de lo que no cabe ninguna duda es de que dicha mortalidad afectó principalmente a los hombres. Tras la contienda, casi medio millón de soldados republicanos fueron alojados improvisadamente en campos de concentración. La mayor parte fueron liberados en los meses posteriores, pero las cárceles se llenaron de presos políticos (la población reclusa pasó de 12.574 personas en 1934 a 270.710 en 1940, según cifras oficiales del Anuario Estadístico de España). El noventa por ciento eran hombres. Las ejecuciones sumarísimas, la masificación en las cárceles y las penosas condiciones sanitarias e higiénicas, provocaron la muerte de muchos presos. A todo esto habría que añadir la diáspora que la Guerra produjo. Una de las consecuencias de todo esto es que una parte de la población masculina a la que se refiere esta investigación, la que luchó en el bando republicano durante la Guerra Civil, desapareció en esa época, como pone de manifiesto una de las personas incluidas en esta recopilación de historias personales.

## SUPERVIVENCIA Y ORIENTACIÓN A LARGO PLAZO

La esperanza de vida de la gente y su actitud y forma de pensar en relación al tiempo parecen oponerse en muchos países, aunque sea difícil afirmar que existe una correlación unívoca entre ambas variables. La cultura tiene distintas dimensiones que hacen posibles diferentes combinaciones en relación con la manera de reaccionar de la gente de un país a su entorno y circunstancias inmediatas. Sin embargo, la idea de que cuanto más corta resulta la perspectiva de vivir, mayor es la defensa de virtudes orientadas hacia la obtención de recompensas futuras, parece algo que se confirma en la España de la posguerra, según los relatos de vida de esta investigación. De la misma forma, la cultura anglosajona, que fomenta la satisfacción inmediata de los deseos a través del consumo, en lugares donde la muerte es algo que se produce a largo plazo, se ha ido extendiendo entre los países que han experimentado un mayor crecimiento económico en las últimas décadas, incluido España.

¿Cuáles son los valores de una cultura con una orientación a largo plazo? Según Hofstede, que se hizo esta pregunta cuando empezó a examinar la distinta forma que tenían de responder a las encuestas sobre actitudes y valores los habitantes de algunos países asiáticos respecto de los del resto del mundo, estos valores están recogidos en las máximas del filósofo chino Confucio: obediencia, modestia, perseverancia, frugalidad y voluntad de mejorar (Hofstede 1988).

La vieja idea de que la estética de los pueblos y su moral están íntimamente relacionadas, se puede apreciar en los discursos e imágenes recopilados en esta investigación. La parquedad del léxico y la continencia verbal de algunas de las historias personales, así como la sobriedad y austeridad de los rostros y las poses de las personas que aparecen en las fotografías de aquella época, parecen confirmar sin necesidad de mayores explicaciones esta impresión. La virtud de estas gentes, como la de los chinos, estaba en la moderación y la templanza, junto al deseo de salir adelante e ir mejorando en la vida a base

de porfiar. En una cultura así el trabajo, y no el ocio, es lo importante, una actitud muy distinta de la de la generación de los nietos de las personas de las historias de este libro.

El trabajo es un aspecto central en la vida de estas personas y uno de los temas culturales más destacados en la mayoría de los relatos. Se aprecia una clara diferencia de género en el significado que se da a la actividad laboral —una diferencia que tiene que ver con la percepción del trabajo y no con las tareas realizadas. El trabajo de las mujeres es visto fundamentalmente como una actividad doméstica, mientras que el de los hombres se concibe como una actividad productiva. Las historias de los hombres siguen siempre un mismo patrón. Todos comenzaron a trabajar de pequeños, la mayoría de las veces realizando trabajos duros para su edad. Al llegar a la edad de cumplir el servicio militar interrumpieron su actividad laboral, aunque la mayoría parece que emplearon los permisos para ayudar a sus familias en los momentos de mayor actividad del ciclo anual agrícola. Después de la mili todos regresaron a sus casas, donde ya eran considerados como “hombres” o trabajadores adultos. Al poco tiempo la mayoría se convirtieron en cabezas de sus propias familias, concentrando su trabajo en la obtención de los recursos necesarios para sacarlas adelante. Sin embargo, la descripción de la trayectoria vital de las mujeres no suele contemplar la actividad laboral como una faceta sobresaliente en sus vidas, aunque algunas hayan trabajado en el campo igual que sus hermanos y maridos. Además, todas ellas confieren un gran valor al trabajo realizado por sus maridos y, así, cuando quieren destacar sus cualidades positivas, suelen decir que fueron hombres muy trabajadores.

Se trata de personas que han carecido de oportunidades, pero han tenido siempre la voluntad de mejorar en la vida. La educación ofrece un buen ejemplo de ello. Prácticamente ninguno tuvo oportunidad de ir a la escuela el tiempo suficiente para recibir una formación. Sin embargo, esta carencia es descrita por la mayoría como un anhelo. A todos les habría gustado tener más estudios y se esforzaron por aprender al menos a leer y escribir, aunque fuese de forma rudimentaria. Esta preocupación parece también mayor en los hombres que en las mujeres. El común denominador de buena parte de las experiencias descritas en los relatos de vida es la perseverancia, esa virtud que también describe el refrán “el que la sigue, la consigue”, y que para los poblados es válido, además de para la caza o la búsqueda de una mujer, para cualquier ámbito de la vida. La mayor parte de las historias personales, cuentan vidas de individuos que han acabado triunfando pese a la adversidad gracias a esta perseverancia. “Todo lo que tengo lo he conseguido trabajando” es una expresión típica en este contexto.

Los protagonistas de estas historias no buscan resultados inmediatos en lo que hacen. Más bien, parecen creer que los acontecimientos más importantes en su vida están todavía por suceder. Para ello es necesario una buena administración de los recursos que tienen en cada momento y saber ahorrar. La acumulación de riqueza, y no el gasto, es la estrategia económica que mejor se aviene con esta forma de pensar. No es, por tanto, extraño que la



mayoría de los campesinos sin tierras aspirasen a conseguirlas y vieses en los bienes inmobiliarios, los aperos, animales y la maquinaria —esta última cuando empezó el proceso de modernización de la agricultura en los años sesenta— los medios para capitalizar su trabajo. En los emigrantes se observa el mismo tipo de conducta. La emigración es contemplada como una manera de acumular ingresos que, a la vuelta, se emplean para comprar casa, tierras, camiones o maquinaria agrícola con la que poder trabajar.

\* \* \* \* \*

En suma, podemos decir que los rasgos que definen la cultura de los relatos de vida de este libro son: la aceptación de una distancia de poder, el colectivismo, la masculinidad, la evitación de la incertidumbre y una orientación a largo plazo. Muchas de las características de la forma de pensar de los autores de los relatos y el modo de vida de los personajes que aparecen descritos en ellos, pueden entenderse como resultado de las sinergias de varias de estas dimensiones de su cultura.



# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez García, María Cruz. 1997. "Actualidad de la hermandad de Animas en Puebla de Don Fadrique." *Actas del 3r Congreso de la Sociedad Ibérica de Etnomusicología*. Benicàssim, Valencia, mayo 1997.  
[www.sibetrans.com/actas/actas\\_3/27\\_alvarez.pdf](http://www.sibetrans.com/actas/actas_3/27_alvarez.pdf)

Atkinson, Robert. 1998. *The Life Story Interview*. Newbury Park, California: Sage.

Barret, Richard A. 1974. *Benabarre. The Modernization of a Spanish Village*. New York: Holt, Rinehart and Winston.

Barthes, Roland. 1966. Introduction à l'analyse structurale des récits. *Communications* 8. Seuil: École Pratique des Hautes Études. Pp. 1-27.

Berruezo Díaz, Antonio. 1980. *Puebla de Don Fadrique. 1525-1980*. Murcia.

Brandes, Stanley. 1975. *Migration, Kinship, and Community. Tradition And Transition in a Spanish Village*. New York, San Francisco, London: Academic Press.

Brandes, Stanley. 1980. *Metaphors of Masculinity. Sex and Status in Andalusian Folklore*. Philadelphia, Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.

Brenan, Gerald. 1943. *The Spanish Labyrinth. An Account of the Social and Political Background of the Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press.

Buchler, Hans Christian y Judith-María Buchler. 1981. *The Autobiography of a Spanish Galician Woman*. Cambridge: Shenkman.

Cain, Carole. 1991. Personal Stories: Identity Acquisition and Self-Understanding in Alcoholics. Anonymous, *Ethos* 19 (2): 210-253.

Carr, David. 1997. Narrative and the Real World: An Argument for Continuity. En Hinchman, Lewis P. y Hinchman, Sandra K. (eds.) 1997. *Memory, Identity, Community. The Idea of Narrative in the Human Sciences*. Albany, New York: State University of New York Press. Pp.: 7-25.

Carrión Íñiguez, José Deogracias. 2004. *La persecución religiosa en la provincia de Albacete durante la guerra civil 1936-1939*. Albacete: Instituto de Estudios Albacetenses, Diputación Provincial de Albacete.

Climo, Jacob J. y Cattel, María G. (eds.). 2002. *Social Memory and History. Anthropological Perspectives*. Walnut Creek, California: Altamira Press.

Collier, George. 1987. *Socialists of Rural Andalusia : Unacknowledged Revolutionaries of the Second Republic*. Stanford, California: Stanford University Press.

Cruikshank, Julie (en colaboración con Angela Sidney, Kitty Smith y Anie Ned). 1990. *Life Lived Like a Story: Life Stories of Three Yukon Native Elders*. Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press.

Cruikshank, Julie. 1998. *The Social Life of Stories: Narrative and Knowledge in the Yukon Territory*. Lincoln, Nebraska: University of Nebraska Press.

D'Andrade, Roy. 1995. *The Development of Cognitive Anthropology*. New York: Cambridge University Press.

Eisenstadt, Shmuel N. y Roniger, L. 1984. *Patrons, Clients, and Friends: Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*. Cambridge and New York: Cambridge University Press.

Fabian, Johannes. 2002. *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object*. New York: Columbia University Press.

Fabian, Johannes. 2007. *Memory Against Culture*. Durham, North Carolina: Duke University Press.

Federal Writers' Project. 1939. *These are our Lives, as Told by the People and Written by Members of the Federal Writers' Project of the Works Progress Administration in North Carolina, Tennessee and Georgia*. Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press.

Frigolé Reixach, Joan. 1986. *"Llevarse a la novia": Matrimonios consuetudinarios en Murcia y Andalucía*. Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.

Frigolé Reixach, Joan. 1998. *Un hombre*. Barcelona: Muchnik Editores.

García, José Luis et al. 1991. *Rituales y proceso social. Estudio comparativo en cinco zonas españolas*. Madrid: Ministerio de Cultura.

Gellner, Ernest y Waterbury, John (eds.). 1977. *Patrons and Clients in Mediterranean Societies*. London : Duckworth.

Hinchman, Lewis P. y Hinchman, Sandra K. (eds.) 1997. *Memory, Identity, Community. The Idea of Narrative in the Human Sciences*. Albany, New York: State University of New York Press.

Hofstede, Geert. 2001. *Culture's Consequences*. Thousand Oaks, California: Sage.

Hofstede, Geert y Michael Harris Bond. 1988. The Confucius Connection. From Cultural Roots to Economic Growth. *Organizational Dynamics*, 16 (4): 4-21.

Hofstede, Geert y asociados. 1998. *Masculinity and Femininity. The Taboo Dimension of National Cultures*. Thousand Oaks, California: Sage.

Holland, Dorothy y Quinn, Naomi. 1987. *Cultural Models in Language and Thought*. New York: Cambridge University Press.

Jackson, Bruce. 2006. *The Story is True. The Art and Meaning of Telling Stories*. Philadelphia: Temple University Press.

Kenny, Michael. 1961. *A Spanish Tapestry. Town and Country in Castile*. Bloomington: Indiana University Press.

Kerby, Anthony P. 1988. The Adequacy of Self-Narration: A Hermeneutical Approach. *Philosophy and Literature*, 12: 232-244.

Labov, William. 1972. *Language in the Inner City. Studies in the Black English Vernacular*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Linde, Charlotte. 1993. *Life Stories. The Creation of Coherence*. New York: Oxford University Press.

Lison Tolosana, Carmelo. 1966. *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town*. Oxford: Clarendon Press.

Lorenzo, Cesar, M. 1969. *Les anarchistes espagnols et le pouvoir, 1868-1969*. Paris : Editions du Seuil. Traducido al castellano como: *Los anarquistas españoles y el poder: 1868-1969*. París: Ruedo Ibérico, 1972.

Luque Baena, Enrique. 1974. *Estudio antropológico social de un pueblo del sur*. Madrid: Tecnos.

Malefakis, Edward E. 1970. *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain. Origins of the Civil War*. New Haven: Yale University Press. Traducido al castellano como: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona: Ariel, 1976.

Marín, Pilar. 2006. *El cierre del círculo. (Historia de unas vidas, de una época vivida por mí, en España)*. Granada: Entorno Gráfico.

Marsal, Juan F. 1969. *Hacer la América: Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*. Buenos Aires : Editorial del Instituto.

Martínez Allier, Juan. 1971. *Labourers and Landowners in Southern Spain*. Totowa, New Jersey: Rowman and Littlefield.

Louis O. Mink, 1978. Narrative Form as a Cognitive Instrument. En Robert H. Canary y Henry Kozicki (eds.), *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding*. Madison: University of Wisconsin Press. Pp.: 129-49.

Mintz, Jerome. 1982. *The Anarchists of Casas Viejas*. Chicago: University of Chicago Press.

Moreno Bonache, Felipe 1998. *Puebla de Don Fadrique en la encrucijada. Geografía, costumbres, léxico local*. Granada: Sagrafic.

Moreno Navarro, Isidoro. 1981. Hacia la generalización de la conciencia de identidad (1936-1981). En *Historia de Andalucía*. Vol. VIII. *La Andalucía Contemporánea (1868-1981)*. Barcelona. Cupsa Editorial/Editorial Planeta.

Moreno Navarro, Isidoro. 1993. Cultura del trabajo e ideología: El movimiento campesino anarquista andaluz. En Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina, *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Navarro, Pío. 1979. *Mecina. La cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Peirats, José. 1976. *Los anarquistas en la Guerra Civil española*. Madrid: Júcar.

Peristiany, J. G. (ed.). 1966. *Honour and Shame. The Values of Mediterranean Society*. Chicago: The University of Chicago Press.

Pitt-Rivers, Julian. 1954. *The People of the Sierra*. New York: Criterion Books.

Pitt-Rivers, Julian. 1963. *Mediterranean Countrymen. Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean*. Paris: Mouton.

Price, Sally y Richard Price. 1966a. Noviazgo in an Andalusian pueblo. *Southwestern Journal of Anthropology*, 22 (3): 302-322.

Price, Richard y Sally Price. 1966b. Stratification and Courtship in an Andalusian village. *Man*, 1 (4): 526-533.

Ricoeur, Paul. 1983. *Temps et récit*. Paris: Seuil.

Riessman, Catherine K. 1990. *Divorce Talk. Women and Men Make Sense of Personal Relationships*. New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press.

Riessman, Catherine K. 1993. *Narrative Analysis*. Newbury Park, California: Sage

Rodgers, Susan (ed.) 1995. *Telling Lives, Telling History. Autobiography and Historical Imagination in Modern Indonesia*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.

Rodríguez, Jeanette y Ted Frontier. 2007. *Cultural Memory. Resistance, Faith and Identity*. Austin, Texas: University of Texas Press.

Rosaldo, Renato. 1980. *Ilongot Headhunting 1883-1974. A Study in Society and History*. Stanford, California: Stanford University Press.

Rubin, David C. 1995. *Memory in Oral Traditions. The Cognitive Psychology of Epic, Ballads, and Counting-out Rhymes*. New York and Oxford: Oxford University Press.

Rubio Lapaz, Jesús. 1993. *Arte e historia en Puebla de Don Fadrique: la Iglesia parroquial de Santa María*. Granada: Diputación Provincial de Granada.

Sanz Gimeno, Alberto y Ramiro Fariñas, Diego. 2002. Infancia, mortalidad y niveles de vida en la España interior. Siglos XIX y XX. En Martínez Carrión, José Miguel, *El nivel de vida en la España rural, siglos XVII-XX*. Salamanca: Universidad de Alicante. Pp. 359-404.

Schmidt, Steffen W. et al. 1977. *Friends, Followers and Factions : A Reader in Political Clientelism*. Berkeley, California: University of California Press.

Shweder, Richard A. 1994. "You're not sick, you're just in love": Emotion as an interpretive system. En Paul Ekman and Richard J. Davidson (eds.), *The Nature of Emotion*. New York: Oxford University Press. Pp. 32-44.

Thompson, Michael, Ellis, Richard y Wildavsky, Aaron. 1990. *Cultural Theory*. Boulder, San Francisco: Westview Press.

Terill, Tom E. y Hirsch, Jerrold (eds.). 1978. *Such as Us. Southern Voices of the Thirties*. Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press.

Tokin, Elizabeth. 1992. *Narrating Our Pasts. The Social Construction of Oral History*. Cambridge and New York: Cambridge University Press.

Tuñón de Lara, Manuel. 1985. *Tres claves de la Segunda República*. Madrid: Alianza Editorial.

White, Hayden 1980. The Value of Narrativity in the Representation of Reality. *Critical Inquiry*, 7 (1): 5-27.





# GLOSARIO

**Abarca:** Calzado de cuero crudo que cubre sólo la planta de los pies, con reborde en torno, y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo. Se hace también de caucho.

**Acedera:** Planta perenne de la familia de las Polygonáceas, con el tallo fistuloso y derecho, hojas alternas y envainadoras, y flores pequeñas y verdosas dispuestas en verticilos. Se emplea como condimento por su sabor ácido, debido al oxalato potásico que contiene.

**Acial:** Instrumento con el que oprimiendo un labio, la parte superior del hocico, o una oreja de las bestias, se las hace estar quietas mientras las hierran, curan o esquilan.

**Adagio:** Sentencia breve, comúnmente recibida y, la mayoría de las veces, moral.

**Adiar:** Señalar o fijar día.

**Aguadera:** Armazón de madera, esparto, mimbre u otra materia semejante, con divisiones, que se coloca sobre las caballerías para llevar en cántaros o barriles agua u otras cosas.

**Agüeras:** Aguadera.

**Ajorrar:** Llevar arrastrando hasta el cargadero los troncos que se cortan en los montes.

**Ajustar:** Dicho de una persona: Ponerse de acuerdo con otra u otras en algún ajuste o convenio.

**Albahaca:** Planta anual de la familia de las Labiadas, con tallos ramosos y velludos de unos tres decímetros de altura, hojas oblongas, lampiñas y muy verdes, y flores blancas, algo purpúreas. Tiene fuerte olor aromático.

**Aletría:** Fideo.

**Alhábega:** Albahaca.

**Aliaga:** Planta de la familia de las Papilionáceas, como de un metro de altura, espinosa, con hojas lisas terminadas en púas y flores amarillas. Las puntas tiernas gustan al ganado. El resto de la planta se machaca, aplastando las espinas, para darla en pienso.

**Aljibe:** Depósito de agua.

**Almaraz:** Aguja con mango de madera en un extremo y agujero en el otro que se utiliza para el cosido de las esparteñas.

**Almirez:** Mortero de metal, pequeño y portátil, que sirve para machacar o moler en él.

**Alpargata:** Calzado de lona con suela de esparto o cáñamo, que se asegura por simple ajuste o con cintas.

**Alpargate:** Alpargata.

**Amasijo:** Porción de harina amasada para hacer pan.

**Amonestación:** Notificación pública que se hace en la iglesia de los nombres de quienes se van a casar u ordenar, a fin de que, si alguien supiere de algún impedimento, lo denuncie.

**Aniaga:** Salario que cada año se paga al labrador.

**Apero:** Conjunto de instrumentos y demás cosas necesarias para la labranza. Conjunto de animales destinados en una hacienda a las faenas agrícolas. Conjunto de accesorios que forman el aparejo de las bestias de carga. Rebaño o ható de ganado.

**Aperrear:** Fatigar mucho a alguien, causarle gran molestia y trabajo.

**Aprisco:** Paraje donde los pastores recogen el ganado para resguardarlo de la intemperie.

**Arna:** Vaso de colmena.

**Árnica:** Planta de la familia de las Compuestas, de raíz perenne, tallo de unos tres decímetros de altura, hueco, veloso y áspero, ramas colocadas de dos en dos, simples, derechas, desnudas y con una flor terminal amarilla, hojas aovadas y semejantes a las del llantén, ásperas por encima y lampiñas por el envés, y semillas de color pardo, con un vilano que las rodea. Las flores y la raíz tienen sabor acre, aromático y olor fuerte, que hace estornudar. Se emplea en medicina.

**Arrebol:** Color rojo de las nubes iluminadas por los rayos del Sol.

**Arreglar:** Ajustar.

**Arregostarse:** Engolosinarse, aficionarse a algo.

**Artesa:** Cajón cuadrilongo, por lo común de madera, que por sus cuatro lados va angostando hacia el fondo. Sirve para amasar el pan y para otros usos.

**Atocha:** Esparto.

**Aventar:** Echar al viento algo, especialmente los granos que se limpian en la era.

**Avío:** Utensilios necesarios para algo. Entre pastores y gente de campo, provisión que se lleva al ható para alimentarse durante el tiempo que se tarda en volver al pueblo o cortijo.

**Bálago:** Paja larga de los cereales después de quitarle el grano.

**Baleo:** Ruedo o felpudo.

**Bancal:** En las sierras y terrenos pendientes, rellano de tierra que natural

o artificialmente se forma, y que se aprovecha para algún cultivo.

**Blandón:** Hacha de cera de un pabilo.

**Boja:** Planta herbácea de la familia de las Compuestas, de cuatro decímetros a un metro de altura, con tallos fuertes, hojas blanquecinas, y flores en cabezuelas amarillas de olor aromático

**Boquinegro, gra:** Dicho de un animal: Que tiene la boca u hocico negro, siendo de otro color lo restante de la cabeza o de la cara.

**Bozo:** Cabestro o cuerda que se echa a las caballerías sobre la boca, y dando un nudo por debajo de ella, forma un cabezón con sólo un cabo o rienda.

**Buchaca:** Bolsa, bolsillo.

**Calar:** Lugar donde abunda la piedra caliza.

**Caliche:** Hito

**Canalera:** Canal del tejado. Agua que cae por ella cuando llueve.  
Capazo: Espuerta grande de esparto o de palma.

**Cardo:** Planta anual, de la familia de las Compuestas, que alcanza un metro de altura, de hojas grandes y espinosas como las de la alcachofa, flores azules en cabezuela, y pencas que se comen crudas o cocidas, después de aporcada la planta para que resulten más blancas, tiernas y sabrosas.

**Careo, dar:** Soltar, dejar irse. Carear.

**Carear:** Dicho del ganado: Pacer o pastar cuando va de camino. Dirigir el ganado hacia alguna parte.

**Carrasca:** Encina, generalmente pequeña, o mata de ella.

**Carrero:** Carretero.

**Carretero:** Hombre que guía las caballerías o los bueyes que tiran de tales vehículos.

**Castillo:** Hoguera.

**Catón:** Libro compuesto de frases y períodos cortos y graduados para ejercitar en la lectura a los principiantes.

**Cayada,** o: Palo o bastón corvo por la parte superior, especialmente el de los pastores, para prender y retener las reses.

**Celemín:** Medida antigua superficial que equivalía a 537 m<sup>2</sup> aproximadamente, y era el espacio de terreno que se consideraba necesario para sembrar un celemín de trigo. Porción de grano, semillas u otra cosa semejante que llena exactamente la medida del celemín.

**Genacho:** Espuerta de esparto o palma, con una o dos asas, que sirve para llevar carne, pescado, hortalizas, frutas o cosas semejantes.

**Cencerrada:** Ruido desapacible que se hace con cencerros, cuernos y otras cosas, para burlarse de los viudos la primera noche de sus nuevas bodas.

**Cerner:** Separar con el cedazo la harina del salvado, o cualquier otra materia reducida a polvo, de suerte que lo más grueso quede sobre la tela, y lo sutil caiga al sitio destinado para recogerlo.

**Chalán:** Persona que trata en compras y ventas, especialmente de caballos u otras bestias, y tiene para ello maña y persuasiva.

**Chino:** Cochino.

**Choto:** Cría macho de la cabra mientras mama.

**Chozo:** Choza pequeña.

**Chusco:** Pedazo de pan, mendrugo o panecillo.

**Cincha:** Faja de cáñamo, lana, cerda, cuero o esparto, con que se asegura la silla o albarda sobre la cabalgadura, ciñéndola ya por detrás de los codillos o ya por debajo de la barriga y apretándola con una o más hebillas.

**Clueca:** Se dice de la gallina y de otras aves, cuando se echan sobre los huevos para empollarlos.

**Cobertera:** Pieza llana de metal o de barro, de forma generalmente circular, y con un asa o botón en medio, que sirve para tapar las ollas o para otros usos.

**Colaña:** Pieza de madera de hilo, de 20 palmos de longitud, con una escuadría de seis pulgadas de tabla, por cuatro de canto.

**Colleja:** Hierba de la familia de las Cariofiláceas, de cuatro a ocho decímetros de altura, con hojas lanceoladas, blanquecinas y suaves, tallos ahorquillados y flores blancas en panoja colgante. Es muy común en los sembrados y parajes incultos, y se come en algunas partes como verdura.

**Collera:** Collar de cuero o lona, relleno de borra o paja, que se pone en el cuello a las caballerías o a los bueyes para que no les haga daño el horcate.

**Corbo:** Genacho.

**Corvo, va:** Machete curvo utilizado en la labranza.

**Cotarro:** Ladera de un barranco.

**Cruces, echar las:** Casar.

**Cuartero:** Persona a quien se encarga la custodia y cobranza de las rentas de granos de los cortijos.

**Cuarterón:** Un cuarto de litro.

**Cuerva:** Sangría.

**Cuño:** Montón o pelotón.

**De media tijera:** De medio pelo. Que quiere aparentar más de lo que es.

**Derrengar:** Descaderar, lastimar gravemente el espinazo o los lomos de una persona o de un animal.

**Desaparejar:** Quitar el aparejo a una caballería.

**Economato:** Almacén establecido por una empresa o institución para vender entre sus miembros sus productos, a un precio más barato.

**Ejido:** Campo común de un pueblo, lindante con él, que no se labra, y donde suelen reunirse los ganados o establecerse las eras.

**Engaliar:** Engañar, embaucar.

**Enrobinarse:** Oxidarse (utilizado en Albacete y Aragón).

**Escavillar:** Escavar.

**Escavillo:** Azada pequeña.

**Esparfollar:** Deshojar las mazorcas de maíz.

**Esparteña:** Alpargata de cuerda de esparto.

**Espuerta:** Especie de cesta de esparto, palma u otra materia, con dos asas, que sirve para llevar de una parte a otra escombros, tierra u otras cosas semejantes.

**A espuestas:** A montones, en abundancia.

**Esteva:** Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano quien ara, para dirigir la reja y apretarla contra la tierra.

**Estoserse:** Emitir sonidos similares a la tos, de manera deliberada.

**Estraperlo:** Comercio ilegal de artículos intervenidos por el Estado.

**Esturrear:** Dispersar, espantar a los animales moviendo las manos y dando gritos.

**Fanega:** Medida de capacidad para áridos que, según el marco de Castilla, tiene 12 celemines y equivale a 55,5 l, pero es muy variable según las diversas regiones de España.

**Faltriquera:** Bolsillo que se atan las mujeres a la cintura y llevan colgando debajo del vestido o delantal.

**Forcípula:** Instrumento utilizado para medir el diámetro del tronco de los árboles.

**Francachela:** Reunión de varias personas para regalarse y divertirse comiendo y bebiendo, en general sin tasa y descomedidamente.

**Fudre:** Recipiente para el vino, generalmente de gran tamaño.

**Furrier:** Oficial que cuidaba de las cobranzas en el ejército.

**Galguería:** Golosina, chuchería.

**Gamón:** Planta de la familia de las Liliáceas, con hojas erguidas, largas, en figura de espada, flores blancas con una línea rojiza en cada pétalo, en espiga apretada, sobre un escapo rollizo de un metro aproximadamente de altura, y raíces tuberculosas, fusiformes e íntimamente unidas por uno de sus extremos.

**Gavilla:** Conjunto de sarmientos, cañas, mieses, ramas, hierba, etc., mayor que el manojo y menor que el haz.

**Gastador:** Soldado, generalmente más alto que sus compañeros, que desfila a la cabeza de una formación.

**Guardería:** Ocupación y trabajo del guarda.

**Grana:** Paño fino usado para trajes de fiesta.

**Granzones:** Nudos de la paja que quedan cuando se criba, y que suele dejar el ganado en el pesebre.

**Greda:** Arcilla arenosa, por lo común de color blanco azulado.

**Guisandera:** Persona que guisa la comida.

**Guíscano:** Níscalo.

**Guita:** Cuerda delgada de cáñamo.

**Guitar:** Coser o labrar con guita.

**Haberío:** Ganado o conjunto de los animales domésticos.

**Hacer molde:** Hacer punto de media. Crear un tejido enlazando y trabando un hilo con dos agujas (moldes).  
**Hatajo:** Grupo pequeño de ganado.

**Hato:** hatería.

**Hatería:** Provisión de víveres con que para algunos días se abastece a los pastores, jornaleros y mineros.

**Hatero, a:** Encargado de llevar la provisión de víveres a los pastores.

**Haza:** Porción de tierra labrantía o de sembradura.

**Hito:** Juego que consiste en fijar en la tierra un clavo y tirarle herrones o tejos.

**Horca:** Palo que remata en dos o más púas hechas del mismo palo o sobrepuestas de hierro, con el cual los labradores hacinan las mieses, las echan en el carro, levantan la paja y revuelven la parva.

**Huebra:** Espacio que se ara en un día. Par de mulas y mozo para trabajar un día entero. Tierra labrantía que no se siembra, aunque se are.

**Ideos:** maniático.

**Iguala:** Convenio entre médico y cliente por el que aquél presta a éste sus servicios mediante una cantidad fija anual, en metálico o en especie.

**Igualar:** Hacer ajuste o convenirse con pacto sobre algo.

**Imaginaria:** En el servicio militar: Vigilancia que se hace por turno durante la noche en cada dormitorio colectivo. Soldado que presta estos servicios.

**Iniesta:** Retama. Mata de la familia de las Papilionáceas, de dos a cuatro metros de altura, con muchas verdascas o ramas delgadas, largas, flexibles, de color verde ceniciento y algo angulosas, hojas muy escasas, pequeñas, lanceoladas, flores amarillas en racimos laterales y fruto de vaina globosa con una sola semilla negruzca. Es común en España y apreciada para combustible de los hornos de pan.

**Intención:** Designio de aplicar una oración, una misa u otro acto del culto en favor de una persona determinada o de la consecución de un bien espiritual o temporal.

**Jarramanta:** Carácter informal en el vestir, con la camisa siempre fuera del pantalón. Descamisado. Palabra empleada en Extremadura.

**Jornalero, a:** Persona que trabaja a jornal.

**Julepe:** Juego de naipes en que se pone un fondo y se señala triunfo volviendo una carta, después de repartir tres a cada jugador. Por cada baza que se hace, se gana la tercera parte del fondo, y quien no hace ninguna queda obligado a reponer el fondo.

**Majada:** Lugar donde se recoge de noche el ganado y se albergan los pastores. Mesón, posada, albergue.

**Laja:** Un tipo de piedra muy fina y pesada.

**Lebrillo:** Vasija de barro vidriado, de plata u otro metal, más ancha por el borde que por el fondo, y que sirve para lavar ropa, para baños de pies y otros usos.

**Manijero, a:** Capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo.

**Manso, a:** En el ganado lanar, cabrío o vacuno, carnero, macho o buey que sirve de guía a los demás.

**Marranero, a:** Persona que guarda los marranos.

**Marrano, a:** Cerdo.

**Mayoría:** Oficina del sargento mayor.

**Meter broza:** Introducir en la conversación temas o cosas inútiles o insustanciales.

**Miaja:** Migaja.

**Mies:** Cereal de cuya semilla se hace el pan.

**Migaja:** Porción pequeña y menuda de algo.

**Mistela:** Bebida que se hace con aguardiente, agua, miel o azúcar y otros ingredientes, como canela, hierbas aromáticas, etc.

**Mixto:** Cerilla. Varilla con cabeza de fósforo.

**Molde:** Aguja de punto. En Andalucía se utiliza la expresión “hacer molde” para hacer punto o tejer.

**Montonera:** Montón, gran cantidad de algo.

**Mulero, a:** Encargado de cuidar las mulas.

**Muleto:** Mulo pequeño, de poca edad o cerril.

**Níscalo:** Hongo comestible, muy jugoso, que suele hallarse en los pinares y es fácil de distinguir por el color verde oscuro que toma cuando se corta en pedazos.

**Orejisana:** Dicho de una res: Que carece de marca en las orejas.

**Pala:** Cada uno de los cuatro dientes que muda el potro a los 30 meses de edad.

**Panizo:** Maíz

**Parata:** Bancal pequeño y estrecho, formado en un terreno pendiente, cortándolo y allanándolo, para sembrar o hacer plantaciones en él.

**Parva:** Mies tendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano.

**Pava:** Lumbre de paja que se echa en la chimenea.

**Pegujal:** Pequeña porción de siembra o de ganado.

**Pelleja, perder la:** morir.

**Perendengue:** Pendiente.

**Pernil:** Anca y muslo del cerdo.

**Perras:** Dinero.

**Pegual:** Pequeña porción de siembra o de ganado. Pequeña porción de terreno que el dueño de una finca agrícola cede al guarda o al encargado para que la cultive por su cuenta como parte de su remuneración anual.

**Piara:** Manada de cerdos, y, por extensión, la de yeguas, mulas, etc.

**Picunela:** Cinta que va haciendo picos y se cosía al borde de las telas para adornar en vestidos, manteles, cortinas etc.

**Pirrase:** Desear con vehemencia algo.

**Piujar:** Pegual.

**Pleita:** Faja o tira de esparto trenzado en varios ramales, o de pita, palma, etc., que cosida con otras sirve para hacer esteras, sombreros, petacas y otras cosas.

**Puerperio:** Período que transcurre desde el parto, hasta que la mujer vuelve al estado ordinario anterior a la gestación. Estado delicado de salud de la mujer en este tiempo.

**Quebranto:** Aflicción, dolor o pena grande.

**Quincalla:** Conjunto de objetos de metal, generalmente de escaso valor, como tijeras, dedales, imitaciones de joyas, etc.

**Quinta:** Reemplazo anual para el servicio militar.

**Ramal:** Ronzal asido a la cabezada de una bestia.

**Ramella:** Ombligero de los niños.

**Rastrojo:** Residuo de las cañas de la mies, que queda en la tierra después de segar.

**Rayuela:** Juego de muchachos que consiste en sacar de varias divisiones trazadas en el suelo un tejo al que se da con un pie, llevando el otro en el aire y cuidando de no pisar las rayas y de que el tejo no se detenga en ellas.

**Recova:** Compra de huevos, gallinas y otras cosas semejantes, que se hace por los lugares para revenderlas.

**Recovero:** Persona que anda a la recova.

**Refajo:** Falda corta y vueluda, por lo general de bayeta o paño, que usan las mujeres encima de las enaguas.

**Reguillo:** Carámbano, cerrión, canelón.

**Repizco:** Pellizco en la piel.

**Remanecer:** Aparecer de nuevo e inopinadamente.

**Rencillar:** Reñir, regañar.

**Resabiar:** Hacer tomar un vicio o mala costumbre.

**Rescoldera:** Sensación como de quemadura, que sube desde el estómago hasta la faringe, acompañada de flatos y excreción de saliva clara.

**Restrojo:** Rastrojo.

**Ribazo:** Porción de tierra con elevación y declive.

**Romana:** Instrumento que sirve para pesar, compuesto de una palanca de brazos muy desiguales, con el fiel sobre el punto de apoyo. El cuerpo que se ha de pesar se coloca en el extremo del brazo menor, y se equilibra con un pilón o peso constante que se hace correr sobre el brazo mayor, donde se halla trazada la escala de los pesos.

**Sabina:** Arbusto o árbol de poca altura, de la familia de las Cupresáceas, siempre verde, con tronco grueso,

corteza de color pardo rojizo, ramas extendidas, hojas casi cilíndricas, opuestas, escamosas y unidas entre sí de cuatro en cuatro, fruto redondo, pequeño, negro azulado, y madera encarnada y olorosa.

**Sahariana:** Chaqueta propia de climas cálidos, cerrada por delante, hecha de tejido delgado y color claro. Tiene los bolsillos de parche y suele ajustarse con un cinturón.

**Sangría:** Bebida refrescante que se compone de agua y vino con azúcar y limón u otros aditamentos.

**Sera:** Espuerta grande, regularmente sin asas.

**Serón:** Sera más larga que ancha, que sirve regularmente para carga de una caballería.

**Sobreparto:** Puerperio.

**Tabla:** Faja de tierra, y especialmente la labrantía comprendida entre dos filas de árboles. Pedazo cuadrilongo de tierra dispuesto para plantar legumbres, vides o árboles.

**Tablerera:** Mujer que transportaba las tablas con los amasijos de pan al horno.

**Tartajoso:** Tartamudo.

**Tartana:** Carruaje con cubierta abovedada y asientos laterales, por lo común de dos ruedas y con limonera.

**Tejavana:** Edificio techado a teja vana, sin otro techo que el tejado.

**Tejuela:** Pedazo de teja o de barro cocido

**Terciar:** Poner algo atravesado diagonalmente o al sesgo, o ladearlo.

**Tito, a:** Tío, a.

**Toba:** Cardo borriqueño

**Tomar los dichos:** Unos novios: Manifiestar ante la autoridad competente su voluntad de contraer matrimonio canónico.

**Tornaboda:** Día siguiente al de la boda. Fiesta celebrada ese día.

**Traba:** Ligadura con que se atan, por las cuartillas, las manos o los pies de una caballería.

**Trasponer:** Poner a alguien o algo más allá, en lugar diferente del que ocupaba. Ocultarse a la vista de otra persona, doblando una esquina, un cerro o algo similar.

**Trébede:** Aro o triángulo de hierro con tres pies, que sirve para poner al fuego sartenes, peroles, etc.

**Trillar:** Quebrantar la mies tendida en la era, y separar el grano de la paja.

**Trillo:** Instrumento para trillar, que comúnmente consiste en un tablón con pedazos de pedernal o cuchillas de acero encajadas en una de sus caras.

**Troj:** Troje.

**Troje:** Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales.

**Trompa:** Trompo, especialmente el grande y de forma achatada.

**Ubio:** Yugo de los bueyes y de las mulas.

**Ventorrillo:** Bodegón o casa de comidas en las afueras de una población.

**Viso:** Sitio o lugar alto, desde donde se ve y descubre mucho terreno. Fero de color o prenda de vestido que se coloca debajo de una tela clara, para que por ella se transparente.



**Zafa:** Jofaina.

**Zafra:** Vasija grande de metal en que se guarda aceite.

**Zagal, a:** Muchacho que ha llegado a la adolescencia. Muchacha soltera.

**Zurrar:** Castigar a alguien, especialmente con azotes o golpes.

**Zurriar:** Sonar bronca, desapacible y confusamente.

**Zurrón:** Bolsa grande de pellejo, que regularmente usan los pastores para guardar y llevar su comida u otras cosas.













